

William Faulkner

La mansión

Traducción
José Luis López Muñoz



Lectulandia

Aunque extraordinariamente compleja en cada una de sus sugerencias múltiples, ligada en mil detalles al resto de la obra de William Faulkner, "La mansión" se mueve en torno a un asunto muy simple: la voluntad de venganza de Mink Snopes, condenado por asesinato, que trata de redimir su pena por buena conducta para matar a su primo Flem, a quien acusa de no haberle socorrido. La espera de Mink no será sino el paso inexorable del tiempo sobre un mundo irremisiblemente perdido, sobre ese Sur colonizado por la vulgaridad del Norte, sobre la existencia de unos personajes que son, quizá, los más trágicos de entre todos los de su autor. "La mansión" cierra la llamada "Trilogía de los Snopes", continuación de "El villorrio" y "La ciudad".

Lectulandia

William Faulkner

La mansión

ePub r1.0

Titivillus 31-12-2016

Título original: *The mansion*
William Faulkner, 1959
Traducción: José Luis López Muñoz

Digital editor: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro es la última parte y la recapitulación de una obra concebida y empezada en 1925. Como al autor le gusta creer que el trabajo de toda su vida es parte de una literatura viva, y tiene la esperanza de que así sea, dado que «vida» es «movimiento», y «movimiento» es cambio y transformación, y que, por consiguiente, la única alternativa al movimiento es su falta, es decir, la estasis, la muerte, no duda de que se encontrarán discrepancias y contradicciones en el progreso de esta crónica a lo largo de treinta y cuatro años; el objeto de esta nota es, sencillamente, hacer saber al lector que el autor ha encontrado ya más discrepancias y contradicciones de las que espera que descubra el lector; contradicciones y discrepancias debidas al hecho de que el autor ha aprendido más, al menos eso cree, acerca del corazón humano y de sus dilemas, de lo que sabía hace treinta y cuatro años; y está convencido de que, después de haber vivido con los personajes de esta crónica todo ese tiempo, los conoce mejor que cuando empezó a escribir acerca de ellos.

W. F.

Para Phil Stone

Mink

UNO

El jurado dijo «culpable» y el juez «cadena perpetua», pero Mink no los oyó. No estaba escuchando. En realidad no había sido capaz de escuchar desde aquel primer día en que el juez golpeó repetidamente con el pequeño mazo de madera la mesa situada sobre el estrado hasta que él, Mink, volvió los ojos, fijos en la puerta más alejada, para ver qué demonios quería aquel individuo, y el otro, el juez, adelantando el cuerpo por encima de la mesa, le gritó: «¡Escúcheme, Snopes! ¿Mató a Jack Houston o no lo mató?» y él, Mink, respondió: «No me moleste ahora. ¿No ve que estoy ocupado?». Luego volvió la vista hacia la puerta del fondo, gritando, él también, hacia, contra, por encima de la pared de insignificantes rostros descoloridos que le rodeaba: «¡Snopes! ¡Flem Snopes! ¡Alguien que vaya a buscar a Flem Snopes y que lo traiga! ¡Le pagaré..., Flem le pagará!».

Porque no había tenido tiempo de escuchar. De hecho, el primer viaje desde la celda hasta el tribunal, que hizo esposado al ayudante del sheriff, no fue más que una estúpida injerencia, de una imbecilidad verdaderamente escandalosa, y una interrupción, como todos los trayectos y traslados posteriores, siempre esposado, a la solución final de los problemas de los dos —los suyos y los de la maldita Justicia—, cuando lo que tenían que hacer era limitarse a esperar un poco y a dejarlo tranquilo: permitirle vigilar, las manos sucias asomando entre los mugrientos intersticios de los barrotes de la ventana, atendiendo, durante los largos meses desde que lo detuvieron hasta el comienzo del juicio, a lo que era su más imperiosa necesidad.

Al principio, durante los primeros días tras los barrotes de la ventana, tan sólo le impacientaba su propia impaciencia y —sí, también lo admitía— su misma estupidez. Mucho antes de que llegara el momento en que tuvo que apuntar y disparar, sabía que su primo Flem, el único miembro de su clan que poseía el poder (y los motivos), o del que al menos se podía esperar que le librara de las consecuencias de su acción, no estaría allí para hacerlo. Sabía incluso por qué Flem tardaría al menos un año en volver; Frenchman's Bend era demasiado pequeño: todo el mundo estaba al cabo de la calle acerca de todo, y habían comprendido que el viaje a Texas no era más que una excusa, incluso sin la conmoción y los interminables comentarios que la chica de los Varner había causado desde que ella misma (o quienquiera que fuese) descubrió la primera sombra de vello en sus partes, por no hablar de la última primavera y verano, cuando el condenado McCarron localizaba a todos sus rivales y se peleaba con ellos hasta ponerlos en fuga como si fueran machos tras una perra en celo.

Así que mucho antes de que Flem se casara con ella, él, Mink, y todos los habitantes de Frenchman's Bend y hasta de quince kilómetros a la redonda sabían que el viejo Will Varner tendría que casarla con alguien, y de prisa, si para la primavera siguiente no quería encontrarse con un bastardo en el patio trasero de su casa. Y cuando finalmente fue Flem quien se casó con ella, él, Mink, tampoco se llevó una sorpresa. Se trataba de Flem, con su buena suerte habitual. Bueno, sí; algo

más que suerte en este caso; el único habitante de Frenchman's Bend que se había enfrentado con el viejo Will Varner y había mantenido el tipo; que más o menos ya había eliminado a Jody, el hijo del viejo Will, sacándolo del almacén, y que ahora estaba preparando las cosas para quedarse con la mitad de lo demás por el hecho de ser el yerno del propietario. Nada más que por casarse con ella a tiempo y evitar que trajera al mundo a un bastardo, a Flem, además de ser esposo legítimo de la condenada chica que desde que cumpliera los quince años, y simplemente con caminar, tenía alborotados a todos los varones de Frenchman's Bend menores de ochenta, le habían pagado por ello: no sólo el derecho a meter la mano, siempre que se le ocurriera, por debajo de aquel vestido que hacía que un hombre se excitara sólo con pensar en la mano de otro haciéndolo, sino que había recibido gratis, por hacerlo, la escritura de propiedad de la finca del Viejo Francés.

Por eso sabía que Flem no estaría allí cuando lo necesitara, dado que a él y su mujer no les quedaba otro remedio que permanecer lejos de Frenchman's Bend por lo menos el tiempo suficiente para que lo que trajeran consigo pudiera decir que sólo tenía un mes sin que todo el que lo mirase se muriera de risa. Si bien cuando por fin llegó el momento, cuando se presentó el instante en que no pudo retrasar por más tiempo apuntar y apretar el gatillo, se olvidó de eso. No, no era cierto. No lo había olvidado. Sencillamente no pudo esperar más: Houston no le permitió seguir esperando; y ésa fue una ofensa más de su enemigo en el acto mismo de morir: obligarle a él, a Mink, a matarlo en un momento en que la única persona con poder para salvarlo y que hubiera tenido que hacerlo tanto si quería como si no, en razón de las antiguas leyes inmutables de la consanguinidad, estaba a mil quinientos quilómetros de distancia; y esta vez la ofensa era irreparable, porque en el mismo momento de cometerla Houston escapó para siempre a toda posibilidad de retribución.

Mink no había olvidado que su primo no estaría allí. Simplemente no podía esperar más. No le había quedado más remedio que confiar en *ellos*. *Ellos* eran los que habían asegurado que no caía un gorrión del cielo sin su conocimiento. Con la palabra *ellos* Mink no se refería a quien quiera que fuese que la gente llamaba Viejo Patrón. Mink no creía en ningún Viejo Patrón. Había visto demasiadas cosas en su vida, y si existiera algún Viejo Patrón, de mirada tan penetrante y tanto poder como se afirmaba que poseía, tendría que haber intervenido ya en algún momento. Además él, Mink, no era religioso. No había puesto los pies en una iglesia desde los quince años y no tenía intención de hacerlo, puesto que era un sitio donde un hombre con un agujero en el estómago y una comezón en la entrepierna que no conseguía calmar en casa solía, atribuyéndose el título de dispensador de la palabra divina, reunir convenientemente al mayor número posible de mujeres a las que tentar ofreciéndoles el trabajo de un órgano a cambio de la satisfacción de otro; el trabajo de llenarle a él un agujero como pago por tapparles el suyo la primera vez que su marido saliera al campo y las interesadas pudieran llegarse hasta los matorrales donde las esperaba el

predicador; las esposas acudían atraídas por el ofrecimiento más ventajoso que conocían para canjear un plato de pollo frito o un pastel de batata; y los maridos acudían no para interrumpir el trueque, puesto que sabían que no lo podían interrumpir ni estar a su altura, pero sí al menos para tratar de descubrir si el nombre de su mujer encabezaba aquel día la lista de espera o si aún le quedaba tiempo de abrir los últimos surcos antes de atarla a la pata de la cama y esconderse detrás de la puerta, esperando; y los más jóvenes ni siquiera se molestaban en entrar en la iglesia, sino que corrían ya para formar la primera pareja detrás del matorral que les quedaba más a mano.

Mink se refería simplemente al *ellos, él, ello* —como se lo quiera llamar— que representa una simple justicia fundamental y una equidad en los asuntos humanos, porque, de lo contrario, a un hombre más le valdría desaparecer; *ellos, él, ello*, llámesele como se quiera, no podían, no era posible que hostigaran y atormentaran eternamente a un individuo sin que algún día, en algún momento, se le permitiera en recompensa vengarse, llegar al ojo por ojo y al diente por diente. Podían acosarlo y hacerle la vida imposible, o sencillamente sentarse y contemplar cómo todo se le ponía en contra sin oportunidad de responder, dando casi la impresión de que todo sucedía de acuerdo con un modelo preestablecido; sentarse sencillamente y mirar y disfrutar con ello (¿por qué no? a un hombre no le importaba, siempre que fuese hombre y se mantuviera la justicia); quizá lo estaban poniendo a prueba para ver si era hombre o no, lo bastante hombre para soportar un pequeño hostigamiento y algunas preocupaciones y tener por tanto derecho a devolver el golpe cuando le llegara la vez. Porque sin duda llegaría el momento en que le tocara el turno, después de que se hubiera ganado el derecho de manera justa y equitativa, de la misma forma que *ellos* se habían ganado el derecho a ponerlo a prueba e incluso a disfrutar con la prueba; llegaría el momento en que tendrían que demostrarle que eran tan hombres como Mink les había demostrado que lo era él; porque entonces ya no tendría que depender de *ellos* sino que se habría ganado el derecho a que le fuesen fieles; y que no se atrevieran (no se atreverían) a dejarlo en la estacada, porque de lo contrario después les sería tan difícil vivir con su conciencia como le había resultado a él mantener la propia estimación después de aguantar todo lo que había tenido que aguantar de Jack Houston.

De manera que aquella mañana sabía que Flem no iba a estar allí. Pero ya no podía esperar más; había llegado el momento de que Jack Houston y él dejaran de respirar el mismo aire. Así que, al faltarle su primo, tuvo que recurrir al derecho a depender de *ellos*, derecho que había ganado no pidiéndoles nunca nada.

Comenzó en la primavera. No; comenzó el otoño anterior. No; comenzó incluso mucho antes. Empezó en el momento mismo en que Houston nació, lleno ya de arrogancia, de intolerancia y de orgullo. No en el momento en que los dos, Mink Snopes incluido, empezaron a respirar el mismo aire del norte de Mississippi, porque él, Mink, no era pendenciero. No lo había sido nunca. Simplemente, la mala suerte

llevaba hostigándolo y acosándolo toda la vida, provocando la constante y sempiterna necesidad de defender sus derechos más elementales.

Aunque tan sólo durante el verano anterior al último otoño el destino de Jack Houston se había cruzado finalmente con el suyo, con el de Mink, lo que constituía otra faceta del agravio: que nada, ni siquiera *ellos*, *ellos* menos que nadie, se había dignado advertirle de cuál sería el desenlace de aquel primer encuentro. Todo esto sucedió después de que la joven esposa de Houston entrara en el establo del semental buscando el nido donde una gallina ponía sus huevos y el caballo la matara, cuando cualquier persona decente habría pensado que ningún marido que mereciera ese nombre volvería a tener un semental por muchos años que viviera. Pero no Houston. Houston no sólo era lo bastante rico para poseer un semental de pura sangre capaz de matar a su mujer, sino lo bastante orgulloso e intolerante como para prescindir de todo decoro y, después de matarlo de un tiro, dar media vuelta y comprar otro exactamente igual, quizá por si acaso volvía a casarse; lo bastante rico como para mostrarse tan desconsolado por la muerte de su mujer que ni siquiera los vecinos se atrevían a llamar a su puerta, pero sin dejar por ello de ir dos o tres veces por semana a toda velocidad a lomos del futuro asesino, con el enorme perro corriendo como un galgo o como otro caballo a su lado, hasta el almacén de Varner y, una vez allí, no bajarse siquiera de la silla: los tres esperando en el camino —el hombre arrogante, inflexible, el caballo de mirada atravesada y el perro que enseñaba los dientes y erizaba el pelo cada vez que alguien se le acercaba— mientras Houston encargaba a quienquiera que se encontrara en la galería, tratándolo como si no fuera más que un negro, que pidiera en el almacén lo que fuese que había venido a buscar.

Hasta una mañana en que él, Mink, cuando iba camino del almacén (no poseía un caballo para ir a por una lata de rapé o un frasco de quinina o un poco de carne) y acababa de alcanzar la cumbre de una pequeña colina, oyó al semental tras él, que se acercaba a gran velocidad; le hubiera cedido todo el camino a Houston si hubiera tenido tiempo, pero el caballo ya se le echaba encima, y el jinete tuvo que tirar salvajemente de las riendas para no derribarlo, y el maldito perro le pasó tan cerca al saltar que casi le rozó el pecho, al mismo tiempo que le gruñía en plena cara. Houston hizo girar en redondo al caballo, reteniéndolo mientras danzaba y corcoveaba, para gritarle: «¿Por qué demonios no saltó cuando me oyó venir? ¡Quítese del camino! ¿También quiere que le machaque los sesos antes de que consiga sujetarlo?»

Bien; tal vez fuera aquella su manera de afligirse por la esposa que quizá no había matado con sus propias manos y por la que incluso había pegado un tiro al caballo asesino. Pero aún era lo bastante arrogante o lo bastante rico para comprar otro exactamente igual, cosa que a él, Mink, ni le iba ni le venía, sobre todo porque lo único que había que hacer era esperar a que, antes o después, aquel caballo que era un hijo de mala madre terminase también con Houston; sólo que a continuación sucedió algo imprevisto con lo que Mink no había contado.

Se trataba de su vaca lechera, la única que tenía, dado que no era un hombre rico

como Houston, sino tan sólo independiente; un hombre que no pedía favores a nadie y que se bastaba a sí mismo. La vaca, por algún percance, no había quedado preñada, y allí estaba él, que no sólo había pasado un invierno sin leche y aún le esperaba otro año entero en la misma situación, sino que se había quedado además sin el ternero, pese a los cincuenta centavos en efectivo que había pagado para que la cubriera el toro, porque el único toro cuyos servicios costaban menos de un dólar era el canijo semental de un negro que exigía el pago en efectivo antes de que la vaca cruzara la cerca.

Mink había alimentado a la vaca todo el invierno, esperando un ternero inexistente. Luego tuvo que llevarla otra vez a casa del negro —a cinco quilómetros de distancia—, y no para reclamar los cincuenta centavos, sino tan sólo para pedir que el toro la montase por segunda vez, a lo que el negro se negó sin el pago por adelantado de otros cincuenta centavos. Mink se quedó allí, en el patio, maldiciendo al negro, que acabó por meterse en la casa y cerrar la puerta, mientras él seguía allí, en el patio vacío, maldiciéndolo a él y a toda su familia dentro de la casa enmudecida, hasta que se desahogó lo suficiente para desandar con la vaca, que seguía sin estar preñada, los cinco quilómetros que lo separaban de su casa.

Después tuvo que mantener a aquella vaca inútil, dejándola que agotara su exiguo pasto y alimentándola luego con sus escasas reservas durante el resto del verano y el otoño, dado que, según un acuerdo local, todo el ganado tenía que permanecer bajo techado hasta que se hubieran recogido las cosechas. Lo que significó que hasta noviembre no pudo soltarla para el invierno. E incluso entonces tuvo que sustraer para ella un poco de pienso de los cerdos que criaba para carne, y lograr así que conservara la costumbre de volver con cierta regularidad al establo; hasta que Mink se dio cuenta de que llevaba tres o cuatro días sin aparecer, y finalmente la encontró en los pastos de Houston entre su vacada.

Y ya estaba en el camino que llevaba a la casa de Houston, con la cuerda enrollada en la mano, cuando sin saber siquiera lo que iba a hacer y sin pararse ni reducir la marcha se dio la vuelta, camino de su casa, metiéndose la cuerda enrollada dentro de la camisa donde nadie la viera, no para regresar a la cabaña en la que vivía, sin pintar y necesitada de arreglos, y que ni siquiera era suya, sino simplemente para aislarse y pensar, por lo que terminó sentándose en un tronco al lado del camino, dispuesto a examinar todas las posibilidades de la idea que acababa de ocurrírsele.

Si no reclamaba inmediatamente aquella vaca que para nada le servía, no sólo pasaría el invierno sin que a él le costara un céntimo, sino que estaría dos, diez veces mejor alimentada, que si era él quien la cuidaba. Además de dejar que Houston la guardara durante el invierno (puesto que no sólo era lo bastante y atenderlos, un negro al que daba una vivienda mejor que la que él, Mink, un blanco con mujer y dos hijas, ocupaba), cuando reclamara la vaca en primavera ya habría tenido otro celo y, dado que convivía con los toros de Houston, estaría de verdad preñada, lo que no sólo serviría para que volviera a dar leche, sino que aumentaría su valor como carne de

primera, mientras que el becerro del raquíptico toro del negro apenas hubiera tenido valor alguno.

Como es lógico tendría que estar preparado para responder a las inevitables preguntas; Frenchman's Bend era demasiado pequeño, condenadamente pequeño para que alguien hiciera algo sin que se enterara todo el mundo, y aún más pequeño para que no se supiera lo que alguien poseía o dejaba de poseer. No pasaron siquiera cuatro días. En el almacén de Varner, hasta donde iba a pie todos los días, dándoles así oportunidad de que sacaran a relucir el asunto y acabaran de una vez, hubo por fin uno que dijo (Mink no recordaba quién, no tenía importancia):

—¿No has encontrado todavía la vaca?

—¿Qué vaca? —dijo Mink.

—Jack Houston dice —respondió el otro— que vayas y te lleves a ese saco de huesos de su pasto; dice que está cansado de alimentarla.

—Ah, esa vaca —dijo Mink—. Ya no es mía. Se la vendí el verano pasado a uno de los chicos Gowrie cerca de la iglesia de Caledonia.

—Me alegro de saberlo —dijo el otro—. Porque si estuviera en tu lugar y mi vaca pastara en las tierras de Jack Houston, cogería una cuerda e iría a buscarla sin darme cuenta yo mismo de lo que estaba haciendo, y mucho menos Jack Houston. Creo que ahora mismo ni siquiera me pararía a darle las gracias —porque todo el mundo en Frenchman's Bend conocía a Houston: malhumorado y resentido, siempre encerrado en casa desde que el semental matara a su mujer cuatro años atrás. Como si nadie antes que él hubiera perdido una esposa, incluso aunque, por alguna extraña razón incomprensible, el marido no hubiera querido librarse de su mujer. Malhumorado y resentido, único habitante de aquella casa tan grande con dos criados negros, el varón y la mujer que cocinaba, el semental y el gigantesco perro de caza que era tan desdeñoso, altanero y malhumorado como su mismo dueño; un condenado y desabrido hijo de perra que ni siquiera se daba cuenta de la suerte que tenía; no sólo lo bastante rico como para tener una esposa que gimoteaba y le reñía y le quitaba hasta el último dólar que llevaba en el bolsillo, sino también para prescindir del matrimonio si así lo deseaba; lo bastante rico para contratar a un mujer que le hiciera la comida en lugar de tener que casarse con ella. Lo bastante rico para contratar a otro negro que se levantara en las frías mañanas de invierno en lugar de hacerlo él y saliera con la lluvia y la escarcha a dar de comer no sólo al ganado vacuno que vendía luego a los mejores precios del mercado porque podía esperar a que subieran, sino también al semental de pura sangre, e incluso al maldito perro de caza que corría junto al caballo en el que Houston galopaba de aquí para allá, de manera que un individuo con sólo sus dos piernas para trasladarse tenía que salirse de un salto del camino y caer entre las zarzas porque de lo contrario el hijo de perra del caballo también lo hubiera matado a él con sus pezuñas bien herradas y lo habría dejado tendido en la cuneta para que el hijo de perra del sabueso se lo comiera antes incluso de que Houston diera parte del accidente.

De acuerdo: si Houston era una persona tan engreída que ni siquiera se le podían dar las gracias, él, Mink, no estaba dispuesto a meterse en sus tierras sin que lo invitaran. Aunque es cierto que le correspondía dar las gracias a alguien. Eso fue una semana después de que viera a su vaca en el pasto de Houston; luego transcurrió un mes y también pasaron las Navidades y llegó el triste invierno con su dureza y su humedad. Todos los mediodías, con el impermeable (la única ropa de invierno, remendada a base de alambre y parches de neumáticos, que tenía para ponerse encima del mono de algodón raído y recosido) Mink iba por el camino embarrado, iluminado ya por una luz tan triste como la del atardecer, para ver cómo los animales de raza propiedad de Houston, y su pobre vaca con ellos, se dirigían, sin apresurarse, hacia el establo que estaba más caliente y protegido contra las inclemencias del tiempo que la cabaña donde él vivía, para que les diera de comer el criado negro que llevaba ropa más cálida de la que él y su familia poseían, para maldecir, entre el vapor de su propio aliento, al negro por su piel negra dentro de una ropa más abrigada que la suya, la de un hombre blanco, y para maldecir también el abundante alimento destinado a los animales y no a los seres humanos, aunque su propia vaca lo compartiera; para maldecir sobre todo al hombre blanco, ignorante de lo que sucedía, mediante cuya riqueza o precisamente a causa de ella existía semejante estado de cosas; y para maldecir el hecho de que su propia venganza —o la revancha que creía ser simple justicia y derecho suyo inalienable— no pudiera realizarse de un solo golpe, sino que dependiera en cambio de la lenta transformación de piensos convertidos en peso, más la incontrolable, incluso imprevisible, disposición amorosa de la vaca y los posteriores y largos nueve meses de gestación; y para maldecir finalmente su propia situación, que le imponía la única forma de justicia a su alcance: la espera pasiva y prolongada.

De eso se trataba: la espera prolongada. No sólo la angustia de la esperanza retrasada, ni siquiera el agravio de la simple justicia retrasada, sino saber que, incluso cuando Houston recibiera el golpe, a él, Mink, le costaría dárselo ocho dólares en efectivo: los ocho dólares que tendría que afirmar que el imaginario comprador le había pagado por el animal con el fin de autentificar la mentira de que la había vendido y que, cuando reclamara la vaca en primavera, tendría que entregar a Houston como prenda de que hasta aquel momento creía de verdad que había vendido el animal —o por lo menos que había estimado su valor en ocho dólares— cuando fuera a contarle que el comprador había venido a verle a él, Mink, aquella misma mañana para decirle que la vaca se le había escapado la noche misma en que la compró y se la llevó a su casa, y reclamándole, por tanto, los ocho dólares que había pagado por ella, haciendo así de la vaca no sólo el objeto del arrogante desprecio de Houston sino también de la curiosidad interesada del resto de Frenchman's Bend, ya que para entonces le habría costado a él, Mink, dieciséis dólares recuperar lo que desde un principio era suyo.

Ése era el agravio: los ocho dólares. Porque tampoco contaba el hecho de que él,

Mink, no hubiera podido mantener a la vaca durante el invierno por ocho dólares, y menos aún le hubiera añadido los quilos de carne que ahora veía con sus propios ojos que el animal llevaba encima. Lo que importaba era que tendría que darle a Houston, que no los necesitaba y que ni siquiera echaría de menos el pienso que la vaca se había comido, los ocho dólares con los que él, Mink, podría haberse comprado para Navidades cinco litros de whisky, además de un dólar o dos para las fruslerías que su mujer y sus dos hijas siempre le pedían gimoteando.

Pero no había otra solución. Y en cualquier caso, su orgullo consistía en que no se resignaba. No estaba en su naturaleza ser tan poca cosa, tan insignificante, tan débil, como para aceptarlo todo mansamente tan sólo porque no sabía cómo evitarlo. Antes bien por el contrario, eso redoblaba la indignación y la rabia por la injusticia de tener que mostrarse adulator e incluso un poco encogido cuando fuera a recuperar la vaca; la injusticia de tener que malgastar una mentira por el privilegio de dar ocho dólares, que le hacían mucha falta, que había ahorrado haciendo sacrificios, y a un individuo que ni siquiera los necesitaba, que no advertiría su ausencia y que ni siquiera sabía aún que iba a recibirlos. Finalmente llegó el momento, el día, al final del invierno cuando, de acuerdo con la tradición local, los dueños del ganado que desde el otoño andaba suelto por los rastrojos de los maizales tenían que recoger a sus animales y encerrarlos para que se pudiera arar la tierra y volver a sembrar; y una tarde, más bien al anochecer, después de esperar a que su vaca hubiera recibido el último pienso con el resto de la manada de Houston, se acercó al pastizal, la gastada sogá enrollada sobre el hombro y el insignificante puñado de billetes muy usados de dólar y de monedas de cuarto de dólar y de cinco y diez centavos en el bolsillo del mono, sin necesidad de adular ni de encogerse aún porque allí sólo estaría el negro con su biello, mientras el hombre acaudalado se hallaría en la casa, en la cocina calentita, en la mano un vaso de ponche que no estaría preparado con el nauseabundo y maloliente licor de fabricación casera que, por ejemplo, él, Mink, habría tenido que comprar con su parte de los ocho dólares si hubiera podido quedárselos, sino con un buen whisky con todos los papeles en regla que le habría traído de Memphis. Sin tener todavía ni que adular ni que encogerse; diciendo tan sólo, con voz tranquila y autoridad de hombre blanco, al negro que hizo una pausa en la puerta del establo para volver a mirarle:

—Qué tal. Ya veo que tienen aquí a mi vaca. Ponle este ronzal al cuello y me la llevaré para que no estorbe —el negro mirándole un segundo más antes de marcharse, atravesando el establo en dirección a la casa; sin venir a por el ronzal, algo que él, Mink, no esperaba que hiciera de todas formas, sino yendo antes a decírselo al otro blanco, para saber qué hacer. Que era exactamente lo que él, Mink, había esperado, apoyando las muñecas, despellejadas y enrojecidas por el frío y que incluso las deshilachadas mangas del impermeable no lograban tapar, sobre la cerca pintada de blanco. Sí, claro; Houston con el ponche de buen whisky en la mano, probablemente descalzo, pero con los pies, enfundados en buenos calcetines de lana, sobre la estufa,

calentándose en espera de la cena, y que ahora, lanzando una maldición, tendría que retirar los pies, volverse a poner las frías botas de caucho, húmedas y embarradas y volver al pastizal.

Que fue lo que sucedió: el golpe seco de la puerta de la cocina y el chapoteo de las botas de caucho al cruzar el patio trasero y llegar al prado anunciaban al hombre sorprendido y molesto. Después atravesó también el establo, con el negro detrás, a tres metros de distancia.

—¿Qué tal, Jack? —dijo Mink—. Es una lástima hacerle salir con el frío y la lluvia. Ese negro suyo podía haberlo resuelto sin llamarle. Acabo de enterarme hoy mismo de que ha tenido usted mi vaca todo el invierno. Si su negro le pone este ronzal, me la llevaré para que no les estorbe.

—Me dijeron que se la había vendido a Nub Gowrie —dijo Houston.

—Eso creía yo —respondió Mink—, hasta que Nub ha aparecido esta mañana montado en una mula y me ha dicho que la vaca se le escapó la misma noche que se la llevó a su casa y que no la había vuelto a ver desde entonces, de manera que le he devuelto los ocho dólares que me pagó por ella —echando ya mano al bolsillo y al exiguo montón de billetes y de monedas—. Así que como parece que el precio de esta vaca son ocho dólares, calculo que es eso lo que le debo a usted por mantenerla durante el invierno. Lo que la convierte en una vaca de dieciséis dólares, ¿no es cierto? tanto si ella lo sabe como si no. Aquí tiene. Coja el dinero y deje que su negro le ponga el ronzal y me la...

—Esa vaca no valía ocho dólares el otoño pasado —dijo Houston—. Pero ahora vale bastante más. Ha comido pienso de mi propiedad por valor de más de dieciséis dólares. Aparte de que el toro joven la montó la semana pasada. Fue la semana pasada, ¿no es eso, Henry? —le preguntó al negro.

—Sí, señor —dijo el negro—. El martes pasado. Lo apunté en el libro.

—Si me hubiera usted informado antes, le habría ahorrado el esfuerzo al toro y también a ese negro suyo con el biello —dijo Mink. Y añadió, dirigiéndose al negro—: Vamos. Coge el ronzal...

—Un momento —dijo Houston; también él se había llevado la mano al bolsillo—. Usted mismo acaba de fijar el precio de esa vaca en ocho dólares. De acuerdo. Se la compro.

—Pero usted mismo asegura que ha subido de valor desde entonces —dijo Mink—. Y yo trato de darle por ella el resto hasta dieciséis. Así que está claro que no aceptaría dieciséis, y no digamos nada de ocho. Quédese con su dinero. Y si su negro está demasiado cansado para ponerle el ronzal, entraré y lo haré yo mismo —empezando incluso a trepar por la cerca.

—Un momento —Houston se volvió hacia el negro—: ¿Cuánto dirías que vale ahora?

—Pagarían treinta por ella —dijo el negro—. Puede que treinta y cinco.

—¿Ha oído eso? —preguntó Houston.

—No —dijo Mink, sin dejar de trepar por la cerca—. Nunca escucho lo que dicen los negros: me escuchan ellos a mí. Si no quiere ponerle el ronzal a la vaca, dígame que se aparte de mi camino.

—No entre en mi propiedad, Snopes —dijo Houston.

—Vaya, vaya —dijo Mink, con una pierna por encima de la cerca y el rollo de cuerda colgándole de una mano despellejada y enrojecida—, no me diga que lleva revólver siempre que trata de comprar una vaca. ¿También lo lleva para sembrar una simiente de algodón o un grano de maíz? —era todo un cuadro: Mink con la pierna por encima de la cerca; Houston del otro lado, con el revólver colgándole de la mano, apoyada en la pierna; el negro, también inmóvil, sin mirar a ningún sitio, mostrando un poco el blanco de los ojos—. Si me lo hubiera dicho también yo podría haber traído uno.

—De acuerdo —dijo Houston. Colocó cuidadosamente el revólver encima del poste de la cerca que tenía al lado—. Deje la cuerda. Pase la cerca por el sitio donde está. Yo retrocederé hasta el poste siguiente; luego cuente hasta tres y veremos quién usa el revólver para comprar.

—O quizá sea su negro quien cuente —dijo Mink—. Todo lo que tiene que hacer es decir tres. Porque tampoco yo tengo un negro conmigo. Está claro que se necesitan un negro amaestrado y un revólver para hacer con usted un trato sobre ganado —bajó la pierna al suelo por fuera de la cerca— Así que supongo que será mejor pasarme por el almacén y tener una conversación con tío Billy y el alguacil. Quizá debiera haberlo hecho antes y ahorrarme el paseo con este frío. Se me ocurre que podría dejar el ronzal, para no tener que traerlo y llevarlo, pero tal vez quisiera usted cargarme treinta y cinco dólares por recuperarlo, puesto que parece ser ése su precio límite para cualquier cosa de otro que aparece en su pastizal —se estaba marchando ya—. Hasta la vista, entonces. Y si hace algún trato con ganado de ocho dólares, asegúrese de que no le den monedas falsas.

Se alejó con paso suficientemente firme, pero dominado por una rabia tan violenta que durante algún tiempo ni siquiera veía y le resonaban los oídos como si alguien acabara de disparar justo por encima de su cabeza. En realidad también contaba con la rabia y, ahora, a solas y en privado, era el mejor momento para dejar que se agotara. Porque se daba cuenta de que había previsto algo similar y que le iba a hacer falta tener la cabeza lo más clara posible. Instintivamente se había dado cuenta de que su escandalosa mala suerte inventaría algo parecido, de manera que incluso el hecho de que recurrir a Varner, el juez de paz, para que el alguacil presentara una comunicación a Houston reclamándole la vaca, le fuese a costar otro dos dólares y medio tampoco le sorprendió demasiado: se trataba una vez más de ellos, poniéndolo a prueba para ver todo lo que era capaz de sufrir y de aguantar.

Así que, en cierto modo, tampoco le sorprendió lo que sucedió a continuación. En cierto modo fue culpa suya: *los* había subestimado; el asunto de llevarle a Houston los ocho dólares, ponerle el ronzal a la vaca y llevársela a casa, parecía una cosa

demasiado sencilla, demasiado insignificante para despertar *su* interés. Pero se había equivocado; aún no habían terminado con él. Varner ni siquiera se mostró dispuesto a redactar la reclamación; por lo que dos días después se reunieron siete personas, contando al negro: Mink, Houston, Varner, el alguacil y dos tratantes de ganado; todos junto a la cerca del pastizal de Houston, mientras el negro sacaba la vaca para que la examinaran los dos expertos.

—¿Y bien? —dijo Varner por fin.

—Yo daría treinta y cinco —respondió el primer tratante.

—Si la ha cubierto un toro de raza —añadió el segundo—, yo subiría hasta treinta y siete y medio.

—¿No llegaría a cuarenta? —preguntó Varner.

—No —dijo el segundo—. Tal vez no esté preñada.

—Por eso no subiría yo hasta los treinta y siete y medio —intervino el primero.

—De acuerdo —dijo Varner, un hombre alto, demacrado, estrecho de caderas y con un enorme bigote, lo que acentuaba el parecido con su padre, uno de los jinetes de la caballería de Forrest—. Vamos a dejarlo en treinta y siete y medio y a dividir por dos —ahora estaba mirando a Mink—. Cuando le haya pagado a Houston dieciocho dólares con setenta y cinco centavos recuperará la vaca. Sólo que usted no tiene los dieciocho dólares con setenta y cinco centavos, ¿no es cierto?

Mink siguió allí, con las muñecas enrojecidas y en carne viva que el impermeable no llegaba a tapar descansando inmóvil sobre la cerca, la vista nublada una vez más, los oídos sonándole como si alguien hubiera disparado una escopeta por encima de su cabeza y en el rostro una expresión amable, casi como si sonriera.

—No —dijo.

—¿No se los podría prestar su primo Flem? —sugirió el segundo tratante. Nadie se molestó en responderle, ni siquiera para recordarle que Flem estaba todavía en Texas, a donde él y su mujer se habían marchado para pasar allí la luna de miel.

—Entonces tendrá que pagarlo con trabajo —dijo Varner. Ahora hablaba con Houston—: ¿Tiene usted algo que ofrecerle?

—Voy a cercar otro pastizal —dijo Houston—. Le pagaré cincuenta centavos diarios. Que trabaje treinta y siete días completos y otro más desde que amanezca hasta mediodía cavando los hoyos para los postes y tendiendo el alambre. ¿Qué hacemos con la vaca? ¿Sigo guardándola o se la lleva Quick? (Quick era el alguacil.)

—¿Quiere usted que se la lleve Quick? —preguntó Varner.

—No —dijo Houston—. Lleva tanto tiempo aquí que podría entrarle morriña. Además, así Snopes podrá verla todos los días y darse ánimos viendo cuál va a ser el fruto de su trabajo.

—Bien, bien —dijo Varner con algo de impaciencia—. Ya está arreglado. No quiero saber nada más de este asunto.

Eso era lo que tenía que hacer. Y su orgullo consistía en no resignarse nunca, pasara lo que pasase. Ni siquiera perdiendo la vaca, en el caso de que el animal

mismo desapareciera de la ecuación, devolviéndole lo que podría llamarse paz. Eliminación de la vaca que podría haber llevado a cabo él mismo. Más aún: podría haber conseguido dieciocho dólares y setenta y cinco centavos por hacerlo, lo que, unido a los ocho dólares que Houston se había negado a aceptar, se convertía prácticamente en veintisiete dólares, más dinero en metálico del que había visto junto desde no recordaba ya cuándo, puesto que incluso el producto de la venta en otoño de una o dos balas de algodón, menos la parte del terrateniente que correspondía a Varner, menos la cuenta pendiente del almacén, apenas le dejaba otra cosa que los mismos ocho o diez dólares en metálico con los que ingenuamente había creído poder recuperar la vaca.

Houston mismo se lo sugirió, de hecho, al segundo o tercer día de cavar hoyos y de colocar dentro los pesados postes de madera de algarrobo; Houston, que llegó a lomos del semental y estuvo un rato mirándolo. Mink ni siquiera hizo una pausa ni, mucho menos aún, levantó la vista.

—Oiga —dijo Houston—. Míreme —Mink alzó entonces los ojos, pero sin dejar de trabajar. Houston había extendido ya la mano; Mink vio el dinero—. Varner dijo dieciocho con setenta y cinco. De acuerdo, aquí lo tiene. Cójalo, vuélvase a casa y olvídese de la vaca —Mink apartó la vista, se echó al hombro un poste que sin duda parecía más pesado y más sólido que él y lo dejó caer en el hoyo, apisonando la tierra con el mango de la pala, de manera que sólo tuvo que oír cómo el semental daba media vuelta y se marchaba.

Al cuarto día tampoco necesitó más que oír acercarse al semental y pararse, y no tuvo que levantar la vista cuando Houston dijo:

—Snopes —después, de nuevo— Snopes —luego— Mink —sin que él, Mink, alzara los ojos y menos aún se detuviera mientras decía:

—Le estoy oyendo.

—Deje eso ahora mismo. Tiene que labrar la tierra para sembrar. Tiene que ganarse la vida. Váyase a casa y vuelva después de que haya sembrado.

—No me queda tiempo para ganarme la vida —dijo Mink, sin hacer la menor pausa—. Tengo que llevarme la vaca a casa.

A la mañana siguiente no fue Houston a lomos del semental sino Varner en persona con su calesa. Si bien él, Mink, no sabía aún que era Varner quien se había asustado de pronto, temeroso por la paz y la tranquilidad del pueblo que tenía tan bien agarrado con su férrea mano de usurero, apoyada en las hipotecas y los derechos de retención conservados en la gran caja fuerte del almacén. Y ahora él, Mink, alzó los ojos y vio dinero en el puño cerrado que descansaba sobre la rodilla de Varner.

—He incluido esto en su cuenta de suministros del año —dijo Varner—. Vengo de su casa. Todavía no ha abierto usted un solo surco. Recoja esas herramientas, tome el dinero, déselo a Jack, llévese a casa la condenada vaca y póngase a arar.

Aunque esta vez se trataba sólo de Varner; podía hacer una pausa y apoyarse incluso en el pico—. ¿Ha oído usted que yo me haya quejado de su sentencia sobre la

vaca? —preguntó.

—No —dijo Varner.

—En ese caso apártese de mi camino, y ocúpese de sus asuntos y deje que yo me ocupe de los míos —dijo. Entonces Varner se apeó de la calesa (un hombre lo bastante viejo para que los deudores que le adulaban lo llamasen tío Billy, pero todavía lo bastante ágil para bajarse de un salto, las riendas en una mano y la fusta en la otra).

—Váyase al infierno —dijo—; recoja las herramientas y vuelva a su casa. Estaré allí antes de que amanezca, y si para entonces no encuentro algún surco hecho, voy a tirar al camino hasta la última porquería que tenga dentro de esa casa y se la alquilaré a otro mañana mismo.

Y él, Mink, mirándolo con la misma expresión amable, casi como si sonriera.

—Sería usted capaz de hacerlo —dijo.

—Puede estar seguro —respondió Varner—. Vamos. Váyase ahora mismo.

—Claro que sí, cómo no —dijo—. Dado que se trata de la siguiente sentencia del tribunal acerca de este caso, y dado que una persona amante de la ley siempre acata la sentencia de un tribunal —dándose la vuelta.

—Vamos —dijo Varner cuando ya estaba de espaldas—. Coja este dinero.

—¿No es eso cierto? —dijo Mink, alejándose.

A media tarde había arado más de la cuarta parte de una hectárea. Cuando giró el arado al final de un surco vio la calesa que se acercaba por el camino. Esta vez había dentro dos personas, Varner y el alguacil, Quick, y el vehículo se movía a paso de tortuga porque, atada con una cuerda al eje trasero, venía su vaca. Mink no se apresuró; inició el nuevo surco, desenganchó los tirantes y ató la mula a la cerca; sólo después se acercó a donde estaban los dos hombres, todavía sentados en la calesa, mirándolo.

—He pagado a Houston los dieciocho dólares y aquí está su vaca —dijo Varner—. Y si alguna vez me entero de que usted o algo que le pertenezca aparece en las tierras de Jack Houston, lo meteré en la cárcel.

—Y setenta y cinco centavos —dijo Mink—. Aunque quizá se hayan evaporado. Esa vaca ha sido objeto de una sentencia judicial. Sólo puedo aceptarla de acuerdo con los términos de la sentencia.

—Lon —le dijo Varner al alguacil con voz monótona y casi amable—, mete la vaca ahí dentro, quítale la cuerda y vuelve a la calesa lo más de prisa que puedas.

—Lon —dijo Mink con voz igualmente amable e igualmente monótona—, si metes esa vaca en mi tierra, iré a buscar la escopeta y la mataré.

No se paró a ver lo que hacían. Volvió junto a la mula, desató las riendas, las enganchó en los tirantes y abrió otro surco, de espaldas a la casa y al camino, de manera que sólo cuando hizo girar a la mula al final del surco vio por un momento la calesa alejándose al paso de tortuga que le imponía el lento caminar de la vaca. Siguió arando la tierra hasta que se hizo de noche y le llegó la hora de comerse la

cena a base de cerdo salado de mala calidad, melaza barata y harina con gorgojos que, incluso después de habérsela comido aún seguiría siendo propiedad de Will Varner hasta que él, Mink, hubiera desmotado y vendido, al otoño siguiente, el algodón que aún no había plantado.

Una hora después, con una lámpara de queroseno para iluminar débilmente el lento alzarse y caer del pico, estaba otra vez en la cerca de Houston. No se había tumbado ni había dejado de trabajar desde el amanecer; cuando volviera a salir el sol llevaría veinticuatro horas sin dormir; y cuando de hecho el sol le iluminó de nuevo estaba otra vez en sus campos con la mula y el arado, y sólo se detuvo a la hora del almuerzo, para volver otra vez después al campo..., o eso creía hasta que despertó y se encontró tumbado en el surco que acababa de hacer, bajo los mangos en ángulo del arado hundido en la tierra, la mula anclada, todavía entre los tirantes, y el sol a punto de ocultarse.

Después de la cena, idéntica al desayuno y a la cena de la noche anterior, cruzó, una vez más, con la lámpara encendida el pastizal de Houston camino de donde había dejado el pico con que cavaba los agujeros. No vio a Houston, que estaba sentado en el montón de postes, hasta que se puso en pie, con la escopeta recostada sobre el brazo izquierdo.

—Váyase a casa —dijo Houston—. Y no vuelva nunca después de ponerse el sol. Si quiere matarse, que no sea aquí. Quizá no pueda impedir que trabaje durante el día para pagar esa vaca, pero voy a impedirselo por la noche.

Pero también podía soportar aquello. Y es que ya conocía el truco. Lo había aprendido por las bravas; había tenido que enseñárselo a sí mismo por pura necesidad: un hombre es capaz de superar cualquier cosa por el simple procedimiento de negarse a aceptarlo, de no resignarse, de no someterse. Podía incluso dormir por la noche. No era tanto que tuviera tiempo para dormir como que había alcanzado algo muy parecido a la paz, liberándose de la prisa y de la precipitación. Labró el resto de su tierra arrendada, luego abrió los espacios libres entre los surcos cuando el tiempo era bueno, dedicando los malos días a la cerca de Houston, haciendo una cruz para indicar que le quedaba un día menos, es decir, cincuenta centavos menos para recuperar la vaca. Pero ya sin prisa, sin sensación de urgencia; cuando finalmente llegó la primavera y la tierra tuvo la tibieza suficiente para recibir la simiente y se dio cuenta de que no podría trabajar en la cerca durante muchos días por las exigencias de sus propios cultivos, lo aceptó con calma, yendo a por sus simientes de maíz y algodón al almacén de Varner y procediendo después a la siembra, haciéndolo con más cuidado que nunca, porque ahora sólo necesitaba matar el tiempo hasta que pudiera volver a la cerca y disolver con el sudor de su frente medio dólar más. Porque la paciencia era también parte de su orgullo; no resignarse nunca porque de esa manera podía vencerlos; quizá fuesen más fuertes que él de momento, pero nadie ni nada lograría esperar más tiempo que él cuando únicamente esperar era lo que hacía falta, lo que le permitiría alcanzar sus objetivos.

Finalmente un día, al ponerse el sol, pudo prescindir de la paciencia al mismo tiempo que dejaba definitivamente el pico, los tensores y lo que quedaba del alambre. Houston, por supuesto, sabía también que era el último día. Probablemente habría pasado las horas esperando que, en el momento en que el sol se ocultara tras los árboles de poniente, apareciera al trote por el camino para llevarse la vaca; probablemente se habría pasado todo el día, desde el amanecer, en la ventana de la cocina para verlo a él, Mink, dirigirse hacia su lugar de trabajo con el ronزال de la vaca, dispuesto a llevársela a casa en cuanto terminara. De hecho, durante todo aquel último día, mientras cavaba los últimos hoyos y no enterraba los postes sino el último resto del desafuero que *ellos* habían cometido contra él, utilizando al viejo Will Varner en persona como instrumento para ver lo que era capaz de soportar, se imaginaba a Houston recorriendo en vano con la mirada el camino que llevaba hasta su casa, examinando matorrales y rincones para descubrir dónde había escondido el ronزال.

Cuando lo cierto era que aún no lo había traído y que estuvo trabajando sin parar hasta que el sol se ocultó por completo, de manera que nadie pudiera decir que la jornada de trabajo no estaba completa y acabada; sólo entonces recogió el pico y la pala y los tensores, para devolverlos al cercado donde se daba de comer a los animales y colocarlos ordenada y cuidadosamente en la esquina donde el negro o Houston o cualquiera que quisiera mirar no tendría más remedio que verlos, sin volver la cabeza ni siquiera una vez hacia la casa de Houston, ni tampoco hacia la vaca que nadie podía ya negar que era suya, antes de echar a andar por el camino hacia su cabaña, a tres quilómetros de distancia.

Cenó tranquilamente y sin apresurarse, sin aguzar siquiera el oído en espera de la vaca y de quien fuera que se presentara esta vez con ella. Podría incluso tratarse de Houston en persona. Aunque, pensándolo mejor, Houston era como él; tampoco se asustaba fácilmente. El miedo y la preocupación del viejo Will Varner le harían mandar al alguacil con la vaca, ahora que la sentencia estaba cumplida hasta el último penique, con él, Mink, comiéndose el tocino y el pan y bebiéndose el café con la misma expresión amable, casi sonriente, imaginándose a Quick maldiciendo y tropezando camino adelante, molesto por tener que hacer aquel trabajo a oscuras cuando también a él le gustaría estar cenando en casa sin que le apretaran las botas; Mink ensayaba, preparaba ya las frases que le iba a decir: «He trabajado dieciocho días y medio. Se necesita un periodo de luz y otro de oscuridad para hacer un día completo, y hoy no se acaba hasta el amanecer de mañana. Llévate esa vaca a donde Will Varner y tú la pusisteis hace dieciocho días y medio e iré por la mañana a recogerla. Y recuérdale a ese negro que le dé pronto de comer, para que no tenga que esperar».

Pero no oyó nada. Y sólo entonces se dio cuenta de que en realidad esperaba que apareciera la vaca, que había contado con su vuelta, por así decirlo. Tuvo de repente un ligero sobresalto producido por el miedo, por el terror casi, al descubrir lo

engañoso de la paz de la que había creído disfrutar desde su enfrentamiento con Houston y su escopeta aquella noche, dos meses atrás, junto a la cerca; ahora estaba ya tan poco seguro de lo que había creído que era paz que tenía que estar constantemente sobreaviso, puesto que aparentemente cualquier cosa podía devolverlo al momento en que Will Varner dijo que, para recuperar la vaca, tendría que trabajar por valor de dieciocho dólares con setenta y cinco centavos a cincuenta centavos diarios. Ya no le quedaba más remedio que asegurarse de que Quick no se la había traído a hurtadillas, echando luego a correr, huyendo; tenía que encender una lámpara y salir para ver si encontraba lo que sabía que no iba a encontrar. Y por si eso fuera poco, tendría que explicar a su mujer a dónde iba con la lámpara. Inevitablemente tuvo que explicárselo, utilizando un verbo que además era una grosería cuando ella le dijo: «¿A dónde vas? Creía que Jack Houston te lo había advertido», y añadiendo a continuación, no por la ordinariez, sino porque tampoco ella le dejaba en paz:

—A no ser, por supuesto, que quieras salir tú y hacerlo en mi lugar.

—¡Asqueroso! —exclamó ella—. ¡Usar palabras como ésa delante de las niñas!

—Por supuesto —respondió él—. También podrías mandarlas a ellas. Quizá entre las dos igualaran a un adulto. Aunque por la manera que tienen de comer, cualquiera de las dos bastaría.

Se llegó hasta el establo, pero la vaca no estaba allí, como ya sabía. Se alegró. Todo lo sucedido (el darse cuenta de que incluso si uno de ellos le hubiera traído la vaca, habría tenido que salir y mirar en el establo para estar seguro) había sido una ayuda, le había enseñado, sin que realmente le sucediera nada malo, exactamente lo que *ellos* se proponían, que no era otra cosa que sacudirlo, empujarlo por sorpresa para hacerle perder el equilibrio y causar su ruina, puesto que no podían ganarle de ninguna otra manera; no podían hacerlo con dinero o con su falta, como tampoco podían esperar más tiempo que él; sólo le podían ganar haciéndole perder el equilibrio, derribándolo y poniéndolo en la situación de rabia ciega y sorda en la que perdía por completo la razón.

Pero ya estaba otra vez perfectamente. En realidad había ganado; cuando a la mañana siguiente cogiera el ronzal y fuese a por la vaca, no sería Quick sino el mismo Houston quien dijera: «¿Por qué no vino anoche? Los dieciocho días y medio terminaron al anochecer»; de manera que sería al mismo Houston a quien tendría que contestarle: «Se necesita un periodo de luz y otro de oscuridad para hacer un día completo. Los dieciocho y medio terminan hoy por la mañana..., con tal de que ese delicado negro de usted ya le haya dado de comer».

Durmió. Desayunó; el amanecer lo vio avanzando sin prisa por el camino hacia el pastizal de Houston, el ronzal enrollado a la altura del hombro para apoyar los brazos cruzados en lo alto de la cerca; estuvo contemplando al negro con el biello y también a Houston por espacio de un minuto o dos antes de que ellos lo vieran a él.

—Buenos días, Jack —dijo—. Vengo a por la vaca objeto de la sentencia del

tribunal, si es usted tan amable de decirle a ese negro suyo que haga el favor de ponerle el ronzal si no tiene inconveniente —sin dejar de apoyarse en la cerca mientras Houston se acercaba hasta pararse a uno tres metros de distancia.

—Todavía no ha terminado usted —dijo—. Debe dos días más.

—Vaya vaya —dijo Mink, sin alterarse y calmosamente, casi con amabilidad—. Imagino que una persona con muchos sementales y vacas de raza, por no hablar de casi un quilómetro de cerca nueva que no le ha costado un céntimo, es fácil que se confunda en una cosa de tan poca importancia como unos cuantos dólares, sobre todo si sólo se trata de dieciocho dólares con setenta y cinco centavos. Pero yo no tengo más que una vaca de ocho dólares, o más bien lo que siempre creí que era una vaca de ocho dólares. No soy lo bastante rico para no saber contar dieciocho con setenta y cinco.

—No estoy hablando de dieciocho dólares —dijo Houston—. Estoy...

—Con setenta y cinco centavos —dijo Mink.

—... hablando de diecinueve dólares. Me debe usted un dólar más.

Mink no se movió; la expresión de su rostro no se alteró.

—¿Qué dólar más? —se limitó a preguntar.

—El dólar de la indemnización —dijo Houston—. La ley dice que cuando alguien recoge un animal que se ha perdido y el propietario no lo reclama antes de la noche de ese mismo día, la persona que encuentra al animal tiene derecho a un dólar de indemnización.

Mink siguió completamente inmóvil; ni siquiera apretó con más fuerza la soga que tenía en la mano.

—Por eso se apresuró usted aquel día a ahorrarle a Lon la molestia de llevarse la vaca a casa —dijo—. Para conseguir ese dólar más.

—Me tiene sin cuidado un dólar más —dijo Houston—. Y por mí Quick se puede ir al infierno. Le hubiera dejado la vaca de mil amores. Me la quedé para evitar que tuviera usted que hacer todo el camino hasta su casa para recuperarla. Aparte de que yo le he dado de comer todos los días, cosa que Quick no habría hecho. El pico y la pala y los tensores están en la misma esquina donde los dejó anoche. En el momento que quiera...

Pero Mink se había dado ya la vuelta, echando a andar, calmosamente pero con firmeza, con la soga enrollada, por el camino hasta la carretera, pero no en dirección a su casa sino en la contraria, la del almacén de Varner a seis quilómetros de distancia, recorriendo la luminosa mañana de verano, dulce y todavía joven, entre bosques llenos de vida en los que los cornejos, los ciclamores y los ciruelos silvestres habían florecido y perdido las flores tiempo atrás, junto a los campos cultivados en los que crecían con fuerza el maíz y el algodón, aunque las plantas no fuesen tan hermosas como las suyas (evidentemente las personas que las habían plantado no habían disfrutado de la tranquilidad y la paz que él había creído tener durante la sementera); pisando calmosamente la tierra primaveral y fértil, hirviendo de vida —

los frenéticos brillos y resplandores y los gritos de los pájaros, un conejo saliéndole prácticamente de debajo de los pies, tan joven y tan flaco que casi no tenía más que dos dimensiones, a no ser que la tercera fuese la velocidad—, hasta llegar al almacén de Varner.

La galería de madera carcomida por encima de los peldaños igualmente carcomidos estaba vacía. Los hombres con mono que una vez terminadas las faenas del campo vendrían a acuclillarse y a pasar el resto del día apoyados contra la fachada del almacén o incluso en su interior, también estarían hoy en sus tierras, abriendo zanjas o reparando cercas o pasando las primeras gradas y arados de pala y cultivadoras entre los tallos de las plantas ya crecidas. De hecho también el almacén estaba vacío. Mink pensó *Si Flem estuviera aquí...*, porque Flem no estaba allí; él, Mink, sabía mejor que nadie que su luna de miel tendría que durar hasta que pudieran volver a casa y decir a Frenchman's Bend que la criatura que traían consigo no había nacido, como mínimo, antes de mayo. Pero si no hubiera sido eso habría sido otra cosa; la ausencia de su primo cuando se le necesitaba era otra prueba más, otro hostigamiento, otro intento de enloquecerlo, no para ver si sobrevivía, porque de eso *ellos* no tenían la menor duda, sino simplemente por el placer de verlo hacer otra cosa más que no estaba en absoluto justificado que tuviera que hacer.

Sólo que tampoco encontró allí a Varner. Mink no se lo esperaba. Había dado por sentado que *ellos* no desaprovecharían la oportunidad: tener el almacén rebosante de personas que deberían haber estado trabajando en el campo, oídos ociosos y bien aguzados para enterarse de todo lo que él hubiera venido a decirle a Will Varner. Pero hasta Varner se había ido; en el almacén estaban únicamente Jody Varner y Lump Snopes, el sustituto que Flem se había buscado cuando dejó el puesto el verano anterior para casarse.

—Si se ha ido a Jefferson, no estará de vuelta hasta la noche —dijo Mink.

—No se ha ido a Jefferson —dijo Jody—; ha ido a ver un molino en Punkin Creek y dijo que estaría de vuelta para la hora del almuerzo.

—No volverá hasta la noche —dijo Mink.

—De acuerdo —dijo Jody—. En ese caso vete a casa y vuelve mañana.

De todas formas salía perdiendo. Podía haber recorrido los ocho kilómetros hasta su casa y luego los otros ocho de vuelta antes de mediodía sin tener que apretar demasiado el paso, si le hubiera apetecido andar. O quedarse cerca del almacén hasta mediodía y esperar a que el viejo Varner apareciese por fin hacia la hora de la cena, que sería lo que hiciese, porque *ellos*, naturalmente, no dejarían escapar la oportunidad de obligarle a perder un día entero. Lo que significaba que tendría que dedicar la mitad de una noche a cavar hoyos para los postes de Houston, dado que necesitaba completar las dos jornadas de trabajo pasado mañana al mediodía para poder acabar lo que tendría que hacer dado que le era imprescindible ir personalmente a Jefferson.

O podría haber vuelto a casa con el tiempo justo para almorzar y regresar luego al

almacén, puesto que ya habría perdido el día entero de todos modos. Pero sin duda ellos no dejarían escapar la oportunidad; tan pronto como se hubiera alejado lo suficiente, la calesa regresaría de Punkin Creek y Varner se apearía de ella. De manera que esperó hasta después de mediodía cuando, tan pronto como Jody se marchó a almorzar a su casa, Lump cortó un trozo de queso y cogió un puñado de galletas saladas del barril.

—¿No almuerzas? —dijo Lump—. Will no dejará de comer por nada del mundo.

—No —dijo Mink.

—Te lo puedo apuntar en la cuenta si tanto te preocupa privar a Will Varner de cinco centavos —dijo Lump.

—No tengo hambre —dijo el otro. Pero había una cosa que podía hacer, un preparativo del que podía ocuparse, dado que no estaba lejos. De manera que fue allí, al sitio que ya había elegido, e hizo lo que era necesario, puesto que ya sabía lo que Varner iba a decirle; después regresó al almacén y sí, exactamente a media tarde, exactamente a tiempo para agotar lo que quedaba de todo un día de trabajo, llegó la calesa y Varner se apeó y estaba atando las riendas al poste de la galería al que siempre las ataba cuando Mink se le acercó.

—Está bien —dijo Varner—. ¿Qué es lo que pasa ahora?

—Una pequeña información sobre leyes —dijo Mink—. La cuestión del dólar de indemnización.

—¿Cómo? —dijo Varner.

—Precisamente eso —dijo Mink, tranquilamente, con naturalidad y con una expresión tan amable que casi parecía sonreír—. Yo creía que había terminado los treinta y siete días y medio al anocheecer de ayer. Pero cuando he ido esta mañana a por la vaca, parece que no he terminado del todo, que aún debo dos días más a causa del dólar de indemnización.

—Demonios coronados —dijo Varner, y se quedó un rato lanzando maldiciones por encima de su interlocutor, que era mucho más bajo—. ¿Ha sido Houston quien le ha dicho eso?

—Así es —dijo Mink.

—Demonios coronados —repitió Varner. Se sacó del bolsillo de atrás del pantalón un enorme billetero de cuero muy gastado, atado como si fuera una maleta, y sacó de su interior un billete de dólar—. Tenga —dijo.

—De manera que según la ley tengo que pagar otro dólar para recuperar la vaca.

—Sí —dijo Varner—. Si Houston decide reclamarlo. Tenga este dólar...

—No lo necesito —dijo Mink, dándose ya la vuelta— Houston y yo no hacemos tratos con dinero, sino con hoyos para postes. Sólo quería saber lo que dice la ley. Y si la ley es ésa, supongo que una persona respetuosa de la ley como yo no tiene otro remedio que acatarla. Porque si la gente no acata la ley, ¿de qué sirven todas las molestias y los gastos para mantenerla?

—¡Espere! —dijo Varner—. No vuelva allí. No se acerque a las tierras de

Houston. Váyase a casa y espere. Le llevaré la vaca en cuanto encuentre a Quick.

—No hace ninguna falta —dijo Mink—. Quizá no tenga dentro de mí tantos hoyos de poste como dólares tiene Houston, pero calculo que me quedan los suficientes para dos días más.

—¡Mink! —dijo Varner—. ¡Mink! ¡Vuelva aquí! —pero ya se había ido aunque no había ninguna razón para apresurarse, porque el día estaba perdido; pero a la mañana siguiente volvió al pastizal de Houston y trabajó hasta que se puso el sol. Esta vez escondió las herramientas bajo un matorral, como hacía siempre cuando iba a volver al día siguiente; luego regresó a casa y comió el tocino y la salsa espesada con harina y los bollos mal cocidos; no tenían más que un reloj en casa, el despertador de hojalata que puso para que sonara a las once de la noche; había dejado café en el puchero y parte del tocino frío en la sartén con la grasa solidificada y dos bollos, y casi era ya exactamente la medianoche cuando los salvajes ladridos del perro hicieron que el negro saliera hasta la puerta y él, Mink, dijo: «Es el señor Snopes, que se presenta para trabajar. Hay que apuntar que acaban de dar las doce». Tenía que hacerlo así para marcharse a mediodía. Y ellos —Houston— aún lo contemplaba, porque cuando el sol dijo mediodía y él dejó las herramientas en la esquina de la cerca, la vaca estaba allí con un ronzal nuevo, que Mink procedió a quitarle, atándole alrededor de los cuernos la cuerda que él llevaba, y esta vez no tiró de ella, sino que, manteniéndose al trote, la obligó a caminar por delante, azotándola en los cuartos traseros con el extremo de la cuerda.

Y es que andaba escaso de tiempo para llevarla a casa y meterla en la cuadra. Tampoco le quedaría tiempo para almorzar, dado que, incluso campo a través, tenía que recorrer una distancia de ocho kilómetros: y es que, como Varner no vendía cartuchos del diez, precisaba llegar antes de que el cartero saliera a las dos en punto del almacén camino de Jefferson. Pero su mujer y sus hijas estaban sentadas a la mesa, lo que al menos evitaría discusiones, la necesidad de maldecirlas hasta que se callaran o quizá incluso de tener que recurrir a la fuerza, pegar a su mujer, para ir al hogar de la chimenea, sacar el ladrillo suelto y coger, de la caja de rapé que había detrás, el único billete de cinco dólares que a través de todas las vicisitudes conservaban allí, al igual que el propietario de un barco vende o empeña o pierde todo su equipo pero todavía se aferra a un salvavidas o a una boya en anilla. Pero aún le quedaban cinco cartuchos para su anticuada escopeta del diez, desde uno con postas para pájaros hasta otro con postas del dos para pavos y gansos silvestres. Pero los tenía desde hacía años, tantos que ya no recordaba cuántos; y además, aunque tuviese la seguridad de que fueran a funcionar, Houston se merecía algo mejor.

Dobló el billete cuidadosamente, se lo metió en el bolsillo que tenía el peto del mono, y llegó al almacén antes de que el cartero se marchara; a las cuatro de la tarde ya se divisaba Jefferson del otro lado del último valle y, por simple precaución, con un sencillo gesto instintivo de preparación, metió los dedos en el bolsillo del peto, luego escarbó frenéticamente, él mismo inmóvil en apariencia, dentro del bolsillo

vacío donde sabía que había guardado el billete después de doblarlo cuidadosamente; a continuación permaneció inmóvil junto al cartero mientras la calesa iniciaba el descenso de la colina. *Tengo que hacerlo pensó de manera que cuanto antes mejor y luego dijo calmadamente:*

—Está bien. Creo que es el momento de devolverme el dinero.

—¿Cómo? —dijo el cartero.

—El billete de cinco dólares que tenía en el bolsillo cuando me subí a la calesa junto al almacén de Varner.

—Así que esas tenemos, hijo de mala madre —dijo el cartero. Llevó la calesa a un lado del camino, enrolló las riendas en el mango de la fusta, se apeó y dio la vuelta hasta colocarse del lado del vehículo donde se encontraba Mink—. Bájate —le dijo.

Ahora me tengo que pelear con él pensó Mink pero estoy sin navaja y lo más probable es que se me adelante si trato de coger un palo. De manera que será mejor acabar cuanto antes. Se apeó de la calesa y el cartero le dio tiempo para que alzara las diminutas manos impotentes en gesto de pelea. Luego un tremendo golpe del que Mink casi no se percató, más consciente en cambio de la dura horizontalidad inflexible de la tierra, del suelo contra su espalda, allí tumbado, casi con un sentimiento de paz, mientras veía al cartero subirse de nuevo a la calesa y alejarse.

Después se levantó. Pensó *además de ahorrarme el viaje, aún tendría los cinco dólares.* Pero sólo un momento; ya estaba de nuevo en la carretera, caminando a buen paso hacia la ciudad como si realmente supiera lo que hacía. Y así era en realidad, porque ya se había acordado de que dos, quizá tres años antes, Solón Quick o Vernon Tull, o quienquiera que fuese, había visto al oso, el último oso de aquella parte del condado, cuando atravesó la presa del molino de Varner y se ocultó entre la espesura, y de cómo se organizó la cacería y alguien fue a caballo hasta Jefferson en busca de Ike McCaslin y de Walter Ewell, los mejores cazadores del condado, y todos se presentaron con sus cartuchos de postas para caza mayor y los perros de cazar osos y ciervos y colocaron a los tiradores en sus puestos y luego avanzaron hasta el fondo del valle donde se había visto al oso, que ya se había marchado para entonces. De manera que sabía qué era lo que tenía que hacer o, al menos, cómo intentarlo, hasta que cruzó la plaza y entró en el almacén de ferretería del que McCaslin era el socio más joven y le vio los ojos. *No servirá de nada pensó calmadamente. Ha vivido demasiado tiempo en el bosque con ciervos y osos y panteras que están o no están, y lo sabe de prisa y ahora mismo, y no hay término medio. No sabría cómo creer una mentira aunque yo fuera capaz de contársela.* Pero tenía que intentarlo.

—¿Para qué necesita dos cartuchos de postas gruesas?

—Un negro dijo esta mañana que había visto la huella del oso en la ciénaga de Blackwater.

—No —dijo McCaslin—. ¿Para qué quiere esos dos cartuchos de postas gruesas? Se los podré pagar en cuanto desmote el algodón —dijo Mink.

—No —dijo McCaslin—. No se los voy a dar. No hay nada en Frenchman's Bend

que necesite postas gruesas.

En realidad no necesitaba comer, a pesar de que no había probado bocado desde la medianoche, pero tenía que pasar el tiempo de algún modo hasta la mañana del día siguiente, momento en que sabría si el cartero iba a estar dispuesto a llevarlo o no hasta el almacén de Varner. Sabía de un pequeño restaurante no muy limpio situado en un callejón, cuyo dueño era Ratliff, el vendedor de máquinas de coser, muy conocido en Frenchman's Bend, un lugar donde, si uno tenía medio dólar o incluso cuarenta centavos, se podían comer dos hamburguesas y plátanos por valor de cinco centavos y salir de allí todavía con veinticinco centavos.

Por ese dinero tendría cama en el Hotel Comercial (un edificio de dos pisos de madera sin pintar, también situado a trasmano; dos años después su primo Flem sería el propietario, pero eso, claro está, Mink no podía saberlo aún. De hecho no había pensado ni una sola vez en su primo desde el momento en que entrara el día anterior en el almacén de Varner, donde, hasta su marcha en compañía de su mujer camino de Texas en agosto, lo primero que hubiera visto al entrar habría sido a Flem). Todo lo que tenía que hacer era esperar a que fueran las ocho de la mañana del día siguiente, porque si pasar el tiempo costara dinero en efectivo ya llevaría años en el asilo.

Era de noche, estaban encendidas las luces de la plaza, y las del *drugstore* iluminaban la acera, manchándola suavemente de rosa y verde a causa de los tarros llenos de líquido rojo y verde del escaparate; Mink vio también el bar donde sólo se vendían bebidas no alcohólicas y a los jóvenes, chicos y chicas, con su ropa de ciudad, comiendo y bebiendo helados y batidos de colores llamativos; todos pasaban por delante de sus ojos: las parejas, los muchachos y las muchachas, los ancianos y los niños, caminando todos en la misma dirección. Luego oyó música, un piano, que sonaba muy fuerte. Mink lo siguió y vio una empalizada muy alta en un solar con la entrada junto a la taquilla iluminada: lo llamaban el Palacio de los Sueños; lo había visto otras veces de día cuando iba a la ciudad los sábados y también de noche en tres ocasiones, iluminado igual que ahora. Pero no había entrado nunca porque las tres veces que estuvo en Jefferson después de oscurecer lo hizo viniendo desde Frenchman's Bend a lomos de mula con compañeros de su misma edad y sexo para coger el primer tren de Memphis y dirigirse a un burdel con el exiguo puñado de dólares arrancados a viva fuerza a su escaso sustento, como había arrancado los dos días de ausencia en los que no iba a trabajar, y sintiendo en la sangre una necesidad mucho más urgente y apasionada que la de ver una película.

Aunque esta vez podría haberse gastado los diez centavos de la entrada. Pero se quedó a un lado mientras la cola de espectadores avanzaba lentamente hacia la taquilla y siguió allí hasta que el último desapareció en el interior. Luego el resplandor cegador de la luz que procedía de más allá de la empalizada se transformó en un frío parpadeo; Mink, acercándose a la valla y poniendo el ojo sobre una rendija pudo ver una sección, un fragmento del recinto: la oscura hilera de cabezas inmóviles por encima de las cuales estallaba el cono de luz con su peculiar zumbido,

fragmentándose en los apasionados y evanescentes fingimientos en los que bailaban y parpadeaban efímeras esperanzas y sueños, sugestivos pero decepcionantes, puesto que él sólo veía una estrecha franja vertical, hasta que le llegó una voz desde la taquilla que tenía detrás:

—Pague diez centavos y entre. Así podrá ver la película.

—No, muchas gracias —respondió Mink, poniéndose en movimiento. La plaza estaba otra vez vacía, hasta que al terminar la proyección, los jóvenes, chicos y chicas, antes de regresar a sus casas, volvieran a beber y a comer los batidos y los helados que Mink tampoco había probado nunca. Tenía esperanzas de ver quizá un automóvil; ya había dos en Jefferson por aquel entonces: el deportivo rojo del alcalde, el señor De Spain, y el White Steamer propiedad del presidente del banco más antiguo, el Banco de Jefferson (El coronel Sartoris, el acaudalado presidente del otro banco, más reciente, no sólo no era dueño de un automóvil, sino que tres años antes había hecho aprobar una ley prohibiendo que circularan por las calles de Jefferson vehículos a motor a raíz de que el automóvil que un individuo llamado Buffaloe había fabricado en el patio trasero de su casa fuera el causante de que la pareja de caballos del coronel se desbocara). Pero Mink no se cruzó con ninguno de los dos; la plaza seguía vacía cuando la cruzó. Luego el hotel, el Holston, con los viajantes de comercio en las sillas de cuero, tomando en la acera el fresco de la noche; uno de los jacos de la cuadra de caballos de alquiler ya estaba allí, y el mozo negro lo cargaba con las bolsas de viaje y los muestrarios para el tren en dirección sur.

De manera que más le valía seguir andando para llegar a tiempo, si bien las cuatro esferas iluminadas del reloj que coronaba el juzgado marcaban sólo las ocho y diez y él sabía por experiencia que el tren de Nueva Orleans, procedente de Memphis Junction, no pasaba por

Jefferson hasta las nueve menos dos minutos. Aunque también sabía que los trenes de mercancías podían pasar casi a cualquier hora, sin contar con el otro tren de pasajeros, que también conocía por experiencia, y que se dirigía hacia el norte a las cuatro y media. De manera que sólo con hacer noche en la estación, sin moverse siquiera, vería sin duda dos trenes y quizá hasta cinco o seis antes de que saliera el sol.

Dejó atrás la plaza, luego las casas a oscuras donde algunos de los ancianos que no iban al cine pasaban el tiempo en mecedoras casi invisibles en la fresca penumbra de los patios, a continuación un barrio donde sólo vivían negros, también con su luz eléctrica, y siguió adelante tranquilo, sin preocupaciones, sin necesidad de luchar y esforzarse contra viento y marea, sin tener que ganar derecho y justicia porque ya estaban perdidos, tan sólo defender el principio, su derecho a que se le hiciera justicia; podía, en cambio, hablar un poco y entrar incluso en la casa de un negro y tumbarse y dormir en lugar de andar todo el camino hasta la estación sólo para tener algo que mirar hasta que el maldito cartero se pusiera en marcha a las ocho de la

mañana. Luego la estación: los ojos verdes y rojos de las señales luminosas, el autobús del hotel, los jacos de alquiler y el colectivo de Lucius Hogganbeck; el largo andén iluminado con luz eléctrica y repleto ya de los hombres y de los chicos que acudían a ver pasar el tren, y que también habían estado allí las tres veces que él se apeara, mirándolo como si viniera de algún lugar mucho más remoto que una casa de putas de Memphis.

Después el tren mismo: los cuatro silbidos para el cruce del norte, el farol de la locomotora, el rugido, el entrechocarse de las bielas, el maquinista y el fogonero, agazapados y casi invisibles en lo alto, por encima del ruido del vapor de agua, reduciendo la marcha, el furgón de los equipajes, los vagones corrientes, el coche restaurante y los otros vagones donde los pasajeros duermen mientras viajan. Cuando el tren se detuvo, se bajó de él un mozo negro que se daba aún más aires que el de Houston, con un taburete bajo el brazo; luego el revisor; y hombres y mujeres ricos se subieron alegremente a donde otros ricos y ricas dormían ya, seguidos por el negro con su taburete y el revisor, este último echándose hacia atrás para hacer una señal a la locomotora, que les respondió a él y a todos con los primeros ruidos breves y roncós de la partida.

Luego las dos luces rojas gemelas del furgón de cola fueron disminuyendo rápidamente de tamaño hasta hacer un último guiño en la curva, los cuatro silbidos llegaron perdiendo fuerza desde el cruce del sur y Mink pensó en grandes distancias, en Nueva Orleans, donde nunca había estado y a donde quizá no fuera nunca, y en distancias todavía mayores, más allá de Nueva Orleans, con Texas en alguna parte; y ahora por vez primera empezó de verdad a pensar en su primo ausente: el único de los Snopes que había prosperado, que se había liberado, que tenía desde que nació (o había aprendido, sin que nadie se lo enseñara) el don o la suerte que le permitía medirse con *ellos*, mantenerse firme y manejarlos, cosa que él, Mink, según todas las apariencias, era incapaz de hacer. *Quizá debería haber esperado a que regresara*, pensó, volviendo al andén vacío ya, dándose cuenta sólo entonces de que no había pensado *debería* esperar, sino *debería haber* esperado, puesto que ya era demasiado tarde.

La sala de espera también estaba vacía, y vacíos los duros bancos de madera y apagada la estufa de hierro con manchas de tabaco. Sabía de los letreros de las estaciones que prohibían escupir, pero nunca había oído de ninguno que prohibiera sentarse sin billete. De todas formas se enteraría: un hombrecillo descarnado, insomne y en ayunas desde hacía ya casi veinticuatro horas, contemplando la sala vacía y desolada bajo la única bombilla sin pantalla, tan desesperado e indefenso como un niño, como un adolescente, con su camisa y su mono descolorido y remendado, sin calcetines, con unos pesados zapatos muy gastados y tan duros como el hierro, y un sombrero negro de fieltro, con manchas de sudor y de grasa. Desde el otro lado de la ventanilla donde despachaban los billetes le llegaba el repiqueteo intermitente del telégrafo, y la voz del empleado que hacía el turno de noche y de su

interlocutor, hasta que las voces cesaron y el telegrafista, con la visera verde, se le quedó mirando a través de la ventanilla.

—¿Desea usted algo? —preguntó.

—No, muchas gracias —dijo Mink—. ¿Cuándo pasa el próximo tren?

—A las cuatro y veintidós —respondió el empleado—. ¿Lo está esperando?

—Así es —dijo Mink.

—Faltan todavía seis horas. Puede volver a casa y acostarse y venir después.

—Vivo en Frenchman's Bend —respondió Mink.

—Ah —dijo el empleado. Luego su rostro desapareció de la ventanilla y Mink se sentó de nuevo. Ahora el silencio era muy grande, y Mink empezó incluso a fijarse, a oír a los grillos en los árboles a oscuras más allá de las vías, zumbando y chirriando de aquí para allá, interminables y pacíficos, como si fueran el sonido de los apacibles minutos y segundos de la oscura y apacible noche de verano, respondiéndose unos a otros. Luego toda la sala retumbó y tembló, llenándose de un ruido como de tormenta; estaba pasando un tren de mercancías, pero ni siquiera entonces logró Mink despertarse lo bastante para salir a tiempo al andén. Aún estaba sentado en el duro banco, entumecido y frío, cuando las luces rojas del furgón de cola parpadearon primero a través de las ventanas y después de la puerta abierta, llevándose con ellas el ruido de truenos; finalmente, los cuatro silbidos del cruce resonaron y se desvanecieron. Esta vez el telegrafista estaba a su lado en la sala de espera y había apagado la bombilla que colgaba del techo.

—Estaba usted dormido —dijo.

—Es cierto —dijo Mink—. Casi me pierdo ése.

—¿Por qué no se tumba en el banco y se pone cómodo?

—¿No hay un reglamento que lo prohíba?

—No —dijo el otro—. Le llamaré cuando nos den la señal para el Número Ocho.

—Muchas gracias —dijo Mink, tumbándose. El empleado regresó a la habitación donde el telégrafo repiqueteaba de nuevo. *Sí pensó Mink apaciblemente si Flem hubiera estado aquí podría haber parado todo esto el primer día antes incluso de que empezara. Después de trabajar para Varner como él lo ha hecho, y de tratarse con Houston y Quick y todos los demás. Lo podría haber hecho si yo hubiera podido esperar. Pero no era yo el que no podía esperar. Houston en persona no ha querido darme tiempo.* Nada más pensarlo comprendió que tampoco aquello era verdad, que por mucho tiempo que hubiera esperado, *ellos* habrían impedido que Flem volviera a tiempo. También tenía que apurar aquella copa hasta las heces: tenía que enfrentarse, aceptar este último y definitivo riesgo y peligro inútil e insensato para demostrar lo mucho que era capaz de soportar antes de que *ellos* permitieran que su primo volviera y pudiese salvarlo. La misma copa contenía también la vida de Houston, pero Mink no pensaba ya en él. En cierta manera, había dejado de pensar en el momento en que Varner le dijo que tendría que pagar también el dólar de indemnización. «De acuerdo», dijo apaciblemente, esta vez en voz alta, «si eso es lo que quieren, supongo

que también lo puedo soportar».

A las siete y media estaba en el pequeño solar detrás de correos donde se situaban las calesas en espera de que por la puerta de atrás salieran los carteros con las sacas. Ya había localizado la de Frenchman's Bend y permaneció inmóvil en silencio, sin acercarse demasiado: se quedó simplemente donde al cartero no le quedara más remedio que verlo, hasta que el individuo que el día anterior lo había derribado de un puñetazo, salió, lo vio y lo reconoció con una rápida ojeada, luego se adelantó y metió la saca en la calesa; Mink siguió sin moverse, esperando a ser rechazado o aceptado, hasta que el cartero se montó, soltó las riendas, enrolladas en el mango de la fusta, y dijo:

—Está bien. Supongo que tiene que volver a las faenas del campo. Suba.

Y Mink se adelantó y se montó en la calesa.

Acababan de dar las once cuando se apeó junto al almacén de Varner, dijo Muy agradecido e inició la caminata de ocho kilómetros hasta su casa. De manera que llegó a tiempo para el almuerzo, y comió sin pausa y sin hablar mientras su mujer le reñía y gimoteaba (evidentemente no había notado la falta del dinero debajo del ladrillo), preguntándole dónde había pasado la noche y por qué se había ido; cuando terminó, después de apurar el café, se levantó de la mesa e, insultándolas con palabras groseras y crueles, las sacó a las tres, a su mujer y a las dos chicas, con las tres azadas, para que limpiaran las nuevas matas de algodón, mientras él se tumbaba en el suelo, dentro de la cabaña, donde había una corriente, para pasar durmiendo las primeras horas de la tarde.

Luego llegó la mañana del día siguiente. Del rincón detrás de la puerta cogió la tremenda escopeta de dos cañones del calibre diez que había pertenecido a su abuelo, con los dos percutores que sobresalían por encima del cañón casi tanto como las orejas de un conejo.

—¿Y ahora, qué? —dijo, gritó su mujer—. ¿A dónde te propones ir con eso?

—A cazar un conejo —respondió Mink—. Estoy harto de comer cerdo salado —y con dos de los cartuchos más pesados de su exigua reserva de municiones con postas del número dos, cinco y ocho, se puso en marcha sin utilizar siquiera caminos secundarios y senderos, sino setos y bosquecillos y zanjas y cualquier otro accidente del terreno que lo mantuviera invisible, hasta llegar a donde había preparado la emboscada dos días antes mientras esperaba el regreso de Varner, en el sitio en que el camino que llevaba desde las tierras de Houston al almacén de Varner cruzaba el puente sobre el arroyo; al lado de la senda había unos matorrales espesos, con un tronco para sentarse y unas ramas rotas por encima de las cuales había abierto una especie de tronera para pasar la escopeta y apuntar, con los tablones del puente a cincuenta metros para alertarle con el retumbar de las pezuñas del semental si por acaso se adormilaba.

Porque a veces transcurría una semana sin que Houston apareciera por el almacén. Pero antes o después tendría que hacerlo. Y si todo lo que él, Mink,

necesitaba para vencerlos era esperar, podían haberse rendido tres meses antes y se hubieran ahorrado a *ellos* mismos y a todo el mundo muchísimas molestias. De manera que lo que tenía que suceder no sucedió ni el primero ni tampoco el segundo de los días que regresó a casa sin un conejo y se tomó la cena en completo e inflexible silencio, mientras su mujer lo reñía y se lamentaba, preguntándole por qué no había cazado nada, hasta que él apartaba el plato vacío y con voz fría y monótona la maldecía cruelmente hasta reducirla al silencio.

Y quizá no fue tampoco al tercer día. De hecho no recordaba cuántos días habían pasado cuando por fin oyó el repentino tronar de los cascos sobre el puente y luego los vio a los tres: el semental resistiendo el tirón del bocado, espumajeando un poco, torciendo la malévola y arrogante cabeza bajo el bridón y la barbada que Houston utilizaba para montarlo, y el flaco y enorme perro de caza saltando a su lado. Mink amartilló los percutores y sacó la escopeta por la tronera, e incluso mientras apuntaba un poco por delante del pecho de Houston, tensando ya con el dedo el primer gatillo, pensó aún *Incluso ahora. Todavía no están satisfechos* mientras el primer cartucho hacía un ruido sordo y no explotaba, el dedo moviéndose ya hacia el gatillo de atrás, pensando *Incluso ahora* mientras el segundo estallaba y rugía, pensando en cómo hubiera querido tener tiempo, espacio, entre el rugido de la escopeta y el impacto de las postas, para poderle decir a Houston y que Houston le oyera: «No le disparo por los treinta y siete días y medio a cincuenta centavos el día. Eso no estuvo mal; hace tiempo que lo olvidé y lo perdoné. Lo más probable es que Will Varner no pudiera hacer otra cosa, siendo como es un hombre rico y sabiendo que todos ustedes los ricos tienen que mantenerse unidos porque de lo contrario algún día a los que no lo son se les podría ocurrir rebelarse y quitarles lo que tienen. No le pego el tiro por eso. Lo mato por el dólar extra de la indemnización».

DOS

Así que el jurado dijo «Culpable» y el juez «Cadena perpetua», pero él ni siquiera estaba escuchando, porque le había sucedido algo. Incluso mientras el sheriff lo traía a Jefferson aquella primera vez, aunque sabía que su primo aún estaba en Texas, esperaba que en cada mojón del camino Flem o un mensajero suyo los adelantara o los detuviera apareciendo ante ellos con el dinero o con la frase o lo que fuera que lograría que toda aquella historia se esfumara, se desvaneciera como un sueño.

Y, durante las largas semanas de la cárcel en espera del juicio, permaneció junto al ventanuco de la celda, las sucias manos crispadas, el cuello estirado y el rostro pegado a los barrotes, para vigilar la franja de calle delante de la cárcel y la franja de plaza que su primo tendría que cruzar para llegar y acabar con aquella pesadilla, devolverle la libertad, sacarlo de allí. «Que es todo lo que quiero», se decía. «Salir de aquí, volver a casa y empezar otra vez a trabajar. Me parece que no es mucho pedir».

Y por las noches también seguía allí, la cara invisible, aunque las descoloridas manos, en cambio, parecieran casi blancas, casi limpias entre los sucios intersticios de los barrotes, recortadas contra la oscuridad de la celda, contemplando a las personas en libertad, hombres, mujeres y jóvenes, sin otra ocupación que hacer apacibles recados o disfrutar del fresco vespertino mientras se dirigían hacia la plaza camino del cine al aire libre o para tomarse un helado en el *drugstore* o sencillamente para pasear tranquilos y serenos porque estaban en libertad, hasta que empezó a llamarlos, tímidamente al principio, luego con voz cada vez más alta y más apremiante cuando se detenían, casi como sorprendidos, para levantar la vista hasta el ventanuco y apresurar en seguida el paso, como si trataran de llegar cuanto antes a un sitio donde ya no pudiera verlos; finalmente empezó a ofrecerles, a prometerles dinero: «¡Oiga! ¡Señor! ¡Señora! ¡Cualquiera! ¡Alguien que lleve un recado para Flem Snopes al almacén de Varner! ¡Flem le pagará! ¡Diez dólares! ¡Veinte dólares!».

E incluso cuando finalmente llegó el día y lo llevaron esposado a la sala donde había de enfrentarse con su destino adverso, no miró ni una sola vez al tribunal, al estrado que podía perfectamente ser también su gólgota, porque estuvo todo el tiempo buscando con la vista, escudriñando, por encima de los pálidos rostros idénticos y anónimos el de su primo o, por lo menos, el de su mensajero; hasta el momento mismo en que el juez en persona se inclinó por encima de la mesa, mucho más alta que el acusado, y dijo:

—¡Usted, Snopes! Míreme. ¿Mató o no mató a Jack Houston? —y él respondió:

—No me moleste ahora. ¿No ve que estoy ocupado?

Y también al día siguiente, mientras los abogados gritaban y se peleaban y se criticaban, tampoco oyó nada de lo que decían (contando con que hubiera podido entenderlo), ocupado en vigilar la puerta al fondo de la sala por donde tendrían que entrar su primo o el mensajero; y ya de vuelta a la celda, todavía esposado, su indiferencia, que al principio había tenido un leve componente de prisa e

impaciencia, empezó a convertirse en preocupación, con una mirada bien despierta y un tanto sorprendida, que pasaba rápida e interrogadora, de rostro en rostro, mientras se cruzaban con él o él con ellos, para situarse de nuevo en el ventanuco de la celda, las manos crispadas, el cuello torcido y el rostro apretado contra los sucios barrotes para ver lo mejor posible la calle y la plaza por donde su pariente o el mensajero tendrían que pasar.

De manera que cuando al tercer día, esposado de nuevo al carcelero, se dio cuenta de que había cruzado la plaza sin mirar a uno solo de los rostros que lo contemplaban atónitos, de que había entrado en la sala donde se celebraba el juicio y había ocupado su sitio habitual en el banquillo sin mirar una sola vez por encima de la masa de espectadores hacia la puerta del fondo, todavía no se atrevió a admitir en su interior que sabía por qué. Se limitó a seguir allí sentado, tan pequeño, y de aspecto tan frágil y tan inofensivo como un niño que vuelve sucio de la calle, mientras los abogados vociferaban y se peleaban, hasta el final de la jornada, cuando el jurado dijo Culpable y el juez dijo Cadena perpetua y volvió, esposado, a su celda, la puerta se cerró con estrépito y se sentó, tranquilo, inmóvil, el rostro sereno, en el catre de acero sin colchón, esta vez mirando tan sólo el ventanuco con barrotes junto al que, durante meses, había permanecido de pie por espacio de dieciséis o dieciocho horas diarias, alimentando una esperanza inextinguible.

Sólo entonces lo dijo, lo pensó, consintió en que tomara forma dentro de su cabeza: *No va a venir. Lo más probable es que haya estado en Frenchman's Bend todo el tiempo. Supo lo de la vaca cuando aún estaba en Texas y esperó a enterarse de que me tenían a buen recaudo en la cárcel. Luego volvió para asegurarse de que se iban a enseñar conmigo, una vez que quedara indefenso. Puede incluso que estuviera escondido todo el tiempo en el fondo de la sala del tribunal, para asegurarse de que todo salía bien y se libraba de mí de una vez por todas.*

De manera que había recuperado la paz. Creyó tenerla tan pronto como supo qué era lo que tenía que hacer con Houston, quien, por su parte, no iba a permitirle esperar la vuelta de Flem. Pero se había equivocado. Aquello no era paz; estaba demasiado llena de incertidumbres, como saber si alguien mandaría recado a Flem explicándole sus problemas y, lo que aún era menos probable, si lo haría a tiempo. E incluso aunque el recado se mandara a tiempo, el mensajero, ¿encontraría a Flem a tiempo? E incluso aunque Flem recibiera el recado a tiempo, tal vez una inundación o un descarrilamiento le impedirían volver a tiempo.

Pero todo eso había terminado. Ya no hacía falta que se preocupara ni que se atormentara, porque todo lo que tenía que hacer era esperar, y ya se había demostrado a sí mismo que era capaz de hacerlo. Esperar únicamente: eso era todo lo que necesitaba; ni siquiera tenía que pedirle al carcelero que enviara un mensaje, dado que el abogado había prometido volver a verlo después de cenar.

De manera que comió cuando le trajeron la cena: el mismo cerdo salado y la misma melaza y los mismos bollos mal cocidos que su mujer le hubiera puesto

delante en su casa; aunque quizá esta cena fuera un poco mejor, puesto que el tocino tenía un poco más de magro que el de Frenchman's Bend. Pero en su casa era un hombre libre y comía en libertad. Aunque también eso podía soportarlo si era lo que *ellos* le exigían ahora. Luego oyó pasos en la escalera, la puerta se abrió con estrépito para que entrara el abogado y volvió a cerrarse dejándolos solos; el abogado joven y lleno de interés, recién terminada la carrera le habían dicho, designado por el juez para que lo defendiera —más orden que designación, ya que incluso él, Mink, pese a lo ocupado que estaba por entonces, se había dado cuenta de que no quería saber nada ni de él ni de sus problemas—, aunque entonces nunca supo por qué, dado que aún creía que todo lo que el juez o cualquier otro necesitaba hacer para resolver el problema era mandar a alguien a Frenchman's Bend en busca de su primo.

Demasiado joven y demasiado entusiasta, que era el motivo de que hubiera hecho las cosas tan rematadamente mal. Pero eso tampoco tenía importancia ya; ahora lo importante era el paso siguiente. De manera que no se anduvo por las ramas.

—De acuerdo —dijo Mink—. ¿Cuánto tiempo tendré que estar allí?

—Se trata de Marchman..., el penal —dijo el abogado—. ¿Es que no lo entiende?

—De acuerdo —repitió—. ¿Cuánto tiempo?

—Lo han condenado a cadena perpetua —dijo el abogado—. ¿Es que ni siquiera lo oyó? Lo que le quede de vida. Hasta que se muera.

—De acuerdo —dijo Mink por tercera vez, con aquella apacible paciencia suya, casi compasiva—. ¿Cuánto tiempo tendré que estar?

Para entonces hasta aquel abogado comprendió.

—Ah. Eso dependerá de usted y de sus amigos, si tiene usted alguno. Puede que se quede toda la vida, como dijo el juez Brummage. Pero dentro de veinte o veinticinco años la ley le permitirá solicitar el indulto o la libertad condicional..., en el caso de que tenga usted amigos que respondan de usted y que apoyen la demanda; también hace falta que su conducta en el penal haya sido irreprochable.

—Supongamos que una persona no tenga amigos —dijo Mink.

—Las personas que se esconden entre unos matorrales y apean a alguien de un caballo a tiros sin decir antes Cuidado o incluso sin silbar, no suelen tenerlos —dijo el abogado—. De manera que sólo contará usted consigo mismo para salir.

—De acuerdo —dijo Mink, con la misma inquebrantable, infinita paciencia—; llevo todo este tiempo tratando de que deje usted de hablar para que me diga eso. ¿Qué es lo que tengo que hacer para salir dentro de veinte o veinticinco años?

—No intentar evadirse ni intervenir en planes para ayudar a otros a hacerlo. No pelearse con otros reclusos o guardianes. Hacer puntualmente todo lo que le digan que tiene que hacer, sin escabullirse ni quejarse ni dar malas contestaciones. Dicho de otro modo, empezar ahora mismo a hacer todas las cosas que, si las hubiera hecho todo el tiempo desde aquel día del pasado otoño en que decidió que el señor Houston diera de comer gratis a su vaca, no estaría ahora en esta celda tratando de que alguien le explicara cómo salir de la cárcel. Pero, sobre todo, no trate de evadirse.

—¿Evadirme? —preguntó.

—Escapar. Tratar de marcharse.

—¿Tratar? —preguntó.

—Porque no es posible —dijo el abogado bufando de cólera pero sin perder la paciencia—. Porque nadie puede escaparse. No es posible. No se puede. No podrá planearlo sin que alguno de los otros se entere y se empeñe en huir con usted y acaben cogiéndolos a todos. Y si no se marchan con usted se lo contarán al alcaide y a usted lo cogerán de todas formas. E incluso aunque consiga que nadie se entere y se marche solo, uno de los guardianes le pegará un tiro antes de que consiga escalar el muro. De manera que incluso aunque no acabe en el depósito de cadáveres o en el hospital, volverá al penal con veinticinco años más añadidos a su sentencia. ¿Me entiende ahora?

—Eso es todo lo que tengo que hacer para salir dentro de veinte o veinticinco años. No tratar de escapar. No pelearme con nadie. Hacer cualquier cosa que me digan que haga, siempre que me digan que lo haga. Pero sobre todo no tratar de escapar. Eso es todo lo que tengo que hacer para salir dentro de veinte o veinticinco años.

—Eso es —dijo el abogado.

—De acuerdo —dijo Mink—. Ahora vaya y pregúntele al juez si eso es así, y si contesta que sí, que me lo ponga por escrito.

—De manera que no se fía de mí —dijo el abogado.

—No me fío de nadie —dijo Mink—. No puedo esperar veinte o veinticinco años para descubrir si sabe usted lo que dice. Tengo que saberlo con certeza porque hay algo de lo que tendré que ocuparme cuando salga. Quiero que el juez me lo ponga por escrito.

—Quizá nunca se ha fiado usted de mí —dijo el abogado—. Tal vez cree que he echado a perder su caso. Tal vez piensa que de no haber sido por mí, ahora no estaría aquí. ¿No es eso?

Y él, Mink, siempre con la misma calma, paciente e inflexible:

—Lo ha hecho lo mejor que ha podido. Sólo que no era el hombre que se necesitaba para ese trabajo. Usted es joven y entusiasta, pero no era eso lo que yo necesitaba. A mi me hacía falta un comerciante, un comerciante listo, que supiera cómo hacer trueques, y esa persona no era usted. Ahora vaya a ver al juez y consígame ese papel.

El abogado trató incluso de tomárselo a broma.

—Yo no —dijo—. El tribunal ha dado por terminada mi labor en este caso inmediatamente después de dictar sentencia. He pasado por aquí sólo para decirle adiós y para ver si había algo más que pudiera hacer por usted. Pero evidentemente la gente que no tiene amigos tampoco necesita que nadie les desee buena suerte.

—Pero yo no lo he despedido todavía —dijo Mink, levantándose sin prisa, y también el abogado, aunque de un salto, para dirigirse precipitadamente hacia la

puerta cerrada con llave mientras contemplaba al hombrecillo que avanzaba hacia él, tan menudo y frágil y de aspecto tan inofensivo como un niño pero tan mortífero como una viborilla, un áspid a medio crecer, una cobra o un krait. Y a continuación el abogado empezó a gritar y a vociferar, incluso mientras los pies del carcelero corrían ya por la escalera, y la puerta se abría con estrépito y entraba el guardián empuñando la pistola de reglamento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el carcelero—. ¿Qué ha intentado hacer?

—Nada —dijo el abogado—. No ha pasado nada. Pero yo ya he terminado. Déjeme salir —aunque no era cierto que hubiera terminado; eso era lo que le gustaría. Ni siquiera esperó a la mañana siguiente: menos de un cuarto de hora después estaba en la habitación del juez de distrito que había presidido el proceso y dictado sentencia, y él, el abogado, aún respiraba con dificultad, todavía incrédulo ante el peligro corrido y sorprendido aún de haber escapado ileso.

—¡Le digo que está loco! —exclamó—. ¡Es peligroso! No hay que mandarlo a Parchman, donde tendrá derecho a solicitar la libertad condicional dentro de veinte o veinticinco años, ¡y no digamos nada si algún pariente suyo (bien sabe Dios que tiene bastantes) o alguien con intereses personales o simplemente algún metomentodo de corazón tierno que pueda llegar hasta el Gobernador no lo pone antes en la calle! Hay que mandarlo a Jackson, al manicomio, para el resto de sus días; allí estará a salvo. No: seremos nosotros los que estemos a salvo.

Y diez minutos después el fiscal del distrito que había llevado la acusación también estaba en la habitación del juez, diciéndole al abogado:

—De modo que ahora quiere usted que se suspenda la sentencia y se solicite un nuevo juicio. ¿Por qué no lo pensó antes?

—Usted también lo ha visto —dijo, gritó el abogado— ¡También usted ha estado tres días con él en la sala del tribunal de la mañana a la noche!

—Así es —dijo el fiscal del distrito—. Por eso se lo pregunto.

—¡Entonces es que no lo ha visto después! —dijo el abogado—. ¡Suba a la celda y moléstese en mirarlo de cerca como he hecho yo hace media hora!

Pero el juez era un hombre de edad y no estaba dispuesto a ir en aquel momento, de manera que a la mañana siguiente el carcelero abrió la puerta de la celda y dejó entrar a los tres profesionales de la justicia, mientras el hombrecillo enteco y de aspecto frágil, vestido con una camisa y un mono remendado y descolorido y unos zapatos tan duros como el hierro que utilizaba sin la protección de unos calcetines, se levantó del catre. Lo habían afeitado por la mañana y también estaba peinado, con el pelo partido en dos y aplastado con agua contra el cráneo.

—Pasen caballeros —dijo—. No dispongo de sillas, pero imagino que no se proponen quedarse el tiempo suficiente como para tener que sentarse. Me alegra, señor juez, que además de traerme el papel que le he pedido, venga usted acompañado de dos testigos para que presencien cómo me lo entrega.

—Espere —intervino rápidamente el abogado dirigiéndose al juez—. Permítame.

—No va a necesitar ese papel —le dijo a Mink—. El tribunal..., el juez..., va a juzgarlo de nuevo.

Mink se paró en seco y miró al abogado.

—¿Por qué? —dijo—. Ya me han juzgado una vez y no me ha servido de mucho.

—Porque no ha sido válido —dijo el abogado—. Eso es lo que hemos venido a decirle.

—Si no ha sido válido, ¿de qué sirve gastar tiempo y dinero en otro? Díganle a ese tipo de ahí fuera que me traiga el sombrero y abra la puerta y me volveré a casa a ocuparme de mis tierras, si es que aún me queda algo que cultivar.

—No, espere —dijo el abogado—. El juicio no ha sido válido porque le han mandado a Parchman. Pero ahora no será necesario que vaya a Parchman, donde tendría que trabajar al sol todo el día para recoger unas cosechas que ni siquiera serán tuyas —y a continuación, con aquellos ojos de un gris descolorido mirándole como si más aún que ser incapaces de parpadear nunca hubieran necesitado hacerlo desde el día en que vinieron al mundo, el abogado descubrió que estaba farfullando y que no era capaz de detenerse—: Parchman, no; Jackson, donde tendrá una agradable habitación para usted solo..., nada que hacer durante todo el día excepto descansar..., médicos... —deteniéndose entonces; no porque él hubiera dejado de balbucear, sino porque le obligaron a hacerlo aquellos ojos descoloridos e inmóviles que no parpadeaban.

—Médicos —dijo Mink—. Jackson —se quedó mirando al abogado—. Allí es donde mandan a los locos.

—No sería mejor que... —empezó a decir el fiscal del distrito. Pero tampoco él pudo seguir adelante, a pesar de que en la universidad había llegado a ser un excelente atleta y aún se mantenía en forma. Porque sólo consiguió agarrar al frenético hombrecillo después de que se hubiera arrojado sobre el abogado y ambos cayeran al suelo. E incluso entonces necesitó de la ayuda del carcelero para levantar y apartar a Mink y sujetarlo, frenético y echando espumarajos por la boca, tan difícil de retener como un gato, jadeante.

—¿Así que estoy loco? ¿Loco, no es eso? No voy a permitir que ningún hijo de perra me llame loco. Me da lo mismo lo grande que sea o que sean varios en lugar de uno.

—Tiene usted más razón que un santo, mequetrefe del carajo —dijo el fiscal del distrito, también jadeando—. Va usted a ir a Parchman. Allí es donde tienen la clase de médicos que necesita.

Así que fue a Parchman, esposado a un ayudante del sheriff, pasando de un vagón a otro de fumadores en los trenes locales para abandonar las colinas que conocía desde siempre y llegar al Delta que no había visto nunca: la interminable llanura pantanosa de aluvión cubierta de pequeñas coníferas, árboles de goma, helechos y matorrales que ocultaban osos y ciervos y pumas y serpientes, y en la que los seres humanos estaban todavía talando, de manera salvaje y violenta, los ásperos campos

de tierra fértil en los que los tallos de maíz crecían más altos y más recios que un hombre a caballo. Mink, con el rostro pegado a la ventanilla, lo contemplaba todo como un niño.

—No hay más que pantanos —dijo—. No parece nada saludable.

—No es nada saludable —dijo el ayudante del sheriff—. No está pensado para que lo sea. Vas al penal. No se me ocurre nada menos saludable que estar encerrado en un corral de alambre espinoso durante veinte o veinticinco años. Además, un sitio bien malsano es lo que te hace falta; no tendrás que quedarte tanto tiempo.

De manera que así fue como vio Parchman, el penal, su lugar de destino, la condena de por vida, cadena perpetua había dicho el juez; todo el tiempo que siguiera vivo. Pero el abogado le había dicho otra cosa, aunque a decir verdad no pudiera fiarse de él: sólo veinticinco, quizá tal vez veinte, e incluso tratándose de un abogado del que uno no se podía fiar, tal vez cabía esperar que estuviera enterado de lo suyo, ya que había ido incluso a una escuela especial para aprender la profesión, mientras que un juez no tenía más que ganar una elección para ser juez. Y aunque el juez no hubiera firmado un papel diciendo sólo veinte o veinticinco años, eso tampoco tenía importancia dado que el juez estaba del otro lado y lógicamente mentiría al hombre que tenía enfrente, mientras que un abogado, el abogado de esa persona no lo haría. Más aún: su abogado no le podía mentir, porque había una regla o algo parecido que alguien le había explicado, según la cual si un cliente no miente a su abogado, la Justicia misma no permite que el abogado mienta a su cliente.

Y aunque nada de todo aquello fuera cierto, tampoco importaba, porque él, Mink, no podía pasarse toda la vida en Parchman: no tenía tiempo, no le quedaba más remedio que marcharse antes. Y al contemplar la alta empalizada de alambre espinoso y su única puerta protegida día y noche por guardianes con rifles y, dentro, los lúgubres edificios bajos de ladrillo y las ventanas con barrotes, pensó, trató de recordar, con asombro o algo parecido, la época en que su única razón para querer salir era volver a su hogar y a su granja, recordándolo sólo un instante y olvidándolo inmediatamente, porque ahora necesitaba marcharse.

No le quedaba otro remedio que marcharse. Había cambiado la camisa y el mono azul de siempre, descolorido y remendado, por el mono y la camiseta de tela basta y de color blanco con rayas horizontales negras; el uniforme que según el juez iba a ser su destino y su condena hasta que muriera, si es que el abogado no estaba mejor informado. Ahora trabajaba —en grupo— en las fértiles plantaciones de tierra negra donde se cultivaba el algodón mientras hombres a caballo con rifles atravesados sobre la silla de montar lo vigilaban, haciendo lo único que sabía hacer, lo único que había hecho durante toda la vida, para obtener una cosecha que nunca le pertenecería, y tendría que hacerlo durante el resto de su vida, si el juez se salía con la suya, pensando *Está bien que sea así. Es incluso mejor. Si un tipo sólo quiere hacer algo, puede cogerlo o dejarlo. Pero si TIENE que hacer algo, no hay nada que pueda detenerle.*

Y también por la noche, en la litera de madera, sin sábana, con una manta áspera de mala calidad y la ropa enrollada a manera de almohada, pensando, metiéndoselo en la cabeza, dado que, de la noche a la mañana y para siempre por espacio de veinte o veinticinco años, tenía que cambiar por completo su naturaleza, su carácter y todo su ser: *Hacer todo lo que me digan que haga. No replicar a nadie. No meterme en peleas. Eso es todo lo que tengo que hacer durante sólo veinticinco años o quizá durante sólo veinte. Pero lo más importante es no tratar de escaparme.*

Tampoco se molestó en contar los años a medida que transcurrían. Se limitó a hundirlos en el olvido bajo los pesados zapatonos entre los surcos donde se plantaba el algodón, detrás de la mula que primero tiraba del arado con que se prepara la tierra para la sementera y luego del otro, más ligero, que iguala los surcos, después con la azada que corta y perfila las hileras y finalmente arrastrando el alargado saco donde se guarda el algodón recogido. No necesitaba contarlos; ahora estaba en manos de la ley y mientras obedeciera las cuatro reglas que le había dictado, la ley tendría que obedecer su regla única de veinticinco años o quizá incluso veinte.

No sabía si llevaba dos o tres años en la cárcel cuando llegó la carta y se encontró en el despacho del alcaide, dando vueltas al sobre que tenía la dirección escrita a lápiz mientras el alcaide le observaba.

—¿No sabes leer? —preguntó.

—Sé leer la letra impresa, pero la escritura me cuesta trabajo.

—¿Quieres que la abra? —preguntó el alcaide.

—De acuerdo —dijo Mink. Así que el alcaide la abrió.

—Es de tu mujer. Pregunta cuándo quieres que venga a verte, y si tiene que traer a las chicas.

Luego Mink tuvo de nuevo la carta en la mano, el pliego sacado de un bloc escolar, escrito a lápiz, con trazos tan finos como patas de araña y perfectamente indesciftable, tan por encima de sus posibilidades como el árabe o el sánscrito.

—Yettie ni siquiera es capaz de leer la letra impresa y mucho menos escribir una carta —dijo—. Se la debe de haber escrito la señora Tull.

—¿Y bien? —dijo el alcaide—. ¿Qué quieres que le diga?

—Dígale que no merece la pena que haga todo el camino hasta aquí porque pronto estaré de vuelta.

—Ah —dijo el alcaide—. Vas a salir pronto, ¿no es eso? —contempló al frágil hombrecillo no mucho más voluminoso que un chico de quince años, que llevaba tres años a su cargo sin que hubiera logrado atribuirle una personalidad bien definida en el marco de la penitenciaría. Ni siquiera un rompecabezas ni un enigma: nada en absoluto; ni una riña ni reprimenda alguna por parte de ningún guardián, preso de confianza o funcionario; nunca el menor problema con ninguno de los reclusos. Un asesino, sentenciado a cadena perpetua, y que de acuerdo con la experiencia del alcaide encajaba siempre en una de dos categorías: los irrecuperables, sin nada que perder, problema y preocupación constantes para los guardianes y para los otros

reclusos; y los aduladores, siempre buscando congraciarse con cualquiera de sus superiores que estuviera en condiciones de hacerles la vida más fácil. Pero este otro no encajaba en ninguna de las dos categorías: todas las mañanas se hacía cargo de la tarea que se le asignaba y trabajaba el algodón sin pausa y sin desfallecimientos como si fueran sus propias tierras las que estuviera cultivando. Más aún: cultivaba aquellos campos de los que no iba a sacar ni un centavo de provecho con más energía que, según la experiencia del alcaide, otros hombres de su catadura y de su especie trabajaban sus propias tierras.

—¿Cómo así? —le preguntó el alcaide.

Mink se lo explicó; se había convertido en un reflejo al cabo de tres años; le bastaba con abrir la boca y respirar:

—Haciendo lo que me digan. Sin replicar y sin pelear. Y sin tratar de escaparme. Sobre todo eso: no tratar de escaparme.

—De manera que dentro de diecisiete o de veintidós años volverás a casa —dijo el alcaide—. Ya llevas tres aquí.

—¿De veras? —dijo Mink—. No los he contado... No —añadió—; no volveré de inmediato. Hay algo de lo que tengo que ocuparme primero.

—¿De qué se trata? —preguntó el alcaide.

—Es un asunto privado. Cuando lo haya hecho volveré a casa. Póngale eso en la carta a mi mujer —sí, señor, pensó. *Se diría que me ha hecho falta llegar hasta Parchman para luego tener que volver a casa y matar a Flem.*

TRES

V. K. Ratliff

Probablemente lo que al principio, y durante los dos o tres días siguientes, confundió a Montgomery Ward, fue por qué, exactamente, quería Flem que fuese a dar con sus huesos en Parchman. Por qué no le bastaba con otro lugar igualmente seguro y a trasmano, como Atlanta o Leavenworth o quizá incluso Alcatraz, a tres mil quilómetros de distancia en California, y a donde el viejo juez Long lo habría enviado en el primer tren disponible que saliera de Jefferson mientras aún estaba mirando la parte de arriba de una de aquellas postales francesas; por qué exactamente a Flem no le servía ningún otro sitio excepto Parchman, Mississippi.

Porque incluso durante los primeros instantes de nerviosismo, Montgomery Ward no tuvo ni un momento de duda sobre qué era lo que le estaba sucediendo. Un segundo después de que el abogado y Hub entraran por la puerta, supo que por fin iba a suceder lo que estaba esperando que sucediera desde el momento, aunque él no supiera cuándo, en que Flem descubrió o sospechó que lo que fuera que estaba sucediendo en aquel callejón producía beneficios. Lo único que le desconcertaba era por qué Flem se había tomado tantas molestias y complicado tanto la vida para echarlo del negocio de las fotografías de gente en cueros. Era algo así como la historia del mapache que estaba subido a un árbol y preguntó al tipo que le apuntaba con la escopeta cómo se llamaba: cuando el otro se lo dijo, exclamó: «¡Demonios coronados! ¿De manera que es usted? En ese caso no hace falta que gaste tiempo y pólvora sólo para mí. Apártese un poco y bajaré del árbol».

Y no digamos nada de la imprudencia. Montgomery Ward no estaba en contra de que Flem Snopes le quitara el negocio. Lo esperaba: más pronto o más tarde también le llegaría el turno, expuesto como estaba al mismo riesgo que cualquier otro habitante del condado de Yoknapatawpha propietario de un negocio lo bastante solvente como para que Flem decidiera apropiárselo; pero permitir que el fiscal y el sheriff del condado se apoderasen de las postales, enviar a las dos personas entre todos los habitantes del condado de Yoknapatawpha de los que ni siquiera al mismo Grover Winbush en su inocencia se le hubiera ocurrido soñar que fuesen a devolvérselas: el abogado Stevens, tan consagrado a mejorar el espíritu cívico y al progreso moral de sus conciudadanos que su noción más sublime del deber era intimidar a los chicos de doce años para que participaran en carreras a pie de ocho quilómetros cuando lo que en realidad les apetecía era quedarse en casa y prender fuego a la cuadra; y Hub Hampton, un feroz diácono de la rama más conservadora de la Iglesia Baptista, cuya noción más sublime del placer era contar las personas que ya sabía condenadas al infierno.

¿Por qué, de hecho, tenía que marcharse Montgomery Ward de Jefferson? Si todo lo que su tío o su primo quería era quedarse con el negocio, bastaba probablemente con que permaneciera invisible durante una semana, o tal vez un mes o dos, para dar tiempo a que la gente se olvidara de las fotos de mujeres en cueros o, por lo menos, de que alguien con el apellido Snopes estaba relacionado con ellas, dado que ahora Flem era ya banquero y tenía que ocuparse no sólo de hacer préstamos usurarios sino también de preservar su respetabilidad.

No; lo que realmente debería haber desconcertado a Montgomery Ward, llenándole de regocijada sorpresa, era que hubiera logrado durar tanto. Porque no hacía falta la ley ni tampoco Flem Snopes para cerrar el estudio fotográfico y bajar definitivamente las venecianas (o más bien subirlas) sobre la industria de la postal francesa en Jefferson, Mississippi. Grover Winbush lo había conseguido ya cuando permitió que quienquiera que fuese lo pillara saliendo de aquel callejón a las dos de la madrugada. No: Grover Winbush destrozó y arruinó ya aquel negocio en el mismo momento en que descubrió que había una puerta trasera en un callejón de Jefferson, y que detrás estaba lo que podría calificarse de casa de putas de mentirijillas. Tampoco; aquel negocio estaba acabado en Jefferson desde el momento mismo en que se nombró a Grover Cleveland policía y vigilante nocturno, teniendo como tenía el sentido común justo para ser vigilante nocturno con tal de que no se tratara de una ciudad más grande o que estuviera más horas despierta que Jefferson, Mississippi, ya que ése era el único empleo entre todas las posibles ocupaciones remuneradas — pasar toda la noche apoyado contra un farol contemplando la plaza vacía— que Grover podía desempeñar indefinidamente (con tal de que la influencia de quienquiera que se lo consiguió o lo nombró durase todo ese tiempo) sin tropezarse con algo con lo que pudiera hacer daño, ya fuera a sí mismo, al empleo o a algún espectador inocente, o quizá a los tres al mismo tiempo; y por lo tanto, naturalmente, alguien, prácticamente cualquiera, tendría que sorprenderlo la segunda o la tercera vez que saliera escabullándose de aquel callejón.

Lo que no era más que un simple e inevitable riesgo laboral relacionado con el hecho de llevar un negocio como aquél en la misma ciudad en que Grover Winbush era policía y vigilante nocturno, algo que Montgomery Ward sabía tan bien como cualquier otra persona que conociera a Grover. De manera que cuando el negocio ya llevaba funcionando más de un año sin ninguna desafortunada interrupción, Montgomery Ward llegó a la conclusión de que las personas que hubiesen sorprendido a Grover entrando y saliendo del callejón después de la medianoche una vez al mes durante los últimos nueve o diez, eran tal vez amistades profesionales que Grover había hecho sorprendiéndolos in fraganti en una partida de dados o con una pinta de whisky ilegal en el bolsillo trasero del pantalón. O, ¿quién sabe? Tal vez Flem en persona se había encargado de pararles los pies a tiempo, no tanto para proteger sus futuros intereses y proyecto de inversiones, ya que quizá en aquel momento no había descubierto aún que quería entrar en el negocio del *attlier* (así era

como Montgomery Ward lo llamaba; tenía el nombre pintado en el escaparate: Atelier Monty), sino simplemente para defender y proteger la solvencia y los beneficios moderados de cualquier especie, no únicamente por una cuestión de lealtad familiar hacia otro Snopes sino por una pura y simple cuestión de principio, incluso aunque él fuese ya banquero y naturalmente tuviera que buscar un nuevo equilibrio, hasta cierto punto al menos, entre beneficio y respetabilidad, dado que cualquier clase de solvencia en los negocios se convierte en una cuestión de interés público con tal de que a uno no lo cojan, e incluso la respetabilidad puede ir de la mano con el interés público con tal de que el interés público tenga el suficiente sentido común para realizar sus actividades de noche y sin ruido.

De manera que cuando el fiscal y el sheriff del condado entraron aquella mañana en su establecimiento, Montgomery Ward creyó como es lógico que, pura y simplemente, el destino estaba siguiendo su curso natural, y que lo único desconcertante era la incalificable temeridad, la manera absolutamente imprudente con que Flem Snopes esperaba aprovecharse del destino. Me refiero a meter en aquel asunto al abogado Stevens y al sheriff Hampton, dejarles, por así decirlo, olfatear y vislumbrar por un instante aquellas fotografías de mujeres en cueros. Porque, debido a lo que podría llamarse el turno de noche que su negocio le había obligado a adoptar, a Montgomery Ward nunca se le veía por la plaza antes del mediodía. De manera que hasta el momento en que el abogado y Hub se lo contaron, Montgomery Ward ni siquiera había tenido tiempo de oír la historia de los dos tipos que robaron la noche anterior el contenido del armario de las medicinas del tío Willy Christian, ni tampoco sabía que las personas que vieron a los ladrones a través del escaparate no encontraron ni rastro de Grover Winbush para contárselo hasta que el susodicho apareció finalmente, saliendo del callejón de Montgomery Ward, y para entonces hasta los ladrones, y no digamos nada de la gente que los estaba mirando, se habían ido a sus casas.

No quiero decir que Montgomery Ward se sorprendiera de que el abogado y Hub fueran los primeros en aparecer. Era lógico que intervinieran cuando el negocio del atelier estallara finalmente, fuera cual fuese el motivo de la explosión. Montgomery Ward habría esperado que llegaran los primeros incluso aunque en el condado de Yoknapatawpha no se hubiera pronunciado nunca el nombre de Flem Snopes: un abogado meloso y mojigato, educado en Harvard y en Europa, que nunca había necesitado de la excusa de su cargo y empleo con sueldo para entrometerse en todo lo que ni era asunto suyo ni le causaba ningún perjuicio; y el viejo barrigón y flatulento Hampton a quien siempre se podía reclutar para meter las narices en cualquier cosa, hasta un asesinato, con tal de que alguien se acordara de que era sheriff, se lo explicara y le dijera dónde estaba. No. Lo que desconcertaba a Montgomery Ward era qué demonios de mosca le había picado a Flem Snopes para que llegara a creerse que podía utilizar al abogado Stevens y a Hub Hampton para hacerse con las fotografías, e incluso para soñar con quitárselas.

De manera que por un instante su fe y confianza en Flem Snopes osciló y parpadeó, por así decirlo. Porque en aquel terrible momento creyó que su primo podía ser víctima, al igual que cualquier otra persona, de una pura y simple coincidencia, agravada por Grover Winbush. Pero sólo por un momento. Si al condenado chico que había visto a los dos ladrones abriendo el armario de las medicinas de tío Willy se le había ocurrido ir al último pase de la película la misma noche de la semana que Grover elegía para desaparecer una vez más por el callejón que llevaba a la trastienda de Montgomery Ward; si Flem Snopes estaba sujeto a los mismos indignantes infortunios y coincidencias que el resto de nosotros, los demás mortales, si eso era cierto..., entonces, apaga y vámonos.

Así que incluso después de que el abogado y Hub le contaran lo de los dos ladrones en la tienda de tío Willy, y lo de aquel chico a quien su padre debería ponerle el culo como un tomate por no estar en su casa y acostado dos horas antes, Montgomery Ward siguió sin dudar ni por un segundo que Flem era el responsable de todo aquello; Flem en persona, con su olfato tan infalible para el dinero como el de un predicador para el pecado y el pollo frito, descubriendo con prontitud y celeridad que, por la noche, detrás de la puerta que daba a aquel callejón, se estaban produciendo beneficios de cierta importancia gracias a un negocio capaz de hacer que habitantes de tres capitales de condado vinieran desde muy lejos para entrar y salir por aquel callejón a las dos y a las tres en punto de la madrugada.

De manera que todo lo que Flem necesitaba era averiguar qué estaba sucediendo exactamente en aquel callejón tan discreto y tan productivo, y para ello le bastaba con colocar a sus espías —aunque es cierto que para coger a Grover Winbush con las manos en la masa no se hubiera necesitado un espía respetable, orgulloso de su profesión, sino que hubiera bastado con cualquier mocoso obsequiado con un helado de cucurucho— para descubrir quién iba y venía por aquella esquina; hasta que más pronto o más tarde, y probablemente más pronto que más tarde, dieran con alguien que Flem pudiera manejar. Lo más lógico sería que fuese muy pronto; aunque su negocio estuviera extendido por cuatro condados, se podían contar con los dedos de una mano los clientes de Montgomery Ward que no se hubieran ofrecido al menos a firmarle a Flem un trozo de papel que dejara constancia de un préstamo de tres o cuatro dólares al cuarenta o al cincuenta por ciento, de manera que Flem podía decirle a cualquiera de ellos: «Referente a esa notita suya que obra en mi poder. Me gustaría evitar que el banco tomara medidas contra usted, pero le recuerdo que es Manfred De Spain quien manda, porque yo no soy más que el vicepresidente».

O quizá Flem había pillado a Grover en persona, atrapándolo, carne pecadora, la segunda o en todo caso la tercera vez, que era el máximo absoluto de ocasiones en que Grover había podido escaparse del callejón sin que alguien lo sorprendiera, mucho antes, desde luego, de que los dos ladrones de la tienda del tío Willy Christian le hubieran puesto en evidencia desvalijando el armario de las medicinas en presencia de medio Jefferson que volvía a casa después del último pase de la película, pero que

no consiguió localizar a Grover para contárselo. En cualquier caso, lo cierto es que Flem pilló a alguien a quien podía apretar lo suficiente las clavijas para averiguar qué era exactamente lo que Montgomery Ward vendía detrás de aquella puerta. De manera que todo lo que a Flem le quedaba por hacer era apoderarse también de aquella industria, expulsar a Montgomery Ward o quitársela de debajo de los pies de la misma manera que había ido comiéndose todos los pastos de Jefferson desde que a Grover Winbush y a mí nos echó del café del que creíamos ser propietarios en aquellos tiempos en que yo era lo bastante estúpido como para pensar que podía habérmelas con Flem.

Y ahora era vicepresidente de un banco además del tercer hombre en importancia —después de Tom Tom, el fogonero negro de la central eléctrica, y el predicador en persona— de la iglesia baptista los domingos por la mañana y, por lo tanto, destinado a la respetabilidad para el resto de su carrera en Jefferson. Para Flem, por consiguiente, era tan impensable aparecer en el atelier o que el atelier tuviera la menor conexión con el apellido Snopes como para un individuo con el traje de los domingos tratar de correr por un campo lleno de arrancamóños. Por lo que a Jefferson se refiere, el Atelier Monty tenía que clausurarse, ser purificado y desaparecer para siempre del registro comercial de la ciudad, trasladándose a otro callejón en el que nadie hubiera oído hablar nunca de postales francesas y con un nuevo gerente que, a ser posible, fuese incluso incapaz de deletrear la palabra Snopes. O, probablemente, si Flem tenía un mínimo de sentido común, lo mejor sería llevárselo a otra ciudad del distrito del que Montgomery Ward procedía, donde por lo menos se hallaría por completo fuera del alcance de Grover Cleveland hasta el verano, cuando disfrutara de sus quince días de permiso.

De manera que todo lo que Montgomery Ward tenía que hacer, todo lo que de hecho podía hacer, era limitarse a esperar a que Flem decidiera que había llegado el momento de expulsarlo o de quitarle el atelier de debajo de los pies, lo que a Flem le pareciera más oportuno. Es probable que Montgomery Ward tuviera al menos un momento o dos de apesadumbrada reflexión, considerando que su negocio no era del tipo que permite organizar una venta rápida por liquidación antes de que Flem llegara a enterarse, porque, dada la nebulosa calidad de su mercancía, que tan sólo existía durante el momento en que el cliente la estaba comprando y consumiendo activamente, lo único que podría vender sería su principal inversión, lo que no sólo resultaría contrario a todas las leyes de la economía, sino que le dejaría sin nebulosas mercancías que seguir vendiendo durante el periodo que le quedara hasta que Flem pusiera fin al negocio, momento para el que podían faltar semanas o incluso meses. De forma que todo lo que estaba a su alcance era aplicar todos los medios y maneras disponibles para acelerar y aumentar el volumen de ventas mientras esperaba a que Flem tomara la iniciativa, preguntándose, como es lógico, cuál sería el método que su primo decidiría utilizar: si habría logrado encontrar algún tipo de manivela o palanca en su pasado, el de Montgomery Ward, para desbancarlo, o si recurriría a algo más

tosco y desprovisto de imaginación como ofrecerle dinero.

De manera que estaba esperando a Flem, pero no contaba, desde luego, ni con Hub Hampton ni con el abogado Stevens. Así que durante lo que podríamos llamar el fogonazo de un instante o dos después de que Hub y el abogado irrumpieran en el atelier aquella mañana, Montgomery Ward supuso que se trataba de la nueva respetabilidad con la que Flem andaba tan preocupado: una respetabilidad tan delicada y tan sensible que lo único que podía convenirle era la apariencia de que la ley en persona había purificado el negocio del atelier expulsando a Montgomery Ward de Jefferson, razón por la que Flem había decidido utilizar como instrumento al abogado Stevens y a Hub Hampton. Es cierto que un segundo momento de sesuda reflexión le hubiera sugerido que tan pronto como un individuo tan dedicado a la mejora de la conciencia cívica y a la promoción moral de la juventud como el abogado Stevens y un diácono baptista tan feroz y recalcitrante como Hub Hampton se apoderasen de su colección de fotografías de mujeres en cueros, no quedaría nada de aquel negocio que Flem pudiera llevarse a ningún sitio a excepción de la buena voluntad. Pero la presencia de aquel par de ojillos claros de mirada penetrante que lo contemplaban por encima de la tripa de Hub Hampton no contribuía ni mucho menos a crear un ambiente de meditación ni de reflexión de ningún tipo, sesuda o no. En realidad Montgomery Ward estaba tan lejos de reflexionar, e incluso hasta de pensar, que no puede sorprenderle a nadie que durante el mismo fogonazo de un instante atribuyera a su primo Flem la horrible y calumniosa suposición de que el abogado Stevens y Hub Hampton habían sido más listos que él; que Flem sólo se había propuesto clausurarle a él, Montgomery Ward, el negocio y era lo bastante simple como para creer que podría recuperar las fotos de las mujeres en cueros una vez que Hub Hampton las hubiera echado el ojo encima, y que el verdadero nombre y apellido de quien había sido utilizado como instrumento era Flem Snopes.

Si bien, incluso ya con el agua al cuello, Montgomery Ward tenía demasiado sentido común y buen juicio, por no mencionar el orgullo y la lealtad familiar, para creer de verdad que diez mil abogados Stevens y Hubs Hampton, y no digamos nada de tan sólo uno de cada, estuvieran en condiciones de engañar a Flem Snopes. Antes de aceptar tan calumniosa posibilidad, Montgomery Ward creería más bien que su primo también estaba sujeto a la mala suerte, igual que cualquier otro ser humano; no la mala suerte de confundirse acerca de la personalidad de Grover Winbush y creerle capaz de entrar y salir deslizándose por aquel callejón dos o tres veces por semana durante siete u ocho meses sin que ningún habitante del condado de Yoknapatawpha lo pillara por lo menos una vez, sino la mala suerte de no estar en condiciones de predecir que los dos ladrones eligieran para robar el *drugstore* del tío Willy Christian la misma noche que el chico Rouncewell para deslizarse por el tubo del desagüe e ir a la última sesión del cine al aire libre.

Así que todo lo que Montgomery Ward tenía que hacer era estar sentado en la celda a donde Hub lo había llevado y esperar a ver, con lo que casi podría

denominarse objetividad e interés puramente profesional, cómo Flem lograba recuperar las fotografías en poder de Hub. Llevaría tiempo, por supuesto; pese al orgullo familiar y a la veneración que le inspiraba Flem Snopes, Montgomery Ward sabía que incluso para su primo no resultaría tan fácil como recoger un sombrero o un paraguas. De manera que el hecho de que el resto de aquel día transcurriera sin que sucediera nada nuevo, coincidió plenamente con sus predicciones. También, como es lógico, jugueteó con la idea de que, desconcertado, Flem acudiera a él, a Montgomery Ward, para recoger cualquier cabo suelto de información que pudiera proporcionarle, ignorante de que no tenía ninguno. Pero cuando comprobó que Flem no se presentaba ni enviaba recado, su admiración y su confianza en él aumentaron todavía más, puesto que allí estaba la prueba de que no iba a necesitar siquiera lo poco, aunque no fuera más que ánimo y apoyo moral, que Montgomery Ward podía haberle ofrecido.

Y siguió prediciendo con exactitud lo que iba a suceder aquella noche, incluida la compañía de las que podrían denominarse chinches de propiedad pública del condado de Yoknapatawpha, y también a la mañana siguiente. De manera que pueden ustedes imaginarse su sorprendido interés —no alarma ni asombro, sino tan sólo interés y sorpresa— cuando un solícito conocido (Euphus Tubb, el carcelero, también parte interesada, además de haberse pasado la mayor parte de su vida recibiendo sorpresas) vino por la tarde a contarle cómo Hub Hampton, al volver al estudio por la mañana, con la idea de que quizás el día anterior el abogado y él hubieran pasado por alto otras pruebas, había encontrado nada menos que cinco galones de whisky ilegal en las garrafas de la estantería que, de acuerdo con la información en poder del mismo Montgomery Ward, nunca habían contenido otra cosa que líquido para revelar fotografías.

—Ahora en lugar de ir a Atlanta puedes quedarte en Parchman, que no está tan lejos —le dijo Euphus—. Y sin salir de Mississippi por añadidura, donde un carcelero del Estado recibirá el dinero por tu manutención, en lugar de que, como pasa siempre, esos condenados jueces manden a nuestros chicos fuera, donde gente de la que ni siquiera hemos oído hablar se queda con su dinero.

Ni alarma ni asombro: tan sólo interés y sorpresa, pero sobre todo interés. Porque Montgomery Ward sabía que cuando él y Hub y el abogado salieron del atelier el día anterior, las tales garrafas no tenían otra cosa que revelador, y que Hub Hampton y el abogado Stevens también sabían que era eso y no otra cosa lo que contenían, porque para un individuo que se dedicara en Jefferson, Mississippi, al negocio de las fotografías de mujeres en cueros, complicarse la vida vendiendo whisky ilegal, sería echarse él mismo la soga al cuello, como el propietario de una ruleta o de una mesa para jugar a los dados que soñara con instalar una máquina para falsificar dinero en el mismo local.

Porque nunca dudó ni por un momento de que Flem hubiera puesto el whisky donde a Hub Hampton no le quedara más remedio que encontrarlo; y esta vez su admiración y su confianza alcanzaron la cota más alta, porque comprendió que Flem,

en su actual calidad de banquero y teniendo que ser tan mirado en cuestiones de respetabilidad como una muchacha sin carabina que se despertara de repente en medio de una convención de viajantes de comercio, no sólo no podía tratar personalmente con un contrabandista local de bebidas alcohólicas, de manera que además confundirse acerca de la personalidad de Grover Winbush y creerle tener que ir a Frenchman's Bend o incluso hacer todo el camino hasta el Distrito Nueve para que Nub Gowrie se lo proporcionara, habría tenido que pagar veinticinco o treinta dólares en metálico. Y de hecho, durante una imprudente fracción de segundo, se le pudo ocurrir que los veinticinco o treinta dólares revelaban cómo, en último análisis, tampoco Flem estaba inmune a la simple y poderosa llamada de la sangre. Pero eso sólo fue una mera fracción de segundo, si es que llegó a tanto, porque si bien era incluso posible que, en ocasiones, Flem fuera víctima de debilidades y estuviera sujeto a aberraciones, en ningún caso figuraba entre ellas pagar una cantidad superior a veinte dólares por un Snopes.

No; los veinticinco o treinta dólares querían decir simplemente que aquel hueso iba a resultar un poco más duro de roer de lo que Flem esperaba o calculaba. Pero el hecho de que hubiera tardado menos de veinticuatro horas en pagarlos demostraba, en cualquier caso, que Flem nunca había tenido dudas sobre el resultado. Por lo que, naturalmente, Montgomery Ward tampoco las tuvo, sin necesidad de seguir prediciendo el futuro, sino tan sólo de esperar, porque, para entonces, alrededor de la mitad de los habitantes de Jefferson se dedicaban a predecir por él, mientras la otra mitad esperaba y, no hace falta decirlo, vigilaba. Hasta que al día siguiente vimos cómo Flem cruzaba la plaza, seguía calle arriba hasta entrar en la cárcel y volvía a salir a la media hora. Y un día después salió Montgomery Ward con Flem como fiador. Y al día siguiente llegó a la ciudad Clarence Snopes: el senador Clarence Egglestone Snopes, miembro por entonces de la asamblea legislativa del Estado y en otro tiempo alguacil Snopes de Frenchman's Bend, hasta que cometió el error de golpear con la culata de una pistola en nombre de la ley a un individuo lo bastante rencoroso y vengativo como para quejarse de que se le golpeará con una pistola por el simple hecho de que su agresor fuera más grande que él y llevara una placa. Así que Tío Billy Varner tuvo que hacer algo con Clarence; se entrevistó con Flem y los dos juntos fueron a ver a Manfred De Spain al banco y los tres convencieron al número suficiente de personas para colocar a Clarence en el Senado de Jackson, donde no sabría en absoluto cuáles eran sus posibilidades hasta que alguien de quien tío Billy y Manfred pudieran fiarse le dijese dónde tenía que poner la marca que le servía de firma o alzar la mano.

Sólo que, como dijo el abogado Stevens, Clarence dio la impresión de encontrar su verdadera vocación antes de aquel nombramiento, cuando un día llegó por fin a Jefferson desde Frenchman's Bend y descubrió que el país se prolongaba incluso más allá de la capital del condado y seguía hacia el noroeste e incluía las calles Mulberry, Gayoso y Pontotoc de Memphis, Tennessee, así que, cuando regresó tres días

después, la manera misma de llevar el pelo de punta y hasta sus ojos saltones parecían estar diciendo «Demonios coronados, demonios coronados, ¿por qué no se me ha dicho antes? ¿Cuánto tiempo lleva todo esto funcionando?» Aunque era cierto que se estaba resarcendo muy de prisa por el tiempo perdido. Podría decirse incluso que iba ya con adelanto, porque ahora cada vez que se trasladaba de Frenchman's Bend a Jackson o viceversa pasando por Jefferson también incluía a Memphis en el recorrido, y había llegado a convertirse en lo que el abogado Stevens denominaba el nuncio apostólico venéreo de Gayoso Avenue en todas las zonas residenciales del norte de Mississippi.

Por lo que cuando en la mañana del cuarto día Montgomery Ward y Clarence tomaron el Número Seis en dirección norte, comprendimos que Clarence se dirigía a Jackson o a Frenchman's Bend pasando por Memphis. Pero todo lo que se nos ocurrió acerca de Montgomery Ward fue, ¿qué podía haber en aquella tienda suya que ni siquiera Hub había encontrado, pero que a Flem Snopes le justificaba los dos mil dólares de fianza que había tenido que pagar para mandar a su primo a México o a dondequiera que Montgomery Ward fuese a dar con sus huesos? Así que lo nuestro no fue sólo sorpresa interesada; por supuesto que estábamos interesados, pero sobre todo asombrados y dedicados a pensar lo más de prisa y mejor que sabíamos cuando dos días después Clarence y

Montgomery Ward se apearon del Número Cinco en dirección sur, y Clarence devolvió Montgomery Ward a Flem y siguió camino de Jackson o de Frenchman's Bend o dondequiera que tuviera que ir para marcharse y luego volver, la siguiente vez, pasando por Gayoso Street, Memphis. Flem, por su parte, devolvió a Montgomery Ward a Euphus Tubbs, que lo encerró en la celda de la cárcel, mientras la fianza de dos mil dólares era rescindida o simplemente retirada por tiempo indefinido, de la misma manera que se vuelve a colgar en la percha el sombrero de los domingos hasta la próxima boda o funeral o cualquier otra ocasión en que se vaya a necesitar.

Quien a su vez —me refiero a Euphus— devolvió a Montgomery Ward a la señora Tubbs. Nos enteramos de que nuestra convecina había colocado una antigua persiana en la ventana de la celda para que el sol matutino no despertara demasiado pronto a Montgomery Ward. Y de que cuando en algún momento el abogado Stevens o Hub Hampton o cualquier otro funcionario público al servicio de la justicia quería intercambiar unas palabras con Montgomery Ward, el sitio donde se le encontraba con más frecuencia era la cocina de la señora Tubbs, luciendo uno de sus delantales, mientras desgranaba guisantes o pelaba mazorcas tiernas para asarlas. Y nosotros —está bien, yo, si lo prefieren—, cuando nos hacíamos los contradizos y pasábamos por el callejón junto a la cárcel, nos los encontrábamos a él y la señora Tubbs en la huerta; Montgomery Ward azadoneando las hileras de hortalizas, tal vez sin esforzarse demasiado, pero, en cualquier caso, moviendo el azadón cada vez que la señora Tubbs le indicaba dónde tenía que dar el siguiente golpe.

—Quizá esté todavía tratando de averiguar algo sobre las fotos —aventuró Homer Bookwright.

—¿Cómo dices? —respondí yo—. ¿La señora Tubbs?

—Pues claro que quiere saber más sobre las fotos —dijo Homer—. ¿O es que piensas que no es humana, aunque sea mujer?

Y tres semanas después Montgomery Ward compareció ante el juez Long, que lo sentenció a dos años en el penal de Parchman por posesión de una garrafa de revelador que contenía en realidad un galón de whisky ilegal, recipiente que se presentó como prueba de cargo.

De manera que todo el mundo se equivocó. Flem Snopes no se había gastado los dos mil dólares de la fianza para purificar a Montgomery Ward sacándolo de los EEUU. de América, ni había empleado veinticinco o treinta dólares de whisky ilegal de caña de azúcar sólo para purificar el apellido de la familia Snopes mandando a su primo a Atlanta, en el estado de Georgia. Lo que había hecho era gastarse veinticinco o treinta dólares para mandar a Montgomery Ward a Parchman en lugar de dejar que el gobierno lo mandara gratis a Atlanta. Lo que resultaba mucho más curioso que sorprendente y, por encima de todo, interesante. Así que la mañana siguiente dio la casualidad de que me encontraba en el andén de la estación cuando estaba a punto de llegar el Número Once en dirección sur y, como era de esperar, allí estaban también Montgomery Ward y Hunter Killegrew, el ayudante del sheriff.

—¿No te hace falta —le dije a Hunter— ir un momento al lavabo antes de tomar el tren para un viaje tan largo? Prometo vigilar a Montgomery Ward por ti. Además, un tipo que no se escapó hace tres semanas cuando había una fianza de dos mil dólares no es probable que lo intente ahora, contando tan sólo con unas esposas.

De manera que Hunter me cedió su mitad de las esposas y se hizo a un lado.

—Así que vas a Parchman y no al otro sitio —le dije a Montgomery Ward—. Eso está mucho mejor. No sólo no quitarás a un proveedor de comida carcelaria de Mississippi su justo y lógico beneficio por la comida preparada en Mississippi que servirá para alimentar a un condenado también de Mississippi, sino que además no te sentirás solo, dado que dispondrás de un primo o tío también de Mississippi con quien pasar el tiempo cuando no estés inevitablemente ocupado trabajando en los campos o en alguna otra tarea de parecida utilidad. ¿Cómo se llama? Mink Snopes, tu tío o tu primo que tuvo aquel problemilla hace algún tiempo por matar a Jack Houston e insistir en esperar a que Flem volviera de Texas a tiempo para sacarlo de la cárcel, sólo que Flem estaba también inevitablemente ocupado, y Mink dio la impresión de molestarse un poco. Por cierto, ¿era tu tío o tu primo?

—¿Sí? —dijo Montgomery Ward.

—Está bien, ¿cuál de los dos? —dije yo.

—¿Cuál de los dos qué? —dijo Montgomery Ward.

—¿Tío o primo tuyo? —dije yo.

—¿Sí? —dijo Montgomery Ward.

CUATRO

Montgomery Ward Snopes

—De manera que ese hijo de perra te dio gato por liebre —dije—. Creíste que iban a ahorcarlo, pero se lo dejaron en cadena perpetua.

No contestó. Siguió sentado en la silla que había traído él mismo de la cocina de Tubbs. Para mí no había otra cosa en la celda que el catre; para mí y para las chinches, claro. Siguió sentado allí, con la sombra de los barrotes de la ventana cuadrículándole la camisa blanca y la maldita corbata de lazo con automático que costaba diez centavos; la gente decía que era la misma con que había llegado de Frenchman's Bend dieciséis años atrás. No; decían que ya no era la misma que cogió de las existencias de Varner, y que se puso el día que dejó las tierras en arriendo de Ab Snopes y empezó a trabajar como dependiente en el almacén de Varner, y con la que se casó con la puta de su hija y que más tarde llevó en Texas mientras la hija de la puta iba camino de nacer, y con la que volvió a Mississippi; todo eso era cuando llevaba la gorra de paño de la talla de un chico de catorce años. Y con el sombrero negro de fieltro que alguien le dijo que era el que llevaban los banqueros, aunque no por eso tiró la gorra, sino que se la vendió a un muchacho negro por diez centavos y se los cobró en horas de trabajo; el sombrero se lo había puesto por vez primera hacía tres años, y la gente decía que no se lo había quitado nunca desde entonces, ni siquiera en su casa, excepción hecha de la iglesia, y que aún parecía nuevo. No; daba la impresión de no ser de nadie, incluso después de llevarlo tres años de día y de noche; daba la impresión de no estar siquiera sudado, lo que sin duda incluía también los momentos en que se estaba tirando a su mujer, cosa que probablemente a ella tampoco le molestaba, dado el tipo de coyunda al que estaría acostumbrada, porque lo más probable era que ni siquiera se quitaran los guantes, y no digamos nada del sombrero, los zapatos y el abrigo.

Y mascando. Dicen que cuando apareció por Frenchman's Bend como dependiente de Varner mascaba tabaco. Luego se informó mejor acerca del dinero. Sí, claro, había oído hablar e incluso había visto un poco de cuando en cuando. Pero entonces descubrió que había más del que uno se podía gastar en comer cada día, aun zampándose doble ración de tocino frito y de salsa hecha con harina. No sólo eso, sino que era sólido, más duro que un hueso y tan pesado como una piedra, y que si uno conseguía agarrar un poco, no había poder en el mundo que se lo hiciera soltar si no quería, de manera que descubrió que no se podía permitir mascar diez centavos de tabaco todas las semanas, porque para entonces se había enterado de que existía el chicle y de que con cinco centavos tenía para cinco semanas: una barrita nueva cada domingo. Luego llegó a Jefferson y vio de verdad algo de dinero, quiero decir todo al

mismo tiempo, y luego descubrió que el único límite a la cantidad de dinero que se puede coger con las manos y retener y conservar era todo el dinero disponible, con tal de que se tuviera un sitio seguro donde dejar el primer puñado para volver a llenarse las manos. Y entonces fue cuando descubrió que ni siquiera podía permitirse mascar un centavo a la semana. Cuando no tenía nada podía mascar tabaco; cuando tuvo un poco podía mascar chicle; pero cuando descubrió que podía llegar a rico si no se moría antes de tiempo, ya no pudo permitirse mascar nada, y allí estaba, sentado en la silla de la cocina con la sombra de los barrotes cuadriculándolo, mascando nada y sin mirarme y, por lo menos, sin mirarme ya.

—Cadena perpetua —dije—. Eso significa de ordinario veinte años, a no ser que suceda algo de aquí a entonces. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿No fue en mil novecientos ocho cuando se pasaba todo el día colgado de la ventana, quizá esta misma, esperando a que aparecieras de regreso de Texas y lo sacaras de aquí, dado que eras el único Snopes que tenía entonces el suficiente dinero e influencia, tal como él lo veía, para ayudarlo, y les gritaba a todos los que pasaban por debajo que dieran el recado en el almacén de Varner para que vinieras y lo salvaras, y luego de pie el día del juicio, dándote la última oportunidad y tú tampoco te presentaste entonces? De mil novecientos nueve a mil novecientos veintitrés; cuando complete los veinte estará otra vez en la calle. Demonios coronados, sólo te quedan cinco años de vida, ¿no es cierto? De acuerdo. ¿Qué es lo que quieres que haga?

Me lo dijo.

—Está bien —dije yo—. ¿Qué saco yo en limpio?

También me lo dijo. Estuve allí un rato, apoyado en la pared, riéndome de él en sus narices. Luego se lo dije.

Ni siquiera se movió. Sólo cesó de mascar el tiempo suficiente para decir:

—Diez mil dólares.

—Así que te parece demasiado dinero —dije—. Todo el valor que das a tu vida son aproximadamente quinientos, la mayor parte en especie y a plazos —Flem siguió allí, bajo la sombra de los barrotes, mascando un bocado de nada, contemplándome o por lo menos mirando hacia mí—. Incluso aunque salga bien, lo más que se puede conseguir es que le doblen la condena, que le añadan veinte años más. Eso quiere decir que en mil novecientos cuarenta y tres tendrás que empezar de nuevo a preocuparte porque sólo te quedarán cinco años de vida. No te empeñes en conseguir resultados a precio de saldo. Compra lo mejor, dado que te lo puedes permitir. Invierte diez de los grandes y haz que lo maten. Por lo que tengo oído, con esa pasta conseguirías tener a todo Chicago peleándose unos con otros. Y en realidad, maldita la falta que te hacen ni Chicago ni los diez grandes; con mil te podrías quedar en Mississippi y disponer de una docena de gente de confianza echando a suertes en Parchman para ver a quién le tocaba pegarle el tiro por la espalda.

Esta vez ni siquiera dejo de mascar.

—Vaya, vaya —dije—. Así que también hay cosas que ni siquiera un Snopes

haría. No, eso no es cierto; no parece que a tío Mink le causara ningún problema colocar a Jack Houston delante de aquella escopeta cuando las cosas se pusieron feas. Quizá lo que quiero decir es que en el caso de cualquier Snopes hay una cosa que no hará..., con tal de que descubras cuál es antes de que te haya arruinado y destrozado. Dejémoslo en cinco entonces —añadí—. No quiero regatear, caramba. ¿Acaso no somos primos o algo parecido?

Esta vez dejó de mascar el tiempo suficiente para decir:

—Cinco mil dólares.

—Ya sé, ya sé; tampoco dispones de cinco mil en efectivo en este momento —dije—. No los necesitas ahora. El abogado dice que tienes dos años para reunir esa cantidad, y en ese tiempo puedes empeñar, vender o robar lo que tengas que empeñar, vender o robar.

Eso le llegó, o al menos así lo creí entonces. A veces tardo un poco en entender las cosas, sobre todo en aquella ocasión. Porque Flem dijo:

—No tendrás que quedarte dos años. Haré que salgas antes.

—¿Cuándo? —dije yo—. ¿Cuando hayas conseguido lo que quieres? ¿Cuando lo haya hundido para el resto de su vida, colgándole veinte años más? A mí no; a mí no me sacarás porque no saldré. No aceptaría siquiera los cinco grandes; estaba bromeando. Lo vamos a hacer así. Iré allí y me encargaré de él, haré que le cuelguen todo el tiempo adicional que permitan las circunstancias. Pero no saldré entonces. Terminaré antes los dos años; te daré un poco más de tiempo para ti solo, ¿comprendes? Después saldré y volveré a casa. Ya sabes: empezar una nueva vida, conseguir que se olviden mis malos pasos. No tendré trabajo ni un negocio, como es lógico, pero, después de todo, ahí está el primo carnal de mi padre que día a día adquiere mayor importancia en el banco y en la iglesia y que en cuanto a respetabilidad, prestigio cívico y... ¡qué demonios! No hay que olvidar la voz de la sangre aunque quien llame sea un tipo que acaba de volver de Parchman por contrabando de licores, por no decir nada de que ahora en cualquier momento el orgullo le podría hacer rebelarse contra la caridad aunque procediera de su respetable primo el banquero y decidiera montar de nuevo aquel viejo negocio tan poco respetable pero suficientemente popular sin duda alguna. Porque puedo volver a conseguir un buen surtido de postales y seguro que encontraré los mismos individuos con la misma buena voluntad de antaño que me estarán esperando para que les diga dónde ir y quizá esta vez no haya garrafas de revelador por los alrededores. Y aun suponiendo que hubiera, ¡qué demonios! Al cabo de otros dos años, estaría de vuelta, dispuesto de nuevo a pasar la hoja...

Flem metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y no dijo «Sí» con ese tono porque aún no sabía cómo, pero lo habría hecho si hubiera sabido. De manera que dijo:

—Sí, eso es lo que imaginaba —y sacó el sobre.

Claro que lo reconocí. Era uno de los míos, con el membrete *Atelier Monty*

Jefferson Miss en el lado izquierdo, con su sello y el matasellos tan nítido como un aguafuerte y dirigido a *G. C. Winbush, Interior*, de manera que ya sabía lo que era antes de que lo abriera: la foto que Winbush se había empeñado en comprar por cinco pavos para su archivo privado, que es como suelen llamarlo, y que yo no quería venderle porque cualquiera que estuviera asociado con él en lo que fuera se hallaba ya en peligro. Pero, qué demonios, Winbush personificaba la justicia, o, por lo menos, lo que de una a dos de la madrugada se consideraba como la justicia en aquel callejón. Y sí, claro, el sobre había pasado por el servicio de correos aunque yo no hubiera echado nunca la carta, y es cierto que tampoco había cubierto más distancia que la necesaria para llegar a la maldita máquina matasellos de la oficina de correos de Jefferson. Y dados los problemas que Winbush tenía ya sobre los hombros por haber estado en mi trastienda en lugar de hacerse machacar lo que él llamaba su cerebro por los ladrones que entraron a robar a ese viejo drogado de Will Christian, no habría hecho falta ningún Simón Legree para descubrir que tenía la foto y quitársela luego; ni ningún esfuerzo especial para hacerle jurar o cometer perjurio acerca de cualquier cosa que alguien le sugiriera en relación con la foto. Porque Winbush tenía esposa y todo lo que se necesitaba era sugerirle que se la ibas a enseñar, dado que era el tipo de esposa a la que ningún poder terrenal lograría quitar de la cabeza que la chica de la foto —daba la casualidad de que en aquélla estaba sola y daba la casualidad de que no hacía nada excepto posar en cueros— no sólo era la compañera personal de juegos de Winbush sino de que probablemente tan sólo un último salto desesperado impidió que el mismo Winbush, en calzoncillos, saliera en la foto. Y tampoco hacía falta ningún Sherlock Holmes para imaginar lo que aquel viejo beato hijo de perra con cara de caballo del tribunal federal haría cuando viese el sobre con el matasellos.

—De manera que por lo que parece me han subido el envite. Y también, por lo que parece, no voy a verlo. Da toda la impresión de que voy a pasar. Después de que vaya a Parchman y me haya encargado de él, me sacas. ¿Qué pasa después?

—Un billete de tren para el sitio que quieras y cien dólares.

—Súbelo a cinco —dije; luego añadí—: De acuerdo. No voy a regatear. Dejémoslo en dos cincuenta —pero él tampoco regateó.

—Cien dólares —dijo.

—Solo que me corresponde la parte de las apuestas que se suele llevar la casa —dije—. Si voy a pasar por lo menos un año encerrado en un pijotero algodonal... —no; no regateó. Hay que decir eso en su favor.

—También he pensado en eso —dijo—. Está todo arreglado. Mañana saldrás en libertad bajo fianza. Clarence te recogerá cuando pase por la ciudad camino de Memphis. Dispones de dos días —y juro ante Dios que también había pensado en eso—. Clarence tendrá el dinero. Habrá suficiente.

¿Lo que él llamaba suficiente o lo que yo llamaría suficiente? Así que ya nadie se estaba riendo de nadie. Me quedé allí mirándolo, sentado en la silla de la cocina,

mascando, sin mirar a nada ni mascar siquiera nada, y, según todo el mundo que lo conocía, sin haber bebido una gota de alcohol en su vida; pero no había dudado en comprar treinta o cuarenta dólares de whisky para mandarme a Parchman y que allí hundiera a Mink, y evidentemente se disponía a gastar otros cien (o más probablemente doscientos si pensaba pagar también por Clarence) para que me reconciliara con la idea de quedarme en Parchman el tiempo suficiente para hacer la faena que impidiera salir a Mink del penal al cabo de cinco años; y de repente supe qué era lo que me había intrigado acerca de él desde que fui lo bastante mayor para entender ese tipo de cosas y quizá sacar una conclusión.

—De manera que eres virgen —dije—. No has echado un polvo en toda tu vida, ¿no es eso? Incluso no te casaste hasta encontrar una mujer que no sólo estuviera ya preñada, sino que ni siquiera te dejara meterle la mano debajo de la falda. Cielo santo, ¿y quieres vivir, no es eso? Aunque, ¿por qué? —y él siguió sin decir nada: quieto en su silla, masticando nada—. Pero, ¿por qué gastarte también dinero en Clarence? Aunque prefiera casas de negras donde la tarifa más alta es un dólar, te va a costar algo llevar a Clarence de jefe. Dame a mí todo el dinero y deja que vaya por mi cuenta —pero tan pronto como lo dije supe la respuesta. No se podía arriesgar a dejarme salir a más de un quilómetro de Jefferson sin alguien para asegurarse de que iba a volver, incluso aunque tuviera en el bolsillo aquel sobre con el matasellos. Sabía que no era así, pero no podía correr riesgos para descubrir que tenía razón. No se atrevió. A su edad no se atrevía a descubrir que todo lo que se necesita para manejar a nueve de cada diez personas es confiar en ellas.

Tubbs estaba enterado del pago de la fianza, y era partidario de ponerme en libertad aquella misma noche y echarse así al bolsillo el dinero de mi cena con la esperanza de que nadie lo notara, dada la confusión reinante, pero le dije que Muy agradecido.

—No se tire faroles —le dije—. He servido en el ejército de los Estados Unidos (o por lo menos al lado); si cree que esta pocilga es un desastre, debería haber visto algunos de los sitios donde tuve que dormir —con Tubbs de pie junto a la puerta abierta de la celda, el manojito de llaves en una mano y la otra ocupada en rascarse la cabeza—. Pero lo que sí puede hacer es salir y traerme una cena decente; el señor Snopes la pagará; mis parientes ricos me han perdonado ya. Y mientras está usted en ello, tráigame también el periódico de Memphis —de manera que se puso en marcha y esta vez tuve que gritar—: ¡Vuelva y cierre la puerta! No quiero que se me meta aquí todo Jefferson; un hijo de perra es más que suficiente para esta perrera.

De manera que a la mañana siguiente se presentó Clarence, Flem le dio el dinero y por la noche ya estábamos en Memphis, en el hotel Teaberry. Me refiero a mí. Clarence conocía un tugurio, del que era cliente habitual, donde se alojaba por un dólar diario incluso aunque ni siquiera fuera su dinero el que gastaba, sino el de Flem, y uno habría pensado que cualquiera con el apellido Snopes hubiera dormido hasta en el suelo con tal de que aquello le costara a Flem el doble que en cualquier otro sitio.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Clarence. Era eso que llaman una pregunta retórica. Él ya sabía la respuesta, o creía que la sabía. Lo tenía todo organizado. A Clarence había que reconocerle una cosa: nunca te defraudaba. No podía; todos los que lo conocían sabían que, tratándose de mi hermanastro, tenía que ser un hijo de perra.

El año pasado, Virgil (efectivamente, Snopes. Lo han adivinado ustedes: el hijo pequeño del tío Wesley, el predicador evangelista al que sorprendieron aquel día después del servicio religioso con una chica de catorce años en una caseta vacía donde se almacenaba el algodón y lo alquitranaron y emplumaron y luego lo pasearon hasta Texas o, por lo menos, hasta sacarlo del condado de Yoknapatawpha; el talento de Virgil le venía de su padre) y Fonzo Winbush, sobrino de mi cliente, según creo, vinieron a Memphis para estudiar en una escuela de peluquería. Alguien —supongo que sería la señora Winbush, que no es una Snopes— les dijo que no alquilaran una habitación para vivir a no ser que la dueña de la casa fuese una mujer madura y buena cristiana, pero sobre todo de aspecto maternal.

De manera que probablemente todavía estaban andando en círculos concéntricos en torno a la estación, todavía con las maletas, cuando cruzaron por delante de la casa de Reba Rivers a la hora en que, todas las tardes, salía a la calle por la puerta principal para pasear a esos dos asquerosos chuchos blancos que siempre están sucios y a los que llama señorita Reba y señor Binford, en memoria de Lucius Binford que fue su chulo hasta que los dos se hicieron demasiado viejos y se establecieron y al que todo el barrio —el policía, el chico que traía la leche y cobraba el periódico y la gente de la camioneta de la lavandería— llamaba patrón y siguió llamándose hasta que se murió.

La señorita Reba parecía desde luego una mujer madura llevara lo que llevase, y no digamos nada de la bata que solía ponerse a aquella hora de la tarde, y probablemente también parecería familiarizada con el cristianismo a cualquiera que estuviera lo bastante cerca para oír lo que les decía a veces a los chuchos cuando había bebido más ginebra de lo habitual; e imagino que cualquiera que pese más de noventa quilos y esté enfundada en una bata abrochada con imperdibles parecería maternal incluso aunque estuviera expulsando a un borracho, y no digamos nada de dos chicos de dieciocho años, naturales de Jefferson, Mississippi.

Tal vez la señorita Reba era de verdad maternal y Virgil y Fonzo, con la inocencia de los niños, vieron lo que a nosotros, simples clientes y amigos de muchos años, se nos escapaba. O quizá avanzaban con la insensibilidad de su sencilla y juvenil inocencia rural de Yoknapatawpha hacia donde incluso un ángel hubiera tomado antes la precaución de dejar el billetero en consigna. En cualquier caso lo cierto es que preguntaron a la señorita Reba si tenía una habitación libre y ella se la alquiló; y es posible que hubieran sacado ya todo lo que llevaban en aquellas maletas suyas de cartón antes de que su nueva patrona comprendiera que ni siquiera sabían que se habían metido en una casa de putas.

De todos modos, allí estaba la señorita Reba, que tenía que pagar el alquiler y a los policías y al tipo que le proporcionaba la cerveza y a la lavandería y que también tenía que darle algo a Minnie, la doncella, los sábados por la noche, sin contar con los dos gruesos brillantes amarillos que había que frotar y limpiar para que no parecieran demasiado pedazos de culo de botella; y la inocencia de Yoknapatawpha justo en medio de las chicas que iban y volvían corriendo del cuarto de baño en camisón y salto de cama o incluso con menos ropa, y los clientes yendo y viniendo y Minnie transportando montones de toallas y lingotazos de ginebra escaleras arriba y las mujeres gritando y peleándose y tirándose del pelo por sus chulos y los clientes y el dinero, y Reba en persona en el vestíbulo maldiciendo a un borracho mientras trataban de echarlo antes de que apareciera la policía; y lo cierto es que en menos de una semana consiguió que la casa pareciera tan tranquila e inocente como un internado de señoritas hasta que Virgil y Fonzo subían a su habitación, se acostaban y, al menos eso esperaba ella, se dormían.

Como es lógico aquello no podía durar. Estaba, para empezar, la escuela de peluquería, donde los dos muchachos tenían que escuchar todo el día a los barberos, que les endilgaban mucho más de la ya abundante ración de mentiras que le corresponde a cualquiera en los treinta minutos necesarios para cortarse el pelo. Luego volvían a casa de la señorita Reba, vislumbraban una pierna o una camisa de noche o quizá todo un trasero femenino en el umbral de una puerta, y eso tuvo necesariamente que darles ideas, incluso aunque Virgil y Fonzo creyeran aún que eran sobrinas o pupilas o chicas recién llegadas a la ciudad y que quizá asistían al equivalente femenino de una escuela para peluqueros. Sin contar con el infalible instinto que Virgil y Fonzo (¿he dicho ya que era sobrino de Grover Winbush?) habían heredado en los más puros manantiales.

No pasaron del segundo mes. Y como el barrio chino de Memphis no es demasiado grande, sólo fue cuestión de tiempo que se encontraran con Clarence, sobre todo si se tiene en cuenta que Virgil y Fonzo, todavía obligados a dedicar la mayor parte de su tiempo a estudiar y no a ganar dinero, tenían que buscar gangas. Virgil demostró de inmediato ser el poseedor de un talento verdaderamente excepcional: la capacidad de ocuparse de dos chicas sucesivamente y satisfacerlas por completo o al menos hasta que gritaban ¡basta!, y decían que ya era suficiente por dos dólares, dado que en su juvenil entusiasmo e inocencia, como Virgil disfrutaba con ello, pagaba por la oportunidad de hacerlo, hasta que Clarence dio con él y le descubrió las posibilidad de ganar dinero.

Clarence se paseaba por los billares y los vestíbulos de hoteles del tipo de los que solía frecuentar, hasta encontrar algún novato que no quería creer sus fanfarronadas acerca de las habilidades de su —¿cuál es la palabra?— *protege*, momento en que Clarence apostaba con él; la primera vez la víctima solía aceptar dos o tres a uno en contra suya. Y es cierto que Virgil fallaba de vez en cuando...

—Y pagaba la mitad de la apuesta —dije yo.

—¿Cómo? —exclamó Clarence—. ¿Castigar al chico por hacerlo lo mejor posible? Además, no pasaba de una cada diez veces, y seguro que continuará mejorando a medida que pase el tiempo. ¡Vaya futuro el de ese cabrón si se mantiene el suministro de putas de dos dólares!

En cualquier caso, ésa iba a ser nuestra ocupación aquella noche.

—Muy agradecido —dije—. Adelante. Yo voy a hacer una tranquila visita familiar a una vieja amiga y luego me iré a la cama. Dame veinticinco..., mejor treinta dólares.

—Flem me ha dado cien.

—Treinta me bastan —dije.

—Ni hablar, maldita sea —dijo él—. Te quedarás con la mitad. No estoy dispuesto a volver contigo a Jefferson y que le cuentes a Flem una mentira sobre mí. Aquí tienes.

Cogí el dinero.

—Te veré mañana en la estación a la hora del tren.

—¿Cómo? —dijo él.

—Me vuelvo mañana a casa. No hace falta que vengas.

—Le prometí a Flem que me quedaría y volvería contigo.

—Pues olvídalo —le dije—. ¿No te ha dado cincuenta dólares?

—Precisamente —respondió—. Maldito el hijo de perra que falte a su palabra después de que le hayan pagado.

Los miércoles por la noche eran casi siempre muy tranquilos a no ser que se celebrara algún congreso, quizá porque como muchas de las mujeres (clientes también) procedían de pueblecitos de Tennessee, Arkansas y Mississippi y de familias baptistas y metodistas, habían establecido entre los bares, las tascas y los mismos burdeles una especie de ritmo... ¿análogo? análogo al semanal que incluía la oración en común del miércoles por la noche. Minnie me abrió la puerta. Tenía el sombrero puesto. Quiero decir que llevaba dentro toda la cabeza como si se tratara de un casco para jugar al fútbol americano.

—Buenas noches, Minnie —le dije—. ¿Vas a salir?

—No, señor —respondió—. ¿Ha estado usted fuera? Hace mucho que no lo vemos.

—No; sólo muy ocupado —contesté. Reba me preguntó lo mismo. La casa estaba muy tranquila: no había nadie en el comedor a excepción de Reba, una chica nueva y un cliente, bebiendo cerveza; Reba con sus enormes brillantes amarillos pero con bata en lugar del traje de noche que se habría puesto si fuese un sábado por la noche. Era una bata nueva, pero ya se la abrochaba con imperdibles. Le contesté lo mismo—: No; sólo muy ocupado.

—Me gustaría poder decir lo mismo —replicó ella—. Más me valdría dirigir una escuela dominical. Te presento al capitán Strutterbuck —dijo. Era un individuo alto, bastante grande, con cara como de estibador; me refiero a que trataba de parecer duro

pero no estaba muy seguro de cómo se lo iba a tomar su interlocutor; y también tenía unos ojos muy claros y fríos que miraban con bastante dureza, aunque no parecía capaz de hacerlo con los dos al mismo tiempo. Tendría unos cincuenta años—. El capitán Strutterbuck estuvo en las dos guerras —continuó Reba—. La que hicimos contra España hace unos veinticinco años y también la última. Precisamente ahora me estaba hablando de la última. Y ésta es Thelma. Llegó hace sólo una semana.

—Qué tal —dijo Strutterbuck—. ¿También estuvo usted en la guerra?

—Más o menos —dije.

—¿Qué unidad?

—Escuadrilla Lafayette.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Los aviones. Yo no sé nada de volar. Serví en caballería; en Cuba en el 98 y en la Frontera en el 16, aunque ya no era oficial, en realidad había dejado el ejército; simple paisano, ayudante de Black Jack porque conocía el país. De manera que cuando decidieron mandarlo a Francia para dirigir el cotarro, me dijo que si alguna vez cruzaba el charco no dejara de ir a verlo, porque me buscaría una ocupación. De manera que cuando oí que Rick, Eddie Rickenbacker, el as de la aviación —les dijo a Reba y a la chica nueva—, por entonces chófer del general, lo había dejado para hacerse piloto, decidí que aquella era mi oportunidad y conseguí llegar hasta Francia, pero ya tenía otro chófer, un sargento no sé cuantos, no recuerdo el apellido. Así que me encontré sin oficio ni beneficio. Pero de todos modos conseguí ver algo, desde el asiento de atrás, por así decirlo: Argonne, Showmont, la cresta de Vymy, Shatter Theory; usted probablemente estuvo en los sitios más interesantes. ¿Dónde la estacionaron?

—Y.M.C.A.^[1] —dije.

—¿Cómo? —exclamó él. Se puso en pie muy despacio. Era alto y francamente grande; probablemente no era aquélla la primera vez que no conseguía mirar a una cosa con los dos ojos al mismo tiempo. Quizá contaba con ello. Para cuando terminó también Reba se había levantado—. ¿No estará usted tratando de tomarme el pelo por casualidad? —añadió.

—¿Por qué? —dije—. ¿Es que no lo he conseguido?

—Está bien, está bien —dijo Reba—. ¿Va usted a subir con Thelma o no va a subir? Si es que no, como de costumbre, dígaselo ya.

—No sé si voy a subir o no —dijo—. Pero lo que estoy pensando ahora mismo es...

—La gente no viene aquí a pensar —dijo Reba—. Viene a hacer lo que viene a hacer y luego se marcha. ¿Va a hacer algo o no va a hacer nada?

—De acuerdo —concedió el otro—. Vamos —le dijo a Thelma—. Quizá le vuelva a ver —dirigiéndose a mí.

—Después de la próxima guerra —le respondí. Thelma y él salieron—. ¿Le vas a dejar? —le pregunté a Reba.

—Tiene una pensión de la guerra contra España —dijo Reba—. Le llegó hoy. Lo

he visto. Estaba delante mientras lo firmaba por detrás para que yo pueda cobrarlo.

—¿Cuánto? —dije.

—No me he molestado en mirar. Sólo me he asegurado de que firmaba donde el papel decía que lo hiciera. Era un giro postal del Gobierno de los Estados Unidos.

—Un giro postal puede hacerse por valor de un centavo con tal de que pagues los gastos de envío —dije. Reba me miró—. Firmó por detrás de un papel azul y se lo guardó en el bolsillo. Supongo que te pidió que le prestaras la pluma. ¿No es eso?

—Está bien, está bien —dijo ella—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me asome por encima del pie de la cama y diga, quieto parao, compadre? —Minnie entró con otra botella de cerveza. Era para mí.

—No la he pedido —dije—. Quizá debería habértelo dicho nada más llegar. Esta noche no voy a gastarme ni un céntimo.

—En ese caso te invito yo. ¿Para qué has venido entonces si puede saberse? ¿Sólo para ver si podías pelearte con alguien?

—No con él —dije—. Hasta el apellido se lo ha sacado de un libro. No recuerdo exactamente de cuál ahora mismo, pero mejor que el libro del que ha sacado la guerra.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo ella—. Pero ¿por qué demonios le has dicho dónde estabas? Y pensándolo bien, ¿por qué ahí?

—¿Ahí dónde?

—En la Y.M.C.A. De vez en cuando aparece por aquí algún mequetrefe que debería estar en la Y.M.C.A., aunque quizá me equivoque. Pero hasta ahora no había venido ninguno que presumiera de ello.

—Me alojo en el hotel Teaberry —dije—. Trabajé con la Y.M.C.A. durante la guerra.

—¿Con la Y.M.C.A. en la guerra? Ésos no se dedican a luchar. ¿También me quieres tomar a mí el pelo?

—Ya sé que no pelean —dije—. Por eso trabajé con ellos. Sí, sí. Estuve con ellos en la guerra. Gavin Stevens, el abogado de Jefferson, te le puede confirmar. Pregúntaselo la próxima vez que venga por aquí.

Minnie apareció en la puerta con dos copas de ginebra en una bandeja. No dijo nada: se quedó quieta, de manera que Reba la viera. Todavía llevaba puesto el sombrero.

—De acuerdo —dijo Reba—. Pero nada más. Todavía no ha pagado la cerveza. Pero la señorita Thelma acaba de llegar a Memphis y tenemos que procurar que se sienta en casa —Minnie desapareció—. Así que esta noche no te vas a retratar.

—He venido a pedirte un favor —dije. Pero no me estaba escuchando.

—Nunca has gastado mucho. Sí, sí; reconozco que has pagado rondas de cerveza, ginebra y whisky en más de una ocasión. Pero no te has ido nunca a la cama. No con mis chicas, al menos —me estaba mirando—. Ni conmigo. Tampoco eso me importa ya. Podríamos entendernos —seguía mirándome—. Me han contado lo de ese

pequeño negocio tuyo en el pueblo. A muchos de los que trabajan aquí no les parece nada bien. Piensan que estás faltando a la... ¿Cómo se dice? A los abogados y a los médicos no se les cae de la boca.

—A la ética —le respondí—. Quieren decir que les hago competencia seca.

—¿Seca? —dijo ella.

—Efectivamente. A mi rama de tu negocio se le puede llamar la rama árida o impermeable. La rama de las avanzadillas en el desierto.

—Sí, claro, ya veo por dónde vas. Es eso exactamente. Eso es lo que yo les diría: que ver fotografías puede servir durante una temporada en el campo, donde no hay otra salida disponible a mano, pero que más pronto o más tarde a alguien le subirá la fiebre lo bastante como para que tenga que ir corriendo al pozo más cercano en busca de un cubo con agua de verdad, y que quizá sea el mío —me estaba mirando—. Véndelo y vente aquí.

—¿Me estás haciendo una proposición?

—Sí. Vente aquí para ser el patrón. La cerveza y las bebidas fuertes ya las paga la casa y no necesitarías más que cigarrillos y ropa y unos dólares en el bolsillo, y eso me lo puedo permitir; no tendría que estar siempre vigilándote para ver qué hacías con las chicas; al señor Binford tampoco lo vigilaba, porque de él me podía fiar siempre... —me estaba mirando. Había algo en sus ojos o en alguna parte que no había visto nunca antes, ni, a decir verdad, hubiera esperado ver nunca—. Lo que yo nece... Un hombre puede hacer cosas que a una mujer no le están permitidas. Ya sabes, pagar la protección, encargarse de los borrachos, no perder de vista a esos hijos de puta de vendedores de cerveza y de whisky que te suben los precios y te dan botellas de menos si no tienes los ojos muy abiertos día y noche —allí sentada, mirándome, una rolliza mano con el brillante del tamaño de un canto sosteniendo la jarra de cerveza—. Lo que yo necesito..., no me hace falta irme a la cama con nadie; eso dejó de importarme hace ya mucho tiempo. Es..., es... Hace tres años que se murió y sin embargo todavía no acabo de creérmelo —no deberían haber estado allí: aquel rostro maquillado e hinchado y aquel cuerpo consumido por el simple y duro trabajo corporal de ser puta y de ganarse la vida con ello, como un viejo boxeador o un jugador de fútbol o quizá un caballo viejo, hasta que ya no les quedaba ni la apariencia de hombre o de mujer a pesar del colorete barato, aplicado en exceso, de los enormes brillantes, que sí eran auténticos aunque uno no se creyera aquel color, y de los ojos, que tenían algo dentro o detrás de ellos que no debería estar allí; eso, como dice la voz popular, no le debería suceder ni a un perro. Minnie cruzó por delante de la puerta camino del vestíbulo con la bandeja vacía—. Durante catorce años fuimos como dos palomas —me miró. Sí, ni siquiera a un perro—. Como dos palomas —rugió, alzando la jarra de cerveza para luego golpear la mesa con violencia y gritar en dirección a la puerta—: ¡Minnie! —cuando Minnie apareció en el umbral, le dijo—: trae la ginebra.

—Vamos, señorita Reba. Seguro que no quiere usted volver a empezar —dijo

Minnie—. La última vez que recordó al señor Binford tuvimos aquí a la policía hasta las cuatro de la madrugada. Bébese la cerveza y olvídense de la ginebra.

—Es verdad —dijo Reba, bebiendo incluso un poco de cerveza. Luego dejó la jarra—. Has dicho algo sobre un favor. No puede ser dinero... No estoy hablando de tu cara dura, sino de tu sentido común. De manera que quizá sea interesante...

—Excepto que sí se trata de dinero —dije. Saqué los cincuenta dólares, aparté diez y los empujé sobre la mesa en dirección a Reba—. Me marché fuera un par de años. Eso es para que te acuerdes de mí —Reba no tocó los billetes. Ni siquiera los miró, a diferencia de Minnie. Sólo me miraba a mí—. Quizá Minnie también pueda ayudar —dije—. Quiero regalar cuarenta dólares al hijo de perra más pobre que encuentre. ¿Cuál es el hijo de perra más pobre que Minnie y tú conocéis en este momento?

Las dos me estaban mirando. Minnie también, por debajo del sombrero.

—¿Qué quieres decir con pobre? —preguntó Reba.

—Que tenga problemas o esté en la cárcel o en otro sitio parecido y que quizá no tenga la culpa.

—El marido de Minnie es un hijo de perra y además está en la cárcel —dijo Reba—. Pero yo no lo llamaría pobre. ¿Y tú, Minnie?

—No, señora —dijo Minnie.

—Pero por lo menos no tendrá problemas con mujeres durante una temporada —le dijo Reba a Minnie—. Eso debería hacer que te sintieras un poco mejor.

—No conoce usted a Ludus —dijo Minnie—. Me gustaría saber de algún sitio, aunque vaya en una cuerda de presos, donde Ludus no sea capaz de encontrar alguna estúpida que lo crea.

—¿Qué ha hecho?

—El invierno último dejó el empleo que tenía y se pasaba la vida por aquí, comiendo a mi costa y por las noches robándole a Minnie lo que llevaba en el monedero en cuanto se dormía, hasta que lo pilló dándole el dinero a la otra mujer, y cuando trató de pedirle que no lo hiciera, Ludus le quitó la plancha de la mano y casi le arrancó la oreja con ella. Por eso tiene que llevar puesto el sombrero hasta dentro de casa. De manera que yo diría que si alguien..., si alguien se merece esos cuarenta dólares es Minnie...

Una mujer empezó a gritar en el descansillo del piso de arriba. Minnie y Reba salieron corriendo. Yo recogí el dinero y las seguí. La mujer que maldecía a voz en grito era la chica nueva, Thelma, con un quimono ligero que no se había acordado de abrochar. El capitán Strutterbuck estaba ya a mitad de la escalera, con el sombrero puesto y la chaqueta en una mano mientras trataba de abrocharse la bragueta con la otra. Minnie lo esperaba abajo; no gritaba más que Thelma, ni tampoco trataba de hacerla callar: tenía sencillamente más volumen, quizá más práctica.

—Claro que no ha tenido dinero nunca. Nunca ha tenido más que dos dólares desde que viene por aquí. Por qué le deja usted meterse en la cama sin pagar antes es

algo que no entiendo. Apuesto a que ni siquiera se ha quitado los pantalones. No hay que fiarse nunca de un hombre que no se quita los pantalones, es como si ya se hubiera marchado sin pagar, por mucho que diga lo contrario.

—Está bien, está bien —dijo Reba—. Ya es suficiente —Minnie retrocedió; incluso Thelma se calló; me vio a mí o algo parecido e incluso se abrochó el quimono. Strutterbuck seguía bajando las escaleras, todavía ocupado con la bragueta; quizá lo que menos le apetecía era mirar la misma cosa con los dos ojos al mismo tiempo. Pero es posible que me equivoque; según Minnie no tenía más razón para alarmarse y sorprenderse de la situación en la que se encontraba que un funámbulo en la cuerda floja. Preocupado, por supuesto, y con pies de plomo, pero sin estar en realidad asustado ni mucho menos sorprendido. Descendió por fin el último escalón. Pero aún no había terminado. Le faltaban tres o cuatro metros para llegar a la puerta.

Reba, en cambio, era una señora. Se limitó a extender la mano hasta que Strutterbuck dejó la bragueta en paz, se sacó el giro postal doblado del bolsillo donde lo llevara y se lo entregó. Toda una señora. Reba nunca le levantó la mano. Ni siquiera lo insultó. Fue hasta la puerta principal, agarró el tirador, se volvió y dijo:

—Abróchese. Ningún hombre ha salido nunca de mi casa a las once de la noche con la bragueta abierta.

Cerró la puerta detrás del capitán y echó la llave. A continuación leyó el giro. Minnie tenía razón. Era por valor de dos dólares y se lo mandaban desde Lonoke, Arkansas. El nombre de la remitente era Q'Milla Strutterbuck.

—¿Su hermana o su hija? —dijo Reba—. ¿A ti qué te parece?

Minnie también estaba mirando.

—Es su legítima —dijo—. Su hermana o su mamá o su abuela le mandarían cinco. Su amiga le hubiera enviado cincuenta..., si los tuviera y se sintiera con ganas de hacerlo. La hija habría mandado cincuenta centavos. Sólo su esposa le mandaría dos dólares.

Trajo otras dos botellas de cerveza a la mesa del comedor.

—De acuerdo —dijo Reba—. Quieres un favor. ¿De qué se trata?

Saqué otra vez el dinero y empujé diez hacia ella, quedándome con los otros cuarenta.

—Eso es para ti y para Minnie, como recuerdo hasta que vuelva dentro de dos años. Quiero que enviéis lo demás a mi tío abuelo al penal de Mississippi en Parchman.

—¿Volverás dentro de dos años?

—Sí —dije—. No me esperaréis en vano. El tipo para el que trabajo dice que no será más que uno, pero no me lo creo.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer con los cuarenta?

—Enviárselos a Parchman a mi tío abuelo Mink Snopes.

—¿Por qué lo condenaron?

—Mató a un individuo llamado Jack Houston en 1908.

—¿Se merecía Houston lo que le pasó?

—No lo sé. Pero por lo que he oído, trabajó a conciencia para ganárselo.

—Pobre hijo de perra. ¿Cuántos años le salieron a tu tío?

—Cadena perpetua —dije.

—Entiendo —dijo ella—. Ya sé cómo funciona eso. ¿Cuándo lo dejarán salir?

—Hacia 1948 si sigue vivo y no le sucede nada más.

—De acuerdo. ¿Cómo tengo que hacerlo? —se lo dije y le di la dirección y todo lo demás.

—Podrías poner De otro presidiario como remite.

—Lo dudo —dijo ella—. No he estado nunca en la cárcel y no tengo ganas de probar.

—Envíaselo de parte de un amigo.

—De acuerdo —dijo. Cogió el dinero y lo dobló—. Pobre hijo de perra —añadió.

—¿De quién hablas ahora?

—De los dos —dijo—. De todos y cada uno de nosotros, pobres hijos de perra que somos todos.

No contaba con volver a ver a Clarence hasta la mañana siguiente. Pero allí estaba, con un montón de billetes arrugados esparcidos sobre el tocador, como en plena partida de dados, y Clarence, desnudo de medio cuerpo para arriba, de pie, mirando los billetes, bostezando y hurgándose la pelambreira que le cubría el pecho. Esta vez habían encontrado —Clarence había encontrado— un jugador de clase, un tipo decidido; después de que Virgil se despachara con éxito las dos habituales, les había apostado que no sería capaz de seguir con una tercera, ofreciéndoles dos contra uno a su favor; Clarence decidió utilizar los otros cincuenta dólares de Flem, ya que esta vez se arriesgaban de verdad; explicó cómo incluso había ofrecido a Virgil la posibilidad de dejarlo, sin que por ello se le hicieran recriminaciones: «“Vamos por delante, ya sabes; has demostrado de sobra que vales”. Y, como lo oyes, el hijo de su madre no se inmutó. “Eso está hecho”, me dice. “Dile a la chica que venga”. Y ahora me remuerde la conciencia», dijo, bostezando de nuevo. «Era el dinero de Flem. Mi conciencia me dice que me calle como un muerto: el dinero se gastó como él creía que se iba a gastar. Pero, caramba, a nadie le gusta portarse como un cerdo».

De manera que volvimos a casa.

—¿Por qué quieres volver a la cárcel? —preguntó Flem—. Todavía faltan tres semanas.

—Digamos que para hacer prácticas —respondí—. Llamémosle una carrera de prueba contra mi conciencia —de manera que ya tenía por delante un juego de barras de acero; ya estaba a salvo del mundo en libertad, a salvo y protegido por unos días del mundo de los Snopes en libertad donde Flem estaba intercambiando a su mujer por la presidencia de un banco y en el que Clarence cobraba incluso dietas como senador del Estado entre Jackson y Gayoso Street por sacarse de la manga a Virgil cada vez que encontraba otro bendito de Arkansas que se negaba a creer lo que estaba

viendo con sus propios ojos, y Byron en México o dondequiera que estuviese con lo que aún le quedara del dinero del banco, y I. O., mi padre y el de Clarence, y nuestro tío Wesley al completo dirigiendo un himno con una mano y con la otra levantándole las faldas a una cría de once años; y no cuento a Wallstreet y a Almirante Dewey y a su padre Eck, porque no nos pertenecen: sólo existen para vergüenza nuestra.

Sin contar con tío Mink, nuestro asesino, seis o siete semanas después (tuve que aguardar un poco, como es lógico, para no asustarlo demasiado de prisa).

—¿Flem? —dijo—. Nunca se me hubiera ocurrido que Flem quisiera sacarme. Habría pensado que nadie tenía tanto interés como él en que yo siguiera aquí muchos años.

—Debe de haber cambiado —dije. Mink se quedó quieto, con su uniforme a rayas, parpadeando un poco: una quisquilla de hombre, agotado y chupado, más pequeño que un chaval de catorce años. Hasta que empezabas a preguntarte cómo demonios algo tan pequeño y tan frágil podía estar lo bastante enfadado para empuñar, y no digamos sostener y apuntar, una escopeta del diez, y matar con ella a alguien.

—Le estoy agradecido —dijo—. Aunque si salgo mañana, quizá no haya cambiado para entonces. Llevo aquí mucho tiempo. Y apenas he hecho otra cosa que trabajar en el campo y pensar. Me pregunto si sabe a lo que se arriesga. El que avisa no es traidor, ya me entiendes.

—Lo sabe —dije yo—. No espera que cambies aquí dentro porque no se puede. Espera que cambies cuando salgas. Porque está seguro de que tan pronto como respires aire libre y te caliente el sol, no podrás evitar convertirte en otro hombre, incluso aunque no quieras.

—Pero supongamos que yo no... —no añadió *cambio a tiempo* porque se detuvo en seco.

—Está dispuesto a correr el riesgo —dije—. No tiene otro remedio. Quiero decir que ya no le queda otro remedio. No hubiera podido impedir que te mandaran aquí. Pero sabe que tú piensas que no lo intentó. Tiene que ayudarte a salir no sólo para probarte que no fue él quien te mandó aquí, sino para poder dejar de pensar y de recordar que tú crees que lo hizo. ¿Comprendes?

Seguía completamente inmóvil, tan sólo parpadeando un poco, las manos desocupadas, pero incluso ahora conservando la forma de los brazos del arado e incluso el cuello un poco en tensión, como si aún tuviera las riendas atadas por detrás de la cabeza para dirigir los movimientos de la mula.

—Sólo me quedan cinco años, y luego me dejarán salir. Entonces nadie tendrá derecho a esperar nada de mí. No estaré en deuda con nadie porque nadie me habrá ayudado.

—Eso es cierto —dije—. Sólo cinco años más, que prácticamente no son nada para una persona que lleva ya quince viendo un guardián con un fusil que lo vigila mientras labra el campo para plantar un algodón que no es suyo, sabiendo que tiene

que hacerlo tanto si ese día le apetece arar como si no, y con otro guardián con un fusil al lado mientras le sirven el rancho, tanto si se lo come como si no y tanto si tiene ganas como si no, y con otro guardián con un fusil que lo encierra por la noche de manera que pueda dormirse o quedarse en vela tanto si tiene ganas de hacerlo como si no. Tan sólo cinco años más tarde y en seguida saldrás a donde el sol y el aire libre puedan brillar sobre ti sin ningún guardián con la sombra de un fusil para tapártelo. Porque entonces serás libre.

—Libre —dijo, en voz no muy alta, con un tono muy normal—: libre.

Eso fue todo. Así de fácil. Por supuesto el guardián al que le di el chivatazo, me puso de vuelta y media; ya me lo esperaba: vivíamos en un país libre; todo recluso tenía derecho a tratar de escaparse de la misma manera que todo guardián y preso de confianza tenía derecho a dispararle por la espalda la primera vez que no se detuviera cuando le gritaran ¡Alto! Pero ningún soplón de mierda tenía derecho a avisar al guardián por anticipado.

También yo tuve que verlo. Eso iba incluido en la factura: el pagaré para poder respirar en un mundo en el que estaban presentes los Snopes. Yo quería volver la cabeza o por lo menos cerrar los ojos. Pero negarme a dejar de verlo era todo lo que me quedaba ya, el último miserable, despreciable penique casi completamente desprovisto de valor: el pobre infeliz que parecía una niña jugando a ser mamá con el vestido de percal y el gorro para protegerse del sol que él creía que eran idea de Flem (eso había sido difícil; Mink aún quería creer que a un hombre se le debe permitir correr hacia su destino, aunque ese destino sea la perdición, con la decencia y la dignidad que le confieren los pantalones; costó cierto trabajo persuadirlo de que unas faldas y un gorro de mujer era todo lo que Flem podía ofrecerle). Andando; había conseguido convencerle de eso: no tenía que correr sino andar; tan melancólico y solitario y frágil y extraño en aquel vacío recinto penitenciario como una muñeca de papel empujada por el viento sobre un tren de laminación; andando aún incluso después de pasar el punto a partir del cual ya no podía dar marcha atrás y él lo sabía; incluso andando aún después del instante en que supo que había sido traicionado y que debería haber sabido desde el principio que lo iban a traicionar, sin culpar a nadie por venderlo ni tampoco por necesitar venderlo porque ¿no había firmado también él —no sabía leer pero era capaz de firmar con su nombre— el mismo pagaré para poder respirar un poco, dado que su apellido era Snopes?

Así que corrió incluso antes de tener que hacerlo. Corrió directamente hacia ellos antes incluso de verlos, antes de que salieran de donde lo esperaban emboscados. Me sentí orgulloso, no sólo de ser pariente suyo, sino de pertenecer a lo que Reba llamaba todos nosotros pobres hijos de perra. Porque se necesitaron cinco, aporreándole y golpeándolo en la cabeza con los revólveres, y con todo y con eso al final hubo que recurrir a la cachiporra para pararlo, para dejarlo sin sentido.

El alcaide me hizo llamar.

—No me cuentes nada —dijo—. Me gustaría no tener que saber siquiera todo lo

que ya sospecho. A decir verdad, si de mí dependiera, os encerraría a los dos en una celda y a ti te dejaría, por casualidad, con las esposas puestas. Pero yo también tengo que cumplir con mis obligaciones, de manera que voy a dejarte incomunicado durante una semana, más o menos, para que estés protegido. Y no de lo que él pudiera hacer.

—No se jacte ni se lamente —dije—. También usted tuvo que firmar uno.

—¿Qué? —respondió él—. ¿Qué ha dicho?

—He dicho que no hace falta que se preocupe. Mink no tiene nada contra mí. Si no me cree, mande a buscarlo.

Así que lo trajeron. Los cardenales y los cortes de los golpes con las culatas y las aristas de los puntos de mira se le estaban curando sin problemas. La cachiporra, por supuesto, no había dejado rastro.

—Qué tal —me dijo—. Supongo que ahora verás a Flem antes que yo.

—Sí —dije.

—Dile que no debería haber usado el vestido de mujer. Pero no importa. Si lo hubiera conseguido, quizá habría cambiado. Pero ahora supongo que no cambiaré. Imagino que seguiré esperando.

De manera que Flem debería haber hecho caso de mi sugerencia sobre los diez billetes de mil. Aún tenía tiempo. Le podía escribir una carta: *Seguro que consigues reunir los diez mil. Todo lo que necesitas es venderle a Manfred De Spain una buena oportunidad para tirarse a tu mujer. No: tratar de vender Eula Varner a Manfred De Spain es como tratar de vender un caballo a un hombre que lleva ya diez o doce años alimentándolo y montándolo. Pero te queda la chica. Linda. Sólo tiene once o doce años, pero ¡qué demonios! ponle gafas oscuras y tacones altos y llévasela muy de prisa y quizá De Spain no lo note.*

Solo que no iba a hacerlo. Pero no era eso lo que me preocupaba. Lo que me preocupaba era saber que no iba a hacerlo, saber que iba a tirarlo por la ventana: me refiero a la comisión de los diez grandes por contactar para él con el sindicato de Chicago. No recuerdo exactamente el momento, probablemente yo era todavía muy pequeño, en que me di cuenta de que yo procedía de lo que se puede llamar una familia, un clan, una raza, quizá incluso una especie, de auténticos hijos de puta. De manera que dije: *De acuerdo, perfectamente; si las cosas son así, vamos a demostrarles lo que es bueno. Al mejor ahogado lo llaman el número uno de los ahogados, al mejor actor, el número uno de los actores y al mejor atleta, el número uno de los deportistas. Está bien; eso es lo que vamos a hacer nosotros: cada Snopes tendrá como meta personal y privada que todo el mundo lo reconozca como el número uno de los hijos de puta.*

Pero no es verdad. Nunca vamos a conseguirlo. Lo más alto que llegamos es a ser otro más entre los Snopes hijos de puta. Todos nosotros, cada uno de nosotros: ni Flem, ni el viejo Ab de quien ni siquiera sé exactamente cuál es su parentesco con él, ni el tío Wes, ni I.O., mi padre y el de Clarence, hasta llegar a los últimos retoños de la estirpe: ni Clarence ni yo, fruto de lo que podría llamarse bigamia simultánea, ni

Virgil ni Vardaman ni Bilbo ni Byron ni Mink. Y ni siquiera menciono a Eck ni a Wallstreet ni a Almirante Dewey porque no nos pertenecen. Siempre he creído que la madre de Eck hizo algún trabajo nocturno no programado nueve meses antes de que Eck naciera. De manera que la única verdadera puta que tuvimos no fue en absoluto puta sino santa y mártir, y el único hijo de puta técnicamente verdadero, auténtico, inmaculado, indiscutible que hemos producido jamás no era siquiera un Snopes.

CINCO

Después de que saliera su sobrino, el alcaide dijo: —Siéntate —Mink lo hizo—. Ha salido en el periódico —añadió el alcaide. Lo tenía delante, doblado sobre el escritorio:

TRATA DE EVADIRSE disfrazado de mujer

Parchman, Miss. 8 de septiembre de 1923. M. C.

«Mink» Snopes, del condado de Yoknapatawpha, sentenciado a cadena perpetua por homicidio...

—¿Qué quiere decir la «C» de tu nombre? —dijo el alcaide con tono de voz casi amable—. Todos creíamos que sólo te llamabas Mink. Eso fue lo que nos dijiste, ¿no es cierto?

—Sí —dijo—. Mink Snopes.

—¿Qué significa la «C»? En el periódico dice M. C. Snopes.

—Ah —respondió Mink—. Nada. Sólo M. C. Snopes, como I. C. Railroad. Fueron esos jóvenes del periódico que estuvieron el otro día en el hospital. No hacían más que preguntarme por mi nombre, y cuando contesté que Mink, dijeron que Mink no era un nombre sino un apodo. ¿Cómo se llama usted de verdad? De manera que dije M. C. Snopes.

—Ah —dijo el alcaide—. ¿No tienes más nombre que Mink?

—Eso es. Mink Snopes.

—¿Cómo te llamaba tu madre?

—No lo sé. Murió. No recuerdo ningún otro nombre —se puso en pie—. Será mejor que me vaya. Probablemente me están aguardando.

—Espera —dijo el alcaide—. ¿No sabías que no iba a funcionar? ¿No sabías que no lo conseguirías?

—Me lo dijeron —respondió—. Estaba advertido —siguió de pie, sin moverse, sosegado, pequeño y frágil, el rostro un poco inclinado, caviloso, paciente, casi como si sonriera débilmente— No debería haberme engañado para que me pillaran con el vestido y el gorro —dijo—. Yo no se lo hubiera hecho a él.

—¿Quién? —preguntó el alcaide—. ¿No te refieres a...? ¿Es primo tuyo?

—¿Montgomery Ward? —dijo—. Era nieto de mi tío. No. No es él —esperó un momento. Luego repitió—: Será mejor...

—Hubieras quedado libre dentro de cinco años —dijo el alcaide—. Sabes que probablemente te añadirán otros veinte.

—También me advirtieron eso —dijo Mink.

—Está bien —dijo el alcaide—. Ya te puedes ir.

Esta vez fue él quien vaciló, se detuvo.

—Supongo que no llegó usted a averiguar quién me mandó los cuarenta dólares.

—¿Cómo quieres que me enterase? —dijo el alcaide—. Te lo expliqué entonces.

Todo lo que decía era De parte de un amigo.

—Era Flem —dijo Mink.

—¿Quién? —preguntó el alcaide—. ¿El primo del que me dijiste que se negó a ayudarte después de que mataras a aquel hombre? ¿Del que dijiste que te podía haber salvado si hubiera querido? ¿Por qué iba a mandarte cuarenta dólares al cabo de quince años?

—Era Flem —dijo Mink—. Se lo puede permitir.

Además, nunca ha perdido dinero por culpa mía. Pero por entonces estaba empezando a apretarle los tornillos a Will Varner y quizá se imaginó que no podía arriesgarse a tener nada que ver con una muerte, aunque se tratara de su primo carnal. Pero preferiría que no hubiera utilizado el vestido y el gorro. No tenía que haber hecho eso.

Estaban recogiendo el algodón; todos los condados algodoneiros de Mississippi estarían ya entrenando a sus campeones, los mejores y más rápidos cosechadores, para competir con los de Arkansas y de Missouri por el campeonato del Valle del Mississippi. Pero él no estaría. En el penal no habría nunca ningún campeón de nada, porque allí sólo llegaban los fracasados: los que fracasaban al matar, al robar y al mentir. Se acordó de cómo al principio echaba la culpa de que lo hubieran atrapado a su mala suerte, pero ahora estaba ya mejor informado: no existen ni la mala ni la buena suerte; o se nace campeón o se nace fracasado, y si él hubiera nacido campeón, Houston no sólo no hubiera podido, no se hubiera atrevido a humillarlo como lo había hecho con motivo de aquella vaca hasta el punto de tener que matarlo; algunas personas nacen para fracasar y para que los atrapen siempre; algunas personas nacen para creer las mentiras de otros, y él era uno de ellos.

La cosecha fue excelente, una de las mejores que recordaba, como si todo hubiera funcionado perfectamente: las estaciones; el viento, el sol y la lluvia para que germinara; y el intenso y prolongado calor del verano para que creciera y madurase. Como si allá por la primavera la tierra misma hubiera dicho: *Está bien; por una vez vamos a unirnos en lugar de pelearnos*; la tierra, enemigo jurado y contrincante a muerte de todos y cada uno de los arrendatarios y aparceros; la tierra dura e implacable que gastaba su juventud y sus aperos de labranza y luego acababa también con su cuerpo. Y no sólo con su cuerpo, sino también con el otro, suave y misterioso, que tocó por primera vez con asombro y reverencia e incrédula emoción la noche de bodas, consumido ya hasta alcanzar tal dureza como de cuero, y que la mitad del tiempo, casi todo el tiempo más bien, estaba demasiado quebrantado por el cansancio para recordar siquiera que era el cuerpo de una hembra. Y no sólo los de ellos dos, también los de sus hijas, las dos chicas a las que se veía crecer y se podía adivinar lo que reservaba el futuro para aquella tierna y mágica inocencia; por eso no tenía nada de extraño que un hombre contemplara aquel cuadrado de tierra irreconciliablemente hostil al que estaba atado y encadenado para el resto de su vida y le dijera: *Me tienes atrapado; me agotarás porque eres más fuerte que yo, hecho únicamente de carne y*

hueso. No te dejo porque no me lo puedo permitir, y tú lo sabes. Yo y lo que era la pasión y el entusiasmo de mi juventud hasta que acabaste con la juventud y yo me olvidé de la pasión estarán aquí el año que viene con los hijos de nuestra pasión por ti para acercarnos cada vez más a la tumba, y eso también lo sabes; y al año siguiente, y al otro, y también eso lo sabes. Y no sólo yo, sino toda la especie de arrendatarios y aparceros que han inmolado juventud y esperanza sobre quince o veinte o veinticinco hectáreas que nadie trabajaría, excepto los de nuestra especie, porque eres lo único que tenemos. Pero te podemos quemar. Todos los años a finales de febrero o primeros de marzo prendemos fuego a tu superficie hasta que todo lo que se ve de ti está abrasado y negro, y no hay absolutamente nada que puedas hacer para evitarlo. Acabas con nuestros cuerpos, debilitas nuestros sueños y destrozas nuestros estómagos con el tocino y la harina de maíz y la melaza que es todo lo que nos permites comer, pero todas las primaveras volvemos a prenderte fuego y eso también lo sabes.

Ahora era distinto. Ya no poseía la tierra que trabajaba; se refería por supuesto a la parte de la cosecha que corresponde al arrendatario o al aparcerero. Ahora lo que la tierra producía o dejaba de producir —abundancia o desastre, inundación o sequía, algodón a diez centavos o a dólar la libra— no suponía ya ni un ápice de diferencia. Porque ahora (habían pasado los años; quedaba a su espalda aquél en que habría recobrado la libertad si no se hubiera dejado convencer por su sobrino para intentar aquella locura que cualquiera habría sabido —lo sabía incluso el estúpido abogado joven que le obligaron a aceptar en el juicio cuando él, Mink, habría llevado el caso mucho mejor; el abogado que no tenía ni una pizca de sentido común, pero que se lo dijo e incluso cuál sería el resultado— que no sólo no podía salir bien, sino que ni siquiera se pretendía que saliera bien) había descubierto algo de repente. Las personas de su especie nunca habían poseído, ni siquiera momentáneamente, la tierra que creían haber arrendado desde un día de año nuevo hasta el siguiente. Era la tierra misma quien los poseía, y no desde una sementera hasta la recolección sino a perpetuidad; no el propietario, el terrateniente que los desalojaba de un arriendo miserable en noviembre, poniéndolos en la carretera para buscar desesperadamente hasta encontrar otro, igualmente miserable, a tres quilómetros o a quince, o a tres o a quince condados de distancia, antes de que hubiera que sembrar en marzo la cosecha siguiente, sino la tierra, la tierra misma, trasladando su indigencia y su pobreza sin esperanza de un arrendamiento a otro, símbolos de su esclavitud, como hace una familia o un clan con un primo segundo completamente arruinado.

Todo eso era ya el pasado. Mink no pertenecía ya a la tierra, ni siquiera de aquella manera tan estéril. Pertenecía al gobierno, al estado de Mississippi. Podía rastrillar la tierra de aquí para allá entre hileras de algodón un año y otro año, y, aunque no creciera nada, las cosas no cambiarían en absoluto para él. Ahora ya no tenía que ir todos los sábados por la mañana al almacén del terrateniente para pelearse con él por cada gramo de carne de mala calidad y por la harina y la melaza y el bote de rapé que

era la única orgía de despilfarro que él y su mujer se permitían. Tampoco tenía que batallar con el terrateniente por cada mezquino saco de fertilizante, ni recoger luego la pobre cosecha que se resentía de tanta tacañería para volver a pelearse con el amo por la parte insuficiente y mezquina que le correspondía. Todo lo que tenía que hacer era no dejar de moverse; el guardián que le vigilaba rifle en ristre no sabía si brotaba algo de la tierra que trabajaba, ni tampoco le importaba, como no le importaba a él; su única preocupación era que no dejara de moverse. Al principio se avergonzó, desconcertado y aterrorizado ante la idea de que los otros descubrieran que pensaba así; hasta que un día supo (no podría decir cómo) que todos los demás pensaban lo mismo; que, si se disponía del tiempo suficiente, Parchman producía en todos ellos el mismo resultado, y Mink pensaba, con una especie de asombro reflexivo *Así es, un hombre se puede acostumar a cualquier cosa, incluso a estar en Parchman, con tal de que disponga del tiempo suficiente.*

Pero Parchman sí cambiaba la manera en que las personas miraban lo que veían después de llegar a Parchman. No cambiaba lo que ese individuo traía consigo. Sólo hacía más fácil el recuerdo, porque Parchman le enseñaba a esperar. Recordaba cómo aquel día, incluso mientras el juez todavía le estaba diciendo «Cadena perpetua» desde lo alto del estrado, y aún creía que Flem aparecería para salvarle, hasta que finalmente se dio cuenta de que no iba a hacerlo, de que nunca se había propuesto hacerlo, estuvo a punto de decirlo en voz alta: *Déjenme el tiempo suficiente para llegar a Frenchman's Bend o a dondequiera que esté y luego diez minutos más, y después volveré aquí y podrán ustedes colgarme si es eso lo que quieren.* Y cómo incluso cuando Flem utilizó a aquel sobrino —¿cómo se llamaba? Montgomery Ward — para convencerlo de que intentara escaparse con un vestido de mujer y un gorro y le añadieron veinte años a la sentencia, tal como le había advertido que lo harían aquel abogado joven tan estúpido, e incluso mientras se peleaba con los cinco guardianes seguía diciendo lo mismo: *Déjenme el tiempo suficiente para llegar a Jefferson y luego diez minutos más y volveré sin que tenga que traerme nadie y podrán ustedes colgarme.*

Ahora ya no pensaba cosas así porque había aprendido a esperar. Y mientras esperaba descubrió que estaba escuchando y también oyendo; que estaba al tanto de lo que pasaba, simplemente escuchando y oyendo, mejor incluso que si hubiera estado en Jefferson, porque así todo lo que tenía que hacer era vigilarlos sin estar también obligado a preocuparse de ellos. Su mujer, según le decían, después de volver con su gente había muerto, y sus hijas también se habían marchado, chicas mayores ya, y probablemente alguien de Frenchman's Bend o sus alrededores sabría a dónde. Y Flem, convertido en hombre rico y presidente del banco, vivía en una casa que había reconstruido, y que, según decían, era tan grande como la estación de Memphis, con Linda, la bastarda de la hija del viejo Will Varner, que después de marcharse y casarse, había estado con su marido en otra guerra que tenían en España y una bomba o una bala de cañón o algo parecido estalló y mató al marido, dejándola

a ella completamente sorda. Y ahora había vuelto a casa, viuda, y vivía con Flem, los dos solos en la enorme casa, y había quien aseguraba que no oía siquiera los truenos, aunque el resto de la gente de Jefferson no se interesaba mucho por ella, porque ya estaba metida en una escuela dominical para negros y también decían que estaba mezclada en algo llamado comunismo, a lo que su marido había pertenecido; y que de hecho los dos luchaban del lado de los comunistas en aquella guerra cuando sucedió lo que sucedió.

Flem había dejado ya muchos años a la espalda. Los dos los habían dejado. Cuando saliera en 1948, tanto él como Flem serían ancianos. Quizá podría incluso no encontrarlo vivo, o él mismo podía morir antes de que lo pusieran en libertad; y Mink recordaba cómo en otro tiempo también eso lo volvía loco: que Flem pudiera morir, bien de muerte natural, o por mano de alguien que quizá esta vez no fuera de segunda clase, condenado a fracasar y a que lo cogieran, y a Mink le parecía que no podría soportarlo; él, que no había pedido justicia, dado que la justicia era sólo para los mejores, para los campeones, pero que sí estaba convencido de que, por lo menos, un hombre tiene que contar con una posibilidad, que todo el mundo tiene derecho a una oportunidad. Pero también eso había pasado ya, incorporado, sumergido por la simple espera; en 1948 Flem y él serían ancianos, y Mink dijo incluso en voz alta: «Es una pena que no podamos encontrarnos como dos ancianos que se sientan tranquilamente al sol o a la sombra, esperando a morir juntos, sin pensar en lo que hemos sufrido ni en ajustar cuentas, sin recordar siquiera nada relacionado con sufrimientos o heridas o angustia o venganza»; dos ancianos no sólo incapaces de hacer daño a nadie, sino incapaces de recordar sufrimientos o humillaciones, como si del dinero que Flem no necesitaba ya y que pronto nunca volvería a necesitar jamás, pudiera utilizarse la cantidad que fuese necesaria para suprimir, borrar y eliminar los cuarenta años que él, Mink, tampoco necesitaba ya y que muy pronto tampoco él, a su vez, echaría siquiera de menos. *Pero supongo que no pensó. Ninguno de los dos podemos ya cambiar nada. Ninguno de los dos puede dar marcha atrás.*

De manera que, por segunda vez, sólo le quedaban cinco años para ser libre, y ya había aprendido la lección que el estúpido abogado joven tratara de enseñarle treinta y cinco años antes. Eran once presos. Trabajaban y comían y dormían como una cuadrilla, un grupo compacto, y vivían (era verano) en una cabaña hecha de alambre, lona y tablas; esposados a una misma cadena iban a comer al refectorio, luego a los campos de trabajo; y, encadenados de nuevo, volvían a la cabaña para dormir. De manera que cuando proyectaron la evasión, los otros diez tuvieron que incluirlo en sus planes para evitar que lo revelara por simple inadvertencia. En realidad no querían hacerlo y dos de ellos nunca estuvieron de acuerdo, porque desde su intento fracasado dieciocho o veinte años antes siempre se le había conocido como una especie de apóstol autoproclamado de la doctrina de la no-evasión.

Así que cuando finalmente se lo dijeron, por la sencilla razón de que tenía que estar al tanto para proteger el secreto, tanto si se unía a ellos como si no, Mink dijo,

gritó:

—¡No! ¡Un momento! ¡Esperad! ¿No comprendéis que si cualquiera de nosotros trata de escaparse lo pagaremos todos y no pondrán en libertad a ninguno incluso después de que terminemos los cuarenta años...? —al llegar aquí se dio cuenta de que ya había hablado más de la cuenta. Pero cuando se dijo «Tengo que salir de esta cadena y alejarme de ellos» no se refería a que *si me quedo a oscuras con ellos en esta habitación y sin un guardián a mano, no volveré a ver la luz del día, sino simplemente tengo que ver al alcaide a tiempo, antes de que lo intenten esta misma noche, quizá, y nos hundan a todos.*

Pero también él tuvo que esperar la llegada de la oscuridad que temía, y a que se apagaran las luces y se diera por supuesto que todos se habían acostado y dormían, para que sus asesinos entraran en acción, porque sólo durante el alboroto del ataque, o a causa del mismo alboroto, existía la posibilidad de hacer llegar el aviso, el mensaje, a un guardián, y que le creyeran. Lo cual significa combatir la astucia con la astucia: permanecer rígido en su catre hasta que los otros iniciaran los falsos ronquidos que debían hacerle bajar la guardia, y seguir tenso, inmóvil y conteniendo la respiración para reconocer entre los ronquidos el sonido que anunciaría la navaja (o el palo o lo que fuera) que se abalanzaba, y girar entonces sobre sí mismo, tirarse del catre y, con otro giro desesperado más, meterse debajo, mientras los conjurados — ignoraba su número, dado que los falsos ronquidos atronadores más bien habían aumentado— se lanzaban sobre el vacío donde una fracción de segundo antes había estado su cuerpo.

—Agarradle —susurró uno, jadeando—. ¿Quién tiene la navaja?

Luego otra voz:

—La tengo yo. ¿Dónde demonios está? —porque él, Mink, no había hecho la menor pausa; otra vuelta desesperada sobre sí mismo y ya estaba fuera del catre, a cuatro patas entre las piernas que se agitaban, gateando, escabulléndose para alejarse lo más posible. La habitación se llenó de un alboroto de voces contenidas.

—Necesitamos una luz —dijo alguien—. Durante un segundo.

De repente Mink quedó suelto, libre; pudo ponerse en pie. Chilló, gritó: sin decir una palabra; tan sólo un intenso sonido humano.

—Ahí. Agarradlo —pero ya había saltado, para, haciendo carambola de un cuerpo invisible a otro, seguir gritando, aullando sin pausa, incluso después de comprobar que ya veía, que el aire más allá de las paredes de lona no sólo estaba lleno de reflectores sino del ulular de la sirena, él mismo rodeado, encerrado, entre los coléricos rostros silenciosos, iluminados un instante por encima de las medias paredes de tablas, a través de la malla de alambre, para desaparecer en seguida con celeridad de peces; una vez Mink vio incluso brillar la navaja por encima de su cabeza mientras se zambullía, arrojándose entre la oleada de piernas, tratando de ocultarse bajo un catre, cualquier catre, bajo algo que se interpusiera en el camino de la navaja, aunque ya era demasiado tarde, también ellos lo veían. Desapareció debajo

de todos. Pero también era demasiado tarde para sus perseguidores; la luz deslumbrante e inquisitiva de los reflectores y el bramido de la sirena parecían concentrar todo su peso sobre la endeble caseta destartada llena de hombres que maldecían. Luego aparecieron los guardianes entre ellos, golpeando cabezas con culatas de revólveres y cañones de rifles, y sacándolos fuera hasta que apareció Mink en el suelo, apaleado y sangrando, pero esta vez sin haber perdido el conocimiento. Había logrado incluso, mediante una última desesperada contorsión y un último giro, que la navaja que debiera haberlo atravesado, temblara, clavada en el suelo junto a su garganta.

—Le ha faltado un pelo —le dijo al guardián—. Pero parece que lo hemos conseguido.

Aunque no del todo. Como estaba otra vez en la enfermería sólo se enteró después de que la noche siguiente dos de ellos —Stillwell (el dueño de la navaja), un jugador que le había cortado el cuello a una prostituta de Wicksburg, y otro, los dos que no querían informar a Mink de lo que tramaban y proponían en cambio matarlo sin contemplaciones— intentaron fugarse de todos modos, aunque sólo Stillwell escapó, ya que al otro le voló la cabeza de un tiro uno de los guardianes.

Y a continuación el alcaide lo llamó de nuevo a su despacho. Esta vez sólo había necesitado algunos vendajes y no hubo que darle puntos; a sus agresores les había faltado tiempo, y no tenían más armas que los pies y los puños, si se exceptúa la navaja de Stillwell.

—Era Stillwell el que tenía la navaja, ¿no es cierto? —le preguntó el alcaide.

No habría sabido explicar por qué no dijo que sí.

—No vi quién la tenía —respondió—. Supongo que sucedió todo demasiado de prisa.

—Eso es lo que parece que piensa Stillwell —dijo el alcaide. Cogió del escritorio un sobre abierto y una cuartilla de papel rayado de mala calidad, doblada una o dos veces, y se la tendió—. Ha llegado esta mañana. Perdona. Ya no me acordaba de que sólo sabes leer la letra impresa.

Mink asintió, y el alcaide desdobló la cuartilla.

—La echaron ayer al correo en Texarkana. Dice así: «Tendrá que explicar Jake Barron» (el otro preso, al que el guardián había matado de un tiro) «a alguien algún día, de manera que cuídelo bien. Cuídelo bien y no se descuide, porque todavía quedamos algunos dentro del penal.» —El alcaide metió la carta en el sobre después de doblarla, la puso en el cajón y lo cerró—. Así que ya lo sabes. No puedo permitir que andes suelto por la cárcel, donde cualquiera de ellos podría acabar contigo en cualquier momento. Sólo te quedan cinco años; aunque no los detuviste a todos, es probable que con una recomendación mía el Gobernador te dejara en libertad mañana. Pero no puedo hacerlo porque Stillwell te mataría.

—Si el capitán Jabbo (el guardián autor del disparo) hubiera matado también a Stillwell, ¿me dejaría volver a casa mañana? —preguntó—. ¿No puede usted

averiguar dónde está gracias a la carta, y mandar al capitán Jabbo a donde sea?

—¿Quieres que mate a Stillwell el mismo hombre que impidió que Stillwell te matara a ti hace dos noches?

—Mande a otro en ese caso. No me parece justo que él se vaya y yo tenga que quedarme aquí otros cinco años —luego añadió—. Da lo mismo. Quizá teníamos aquí un campeón, después de todo.

—¿Campeón? —dijo el alcaide—. ¿Un qué aquí? —pero Mink no respondió. Y por primera vez empezó a contar los días y los meses que le faltaban. No lo había hecho nunca; no lo hizo durante los primeros veinte años de la condena, ni tampoco con los que le añadieron después de que Montgomery Ward le hiciera ponerse el vestido de mujer y el gorro para el sol. Porque la culpa era exclusivamente suya; cuando se acordaba de Flem lo hacía con rencorosa admiración, casi con el orgullo de que los dos llevaran la misma sangre; en esos casos pensaba, decía en voz alta, incluso sin envidia: «Vaya con Flem Snopes. No hay quien le gane. No hay nadie en Mississippi ni en los Estados Unidos y América todos juntos que sea capaz de ganar a Flem Snopes».

Pero esto era diferente. Después de tratar de escapar y de fracasar, había aceptado los veinte años suplementarios de condena sin protestar; había pasado quince no sólo no tratando de escapar, sino que se había jugado la vida para desbaratar los planes de otros diez que querían hacerlo: le habrían dejado en libertad al día siguiente para recompensarlo, pero un guardián experto con un rifle en la mano había permitido que uno de los diez conspiradores escapara. De manera que aquellos cinco últimos años no le correspondían ya. Había cumplido sus cuarenta años de buena fe; no era culpa suya que sólo sumaran en realidad treinta y cinco, por lo que los últimos cinco resultaban ser el regalo de un benefactor cruel y hasta un tanto payaso.

Aquellas Navidades alguien se encargó de jalonar por él la lenta disminución del tiempo de cárcel que le quedaba. Se recibió una felicitación, con matasellos mexicano, dirigida a Mink Snopes, pero para entregar al alcaide, quien le informó de su contenido; los dos conocían el nombre del remitente: «Sólo cuatro años. No queda tanto como crees». En la fiesta de San Valentín, día de los enamorados, recibió, una felicitación de fabricación casera: el basto papel rayado mostraba, dibujado al parecer con un lapicero rojo de carpintero o de leñador, un tosco corazón contra el que disparaba un revólver.

—¿Ves? —le dijo el alcaide—. Incluso aunque hubieran pasado tus cinco años...

—Ya no son cinco —dijo Mink—, sino cuatro años, seis meses y diecinueve días. ¿Quiere decir que ni siquiera entonces me dejará salir?

—¿Y que te maten antes incluso de que llegues a casa?

—Mande a buscarlo y que lo cojan.

—¿Mandar a dónde? —dijo el alcaide—. Supón que hubieras salido de la cárcel y no quisieras volver y supieras que yo me proponía encerrarte de nuevo. ¿A dónde tendría que mandar a alguien para que te cogiera?

—Entiendo —dijo Mink—. De manera que no hay nada que puedan hacer los seres humanos.

—Sí —dijo el alcaide—. Dale tiempo y hará algo que obligue a la policía de algún sitio a capturarlo.

—Tiempo —dijo Mink—. Supongamos que un hombre no dispone de tiempo para depender del tiempo.

—Al menos te quedan cuatro años, seis meses y diecinueve días antes de tener que empezar a preocuparte.

—Sí —dijo—. Tendrá todo este tiempo para trabajar.

Las Navidades siguientes se recibió otra postal con matasellos mexicano: «Tres años sólo. No falta ni mucho menos tanto tiempo como crees». Mink no se movió, frágil y pequeño y duradero, con su uniforme a rayas, la cabeza un poco inclinada, tranquilo.

—Aún en México, por lo que veo. Tal vez Él lo mate allí.

—¿Cómo? —preguntó el alcaide—. ¿Qué has dicho?

Mink no contestó. Se limitó a seguir donde estaba, tranquilo, caviloso, sereno.

—Antes de que tuviera el problema de aquella vaca con Jack Houston —dijo al cabo de un momento—, cuando todavía era un muchacho, iba a la iglesia los domingos y también a la oración en común de los miércoles con la señora que me crió hasta que...

—¿Quiénes eran? —preguntó el alcaide—. Dijiste que tu madre había muerto.

—Él era un cerdo. Ella no era familia mía; sólo su mujer... Todos los domingos hasta que...

—¿Se llamaba Snopes? —preguntó el alcaide.

—Era mi padre. Hasta que fui lo bastante mayor para cansarme de Dios como se hace cuando uno se cree muy mayor y piensa que no necesita nada de nadie. Luego, cuando usted me dijo que al impedir que se escaparan nueve de los diez presos no añadía cinco años al tiempo que ya había cumplido, pensé que no tenía intención de soltarme en absoluto y me retracté.

—¿Te retractaste? —dijo el alcaide—. ¿Y ante quién te retractaste?

—Me retracté ante Dios.

—¿Quieres decir que has vuelto a la iglesia a partir de aquella noche de hace dos años? No; no es verdad que hayas vuelto. No has entrado nunca en la capilla desde que llegaste aquí allá por 1908 —lo que era completamente cierto. Aunque ni al actual alcaide ni a su predecesor les había sorprendido en realidad. Contaban con que Mink se integrara, concretamente, en uno de los feroces grupitos o camarillas (los miembros de éste se hacían llamar los Accionistas de Jehová), violentos, irreconciliables, inconformistas, contra todo y contra todos, que probablemente coexisten con las habituales instituciones religiosas carcelarias en todas las penitenciarías rurales del Sur, presididos por dirigentes autoconsagrados que han llegado a la cárcel siguiendo un modelo que, curiosamente, siempre se repite: la

condena por delitos relacionados con la clase media y la respetabilidad, originados en el marco del hogar o por lo menos del matrimonio: bigamia, arramblar con los fondos de la secta por una mujer: la propia o la de otro o, sólo de cuando en cuando, en algún caso desesperado, una prostituta profesional.

—No necesité de ninguna iglesia —dijo Mink—. Lo he hecho en confidencia.

—¿En confidencia? —preguntó el alcaide.

Sí —dijo Mink, casi impacientándose—. A Dios no hace falta escribirle ninguna carta. Ya ha visto lo que hay en tu interior mucho antes, y no necesitaría molestarse en leerla. Porque con el paso del tiempo cualquiera se hace más sensato incluso fuera de la cárcel. Pero aquí se aprende más de prisa. Si para que intervenga en tu favor un Juez suficientemente poderoso, todo lo que se te pide es esperar y aceptarlo, eres un estúpido si no lo aceptas.

—De manera que Dios se ocupará de Stillwell por ti —dijo el alcaide.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene Dios contra mí?

—El quinto no matar —dijo el alcaide.

—¿Por qué Dios no le dijo eso a Houston primero? Sólo fui hasta Jefferson para comprar cartuchos, aunque tuviera que dormir en un banco de la estación, cuando Houston me obligó a hacerlo.

—Vivir para ver —dijo el alcaide—. En cualquier caso saldrás de aquí dentro de tres años, pero si estuviera en mi mano te marcharías ahora, hoy mismo, antes de que lo que quiera que sea que te pone en marcha empiece a mirarme frunciendo el entrecejo. No quiero pasarme los años que me queden de vida pensando siquiera que alguien abriga acerca de mí el tipo de esperanzas que tú abrigas acerca de las personas que te estorban. Ya puedes irte. Vuelve al trabajo.

De manera que cuando el alcaide lo mandó llamar en octubre, sin que fuera, hasta donde se le alcanzaba, ni la fiesta de San Valentín ni el mes en que se mandan las felicitaciones de Navidad, no se sorprendió. El alcaide estuvo mirándolo durante quizá medio minuto, con una expresión en los ojos no sólo de pasmo sino respetuosa incluso, y a continuación dijo:

—Que me aspen —esta vez era un telegrama—. Lo manda el jefe de la policía de San Diego, California. Había una iglesia en el barrio mexicano. Dejaron de usarla como iglesia, porque tenían otra nueva o algo parecido. El caso es que ya no era lugar sagrado, y ni siquiera la policía sabe muy bien qué era lo que pasaba allí desde entonces. La semana pasada se vino abajo. No saben por qué: se derrumbó de repente. Encontraron dentro a un individuo: lo que quedaba de él. Eso es lo que dice el telegrama: «Identificado por el F.B.I. mediante huellas dactilares su preso número 08213 Shuford H. Stillwell» —el alcaide dobló el telegrama, volvió a meterlo en el sobre y lo guardó en el cajón—. Háblame otra vez de esa iglesia a la que dijiste que solías ir antes de que Houston te obligara a matarlo.

Mink no respondió. Se limitó a respirar muy hondo y a expulsar el aire.

—Me puedo marchar ya —dijo—. Ser libre.

—No en este mismo instante —dijo el alcaide—. Se necesitará un mes o dos. Hay que preparar la petición de gracia y enviarla al gobernador, que, después, solicitará mi opinión. Y finalmente firmará el indulto.

—¿La petición?

—La ley te mandó aquí —dijo el alcaide—. Tendrás que salir como establece la ley.

—Una petición —dijo.

—Que redactará un abogado a solicitud de tu familia, y en la que se pedirá al gobernador que conceda el indulto. Tu mujer..., es verdad: ha muerto. Una de tus hijas, en ese caso.

—Lo más probable es que a estas alturas se hayan casado y se hayan ido.

—Está bien —dijo el alcaide—. ¡Qué demonios, es como si ya hubieras salido! Tu primo, no sé qué cargo tiene, el que está en Jackson en la legislatura..., ¡Egglestone Snopes, el que perdió las elecciones para el Congreso hace dos años!

Mink no se movió, la cabeza un tanto inclinada.

—En ese caso imagino que seguiré aquí hasta el final —dijo. Porque no podía explicarle a un extraño: *Clarence, el nieto de mi hermano mayor, se dedica a la política, y la política depende de los votos. Cuando salga de aquí no me dejarán votar. ¿Qué tengo yo para comprar el nombre de Clarence en esa petición?* Por lo que sólo quedaba el chico de Eck, Wallstreet, que nunca había dejado que nadie le dijera lo que tenía que hacer—. Supongo que pasaré con usted los tres años que me quedan —dijo.

—Escribe a tu sheriff —dijo el alcaide—. Yo te redactaré la carta.

—Hub Hampton, el que me mandó aquí, ha muerto.

—Tendrás un sheriff de todas maneras, ¿no es cierto? ¿Qué demonios te pasa? ¿Es que los cuarenta años que has pasado en el penal han hecho que te den miedo el aire libre y la luz del sol?

—Treinta y ocho el verano próximo —dijo Mink.

—Está bien, está bien. ¿Cuántos años tienes?

—Nací el año ochenta y tres.

—De manera que has estado aquí desde que tenías veinticinco.

—No lo sé. Nunca los he contado.

—Está bien —dijo el alcaide—. Vete. En cuanto me pidas que lo haga escribiré la carta a tu sheriff.

—Supongo que me quedaré aquí —dijo. Pero se equivocaba. Cinco meses después la petición estaba sobre el escritorio del alcaide.

—¿Quién es Linda Snopes Kohl? —dijo el alcaide.

Mink no se movió durante mucho tiempo.

—Su papá es un banquero muy rico de Jefferson. Su abuelo y el mío eran hermanos.

—Linda Snopes es la persona de tu familia que ha firmado la petición para que el

gobernador te indulte.

—¿Quiere usted decir que el sheriff mandó a buscarla para que firmase?

—¿Cómo iba a hacerlo? No me has dejado que escribiera al sheriff.

—Es cierto —dijo Mink. Se quedó mirando el papel que no era capaz de leer. Lo estaba viendo cabeza abajo, aunque eso tampoco importaba—. Enséñeme dónde han firmado para no dejarme salir.

—¿Cómo? —dijo el alcaide.

—Los que no quieren que salga.

—Ah; te refieres a la familia de Houston. No; aquí sólo están los nombres del fiscal del distrito que te mandó aquí, de tu sheriff, Hubert Hampton, hijo, y de V. K. Ratliff. ¿Es ése de la familia de Houston?

—No —dijo. Respiró de nuevo muy hondo y muy despacio—. Así que me puedo marchar.

—Y todavía hay algo más —dijo el alcaide—. Tu suerte no sólo se mantiene sino que se multiplica —pero de eso se ocupó a la mañana siguiente, después de que le dieran un par de zapatos, una camisa, un mono, un jersey y un sombrero, todo sin estrenar, además de un billete de diez dólares y los tres dólares y ochenta y cinco centavos que todavía le quedaban de los cuarenta que Flem le mandara dieciocho años antes, y el alcaide dijo—: Hoy está aquí un ayudante de sheriff con un preso de Greenville. Se marcha esta noche. Por un dólar te llevará hasta el extremo del puente para entrar en Arkansas, si es que quieres ir por ese camino.

—Muy agradecido —dijo Mink—. Pero voy a pasar por Memphis primero. Tengo que ocuparme allí de un asunto.

Probablemente le costaría los trece dólares y ochenta y cinco centavos comprar un revólver incluso en una casa de empeño de Memphis. Había planeado hacer el viaje hasta allí en un tren de mercancías, escondiéndose debajo de un furgón o en el espacio entre dos, como había hecho una o dos veces en su adolescencia y juventud. Pero tan pronto como salió del recinto del penal descubrió que le daba miedo. Había estado encerrado demasiado tiempo y ya no se acordaba de cómo hacerlo; quizá sus músculos habían perdido la agilidad y la coordinación, la sencilla y veloz temeridad llena de audacia ante el riesgo corporal. Luego pensó en esperar la oportunidad de trepar sin peligro a un furgón vacío, y descubrió que tampoco, se atrevía a eso, que en treinta y ocho años tal vez había olvidado incluso las reglas tácitas de la francmasonería de los delincuentes de poca monta y que sólo advertiría su equivocación cuando ya fuese demasiado tarde.

De manera que se situó junto a la carretera asfaltada que, cuando sus pies la pisaron por última vez treinta y ocho años antes, ni siquiera era de grava: tan sólo de tierra apisonada, con las huellas de las mulas y de las llantas de hierro de los carros; ahora, en cambio, tanto al mirarla como cuando uno se arriesgaba a pisarla a pesar de los coches y de los camiones que la recorrían a toda velocidad, daba la sensación de ser tan lisa y dura como el suelo de una casa. En los viejos tiempos cualquier carreta

se hubiera detenido sin otra indicación que su gesto de levantar la mano. Pero los vehículos que veía ya no eran carretas, de manera que tampoco sabía cuáles podrían ser las nuevas reglas para estos casos; de hecho, si hubiera sabido que podía hacer algo distinto de lo que estaba haciendo lo habría hecho, en lugar de quedarse parado, frágil e inofensivo y no mucho más voluminoso que un niño, con su mono y su jersey nuevos a los que todavía se les notaban los dobleces de la tienda, y los zapatos y el sombrero también nuevos, hasta que el camión redujo la velocidad al acercársele, se detuvo y el conductor le dijo:

—¿Adónde va, abuelo?

—A Memphis.

—Yo voy a Clarksdale. Allí podrá encontrar a otro que lo lleve; las mismas posibilidades que aquí.

Había empezado el otoño y estaban casi en octubre; Mink descubrió algo cuya existencia había olvidado durante sus treinta y ocho años en la cárcel: las estaciones. También pasaban por el penal, pero durante treinta y ocho años no había tenido con ellas otra relación que la de sufrirlas: a causa del calor y del sol en verano, tanto si quería trabajar en las horas más calurosas del día como si no, y de la lluvia y del barro, tan frío como el hielo del invierno, tanto si quería salir como si no. Pero ahora le pertenecían de nuevo; octubre comenzaría la semana siguiente, aunque no había mucho que ver en aquella región llana del Delta que tan hostil le había parecido la primera vez que la viera desde la ventanilla del tren, treinta y ocho años atrás: tan sólo tallos de algodón y agujas de ciprés. Pero en las colinas de su patria chica toda la tierra sería oro y carmesí con los nogales americanos, los árboles de goma, los robles y los arces, y con los viejos campos, tibios de salvia y tachonados de zumaques escarlatas; en treinta y ocho años se había olvidado de todo eso.

Y de repente, en algún lugar en lo más profundo de su memoria había un árbol, un único árbol. Su madre, muerta; no la recordaba, ni tampoco cuántos años tenía él cuando se padre se casó de nuevo. De manera que la mujer no era de su sangre y nunca le dejó que lo olvidara: que lo estaba criando no por lazo familiar u obligación alguna, no porque fuera débil e indefenso y un ser humano, sino porque ella era cristiana. Y sin embargo había algo más detrás de aquello. Lo supo inmediatamente: una mujer flaca, acosada y desaseada, a la que recordaba siempre con un ojo morado o tratando de detener con un trapo la sangre que brotaba del sitio donde su marido la había golpeado. Porque Mink siempre podía contar con ella, no para que hiciera nada por él, porque en eso siempre fracasaba, pero sí en cuanto a la constancia, la de estar siempre allí y siempre al tanto de su presencia, rodeándolo siempre con aquel escudo que de hecho no lo protegía ni lo defendía contra nada, sino que, por el contrario, parecía en realidad atraer mayor dolor y sufrimiento. Sencillamente estaba allí, lacrimosa y hostigada, pero constante.

Aún seguía en la cama, mediada la mañana, cuando ya debería llevar horas inmolándose en las interminables y agobiantes tareas domésticas que llenaban sus

días. Nunca estaba enferma, de manera que sin duda su padre la había golpeado en aquella ocasión con más violencia de la que se proponía, y seguía en la cama hablando de comida: el tocino, la harina basta, la melaza que, por lo que Mink sabía, eran los únicos alimentos que la gente consumía, excepto cuando capturaban o mataban algo distinto; evidentemente había recibido el nuevo golpe en la región del estómago. «No lo puedo comer», gemía. «Necesito algo distinto que me guste. Quizá una ardilla». Mink lo comprendió ahora; ése era el árbol. Tuvo que robar la escopeta: su padre le hubiera pegado hasta matarlo casi; acarrear la incómoda arma de fuego, más alta que él incluso, hasta el bosque, el árbol, el nogal americano, esconderse debajo y encogerse, esperando, en el somnoliento esplendor de las primeras horas de una tarde de octubre, hasta que apareció el animalillo. Mink empezó a temblar inmediatamente (no tenía más que un cartucho) y eso también lo recordaba: el tremendo esfuerzo para alzar la pesada escopeta el tiempo suficiente, jadeando pegado a la culata, «Por favor, Dios, por favor», la sorpresa del culatazo al disparar y el humo de la pólvora negra, hasta que soltó el arma y corrió para recoger el cuerpecillo de piel sedosa todavía tibio con manos tan temblorosas y estremecidas que apenas lograban sujetarlo. Y las manos de ella, también temblorosas, mientras acariciaba la pieza cobrada. «La aderezaremos y la cocinaremos ahora mismo», dijo. «Nos la comeremos juntos ahora mismo». Aquel nogal americano había desaparecido, por supuesto, convertido, años atrás, en leña, en radios para ruedas de carretas o en balancines; quizá incluso el sitio mismo donde se alzaba habría desaparecido para convertirse en tierra de labranza, o al menos eso pensaban quienes lo habían talado y destruido. Pero Mink estaba mejor informado: en su recuerdo, y ya para siempre, libre del hacha, inviolable e inmune, dorado y espléndido como octubre. *Claro que sí pensó no se quiere volver a un sitio; ni siquiera hace falta que ese sitio exista ya. A lo que se anhela volver es a lo que se recuerda.*

De repente estiró el cuello para mirar por la ventanilla del camión.

—Se parece a... —y se detuvo. Pero ya era libre; que supiera todo el mundo dónde había estado por espacio de treinta y ocho años—... Parchman —dijo.

—Sí —respondió el camionero—. Es un campamento de P.D.G.

—¿Qué? —dijo Mink.

—Prisioneros de guerra.

—¿De guerra?

—¿Dónde ha pasado los últimos años, abuelo? —le preguntó el camionero—. ¿Durmiendo?

—Estuve fuera —dijo Mink—. Recuerdo una guerra contra los españoles cuando era niño, y después de esa hubo otra contra los alemanes. ¿Contra quién era esta vez?

—Contra todo el mundo —el camionero lanzó una maldición—. Alemanes, japoneses, también contra el Congreso. Luego pararon. Si nos hubieran dejado dar una paliza a los rusos, a lo mejor nos habríamos quedado tranquilos. Pero se merendaron a los teutones y a los amarillos y luego decidieron ahogar a todos los

demás con dinero.

Mink pensó *Dinero*.

—Si tuvieras veinticinco dólares —dijo— y encontrases treinta y ocho más, ¿cuánto dinero tendrías?

—¿Qué? —dijo el camionero—. Ni siquiera me pararía para coger treinta y ocho dólares. ¿Qué demonios es lo que me está preguntando? ¿Me quiere decir que tiene sesenta y tres dólares y que no sabe que hacer con ellos?

Sesenta y tres pensó. Así que son esos los años que tengo. Calmosamente pensó *Justicia, no; nunca he pedido eso; sólo equidad, eso es todo.* Eso era todo; no pedía tener nada a su favor; tan sólo no tener nada en contra. Eso era todo lo que quería y, efectivamente, esa era la situación.

Linda

SEIS

V. K. Ratliff

—¿Es que no vas a ir a la estación? —dijo Chick. El abogado ni siquiera levantó la vista, con la atención (la nariz al menos) enterrada en los documentos que tenía delante, como si no hubiera nadie más en la habitación—. No se trata sólo de una nueva chica que llega a la ciudad —continuó Chick—, sino de una veterana de guerra con heridas recibidas en la contienda. Bueno, quizá no sea una chica nueva. Tal vez no sea esa la palabra justa. De hecho tal vez «nueva» sea la palabra menos adecuada. No es una chica nueva en Jefferson, porque nació y se crió aquí. E incluso aunque en otro tiempo hubiera sido una chica nueva en Jefferson o en cualquier otro sitio, se trataría del pasado, porque por muy nuevo que se sea alguna vez en algún sitio, se deja de serlo automáticamente después de ir a España con un poeta de Greenwich Village para luchar contra Hitler. Es decir, no si se trata del tipo de poeta de Greenwich Village que consigue que una granada los haga saltar a los dos por los aires. Es decir, con tal de que seas una chica. De manera que digamos, por ejemplo, no sólo una vieja conocida que antes era una chica nueva y que vuelve a Jefferson, sino la primera chica de Jefferson, conocida o desconocida, que vuelve a casa después de que la hieran en la guerra. Soldados, sí; por supuesto que sí. Pero ésta es la primera mujer soldado que hemos tenido nunca, y muchos menos herida por el enemigo. Como es lógico no incluimos las violaciones, por la sencilla razón de que no estamos hablando de violación —su tío seguía sin moverse—. Creo que toda la ciudad en masa va a ir a la estación a recibirla. Por un simple motivo de interés, además de la lógica compasión: una muchacha que se marcha nada menos que a la guerra de España y todo lo que consigue a cambio es perder a su marido y que una granada le reviente los tímpanos. La señora Colé...

Ni siquiera entonces levantó la vista el abogado.

—Kohl —dijo.

—Eso es lo que he dicho —replicó Chick—. La señora Colé.

—K-o-h-l —dijo. Pero incluso antes de que lo deletreara, sonaba diferente de como Chick lo decía—. Su marido era escultor, no poeta. No lo mató una granada. Fue un aeroplano.

—Ah, bueno; todo se explica si no era más que escultor —dijo Chick—. Es lógico que un escultor no tenga la ligereza de pies de un poeta para esquivar ráfagas de ametralladora. Un escultor ha de estar mucho tiempo en el mismo sitio. Además, tal vez no era sábado y no llevaba el sombrero puesto.

—Iba en el aeroplano —dijo el abogado—. Lo derribaron y el aparato se estrelló y se incendió.

—¿Cómo? —dijo Chick—. ¿Un escultor de Greenwich Village llamado K-o-h-l iba de verdad en un aeroplano por donde podía derribarlo el enemigo? —miraba más o menos a lo alto de la cabeza de su tío—. No Colé —dijo—: K-o-h-l. Me preguntó por qué no se lo cambió. ¿No suelen hacerlo de ordinario?

El abogado cerró sin prisa la carpeta con los documentos, la dejó sobre el escritorio, echó hacia atrás la silla giratoria, se arrellanó y juntó las manos por detrás de la cabeza. En 1919, cuando volvió de Francia después de la guerra, ya empezaba a encanecerse el pelo, y ahora lo tenía prácticamente blanco. Tranquilo y sosegado, con la abundante cabellera, la llavecita de oro, que le dieron cuando estuvo en Harvard, colgada de la cadena del reloj, y una de las pipas de mazorca metida cabeza abajo en el bolsillo de la camisa como si fuera un lápiz o un palillo de dientes, estuvo mirando a Chick por lo menos durante medio minuto.

—Eso no lo aprendiste en Harvard —dijo—. Y yo creía que quizá después de pasar dos años en Cambridge ni siquiera lo advertirías cuando volvieras a Mississippi.

—Está bien —dijo Chick—. Lo siento —pero el abogado siguió mirándolo desde la silla con mucha calma—. Maldita sea —dijo Chick—. He dicho que lo siento.

—No lo sientes todavía —dijo el abogado—. Sólo estás avergonzado.

—¿No es lo mismo? —preguntó Chick.

—No —dijo el abogado—. Cuando sólo te avergüenzas de algo no lo aborreces. Sólo te molesta que te hayan pillado.

—Está bien, me has pillado —dijo Chick—. Me avergüenzo. ¿Qué más quieres? —el abogado ni siquiera tuvo que responderle—. Quizá no lo puedo evitar todavía, después de dos años en Harvard —dijo Chick—. Tal vez antes de ir allí he vivido demasiado tiempo entre lo que nosotros, la gente de Mississippi, llamamos blancos. No puedes avergonzarte de mí por lo que no supe a tiempo, ¿no es cierto?

—No tengo ningún motivo para avergonzarme de ti —dijo el abogado.

—Está bien —dijo Chick—, apenarte, entonces.

—Tampoco hay nada tuyo que me apene —dijo el abogado.

—Entonces, ¿a qué demonios viene todo esto? —dijo Chick.

De manera que un extraño que no hubiera vivido en Jefferson o en el condado de Yoknapatawpha hace diez o doce años podría haber creído que Chick era la parte interesada. No sólo lo bastante interesado para tener celos de su tío, sino lo bastante para tener celos incluso cuando el objeto o la manzana de la discordia no sólo no había vuelto aún a casa, sino que él mismo llevaba diez años sin verla. Lo que no sólo significaba que estaba celoso de alguien a quien no había visto desde hacía diez años, sino que además, cuando la vio por última vez, él no tenía más que doce o trece años y ella diecinueve, toda una mujer: una diferencia de edad que suponía una barrera infranqueable incluso después de añadirles tres o cuatro años, con tal de que, por supuesto, la chica fuese la de más edad de los dos. De hecho cualquiera pensaría que un chico de doce o trece años no está aún en condiciones de tener celos de adulto; que

aún no tiene suficiente combustible para alimentar el fuego de los celos y mantenerlo encendido mucho tiempo, o incluso poco, por una chica de diecinueve, o de cualquier otra edad entre los ocho y los ochenta, da lo mismo, si bien ¿qué edad tendría que tener antes de atreverse a correr el riesgo de carecer del combustible capaz de prenderse y arder? Exactamente, ¿qué edad mínima se necesita para seguir a salvo todavía un poco más, como diría el otro, de que, con una hebra de la cabellera de Lilith, te estrangulen el corazón tan a conciencia como el de cualquier otro hombre? O qué edad máxima, si vamos a eso. Además, esta vez, cuando Linda volviera, aunque seguiría siendo seis o siete años mayor, no tendría más que seis o siete años por encima de los veintidós o veintitrés en lugar de seis o siete por encima de los doce o los trece, y eso no es ya ningún obstáculo. Esta vez Chick no sería un espectador, inocente víctima infantil del lazo estrangulador, porque estaría allí luchando por derecho y el privilegio de que le echaran el lazo; y luchando no sólo por el derecho y el privilegio de que lo estrangularan, sino de que le sucediera antes que a nadie.

Que era exactamente lo que parecía estar tratando de hacer: pinchar y dar codazos a su tío, echando mano de cualquier palo, garrote o palabra hiriente que se ponía a tiro, como si aún tuviera doce o trece años o todavía menos, como por ejemplo el hecho de mencionar que el marido de Linda fuese judío, porque incluso a los doce años, si se hubiera parado el tiempo suficiente para pensar, habría comprendido que aquello ni siquiera llegaba a ser una paja de cierta entidad por lo que a su contrincante o rival del momento se refería.

Tal vez fue aquello —el ataque contra su tío por haber sido el principal responsable de mandar a Linda a Nueva York, donde ninguno de sus parientes o amigos podía cuidar de ella, debido a lo cual, inevitablemente, se había casado con un judío— lo que puso a Chick en evidencia. Como ni siquiera la había vuelto a ver, tampoco podía saber todo lo demás. Me refiero a saber que incluso a los doce años ya había acumulado todos los celos que pudiera necesitar a los veintidós o, si vamos a eso, a los ochenta y dos. Necesitaría volver a verla en carne y hueso para descubrir que tenía exactamente el mismo derecho que cualquier otro hombre para ser estrangulado hasta morir por aquella chica nueva que llegaba a la ciudad, y que ningún hombre, fuera quien fuese, iba a interponerse en su camino para salvarlo. Cuando ahora pensase en ella, tendría que recordar exactamente lo que aquel chico de doce o trece años había visto: no una muchacha sino una mujer hecha y derecha, con el mismo tamaño y forma que su mamá en líneas generales, y que pertenecía a la misma extraña raza humana de la que, excepción hecha de los chicos de doce años, formaba parte todo el mundo. Y una mujer que le habría parecido muchísimo menos interesante, si su tío no se hubiera detenido lo suficiente para mirarla y luego, por así decirlo, hubiera agarrado a Chick por el cogote y le hubiera obligado a fijarse también en ella por el procedimiento de ocuparle la mitad del tiempo libre que le quedaba después de terminar las clases llevando y trayendo recados para concertar las

citas del abogado con Linda en la heladería.

De manera que cuando Chick la recordase ahora, aún tendría que seguir viendo lo que había visto a los doce o trece años: *Demonios coronados, casi es tan condenadamente vieja como mamá*. Necesitaría mirarla con mucho cuidado de nuevo para ver lo que veía a los veintidós o veintitrés años: *Demonios coronados, aunque puede que sea un año o dos mayor que yo, no por eso es menos cierto que de los dos hombres soy yo*. De manera que tanto ustedes como el extraño habrían pensado que quizá hacía falta un chico de doce o trece años; que quizá sólo alguien de esa edad sería capaz de tener unos celos puros e inmaculados, lo que se podría llamar virginales, hacia un hombre de treinta con motivo de una muchacha de diecinueve o, si vamos a eso, de cualquier otra edad entre ocho y ochenta, de la misma manera que se necesita un chico de doce o trece para vivir la verdadera angustia y pasión y esperanza y desesperación del amor; ustedes y el extraño del que estamos hablando seguirían pensando todo esto hasta aquel último momento definitivo en el que Chick se puso en evidencia de la manera más tonta al aprovecharse de que el marido de Linda fuese judío además de poeta para atacar a su tío. Porque en ese momento hasta el extraño se habría dado cuenta de que Chick no estaba en absoluto arrojando aquel arma contra Linda: se la estaba arrojando a su tío; se habría dado cuenta de que no estaba celoso de su tío con motivo de Linda Snopes, sino de Linda con motivo de su tío. Y entonces incluso el extraño habría tenido que decirle a Chick con el pensamiento: *Quizá al principio no habías conseguido que me pusiera de tu parte, pero ahora ya no hay la menor duda de que estamos de acuerdo*.

Al menos si antes el extraño había hablado un poco conmigo. Porque yo me acordaba, había presenciado con mis propios ojos, aquel momento años atrás en que el abogado se inmiscuyó por primera vez en la trayectoria vital de Linda, como diría el otro. No me refiero a cuando el abogado pensó que la trayectoria de ella se confundía con la suya, ni incluso a cuando pensó que se fijaba de verdad en ella por primera vez. Porque Linda tenía ya doce o trece años para entonces, de manera que el abogado la conocía de toda la vida o por lo menos desde el año o los dos años, o cuando quiera que la gente empieza a sacar a sus hijos a la calle en cochecito o en brazos, y uno se fija por primera vez en que no sólo empiezan a parecer seres humanos, sino que incluso se parecen un poco a alguna familia o a personas concretas que conoce. Y en una ciudad pequeña como Jefferson, donde no sólo todo el mundo conoce a todo el mundo sino que todo el mundo ve a los demás por lo menos una vez cada veinticuatro horas tanto si quiere como si no, y exceptuando el tiempo que el abogado pasó en la guerra, lo más probable es que viera a Linda al menos una vez a la semana. Y no digamos nada en cuanto a saber, incluso antes de que pudiera reconocerla para acordarse, que era la hija de Eula Varner, y que todos los habitantes de Jefferson y del condado de Yoknapatawpha que habían visto antes alguna vez a Eula no podían por menos de mirar a su hija con algo muy parecido al asombro, como si fuera un monstruo en miniatura, dado que cualquiera, por lo menos los

varones, que habían visto a Eula alguna vez, no podían por menos de creer que toda aquella cantidad de mujer en un solo pedazo de tamaño normal no podía de ninguna manera ser fecundada por algo, en comparación, tan frágil e insignificante como un solo varón; que habría hecho falta concentrar a toda una generación de jóvenes para fecundar, como diría el otro, aquel espléndido —no: habría dicho magnífico— vientre.

Y no me refiero a cuando el abogado, de manera voluntaria, se tomó la molestia de encajar la trayectoria de Linda en unos cuantos años sobrantes de su vida, que fue lo que creyó que estaba haciendo. Me refiero a cuando Eula Varner miró por vez primera al abogado —o le dejó que la mirase por vez primera, como ustedes prefieran— y encajó el resto de su vida en la del primer vástago que ella tuviera, con tal de que fuese niña. Como cuando por fin uno ve a la mujer que debe ser suya para siempre, pero descubre que ya es demasiado tarde. Momento en que la mujer debería tener quizá dieciséis y uno no más de diecinueve (la edad del abogado cuando en realidad vio a Eula por vez primera; ella en cambio estaba desenfocada, puesto que ya, para empezar, tenía un año más que el abogado), y uno, al verla aquella primera vez entre todas, le dice al cabo de un momento: «Eres muy hermosa. Te quiero. No nos separemos nunca», y ella responde «Sí, por supuesto», sin darle mayor importancia: «Por supuesto que lo soy. Por supuesto que me quieres. Por supuesto que no nos separaremos». Sólo que ya es demasiado tarde. Aunque nunca es demasiado tarde ni nunca lo será, con tal de que, por muchos años que uno tenga, siga siendo aquel chico de diecinueve que le dijo a la chica de dieciséis en aquel particular momento que, entre todos los momentos, puede llamar suyo. Porque, ¿cómo podría ser alguna vez demasiado tarde para aquel chico de diecinueve? Porque, ¿cómo sería posible que la chica de dieciséis a la que uno tuvo que decirle aquello quede alguna vez mancillada, por muchos maridos que haya podido tener mientras tanto, con tal de que fuera precisamente ella la que tenía que contestar «por supuesto»? E incluso aunque lleve la prueba concreta de aquella violación en el vientre o incluso en brazos a plena luz del día o arrastrándola cogida del extremo de la falda, devolverles la virginidad a ella y al fruto de su vientre no supondría ningún esfuerzo especial para aquel chico de diecinueve, dado que, como es lógico, la chica de dieciséis no pudo en modo alguno ser fecundada por otra simiente que la suya, y me da lo mismo quién quiera presumir de haber sido el instrumento activo.

Excepto que el abogado tampoco sabía todo eso. Fundamentalmente porque estaba demasiado ocupado. Me refiero al día aquel en que Eula cruzó por primera vez la plaza de Jefferson donde no sólo el abogado sino también todo Jefferson tenía que verla. Aquella vez que se remonta a cuando Flem acabó definitivamente con el tío Billy Varner y con Frenchman's Bend y tuvo, por lo tanto, que trasladarse, y Jefferson era un sitio tan bueno como cualquiera, porque, como decía el otro, cualquier radio lleva más pronto o más tarde a la llanta. O, a decir verdad, quizá Jefferson fuera por el momento inevitable, si se tiene en cuenta que Flem acababa de desposeerme de mi

mitad del café del que Grover Winbush y yo éramos copropietarios, y dado que no había ningún sistema fácil, rápido y práctico de mandar a Grover a Frenchman's Bend, Flem tuvo sencillamente que hacer por lo menos una breve parada en Jefferson mientras expulsaba a Grover de su parte del café.

En cualquier caso el abogado la vio por fin. Y allí lo tuvimos, aceptando, no ya sólo a pecho descubierto sino prácticamente desnudo, aquel combate que no le ofrecía otra posibilidad que la de perderlo: el abogado, un soltero criado en ciudad que iba a necesitar una licenciatura de Harvard y un doctorado de Heidelberg para endurecerlo y ponerlo en condiciones de enfrentarse con la gente normal del condado de Yoknapatawpha a la que únicamente le interesaba quebrantar unas cuantas leyes molestas que le estorbaban o conseguir algún dinero gratis de los fondos del condado; y Eula Varner que nunca necesitó que la educaran en ningún sitio porque sólo con lo que el Señor ya le había dado dejándola ponerse en pie y respirar, y quizá andar un poco de vez en cuando, creaba suficientes problemas y peligros para todo varón que se le pusiera a tiro. El abogado tenía tantas posibilidades de ganar aquel combate como en el caso de las arañas, cuando la luna de miel concluye en el momento en que la hembra termina de comerse la última pata del macho. Cosa que probablemente también sabía el abogado, dado que ya tenía diecinueve años y había pasado uno en Harvard. Aunque incluso sin Harvard un muchacho de diecinueve debería saber eso al menos de las mujeres por simple instinto, como un niño o un animal sabe que el fuego está caliente sin tener que meter dentro la mano o el pie. Incluso cuando un chico de diecinueve dice «Eres muy hermosa y te quiero», hasta él mismo debería saber si es una chica de dieciséis o una tigresa quien le responde «Por supuesto».

En cualquier caso, allí estaba el abogado, lanzándose de cabeza a un combate en el que no sólo lo mejor que podía esperar y soñar sino que lo mejor que podía desear era perderlo, dado que perderlo sólo significaría dejarse algún trozo de piel aquí y allá. Abalanzándose sin otro arma que su capacidad para quedarse en los diecinueve el resto de su vida, para competir con aquel McCarron que no sólo le había puesto los cuernos antes incluso de que viera a Eula, sino que iba a seguir poniéndoselos bajo un apellido y figura diferentes cada vez, incluso después de que ya hubiera renunciado definitivamente. Porque quizá Flem nunca tuvo razones para elegir Jefferson como punto de destino; quizá para él cualquier radio era exactamente igual a otro, puesto que se proponía llegar a la llanta. O quizá simplemente no supo que tenía una razón para elegir Jefferson. O tal vez los hombres casados ni siquiera necesitan razones, dado que ya tienen esposa. O quizá sean las mujeres las que no necesitan razones, por la sencilla razón de que nunca han oído hablar de una razón y no la reconocerían aunque la tuvieran delante, dado que no funcionan a partir de razones sino de necesidades a las que nadie podría oponerse de ninguna de las maneras y a las que nadie que no fuera un estúpido trataría de oponerse en segundo lugar, y únicamente porque no sabría hacerlo mejor; no son las mujeres sino los hombres los que se toman la ignorancia en serio, y les asusta algo por la simple razón de que no saben lo que es.

De manera que no fue Grover Winbush y lo que podríamos llamar la otra mitad pendiente de mi café y de su café lo que trajo a Jefferson a la señora de Flem Snopes para que pudiera cruzar la plaza aquella tarde, fuera la que fuese, en que el abogado tenía que verla. Tampoco fue Eula. Fue el chico de los McCarron. Yo presencié parte de los acontecimientos y el resto me lo contaron. Porque a ocho kilómetros a la redonda del almacén de Varner apenas se habló de otra cosa aquella primavera, ya que fue el blanco indiscutible de, podríamos decir, todas las miradas de la zona de Frenchman's Bend, desde algún momento de marzo hasta el desenlace o melé que tuvo lugar poco más allá del puente del arroyo por debajo de la casa de Varner una noche de julio; el chico de los McCarron apareció aquel día en Frenchman's Bend como de la nada y sin avisar, como un puma en un aprisco, entre los Bookwright y los Binford y los Quick y los Tull que llevaban un año atando sus calesas y sus mulas de silla a la cerca de Will Varner. Como un macho salvaje salido del bosque que salta la cerca del huerto y pisotea sin miramientos, antes de que puedan pestañear y mucho menos taparse la cabeza, las pacíficas y domésticas zanahorias, calabazas y berenjenas que hasta aquel momento creían, o por lo menos esperaban, que la fortaleza virginal de Eula estaba siendo amenazada y atacada activamente. Probablemente —de hecho habían presumido hasta cierto punto en las reuniones locales— se consideraban potros sin domar hasta que el chico de los McCarron apareció aquel día de la nada, exactamente como un macho salvaje que sale del bosque, como si hubiera localizado a Eula a kilómetros e incluso a días de distancia en el aire áspero que no engaña, y viniera tan derecho como una flecha a donde ella esperaba, no a él concretamente, sino tal vez a cualquier poderoso macho salvaje que fuera lo bastante poderoso y lo bastante salvaje como para merecerla y emparejarse con ella.

Sí, señor. Como decía el otro, el gran macho: el macho salvaje que sale del monte con rabo tieso y ojos llameantes. Porque los Bookwright y los Quick y los Tull eran machos de buen tamaño, en lo que podríamos llamar la zona y reserva local de Frenchman's Bend, con tal de que los carteles que indicaban los límites no fueran ignorados por aquellos extranjeros libres y nómadas a quien nadie había invitado. De hecho eran bastante buenos a la hora de dar patadas e intentar sacarle un ojo al contrario con todo permitido y sin rencor después, en la amistad y camaradería más inocentes no sólo de unos con otros, sino también la misma amistosa disposición de toma y daca cuando era necesario confabularse y dar una lección a algún forastero llegado de seis u ocho o diez kilómetros de distancia que debería haberse quedado en casa, porque allí no se le había perdido nada, ni nadie lo necesitaba ni lo quería, y no tenía otra razón para presentarse que haber visto por casualidad a Eula en algún sitio o tal vez haber oído hablar de ella a alguien que la había visto dar diez o doce pasos. Así que aparecía con su calesa o su mula, para atarla también a la abarrotada cerca de Varner algún domingo por la noche, y luego, ya de vuelta a casa, cuando se acercaba inocentemente al bosquecillo de árboles de goma y falsos cipreses junto al

sitio donde el camino cruzaba el puente por encima del arroyo, con la cabeza aún repleta de ensueños relativos a la hija de Varner, la unificada corporación salía del bosquecillo, lo atacaba por sorpresa hasta descabalarlo; luego lo arrojaban agua del arroyo, volvían a montarlo en la calesa o en la mula, enrollaban las riendas al mango de la fusta o a la bocina y lo encaminaban hacia donde quiera que fuese que vivía, lugar del que, si hubiera tenido un poco más de sentido común, no habría salido en primer lugar o, por lo menos, no en dirección a la casa de Varner.

Pero éste de ahora era un animal diferente. Porque los otros —incluidos los voluntarios que aparecían de cuando en cuando— no eran más que machos que se ajustaban al modelo general de Frenchman's Bend —o quizá haya que hablar del modelo universal—, mientras que McCarron no respondía a ningún modelo; no aceptaba ni el bocado ni la brida, no porque lo asustaran, sino porque hasta entonces había preferido no utilizarlos. De manera que los muchachos de Frenchman's Bend no sólo eran incapaces de enfrentarse con él por separado, sino que tampoco el grupo unido y confabulado, que nunca había dudado un segundo en acechar, escondido en el bosquecillo, a cualquier otro intruso que se acercaba a olfatear la cerca de Varner, nunca se atrevieron con él hasta que ya era demasiado tarde. Sí, claro que sí; no les faltaron oportunidades. Tuvieron muchísimas. De hecho McCarron les dio tantas que para finales de mayo, si eran menos de tres, ni siquiera paseaban por los caminos de Frenchman's Bend después de oscurecer, incluso sin perder de vista alguna de sus casas. Porque aquel era un macho diferente, que bajaba directamente de la montaña sin avisar y hacía lo que el abogado llamaría atribuirse derechos de propiedad sobre lo que había sido centro de atracción ginecológica de toda una zona del norte de Mississippi por espacio de un año o dos. Y no es que raptara a Eula, ni mucho menos: no apareció a caballo, la arrebató para ponérsela a la grupa y alejarse luego al galope, sino simplemente se presentó y los desposeyó; ni siquiera los expulsó, sino que más bien dio la impresión de que quería tenerlos a mano para que hicieran de coro, por así decirlo, o quizá como aderezo, al estilo de quien tiene a mano cinco o seis saleros mientras se come la sandía, hasta que ya era demasiado tarde, hasta que, tanto si era verdad como si no, por lo que a ellos o a Frenchman's Bend se le alcanzaba, Eula estaba ya encinta de Linda.

Excepto que yo creo que no fue exactamente así. Yo prefiero que sucediera de otra manera. Creo que prefiero que sucediera todo al mismo tiempo. Aunque tampoco eso es completamente exacto. Me parece que lo que prefiero es que los cinco tímidos sementales indígenas provocaran activamente aquello que finalmente la desesperación les dio ánimos para tratar de evitar. Allí estaban los siete, manteniéndose en equilibrio al borde mismo, podríamos decir, de aquella fortaleza virginal todavía intacta: Eula y McCarron y los cinco Tull y Bookwright y Turpin y Binford y Quick. Porque lo que Tull y Quick y los demás habrían llamado lo peor no había sucedido aún. No me refiero a lo peor relativo a la castidad de Eula ni al mancillado honor del hogar del tío Billy Varner, sino relativo a la inversión de dos

años en calesas y en mulas atadas a la cerca de Varner, cuando tanto las calesas y las mulas como los cinco muchachos que las tenían atadas allí la mitad de la noche deberían haber estado en sus casas descansando un poco antes de volver a arar los campos al amanecer en lugar de vivir en una confederación continuamente cambiante de cuatro cuando creían que el quinto se les había adelantado en aquella carrera de obstáculos, y no digamos nada de la necesidad de que los cinco tuvieran que confabularse sin previo aviso y quizá casi en cualquier momento contra algún intruso descarriado que se presentaba de pronto y también con la cabeza llena de ideas sobre la cerca de Varner.

Así que prefiero pensar que no había sucedido aún. No sé qué era lo que Eula y McCarron estaban esperando. Quiero decir lo que McCarron esperaba. Eula no había esperado nunca. Lo más probable era que nunca supiera lo que significaba esa palabra, como los campos, la tierra, lo que sea que hace que la semilla germine en el momento preciso, no sabe ni necesita saber lo que significa esperar. Porque para saber lo que significa esperar hay que estar asustado o ser débil o dudar de uno mismo lo bastante como para saber lo que quieren decir impaciencia y prisa, y Eula no lo necesitó nunca como tampoco la tierra lo necesita. Todo lo que necesitaba era simplemente existir, como la tierra de los campos, hasta que llega el momento oportuno, el viento, el sol y la lluvia adecuados; hasta que, de hecho, aquel gran macho único y singular salta la cerca del jardín doméstico, procedente de los grandes bosques o de la montaña más alta o del distante cielo, y triunfa finalmente limitándose a estar allí, entre las ovejas, erguida la cabeza y con aire altanero. Quizá fuera eso: quizá al principio se lo estaba pasando en grande, jugando con las ovejas Bookwright y Quick, atormentándolas para ver cuánto tendrían que soportar para olvidar por un momento que eran ovejas, o para recordar que quizá eran ovejas pero que por lo menos sumaban cinco, hasta que por fin se arriesgaran con él, como si en realidad fuera tan sólo uno más de los habituales riesgos laborales de la localidad con los que Eula ya les había acostumbrado a enfrentarse.

De manera que quizá sea posible imaginarse qué era lo que los otros estaban esperando. Eran gente de iglesia. Quiero decir que iban a la iglesia muchísimos domingos y también a la oración en común de los miércoles por la noche, a no ser que algo se lo impidiera. Porque la iglesia era un sitio tan bueno como cualquier otro para terminar una semana y empezar otra, sobre todo si se tiene en cuenta que no había ningún otro lugar característico a donde ir los domingos por la mañana; sin contar con las partidas de dados detrás del manantial mientras en la iglesia todo el mundo estaba ocupado cantando o rezando o escuchando; y ¿quién decía que muchos miércoles por la noche no se podía cazar a alguna chica y convencerla para desaparecer un rato entre la espesura antes de que su papá o su mamá reparasen en su ausencia? O quizá nunca les hizo falta oírlo siquiera, dado que probablemente tampoco fueron Sansón y Dalila quienes inventaron el eufemismo sobre el corte de pelo. De manera que todo ello podría ser lo que cabría llamar un último expediente

desesperado, instintivo y hereditario, que siempre tiene a mano cualquier joven (o viejo llegado el caso) que se enfrente con un problema entre hombres con motivo de su chica. Así que por lo menos se sabía cuál era el motivo de su espera. Como es lógico hubieran preferido defender la fortaleza virginal de Eula Varner hasta que uno de ellos pudiera librarse de los otros cuatro —por suerte o gracias a su habilidad— el tiempo suficiente para conquistarla. Pero ahora que se había presentado aquel intruso sin que nadie lo invitara y, de todos modos, lo había echado todo a perder, podían al menos utilizar la profanación y el saqueo no sólo para vengarse sino también para impedirle de una vez por todas que volviera a inmiscuirse en los asuntos de Frenchman's Bend.

Naturalmente no sólo escondiéndose cobardemente para caerle encima en un momento en que estuviera agotado y exhausto por el placer y el éxito; no eran tan aviesos. Pero puesto que no podían evitar la victoria, por lo menos cogerlo cuando no estuviese vigilante, cuando su mente se hallara dulcemente dividida entre lo que cabría llamar perplejidades del pasado inmediato, que se remontarían a la noche anterior, y las aspiraciones relacionadas con un futuro muy próximo, que se convertiría en presente al cabo de pocos minutos, tan pronto como la calesa alcanzara un lugar conveniente donde atar al caballo. Que es lo que ellos, los emboscados, habrían hecho. Estaban equivocados, por supuesto; aún no había sucedido nada. Prefiero pensar que aquella fortaleza seguía siendo virgen incluso en aquel momento. No: quiero decir que no acepto otra verdad dramática excepto la de que todo sucedió allí aquella noche y al mismo tiempo; que incluso el chico de los McCarron, que comparado con los otros cinco era un venado salvaje rodeado por un grupo de cabras, tampoco bastó por sí sólo, e hicieron falta los seis para conquistar la fortaleza, y con más razón para fecundar el vientre de Eula: hizo falta aquella noche de julio y la calesa bajando por la colina hasta que los cinco oyeron las pezuñas del caballo al cruzar el puente sobre el arroyo y, finalmente dispuestos a intentar la última estratagema desesperada, salieron del bosquecillo, conocedor ya de sus actividades guerrilleras, que hasta entonces les había permitido encargarse de los carneros locales de manera tan sencilla y tan fácil que apenas tenían que sacudirse después las manos para quitarse el polvo.

Como es lógico no llevaron espectadores con ellos y al cabo de dos o tres minutos no quedaba ningún testigo, porque el único posible estaba sin sentido en la cuneta. Así que mi conjetura es tan buena como la de ustedes, quizá mejor, dado que soy parte interesada, puesto que tengo, como decía el otro, un teorema que demostrar. Quizá no durase ni tres minutos: uno de ellos saltó para sujetar la cabeza del caballo y los otros cuatro se lanzaron a sacar a McCarron de la calesa, con tal, por supuesto, de que todavía estuviese dentro para entonces y no corriendo como una centella arroyo arriba, después de elegir a toda velocidad entre discreción y valor, sin que le importara un higo quién estuviera mirando, cosa que ya había sucedido al menos con uno de los intrusos que tuvo la suficiente rapidez de reflejos.

Lo que, de acuerdo con las pisoteadas pruebas que la gente acudió a ver al día siguiente, no fue lo que sucedió en el caso de McCarron, pero no por la razón anteriormente mencionada. Las pruebas tampoco permitieron explicar qué hacía allí aquel radio de una rueda de carreta que sirvió para romperle el brazo a McCarron: tan sólo que McCarron tenía el radio en la mano sana y que se hallaba en el camino mientras Eula seguía de pie en la calesa, con la fusta rellena de plomo cogida del revés con las dos manos como si fuera una azada o un hacha, golpeando con la pesada empuñadura cualquier cabeza que se aproximaba.

Tres minutos como máximo. No se necesitaba más: todo fue así de sencillo y natural; una pura circunstancia, simple y natural, tan simple y natural y desinteresada como una marea o un chaparrón, que sólo necesita golpear una vez; ruido de pies que golpean el suelo con violencia, jadeos, maldiciones y muy poco que ver, si se exceptúa una especie de confusión de sombras entremezcladas alrededor del caballo (Que no se movió en ningún momento. Para entonces todos los veranos pasaba buena parte del día en el centro de la serrería de Will y tampoco se movió del patio durante el tiempo que tardó su dueño en desalojar a Ab Snopes de una casa cuyo alquiler llevaba dos años sin pagar, y que fue lo más parecido a un ciclón que jamás se había presenciado en Frenchman's Bend; se decía que Will podía ir en la calesa a la estación, apearse y ni siquiera atarlo mientras pasaba el tren, y al verano siguiente estaría precisamente atado al portón del corral que los caballos salvajes que Flem trajo de Texas destrozaron hasta no dejar más que los goznes cuando atropellaron a todo Frenchman's Bend) y de la calesa, y el resplandor ocasional del radio hecho de madera de nogal americano entremezclado con el ruido sordo como de golpear un melón maduro producido por el mango cargado de plomo de aquella fusta al chocar con los cráneos de Frenchman's Bend.

Y después tan sólo el caballo y la calesa vacía en mitad del camino como el árbol o la roca o el establo o lo que fuera sobre lo que la marea o el chaparrón habían descargado su golpe certero y desinteresado, marchándose después, dejando tras de sí una sola prueba —Theron Quick, en quien, por espacio de una semana, aún se pudo ver la huella de aquella pesada fusta en la parte posterior del cráneo, aunque tampoco era la primera vez que el hecho de apellidarse Quick resultaba ser, como dijo el otro, una alusión humorística— inconsciente entre la maleza junto al camino. Y fue entonces cuando, en mi opinión, sucedió lo que sucedió. No insisto en que sucediera de esa manera ni tampoco lo discuto. Sencillamente me niego a que fuera de cualquier otra forma, porque no existen grados aceptables entre lo que tiene que ser verdad y lo que sólo es posible que lo sea.

Así que nunca se detuvo. Me refiero a estar en marcha, al movimiento. Todo fue una continua y natural acometida desde el momento en que los cinco surgieron del bosquecillo y agarraron el caballo, pasando por las maldiciones y el forcejeo y el jadear y la caída final entre los matorrales, y el último ruido de pasos que se alejaban a toda velocidad, dado que probablemente los otros cuatro pensaron que Theron

estaba muerto; luego únicamente la tranquila placidez y el camino a oscuras y en el medio el caballo inmóvil enganchado a la calesa y Theron Quick durmiendo tranquilamente entre la maleza. Yo creo que sucedió en ese momento: no hubo en absoluto parada, ni siquiera una pausa activa; no ya la fortaleza virginal rendida y ocupada, sino la decisión de aquel vientre de ser fecundado, de manera que aquella hija, Linda, fue creada allí mismo en el camino, con Eula probablemente teniendo que ayudar a McCarron a causa de su brazo roto y el caballo por encima de ellos entre las estrellas como una de esas cabezas disecadas, trofeos de caza mayor, en la pared del salón o de la biblioteca o del estudio (que es como creo que lo llaman ahora). Quizás, en realidad, era precisamente eso.

Fue así como Will Varner, casi sin tiempo para darse cuenta, se encontró con una hija soltera embarazada. Quiero decir que ésa era la situación en que se encontraba Frenchman's Bend, porque incluso en aquellos días cuando se decía «Frenchman's Bend» se sonreía al tío Billy Varner o viceversa. Porque si Eula Varner era una fuerza de la naturaleza semejante a un ciclón o una marea, también lo era tío Billy pese a que por entonces no tenía más de cuarenta años, porque ya había practicado la usura, ejecutado hipotecas, inflado las cuentas del almacén y desalojado arrendatarios, de manera que si Will Varner tomaba una dirección, ya hacía tiempo que Frenchman's Bend iba de camino; y en cuanto a las gentes que componían el pueblo más les valía agarrarse con fuerza para no caer, a no ser que quisieran instalarse en un sitio vacío a treinta kilómetros al sudeste de Jefferson.

Naturalmente, el chico de los McCarron era el hombre adecuado para resolver de inmediato la cuestión del honor de los Varner. Pasada la primera sorpresa, eso es lo que todo el mundo pensó que se proponía hacer. Era simplemente el hijo único de una acaudalada viuda de algún sitio de Tennessee hasta que fue a parar a donde quiera que su destino había arreglado las cosas para que viera a Eula Varner, como sucedería con el abogado Stevens y Manfred De Spain un año más tarde aproximadamente. Y, por tratarse del hijo único de una madre rica y educado en uno de los centros docentes de postín sólo para caballeros, cualquiera habría pronosticado que desaparecería sin esperar siquiera a que le entablillaran el brazo roto, y no digamos nada de aguardar a que Will Varner echara mano de la escopeta.

Sólo que el autor del pronóstico se habría equivocado. Tal vez no sea posible escapar corriendo del centro de una catástrofe natural: quizá a uno lo arroje fuera la misma fuerza centrífuga o, si se tiene un poco de sentido común, sea posible tratar de esquivar la catástrofe. Pero no es posible cambiar de idea y de planes en medio de ella. Cabe incluso que McCarron hubiera querido en este caso seguir en medio de aquella catástrofe concreta hasta que se le llevara el resto de los brazos y las piernas, como probablemente también lo hubieran preferido un buen número de los Quick, Tull y Bookwright. Sin olvidarnos de que durante su estancia en ese centro docente tan selecto, aunque fuera por poco tiempo, podían haberse contagiado algunos de los elevados principios académicos de honor y caballerosidad por el simple hecho de

estar expuesto a ellos. En cualquier caso no fue él quien dejó el empañado honor de la familia Verner en el atolladero. Fue Eula en persona la responsable. De manera que ahora todo lo que se puede hacer es tratar de averiguar por qué. Así que, bien mirado, quizá fuera el chico de los McCarron el responsable. Porque quizá aquella fuerza centrífuga que sólo le había tocado una fracción de segundo había bastado para que empezara a derrumbarse. Aquel sencillito fenómeno natural que quizá no esperaba encontrarse con otro fenómeno, ni siquiera natural, pero que por lo menos contaba, o por lo menos esperaba, algo lo bastante sólido como para defenderse sin perder un brazo o una pierna la primera vez que los otros atacaran. Porque la próxima vez podía ser la cabeza, lo que significaría perder también la vida, y entonces toda aquella fuerza y poder y el valor y el aguante para dar y tomar y sufrir las consecuencias de ser un fenómeno natural del sexo femenino en su momento cenital se desperdiciarían y resultarían inútiles. Porque no estoy hablando de amor. Los fenómenos naturales tienen tan poca idea del amor como la alarma e inseguridad e impotencia necesaria para entender lo que significa esperar. Cuando Eula se dijo, como probablemente hizo, *El próximo de esos accidentes en el puente del arroyo podría acabar con él*, no estaba pensando en el bienestar del chico de los McCarron.

En cualquier caso, lo cierto es que a la mañana siguiente McCarron se había marchado de Frenchman's Bend. Imagino que fue Eula quien volvió a colocar en su sitio lo que quedaba de la fusta de la calesa y condujo caballo y vehículo colina arriba. Luego despertaron a Will, y Will en camisa de dormir (sin escopeta: tuvieron que pasar cerca de veintiocho días, poco más o menos, para que descubriera que necesitaba la escopeta; de momento se trató sólo de su maletín con el instrumental veterinario) le recompuso el brazo para que pudiera volver a casa o llegar hasta algún sitio donde pudiera encargarse de él un profesional más competente que el veterinario local. Pero McCarron volvió al menos una vez a Jefferson, aproximadamente un mes después, más o menos cuando con toda probabilidad Eula descubrió que si no cambiaba rápidamente de estado civil, su situación iba a cambiarle la vida. Y McCarron dio incluso una propina al encargado del correo para que llevase a Eula un mensaje especial sumamente privado. Pero tampoco eso tuvo consecuencias y McCarron se marchó definitivamente. Y como no podía ser menos, unos sesenta y cinco o setenta días después de aquella velada en el puente del arroyo que acabó con un fuera de combate —y si ustedes habían esperado que del entorno y residencia de los Varner se escapara un rugido de alguna especie, también en eso se habrían equivocado: sólo se produjo una breve notificación muy poco antes de la boda misma — también Hermán Bookwright y Theron Quick abandonaron Frenchman's Bend de repente, si bien estoy convencido de que ninguno de los dos fanfarroneó, aunque luego les hubiera gustado haberlo hecho, y Eula y Flem contrajeron matrimonio; y al cabo de una semana, que fue el tiempo que necesitó Will para hacer lo que él creyó que era engañar a Flem para que aceptara la finca abandonada del Viejo Francés como dote de Eula, los recién casados salieron camino de Texas, un estado lo

suficientemente alejado como para que, cuando volvieran, el nuevo vástago del apellido Snopes pareciera por lo menos razonablemente legal, aunque quizá lo que quiero decir es ortodoxo. Y no hace falta decir que como Texas sería el lugar en el que habría transcurrido la mayor parte de su existencia prenatal, a nadie le sorprendería que empezara a echar los dientes a los tres meses de edad. Y cuando la pareja estuvo de vuelta en Frenchman's Bend un año después, cualquier persona lo bastante entrometida como para hacer notar que el bebé se había convertido en una niña de muy buen tamaño en sólo tres meses, todo lo que tenía que hacer era acordarse de que aquellos tres meses pasados fuera de Frenchman's Bend también habían transcurrido en Texas.

Exactamente catorce meses después de que al chico de los McCarron empezaran a saltársele las costuras en aquel primer enfrentamiento. Pero tampoco aquello era esperar. No, tratándose como se trataba de un fenómeno natural, Eula se limitó a ser y a respirar, sentada con la niña en una mecedora en el porche delantero de la casa de Varner, mientras Flem reunía los sesenta dólares de plata y los enterraba en la rosaleda de la finca del Viejo Francés, exactamente en el sitio donde Henry Amstid, Odum Bookwright y yo no tendríamos más remedio que encontrarlos. Y aún seguía existiendo y respirando, sentada con la niña en la carreta el día que los tres se trasladaron a Jefferson para que Flem encontrase por dónde agarrar a Grover Winbush y lo desalojara de la otra mitad del café del que él y yo éramos copropietarios. Y aún seguía existiendo y respirando, pero ahora sin sentarse, porque probablemente ni siquiera la marea necesita estar informada de cuándo se halla en el radio oportuno para la llanta que le corresponde a continuación, cuando vivía con Flem y la niña en la tienda de campaña detrás del café, desde donde, de cuando en cuando, cruzaba la plaza, hasta que finalmente Manfred De Spain, el McCarron que no se iba a asustar ni a romperse cuando los dos entraran en colisión, alzó la vista y la vio. De Spain, sin ninguna de las ventajas especiales del hijo único de viuda rica que vive en hoteles de Florida mientras su vástago transita momentáneamente por selectos centros docentes del Este, tuvo que hacerlo lo mejor posible sin ser más que el hijo de un oficial de la caballería confederada, que se graduó en West Point para servir en lo que su padre habría llamado el ejército yanqui, fue a Cuba como teniente y regresó con una cicatriz en la mejilla que quienes trataban de derrotarlo en las elecciones para alcalde hicieron correr el rumor de que no se debía en absoluto a una bayoneta española sino a un sargento de Missouri con un hacha en una partida de dados: lo que, tanto si era verdad como si no, nunca fue obstáculo serio entre él y la alcaldía de Jefferson, ni tampoco entre él y la presidencia del banco del coronel Sartoris cuando se presentó la ocasión, ni mucho menos entre él y Eula Varner Snopes cuando llegó el momento.

Ni siquiera he mencionado al abogado. Tampoco cabe atribuir a su mala suerte el hecho de que estuviera en esa llanta, porque las mareas no tienen nada que ver con la suerte. Era su destino. Fue atropellado por casualidad, como una hormiga que

utilizase el mismo radio que un elefante encontrara necesario o conveniente. No es que hubiera nacido demasiado pronto o demasiado tarde ni tampoco en el sitio equivocado. Vino al mundo exactamente en el momento adecuado, pero llegó en el sobre que no era. Fue su destino y su perdición no haber nacido en una de las envolturas especiales estilo McCarron en lugar de en una muy frágil y con un entramado como de tela de araña, formada por las ilimitadas aspiraciones condenadas al fracaso que el Señor le dio.

De manera que allí estaba, lanzado de cabeza a un combate en el que el mejor resultado que podía esperar era perderlo cuanto antes —dado que la menor insinuación o sugerencia de la más insignificante victoria le hubiera destruido como un rayo caído del cielo—, mientras Flem Snopes devoraba sin prisa los nuevos pastos de Jefferson, viviendo aún con su mujer y su hijita en la tienda detrás del café, y friendo en persona las hamburguesas, una vez que Grover Winbush descubrió de repente un día que tampoco él había sido nunca propietario de la mitad de un café; luego los Rouncewell, que creían poseer aún lo que la señora Rouncewell llamaba el Hotel Comercial en contra del resto del condado de Yoknapatawpha que lo llamaba la pensión Rouncewell, descubrieron que también estaban equivocados y que los Flem Snopes ya vivían allí durante más o menos el mes que el cabeza de familia tardó en expulsar a los Rouncewell, con los siguientes Snopes de Frenchman's Bend importados a la tienda de campaña detrás del café y encargados de freir las hamburguesas porque Flem ya era superintendente de la central eléctrica; Manfred De Spain no sólo había visto a Eula, sino que era alcalde de Jefferson cuando eso sucedió.

Y el abogado aún seguía intentándolo, pese a que por lo menos una vez al día estaba obligado a ver a su victorioso rival y mortal enemigo entrar y salir del despacho de alcalde y atravesar la plaza conduciendo un automóvil rojo de dos plazas, marca E.M.F., con adornos de latón, que despertaba la admiración de la mayoría de los habitantes del norte de Mississippi, y no digamos nada de los del condado de Yoknapatawpha; hasta que llegó el día en que se metió en aquel callejón detrás del local donde se celebraba el baile de Navidad del Club del Cotillón, y trató de luchar con Manfred a puñetazo limpio hasta que el marido de su hermana lo sacó de la cuneta y lo sujetó el tiempo suficiente para que Manfred se perdiera de vista y luego se lo llevó al cuarto de baño de su casa para lavarlo y decirle: «¿Qué demonios te has propuesto? ¿No sabes que no tienes ni la menor idea de cómo pelear?» Y el abogado, inclinado sobre el lavabo, tratando de lograr, con grandes cantidades de papel higiénico, que dejara de manarle sangre por la nariz, le contestó «Claro que lo sé. Pero, ¿me puedes sugerir otra manera mejor de aprender?»

Intentándolo siempre, hasta aquel último envite desesperado que se remonta al asunto del latón de la central eléctrica. Me refiero a aquel montón de válvulas y grifos viejos muy gastados y trozos de tubería y rodamientos y otras cosas parecidas que se habían ido acumulando en la central hasta que, durante el segundo año del reinado de

Flem como superintendente, desapareció todo, aunque no hubo pruebas contra nadie incluso después de que se descubriera que las válvulas de seguridad de las dos calderas habían sido sustituidas por tapones de acero atornillados; hasta que por fin los interventores de la ciudad tuvieron que hacer una visita al superintendente e informarle, con el mayor tacto posible, de la desaparición del latón; Flem dejó de mascar el tiempo suficiente para preguntar «¿Cuánto?» y pagar la cantidad que le indicaron; al año siguiente los interventores volvieron a repasar los libros y descubrieron que sus cálculos del año anterior eran erróneos y fueron otra vez a verlo y le explicaron que se habían equivocado y Flem dejó otra vez de mascar el tiempo suficiente para preguntar «¿Cuánto?» y también pagó en aquella ocasión. Remontándose (me refiero al abogado) a aquellas cosas pasadas, a pesar de que Flem no sólo había dimitido hacía tiempo de la superintendencia, sino que incluso había comprado de su bolsillo dos válvulas nuevas de seguridad, ofreciéndolas a la comunidad como donativo cívico, sacó todo aquello a relucir, con pruebas, en un proceso para quitarle a Manfred el cargo de alcalde, hasta que el juez Dukinfield se retiró del caso y nombró al juez Stevens, el padre del abogado, para que lo sustituyera. Si bien los demás no sabemos lo que sucedió después, porque el juez Stevens hizo desalojar la sala y escuchó a puerta cerrada lo que el abogado y Manfred tenían que contarle. Y eso fue todo; tampoco tardaron mucho; casi inmediatamente Manfred salió de nuevo y volvió a la alcaldía, y la historia, leyenda, informe, como se prefiera llamarlo, es que el abogado se quedó de pie, con la cabeza un poco inclinada, delante de su padre, diciendo: «¿Qué debo hacer ahora, papá? ¿Qué puedo hacer?»

Aunque a la mañana siguiente estaba más animado cuando fui a la estación a despedirlo; para entonces ya se había graduado en Harvard y en la escuela de derecho de la universidad del estado, y ahora se marchaba a una ciudad de Alemania para seguir estudiando un poco más. Sí, señor; todo lo alegre y animado que pueda desearse.

—Me alegro de que estés aquí —me dijo—. Tengo un asunto pendiente contigo. Quiero pasarte la antorcha antes de marcharme. A partir de ahora tendrás que defender tú solo el fuerte. Vas a tener que cargar con toda la responsabilidad.

—¿Qué fuerte? —pregunté—. ¿Qué responsabilidad?

—Jefferson —me respondió—. Los Snopes. ¿Crees que tú solo podrás con ellos durante dos años?

Eso es lo que pensaba entonces: que ya estaba curado; que por fin se había desengañado definitivamente de Helena, y sólo tenía que preocuparse ya de lo que los Menelao-Snopes pudieran tramar en la comunidad de Yoknapatawpha-Argólida mientras él estaba de espaldas, lo cual era muy conveniente, porque servía para tranquilizarlo. Cuando volviera, ya tendría tiempo más que de sobra para descubrir que no se sabe de nadie que haya perdido definitivamente a Helena, puesto que durante el resto de su vida (y no sólo la de ella sino también la de él) la tal Helena nunca se libra de él. Probablemente porque no quiere.

Aunque no fueron dos años, sino casi cinco. Lo que cuento pasaba a principios de la primavera de 1914, y aquel verano estalló la guerra, y quizá era eso lo que el abogado andaba buscando. No es que la deseara, ni menos aún que esperase que estallara en beneficio suyo, porque, como la mayoría de la gente de este país, no creía que fuese a haber guerra. Pero sin duda buscaba algo, lo que fuera, y una guerra le servía tan bien como cualquier otra cosa, porque a pesar de lo que su cerebro pudiera estarle diciendo después de poner tanta agua entre Eula Snopes y él, probablemente su instinto le explicaba que dos años no eran ni mucho menos tiempo suficiente para que Helena y él se afianzaran en el desencanto. De manera que si bien no podía prever una guerra que lo salvara, en el fondo de su corazón aún confiaba en que la Providencia le proporcionara algo, porque, como él decía, Dios era un caballero y no engañaría dos veces a la misma persona con el mismo truco, al menos utilizando la misma envoltura.

De manera que el abogado tuvo su guerra. Aunque cualquiera se habría preguntado —por lo menos eso me sucedió a mí— por qué no luchó del lado de los alemanes.

Parecería lo lógico no sólo porque ya estaba en Alemania y tenía a todos los alemanes muy a mano a su alrededor, sino porque a mí ya me había explicado cómo, si bien era la cultura de Inglaterra la que había mandado inmigrantes desde el otro lado del océano para crear los Estados Unidos, en la actualidad la cultura alemana era la que tenía los vínculos más estrechos con las modernas derivaciones viriles de la rama septentrional de la primitiva raza aria. Porque el abogado decía que el vínculo era místico, no por medio de lo que se veía sino de lo que se oía, y que el ario actual, al menos en los Estados Unidos, nunca había tenido la menor confianza en lo que veía, y estaba dispuesto, por el contrario, a creer en cualquier cosa que acabara de oír y no pudiera probar; y que, desde la revolución de 1848, la moderna cultura alemana no se había interesado, más bien sentía incluso cierto desprecio, por cualquier cosa que sucediera al hombre en el exterior, o a través de los ojos y del tacto, como en el caso de la escultura y la pintura y las leyes civiles de carácter social en beneficio suyo, y sí se interesaba, en cambio, por lo que le sucedía gracias al oído, como la música y la filosofía, y por todo aquello que no le funcionaba bien dentro de la cabeza. Lo que, según él, era la razón de que el idioma alemán, en lugar de ser musical como el italiano o el español, o estar dotado de lo que él llamaba la exactitud epicena del francés, fuese un idioma duro y desagradable, y no digamos nada de la sensación de estar siempre escupiendo cuando se pronunciaba (porque, como decía el otro, el italiano es para hablar con los hombres, el francés con las mujeres y el alemán con los caballos), de manera que la mente no sufriera interferencia alguna ni se distrajera de lo que los nervios y glándulas estaban oyendo: las ideas místicas, la música gloriosa —la mejor música, decía el abogado, desde la matemática inevitabilidad de Mozart, pasando por la pasión divina de Beethoven y de Bach, hasta el alboroto de Wagner, mezcla de gritos de burdel y de carnaval callejero— que

procedía directamente del corazón ario septentrional, moderno y viril, sin preocuparse de la mente para nada.

Pero lo cierto es que no se alistó en el ejército alemán. No sé qué mentiras consiguió contar a los alemanes para que lo dejaran salir del país a unirse con los que luchaban contra ellos, ni qué mentiras se le ocurrieron en el caso de los ingleses y los franceses para explicar por qué un alumno de una universidad alemana no representaba un riesgo en un sitio donde podía oír por casualidad cómo alguien explicaba el próximo ataque que se preparaba. Pero lo consiguió. Y tampoco se alistó en el ejército inglés, sino en el francés, donde convivió con gentes que, según él, se pasaban todo el tiempo hablando a las señoras sobre exactitudes epicenas. Y tampoco conseguí saberlo cuatro años después, cuando finalmente le pregunté:

—Después de todo lo que me dijo acerca del parentesco con la cultura alemana, y el ejército alemán dentro de usted o, por lo menos, usted dentro del ejército alemán, ¿por qué abrirse camino con mentiras o subterfugios para alistarse en el francés? —ya que todo lo que me respondió fue:

—Estaba equivocado.

Y lo mismo menos de un año después, cuando le dije:

—¿Incluso a pesar de la espléndida música gloriosa y de las espléndidas ideas místicas? —porque se limitó a responderme:

—Siguen siendo gloriosas y espléndidas. Es la palabra *místicas* la que no sirve. Tanto la música como las ideas vienen de la oscuridad. No de la sombra, sino de la oscuridad, de la ofuscación. El hombre necesita luz. Tiene que vivir en el constante y feroz resplandor de la luz, de manera que toda sombra esté bien definida y sea precisa y única y personal: la sombra de la propia rectitud o bajeza. Todos los males humanos salen de la oscuridad, donde no hay nada que persiga constantemente al hombre ofreciéndole la imagen de su propia deformidad.

De hecho tuvieron que pasar dos o tres años, y ya estaba otra vez en casa, instalado de nuevo; y, por lo que a él se refiere, a Eula le bastaba con respirar, ya que había decidido adoptarlo para el resto de su vida, mientras lo necesitara para el futuro de aquella niña de once o doce años; y yo le dije:

—Helena caminaba en la luz —y él me respondió:

—Helena era luz. Por eso la vemos todavía, intacta, sin difuminarse en lo más mínimo, a pesar de los cinco mil años de distancia —y yo dije:

—Y, ¿qué hay de todas esas otras de las que también habla usted? ¿Semíramis y Judith y Lilith y Francesca e Isolda? —y él dijo:

—Pero no como Helena. Ni tan brillantes, ni tan luminosas, ni tan duraderas. Y es que las otras hablaban y por eso se van difuminando progresivamente en la oscuridad producto de la expresión hablada que dio cuerpo a sus pasiones y tragedias. Pero no Helena. ¿Sabes que no consta en ningún sitio una sola palabra suya, a excepción del probable Sí que tuvo que darle a Paris en aquella ocasión?

De manera que así estaban las cosas. Aquella chica de trece, catorce y quince

años que trataba únicamente de acabar cuanto antes los estudios secundarios por el procedimiento de llegar a tiempo y saberse las lecciones para no repetir curso y avanzar un año, y que probablemente apenas habría mirado al abogado el tiempo suficiente para reconocerlo si no fuera porque descubrió de repente que, por alguna razón, estaba tratando de encajar parte de su vida cotidiana, la de Linda, en la de él, o de hacer coincidir una parte considerable de la del abogado con la de ella, como prefieran ustedes mirarlo. Y aquel soltero que le doblaba la edad, que era ya más o menos una figura pública como fiscal del condado, y no digamos nada en una ciudad pequeña como Jefferson, donde cada vez que uno se hacía cortar el pelo los habitantes de la circunscripción lo sabían ya a la hora de la cena. Así que lo mejor que se le ocurrió hacer fue, una o dos veces por semana, pasar quince minutos a la salida del instituto en una mesa junto al escaparate del *drugstore* de tío Willy Christian, cuarto de hora en el que Linda se comía un batido o un *banana-split* el abogado dejaba que se le derritiera el hielo en la coca-cola intacta que tenía delante. No sólo lo mejor, sino también lo único para salvaguardar el buen nombre de Linda, aunque tampoco hubiera que olvidar a los electores que, al cabo de dos años a partir de entonces, podían pensar que invitar a helados a chicas de catorce años no era precisamente un mérito para desempeñar el cargo de fiscal del condado.

Se reunía con ella unas dos veces por semana gracias a aquella especie de accidente fortuito que parecía exactamente todo lo casual que cabría esperar: el abogado escondido detrás de la ventana de su despacho en el piso de arriba al otro lado de la calle hasta que empezaban a pasar los primeros alumnos que salían del instituto, que eran los niños del jardín de infancia y los alumnos de primer grado y, a continuación, por la misma coincidencia fortuita y en el momento preciso, el abogado aparecía en la esquina para separar del resto de los estudiantes de séptimo, octavo o noveno, a una Linda un poco desconcertada y sorprendida la primera o las dos primeras veces; no alarmada: sólo un poco desconcertada, quizá al principio preguntándose un poco qué era lo que quería el abogado. Pero no durante mucho tiempo; también eso se acabó y muy pronto el abogado bebía incluso un par de centímetros de coca-cola antes de que estuviera demasiado caliente para tragársela. Hasta que un día le dije:

—Le envidio —y él se me quedó mirando y yo continué—: su suerte —y él respondió:

—¿Qué suerte? —y yo dije:

—Pasa usted veinticuatro horas al día completamente inmerso en estar ocupado. Eso no le pasa a la mayoría de la gente. No le pasa a casi nadie. Pero a usted sí. Y hace no sólo la única cosa que tiene que hacer, sino la única que quiere hacer por encima de todo. Y por si eso fuera poco, este asunto contiene tantas o quizá incluso más interesantes complicaciones técnicas que si usted lo hubiera inventado en persona en lugar de ser descubierto por él. Con el fin de salvaguardar la reputación de Linda tiene usted que hacerlo delante de esa opinión pública vigilante que echaría

abajo su buen nombre tan pronto como encontrase una oportunidad, pero a la que quizá nunca se le hubiera ocurrido sospechar que usted y ella se conocían ni de nombre si usted se hubiera limitado a guardar el secreto. ¿No le llama usted a eso estar ocupado?

Porque ahora, dense ustedes cuenta, ya estaba desengañado; se había librado por fin de aquel serafín caído. La misma Eula le había dado el bálsamo, el unguento, para quitarse el sabor de ese acíbar que, según los poetas, todo hombre ha de gustar una vez en la vida: aquella chica de trece años, luego de catorce y después de quince, sentada frente a él en el *drugstore* de Christian quizá dos tardes a la semana en los intervalos de las dos o tres semanas al año en que la señora de Flem Snopes y su hija se iban de vacaciones a algún sitio coincidiendo de manera casual con el periodo en que se ausentaba para disfrutar de las suyas Manfred De Spain, que no era ya el alcalde De Spain, sino el banquero De Spain desde que el coronel Sartoris dejó definitivamente vacante el cargo de presidente del banco creado por él y el padre de Manfred y Will Varner, al permitir que su nieto se saliera de la carretera con el automóvil una mañana camino de la ciudad, de manera que ahora era Manfred De Spain el presidente, y se trasladó del despacho de alcalde al del banco más o menos al mismo tiempo, más o menos casualmente, en que Flem Snopes dejaba de ser exsuperintendente de la central eléctrica para convertirse en vicepresidente del banco, y desocupaba la gorra de paño con la que había llegado a Jefferson (desocupaba, no abandonaba, puesto que según la leyenda se la vendió a un chico negro por diez centavos. Lo que no sería un mal negocio, ya que quién sabe si quizá algo de su perspicacia financiera había impregnado el tejido junto con el sudor) y la sustituyó por el sombrero negro de fieltro de terrateniente, adecuado para su nuevo puesto y ocupación.

Sí, sí; el abogado se había desilusionado ya, incluso cuando a veces se sentaba solo junto al escaparate de Christian mientras se le deshacía el hielo en la cola-cola, esperando a que madre e hija volvieran a casa, tal vez para estar preparado y no haber perdido la práctica cuando concluyeran las dos coincidencias simultáneas y el instituto volviera a brindarle todo un nuevo año de dos tardes por semana, con tal de que, por supuesto, la chica de dieciséis y diecisiete años no se tropezara con un Hoake McCarron o un Manfred De Spain de su cosecha particular entre dos de ellas, y el abogado pudiera decir como el personaje del libro: *Lo que ves no son lágrimas. Eso no es más que lo que tú crees que estás viendo.*

Dieciséis y diecisiete y ya camino de dieciocho y el abogado todavía prestándole libros y obsequiándola dos veces por semana con batidos y *banana-splits*, de manera que Jefferson imaginaba saber lo que el abogado se proponía, tanto si quería reconocerlo como si no. Y, naturalmente, Eula llevaba ya cinco o seis años sabiendo lo que quería. Supongamos, por ejemplo, que hay un perro, quizá un perro no demasiado fuera de lo corriente, pero por lo menos sano y fuerte, lo que podríamos llamar un perro de verdad, que no parece pertenecer a ninguna otra persona, y que

prefiere estar cerca de ti: no tiene ningún sentido (incluso aunque después de cinco o seis años no estés completamente convencida de que alguna vez vaya a haber otro perro disponible, e incluso aunque cinco o seis años antes e incluso otros cinco o seis años después del momento presente, nunca hayas necesitado ni vayas a necesitar a ese perro personalmente) renunciar a sus servicios y buenas cualidades, desperdiciándolos, aunque sólo sean fidelidad y devoción, permitiendo que otra persona se quede con él. O supongamos que tienes una hijita que va creciendo, y que con el paso de los años se hace mayor, son mayores las posibilidades de que se convierta en un estorbo para tu uso del tiempo y tus ocupaciones privadas: en cuyo caso no sólo la fidelidad y devoción citadas podrán quizá resultar útiles, sino incluso el perro mismo que todavía es capaz de mantenerlas mucho después de haber renunciado a toda esperanza de que se le obsequie siquiera con un hueso.

Que es lo que Jefferson imaginaba. Pero no yo. Quizá incluso a pesar de que se libró de Hoake McCarron después de saber que estaba embarazada, todavía hay momentos en que incluso un fenómeno femenino es hembra en primer lugar, tanto si quiere como si no. De manera que yo creo que las mujeres no son tan distintas de los hombres: que si no supone ningún problema ni tampoco una afrenta para un hombre considerarse padre del primer hijo de la mujer que amó y que perdió y que todavía no puede sacarse de la cabeza, sin importarle cuántos hombres colaboraron para engendrarlo, tampoco es ningún problema para esa mujer considerar como padre de los hijos de doce hombres distintos a aquel que nunca la tuvo y que todavía sigue sin esperar nada de ella excepto que acepte su devoción.

Y dado que también ella era mujer, es probable que cuando Linda tuvo trece o catorce años o incluso quizá tan pronto como superó aquel primer desconcierto, cosa que sucedería durante el segundo o el tercer batido, diese por sentado que también ella sabía lo que se proponía el abogado. Pero se habría equivocado. El abogado no era esa persona. No era lo suyo prepararla para casarse después con ella. No hubiera hecho falta Linda para eso: me refiero al transcurso simple y natural de una vida corriente hasta el definitivo divorcio de los continuos conflictos conyugales para lo que cualquier chica que hubiera podido escoger entre las alumnas del instituto o en la barra del *drugstore* hubiera sido plenamente satisfactoria. Sólo que una cosa así no habría sido merecedora de sus esfuerzos. El abogado tenía que ser el único individuo del sexo masculino de todo su entorno no sólo capaz de reconocer que tenía un alma todavía susceptible de salvación de lo que él denominaba *esnopesismo* (una fuerza y un poder tan vigorosos y malvados como para ponerla en peligro por el hecho de haber creído durante doce o trece años que tenía lazos de sangre con los Snopes cuando en realidad no tenía ninguno), sino que además no había ninguna otra persona excepto él al alcance de la mano y dispuesto a salvarla: aquella especie de bola de cristal que se hallaba en algún sitio dentro de ella como una de esas pelotas brillantes de colores que las focas mantienen en equilibrio sobre el hocico, frágiles y sin embargo también inmunes, mantenidas tan sólo un par de frágiles y constantes

centímetros por encima de la suciedad y la porquería de los Snopes, siempre que la foca no dé un traspies o tropiece o se distraiga.

De manera que lo que se proponía hacer era únicamente sacarla de Jefferson o, mejor aún, más seguro, de Mississippi en toda su extensión, empezando por los nueve meses del curso escolar, hasta que la encontrara alguien y se casara con ella y se marchara definitivamente: un optimista puro y simple y sin mancha si es que alguna vez ha habido alguno, porque todo el mundo sabía que la razón de que Flem Snopes fuese vicepresidente del banco de Manfred De Spain era la misma de que fuera ex-superintendente de la central eléctrica: en el primer caso la gente deseosa de sonreír a Eula Varner tenía por lo menos que ser capaz de pronunciar el nombre de Flem Snopes, y, en el segundo, De Spain tuvo que cargar con Flem con vistas a utilizar los votos que correspondían al paquete de acciones de Will Varner para ser elegido presidente. Y la única razón de que Will Varner no utilizara esa oportunidad para vengarse de Flem por el asunto de la casa del Viejo Francés que Will creyó que no valía nada hasta que Flem nos la vendió a mí y a Odum Bookwright y a Henry Armstid por mi mitad del café del que Grover Winbush y yo éramos copropietarios, el dinero en efectivo de Odum Bookwright y los doscientos dólares de la hipoteca por la granja de Henry menos los cinco o seis dólares o lo que hubiera en el sitio donde su mujer los enterró, detrás del establo, para que no los encontrara, fue la misma por la que Eula no abandonó a Flem y se casó con De Spain: el hecho de que seguir casada con Flem proporcionaba un hogar y un apellido a aquella chica que de lo contrario no habría tenido nada. De manera que cuando Linda se casara o por lo menos se instalara definitivamente lejos de Jefferson, ya no necesitaría la casa y el apellido de Flem, y este último perdería el control sobre Eula. Entonces Flem se habría quedado fuera, tratando de encontrar un sitio por donde volver a entrar, y eso Flem lo sabía perfectamente.

Quien no lo sabía era el abogado. Siguió creyendo hasta el final que Flem iba a permitirle llevarse a Linda de Jefferson a un lugar donde el primer desconocido que llegara se casaría con ella y entonces Eula podría dejar a su marido y Flem sería un hombre acabado. El abogado había empezado a regalar libros a Linda desde los catorce años y luego hacía algo parecido a examinarla sobre su contenido mientras se le derretía el hielo de la coca-cola. Para entonces Linda ya había cumplido los diecisiete y en la primavera siguiente terminaría sus estudios en el instituto y el abogado había empezado a pedir para ella los catálogos de los centros femeninos de enseñanza superior que estaban cerca de Harvard.

Y ahora llega la parte de la que nadie está enterado, si se exceptúa el abogado, quien, por supuesto, nunca ha contado nada. De manera que, como diría él mismo, hay que conjeturar a partir de los hechos probados: no sólo los libros para enriquecer el espíritu y los catálogos de las universidades que acumulaban polvo en una estantería de su despacho, sino también las invitaciones para tomar un helado convertidas en algo del pasado. Porque ahora Linda iba y volvía del instituto dando

un rodeo, por calles a trasmano. Hasta que por fin, quizá al cabo de una semana, el abogado se dio cuenta de que lo estaba evitando. Y como al cabo de menos de dos meses se habría graduado en el instituto, no había tiempo que perder. De manera que aquella mañana el abogado fue en persona a hablar con su mamá y tampoco se lo contó a nadie, por lo que en este caso podemos conjeturar a partir de un poco más que los hechos probados. Porque mi infancia también transcurrió en el ambiente y entorno de Frenchman's Bend del que Flem Snopes consiguió salir, sin ayuda de nadie (si nos olvidamos de Hoake McCarron), tirándose hacia arriba de los cordones de las botas. Así que todo lo que yo tenía que hacer era imaginarme que me llamaba Flem Snopes y que mi único control sobre el dinero de Will Varner era por conducto de su hija, y que si llegaba a perder la escasa autoridad que tenía sobre la nieta, la hija desaparecería también. Y allí estaba un condenado metomentodo a quien nadie había dado vela en aquel entierro con toda una serie de planes que trasladarían a la nieta a donde, a poco sentido común que tuviera, yo nunca volvería a verla. Y dado que la hija me había soportado durante ya casi dieciocho años por el bien de la nieta, la respuesta era muy simple: todo lo que tenía que hacer era decirle a mi mujer: «Si le das permiso a esa chica para ir a estudiar fuera, sacaré a relucir el asunto de Manfred De Spain de manera que no tenga un hogar del que poder marcharse, y mucho menos aún un hogar para volver en Navidades y durante las vacaciones».

Y como también Eula respiró la misma atmósfera y ambiente de Frenchman's Bend durante sus primeros dieciocho años, todo lo que yo tenía que hacer era imaginarme que me llamaba Eula Varner para saber lo que le respondió al abogado: «No, no puede marcharse a estudiar fuera, pero usted sí puede casarse con ella. De esa manera se resolvería todo». ¿Se dan ustedes cuenta? Porque el tipo de fidelidad y devoción que se mantiene tanto tiempo fiel y devota sin querer ya siquiera un hueso, no sólo era demasiado valioso para dejarlo marchar, sino que merecía incluso una recompensa. Y es que tal vez la plena satisfacción y la acabada plenitud de ser Helena era superior a las que podían proporcionarle mil Paris y mil McCarron y mil De Spain. No me refiero sólo a la inextinguible capacidad para la pasión, sino para el poder: el poder no sólo de atraer, fascinar y consumir, sino el poder y la capacidad de dar y recompensar; el poder de atraer no ya más de lo que se puede retener, porque las palabras «imposible» y «Helena» no pertenecen siquiera al mismo idioma, sino de atraer mucho más de lo que se vaya nunca a necesitar, de manera que se pueda regalar lo que sobra, practicar la prodigalidad..., aunque seas Helena y no puedas dar nada que haya sido alguna vez tuyo: todo lo que puedes hacer es compartirlo y recompensar la fidelidad y quizá incluso, por un momento, calmar y mitigar el sufrimiento. Y también cruel, pródiga también en eso, porque eres Helena y te lo puedes permitir; tienes que ser Helena para ser así de cruel, así de pródiga en la crueldad, y permanecer ilesa e inmune, lo bastante como para tutearle también por vez primera: «Cásate con ella, Gavin».

Y vio en su rostro no sólo sobresalto y un poco de sorpresa, como los que el

abogado había visto aquella vez en la expresión de Linda, sino terror, espanto, no por tener que responder «No» tan de prisa, ni tampoco porque se le pidiera hacerlo, dado que creía habérselo preguntado ya a sí mismo y haber tomado una decisión definitiva sobre aquella sugerencia hacía ya mucho tiempo, sino porque fuese ella quien se lo sugiriera. Digamos que como no había sido capaz de tener la menor esperanza desde el momento en que se dio cuenta de que también Manfred De Spain la había mirado ya, había descubierto cómo vivir en paz con la esperanza gracias a saberse el único ser vivo que nunca había tenido ninguna. Pero ahora, cuando Eula se lo dijo en voz alta y mirándole a los ojos, fue como si hubiera dicho en público que no habría tenido nunca la menor esperanza aunque Manfred De Spain no hubiera puesto los ojos en ella. Y si el abogado podía pronunciar aquel «No» lo bastante de prisa, sería como si ella no hubiera dicho en realidad lo que dijo, y en ese caso nada estaría definitivamente perdido.

Por lo menos no había nadie, ningún extraño, para oírlo, de manera que quizá incluso antes de enero del año siguiente ya fuese capaz de creer que nunca se había dicho nada de aquello, como si se tratara de un milagro: lo que no se cree no se ha visto. Milagro, puro milagro, en cualquier caso, lo poco que necesita un hombre para superar en la práctica cualquier contratiempo. Que es precisamente —milagro— lo que dio la sensación de haber sucedido en enero del siguiente año. Linda terminó en primavera sus estudios en el instituto y en otoño entró en la Academia, de donde regresaba todas las tardes a su casa, y donde pasaba también sábados y domingos, exactamente igual que antes, de manera que Flem no la perdiera de vista. Pero inmediatamente después de Navidades supimos que había dejado la Academia para trasladarse a Oxford y matricularse en la Universidad. Sí, señor: día y noche a más de setenta y cinco kilómetros de Flem y justo en medio de un avispero de quinientos o seiscientos solteros menores de veinticinco años que para casarse con ella sólo necesitaban tener los dos dólares que costaba la licencia. Un puro milagro, sobre todo porque ya me había tropezado con Eula por la calle y le había preguntado:

—¿Cómo lo has conseguido? —y ella respondió:

—¿Conseguido el qué? —y yo dije:

—Convencer a Flem para que la deje ir a la Universidad —y ella dijo:

—No he sido yo. Ha sido idea suya. Le dio el permiso sin consultármelo siquiera. Y tampoco yo sabía que lo iba a hacer.

Deberían haber bastado sus antecedentes en Frenchman's Bend, sin recurrir siquiera a los dieciséis o diecisiete años de vida en Jefferson, para hacer ver, incluso a los ciegos, que Flem Snopes no comerciaba con milagros: que prefería el dinero al contado o por lo menos un papel firmado con una X. De manera que después de que todo estuviera terminado y acabado, Eula muerta, De Spain lejos de Jefferson para siempre, Flem presidente del banco e incluso viviendo en el rejuvenecido hogar ancestral de Manfred y Linda luchando en la guerra civil española con su marido de Nueva York, cuando por fin el abogado se decidió a contarme lo poco que en realidad

sabía, no hizo más que confirmar mis suposiciones. Porque, claro está, todos los hijos de Helena tenían que heredar un poco de generosidad, aunque no fuera más que una millonésima de la abundancia materna. Y tampoco hay que olvidar al chico de los McCarron, que si bien no resultó lo bastante sólido como para resistir más que aquel primer episodio en el puente sobre el arroyo, tuvo el valor suficiente o la temeridad suficiente para intentarlo. De manera que probablemente Flem sabía de antemano que tendría que regatear con ella, provocar el intercambio. Que todo lo que necesitaba era hacer lo que probablemente hizo: sorprenderla, después de que ya hubiese renunciado y hubiera tenido tres meses para acostumbrarse a su renuncia, diciendo: «¿Por qué no llegamos a un acuerdo? Si te olvidas de las universidades del Este, quizá puedas ir a la de Oxford». ¿Se dan cuenta? Ofreciéndole algo que, en los trece o catorce años de su trato con él de los que conservaba recuerdos, nunca hubiera soñado que podía llegar a ofrecerle.

Luego llegó aquel día de abril; Linda se había incorporado a la Universidad de Oxford desde primeros de año. Yo estaba a punto de salir camino de Rockyford para entregar a la señora Ledbetter su nueva máquina de coser, cuando Flem me paró en la plaza y me ofreció cincuenta centavos por llevarle al almacén de Varner y esperarle después unos minutos. Un viaje lo bastante urgente como para pagarme cincuenta centavos, puesto que el encargado del correo lo hubiera llevado gratis; y lo bastante secreto como para que prefiriese no utilizar un vehículo público: el cartero que lo hubiera llevado y traído gratis pero que habría tardado todo el día, o un automóvil alquilado que lo habría dejado delante del portón de Varner en poco más de una hora.

Lo bastante secreto y lo bastante urgente como para que, a la mañana siguiente, Will Varner se presentara vociferando en casa de su hija y de su yerno en Jefferson antes de que amaneciera y despertara con sus gritos a todo el vecindario hasta que alguien (Eula naturalmente) le obligó a callar. De manera que tenemos que conjeturar de nuevo a partir de unos pocos hechos conocidos: la casa del Viejo Francés que Will traspasó a Flem porque creía que no valía nada hasta que Flem nos la vendió a mí y a Odum Bookwright y a Henry Armstid (excepto por supuesto los auténticos dólares de plata que Flem tuvo que invertir en la vieja rosaleta con una pala en un sitio donde nosotros tres —o cualquier otro Ratliff, Bookwright y Henry Armstid que se pusiera a tiro— los encontraríamos sin falta). Y el sillón de presidente del banco al que ya sabíamos que Flem tenía echado el ojo desde que lo ocupara Manfred de Spain al dejarlo libre el coronel Sartoris. Y aquella chica que ya había heredado su parte de generosidad materna y que de repente recibió otro trozo más con el que no sólo no había contado nunca ni por lo más remoto, sino que probablemente nunca supo lo mucho que lo deseaba hasta que de repente lo recibió sin tener que dar nada a cambio.

Aquel día de abril Flem llevó a Frenchman's Bend un testamento. Quizá cuando Linda se recuperó por fin del choque que le supuso conseguir el permiso para marcharse a estudiar fuera, aunque fuese a un sitio tan cercano como la Universidad

de Oxford, puesto que había perdido tiempo atrás toda esperanza, empezó de nuevo a mirar con más calma a su alrededor, se dio cuenta de quién era la persona que le había dado el permiso y no pudo soportar la idea de estar en deuda con él. Aunque eso tampoco me lo creo. Como tampoco creo que fuera el poco de liberalidad y de generosidad que es todo lo que la hija de Helena podía heredar de ella, puesto que incluso la mitad de un hijo de Helena estaría corrompido por algo inferior a Helena, ya que ni siquiera ella podría engendrar contando sólo consigo misma. Lo que Linda quería no era dar exclusivamente. Quería que alguien la necesitara: no sólo ser querida y deseada, sino también que se la necesitara; y quizá por primera vez en su vida tenía algo que alguien no sólo quería sino que además necesitaba.

Era un testamento; Eula, por supuesto, se lo contó al abogado. Flem mismo pudo sugerirle la idea; no habría sido difícil. Pero eso tampoco me lo creo. No necesitó hacerlo; la conocía lo bastante bien como para adivinar que lo haría, como ella lo conocía lo bastante bien como para imaginarlo. Fue Linda en persona quien dio forma a la idea cuando comprendió que mientras Flem siguiera siendo Flem Snopes nunca le permitiría abandonar Jefferson. Y ella se preguntaba, impotente y desesperada, *Pero ¿por qué? ¿por qué?* hasta que finalmente se contestó a sí misma; una respuesta que quizá hiciese agua por muchos sitios, dado que Linda no tenía por entonces más que dieciséis y diecisiete años, si bien en todos ellos había descubierto que Flem tenía un amor exclusivo: el dinero. Porque, en cualquier caso, tuvo que saber algo acerca de Manfred De Spain. Jefferson no era tan grande, si es que en realidad hay algún sitio que lo sea. Sin contar con las dos o tres semanas de vacaciones de verano en la playa o en las montañas o en cualquier otro sitio, cuando, de repente, ¡qué casualidad! aparecía un vecino de Jefferson de toda la vida que, por pura coincidencia, se tomaba las vacaciones en el mismo sitio y al mismo tiempo. Por lo tanto, ¿qué otra cosa podía decir ella? *Se trata del dinero del abuelo, y sólo puede conservar algo de control por medio de mamá y de mí, y por eso cree que en cuanto me aleje de él no podrá hacer ninguna fuerza sobre nosotras y mamá también se marchará para casarse con Manfred y entonces perderá para siempre el dinero del abuelo.*

Y sin embargo allí estaba aquel hombre que se había pasado dieciséis o diecisiete años enseñándole que su único amor era el dinero y que haría cualquier cosa que se le sugiriera para conseguir un dólar más, y que ahora se acercaba a ella, sin que nadie lo presionara y sin pedir nada a cambio, para decirle: *Puedes irte a la universidad si todavía te apetece; únicamente, esta primera vez quédate por lo menos en un sitio como Oxford, que está cerca de casa, aunque diciéndole en realidad: Me había equivocado. No me interpondré nunca más entre tú y tu vida, aunque estoy convencido de que al hacerlo tiro por la ventana toda esperanza del dinero de tu abuelo.*

Por lo tanto, qué otra cosa podía hacer Linda, excepto lo que hizo, que fue decirle: *Eso de lo que acabas de darte cuenta, que el dinero del abuelo es menos*

importante que mi vida, te lo podría haber dicho yo hace mucho tiempo; si hace dos años te hubieras limitado a explicarme que estabas asustado, te hubiera tranquilizado entonces, e ir a ver un abogado de Oxford (esto me lo contó Stevens en persona), tan pronto como se instaló allí, para redactar un testamento por el que dejaba cualquier parte que le correspondiera de la herencia de su abuelo o de su mamá a su padre Flem Snopes. Sí, claro, tampoco aquello tenía mucho fundamento, pero Linda acababa de cumplir los dieciocho y era todo lo podía dar a alguien que, según creía ella, lo quería o lo necesitaba; y, además, todo lo que hacía falta era que provocara la reacción esperada cuando Flem se lo mostrase al viejo Will Varner.

Así que aquella mañana, muy poco después de las diez, no me detuve delante del almacén donde Will estaría en aquel momento, sino delante del portón de su casa y sólo exactamente el tiempo necesario para que Flem se apareara, entrase en la casa hasta tropezarse con la señora Varner, imagino, diese media vuelta, saliera de la casa y volviese a subirse a la furgoneta; y, probablemente, las dos de la madrugada, hora del desayuno familiar, fue cuando a la señora Varner se le ocurrió, o en cualquier caso decidió, o de todos modos hizo entrega a su marido del papel que su yerno le había dejado el día anterior para que le echara una ojeada. Y para cuando empezó a amanecer Will había despertado a toda la calle con sus gritos en casa de Flem hasta que Eula consiguió cerrarle la boca. Y para la hora en que la gente corriente de Jefferson desayuna, también estaba allí Manfred De Spain. Y eso lo estropeó todo. No Will Varner, a quien Flem ya había engañado con la casa del Viejo Francés y a quien después volvió a utilizar para que Manfred De Spain y él se convirtieran respectivamente en presidente y vicepresidente del banco y, ahora, por tercera vez, había vuelto a engañar de alguna forma puesto que su nieta le había entregado una renuncia a la mitad de su dinero en efectivo, que era algo que hasta entonces Flem no había encontrado manera de embolsarse. Ni tampoco Flem, que sólo buscaba la dimisión de Manfred de manera que pudiera ser él el presidente, y hubiera preferido hacerlo de manera tranquila y discreta y sin salir de la familia, por así decirlo, mediante una simple y amistosa insinuación de Will Varner a Manfred para que dimitiera, como justa compensación por aquel documento de Linda, lo que debería haber funcionado con todo el mundo, y así fue de hecho, excepto con Manfred, que fue quien creó los problemas; probablemente Eula habría podido encarrillarlos a todos de no haber sido por él. Quizá Manfred consiguió aquella cicatriz trepando en Cuba por una colina con la bandera en la mano y lanzándose con ella contra un cañón y un fuerte, o tal vez se la habían hecho con un hacha en una partida de dados como propalaba aquel rumor durante la elección a la alcaldía. Pero por lo menos tenía la cicatriz en la frente y no en la espalda y quizá un tipo cualquiera podía dejarlo sin sentido con un trozo de cañería de plomo y robarle mientras estaba inconsciente, pero ni un Snopes ni nadie podía desvalijarle por el procedimiento de apuntarle con lo que el otro pensaba que era un revólver.

Y en medio de todos Eula, que probablemente los hubiera hecho entrar en razón

de no ser por Manfred, porque consiguió incluso hacer callar a su padre, aunque fracasó con Manfred. Eula, que llevaba exactamente diecinueve años menos una semana manteniendo un hogar para que Linda pudiera crecer y vivir en él de manera que no tuviera que decir *Otros niños tienen lo que yo nunca he tenido*; Eula, que tuvo que decidir allí y entonces *Si fuese una chica de dieciocho años, qué preferiría: ¿mi madre conocida públicamente como suicida o condenada públicamente por puta?* y para las doce del día siguiente todo Jefferson sabía cómo la tarde anterior se presentó en el salón de belleza, aunque nunca había entrado en uno porque no lo necesitaba, y le hicieron la permanente y le arreglaron las uñas y volvió a casa y al parecer cenó, o por lo menos estuvo en el comedor, puesto que fue sólo hacia eso de las once de la noche cuando cogió el revólver y quitó el seguro.

Y a la mañana siguiente el abogado y su hermana fueron en coche a Oxford y trajeron a Linda a casa; fue una desafortunada coincidencia que todo esto tuviera que suceder justo una semana antes de que cumpliera los diecinueve años. Y es que tan pronto como Flem recibió el testamento a su favor, se imaginó, como es lógico, que Will Varner querría verlo lo antes posible, por tratarse de una de las partes interesadas; Will, en cambio, no tenía motivo alguno para elegir precisamente aquel día y presentarse vociferando en la ciudad dos horas después de verlo por vez primera. Podía perfectamente esperar dos semanas o incluso un mes antes de aparecer, dado que nadie le estaba metiendo prisa; Flem, desde luego, habría esperado todo lo que Will considerase conveniente.

Y el abogado se ocupó también de todo lo demás: organizó el funeral, hizo que trajeran de Frenchman's Bend a la señora Varner y al viejo predicador metodista que había bautizado a Eula, y luego acompañó a la difunta al cementerio. Porque, naturalmente, no cabía esperar que el desconsolado esposo saliera de su postración para ocuparse de tareas rutinarias. Sin contar con que tenía que prepararse para ocupar la presidencia del banco después de un intervalo prudente, dado que Manfred De Spain había hecho las maletas y abandonó Jefferson inmediatamente después del entierro. Y luego, después de otro intervalo decoroso, un poco más prolongado esta vez, dado que un banco no es exactamente como una casa, dado que un banco se ocupa de dinero en efectivo y no puede esperar, Flem se preparó para mudarse a la casa de Manfred, puesto que De Spain había dejado muy claro que no se proponía regresar a Jefferson después de lo que podríamos llamar el último viaje de Varner, y no era razonable que una buena casa, sólida y bien situada, quedara deshabitada y vacía. Dado que además la casa de Manfred era probablemente parte del mismo trueque o canje entre Flem y Will Varner y que incluía los votos correspondientes al paquete de acciones de este último y el baile de máscaras o el rondó de aquel Sueño financiero de Una Noche de Verano que habían compuesto a medias el abogado de Oxford y Linda, y que llevaba la firma de esta última. Sin contar con que el viejo Will Varner nombró al abogado Stevens fideicomisario del dinero de Linda, dado que ahora estaba finalmente a salvo de Flem hasta que se le ocurriera algo que, esta vez,

también se creyera el abogado; y la razón de que Will nombrara al abogado fue probablemente que no encontró manera de prescindir de Stevens para llegar a ningún otro, puesto que no sólo se hallaba en medio de toda aquella crisis monetaria y fúnebre, sino también alrededor de cada una de las partes interesadas, como uno de esos frenéticos zapateros que patinan y corren inmunes e impermeables, por encima de un charco de agua estancada.

Me refiero a que el abogado se ocupó inmediatamente de la lápida que Flem había decidido poner, porque tendría que hacerse en Italia, lo que llevaría tiempo, y por lo tanto exigiría ímprobos esfuerzos por parte del abogado, deseoso de que también cuanto antes Linda pudiera hacer las maletas y marcharse de Jefferson, puesto que, en opinión de Flem, el mismo decoro filial exigía que no se ausentara hasta que la lápida de su mamá estuviese terminada. Aunque no quería decir sólo lápida, sino monumento: el abogado estuvo registrando con lupa y rastrillando no sólo Jefferson y Frenchman's Bend sino la mayor parte del condado de Yoknapatawpha, a la caza y captura de cualquier fotografía de Eula que se pudiera enviar a Italia con el fin de que esculpieran su rostro en piedra para colocarlo en el monumento. Y entonces comprobé de nuevo que no hay nadie tan temerario como un individuo normalmente tímido cuando descubre que sus principios y normas morales le exigen hacer algo que, si no tuviera otra justificación que satisfacer su propia curiosidad, no tendría la desfachatez de hacer, porque el abogado se metió en las casas no sólo de personas que podían haber conocido a Eula, sino de cualquiera que tenía una kodak, ojeando álbumes y archivos fotográficos familiares, cortés y afable, por supuesto, pero evidentemente transformado en una persona a la que era imposible decir No y todavía menos Por favor, no haga eso. Ahora tenía de qué ocuparse, porque estaba satisfecho y era feliz, compréndanlo. Ya nada le preocupaba. Eula había desaparecido y el abogado estaba a salvo para siempre jamás de la amargura de los celos, y ya no tenía que preguntarse constantemente cuándo aparecería un nuevo McCarron o un nuevo De Spain. Y ahora Linda no sólo estaba definitivamente a salvo de Flem, sino que él, además, poseía el pleno control y dominio sobre el dinero recibido de su madre y de su abuelo, de manera que Linda podía irse a donde quisiera..., con tal de que, por supuesto, él riñera y metiera prisa a los tipos del otro lado del océano para que terminasen de esculpir aquel rostro antes del nuevo milenio o del día del juicio, después de haber reunido todas las fotografías de Eula que pudo encontrar y de enviarlas a Italia y de esperar a que le enviaran un dibujo o una fotografía de cómo avanzaba el trabajo para ver lo mal que lo estaban haciendo, y entonces me mandaba recado para que fuese a su despacho a una hora determinada para conferenciar, con el último esbozo italiano o la última fotografía sobre la mesa, con una luz especial, y el abogado me decía:

—Es la oreja, o la línea de la mandíbula, o la boca..., exactamente aquí: ¿ves lo que quiero decir? —y yo le contestaba:

—A mí me parece bien. Me parece muy hermosa —y él decía:

—No. Está mal. Pásame un lápiz —aunque ya tenía el lápiz en la mano, pero como no sabía dibujar, necesitaba borrar lo que hacía e intentarlo de nuevo. Sólo que pasaba el tiempo y había que devolver el esbozo o la fotografía; y Flem y Linda vivían ya en la antigua casa de Manfred, y Flem se había comprado un automóvil que no sabía conducir, pero tenía una hija que sí sabía y que le llevaba de aquí para allá de vez en cuando; hasta que también aquello se acabó. Estábamos en octubre y Stevens me mandó recado de que el monumento en el cementerio se iba a inaugurar por la tarde. Sólo que yo ya se lo había dicho a Chick, porque dado el estado de paz y satisfacción por el que atravesaba el abogado en aquel momento, quizá hiciéramos falta los dos. Así que Chick hizo novillos y fuimos los tres al cementerio en el coche del abogado. Y allí estaban también Linda y Flem, en el automóvil de Flem con el chófer negro que iba a llevar a la huérfana a Memphis para coger el tren de Nueva York, con las maletas ya en el coche, y Flem recostado en el asiento con aquel sombrero negro que incluso después de cinco años aún no daba en realidad la sensación de ser suyo, mascando, y Linda a su lado con un traje oscuro de viaje y con sombrero, la cabeza un poco inclinada y las manos, enfundadas en guantes blancos, convertidas en puños sobre el regazo. Y el monumento de color blanco, presidido por aquel rostro que, si bien estaba esculpido en piedra muerta, seguía siendo él mismo por el cual cualquier hombre joven, por viejo que llegara a ser, nunca renunciaría a la esperanza o a la convicción de que algún día, antes de morir, se haría finalmente merecedor de ser destrozado y arruinado y quizá incluso destruido por él, encima de la inscripción que Flem en persona había escogido:

Una Esposa Virtuosa es un Galardón para su Marido Sus Hijos se Alzan para Bendecirla

Hasta que por fin Flem se inclinó un poco, escupió por la ventanilla, volvió a recostarse en el asiento y le dijo a Linda: «Está bien. Ya te puedes ir».

Sí, señor; el abogado era libre. Ya no tenía nada que le preocupara: él, Chick y yo volvimos en coche al despacho y él hablaba de cómo había que poner el fútbol americano al día para que estuviera de acuerdo con el progreso de los tiempos y cómo para ello había que darle un balón a todo el mundo para que todo el mundo participara en el juego; o, mejor aún, conservar un solo balón pero abolir los límites del campo, de manera que un tipo listo, por ejemplo, pudiera escondérselo bajo los faldones de la camisa, deslizarse entre los matorrales, dar la vuelta por detrás de la ciudad, volver por un callejón a trasmano y hacer un ensayo antes incluso de que se advirtiera su ausencia; hasta llegar al despacho, donde se sentó detrás del escritorio, sacó una de sus pipas de mazorca y encendió tres cerillas antes de que Chick se la quitase, la llenara de tabaco y se la devolviera y el abogado le dijera «Muchas gracias» y dejara caer la pipa llena en la papelera y cruzara los brazos sobre el escritorio, sin dejar de hablar.

—No lo pierdas de vista —le dije a Chick—. No tardaré mucho —una vez en la calle no dispuse de mucho tiempo, de manera que lo que había en la botella era

bastante malo, pero por lo menos tenía algo dentro que por un metiera un momento, al principio, recordaría el sabor y produciría una sensación parecida a la del alcohol. Saqué el azucarero y un vaso y una cuchara del armario y le preparé un ponche y lo dejé sobre el escritorio a su lado y él dijo:

—Muchas gracias —sin tocarlo siquiera, allí sentado, con las manos cruzadas, parpadeando muy de prisa y muy seguido, como si tuviera arena en los ojos, diciendo —: Todos nosotros, las personas civilizadas, damos como fecha del inicio de nuestra civilización el descubrimiento del principio de destilación. Y si bien el resto del mundo, o por lo menos la parte que corresponde a los Estados Unidos, coloca a los habitantes de Mississippi en el peldaño más bajo de la cultura, ¿quién hay que pueda negar que, incluso aunque las cosas vayan tan mal como yo creo que van a ir, también nosotros aspiramos a las estrellas? ¿Por qué lo hizo, V. K.? Eso..., la tierra sobre la que andaba, el mundo en el que vivía y respiraba..., tan sólo se le había dado en préstamo; no era suyo para que pudiera destruirlo y tirarlo. Pertenecía a demasiada gente. Nos pertenecía a todos. ¿Por qué, V. K.? —dijo—. ¿Por qué?

—Tal vez estaba harta —dije yo, y él respondió: —Es cierto. Estaba harta —y fue entonces cuando empezó a llorar—. Amó, tenía capacidad de amar, capacidad para dar y recibir amor. Pero lo intentó dos veces y fracasó las dos; no sólo no encontró a nadie que fuera lo bastante fuerte para merecer su amor, sino ni siquiera lo bastante valiente para aceptarlo. Sí —dijo, muy erguido, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, en paz ya, sin nada en el mundo que pudiera angustiarse o hacerle sufrir—. Por supuesto que estaba harta.

SIETE

V. K. Ratliff

Así que era libre. No sólo se había librado de su sirena, sino también de la protegida que le había legado. Porque yo le pregunté:

—¿Grinnich Village? —y él me respondió:

—Sí. Un sitio pequeño sin fronteras geográficas precisas; a Linda le basta con saber que está localizado en Nueva York, donde jóvenes de todas las edades menores de noventa van en busca de sueños —pero yo dije:

—Sólo que ella no necesitaba marcharse de Mississippi para encontrar ese sitio —y a continuación se lo pregunté; lo mismo que Eula tuvo que preguntarle, lo mismo que sin duda le preguntó aquel día—: ¿Por qué no se ha casado usted con ella?

—Porque no tenía más que diecinueve años —me respondió.

—Y usted tiene nada menos que treinta y cinco, ¿no es eso? —dije—. Aunque los periódicos estén llenos de chicas con una muñeca en los brazos que se casan con tipos de sesenta y de setenta, con tal de recibir, por supuesto, algún dinero suplementario.

—Quiero decir que aún le queda muchísimo tiempo para tropezarse con alguna situación en la que necesite mi ayuda. ¿Cuántos periódicos conoces que estén llenos de historias de gentes que se casan porque algún día puedan necesitar del otro?

—Ah —dije—. Así que ahora todo lo que tiene usted que hacer es no alejarse mucho de un sitio desde donde pueda oír el teléfono cuando lo llamen por conferencia o donde el chico que trae los telegramas lo encuentre en seguida. Porque, naturalmente, no espera usted que vuelva nunca a Mississippi. ¿O quizá sí?

—Naturalmente que no —dijo él—. ¿Por qué tendría que volver?

—¿Gracias a Dios? —dije yo. El abogado no contestó—. Porque, quién sabe —continué—, quizá haya encontrado ya ese sueño en sólo estos..., dos días, ¿no es eso? ¿tres quizá? Quizá el sueño ya estuviera instalado allí cuando llegó Linda. Eso es posible en Grinnich Village, ¿no es cierto?

Entonces también él lo dijo:

—Sí —exclamó—, gracias a Dios —así que estaba libre. Y, de hecho, si a uno le quedaba tiempo de mirar un poco alrededor, se daba cuenta de que el abogado no tenía ya nada que hacer excepto descansar en paz, tranquilo y satisfecho. Porque no sólo él, todo Jefferson estaba libre de Snopes; por primera vez desde hacía casi veinte años Jefferson, y también el condado de Yoknapatawpha, atravesaban lo que podría calificarse de calma chicha esnopésiana. Y es que, por fin, hasta Flem parecía satisfecho: ya ocupaba el mismo sillón en el que se habían sentado todos los presidentes del Banco de Comerciantes y Granjeros desde que el primero, el coronel Sartoris, lo fundara hacía veinte y pico años, y vivía en la casa donde había nacido el

segundo, de manera que todo lo que tenía que hacer después de guardar bajo llave el dinero y volver a casa era vivir también satisfecho en paz y soledad, libre no sólo de la hija que le había tenido constantemente sobre ascuas durante años por el temor de que se escapara en cualquier momento a un sitio donde no pudiese vigilarla y donde el primer varón que se presentara podría casarse con ella, con lo que no sólo se quedaría sin su parte del dinero de Will Varner, sino también de la esposa que en cualquier momento podía hacerse sorprender públicamente en compañía de Manfred De Spain y costarle el resto del dinero de Varner así como los votos ligados a su paquete de acciones del banco.

De hecho Flem era el único Snopes auténtico que quedaba en Jefferson. El viejo Ab nunca había llegado más allá de la colina, a tres kilómetros de la ciudad, desde donde apenas se veía el depósito de agua; allí llevó a los sementales aquel día de 1910, creo recordar, y ya no se volvió a mover. Cuatro años atrás Flem había devuelto a I. O. definitivamente a Frenchman's Bend. Y ya antes de eso eliminó a Montgomery Ward enviándolo al penal de Parchman donde ya estaba Mink (en realidad Mink nunca había residido en Jefferson, si se exceptúan los meses que pasó en la cárcel esperando que lo condenaran a cadena perpetua). Y hace tan sólo un mes, los cuatro medio indios medio Snopes que Byron (el empleado del banco del coronel Sartoris que dimitió recurriendo al sencillo y práctico expediente de embolsarse todo el dinero suelto que pudo llevarse y salir zumbando camino de la frontera más cercana) envió a porte debido desde México le fueron devueltos en cuanto alguien pudo acercarse lo bastante para colgarles las etiquetas de reexpedición con portes pagados antes de que el que tenía la navaja en aquel momento pudiera sacarla. Y por lo que se refiere a los hijos de Eck, Wallstreet Panic y Almirante Dewey, nunca habían sido Snopes para empezar, puesto que toda la ambición de Wallstreet era llevar un negocio de alimentación al por mayor utilizando el escandalosamente poco esnopésiano método de venderle a todo el mundo exactamente lo que creían que estaban comprando por exactamente la cantidad que creían que iban a pagar por ello.

Aunque sería mejor decir casi satisfecho. Me refiero a Flem y a su nueva casa. No era más que una casa de dos pisos, con un porche para que el comandante De Spain, el padre de Manfred, se sentara allí cuando dejaba de pescar o de cazar o de practicar un poco la abogacía, y estaba bien para que la habitara el segundo presidente del Banco de los Comerciantes y de los Granjeros, sobre todo si se tiene en cuenta que había nacido en ella. Pero éste de ahora era un presidente distinto. Su camino hasta alcanzar aquel sillón y aquella casa había sido más largo que el de los otros dos.

No ignoraba que había tenido que venir desde mucho más lejos para llegar donde estaba y también que había tenido que esforzarse mucho para conseguirlo en el tiempo en que lo había hecho. Porque el coronel Sartoris había nacido con dinero y también con respetabilidad, y Manfred De Spain había nacido por lo menos con respetabilidad, aunque luego hubiera ganado un montón de dinero. Pero él, Flem Snopes, había tenido que ganar ambas cosas, había tenido que arrancarlas

escarbando, por así decirlo, la dura piedra resistente y pertinaz, y no con las dos manos sino sólo con una, ya que con la otra tenía que rechazar los ataques mientras escarbaba y arrancaba con la primera. De manera que la casa en la que los propietarios del dinero veían entrar a Manfred De Spain todas las tardes después de guardar el dinero bajo llave, no era lo bastante buena para Flem Snopes. La casa en la que le vieran entrar todas las tardes para quedarse allí hasta la hora de volver a poner el dinero en circulación a la mañana siguiente debía ser el símbolo material de todas las generaciones de respetabilidad y aristocracia que además de ser demasiado orgullosas para malversar el dinero de otros, nunca habrían tenido, ni por lo más remoto, necesidad de hacerlo.

De manera que finalmente apareció otro Snopes en Jefferson. Esta vez no transplantado de Frenchman's Bend: tan sólo importado para su utilización momentánea. Se trataba de Wat Snopes, el carpintero, cuyo nombre completo era Watkins Productos Snopes, como estaba pintado en los dos lados y en la parte de atrás de la furgoneta donde Doc Meeks también transportaba sus específicos; evidentemente de vez en cuando había en algún sitio un Snopes que sabía leer la letra impresa, aunque quizá no las cosas escritas a mano. De manera que, durante los nueve o diez meses siguientes, todos los que pasaban por allí casualmente o ex profeso podían ver a Wat y a su equipo de parientes carnales y políticos arrancando los porches delantero y trasero del antiguo hogar del comandante De Spain, al mismo tiempo que construía y colocaba las columnas que iban desde el suelo hasta el techo del segundo piso, si bien, incluso una vez terminadas de pintar, el edificio seguía sin ser, por supuesto, tan grande como Mount Vernon, pero también es cierto que Mount Vernon estaba a mil quinientos kilómetros de distancia, de manera que no existía posibilidad alguna de establecer comparaciones directas envidiosas o malintencionadas.

Así que cuando Flem cerraba el banco y volvía a casa por las tardes, podía entrar en una casa y cerrar tras sí una puerta de las que algunos de los propietarios del dinero que custodiaba envidiarían un poco, pero de las que todos ellos, incluidos los envidiosos, se sentirían orgullosos y todos aprobarían, y descansarían plácidamente por la noche con su dinero tan immaculado, tan impecable y tan inmune. A Flem ya no le faltaba el menor detalle, como diría el otro, con un cocinero negro y un jardinero y hombre para todo que conducía incluso el automóvil de vez en cuando ahora que el dueño de la mansión ya no contaba con una hija única que lo utilizase quizá una vez al mes para que no se le descargara la batería, como el vendedor había dicho que debía hacer para no tener que comprar otra.

La casa había sido modificada, metamorfoseada y convertida en símbolo, pero no Flem. La casa en cuyo interior desaparecía a las cuatro todas las tardes para reaparecer a las ocho de la mañana siguiente, quizá fuera el sólido símbolo aristocrático y ancestral de Alexander Hamilton y de Aaron Burr y de Morgan y Harriman y Hill, y de todos los demás famosos defensores del capitalismo puro y

duro, pero el sujeto al que veían entrar y salir los propietarios del dinero custodiado era el mismo al que ya se habían acostumbrado a lo largo de veinte años: incluso la misma exigua corbata de lazo con automático con la que se había apeado de la carreta tirada por mulas que lo trajo de Frenchman's Bend, aunque el cubrecabeza sí hubiera cambiado; pero incluso la vieja gorra de paño, que quizá era más que suficiente para el puesto de dependiente en el almacén de Varner, pero inadecuada para que se la viera salir y entrar de un banco de Jefferson sobre la cabeza de su vicepresidente (es cierto que Flem no había tirado la gorra ni la había regalado, sino que la había vendido, aunque no hubiera sido más que por diez centavos, porque también diez centavos son dinero en un banco, de manera que todos los propietarios del dinero del que ya era viceguardián podían contemplar el sombrero y saber que, por muy poco que ellos hubieran pagado por uno similar, a Flem el suyo le había costado diez centavos menos). No era que el nuevo presidente se rebelara contra la idea de cambiar a Flem Snopes: si Flem no había cambiado lo había hecho con pleno conocimiento de lo que hacía, porque la persona en la que se confía no tiene por qué ser aquélla de la que se sabe que nunca hizo nada deshonesto, sino aquélla de la que nos consta por experiencia que sabe exactamente cuándo ser deshonesto producirá beneficios y cuándo no.

Y eso era también el exterior de la casa, hasta que Flem cerraba la puerta a su espalda hasta las ocho en punto del día siguiente. Nunca había invitado a nadie a visitarlo y, hasta el momento, nadie había sido capaz de inventar un pretexto para entrar, de manera que las únicas personas que habían visto la casa por dentro eran el cocinero y el jardinero, así que fue este último quien me contó que todas las grandes habitaciones seguían amuebladas como De Spain las había dejado, más las *suites* decoradas profesionalmente, tal como el experto de Memphis había explicado a Eula que Flem debía de tenerlas por ser vicepresidente de un banco; que Flem nunca entraba en ninguna con la excepción del comedor para cenar y el cuarto en la parte de atrás donde, cuando no estaba durmiendo, se sentaba en otro sillón giratorio como el del banco, con los pies apoyados contra un lado de la chimenea, sin leer ni hacer nada: sentado con el sombrero puesto y mascando el mismo pedacito de aire del tamaño de la boca que llevaba mascando desde que dejó el tabaco cuando llegó por fin a Jefferson y se enteró de que se podía usar goma de mascar y luego renunció también a la goma cuando supo que la gente consideraba que el vicepresidente de un banco era lo bastante rico como para no tener que mascar nada; que Wat Snopes había encontrado información en una revista sobre cómo remodelar las chimeneas con molduras coloniales y también con columnas y cornisas, y que al principio Flem seguía sentándose con los pies apoyados en la pintura blanca, arañándola cada vez un poco más con los tacones, hasta que un día, cosa de un año después de que la casa estuviera terminada, Wat Snopes estuvo cenando allí, y cuando finalmente se marchó, el jardinero me explicó que entró en el cuarto de Flem y lo vio: no se trataba de un desafío ni de un simple recordatorio sobre su procedencia, sino más bien, como diría

el otro, una reafirmación de sí mismo y quizá también una advertencia: un pequeño saliente de madera, sin pintar siquiera, clavado en la parte delantera de aquella repisa de chimenea estilo Mount Vernon tallada y pintada a mano y a la altura exacta para que Flem pudiera apoyar los pies.

Hubo un tiempo en que aquel primer presidente, el coronel Sartoris, recorría los seis quilómetros que separaban su mansión ancestral del banco en un coche de punto tirado por una pareja de caballos y un cochero negro con un sobretodo de lino y una de las viejas chisteras del coronel; y otra época más reciente en la que el segundo presidente todavía iba y venía en aquel automóvil de carreras E. M. F. de color de coche de bomberos hasta que compró el Packard negro y también un chófer de color, aunque con chaqueta blanca y gorra de plato. Ahora el nuevo presidente también tenía un automóvil negro, aunque no fuese un Packard, y otro hombre de color capaz de conducirlo, pese a que todavía no tuviera ni chaqueta blanca ni gorra de plato y pese a que el presidente no fuera ni viniese del banco en él o, por lo menos, no lo hiciera aún. Los dos presidentes anteriores recorrían el condado por las tardes después de cerrar el banco y también los domingos —en el coche de punto o en el Packard negro— para ver los algodones cuyas hipotecas custodiaban, algo que el nuevo presidente aún no había empezado a hacer. Pero no porque creyera que no representaba aún de verdad las hipotecas.

Eso no lo había puesto nunca en duda. Ni le asustaba creerlo ni era demasiado manso ni dubitativo. Era porque todavía estaba viendo y aprendiendo. No era que hubiese aprendido dos lecciones cuando creía que sólo estaba aprendiendo la necesaria que era la respetabilidad, sino que la segunda lección ya se la traía aprendida de Frenchman's Bend. Se trataba de la humildad, de la única clase de humildad que merece la pena: la humildad de saber que hay un montón de cosas que no sabes, pero que si tienes la paciencia de ser humilde y de fijarte el tiempo suficiente, sobre todo sin perder de vista el camino que ya has recorrido, terminarás por aprenderlas. De manera que ahora por las tardes y también los domingos, todo lo que había era aquella casa a la que no se invitaba a nadie a ver a Flem en su sillón giratorio en la única habitación que utilizaba, con el sombrero puesto y mascando nada sin descanso, con los pies apoyados en aquel pequeño saliente de madera, paradoja sin pintar, clavado a la repisa de la chimenea, tallada y pintada a mano, como uno de esos lemas enmarcados que se cuelgan de la pared en el sitio donde uno trabaja o piensa y que dicen *Recuerda la muerte o Sigue sonriendo y trabajando o Dios es amor* para recordar, no sólo a uno mismo, sino a todos los extraños que también lo ven, que no se ignora por completo el hecho de que existe la remota posibilidad de que haya hecho falta un poquito más que el simple esfuerzo personal para haber llegado hasta donde se está.

Pero todo eso, el saliente para apoyar los pies y todo lo demás, llegaría más adelante. De momento el abogado era libre. Y después —habían pasado más de tres días desde la llegada de Linda a Nueva York, pero menos de trescientos— sí que fue,

como diría el otro, verdaderamente libre. Estaba apoyado en el mostrador del vestíbulo de la oficina de correos con la carta ya abierta en la mano cuando entré yo; tampoco era culpa suya que en aquel momento el vestíbulo estuviese vacío.

—Se llama Barton Kohl —dijo.

—Seguro que sí —le respondí—. ¿El nombre de quién?

—El nombre de aquel sueño —dijo.

—Colé —dije yo.

—No —dijo él—. Lo pronuncias Colé. Se deletrea K-o-h-l.

—Ah —dije—. Kohl. No me suena muy americano.

—¿Te suena muy americano Vladimir Kyrilytch?

Pero el vestíbulo estaba vacío, lo que, como ya he dicho, no era culpa suya.

—Maldita sea —dije—. Es una triste gracia que un Ratliff de cada generación durante el siglo y medio que ha pasado desde que el maldito Congreso yanqui nos desterró a las montañas de Virginia haya tenido que pasarse media vida tratando de hacer olvidar su nombre de pila para que luego venga alguien a decirlo en voz alta donde todos lo oigan. Fue Eula quien se lo dijo.

—Está bien —dijo él—. Te ayudaré a enterrar la vergüenza familiar... Sí —añadió—. Es judío. Escultor, probablemente un escultor muy bueno.

—¿Muy bueno por eso? —dije yo.

—Probablemente, aunque no exclusivamente. Muy bueno a causa de ella.

—¿Linda va a hacer de él un buen escultor, fuera lo que fuese antes, por el hecho de casarse con él?

—No. Tiene que ser el mejor de su profesión, sea la que sea, para que lo haya elegido.

—De manera que ya se ha casado —dije.

—¿Cómo? —dijo él—. No. Acaba de conocerlo, ya te lo he dicho.

—Así que no está usted... —casi dije *a salvo todavía* antes de darme cuenta y cambiarlo— seguro todavía. Quiero decir que Linda no se ha decidido aún.

—¿De qué demonios crees que estoy hablando si no? ¿No recuerdas lo que te dije el otoño pasado? ¿Que se enamoraría una vez y sería para siempre?

—Excepto que usted dijo que estaba «condenada».

—De acuerdo —dijo.

—Condenada a la fidelidad y al sufrimiento, dijo usted. A amar una vez muy intensamente y a perder ese amor en seguida y a ser fiel y sufrir para el resto de su vida. Pero al menos no lo ha perdido aún. De hecho ni siquiera lo tiene aún. Estoy en lo cierto, ¿no es eso?

—¿No he dicho que de acuerdo? —dijo.

Eso fueron los primeros seis meses, más o menos. Un año después de eso, el pequeño saliente para apoyar los pies ya estaba clavado en la repisa estilo Mount Vernon pintada a mano: aquel reborde de madera sin pulimentar que parecía salido de un montón de desechos, clavado por un carpintero de pueblo a lo que se podría llamar

el Matterhorn virginal de la respetabilidad para permitir al alpinista que se agarrase a él, jadeante, y sacase fuerzas de flaqueza para el último intento a vida o muerte de desfigurar la cima suprema, el pico más alto, con sus iniciales victoriosas. Pero no era ésa la situación en su caso; y allí aparecía de nuevo la humildad: no en público, donde sería un insulto para todos y cada uno de los que veneraban el alpinismo del Banco de los Comerciantes y Granjeros, sino en privado, como en una capilla o en un discreto santuario; no para agarrarse jadeante a él, desesperado e indómito, sino para apoyar los pies en él mientras estaba cómodamente sentado.

Esta vez pasaba yo por delante de las escaleras que llevaban al despacho del abogado cuando su titular torció la esquina a toda velocidad, como de ordinario, con la mayoría de los documentos jurídicos a punto de caérsele de los bolsillos, pero también con algunos en la mano, como de costumbre. Quiero decir que tenía dos maneras de andar: o estaba más o menos completamente quieto o parecía que se le habían prendido fuego los faldones de la chaqueta.

—Vuelve corriendo a casa a por la maleta —me dijo—. Esta noche salimos para Nueva York desde Memphis.

De manera que subimos las escaleras, y nada más entrar en el despacho cambió como de costumbre de manera de andar. Tiró encima de la mesa los papeles revueltos que llevaba, cogió una de las pipas de mazorca del cuenco donde las guardaba y se sentó; y sólo cuando empezó a registrarse la chaqueta en busca de cerillas o tabaco o lo que quiera que fuese advirtió la presencia del resto de los papeles y también los tiró encima de la mesa; luego se recostó en el sillón como si dispusiera de todo el tiempo del mundo y no pudiera prever tampoco que fuese a suceder nada en los cien próximos años.

—Inauguran la casa —dijo.

—Se refiere usted a la recepción, ¿no es eso? ¿No es así como lo llaman, después de que hayan pagado al predicador sus dos dólares? —no dijo nada, allí sentado y tratando de encender la pipa con la meticulosidad de un joyero que fundiera una gota exacta de platino quizá para un reloj—. Así que no se casan —dije—. Sólo se juntan. He oído hablar de eso: es la razón de que los llamen sueños de prueba tipo Grinnich Village: cuando despiertas no hace falta que saltes de la cama y corras a toda velocidad en busca del abogado más cercano especializado en divorcios.

No se movió. Tan sólo se erizó, con tanta energía y rapidez que no tuvo tiempo de cambiar de posición. Siguió allí sentado y se le puso el pelo de punta como a un erizo, pero sin moverse, por supuesto: tan sólo diciendo con frialdad y calma, puesto que incluso un erizo, una vez que se ha preparado y ha sacado las púas, puede permitirse también una voz fría, tranquila y mesurada:

—De acuerdo. En ese caso le atribuiré el término «matrimonio». ¿Deseas rechazarlo o lo pones en duda? ¿Quizá estás incluso en condiciones de sugerir otro mejor? Porque no queda tiempo suficiente —dijo—. ¿Suficiente? No queda tiempo. A la gente joven de hoy no le queda tiempo porque sólo estúpidos de menos de

veinticinco años son capaces de creer, y no digamos nada de esperar, que quede tiempo..., para ninguno de nosotros, para nadie que viva hoy...

—No se necesita mucho tiempo para decir «Sí, quiero» delante de un predicador y luego pagarle lo que los tres decidan que vale la ceremonia.

—¿No acabo de decir que ni siquiera se dispone de ese tiempo si todo lo que has vivido no son más que veinticinco o treinta años...?

—De manera que son éstos los que tiene —dije—. Antes se detuvo usted en los veinticinco.

Pero ya no lo detuvo nada.

—Apenas una década desde que sus padres y sus tíos y sus hermanos terminaron la que iba a librar para siempre de parásitos a las estructuras del gobierno: de los propietarios hereditarios, de los granjeros generales del problema humano y que acababa de matar a ocho millones de personas y arruinado una franja de sesenta quilómetros de ancho en el centro de Europa Occidental. Y sin embargo, antes de que haya pasado una docena de años los mismos viejos y cínicos manipuladores, sin molestarse siquiera en cambiar de nombre y de rostro, sino simplemente adoptando un conjunto de nuevos títulos sacados de la palabrería del léxico democrático y de su mitología, sin cambiar siquiera el paso para unirse de nuevo, con el fin de acabar con la única desesperada esperanza condenada al fracaso... —*ahora seguirá con la gente que rompió el corazón del presidente Wilson y acabó con la Liga de Naciones*, pensé, pero fue él quien no cambió siquiera el paso—: El que está en Italia y el otro mucho más peligroso de Alemania, porque todo lo que Mussolini tiene a su disposición son italianos, mientras que el otro cuenta con alemanes. Y el de España, que lo único que necesita es que todos lo dejemos tranquilo un poco más, que creamos que si cerramos los ojos el tiempo suficiente se esfumará todo. Y sin contar con...

—Sin contar con el de Rusia —intervine yo.

—... los que tenemos aquí en casa: las organizaciones con nombres altisonantes aliadas en nombre de Dios contra los impuros en moral y en política y contra los que no tienen ni el color de la piel, ni la raza ni la religión convenientes: Ku-Klux-Klan y Camisas Plateadas; sin contar con los paladines locales indígenas como Long de Luisiana y nuestro Bilbo de Mississippi y sin contar tampoco con nuestro propio senador, aquí, en el condado de Yoknapatawpha, Clarence Egglestone Snopes...

—Y sin contar con el de Rusia —dije yo.

—¿Qué? —dijo él.

—De manera que es eso —dije yo—. No sólo es escultor, sino comunista por añadidura.

—¿Cómo? —dijo el abogado.

—Barton Kohl. La razón de que no hayan empezado por casarse es que Barton Kohl es comunista. No cree ni en las iglesias ni en el matrimonio. No le dejan.

—Él quería casarse —dijo el abogado—. Es Linda la que no ha querido —de manera que esta vez fui yo quien dijo ¿Qué? y él allí sentado tan desapacible e

inabordable como un erizo—. ¿No lo crees? —dijo.

—Sí —respondí—. Sí que lo creo.

—¿Por qué tendría que querer casarse? ¿Es que ha podido ver algo en el matrimonio que ha tenido delante por espacio de diecinueve años que lo hiciera deseable?

—Está bien —dije—. Está bien. Pero ése es el motivo que no me creo. Me creo el primero, el de que no hay tiempo suficiente. Un motivo que uno se puede creer cuando es lo bastante joven. Cuando se es lo bastante joven y lo bastante valiente, se puede aborrecer la intolerancia y creer en la esperanza y, si se tiene el valor suficiente, por supuesto, obrar en consecuencia —me seguía mirando—. Me hubiera gustado ser yo —dije.

—No se trata de casarse con alguien, sino de casarse con cualquiera para que sea matrimonio. Simplemente para que no sea concubinato o adulterio. Tú también.

—Eso no —dije—. Me gustaría ser uno de ellos. Creer en la intolerancia y en la esperanza y obrar en consecuencia. A cualquier precio. Incluso a costa de tener otra vez menos de veinticinco años, como le pasa a ella, para hacerlo. Incluso ser un escultor de treinta años de Grinnich Village como él.

—De manera que te niegas a creer que todo lo que Linda quiere sea estar juntos abrazados y ser felices como ella dice.

—Sí —dije.

—Yo tampoco me lo creo —de manera que no me fui entonces, ni tampoco cuando dijo—: Tonterías. Vamos. Después nos llegaremos hasta Saratoga y buscaremos la zanja o la colina o cualquiera que fuese el sitio por donde tu primer antepasado inmigrante Vladimir Kyrilytch Ratliff entró en la tierra donde tú has nacido.

—Por entonces no se llamaba Ratliff aún —dije—. No sabemos cuál era su apellido. Lo más probable es que Nelly Ratliff no fuera capaz de deletrearlo y mucho menos de pronunciarlo. Quizá de hecho tampoco él era capaz. Además, ni siquiera era Ratliff entonces. Era Ratcliffe... No —dije—. Bastará con que vaya usted. Conseguirá una corroboración más barata y no tendrá que gastar dinero en el billete de ida y vuelta y en tres comidas diarias.

—¿Corroboración de qué? —dijo él.

—De este trascendental momento de su vida en que Linda se propone, de manera oficial o por lo menos solemne, aliarse o arrejuntarse con un amigo del sexo contrario, como diría el otro, ¿acaso el motivo de este viaje no es decirles por fin a ella y a él quién es Linda? —luego añadí—. Por supuesto. Ella lo sabe ya —y él dijo:

—¿Cómo habría podido evitarlo? ¿Cómo podría haber vivido con él en la misma casa durante diecinueve años y seguir creyendo en la posibilidad de que fuese su padre, aunque tuviera pruebas incontrovertibles de ello?

—Pero usted no se lo ha dicho nunca —dije. Luego añadí—: Es todavía peor. Siempre que le da al asunto las vueltas suficientes para preocuparse un poco y acudir

a usted y tal vez decirle, «Dígame la verdad. No es mi padre», siempre tiene la seguridad de que usted le responderá, «Te equivocas; sí que lo es». ¿Es ésa la dependencia y la necesidad de la que me hablaba antes? —ahora no me estaba mirando—. ¿Qué haría usted si lo volviera del revés y le dijera «¿Quién es mi padre?»? —no; no me estaba mirando—. De acuerdo —dije—. No se lo va a preguntar nunca. Supongo que también ella ha observado lo bastante a Gavin Stevens para saber que hay algunas mentiras que no debiera verse obligado a decir —no me miraba en absoluto—. De manera que esa dependencia también funciona con viaje de ida y vuelta —dije.

Regresó a los diez días. Y pensé que, quizá, si el escultor era capaz de pillarla desprevenida, tal vez medio dormida aún, y la convenciera para salir de la cama y llevarla hasta el altar o incluso simplemente ante un juez de paz, antes de que se diera cuenta, quizá él —el abogado— estaría de verdad libre. Luego comprendí que aquello no llegaba siquiera a la categoría de posibilidad remota, porque una vez que me quité de los ojos las telarañas de esperanza comprendí que sin duda el abogado sabía desde hacía años lo que probablemente Eula captó en cuanto le echó la vista encima: que nunca sería libre porque nunca querría serlo, ya que aquello era su vida y si llegara a perderlo no le quedaría nada. Me refiero al derecho, al privilegio y la oportunidad de dedicar para siempre su capacidad de ser responsable a algo que nunca serviría para satisfacer su apetito y que nunca lo amenazaría con darle siquiera un hueso a modo de recompensa. Y recordé lo que había dicho en otra ocasión acerca de cómo Linda estaba condenada a la fidelidad y a la monogamia: a amar una vez, perder al objeto de su amor y luego sufrir, y yo dije que pensaba lo mismo, que ser la hija de Helena de Troya era como ser el ex-papa de Roma o el ex-emperador del Japón: una cosa sin mucho futuro. Y ahora sabía que el abogado estaba casi en lo cierto, aunque no había puesto el verbo «condenar» en el sitio correcto: porque no era ella la que estaba condenada, y probablemente las cosas no le irían mal; era el destinatario de la fidelidad y de la monogamia y del amor, y el otro, propietario de la responsabilidad y que jamás querría, ni mucho menos esperaría, hueso alguno, los que estaban condenados; y cómo de los dos el más afortunado podía ser aquél a quien se le cayera el techo encima mientras se subía o se bajaba de la cama.

Como es lógico no hubiera llegado a ninguna parte tratando de decirle todo aquello, de manera que el sentido común me sugirió que no lo intentara. Y gracias en parte a mantenerme alejado, pero sobre todo a pelear como un demonio, igual que Jacob con su ángel, conseguí finalmente no decírselo y resistir una tentación tan fuerte como la que más, porque significa renunciar deliberadamente a la oportunidad de sentenciar más tarde «Ya te lo dije». Así que pasó el tiempo. El pequeño reposapiés adicional ya estaba clavado en la repisa de la chimenea, aunque nadie lo había visto nunca si se exceptúa al jardinero negro, que se convirtió en un hombre legendario para Jefferson después de que lo mencionara en mi presencia y de que a él (probablemente) y a mí se nos ocurriera volver a mencionarlo a algunos de nuestros

amigos más íntimos: una parte de la leyenda de los Snopes y otro de los monumentos de Flem en la serie que se prolongaba y ascendía a partir de aquel depósito de agua del que nunca llegamos a saber si se había recuperado todo el latón desaparecido que los dos fogoneros negros, muertos de miedo, habían echado dentro durante el régimen Snopes en la central eléctrica.

Luego estábamos ya en 1936, y cada vez quedaba menos tiempo: Mussolini en Italia, Hitler en Alemania y, como no podía ser menos, también el otro en España; el abogado dijo:

—Haz la maleta. Mañana por la mañana tomamos el avión en Memphis... No, no —continuó—; esta vez no hay peligro de que te contamines por asociación. Van a casarse. Se marchan a España para incorporarse al ejército republicano y al parecer él le ha dado la lata y ha insistido hasta que probablemente Linda ha dicho, «Me rindo; haremos lo que tú digas».

—Así que, después de todo, no ha resultado ser un artista liberal, emancipado y de ideas avanzadas —dije—. No es más que un tipo corriente como todo el mundo, que cree que si una chica está bien para acostarse con ella, también se merece tener un techo sobre la cabeza y algo que comer y un poco de dinero en el bolsillo para lo que le quede de vida.

—Está bien —dijo él—. Está bien.

—Pero vamos a ir en tren —dije—. No es simplemente porque me dé miedo subirme a un aeroplano sino porque cuando crucemos Virginia podré ver el sitio por donde el primer Vladimir Kyrilytch se abrió camino en los Estados Unidos —así que ya estaba en la esquina con mi maleta cuando el abogado se presentó con el coche, se detuvo, abrió la portezuela, me miró y luego hizo lo que en el cine llaman un *double take* y dijo:

—Vivir para ver.

—Es mía —dije—. La he comprado.

—Tú —dijo— con una corbata. Tú, que nunca te has puesto ni has tenido una en toda tu vida.

—Usted me ha dado el motivo. Vamos a una boda.

—Quítatela —dijo.

—No —le respondí.

—No viajaré contigo. No me verás contigo.

—No —dije—. Quizá no sea sólo la boda. Voy a permitir que todos los primeros pasos de V. K. Ratliff me vean por primera vez. Quizá estoy tratando de acomodarme a ellos. O, por lo menos, de que no tengan que avergonzarse —así que aquella noche tomamos el tren a Memphis y al día siguiente estábamos en Bristol, Virginia; luego Roanoke y Lynchburg, para después girar hacia el noreste siguiendo las montañas azules, porque todavía más allá, no sabemos el sitio con exactitud, es donde aquel primer Vladimir Kyrilytch encontró por fin un lugar en el que detenerse, el Vladimir Kyrilytch cuyo apellido ignorábamos o que quizá ni siquiera tuvo uno hasta que

Nelly Ratliff, que entonces se deletreaba Ratcliffe, lo encontró, como tampoco sabíamos lo que estaba haciendo en uno de los regimientos de mercenarios alemanes del ejército del general Burgoyne que fue derrotado en Saratoga, excepto que el Congreso se negó a cumplir los términos de la rendición y condenó a todo el grupo a vagabundear durante seis años por Virginia sin comida ni dinero y, a los que eran como aquel primer V. K., también sin idioma en el que expresarse. Pero él nunca necesitó ninguna de las tres cosas para llegar a la zona que le convenía y al henil exacto donde Nelly Ratcliffe, que quizá buscaba huevos o algo parecido, lo encontró. Ni tampoco necesitó nunca idioma alguno para comerse lo que ella le llevaba; y quizá nunca supo nada sobre faenas agrícolas hasta el día en que finalmente Nelly lo llevó a donde sus familiares pudieran verlo; ni tampoco necesitó saber el idioma para hablar del siguiente paso, que fue cuando alguien —su madre o hermanos o quienquiera que fuese, tal vez un simple vecino— notó la tripa de Nelly; de manera que se casaron y así fue como V. K. tuvo de verdad legalmente el apellido Ratcliffe; el V. K. que vino tras él se marchó a Tennessee y el siguiente se mudó a Mississippi, sólo que para entonces su apellido ya se deletreaba Ratliff, y al hijo mayor se le sigue llamando Vladimir Kyrilytch y todavía sigue empleando media vida en evitar que alguien lo descubra.

A la mañana siguiente estábamos en Nueva York. Era muy temprano; ni siquiera habían dado las siete. Era demasiado temprano.

—Probablemente no habrán terminado aún de desayunar —dije.

—¡Desayunar! —dijo el abogado—. Ni siquiera se habrán acostado. Esto es Nueva York, no el condado de Yoknapatawpha —de manera que fuimos al hotel donde el abogado había reservado una habitación. Sólo que no era una habitación, sino tres: una sala de estar y dos dormitorios—. También podemos desayunar aquí —dijo.

—¿Desayunar? —pregunté.

—Nos lo subirán aquí.

—Esto es Nueva York —dije—. En el condado de Yoknapatawpha puedo desayunar en el dormitorio o en la cocina o en el porche de atrás —de manera que bajamos al comedor. Luego dije—: ¿A qué hora desayunan aquí? ¿Al ponerse el sol? ¿O es simplemente cuando se levantan?

—No —dijo él—. Ahora que lo pienso tenemos que hacer un recado primero... No —dijo—; tenemos que hacer dos recados —me estaba mirando la corbata, aunque tengo que reconocer, en justicia, que no había vuelto a mencionarla desde la primera vez, cuando me subí al automóvil en Jefferson. Y recuerdo que en una ocasión me dijo que quizá Nueva York no estaba hecha para ningún clima de los que conoce el ser humano, pero que por lo menos algún tiempo meteorológico estaba hecho exactamente para Nueva York. Y en ese caso teníamos sin duda una muestra: uno de esos suaves días, azules y somnolientos, de principios de otoño, cuando el cielo mismo parece descansar sobre la tierra como una delicada niebla azul, con los altos

edificios alzándose veloces en él y luego deteniéndose, las agudas aristas disolviéndose como si el sol no estuviera simplemente brillando sobre ellas, sino más bien tarareando, como cuando cantan los hilos del telégrafo. Luego lo vi: una tienda, con escaparate; todo un escaparate en el que sólo había una corbata.

—Un momento —dije.

—No —dijo él—. No había problema mientras sólo la veían los revisores, pero no te puedes enfrentar así con un predicador.

—No —dije—; espere —porque también yo había oído hablar de aquellas tiendas en las calles a trasmano de Nueva York—. Si hace falta todo un escaparate para exponer una sola corbata, lo más probable es que pidan tres o cuatro dólares por ella.

—Ya no podemos evitarlo —dijo—. Esto es Nueva York. Vamos.

Y dentro no había nada excepto unas sillas doradas, dos señoras vestidas de negro y un individuo que parecía un miembro del Congreso o por lo menos un predicador y que conocía al abogado por su nombre y apellido. Y a continuación un despacho con un escritorio, un jarrón con flores y una mujer morena, baja y regordeta, con un vestido que no le sentaba bien pero que tampoco le hubiera sentado bien a nadie, mechones grises en el pelo y los ojos oscuros más bonitos que yo había visto nunca, aunque fueran un poco saltones; la mujer le dio un beso al abogado y él le dijo:

—Myra Allanovna, te presento a Vladimir Kyrilytch —y ella me miró y dijo unas palabras; sí, me di cuenta de que era ruso, y el abogado continuó:

—Fíjate en lo que lleva, si es que eres capaz de soportarlo —y yo dije:

—Seguro que no está tan mal como todo eso. Por supuesto yo preferiría que fuese amarilla y roja en lugar de rosa y verde, pero de todas formas... —y ella dijo:

—¿Le gustan el amarillo y el rojo?

—Sí, señora —dije. Y luego añadí— De hecho —antes de poder pararme y ella dijo:

—Sí, dígame —y yo dije:

—Nada. Estaba pensando que si se pudiera imaginar una corbata y acto seguido cogerla y ponérsela, yo imaginaría una que fuera roja con unos cuantos o quizá con un solo girasol en el centro —y ella dijo:

—¿Girasol? —y el abogado dijo:

—¿Helianthe? —luego añadió—. No, no es eso. Tournesol. Sonnenblume —y ella dijo Un momento y ya se había ido, y después fui yo quien dijo Un momento.

—Ni siquiera una corbata de cinco dólares bastaría para pagar todas esas sillas doradas.

—Ya es demasiado tarde —dijo el abogado—. Quítatela —excepto que cuando ella volvió, no sólo no había ningún girasol en la que traía, sino que ni siquiera era roja. Era simplemente polvorienta. No, eso no es cierto; porque ya se había tenido tiempo de mirarla para entonces. Parecía como el exterior de un melocotón, del que sabes que dentro de un minuto, con tal de que consigas no parpadear, empezará a ponerse de color melocotón. Excepto que la corbata no lo hacía. Seguía espolvoreada

con oro, como la espalda de una chica quemada por el sol—. Sí —dijo el abogado—; manda a alguien para que le compre una camisa blanca. No se ha puesto nunca una camisa blanca.

—No, nunca —dijo ella—. Siempre azules, ¿no es cierto? ¿Y siempre ese mismo azul? ¿El mismo azul de sus ojos?

—Así es —dijo.

—Pero, ¿cómo? —dijo ella—. ¿Destiñéndolas? ¿Lavándolas simplemente?

—Eso es —dijo—. Sólo las lavo.

—¿Quiere decir que las lava usted? ¿Con sus propias manos?

—También se las hace él —dijo el abogado.

—Es cierto —dijo—. Vendo máquinas de coser. Cuando me quise dar cuenta también sabía manejarlas.

—Por supuesto —dijo ella—. Ésta para ahora. Mañana la otra, roja con sonnenblume —en seguida estábamos otra vez en la calle. Yo trataba todavía de decir Un momento.

—Ahora tengo que comprar dos —dijo—. Estoy tratando de hablar en serio. Quiero decir que haga el favor de creer que estoy hablando tan en serio como el que más. Exactamente, ¿qué precio le calcula usted a la que había en el escaparate?

Y el abogado, sin detenerse siquiera, diciendo por encima del hombro, en medio de la gente que nos empujaba en todas direcciones:

—No lo sé. Sus corbatas suben hasta ciento cincuenta dólares. Pongamos setenta y cinco... —fue exactamente como si alguien me hubiera dado un golpe ligero con el borde de la mano en la nuca, y cuando me quise dar cuenta estaba apoyado contra la pared, alejado de la multitud en movimiento, y temblando como un azogado mientras el abogado más o menos me sostenía.

—¿Estás ya mejor? —dijo.

—No, no lo estoy —respondí—. ¿Setenta y cinco dólares por una corbata? ¡No puedo! ¡No quiero!

—Tienes cuarenta años —me dijo—. Deberías haber comprado un mínimo de una corbata al año desde que te enamoraste por primera vez. ¿Cuándo fue eso? ¿A los once? ¿doce? ¿trece? O quizá no tuvieras más que ocho o nueve, la primera vez que fuiste a la escuela..., con tal de que en párvulos tuvieras maestra, claro está. Pero lo vamos a dejar en veinte. Veinte años, a dólar por corbata y año. Eso hacen veinte dólares. Como no te has casado ni te vas a casar ni tienes ningún pariente lo bastante cercano para agotarte y destrozarte con sus cuidados o con la esperanza de sacarte algo, puedes vivir otros cuarenta y cinco. Eso hace sesenta y cinco dólares. Nadie ha conseguido nunca una corbata de Allanovna por sólo diez dólares.

—¡No estoy dispuesto! —dijo—. ¡No quiero!

—Está bien. Entonces te las regalaré yo.

—No puedo aceptarlas —dijo.

—De acuerdo. ¿Quieres volver y decirle que no?

—¿No se da cuenta de que tampoco puedo hacer eso?

—Está bien —dijo—. Ven. Ya nos hemos retrasado un poco —así que cuando llegamos al hotel a donde íbamos, entramos directamente en el bar.

—Casi hemos llegado ya —dije—. ¿No me puede decir de quién se trata?

—No —dijo—. Esto es Nueva York. Quiero divertirme un poco y pasarlo bien —y un momento después, cuando me di cuenta de que el abogado nunca le había echado la vista encima, debería haber imaginado por qué había insistido tanto en que le acompañara en aquel viaje. Sólo que recordé que en aquel caso no hubiera necesitado ayuda de nadie porque, de todos modos, se está obligado a tener cierta afinidad de agravio con un hombre que, como aquel individuo, ha sido durante veinticinco años tan parte y parte tan grande de la simple, normal y natural angustia de tener que volver a despertarte por las mañanas. Así que dije:

—¡Caramba! ¿Qué tal te va, Hoake? —porque allí estaba, con algo de gris en las sienes, y aspecto no sólo de hombre tostado por el sol, sino de hombre rico tostado por el sol, que, para probarlo, no necesitaba siquiera aquel traje oscuro de ciudad que debía de costar una fortuna, y menos aún los dos camareros que revoloteaban alrededor de su mesa, instalado ya en el sitio a donde el abogado lo había hecho venir desde el lugar del oeste donde lo hubiera localizado, de la misma manera que me había hecho venir a mí para aquel día especial. Aunque no era el abogado quien nos había traído a McCarron y a mí desde mil quinientos quilómetros de distancia y tres mil más, para que los tres nos reuniéramos en un bar de Nueva York: era aquella chica quien lo había hecho —aquella chica que no había visto nunca a uno de los tres y que, si se me pidiera testimonio bajo juramento, tendría que confesar que nunca había dicho mucho más que buenos días a los otros dos—, aquella chica que probablemente ignoraba, y que, en todo caso, le tenía sin cuidado su condición de heredera de la desgraciada cualidad materna de atraer por lo menos a cuatro hombres a aquella telaraña, a aquel solitario cabello estrangulador; y que nos había atraído a los cuatro sin levantar siquiera un dedo —a su marido, a su padre, al hombre que aún trataba de dar su vida por su madre si conseguía encontrar a alguien que la quisiera y lo que se podría llamar un testigo, amigo de la familia— para que desempeñáramos los papeles secundarios mientras ella decía «Sí quiero» deslizándose por una cadena de montaje matrimonial en el ayuntamiento antes de embarcarse camino de Europa para hacer lo que fuera que se imaginaba que iba a hacer en aquella guerra. Así que fui yo quien dijo:

—Hoake, te presento al abogado Stevens —ahora con tres camareros (era sin duda así de rico) esforzándose por ayudarnos a tomar asiento.

—¿Qué beberá usted? —le dijo al abogado—. Sé lo que quiere V. K.: Bushmill's —dirigiéndose al camarero—. Traiga la botella. Te va a parecer que estás de vuelta en casa —me dijo a mí—. Sabe exactamente igual que aquel mejunje que hacía Calvin Bookwright, ¿lo recuerdas? —en seguida también él la estaba mirando—. Es una Allanovna, ¿no es cierto? —dijo—. Veo que has extendido un poco tus

actividades desde Frenchman's Bend, ¿no es así? —después miró al abogado. Se bebió de un trago el contenido del vaso y el camarero se presentó a su lado con la botella antes de que pudiera hacerle una señal—. No se preocupe —dijo—. Le he dado mi palabra y voy a cumplirla.

—Tampoco hace falta que te preocupes —dije—. El abogado tiene bien segura a Linda. Va a creer siempre lo que él le diga, prescindiendo de lo que cualquier otra persona pueda olvidar y tratar de contarle —y podíamos haber almorzado allí también, pero el abogado dijo:

—Esto es Nueva York, así que vamos a comer a la cabaña sobre el manantial del tío Cal Bookwright, igual que si estuviéramos en casa —de manera que fuimos a ese restaurante. Y muy pronto llegó la hora. Mientras nos bajábamos del taxi que nos llevó al ayuntamiento, llegó otro y se apearon los novios. Él no era grande, pero lo parecía, como si fuese un jugador de fútbol americano. No: como si fuese un luchador. No parecía simplemente fuerte; implacable tampoco es la palabra. Daba la impresión de que te vencería o de que quizá pudieras ganarle pero lo más probable sería que no, o de que quizá te matara o de que quizá tú lo mataras, aunque lo más probable sería que no. Pero que nunca regatearía contigo, mirándote con ojos que eran tan claros como los de Hub Hampton pero sin su dureza: se limitaban a mirarte sin prisa y a fondo, sin perderse nada, y con una idea previa sumamente correcta de lo que iba a ver.

Entramos. Era una sala muy larga, un corredor y una cola de personas de dos en dos en la que Linda y Barton habrían sido los últimos, si no fuera porque era una cola que nunca tenía un último: siempre un penúltimo y no durante mucho rato, hasta llegar a una puerta que decía REGISTRO CIVIL. Tampoco dentro estuvimos mucho tiempo; los dos taxis seguían esperándonos. «Así que esto es Grinnich Village», dije cuando llegamos. La puerta daba directamente a la calle, pero con un retalito de tierra detrás al que se podría llamar patio, pero al que quizá la gente de la ciudad llamara jardín; tenía incluso un árbol, con tres cosas colgando que, indudablemente, en la primavera o en el verano serían hojas. Por dentro, sin embargo, la casa era agradable: llena de gente, por supuesto, con dos camareros que entraban y salían zigzagueando con bandejas de copas de champán y tres o cuatro de los invitados ayudando también, sin contar con los que iban a ocupar el apartamento, una pareja de la misma edad que los novios aproximadamente, mientras Linda y su marido recién estrenado se iban a la guerra de España.

—¿También él es escultor? —le pregunté al abogado.

—No —me respondió—. Es periodista.

—Ah —dije—. Entonces es probable que hayan estado casados todo el tiempo.

Era agradable: una habitación llena de ventanas. También había muchas cosas dentro, pero daban la sensación de ser utilizadas: una pared llena de libros y un piano y algo que yo sabía que eran cuadros porque colgaban de la pared y algunas de las otras cosas sabía que eran esculturas, pero el resto no sabía lo que eran, hechas de

trozos de madera o hierro o tiras de hojalata y alambres. Sólo que no podía preguntarlo en aquel momento debido a los demás poetas y pintores y escultores y músicos, ya que el dueño de la casa tendría que seguir siendo el anfitrión hasta que pudiéramos escaparnos —él y Linda y el abogado y Hoake y yo— e ir en busca del barco; estaba claro que mucha gente encuentra sus sueños en Grinnich Village pero sin duda era una ocasión especial que alguien se casara allí. Y uno de ellos no era siquiera poeta ni pintor ni escultor ni músico, ni tampoco un periodista corriente de buenas costumbres, sino a todas luces el dueño de una tienda de artículos para caballero que sencillamente se había tomado libre el sábado por la tarde. Porque nada más entrar en la habitación no sólo la estaba mirando sino que la palpó, cogiéndola entre el dedo gordo y el índice.

—Allanovna —dijo.

—Así es —respondí.

—¿Oklahoma? —preguntó—. ¿Petróleo?

—¿Perdone? —dije.

—Ah —respondió—. Texas. Ganado entonces. En Texas se pueden escoger los millones entre el petróleo y el ganado, ¿no es cierto?

—No, señor —dije—. Mississippi. Vendo máquinas de coser.

Así pasó algún tiempo hasta que Kohl vino por fin a llenarme otra vez la copa.

—Tengo entendido que se crió usted con la madre de Linda —dijo.

—Es cierto —dije—. ¿Son tuyas éstas?

—¿Estas qué? —dijo él.

—En esta habitación —dije.

—Ah —dijo él—. ¿Quiere ver más? ¿Por qué?

—No lo sé todavía —dije—. ¿Importa mucho?

Así que nos abrimos paso a través de la gente —ya empezaba a hacer falta utilizar los codos para entonces—, llegamos a un vestíbulo y luego subimos unas escaleras. Y aquello era lo mejor de todo: un sobrado con todo un lado del tejado de cristal; no simplemente una habitación que se usaba, sino donde alguien venía a trabajar. Kohl se quedó un poco detrás de mí, discretamente, dejándome tiempo y espacio para mirar. Hasta que por fin dijo:

—¿Escandalizado? ¿Enfadado? —y yo contesté:

—¿Tengo que escandalizarme y enfadarme por el hecho de que sean cosas que no he visto nunca?

—A su edad, sí —dijo él—. Sólo los niños aceptan las sorpresas por el placer de las sorpresas. Los adultos no soportan las sorpresas a no ser que se les prometa de antemano que van a querer poseerlas.

—Quizá no he tenido aún tiempo suficiente —dije.

—Tómeselo entonces —respondió él. Se apoyó contra la pared con los brazos cruzados como un jugador de fútbol, con el ruido de la fiesta de la que aún se suponía que era el anfitrión llegando por las escaleras desde abajo, mientras yo me tomaba

tiempo para mirar: algunas cosas las reconocí y en el caso de otras casi pude hacerlo y quizá, si hubiera tenido tiempo suficiente, lo habría conseguido, y otras, finalmente, supe que nunca las reconocería del todo, hasta que de repente me di cuenta de que tampoco importaba: ni a él ni tampoco a mí. Porque cualquiera puede ver y oír y oler y tocar y gustar lo que espera oír y ver y tocar y oler y gustar, y no se fijará mucho en tu presencia ni te echará de menos si no estás. De manera que quizá cuando puedes ver y tocar y oler y oír y gustar lo que nunca esperabas y ni siquiera habías imaginado hasta aquel momento, quizá fuera ésa la razón de que el Viejo Patrón te eligiera para ser uno de los vivos.

Así que ya era la hora de aquella cita. Me refiero a la que habían concertado el abogado y Hoake, con este último preguntando:

—Pero, ¿qué le puedo decir a ella..., a su marido..., a sus amigos? —y el abogado le respondió.

—¿Por qué tiene usted que decirle nada a nadie? Ya me he ocupado yo de todo eso. Tan pronto como un número suficiente de invitados hayan bebido a la salud de la novia, llévesela del brazo y desaparezca. Pero no se olvide de estar a bordo a las once y media —sólo que Hoake todavía lo intentó, los dos ya en la puerta, listos para marcharse, Hoake con el traje oscuro de ciudad tan caro y el sombrero hongo en la mano, y Linda con algo parecido a un vestido de fiesta por debajo del abrigo. Y no es que se parecieran, porque no se parecían. Linda era alta para mujer, tan alta que no tenía muy buen tipo (me refiero a ése que hace silbar a la gente) y él no era alto para hombre y, de hecho, más bien rechoncho. Pero tenían exactamente los mismos ojos. De todas formas me pareció que cualquiera que los viese se daría cuenta a la fuerza de que estaban emparentados. Así que aún tuvo que intentarlo:

—Un viejo amigo de la familia de su madre. Es posible que el abuelo de Linda y mi padre fuesen parientes lejanos —y el abogado diciendo:

—Está bien, está bien. No se olvide de la hora —y Hoake diciendo:

—Sí, sí; cenaremos en el Veintiuno y luego iremos al Stork Club, si es que necesitan telefonar.

Acto seguido se marcharon y también desapareció el resto de los invitados, excepto otros tres hombres que descubrí que también eran periodistas, corresponsales en el extranjero; y Kohl en persona ayudó a la esposa de su nuevo inquilino a preparar los espaguetis; luego nos los comimos y bebimos un poco más de vino, tinto esta vez, y ellos hablaron de la guerra, de España y de Etiopía y cómo aquello era el principio: muy pronto se iban a apagar las luces en toda Europa y quizá también en nuestro país; hasta que fue hora de ir al barco. Y más champán una vez que estuvimos allí en el camarote, sólo que el abogado no había hecho más que abrir la primera botella cuando aparecieron Linda y Hoake.

—¿Ya? —dijo el abogado—. No les esperábamos por lo menos hasta dentro de una hora.

—Linda..., decidimos prescindir del Stork Club —dijo Hoake— y atravesar el

parque en coche de caballos. Y ahora... —dijo, sin haber tenido tiempo aún para quitarse el sombrero hongo.

—Quédese y tome un poco de champán —dijo el abogado, y Kohl también intervino. Pero Linda ya le había tendido la mano.

—Hasta la vista, señor McCarron —dijo—. Muchas gracias por la velada y por haber venido a mi boda.

—¿Todavía no eres capaz de decir Hoake? —preguntó él.

—Hasta la vista, Hoake —dijo Linda.

—Espérenos en el taxi —dijo el abogado—. Nos reuniremos con usted dentro de un minuto.

—No —dijo Hoake—. Tomaré otro taxi y dejaré ése para ustedes.

Un instante después ya se había marchado. Linda cerró la puerta y se dirigió hacia el abogado, sacándose algo del bolsillo.

—Tenga —dijo. Era un encendedor de oro—. Ya sé que no va a utilizarlo nunca, porque dice que le parece que nota el sabor de la gasolina cuando enciende la pipa.

—No —dijo el abogado—. Lo que dije fue «sé que noto el sabor».

—Está bien —dijo ella—. Quédeselo de todas formas —de manera que el abogado lo cogió—. Tiene grabadas sus iniciales, ¿ve?

—G L S —dijo el abogado—. No son mis iniciales. Sólo tengo dos: G S.

—Ya lo sé. Pero el de la tienda dijo que un monograma tenía que tener tres, así que le presté una de las mías —luego se puso frente a él y se lo quedó mirando, casi tan alta como el abogado—. Es mi padre —dijo.

—No —dijo el abogado.

—Sí —dijo ella.

—No irás a decirme que te lo ha dicho él —dijo el abogado.

—Sabe usted perfectamente que no. Le hizo jurar que no lo haría.

—No —dijo el abogado.

—Júrelo entonces.

—De acuerdo —dijo el abogado—. Lo juro.

—Le quiero —dijo Linda—. ¿Sabe por qué?

—Dímelo —dijo el abogado.

—Porque todas las veces que me miente sé que nunca se retractará.

Luego la segunda peregrinación sentimental. No; pasó algo antes. Fue la tarde siguiente—. Ahora iremos a recoger la otra corbata —dijo el abogado.

—No —le respondí.

—¿Quieres decir que prefieres ir solo?

—Exactamente —dije—. Así que me encontré solo en el despachito y ella con el mismo vestido que no le sentaría bien a nadie, mirándome ya el cuello de la camisa, vacío, antes incluso de que dejara la corbata y los ciento cincuenta dólares en el escritorio junto a la nueva que ni siquiera había tocado porque me daba miedo. Era un poquito menos encarnada que una hoja de nisa en otoño, pero no tenía un solo

girasol, ni tampoco un ramo, sino muchos girasoles diminutos formando algo parecido a rombos, cada uno con un pequeño centro azul, casi exactamente como el azul de mis camisas después de algún tiempo. No me atreví a tocarla.

—Lo siento —dije—. Pero, compréndalo usted, no puedo. Vendo máquinas de coser en Mississippi. No puedo permitir que se sepa allí que me he comprado dos corbatas a setenta y cinco dólares cada una. Pero igual que yo estoy en el negocio de las máquinas de coser de Mississippi y no puedo llevar corbatas de setenta y cinco dólares, usted está en el negocio de corbatas de Nueva York y no puede permitirse que haya gente que se ponga sus corbatas o que las encargue y luego no las pague. De manera que aquí tiene —dije—. Y le ruego que haga el favor de perdonarme.

Pero ella ni siquiera miró una vez el dinero.

—¿Por qué le llamó el abogado Vladimir Kyrilytch? —me preguntó. Se lo expliqué.

—Sólo que ahora vivimos en Mississippi y tenemos que conseguir que se olvide. Tenga —dije—. Y le pido de nuevo que me dis...

—Quite eso de mi mesa —dijo—. Le he regalado las corbatas. No tiene que pagarlas.

—¿No se da cuenta de que tampoco puedo aceptarlas? —dije—. Como no puedo dejar que en Mississippi alguien me encargue una máquina de coser y, cuando voy a entregársela, diga que ha cambiado de idea.

—De manera —dijo ella— que no puede aceptar las corbatas y yo no puedo aceptar el dinero. Bien. Eso es lo que vamos a hacer... —había un objeto encima de la mesa que parecía una jarrita para nata, pero al abrirlo de golpe vi que era un encendedor—. Vamos a quemarlo, entonces; la mitad por usted, la mitad por mí... —hasta que dije:

—¡Espere, espere! —se detuvo—. No —dije—, no. Quemar dinero, no —y ella dijo:

—¿Por qué no? —y los dos mirándonos, ella empuñando el encendedor y su otra mano y una de las mías sobre el dinero.

—Porque es dinero —dije—. Alguien, en algún sitio y en algún momento hizo..., soportó..., quiero decir que el dinero significa tanto dolor y tanto sufrimiento para alguien en algún sitio, aunque el dinero nunca valga tanto..., quiero decir, no es eso lo que quiero decir... —y ella me interrumpió:

—Sé exactamente lo que quiere usted decir. Sólo los torpes, los analfabetos, los asustados y los que no tienen pasado destruyen el dinero. Lo conservará entonces. Se lo volverá a llevar a..., ¿cómo dice usted?

—Mississippi —dije.

—Mississippi. Donde hay una persona que, no digamos necesita, porque ¿a quién le importa algo tan vulgar como necesitar? Una persona que quiere algo que cuesta ciento cincuenta dólares, un sombrero, un cuadro, un libro, unos pendientes; algo que de ningún modo y en ningún caso sea algo de comer; pero esa persona, él o ella, cree

que nunca lo tendrá, que incluso ha renunciado hace mucho tiempo no al sueño sino a la esperanza... ¿Sabe usted lo que quiero decir?

—Sé exactamente lo que quiere decir porque acaba de decirlo —respondí.

—Entonces deme un beso —dijo. Y aquella noche el abogado y yo salimos camino de Saratoga.

—¿Le dijo usted a Hoake que no intentase darle un montón de dinero, o tuvo él solo el buen sentido de no hacerlo? —le pregunté.

—Sí —me respondió.

—¿Sí cuál? —dije yo.

—Quizá las dos cosas —respondió el abogado. Por la tarde vimos las carreras de caballos y a la mañana siguiente nos llegamos hasta Bemis' Heights y Freeman's Farm. Sólo que, como es lógico, no había ningún monumento a un soldado mercenario de Hesse que quizá ni siquiera sabía alemán, y no digamos americano, y naturalmente tampoco había allí colina ni zanja ni tocón ni roca que alzara la voz y dijese: en ese sitio el primer V. K., tu antepasado, renunció a Europa para siempre y entró en los Estados Unidos. Y dos días después estábamos de regreso en casa, recorriendo en cuarenta y ocho horas la distancia que los primeros V. K. tardaron cuatro generaciones en cubrir; y nos pusimos a ver cómo se apagaban las luces en España y en Etiopía, y a presenciar el avance de la oscuridad que iba a extenderse hacia el este por toda Europa y también Asia, hasta que su sombra cayera sobre las islas del Pacífico y alcanzara incluso a América. Pero todavía faltaba algún tiempo para eso cuando el abogado dijo:

—Sube al despacho —y luego siguió—: Barton Kohl ha muerto. Derribaron su aeroplano (era un avión de pasajeros muy antiguo, armado con ametralladoras de infantería de 1918, con agujeros en el fuselaje para arrojar bombas de fabricación casera, y una tripulación de aficionados que las tiraba con la mano; así luchaban contra la Luftwaffe de Hitler), que se incendió al caer, de manera que probablemente Linda no habrá podido identificarlo aunque haya llegado al sitio donde se estrelló el aparato. No dice qué es lo que se propone hacer ahora.

—Volver aquí —dije.

—¿Aquí? —me respondió—. ¿Volver aquí? —luego añadió—: ¿Por qué demonios no tendría que hacerlo? Es su casa.

—Tiene usted razón —dije—. Es la fatalidad.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Qué es lo que has dicho?

—Nada —respondí—. Sólo he dicho que pienso lo mismo.

OCHO

Charles Mallison

Linda Kohl (que fue Snopes, como diría Thackeray, y que fue también Kohl, puesto que su marido había muerto) no era el primer héroe o heroína de guerra, heridos en combate, que finalmente regresaba, aunque fuera con retraso, a Jefferson. Pero sí era la primera vez que mi tío se tomaba la molestia de ir a darle la bienvenida. No estoy hablando de la estación de ferrocarril; en 1937 hacía ya un año, más o menos, que no pasaba por Jefferson ningún tren del que pudiera apearse un viajero que hubiese pagado su billete. Ni tampoco de la estación de autobuses, porque no se trataba de Jefferson. Fuimos a recibirla al aeropuerto de Memphis, ya que mi tío descubrió aquella mañana en el último momento que era incapaz de hacer solo un viaje en coche de ciento veinte quilómetros de ida y otros tantos de vuelta.

Linda no era siquiera la primera heroína. En 1919 habíamos tenido durante dos semanas a una enfermera, una auténtica teniente —no nacida en Jefferson, es cierto, pero sí al menos pariente de una familia local (o quizá interesada por uno de sus miembros)—, que había formado parte del personal de un hospital de base en Francia y —al menos eso dijo— pasó dos días en un centro de evacuación de heridos desde donde se oía disparar a los cañones situados detrás de Montdidier.

De hecho en 1919 incluso los jeffersonianos de cinco años, que es la edad que yo tenía entonces, estaban un poco hastiados de héroes de guerra, no sólo de los que no tenían ni un rasguño, sino también de los heridos que se apeaban de trenes procedentes de Memphis Junction o de Nueva Orleans. No es que quiera decir con eso que incluso los ilesos se llamaran héroes o creyeran serlo ni que, de hecho, pensarán cualquier otra cosa hasta que llegaron a casa y se encontraron con que les lanzaban ese epíteto desde todas las direcciones, por lo que al fin algunos de ellos, unos pocos, empezaron a creer que quizá lo eran. Me refiero a que se lo repetían quienes habían organizado y orquestado todo aquel estrépito: los que no habían ido a la guerra y por lo tanto estaban disponibles para organizar los grandes desfiles en los puertos de desembarco y los desfiles locales en las cabezas de partido, más pequeños, con barbacoa y cerveza incorporados; los que no habían ido a aquella guerra y no tenían intención de ir a la siguiente ni tampoco a la de después, siempre que para quedarse al margen sólo tuvieran que comprar bonos libres de impuestos y organizar desfiles en honor de los héroes, de manera que la siguiente cosecha de varones de ocho, nueve y diez años pudieran ver las enseñas de las distintas divisiones, los galones de servicio y por heridas recibidas y los correspondientes a las medallas.

Hasta que algunos de ellos, en cualquier caso, empezaron a creer que lo que les repetían tantas voces debía de ser cierto y que, por consiguiente, eran héroes. Porque,

según mi tío Gavin, que también había sido soldado a su manera (en el American Field Service con el ejército francés durante 1916 y 1917, hasta que los Estados Unidos entraron en guerra, y después, también en Francia, como secretario —o como quiera que los llamasen— de la Y.M.C.A), era lo único que les quedaba: jóvenes o incluso adolescentes que, en su mayor parte, tenían tan sólo una idea vaguísima o completamente errónea de dónde estaba y qué era Europa, y ninguna en absoluto sobre ejércitos, y no digamos nada sobre la guerra, elegidos por sorteo, todos menores de veinticinco años y, de la noche a la mañana, regimentados en una fuerza expedicionaria, para sobrevivir (si podían) lo que en aquel momento ni siquiera reconocerían como la experiencia más importante de su vida. Para luego devolverlos, de nuevo sin comerlo ni beberlo y de nuevo de la noche a la mañana, a lo que creían que iba a ser su mundo de siempre (mundo cuyo trastorno, según se les había dicho, habían tenido que soportar, al mismo tiempo que se exponían a la mutilación y a la muerte, para que aún siguiera existiendo cuando volviesen) y descubrir, cuando ya era demasiado tarde, que había desaparecido. De manera que las bandas y los desfiles y las barbacoas y todo el resto del alboroto para festejar a los héroes no sólo tuvo lugar una única vez y estaba ya apagándose incluso antes de que se acostumbraran a ello, sino que casi habían desaparecido ya antes de que los últimos rezagados llegaran a casa, diciéndoles por encima de la carne fría, la grasa solidificada y la cerveza sin fuerza, mientras se apagaban los últimos acordes impacientes de los instrumentos de viento: «Está bien, chicos; comeos la carne y ensaladilla de patata y bebeos la cerveza y apartaos de nuestro camino, porque ya estamos metidos hasta el cuello en este nuevo mundo cuya única y principal industria es una paz no sólo solvente sino vertiginosamente remuneradora».

De manera que, según Gavin, tenían que creer que eran héroes incluso aunque ya no pudiesen recordar exactamente en qué momento o mediante qué acción habían alcanzado, habían entrado en ese estado heroico durante un minuto o un segundo. Porque de lo contrario no les quedaba nada: después de gastar tan sólo una tercera parte de la vida, saber ahora que su experiencia más importante pertenecía al pasado, y descubrir que el mundo por el que tanto habían sufrido y tanto se habían arriesgado, lo habían transformado de tal manera en su ausencia quienes se quedaron en casa, sanos y salvos, que ahora ya no había en él sitio para ellos. Así que estaban obligados a creer, por lo menos, que una pequeña parte de todo ello había sido verdad. Lo que (según Gavin) era la razón de los clubs y de las legiones de excombatientes: el único santuario donde, por lo menos una vez a la semana, podían refugiarse entre los restantes traicionados y desposeídos, confirmándose unos a otros que por lo menos aquel pedacito infinitesimal había sido así.

De hecho (por lo menos en Jefferson) incluso los que regresaron con un brazo o una pierna de menos lo hicieron exactamente como lo que eran cuando se fueron, aunque subrayados, puestos en letra cursiva. Tug Nightingale, por ejemplo. Su padre era el zapatero remendón, con una tienda que no era más que un chiribitil en una

esquina cerca de la plaza —un hombrecillo flacucho que no habría pesado cincuenta quilos con su horma y su banco y todas sus herramientas en el regazo, y con un bigote feroz que también le ocultaba gran parte de la barbilla y unos ojos igualmente feroces, invictos, intolerantes—, baptista de estricta observancia que no necesitaba creer nada, porque sabía que las cosas eran así: la tierra, plana y el general Lee, traidor a todo el Sur cuando se rindió en Appomattox. El señor Nightingale era viudo y Tug su único hijo vivo, y casi había llegado ya al cuarto grado cuando el director del instituto le dijo a su padre que sería mejor que dejara los estudios, cosa que hizo; a partir de entonces podía pasarse el día en el corral de las subastas detrás de la cuadra de caballos de alquiler de Dilazuck, donde, de todas formas, ya pasaba anteriormente todos sus ratos libres, y donde se pusieron de manifiesto sus verdaderas dotes; primero colaboró con Lonzo Hait, nuestro tratante local de caballos y mulas, y luego con Pat Stamper en persona, quien, en los círculos equinos, no sólo del condado de Yoknapatawpha o del norte de Mississippi, sino también en la mayor parte de Alabama, Tennessee e incluso Arkansas, era a Lonzo Hait lo que sería Fritz Kreisler a un rascador de violín en un festejo rural, además de perfectamente capaz de reconocer el genio cuando se tropezaba con él. Porque no es que Tug tuviera una simple afinidad y capacidad de poco más o menos para relacionarse con las mulas, sino que era para ellas un *homme fatal*, ya que cualquier mula, o caballo o yegua, daba lo mismo, se convertía en masilla en sus manos; era capaz de hacer con ellos cualquier cosa, excepto comprarlos o venderlos obteniendo beneficios, debido a lo cual nunca llegó más allá de simple mozo de cuadra y hombre para todo, de manera que, a la larga, tuvo que convertirse en pintor de brocha gorda para ganarse la vida: no de primera clase, aunque sí fuera capaz de remover con un palo el contenido de los botes y extender la pintura sobre un muro o una verja después de que alguien le hubiera indicado dónde tenía que pararse.

Situación en la que continuó hasta 1916, aproximadamente, cuando tenía ya unos treinta años, quizá más, momento en que algo comenzó a sucederle. O quizá ya le había sucedido, sólo que nosotros —Jefferson— tardamos en darnos cuenta. Hasta aquel año había sido lo que cabría llamar un tipo corriente de pintor provinciano de brocha gorda: un soltero que vivía con su padre en una casita a las afueras de la ciudad, que se bañaba los sábados por la noche en la barbería y a continuación se emborrachaba un poco —nunca demasiado: tan sólo cada dos o tres años se despertaba un domingo por la mañana en la cárcel; por supuesto lo ponían en seguida en libertad al reconocerse culpable y prometer enmendarse; y ello no por estar demasiado borracho sino por pelearse, aunque la pelea tuviera el whisky como punto de partida, en razón de la fase recíproca en que inevitablemente alguien (nunca el mismo: no era necesario) ponía en tela de juicio la vieja y férrea convicción, heredada de su padre, de que el general Lee había sido un cobarde y un traidor y de que la tierra era una superficie plana con bordes como los techos de los cobertizos que él pintaba— y luego, el domingo por la tarde, jugaba una partida de dados en la gran

hondonada detrás del cementerio mientras se le pasaba la borrachera, lo que le permitía volver al aguarrás el lunes por la mañana; y quizá con cuatro viajes al año a los burdeles de Memphis.

Luego le sucedió. Seguía bañándose el sábado por la noche en la barbería y aún bebía un poco, aunque, a juzgar por lo que se sabía en Jefferson, nunca hasta el punto de tener que pelearse por el general Lee, Tolomeo e Isaac Newton, de manera que lo perdieron de vista no sólo la cárcel sino también el agobiado vigilante nocturno que, cuando estaba de mejor humor, golpeaba en la puerta ya cerrada de la barbería o de la sala de billar a las dos en punto de la madrugada del domingo para decir «Muchachos, como no hagáis menos ruido y os vayáis a casa...» Y también abandonó las partidas de dados en la hondonada detrás del cementerio: los domingos por la mañana se le veía con aquella miniatura de padre que tenía, flaco y ferozmente mostachudo, camino de la iglesia baptista de estricta observancia situada en una calle a trasmano, y sentado por las tardes en el diminuto porche de su vivienda, no más grande que una casa de muñecas, estudiando detenidamente (él, a quien los tres primeros años de escuela, uno tras otro, habían hecho morder el polvo y a quien el cuarto había obligado a poner definitivamente pies en polvorosa) los periódicos y revistas que nos proporcionaban toda la información que poseíamos sobre la guerra en Europa.

Tug había cambiado. Aunque nosotros (me refiero a Jefferson: yo no tenía entonces más que tres años) ignorábamos cuánto hasta que, en abril de 1917, después del hundimiento del *Lusitania*, de la declaración del Presidente y de que el capitán McLendon (entonces todavía señor McLendon, puesto que aún no lo habían elegido para el puesto) organizara la compañía de Jefferson a la que se reconocería como Fusileros de Sartoris en honor del primer coronel Sartoris (no habría en ella ningún miembro de la familia, ya que Bayard y su hermano gemelo John estaban en Inglaterra recibiendo instrucción para incorporarse al Royal Flying Corps) nos enteramos del resto: cómo Tüg Nightingale, pasados ya los treinta, por lo que, cuando llamaran a filas se hubiera librado probablemente, fue uno de los primeros en presentarse y nosotros —ellos— descubrimos el dilema en que se hallaba, y que consistía sencillamente en que no se atrevía a decirle a su padre que se proponía alistarse en el ejército yanqui, ya que si su padre se enteraba, él, Tug, sería desheredado y expulsado de su casa. De manera que no fue el capitán McLendon el único que dijo «¿Cómo? ¿Qué historia es ésa?»; a continuación el capitán y otro — que luego sería elegido sargento primero— se presentaron con Tug en su casa y el futuro sargento se encargó de contarle más adelante:

«Fue como estar encerrado en un armario con una sierra circular en marcha que se hubiera salido de su eje o con un cartucho de dinamita con la mecha encendida y culebreando por el suelo como una serpiente, de manera que no sólo no te puedes acercar lo bastante para pisarla, sino que además no quieres: todo lo que quieres es desaparecer, y Mack diciendo “Atienda, señor Nightingale, no se trata del ejército

yanqui: estamos hablando del ejército de los Estados Unidos, su propio país”, y aquel condenado loco diminuto temblando y bufando de cólera hasta que también parecía que se le había prendido fuego el bigote, chillando “¡Fusilad a esos hijos de perra! ¡Fusiladlos! ¡Fusiladlos!” y luego el mismo Tug intentándolo: “Papá, papá, el capitán McLendon y Crack, aquí presentes, pertenecen al ejército”, y el viejo Nightingale aullando “Entonces que los fusilen. Que fusilen a todos esos hijos de perra con uniforme azul”, y Tug intentándolo todavía, diciendo “Papá, papá, si no me alisto ahora, cuando llamen a filas vendrán a por mí de todas formas y me llevarán” y el loco minúsculo todavía vociferando “¡Que os fusilen a todos! ¡Que os fusilen a todos, hijos de perra!” Sí, señor. Probablemente Tug podría haberse alistado en el ejército alemán o quizá incluso en el francés o el inglés y contar con la bendición de su padre. Pero no en el ejército al que el general Lee le había entregado a traición en 1865. De manera que echó a Tug de casa. Los tres salimos de allí lo más de prisa que pudimos, pero antes de que llegásemos a la calle el señor Nightingale ya estaba en la habitación que evidentemente pertenecía a Tug. El viejo no se anduvo con contemplaciones: derribó la ventana a patadas, mosquitero incluido, y empezó a tirar la ropa de Tug al jardín».

De manera que Tug había cruzado su Rubicón y estaba ahora a salvo. McLendon se hizo cargo de él. El capitán tenía muchos hermanos y vivía en una casa muy grande con una madre enorme que pesaba cerca de cien quilos y a quien le gustaba cocinar y comer, de manera que uno más no tenía importancia; cabe que la señora McLendon nunca reparase en Tug. De manera que podría haber vivido tranquilo mientras la compañía esperaba las órdenes de movilización. Pero los otros no le dejaban en paz; su método de alistarse en el ejército era demasiado singular, por no decir al estilo de *East Lynne*; siempre había uno que decía:

—Tug, ¿es verdad que el general Lee no necesitaba rendirse cuando lo hizo? —y Tug respondía:

—Eso es lo que dice mi padre, que estaba allí y lo vio, aunque sólo tuviera diecisiete años —y el otro decía entonces:

—¿Así que has tenido que ponerte en contra suya, en contra de tu padre, para alistarte en los fusileros? —y Tug allí sentado, inmóvil ya, las manos (que nunca serían capaces de pintar más que paredes de cuadras, establos y graneros y vallas sin complicaciones pero que podían hacer cosas con cualquier mula tozuda e imprevisible a las que muy pocas manos se arriesgarían) colgando también inertes entre las rodillas, porque para entonces ya sabía lo que le esperaba. Y el otro (y todos los que estaban cerca) vigilando a Tug sólo con el rabillo de un ojo, dado que con el otro estarían vigilando al capitán McLendon al otro extremo de la habitación; de ordinario esperaban hasta que McLendon se hubiera marchado.

—Es cierto —decía Tug; y el otro continuaba:

—¿Por qué lo hiciste, Tug? Ya has cumplido los treinta, no te hubieran llamado a filas, y tu padre es un anciano que se ha quedado solo sin nadie que lo cuide.

—No podemos permitir que los alemanes sigan tratando a la gente como lo están haciendo. Alguien tiene que pararles los pies.

—Así que has tenido que enfrentarse con tu padre para alistarte y pararles los pies a los alemanes. Y ahora tendrás que volver a enfrentarte con él para ir dando la vuelta hasta el otro lado del mundo que es donde vas a encontrarte con ellos.

—Voy a ir a Francia —decía Tug.

—Eso es lo que he dicho: tienes que dar la vuelta a medio mundo. ¿Por dónde vas a ir? ¿Por el este o por el oeste? Puede elegir cualquiera de los dos caminos y llegar allí de todas formas. O todavía mejor y con apuesta incluida: elige el este, sigue adelante hasta que encuentres la guerra, haz lo que te hayas propuesto hacerles a los alemanes y luego sigue recto, siempre hacia el este, y te apuesto cien dólares contra uno a que, cuando vuelvas a ver Jefferson, estarás mirándolo directamente desde el buzón de la señorita Joanna Burden, a quilómetro y medio al oeste del palacio de justicia —pero para entonces ya había aparecido el capitán McLendon; probablemente alguien había ido a buscarlo. Quizá no fuese un buen oficial para el mando de tropas, puesto que lo destituyeron mucho antes de que su unidad llegara al frente, y dado que algunos años después iba a dirigir aquí en Jefferson algo que, en cualquier caso, me alegro de no tener delante de los ojos cuando trato de dormirme a oscuras por la noche. Pero por lo menos mantuvo unida a la compañía (y no por las estrellas en las hombreras ya que, de no haber contado con nada más, ya se habría quedado sin hombres el primer sábado por la noche, sino por una simple e instintiva humanidad, de la que incluso en medio de aquel lío en el que iba a verse mezclado más adelante, parecía tener, como en este caso, una pequeña reserva) hasta que se consiguió encontrar un capitán mejor. Para entonces ya iba de uniforme. Estaba en el negocio del algodón, y lo compraba para una de las compañías de Memphis que se dedicaban a la exportación y se gastaba la mayor parte de las comisiones jugando a la alta o a la baja de los precios del algodón en el mercado, pero nunca había tenido aspecto de agricultor hasta que se puso el uniforme.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —dijo—. ¿Qué demonios os creéis que es Tug? ¿Una condenada hormiga corriendo por una naranja o algo parecido? No va a dar *la vuelta* a nada: va a ir directamente *a través*, va a atravesar el océano camino de Francia para luchar por su país, y cuando ya no lo necesiten en Francia volverá por el mismo camino atravesando el mismo océano, para llegar a Jefferson de la misma manera que salió, y tan contento como cualquiera de nosotros cuando volvamos. Así que no tenga yo que oír ni una palabra más sobre esta historia del carajo.

Tanto si Tug seguía necesitado de la ayuda del capitán McLendon como si no, lo cierto es que no contó con él durante mucho tiempo más. La compañía se congregó aquella semana y la mandaron a Texas para un periodo de adiestramiento; una vez allí, como Tug estaba capacitado para pintar cualquier superficie plana con tal de que fuese lo bastante sencilla, y tuviera bordes y no límites intangibles, y como poseía aquel don con los caballos y las mulas cuya relación con esa inexplicable cualidad

llamada genio Pat Stamper, el experto, había reconocido de inmediato, el ejército, como es lógico, lo hizo cocinero y lo destacó el mismo día, con lo que se convirtió no sólo en el primer soldado del condado de Yoknapatawpha (los Sartoris quedaban excluidos porque oficialmente formaban parte de las tropas británicas) que cruzó el mar, sino que figuró también entre los últimos soldados norteamericanos que regresaron a su patria, cosa que sucedió a finales de 1919, ya que, evidentemente, las mismas autoridades militares que lo hicieron cocinero por decreto, perdieron su rastro (no es que lo perdieran; mi propia experiencia entre los años 1942 y 1945 me enseñó que la organización militar nunca pierde nada: simplemente lo entierra).

Así que Tug se encontró de nuevo en casa, ahora viviendo solo (el anciano señor Nigthingale murió el mismo verano de 1917, víctima, al decir de tío Gavin, de su misma obstinación, al decidir oponerse, con tozudez e infinito desprecio, a la fuerza irresistible de la historia y de la ciencia aquel día de abril de 1865 y no haber flaqueado nunca desde entonces), una vez más pintor de establos, cuadras y vallas, con su baño de los sábados por la noche en la barbería y bebiendo y jugando una vez más dentro de sus posibilidades, pero con un nueva mirada en los ojos, como si —la expresión es de V. K. Ratliff— le hubieran enseñado y hubiera creído toda su vida que la cuarta dimensión era invisible y luego, de repente, se la hubiera encontrado delante de los ojos. Y ahora ya no contaba con el capitán McLendon. Quiero decir que McLendon también había vuelto a casa pero ya no eran capitán y soldado de tropa. O quizá fuera que incluso aquella humanidad natural del capitán McLendon, de la que tal vez había dispuesto en exceso, dado que pareció faltarle por completo durante sus siguientes crisis humanitarias después de aquélla en la que protegiera a Tug de las despiadadas realidades de la cosmología, no hubiera bastado en esta ocasión.

Lo que voy a contar sucedió en la barbería (no, yo no estaba presente; no era lo bastante mayor para que se me tolerase en aquel establecimiento un sábado a las diez de la noche, incluso aunque hubiera logrado escapar a la vigilancia de mi madre; Ratliff se lo contó a tío Gavin, quien, a su vez, me lo contó a mí). Esta vez el encargado de provocar a Tug fue Skeets McGowan, el camarero del *drugstore* del tío Willy Christian —un joven un tanto pera y fanfarrón que probablemente olía más a agua de colonia que a agua simplemente, con un nutrido grupo de admiradoras de catorce y quince años que acudían al mostrador del *drugstore*, y de quien más adelante nos dimos cuenta de que tenía algunos años más de lo que siempre habíamos creído y, como dijo Ratliff, de que incluso diez años después no sabría tanto como él —Skeets— se imaginaba que ya había olvidado diez años antes; a McGowan acababan de afeitarlo y perfumarlo, y Tug había terminado de bañarse y estaba tranquilamente sentado mientras la primera o las dos primeras copas empezaban a hacerle efecto.

—De manera que cuando saliste de Texas fuiste hacia el norte —dijo Skeets.

—Eso es —dijo Tug.

—Vamos —dijo Skeets—. Cuéntanoslo. Saliste de Texas en dirección norte, camino de Nueva York. Luego te embarcaste y seguiste derecho en dirección norte.

—Eso es —dijo Tug.

—Pero supón que te engañaran un poco. Supón que girasen el barco, hacia el este o hacia el oeste o quizá de vuelta al sur...

—Maldita sea —dijo Tug—. ¿Crees que no sé dónde está el norte? Despiértame en plena noche y te señalaré con la mano dónde está el norte sin tener siquiera que encender la luz.

—¿Cuánto apostarías? ¿Cinco dólares? ¿Diez?

—Te apostaría diez dólares contra uno si no fuera porque todo el dinero que tuviste alguna vez te lo has gastado ya en ese champú o en esa camisa de seda.

—Está bien, está bien —dijo Skeets—. De manera que el barco fue directamente al norte, a Francia. Y tú estuviste dos años allí y luego subiste a otro barco que fue también directamente hacia el norte. Luego desembarcaste, subiste a un tren y...

—Cierra la boca —dijo Tug.

—... también fue directamente hacia el norte. Y cuando te apeaste estabas de vuelta en Jefferson.

—Cállate la boca, maldito hijo de perra —dijo Tug.

—Así que, ¿te das cuenta de lo que eso significa? Una de dos cosas: o bien cambiaron Jefferson de sitio... —Tug ya estaba de pie aunque aparentemente eso no sirvió para que Skeets se diera por aludido—..., cosa que toda la gente que se quedó aquí y que no fue a esa guerra podrá decirte que no sucedió, o tú saliste de Jefferson en dirección norte pasando por Texas y volviste a Jefferson siempre en dirección norte sin pasar siquiera esta vez por Texas... —hicieron falta todos los barberos y los clientes y los mirones y finalmente tuvo que intervenir el policía y vigilante nocturno en persona para inmovilizar a Tug. Aunque para entonces Skeets ya estaba en la ambulancia camino del hospital.

Tampoco hay que olvidarse de Bayard Sartoris, que regresó en la primavera de 1919, compró el automóvil más rápido que pudo encontrar y se pasaba el tiempo corriendo como un loco por el condado o yendo y viniendo de Memphis hasta que (eso creímos todos) su tía, la señora Du Pre, repasó la lista de candidatas de Jefferson, eligió a Narcissa Benbow y luego, entre viajes, sujetó a Bayard con la otra mano el tiempo suficiente para casarlos, confiando en salvar el cuello de Bayard puesto que ya era el último mohicano entre los Sartoris (John había conseguido que por fin lo derribasen en julio de 1918), sólo que al parecer tampoco eso funcionó. Quiero decir que tan pronto como dejó embarazada a Narcissa, cosa que debió de suceder muy pronto, volvió de nuevo al automóvil, por lo que esta vez fue el coronel Sartoris en persona quien dio el paso al frente; el coronel Sartoris aborrecía los automóviles, pero renunció a su coche de dos caballos para que Bayard lo llevara y trajera del banco, y disminuir así la velocidad del automóvil durante la parte correspondiente del total de kilómetros recorridos. Sólo que el coronel estaba enfermo del corazón, de manera

que cuando tuvieron el accidente fue él quien murió: Bayard se limitó a desaparecer de la escena del accidente, abandonando esposa embarazada y todo lo demás, hasta la primavera siguiente, cuando aún seguía tratando de luchar contra el aburrimiento viendo cómo podía hacer que algo viajara mucho más de prisa de lo que él era capaz de inventar nuevos puntos de destino; esta vez fue otro avión: un nuevo tipo experimental en el aeródromo de pruebas de Dayton, que lo engañó perdiendo las cuatro alas en pleno vuelo.

—Eso es: aburrimiento —dijo mi tío Gavin; según él la guerra era la única situación civilizada que ofrecía posibilidades de ejercitar la maldad inherente al ser humano, ya que no sólo la perdonaba y autorizaba sino que la recompensaba; Bayard, sencillamente, se aburría: a los alemanes no los perdonaría nunca, pero no por haber comenzado la guerra sino por haberse rendido, por haberle puesto fin. Pero madre dijo que se equivocaba. Dijo que Bayard estaba asustado y avergonzado: no avergonzado porque estuviera asustado, sino aterrado cuando descubrió que era capaz de avergonzarse, cuando se descubrió vulnerable a la vergüenza. Dijo que los Sartoris eran diferentes de los demás. Que la mayoría de las personas, prácticamente todo el mundo, se amaban a sí mismas por encima de todo, pero en el fondo de su corazón sabían que era así y, en secreto, quizá incluso lo reconocían, de manera que no tenían que avergonzarse de ello o, si se avergonzaban, no era necesario que se asustaran de avergonzarse. Pero los Sartoris ignoraban incluso que se amaban a sí mismos por encima de todo, con la excepción de Bayard. Cosa que a él le parecía bien y de la que no se avergonzaba hasta que su hermano gemelo y él llegaron a Inglaterra e hicieron el entrenamiento de vuelo sin paracaídas en aeroplanos hechos con cola de pegar y alambre para embalar; o quizá sólo le sucedió cuando llegaron al frente, porque incluso los que habían logrado sobrevivir hasta entonces apenas tenían posibilidades contra pilotos de reconocimiento que hubieran superado las tres primeras semanas de servicio activo. Una vez allí Bayard comprendió de repente que, caso único en la escuadrilla y, por lo que a él se le alcanzaba, caso único en todo el Royal Flying Corps o quizá en todos los ejércitos del aire, él no era un individuo sino dos, dado que contaba con un hermano gemelo que participaba de los mismos riesgos y posibilidades. Y que de hecho únicamente a él entre todas las personas que volaban en aquella guerra se le había concedido una doble garantía contra el riesgo (y viceversa, por supuesto, dado que su hermano gemelo disfrutaba de un privilegio idéntico a la inversa), por lo que, un segundo después, con algo muy parecido al terror, descubrió que le avergonzaba la idea, que le avergonzaba saberse capaz incluso de haberlo pensado.

Según su madre, ése era el porqué de que regresara a Jefferson con el único propósito al parecer de tratar de descubrir, de aquella manera suya hosca y desabrida, de cuántas maneras distintas podía arriesgar el cuello de manera que consiguiera angustiar, preocupar o simplemente molestar al mayor número posible de personas; su problema era la capacidad para la vergüenza, capacidad absolutamente ajena a los

Sartoris, con la que no podía vivir y de la que tampoco podía prescindir; no era capaz de vivir tolerándola ni repudiarla por su propia volición. De ahí el correr riesgos, el exponerse, el fatalismo. Obviamente la misma idea —la doble seguridad, por el hecho de la existencia de su gemelo contra el riesgo de ser derribado— tuvo que ocurrírsele al otro hermano en el mismo momento, dado que eran gemelos. Pero probablemente a John eso no le preocupó más que las cosas que había hecho en su guerra (mi tío Gavin decía, y al cabo de unos cinco años yo iba a tener la oportunidad de experimentarlo en carne propia, que jamás había habido un hombre que fuese a la guerra, incluso para trabajar en la Y.M.C.A., que no regresara con algo que le hubiera gustado no hacer o sobre lo que preferiría no volver a pensar) preocuparon al primer coronel Sartoris, su bisabuelo; él, Bayard, era el único débil, indigno de los Sartoris.

De manera que (si madre estaba en lo cierto) llevaba un doble peso sobre las espaldas. Uno era la angustia por la insondable bajeza de su imaginación y esperanzas egoístas de las que se sabía no tanto capaz como condenado a avergonzarse; el otro, el hecho de que si la doble seguridad por tener un hermano gemelo funcionaba en su favor y a John lo derribaban antes, él —Bayard—, por muchos años que sobreviviera, tendría que enfrentarse algún día con su hermano gemelo en la omnisciencia de su compartida inmortalidad, sin que fuese ya posible ocultar la espantosa mancha de su bajeza. La mancha espantosa no sería la idea, puesto que la misma idea tenía que habersele ocurrido a su gemelo en el mismo instante que a él aunque por entonces se encontraran ya en distintas escuadrillas, sino el hecho de que, de los dos, únicamente John no se habría sentido avergonzado. La idea era simplemente ésta: John había logrado derribar a tres teutones antes de que lo mataran (probablemente era mejor tirador que Bayard o quizá el comandante de su escuadrilla lo apreciaba y le proporcionaba blancos) y el mismo Bayard había arrojado con suficientes novenos y dieciseisavos, de acuerdo con el sistema británico de puntuar (a no ser que alguien fuese tan increíblemente ingenuo como para decir «Yo no; estaba demasiado asustado para acordarme de amartillar la ametralladora»), para sumar dos y quizá un poco más; ahora que John había desaparecido y no necesitaba los tres suyos, supongamos (es sólo una suposición) que pudiera agenciárselos, sobornar, falsificar, alterar los registros y comprar a quien los custodiara, para acumular todos los papeles oficiales de los Sartoris bajo un sólo nombre, de manera que uno de los dos pudiera volver a casa convertido en un as de la aviación; una idea que no era rastrera en sí misma, puesto que John no sólo había pensado en ello sino que en el caso de que hubiera vivido y Bayard hubiese muerto, se las habría arreglado de algún modo para conseguirlo, pero sí rastrera después de que él, Bayard, la hubiera degradado y manchado por avergonzarse de ella. Y tampoco podía renunciar a ella por voluntad propia, ya que cuando se viera cara a cara con el espíritu de John algún día, en razón del simple destino común de todos los seres humanos, John se mostraría irónico y despreciativo; mientras que si lo hacía metiéndose en la boca el cañón de un revólver, el espíritu de su hermano más que

irónico y despreciativo se mostraría para siempre jamás hostil e irreconciliable.

Pero Linda Snopes —perdón: Snopes Kohl— sería nuestra primera heroína. De manera que cualquiera hubiera pensado que toda la ciudad acudiría a recibirla, o por lo menos que estaría representada por delegados de las asociaciones cívicas y de las iglesias, sin contar con la Legión Americana y los excombatientes de guerras en el extranjero, cosa que sin duda habría sucedido si la hubiesen elegido Miss América en lugar de haber saltado por los aires a consecuencia de un proyectil de Franco o de una mina o de lo que fuese que explotó dentro o debajo de la ambulancia que conducía y que la dejó completamente sorda. Así que dije:

—¿Para qué quiere volver a casa? No se puede incorporar a nada. ¿Qué se le puede haber perdido en el cuerpo de auxiliares femeninos, organizando rifas con premios consistentes en mermelada de fabricación casera y en pantallas para lámparas? Eso en el caso de que supiera hacer mermelada, dado que evidentemente cocinar es lo último que un escultor le pediría a su compañera, puesto que él, por su parte, hasta que alguien empezó una guerra fascista en la que luchar, no hacía más que matar el tiempo entre sucesivas reuniones de comunistas. Sin contar con todas las cosas impuras para un judío que tuvo que aprender en Jefferson, Mississippi. Sobre todo si donde aprendió a cocinar fue en el restaurante La Cuchara Sucia, de donde su papá expulsó a Ratliff cuando él y su familia llegaron a la ciudad —pero estaba equivocado. Iba a ser una recepción puramente privada y no municipal y el comité lo formaban tan sólo tres personas, casualmente relacionadas con Jefferson, ya que fundamentalmente procedían del pasado de su madre: mi tío, el padre de Linda y Ratliff. Luego comprobé que serían sólo dos. Ratliff ni siquiera subió al coche.

—Vamos —le dijo mi tío Gavin—. Ven con nosotros.

—Esperaré aquí —dijo Ratliff—. Seré el comité local. Hasta la próxima vez —me dijo a mí.

—¿Qué? —dijo mi tío Gavin.

—Nada —dijo Ratliff—. Sólo un chiste que me contó Chick y que ahora le recuerdo.

Luego vi que ni siquiera iban a recibirla dos personas relacionadas con el pasado de su madre. Ni siquiera íbamos a pasar junto al banco, y mucho menos a pararnos delante.

—¿Qué sentido tendría —fueron mis palabras— que el señor Snopes renunciara por lo menos a seis horas de provechoso ejercicio de la usura para hacer un viaje nada menos que hasta Memphis para recibir a su hija, después de todos los gastos en que incurrió para sacarla de Jefferson, no sólo masacrando la casa de Manfred De Spain, sino todo aquel mármol italiano de importación sobre la tumba de su madre, dándole así un motivo válido para marcharse o para no volver, si lo prefieres?

Luego dije:

—De manera que tengo la culpa de no haber nacido lo bastante pronto para defender Die Democratie en tu guerra ni Das Kapital en la suya. Lo que quiere decir

que todavía tengo tiempo de sobra. O quizá lo que quieres decir es que Hitler, Mussolini y Franco, los tres trabajando al unísono, no pueden crear graves problemas militares a un auténtico e irreprochable miembro, al día en el pago de sus cuotas, del campo de entrenamiento de oficiales de la reserva de Harvard. Porque probablemente tampoco me admitirán en Porcellian; F. D. Roosevelt no lo consiguió.

Luego dije:

—Ya está. Ésa es la razón de que insistieras en que te acompañara: aunque Linda se ha quedado sin tímpanos y no te oírás cuando digas «No» o «Por favor, no» o incluso «Por el amor de Dios, no», por lo menos no se puede casar contigo antes de que volvamos a Jefferson si también yo estoy en el coche. Pero queda el resto de la tarde, cuando me podrás echar, sin contar con las ocho horas de la noche, cuando a madre le gusta creer que estoy en el piso de arriba durmiendo. Y también sin contar, por supuesto, con que tengo que volver a Cambridge el mes que viene; a no ser que creas que tu..., ¿es virginidad o simplemente celibato? se merece incluso ese sacrificio. Aunque, a decir verdad, por qué no, teniendo en cuenta que fue idea tuya expedirme nada menos que hasta Cambridge, en Massachusetts, para lo que llamamos en broma recibir una educación. Y teniendo en cuenta que, como madre dice, Linda ha estado enamorada de ti toda la vida, aunque ella era demasiado joven para saberlo y tú demasiado caballero para decírselo. ¿O es cierto lo del dicho y las madres siempre tienen razón?

Para entonces ya habíamos llegado al aeropuerto; quiero decir a Memphis.

—Aparca el coche y vamos a tomarnos un café —dijo mi tío Gavin—. Probablemente aún tendremos que esperar media hora.

Nos tomamos el café en el restaurante; no sé por qué no le llaman también aquí Skyroom. Quizá Memphis esté todavía fuera de cupo. Ratliff dijo que, más pronto o más tarde, Linda tendría que casarse con alguien, y que cada día que pasaba faltaba menos. No; no ha sido así como lo ha dicho: que él —mi tío Gavin— no podría escaparse eternamente, que casi cualquier día ya alguna mujer decidiría que era por fin lo bastante maduro y de fiar para hacer un trabajo estable continuo en lugar de simples tareas ocasionales; y que cuanto antes sucediera, mejor, ya que sólo entonces estaría a salvo.

—¿Hasta qué punto a salvo? —dije yo—. A mí me parece que le va perfectamente; nunca he conocido a nadie tan ileso.

—No me refiero a él —dijo Ratliff—. Hablo de nosotros, del condado de Yoknapatawpha, que entonces estaremos más a salvo conviviendo con él, porque no tendrá tanto tiempo para entrometerse.

Si era ése el caso, no iba a resultar nada fácil salvarnos, porque él —Gavin— tenía un defecto en su manera de ser que siempre lo salvaba, prescindiendo del peligro en que nos dejara a todos los demás. Me refiero a que la gente se hace mayor, sobre todo las jovencitas de quince o dieciséis, que daban la sensación de cambiar en seis meses o en un año más de lo que ellas o cualquier otra persona cambian en diez

años. Quiero decir que siempre elegía niñas, o quizá lo que le sucedía sencillamente es que era vulnerable a las niñas y ellas lo elegían, como ustedes prefieran. Lo cierto es que la selección o el sacrificio se realizaba a una edad en que el juramento de eterna fidelidad deja de existir casi antes de pronunciarlo. Estoy pensando en Melisandre Backus, como es lógico, antes de mi época y también de la de Linda Snopes. Quiero decir que Melisandre cumplió los doce, los trece y los catorce varios años antes de retirarse para que Linda ocupara el sitio vacío, y que Gavin seleccionaba y encargaba los libros de poesía para leerseles a Melisandre o, por lo menos, supervisar y controlar sus lecturas, y que quizá gracias a una prueba sobre el terreno, gracias a un método de tanteos, supo cuáles utilizar para mejorar la mente y el carácter de Linda, o por lo menos para modificarlos, cuando le llegó su turno.

Aunque muy pronto Melisandre cometió el irreparable error de cumplir un año más y en consecuencia abandonar para siempre el mundo irreal y mágico de Spenser y del joven Milton para incorporarse a la raza humana, dentro de la cual incluso el tipo de chica que él elegía o que lo elegía a él, está en condiciones, cuando un hombre habla de fidelidad y devoción, de decirle que la pida en matrimonio o que cierre la boca. De todas formas en aquella ocasión se salvó. Aunque yo no estaba presente para recordar con exactitud el orden de los acontecimientos: si Gavin se marchó primero a Harvard o fue quizá entre Harvard y Heidelberg, o si ella se casó antes. De todos modos, cuando Gavin volvió de su guerra Melisandre era ya la esposa de un pez gordo de los bajos fondos de Nueva Orleans que se llamaba Harriss con dos eses. Aunque nadie sabe ni se explica cómo consiguió conocerlo: una chica tímida, huérfana de madre e hija única, que vivía, a cuatro o cinco kilómetros de la ciudad, en lo que había sido en otro tiempo una de nuestras mayores plantaciones pero que en los últimos años había ido decayendo, con su padre viudo que se pasaba todo el tiempo en el porche delantero en verano y en la biblioteca en invierno con una botella de whisky y un volumen de Horacio. Una chica (Melisandre) que, por lo que sabíamos, no había salido nunca de la plantación excepto para que un cochero negro que conducía una victoria la llevase todos los días a la ciudad mientras se graduaba primero en la escuela elemental, luego en el instituto y finalmente en la Academia Femenina. Y él un hombre del que todo lo que sabíamos era lo que él decía: que se apellidaba Harriss con dos eses, cosa que quizá fuera cierta, y que se dedicaba al negocio de la importación en Nueva Orleans, algo que ya sabíamos, dado que (esto era a comienzos de 1919, antes de que mi tío regresara a casa) incluso Jefferson era capaz de reconocer, cuando veía uno, un Cadillac blindado que necesitaba dos chóferes, los dos con traje cruzado y un bulto demasiado llamativo en el sobaco izquierdo.

Y no digamos nada del dinero. El señor Backus murió más o menos por entonces y, por supuesto, no faltó quien dijo que se le había roto el corazón al ver a su hija única casada con un zar del contrabando de licores. Aunque, al parecer, esperó lo suficiente para comprobar que su yerno era de verdad un zar o, por lo menos,

propietario de un imperio solvente y en expansión, porque incluso antes de su muerte el dinero había empezado ya a notarse: los techos y los porches arreglados y apuntalados (aunque el señor Backus se resistiera todavía a pintar la casa) y grava en la avenida, de manera que cuando su hija volviera para pasar con él las primeras Navidades, ella, la nodriza y el zarevich pudieran ir a la ciudad y volver en automóvil en lugar de utilizar la vieja victoria tirada por una pareja de caballos para la labranza. Luego el señor Backus murió y se pintaron la casa y las dependencias. Y a partir de entonces Harriss con sus dos eses empezó a dejarse ver por Jefferson y, con el tiempo, incluso a hacer amistades, aunque la mayor parte del condado de Yoknapatawpha siguió sin dejarse comprar, simplemente neutral, yendo hasta allí, en el Ford modelo T o a caballo y en mula, para detenerse en el camino y contemplar cómo lo que había sido una simple plantación familiar del norte de Mississippi en números rojos se transformaba en una granja para la cría de caballos al estilo de Virginia o de Long Island, con quilómetros de cerca de tablas pintada de blanco, mientras los demás nos teníamos que conformar con nuestras alambradas y nuestros postes hechos con cualquier árbol joven que se pusiera a tiro, y cuadras también pintadas de blanco con luz eléctrica y calefacción por vapor y agua corriente y mayordomos y palafreneros, mientras que muchos de nosotros dependíamos aún de las lámparas de queroseno para la luz y de nuestras mujeres para traer a casa leña y agua del bosque vecino o del manantial o pozo más cercanos.

Y había ya dos hijos, el heredero y también una princesa, cuando Harriss murió con sus dos eses en un sillón de barbero de Nueva Orleans de una enfermedad laboral corriente de calibre treinta y ocho. Con lo cual se vendieron los caballos y desaparecieron los mozos de cuadra y los ayudas de cámara y la casa se quedó vacía a excepción de un guarda, sin la señora Harriss con sus dos eses y sus dos hijos y las cinco doncellas y mensajeros y niñeras y secretarios, y ahora mi madre y las otras señoras de la ciudad que habían sido sus condiscípulas en los días de la vieja Academia recibían cartas y postales desde las ciudades europeas más de moda hablando sólo del clima al principio pero ya, con el paso del tiempo, de cómo el clima y los colegios eran más convenientes para los niños, y (en las dirigidas a mi madre, naturalmente) se expresaba la esperanza de que Gavin estuviera bien y quizá incluso se hubiera casado.

—De manera que por lo menos está a salvo de ésa —le dije a Ratliff, que me contestó:

—¿A salvo?

—¿Por qué demonios no? No sólo creció demasiado para el cuento de hadas, sino que tiene además dos hijos y todo ese dinero: ¿para qué demonios querría Melisandre casarse con nadie? Y de todos modos no con Gavin; mi tío no quiere dinero; todo lo que quiere es entrometerse y cambiar a la gente. ¿Me quieres explicar por qué demonios no está a salvo ahora?

—Es verdad —dijo Ratliff—. Da la impresión de que casi tendría que estarlo, ¿no

es cierto? Por lo menos hasta la próxima vez —un chiste. Pero que merecía la pena repetir hace dos horas cuando renunció a venir con nosotros. Y Gavin allí sentado, bebiendo una taza de lo que quienquiera que fuese que dirigía el restaurante del aeropuerto llamaba café, con aspecto de estar tan satisfecho de sí mismo y tan inescrutable y arrogante e inmune como el piojo en el culo de la reina. Porque quizá Linda Kohl (perdón, Snopes Kohl) también tenía mucho dinero, no sólo lo que su madre le hubiera dejado, sino lo que mi tío, en su calidad de tutor, consiguió arrancarle al viejo Will Varner. Aunque no hubiera que utilizar el término arrancado en el caso de su padre, porque quizá al viejo Snopes no le importó aflojar un poco la mosca para conseguir que dejara de mirarle lo que Gavin o Ratliff llamarían aquella inmaculada rectitud por encima de todo reproche. Pero Linda no era madre de dos hijos, así que todo lo que Ratliff y yo teníamos para darnos confianza, para apoyarnos, era la antigua situación elemental basada en la simple evanescencia, la de que cada vez que transcurriera un instante serían un instante más viejos: que las mujeres tenían que estar vivas para que él se fijara en ellas, y tenían que estar en movimiento para estar vivas, y que el único instante de movimiento que captaba su atención, su mirada, era aquel en el que alcanzaban la pubertad, y que se concretaba en el revoloteo de una falda o el deslizarse o girar de un miembro al entrar, al cruzar una puerta, a cámara lenta, pero todavía en movimiento, detenido un instante, irrevocable.

Eso era lo que le salvaba todas las veces: que aquel momento tenía que ser movimiento. No se podían parar en la puerta ni tampoco una vez que la habían cruzado; a veces ni siquiera se detenían lo suficiente para cerrarla tras sí antes de llegar a la siguiente y cruzarla, que era ya para casarse: de la pubertad al parto en una fácil lección, cabría decir. Lo que estaba perfectamente bien, porque mi tío ya no aparecía en la puerta siguiente. Seguiría contemplando la primera. Y puesto que la vida, más que movimiento, es una monótona repetición de movimientos, tío Gavin nunca pasaba mucho tiempo en la primera puerta sin que se produjera otro revuelo, sin que surgiera otra pierna adolescente todavía a medio formar que en seguida se desvanecía. De manera que se me debía haber ocurrido decirle a Ratliff que, mientras yo estaba en Memphis ayudando a mi tío a decir adiós a ésta, él podía estar haciendo investigaciones por la plaza y sus alrededores para ver quién iba a ser la siguiente, de la misma manera que Linda había desplazado ya a Melisandre Backus antes quizá de, que Melisandre tuviera ni la más remota idea de lo que estaba sucediendo. Pero un momento después comprendí que no sería necesario; obviamente tío Gavin la tenía ya elegida, personalmente, lo que explicaba que pudiera estar allí sentado tan plácidamente y con tanta compostura, tomando café mientras esperábamos que anunciaran la llegada del avión.

Lo que finalmente sucedió. Salimos a la pista. Yo me detuve en el límite de separación.

—Esperaré aquí —dije—. Querrás estar un poco a solas con ella mientras todavía

puedes, aunque se trate más de anonimato que de soledad. ¿Has preparado la pizarra? o quizá ella tenga una incorporada al puño de la blusa o atada a la pierna como los aviadores llevan los mapas —pero tío Gavin se había ido ya. El avión rodó por la pista (era uno de los nuevos DC 3) y a su debido tiempo apareció Linda. No le veía los ojos desde tan lejos, aunque en realidad no eran los ojos, sino únicamente los oídos lo que la bomba o el proyectil de artillería o la mina o lo que fuese había reventado: la misma chica alta demasiado alta para tener buen tipo aunque en realidad no estaba seguro: mujeres como ella, una vez que les quitas la ropa te sorprenden, incluso aunque ya tuviera veintinueve años. Luego pude verle los ojos, de un azul marino tan intenso que al principio daban la impresión de ser negros. Y tengo que confesar que nunca supe cómo o dónde los consiguió ni tampoco el pelo negro, ya que los ojos del viejo Snopes tenían el color del agua estancada y el pelo completamente descolorido, y en cuanto a su madre, aunque tenía los ojos azules era rubia. De manera que cuando trataba de acordarme de ella, siempre la veía como si una redada de la policía la acabase de sacar de un burdel del Valhala y los polis hubieran conseguido a duras penas echarle encima alguna prenda antes de meterla e empujones en el coche celular. Hermosos ojos también, y en el caso de que fueras tú quien por fin le quitara la ropa también los calificarías probablemente de hermosos. Y hasta tenía el cuadernito y el lápiz en la mano mientras besaba a Gavin. Quiero decir que lo besó de verdad. Aunque evidentemente él necesitaría algún tiempo para acostumbrarse a usarlo o a contar con él, porque dijo en voz alta, como si Linda fuese cualquier otra persona:

—También ha venido Chick —y ella se acordaba de mí; era tan alta como Gavin y casi tan alta como yo, y además se mordía las uñas, aunque quizá eso sólo había empezado después de la bomba o quizá después de perder a su marido. Cuando me estrechó la mano comprobé que de verdad había conducido la ambulancia y, al parecer, hasta cambiado los neumáticos; luego, sin hablar alto pero con esa voz seca, áspera y un poco atiplada que los sordos aprenden a utilizar, me preguntó incluso por padre y madre como si realmente le importase, como cualquier mujer corriente de Jefferson que jamás hubiera soñado con ir a la guerra y saltar por los aires. Aunque tío Gavin se acordó ya, o por lo menos aprendía de prisa, porque cogió el cuadernito y el lápiz y garrapateó algo en él, equipaje supongo, porque ella dijo, «Es verdad», como si también oyera, y sacó los talones del bolso.

Fui a buscar el coche mientras ellos se las entendían con las maletas. Así que había vivido con aquel tipo durante años antes de casarse pero no se le notaba. Y había ido a la guerra en España y saltado por los aires en el frente, pero tampoco se le notaba.

—¿Por qué no la dejas conducir? —dije—. Quizá así se le pase el nerviosismo por no poder hablar contigo.

—Será mejor que conduzcas tú —dijo él. Eso fue lo que hicimos, y trajimos a la heroína a casa, ellos dos en el asiento de atrás. Y alguien podría haber dicho «¿Por

qué no vamos los tres delante? El asiento es suficientemente ancho». Aunque no lo recuerdo. O tal vez no lo dijo nadie. O en cualquier caso se sentaron en el asiento de atrás. Aunque tampoco recuerdo eso. Tan sólo tío Gavin:

—Tranquilízate. Estás completamente a salvo. La tengo cogida de la mano.

Como así era en efecto: Linda con una mano de mi tío entre las suyas y sobre su regazo, y cada quilómetro más o menos la voz de pato decía «Gavin», para repetirlo poco después «Gavin». Y evidentemente tampoco ella había utilizado el cuadernito y el lápiz el tiempo suficiente para acostumbrarse o quizá cuando pierdes el oído entras en el auténtico silencio, y te olvidas de que no todo tiene lugar en esa intimidad y soledad. O quizá después de que él le cogiera el lápiz para responder en el cuadernito, Linda estaba impaciente por recuperar el lápiz, así que los dos deberían haber tenido pizarras: «Sí, es verdad. Lo siento en algún lugar del cráneo o en el fondo de la boca. Es un sonido feo, ¿verdad que sí?» Pero evidentemente Gavin estaba aprendiendo porque seguía oyendo la voz de pato: «Sí que lo es. Siento mi voz, te lo aseguro». Y una vez más el graznido de pato: «¿Cómo? Aunque trate de practicar, ¿cómo puedo saber cuándo lo hago bien?» Con lo que no pude por menos de estar de acuerdo: si te propones restar tiempo al ejercicio de la abogacía y al desempeño del cargo de fiscal del condado para devolver a tu amiga sorda la perdida cabeza de puente de su melifluidad, ¿cómo te las vas a ingeniar para conseguirlo? Aunque, ¡vaya oportunidad para un marido! enseñar a su mujer, sorda como una tapia, que todo lo que necesita para embellecer el tono y timbre de su voz es sencillamente contener la respiración mientras habla. O quizá lo que tío Gavin escribió a continuación fue simplemente Jonson (o algo de los viejos Donne o Herrick tal vez o incluso quizá Suckling..., cualquiera o todos ellos anotados para aquel oído —ojo, ahora— por el viejo Stevens) *No disimules esos labios de fresa con palabras vacías Déjame en cambio beber tu tierno Sí* O quizá lo que escribió fue todavía más sencillo: *Aguarda a que llegemos a casa. Éste no es lugar para devolverte la voz. Además, el bebé de ahí delante volverá a Cambridge el mes que viene y entonces tendremos tiempo de sobra en la intimidad.*

Así fue como llevamos a la heroína a casa. Ya se veía Jefferson, el reloj del palacio de justicia, y no digamos nada del depósito de agua de su padre, mientras la voz de pato hablaba de Ratliff. «A Bart le cayó bien. Me dijo que no esperaba entenderse con alguien de Mississippi, pero que estaba equivocado». Lo que Gavin escribió esta vez era evidente, porque la voz dijo: «Ni siquiera tú. Me hizo prometer que..., quiero decir, el que fuese de los dos, le daría a Ratliff una de sus cosas. ¿No lo recuerdas..., el muchacho italiano que tú no sabías lo que era aunque habías visto esculturas antes, y en cambio Ratliff, que nunca había visto siquiera un muchacho italiano ni ninguna otra cosa si se exceptúa el monumento al soldado confederado delante del palacio de justicia, supo inmediatamente lo que era e incluso lo que estaba haciendo?» Y a mí me hubiera gustado tener el cuadernito el tiempo suficiente para escribir *¿Qué hacía el muchacho italiano?* sólo que ya habíamos llegado a casa con

la heroína; Gavin dijo:

—Párate primero en el banco. Hay que avisarle; lo exige el decoro más elemental. A no ser que ya esté avisado y simplemente se haya ido de la ciudad durante algún tiempo para pelearse con su alma y prepararla para el momento con el que tiene que enfrentarse. Suponiendo, por supuesto, que incluso él se ha dado cuenta ya de que no puede hacerla desaparecer ejecutándola como una hipoteca o un pagaré.

—¿Y celebrar aquí en la calle una recepción pública antes de que Linda tenga tiempo de recomponerse el maquillaje? —dije.

—Tranquilo —me respondió él—. Cuando seas un poco más viejo descubrirás que en realidad la gente es mucho más amable y considerada de lo que tú estás dispuesto a creer en este momento.

Detuve el coche delante del banco. Pero si yo hubiera sido ella ni siquiera habría echado mano del lápiz, graznido de pato o no, para decir «¿Qué demonios hacemos aquí? Llevadme a casa». Pero no lo hizo. Siguió allí, con la mano de Gavin entre las suyas, no sobre el regazo sino pegadas contra el vientre, mirando toda la plaza, mientras la voz de pato decía «Gavin, Gavin». Luego: «Ahí va tío Willy, que vuelve de almorzar». Aunque no era el viejo Christian, que ya había muerto. Pero en realidad daba lo mismo que alguien escribiera aquello en el cuadernito. Y Gavin tenía razón. Nadie se paró. Vi cómo dos personas la reconocían. No; quiero decir que reconocieron la suma de varios datos: el coche de Gavin Stevens junto a la acera delante del banco a la una y veintidós de la tarde conmigo al volante y Gavin y una mujer en el asiento de atrás. Personas que además lo sabían todo acerca de Linda Kohl, quiero decir Snopes Kohl, por lo menos que era mujer y de Jefferson y que se había acercado lo suficiente a una guerra como para que le reventara los tímpanos. Porque mi tío tiene razón: la gente es amable y considerada. No es que esperes que no lo sean, es que ya has decidido de antemano que no lo son y por eso te sorprenden y te desconciertan. Pero ni siquiera se detuvieron, tan sólo uno de ellos dijo Qué tal, Gavin y siguió adelante.

Me apeé y entré en el banco. Porque ¿qué habría hecho yo, padre de hija única, si su abuelo tuviera dinero en abundancia para ello y yo mismo hubiera podido permitirme dejarla ir a estudiar fuera? Sin embargo no lo hice y nadie supo por qué no, hasta que de repente la dejé marchar, pero sólo a la Universidad que estaba a setenta kilómetros de distancia; y tampoco supo nadie por qué hice eso: tan sólo que me había propuesto ser el presidente del banco cuyo presidente en aquel momento era el hombre del que todo el mundo creía que se había estado acostando con mi mujer desde que vinimos a la ciudad. Es decir, nadie supo por qué, hasta tres meses después, cuando mi mujer fue por primera vez en su vida al salón de belleza y aquella noche se pegó cuidadosamente un tiro en la sien para no estropearse la permanente nueva, y cuando por fin se calmó la polvareda, el presidente de banco fornicador había abandonado la ciudad como era de esperar y ahora yo no sólo era presidente de su banco sino que vivía en su casa, y cualquiera habría pensado que ya no necesitaba

más a la hija y que podría irse donde le viniera en gana, con tal de que no eligiera nunca Jefferson, Mississippi. Excepto que ni siquiera le dejé hacer eso hasta que los dos estuvimos sentados en el automóvil y vimos inaugurar la lápida en la tumba de su madre, allí indefensa delante del rostro esculpido y del sarcasmo también esculpido, igualmente indefensa:

Una Esposa Virtuosa es un Galardón para su Marido Su Hijos se Alzan para Bendecirla y luego le dije, «Está bien, ya te puedes ir». Y me volví a casa.

—El señor Snopes no está en su despacho —dije—. Ha vuelto a casa para esperar a su hija —así que hacia allí nos dirigimos, hacia la monstruosidad de estilo colonial que era el segundo sarcasmo. El viejo Snopes tenía ya tres monumentos en Jefferson: el depósito de agua, la lápida en el cementerio y la mansión. Y quién sabe en cuál de las ventanas acechaba a la espera o esperaba al acecho, como ustedes prefieran.

—Quizá deba entrar yo también —dije.

—Quizá deberíamos tener todos un cuaderno y un lápiz —dijo mi tío—. Así todo el mundo podría oír.

Nos esperaban. Casi inmediatamente el jardinero y chófer negro salió por la puerta principal. Dejé el equipaje en la acera mientras los dos seguían allí, ella tan alta como él y Gavin en sus brazos tanto como ella estaba en los suyos, besándose en medio de la calle a plena luz, la voz de pato diciendo «Gavin, Gavin» no tanto porque aún no pudiera creer que era él como porque todavía no se había acostumbrado al nuevo sonido que estaba convencida de producir cuando hablaba. Luego lo soltó y él dijo, «Vamos»; así que volvimos a subirnos al coche y eso fue todo. La heroína había regresado a casa. Di la vuelta con el coche a mitad de la manzana y me habría gustado decir que no miré hacia atrás si hubiera sido verdad: el jardinero-chófer todavía subiendo por la avenida con las maletas y ella aún inmóvil, mirándonos, un poco demasiado alta para mi gusto, emparedada, inviolada en su silencio, invulnerable, serena.

Eso era: el silencio. Si no existía esa cosa llamada sonido. Si todo sucedía en silencio, ninguno de los males que el ser humano ha inventado podían en realidad herirla: explosión, traición, la voz humana.

Era eso: la sordera. Ratliff y yo estábamos inermes. Las otras, otras veces, con un revuelo de faldas o un movimiento o giro de piernas, habían pasado a la simple pubertad; más allá e inmediatamente estaba la otra puerta, inmediatamente después de la cual estaba el altar y la larga hilera de pañales secándose: plenitud, el desenlace. Pero ella le había vencido. No en continuo movimiento a través de una puerta, en un momento, sino inmovilizada por un trueno en el silencio, ella la inmóvil, mientras desaparecían la puerta y las paredes a las que se abría, y ella no el fruto de un momento, sino la novia inviolada del silencio, inviolada en la virginidad, estable, a salvo para siempre del cambio y la transformación. Finalmente cacé a Ratliff; me costó tres días.

—Su marido te manda un regalo —le dije—. Aquella escultura que te gustó; el

muchacho italiano haciendo lo que fuera que te gustó y que el mismo Gavin que no sólo había visto chicos italianos antes y hasta incluso alguno haciendo lo que sea que hace éste, ni siquiera supo dónde estaba la primera base. Pero no hay que preocuparse. No tienes mujeres en casa, ni esposa ni tampoco hijas inocentes. Así que probablemente podrás tenerlo aquí mismo, dentro de casa... Se va a casar con él — dije.

—¿Por qué no? —respondió—. Supongo que lo soportará. Además, si alguien se casa con él, quizá el resto estaremos a salvo.

—Querrás decir que el resto de las mujeres estarán a salvo.

—Quería decir exactamente lo que he dicho —me respondió—. Me refiero a todos nosotros.

NUEVE

Charles Mallison

Gavin tenía razón. Acababa agosto. Tres semanas después yo estaba de vuelta en Cambridge, con la esperanza, quiero decir esforzándome, o quizá lo que quiero decir es que formaba parte de la promoción que se graduaría, o por lo menos debería graduarse, en junio del año siguiente. Pero había estado tres semanas en Jefferson, tiempo más que de sobra para que les leyeran las amonestaciones si hubieran insistido en ello; algo, por otra parte, completamente innecesario para una viuda que no sólo era viuda sino además heroína de guerra y herida por añadidura. Así que entonces pensé que quizá esperaban a librarse de mí. Ya saben: la vieja pieza sentimental y melodramática de compañía itinerante, pero con cambio de sexo: el frenético niño agarrándose esta vez a los faldones del futuro novio y gritando «Papá papá papá» (en este caso Tío tío tío) «por favor, no nos cases con la señora Smith».

Luego se me ocurrió (era ya el día de Acción de Gracias; muy pronto volvería a casa para pasar las Navidades) *Naturalmente no se le ocurrirá a ninguno de ellos tomarse la molestia de informarme en este remoto lugar de Massachussetts*. Así que pensé incluso escribir y preguntar —no a madre, claro está, ni mucho menos a tío Gavin, puesto que si hubiera sucedido estaría demasiado ocupado para responder, y si no, aún seguiría estando demasiado ocupado tratando de esquivar el golpe y salvar la vida si era él quien seguía diciendo No, o tratando de enseñarle lo bastante para oírle decir Por favor si era él quien decía Sí —sino a Ratliff, que sería un espectador interesado, aunque su enorme curiosidad por los asuntos de otras personas no se pudiera calificar de inocente..., quizá incluso un telegrama: *¿Se acuestan ya juntos de manera oficial o todavía no? Me refiero a si ya es de dominio público o se mantiene el secreto, suponiendo que supongas la misma suposición que nos enseñan aquí en Harvard, y según la cual una vez que les quitas la ropa a esas mujeres altas y verticales descubres que no son ni mucho menos tan verticales*.

Luego llegaron las Navidades y pensé *Quizá he sido injusto con ellos. Tal vez me han estado esperando todo este tiempo con el fin de no interrumpir mi educación con una llamada de urgencia y para que, por el contrario, las fiestas de la paz y de la buena voluntad me pongan a su disposición para llevar el anillo o el ramillete o lo que quiera que sea*. Pero ni siquiera llegué a verla. Tío Gavin y yo pasamos incluso juntos la mayor parte de un día. Yo iba a salir a cazar codornices con Benbow Sartoris (no tenía aún más que diecisiete años, pero se le consideraba ya uno de los mejores cazadores de aves del condado, después únicamente de Luther Biglin, mitad granjero, mitad entrenador de perros, mitad cazador con fines de lucro, que disparaba con la izquierda, no mucho mayor que Benbow, de mi edad a decir verdad, y que

vivía cerca de Old Wyottsport junto al río) y tío Gavin decidió invitarse. Nunca sería un buen cazador incluso aunque dejara de hablar el tiempo suficiente, pero de vez en cuando venía conmigo. Y no dijo nada durante todo el día; fui yo quien preguntó por fin:

—¿Qué tal las lecciones de voz?

—¿La señora Kohl? Aceptablemente. Pero tú que llegas de nuevas serías el mejor juez —y yo dije:

—¿Cuándo será eso? —y él dijo:

—Cualquier ocasión en que estés lo bastante cerca para oírla —y el día de Navidad volví a ser yo. De ordinario Ratliff comía con nosotros ese día, en calidad de huésped de tío Gavin, aunque madre también lo apreciaba, no sé si por ser hermana gemela de mi tío. O a veces tío Gavin comía con Ratliff, y entonces me llevaba a mí porque Ratliff era un cocinero fuera de serie, que vivía solo en la casita más limpia que se haya visto nunca; él mismo se ocupaba de las tareas domésticas e incluso se hacía las camisas azules que llevaba siempre. Y esta vez también fui yo.

—¿Por qué no invitamos además a la señora Kohl? —le pregunté a madre, y tío Gavin dijo:

—Cielo santo, ¿has hecho todo el camino desde Cambridge para pasar el día de Navidad mirando a ese hijo de...? —se detuvo a tiempo y añadió—: Discúlpame, Maggie —y madre dijo:

—Como es lógico la señora Kohl compartirá con su padre la comida de Navidad después de su vuelta a casa —y al día siguiente me marché. Spoadé (su padre había coincidido con tío Gavin en Harvard en 1909) me había invitado a Charleston para que viera cómo era un baile de Santa Cecilia desde dentro. Porque de todos modos nos desperdigábamos al llegar aquel momento; al día siguiente padre se marchaba siempre a Miami para pasar una semana viendo caballos, y madre lo acompañaba, no porque le interesasen los caballos de carreras sino todo lo contrario: porque estaba convencida de que su presencia o en cualquier caso su proximidad o por lo menos contigüidad le impediría comprar uno.

Después empezó 1938 y yo regresé a Cambridge. Luego llegó septiembre y yo seguía en Cambridge o más bien había vuelto, esta vez a la escuela de derecho. Munich había sido objeto de observación o de celebración o de consagración, no sé bien cuál de las tres, y tío Gavin dijo «ya no tardará mucho». Pero lo venía diciendo desde la primavera anterior. Así que le pregunté:

—Entonces, ¿de qué sirve que malgaste dos o tres años más haciéndome abogado cuando, si estás en lo cierto, nadie tendrá tiempo para pleitos, aun en el caso de que yo todavía esté presente para hacer de fiscal o de defensor? —y él dijo:

—Porque cuando pase eso, todo lo que le quedará a la humanidad y a la justicia será la ley —y yo dije:

—¿Qué otra cosa se está utilizando ahora? —y él dijo:

—Vivimos tiempos felices, de prosperidad y de calma; ¿qué necesidad tienes de

la justicia cuando ya disfrutas de bienestar? Ahora la ley es el último recurso para vaciar el bolsillo que hasta ese momento se te ha resistido o te ha hecho fracasar.

Eso fue la primavera última, en junio, cuando madre y él (habían perdido a padre en Saratoga, aunque les prometió estar en Cambridge a tiempo para el juramento solemne) asistieron a mi graduación y me vieron con la toga y el birrete. Y yo dije:

—¿Qué es lo que pasa? ¿No se oyen todavía campanas de boda? —y él dijo:

—No las de la mía, por lo menos —y yo dije:

—¿Qué tal las lecciones de voz? Vamos —continuó—. Ya soy un chico mayor; también tengo una licenciatura de Harvard, aunque me falte el doctorado por Heidelberg. Dime. ¿De verdad es eso lo único que hacéis cuando estáis juntitos? ¿Prácticas de hablar? —y él dijo:

—Cállate la boca y déjame hablar a mí un rato. Vas a pasar el verano en Europa; es mi regalo de graduación. Tengo los billetes y la solicitud de pasaporte; todo lo que tienes que hacer es ir al fotógrafo oficial para que te inmortalice.

—¿Por qué Europa? y ¿por qué ahora? Además, ¿y si yo no quiero ir? —y él dijo:

—Porque quizá no esté allí el verano que viene. De manera que tiene que ser éste. Tienes que ir y verlo todo; quizá tengas que morir allí.

¿Por qué no esperar hasta entonces, en ese caso? —y él dijo:

—Porque irás como ejército.

Este verano todavía puedes ser un invitado —éramos tres; gracias a nuestra celeridad y diligencia y a tocar todos los resortes disponibles conseguimos incluso ir en el mismo barco. Y aquel verano vimos —vi: los otros dos se descubrieron incapaces de seguir más allá de París— un poco de Europa en bicicleta. Me refiero a la parte aún accesible: el probable corredor donde, según tío Gavin, quizá tuviera que morir: Gran Bretaña, Francia, Italia: la Europa que, también de acuerdo con mi tío, iba a desaparecer, ya que quienes sobrevivieran después de acabar con Hitler y Mussolini y Franco estarían demasiado agotados y a los que no hubieran hecho otra cosa que sobrevivir tampoco les importaría de todas formas.

De manera que traté de ver Europa, de contemplarla, dado que, al parecer, a los veinticuatro años aún seguía creyendo lo que tío Gavin decía igual que le había creído a los catorce y (supongo, porque no lo recuerdo) a los cuatro. De hecho la Europa que él recordaba o que creía recordar había desaparecido ya. Lo que yo vi fue una especie de histeria tranquila y sosegada: una fiesta frenética en la que todo el mundo era turista, tanto indígenas como visitantes. Había demasiados soldados. Quiero decir demasiada gente vestida de militar y por el momento comportándose como si lo fuera, como si por simples razones de política o de utilidad momentánea tuvieran que vestirse de máscaras y reforzar la Línea Maginot (de manera que parecían estar diciendo, los franceses por lo menos: «Sean comprensivos; no nos tomen el pelo. Nosotros tampoco nos lo creemos.») justo en medio de los forcejeos sindicales para conseguir la semana de treinta y nueve horas; los ruidosos debates parlamentarios sobre en qué lado de Piccadilly o de los Champs Elysées quedarían

mejor los sacos de arena, como en qué lado de la habitación colgar los cuadros; la espléndida figura deslumbrante de Gamelin todavía limpiándose el bigote manchado de sopa y diciendo «Conservad la calma. Aquí estoy yo», como si toda Europa (sí, claro, nosotros también; había norteamericanos por todas partes) estuviese diciendo: «Puesto que el Mal no es sólo lo que prima, sino también lo que tiene éxito, unámonos todos al Mal y convirtámoslo en el Bien».

Luego volví a París durante las dos últimas semanas, para ver si el París de Hemingway y el París de Scott Fitzgerald (no eran el mismo; tan sólo utilizaban la misma habitación) también habían desaparecido por completo o no; y de nuevo en Cambridge, sólo con un día de retraso: todo lo cual, nada de lo cual, mejor dicho, enlaza con nada, y únicamente me explica por qué casi había pasado año y medio cuando volví a verla. Y así pasamos Munich, aquel momento de silencio respetuoso, y luego volvimos una vez más a nuestros asuntos; y llegó la carta de tío Gavin diciendo «Ya no tardará mucho». Excepto que probablemente ya era demasiado tarde para mí. Cuando tuviera que ir —no, no quiero decir eso: cuando me llegara el momento de ir— quería pilotar un caza. Pero tenía veinticuatro años; al cabo de seis cumpliría los treinta y quizá incluso ahora fuese ya demasiado tarde; Bayard y John tenían veinte cuando fueron a Inglaterra en 1916 y tío Gavin me habló de un chaval del Royal Flying Corps (ahora sería la R.A.F.) que era capitán con una hoja de servicios tan brillante que el gobierno británico lo mandó a casa y lo dejó en tierra definitivamente para que por lo menos estuviera presente el día de su mayoría de edad. De manera que probablemente acabaré haciendo de navegante o de mecánico de un bombardero, o a los treinta quizá ni siquiera me dejen subir a un avión.

Pero seguían sin oírse los repiques a boda. Quizá era la voz. Mis espías —sólo necesitaba uno, por supuesto, mi madre— me informaban de que las clases privadas seguían adelante, de manera que quizá Linda pensaba que el Sí no era todavía lo bastante armonioso como para poder legalizarlo. Y sin duda insistiría en la legalidad, después de que la cohabitación *au naturel* le estallara en la cara, por así decirlo. No, eso no es cierto. La cohabitación no estalló hasta después de convertirse en legal, hasta que quienquiera que fuese dijo por fin: «¡Me rindo! Vete a por la licencia y el clérigo, pero por el amor de Dios cierra de una vez la boca». Así que ahora la viuda de Kohl tendría tanto miedo de un predicador o de un juez de paz como de Satanás o del verdugo, puesto que aparecer ante uno de ellos en compañía de un miembro del sexo opuesto equivaldría a una sentencia de muerte. Algo que, lógicamente, ella no desearía para Gavin, puesto que no sólo el Sí que le destinaba iba a ser lo bastante tierno como para justificar que hubiera vuelto a Jefferson desde muy lejos para decirlo, sino que él además no dejaría dinero suficiente como para que mereciera la pena ser su viuda en el caso de que el Sí no fuese tan tierno.

No; eso tampoco era cierto. Si había tenido que vivir cinco años con un hombre antes de que consintiera en casarse con ella, quiero decir con un escultor tan avanzado y tan liberal que incluso Gavin estaba a oscuras sobre lo que esculpía, sobre

lo que hacía, ese hombre era sin duda alguien muy avanzado en liberalismo. Y si había tenido que abandonar algo tan seguro y agradable como ser un escultor de Greenwich Village que vive con una chica pudiente y dispuesta a pagar el alquiler y comprar la comida tanto si se casa con ella como si no; si había tenido que dejar todo aquello para ir a España a luchar del lado de los que, como cualquiera podría haberlo dicho, iban a perder la guerra, tenía que ser una persona más avanzada incluso del simple liberalismo. Y si ella le quería lo bastante para esperar cinco años a que dijera De acuerdo, maldita sea, llama al párroco, y para irse luego con él a España a saltar por los aires sin otro motivo que estar con él, también Linda debía de ser uno de ellos, puesto que, al parecer, no se puede ser moderado en materia de comunismo: o se es violentamente pro o violentamente contra. (Se lo pregunté; me refiero por supuesto a Tío Gavin. «Supón que lo es», dijo. «Está bien», dije yo. «¿A quién demonios le importa?» dijo él. «Está bien, está bien», dije yo. «Y, en todo caso, ¿quién demonios ha dicho que eso sea asunto tuyo?» dijo él. «Está bien, está bien, está bien», dije yo.) Y el simple hecho de saltar por los aires no iba a curarlo. De manera que no repicarían a boda las campanas; lo otro había sido una simple desviación juvenil, algo que no volvería a suceder; había sido sólo por un momento una enemiga del pueblo, y pagó bien pronto por ello.

Así que no habría predicador. Se limitarían a practicar aquí mismo, en Jefferson, la democracia popular, según la cual todo el mundo es igual, cualquiera que sea su aspecto, una vez que se queda en cueros. Todo lo que había que hacer era imaginar cómo demonios se las iban a apañar en una ciudad tan provinciana y poco igualitaria como Jefferson. Mejor dicho, ellos no: él, Gavin. Quiero decir que sería su quebradero de cabeza, su problema, su necesidad, tal vez. No la de ella. Linda era libre, estaba dispensada de mundanalidad; quizá también de necesidad, aunque ¿cómo puede saberlo quien no está igualmente castrado de sonidos, circunciso de tener que oír? Ella poseía el silencio: aquel instante de trueno para fijarla en la soledad eterna, inviolada y secreta; que sea el resto del mundo quien tropiece en todas las direcciones del ruido con sus propios pies tratando de alcanzar la primera base al borde del abismo, como en una de las viejas películas de Chaplin.

Mi tío tendría que encontrar los modos y maneras; todo lo que ella aportaría sería la capacidad de aquiescencia, y lo que podría llamarse un precedente familiar. Aunque Linda no era Eula, sin contar con que tampoco Gavin era Manfred De Spain. Quiero decir que yo no tenía más que trece años cuando la señora Snopes se pegó un tiro aquella noche, de manera que todavía no sé qué es lo que vi y recuerdo, y qué es lo que mi tío me metió en la cabeza, puesto que, como dice Ratliff, yo pasé los primeros once o doce años de mi existencia en medio de tío Gavin, pensando lo que él pensaba y viendo lo que él veía, y no porque me forzara a aprenderlo, sino quizá precisamente porque me dejaba, porque contaba con su tolerancia. Quiero decir que Linda y tío Gavin no tendrían aquella ventaja natural e inigualable que poseían su madre y Manfred De Spain, y que era un halo, nimbo, estado de gracia, como quiera

llamárselo, en el que la señora Snopes no sólo existía, vivía, respiraba, sino que lo creaba a su alrededor por el hecho de existir, vivir, respirar. No sé cuál es la palabra que quiero: un ambiente no de licencia, de desenfreno, porque (esto quizá proceda incluso de Ratliff; no lo recuerdo ahora) insignificantes condiciones morales como moderación y pureza tenían tan poco que ver con una mujer como la señora Snopes —o, más bien, una mujer como ella se preocupaba tan poco de ellas o les prestaba tan poca atención— como las convenciones relativas a la fuerza que se ha de usar, o cuándo o cómo o dónde, tienen poco que ver con guerras o ciclones. Me refiero a que cuando una comunidad descubre de repente que es la única propietaria de Venus por el tiempo que dure, ésta no puede ser una esposa casta o incluso una querida fiel, tanto si lo es como si no y tanto si realmente quiere serlo como si no. Eso no sólo sería intolerable, sino un auténtico despilfarro criminal; y para la comunidad objeto de tanto honor, incluso permitir, y no digamos alentar, la castidad, la continencia, sería una afrenta a los donantes merecedora de su divina venganza. Sería como tener una estación milagrosa e inigualable —viento, sol, lluvia, calor y escarcha— concentrada en un instante milagroso en todo el condado y que nosotros tratáramos de arrogarnos el mezquino derecho de seleccionar y de escoger y de elegir en lugar de que todo hombre mujer y niño que pudiera andar saliese al campo para cultivar al máximo toda simiente que la tierra aceptara. De manera que nosotros —me refiero a los hombres y también a las mujeres— no pediríamos siquiera escapar a la angustia y al alboroto que ella causaría respirando y existiendo entre nosotros y a los celos de los que sabíamos que no éramos dignos, con tal de que tuviéramos a alguien que pudiera medirse y luchar con ella en combate leal y ser por tanto nuestro campeón y nuestro orgullo, como la posesión por parte del condado del caballo más veloz de todo el país. Todos estaríamos de parte suya y de Manfred De Spain; incluso organizaríamos y protegeríamos sus citas; sólo los predicadores la aborrecerían porque le tendrían miedo, por cuanto el dios que representaba sin proponérselo siquiera, por el que los varones suspiraban e incluso las mujeres se enorgullecían de que por lo menos una de su sexo fuese embajadora suya, era mucho más fuerte que el galileo pálido y desesperado que era todo lo que tenían para desafiarle.

Porque Linda no tenía esa cualidad que no era transmisible. De manera que todo lo que les quedaba a Gavin y a ella era la continencia. O para decirlo con crudeza, la moralidad. Porque, ¿a dónde podían ir? No a casa de ella, porque entre Linda y su padre la sordera caía del lado equivocado. Y tampoco a la de él, porque la casa en la que vivía no era suya sino de madre, y uno de los primeros principios (cuando llegó su momento, por supuesto) que Gavin me enseñó fue que un caballero nunca lleva a su amiguita de turno a casa de (por este orden): Su esposa. Su madre. Su hermana. Su querida. Y no podían emprender los viajes coincidentes, a los lugares disponibles de Memphis o Nueva Orleans, o quizá de sitios tan lejanos como St. Louis y Chicago, que (suponíamos) su madre y Manfred De Spain solían hacer, dado que la moral de la policía, sin contar con la del ambiente casi de bajo mundo al que habrían tenido que

recurrir, se hubiera rebelado contra la idea de arrancar a una mujer sorda como una tapia de la seguridad e inocencia de su ciudad provinciana para tan sórdidos fines. De manera que sólo les quedaba el automóvil de Gavin, escondido frenética y desesperadamente detrás de un matorral: Gavin Stevens, de cincuenta años, graduado por Harvard, doctor por Heidelberg, licenciado en derecho por Mississippi, miembro del American Field Service y de la Y.M.C.A. en Francia de 1915 a 1918, y Fiscal del Condado; y Linda Kohl, treinta años, viuda, herida en el campo de batalla mientras colaboraba con las fuerzas comunistas en España, toqueteándose y jadeando en el interior de un automóvil aparcado como si tuvieran diecisiete años.

Sobre todo cuando la policía descubriera (quiero decir, claro está, si alguien iba y se lo contaba) que Linda era comunista. O simplemente Jefferson, si vamos a eso. Teníamos dos finlandeses, escapados por los pelos de Rusia en 1917 y de Europa en 1919 y que a principios de la década de 1920 habían ido a dar con sus huesos a Jefferson, aunque nadie sabía por qué —uno el zapatero remendón que se quedó con la tiendecita del señor Nightingale y el otro hojalatero—, que no eran comunistas profesos ni tampoco confesos, puesto que en la época en que la N.R.A. del Presidente Roosevelt y los sindicatos obreros lograron convertir el término «comunista» en una palabra odiosa, referida sobre todo al C.I.O. de John L. Lewis, apenas hablaban inglés aún. En realidad, desde su punto de vista era innecesario profesar el comunismo o confesarse comunistas. Sencillamente dieron por sentado que en Jefferson existía un proletariado tan específico y obvio y reconocible como el tiempo meteorológico, y que tan pronto como aprendieran inglés lo encontrarían y, al ser todos proletarios conjuntamente, también serían comunistas como no sólo era su derecho y su deber sino la inevitable consecuencia de su condición social. De aquello hacía ya quince años, aunque el más grande de los dos, el zapatero, más lento en el aprendizaje del inglés, no había superado aún su desconcierto y confusión, creyendo que era simplemente la barrera del idioma y no la situación del proletariado de Jefferson, que se negaba no sólo a reconocerse como proletariado, sino que se sentía satisfecho de considerarse clase media, convencido de que se trataba de una situación temporal e interina, orientada, cuando llegara el momento, a la posesión del banco del señor Snopes o de la cadena de almacenes de comestibles al por mayor de Wallstreet Snopes o (¿quién sabe?) de la mansión del Gobernador de Jackson o incluso de la Casa Blanca en Washington.

El pequeño, el hojalatero, era más agudo. Tal vez se debía a que su oficio, menos sedentario y meditativo que el del zapatero, lo hacía ir de aquí para allá. En cualquier caso lo cierto es que había comprendido, hacía ya algún tiempo, que cualquier proletariado del que él mismo fuese a formar parte en Jefferson tendría que manufacturarlo antes. De manera que puso manos a la obra. El único medio de que disponía era hacer prosélitos, conversos al comunismo, y la única materia prima, los negros. Porque entre nosotros, los varones blancos de Jefferson, existía unanimidad total, no menos sólida e incluso más clamorosa en los estratos más bajos, pero que se

extendía en cualquier caso desde quienes se colocaban los sábados en las aceras con sus carritos para vender cacahuets y palomitas de maíz, pasando por los tenderos de comestibles de calles a trasmano y callejones, hasta los propietarios de almacenes, gasolineras y a los concesionarios de automóviles, en contra de todos aquellos a quienes ahora se denominaba comunistas —Harry Hopkins, Hugh Johnson y todas las personas relacionadas con la N.R.A., Eugene Debs, los I.W.W., el C.I.O., de todos y cada uno de los que parecían incluso poner en duda nuestro derecho, por haber nacido en Jefferson, a comprar o a cultivar o a descubrir o a encontrar cualquier cosa al precio más bajo que los halagos, las tretas, las amenazas o la fuerza nos permitiera conseguir y luego venderla lo más cara posible según la necesidad o la ignorancia o la timidez del comprador. Y eso era todo lo que Linda tenía a su alcance, todo lo que podía encontrar en nuestro desierto capitalista que tan ajeno y tan distante de su patria de adopción tenía que resultarle si de verdad era comunista y si el comunismo es en realidad no simplemente una ideología política sino una religión que hay que practicar para mantenerse vivo: dos inmigrantes, procedentes del Círculo Ártico, uno de ellos prácticamente incapaz de expresarse, verdadero troglodita, y el otro un pequeño avispon intransigente, por causa de cuyo genio vivo los dos estaban ya prácticamente excluidos de la comunidad jeffersoniana, no tanto por ser comunistas profesos (a nadie le hubiera importado hasta qué punto el hojalatero hacía profesión de comunista con tal de que no metiera la nariz en las escalas locales de salarios, de la misma manera que podrían haber sido republicanos con tal de que no se mezclaran en los asuntos de nuestra ciudad demócrata o en las elecciones para el condado, o católicos con tal de que no organizaran manifestaciones delante de otras iglesias ni interrumpieran las reuniones para rezar en común) como compinches de los negros: personas que se asociaban con los negros para promover su afiliación política. No se trataba de asociación en el plano social: no lo hubiéramos consentido ni siquiera tratándose de ellos, y el más pequeño, de todas formas, sabía el suficiente inglés en su variante de Jefferson como para estar al tanto. Pero la asociación con negros, del tipo que fuese, ya era demasiado. La policía local los miraba con malos ojos, aunque en realidad estábamos convencidos de que un forastero no podía soliviantar a nuestras fieles gentes de color.

Así que, ya ven ustedes, todo lo que les quedaba —a Gavin y a Linda— era el matrimonio. Luego llegaron las Navidades de 1939, las últimas antes de que empezaran a apagarse las luces, yo volví a casa para las fiestas y la señora Kohl cenó una noche con nosotros, aunque no viniera a comer el día de Navidad. Ignoro qué es lo que pasó exactamente: si madre y Gavin decidieron que sería más delicado invitarla y que ella no aceptase, o no proponérselo. No; no pudo ser así. Apostaría cualquier cosa a que madre los invitó a los dos: a ella y también al viejo Snopes. Porque las mujeres son maravillosas. Superan con perfecta calma y suavidad un problema que los hombres se han devanado los sesos durante años tratando de resolver; con lo cual se descubre no sólo que el problema carecía de importancia, sino

que no existía en realidad. Los invitó a los dos, exactamente como si fuese algo que hubiera venido haciendo quizá una vez al año durante los últimos cien años siempre que se le ocurría, siempre que decidía complacerlos un poco compartiendo la mesa con ellos, o siempre que decidía que a ella le agradaría sentarlos a su mesa, tanto si a ellos les apetecía como si no; y Linda declinó la invitación para los dos exactamente de la misma manera.

Así que pueden ustedes imaginarse la comida de Navidad en aquella casa de la que ninguno de mis conocidos había visto el interior si se exceptúa a madre (sí, claro, tenía que haberla visto ya, ahora que Linda había vuelto) y a mi tío: el comedor — mesa sillas aparador armarios arañas y todo lo demás— exactamente con el mismo aspecto que tenía en el almacén del decorador de interiores de Memphis cuando él — Snopes— lo cambió por los muebles de la madre del Comandante De Spain, con él en un extremo de la mesa y Linda en el otro y el jardinero-chófer con una chaqueta blanca sirviéndolos: el viejo hijo de perra sin sentimientos que tenía un vocabulario de dos palabras, de las que una era «No» y la otra «Ejecución», y la novia del silencio más inmaculada en aquella castidad de lo que nunca lo fuera la mujer del César porque Linda era además invulnerable, estaba para siempre a salvo en aquella castidad para siempre pura, puesto que no le hubiera podido oír aunque el otro tuviera algo que decirle, como tampoco él podía oírla, puesto que no hubiera reconocido el idioma que Linda hablaba. Los dos allí sentados frente a frente durante todo el interminable e insoportable ritual que exigía aquel día entre todos los días; y nadie que entendiera por qué lo hacían, por qué lo sufrían, por qué ella lo sufría y lo soportaba, a qué ritual se sujetaba o qué obsesión expiaba o, ¿quién sabe? qué prodigio solicitaba para obligar a su padre a recordar. Quizá fuera ése el motivo. Me refiero al motivo de su vuelta a Jefferson. Porque evidentemente no era para casarse con Gavin Stevens. O al menos todavía no.

De manera que no iba a ser más que una cena corriente, aunque madre habría dicho (y se lo habría creído sin la menor sombra de duda) que era para festejar mi vuelta a casa. Y, ¿no acabo de decir que las mujeres son maravillosas? Linda tenía — imagínense quién se lo regaló— un pequeño bloc de finas láminas de marfil con esquinas doradas en las que no cabían más de tres palabras, con pequeñas anillas doradas para pasar las páginas y una especie de lápiz de oro, haciendo juego, con el que se podía escribir y luego borrar lo escrito con el pañuelo o un trozo de tela o, en un caso de urgencia típicamente masculino, con el pulgar ensalivado y volver a utilizarlo (quizá se lo regalara en recuerdo de aquel encendedor de oro con las iniciales G L S, a pesar de que mi tío no tenía una L entre sus iniciales ni, de hecho, ninguna otra excepto G S, que ella le regaló hace unos cinco años y que Gavin no había usado nunca porque nadie logró convencerlo de que no era cierto que notase el sabor a gasolina en sus pipas de mazorca). Y aunque madre utilizó el bloc como los demás, no pasaba de ser una mera coincidencia, como cualquier otro gesto con las manos durante la conversación. Porque al mismo tiempo hablaba con Linda, y no se

miraba las manos sino que miraba a Linda, de manera que no podría haber descifrado los signos que estaba haciendo incluso en el caso de que estuviera haciendo algún signo, en lugar de hablar sin parar a Linda exactamente como hacía con el resto de nosotros. Y que me aspen si Linda no daba la impresión de entenderla, las dos parloteando y hablando por los codos entre sí como hacen las mujeres, de manera que quizá ninguna mujer escucha nunca lo que dice la otra porque no le hace falta, porque ya se han comunicado antes de que una de las dos empiece a hablar.

Y es que en esas ocasiones Linda hablaba. Sí, claro, las lecciones de dicción de Gavin habían supuesto algún avance porque no podía ser de otra manera; habían sido demasiadas o por lo menos las suficientes, suponiendo que emplearan parte del tiempo que pasaban juntos tratando de suavizarle la voz. Pero seguía siendo la misma voz de pato: seca, sin vida, muerta. No había pasión, no había calor en ella; y, lo que es peor, tampoco esperanza. Quiero decir, estar juntos en la cama a oscuras y sentir más amor y emoción y éxtasis de lo que se puede soportar y querer irremediabilmente compartirlo, susurrarlo, y no tener más que aquel graznido seco y sin vida con el que susurrarlo. En aquella ocasión (hubo otras cenas el verano siguiente, pero era la primera en la que yo también estaba sentado a la mesa) Linda empezó a hablar de España. No sobre la guerra. Me refiero a la guerra perdida. Era extraño. La mencionaba de vez en cuando, no como si nunca hubiera sucedido sino más bien como si no la hubieran perdido los de su bando. Algunos de ellos, como Kohl, habían muerto y a muchos otros, como ella, les habían estallado los tímpanos o habían perdido brazos y piernas, y los demás se habían dispersado (y muy pronto empezarían a ser proscritos y los investigaría el F.B.I., sin contar con los aficionados que los acosarían y hostigarían, aunque aún no hubiéramos llegado a eso) pero no les habían dado una paliza ni habían perdido nada en absoluto. Linda hablaba de la gente que estuvo en la guerra, gente como Kohl. Habló de Ernest Hemingway y de Malraux, y también de un ruso, un poeta que iba a ser mejor que Pushkin pero lo mataron; y madre garrapateando en el bloc, pero sin prestar más atención a lo que creía que estaba escribiendo que la misma Linda, al tiempo que decía:

—¡Qué horror, Linda! —ya saben, la tragedia de morir tan joven, la obra inacabada, y Gavin quitándole el bloc a madre, pero también hablando ya:

—Tonterías. No existe ningún Milton mudo e ignorado. Si hubiese muerto a los dos años de edad, otro habría escrito su obra.

Únicamente yo no me molesté en utilizar el bloc; dudo que hubiera podido quitárselo.

—Otro llamado Bacon o Marlowe —dije.

—O quizá un buen apellido profesional, sólido y sintético como Shakespeare —dijo tío Gavin.

Pero Linda ni siquiera había mirado en dirección al bloc. Créanme, madre y ella no lo necesitaban.

—¿Por qué? —dijo Linda—. ¿Qué verso o párrafo o incluso página puede

componerse y escribirse que sea comparable a dar la vida por decir No a gentes como Hitler y Mussolini? —y Gavin sin molestarse tampoco esta vez en utilizar el bloc:

—Tiene razón. Está absolutamente en lo cierto y hay que dar gracias a Dios por ello. Nada se pierde nunca. Nada. Nada —excepto Linda, por supuesto. Gavin habló de cómo Kohl había sido un gran hombre, no me refiero sólo a un buen pedazo de carne, sino viril, lleno de vida; un hombre enamorado de lo que los griegos denominaban risa, que habría podido y sabido llenar la vida emotiva, y también física de cualquier mujer. Y Linda acababa de cumplir los treinta y, ya lo creo que sí, los ojos eran hermosos, y otras cosas además de los ojos; quizá a Kohl nunca le importó lo que había debajo de la ropa, como tampoco le importaría a cualquiera con la suerte necesaria para sucederle, tío Gavin incluido. Así que por fin entendí qué era lo que yo estaba mirando: ni madre ni tampoco Linda necesitaban mirar lo que madre creía que estaba garrapateando en aquella lámina de marfil de todos los demonios, dado que, evidentemente, desde el segundo día después de que Linda regresara a casa, madre había estado tan ocupada y había sido tan despiadada y directa como una de las antiguas mamas victorianas cazadoras de cabezas cuando, en las obras de Fielding o Dickens o Smollett se abría la veda para Bath o para Tunbridge Wells. Luego descubrí algo más. Me acordé de cómo no hacía mucho más de un año estábamos solos en el despacho y Ratliff dijo:

—Vamos a ver, ¿por qué quieres desperdiciar todo este buen tiempo teniendo celos de tu tío? Es inevitable que alguien se case con él más pronto o más tarde. Cualquier día de estos vas a hacerte mayor y a dejarlo atrás y entonces estarás demasiado ocupado para seguirlo de cerca y protegerlo. Así que, ¿qué más te da que sea Linda? —¿entienden lo que quiero decir? que evidentemente era transferible, fuera lo que fuese lo que su madre había tenido. Gavin la había visto una vez a los trece años, y fíjense en lo que le había pasado. Luego Barton Kohl la vio una vez cuando tenía diecinueve, y vean dónde estaba ahora. Y yo la había visto dos veces, quiero decir después de ser lo bastante mayor para saber qué era lo que estaba mirando: una vez en el aeropuerto de Memphis el verano anterior, y aquí en casa mientras cenábamos, y supe que tendría que ser yo quien llevara a tío Gavin a la biblioteca al estudio o al sitio que sea donde se celebran tales entrevistas y decirle:

—Vamos a ver, jovencito. Ya sé que tus intenciones son estrictamente deshonestas. Pero lo que quiero saber es hasta qué punto son serias —o si no él, por lo menos alguien. Porque no sería él. Ratliff me había contado cómo Gavin dijo que el sino de Linda sería amar una vez, perder al amado y luego llorarlo. Lo que podría ser la razón de su vuelta a Jefferson: si todo lo que quieres es afligirte, da lo mismo dónde lo hagas. De manera que estaba perdida; había perdido incluso al otro que quedaba y que debería haberse casado con ella por la sencilla razón de que había hecho más que nadie mientras todavía era una niña para convertirla en lo que era en el momento actual. Pero no sería él; Gavin tendría que defender su predicción, hacer buenas sus palabras prescindiendo de quién se angustiaba y sufría.

Sí, perdida. Había estado conduciendo aquel automóvil negro de banquero rural y diácono baptista desde su regreso a casa; al parecer había supuesto al principio que lo conduciría sola, hasta que el viejo Snopes en persona se opuso alegando la sordera. Así que todas las tardes Linda lo estaba esperando en el coche cuando el banco cerraba sus puertas, y los dos daban un paseo por el campo cercano, y él oía el claxon de los coches que se acercaban, si es que había alguno. Paseos por el campo que resultaban muy apropiados en el caso del viejo Snopes puesto que el condado era su dominio, su baronía —las hectáreas, las fincas, las cosechas—, ya que incluso en los casos en que no era aún propietario de la hipoteca, quizás incluso en proceso de ejecución, podía sopesar y hacer cálculos *de visu* acerca de los que hasta entonces se le habían escapado.

Es decir, excepto una tarde a la semana, de ordinario los miércoles. El viejo Snopes no fumaba ni bebía ni mascaba siquiera tabaco; aquello sobre lo que sus mandíbulas seguían trabajando con regularidad era, según la definición de Ratliff, el mismo trocito de aire de Frenchman's Bend que ya trajera en la boca cuando se vino a vivir a Jefferson treinta años antes. Sí, perdida; y ni siquiera fue a tío Gavin, sino a Ratliff a quien acudió aquella tarde y le dijo «No consigo saber quién vende ahora el whisky». No; no completamente perdida: tan sólo había estado fuera demasiado tiempo, explicándole a Ratliff por qué no había acudido a tío Gavin:

—Es el fiscal del distrito; pensé... —y Ratliff dándole palmaditas en la espalda, allí en medio de la calle, diciendo, para que lo oyera cualquiera otra persona, puesto que evidentemente ella no podía:

—Has estado fuera demasiado tiempo. Ven. Iremos a buscarlo.

Así que fueron los tres en el coche de Gavin hasta el supuesto campamento de pesca de Jakeleg Wattman en Wyott's Crossing, de manera que Linda supiera ya dónde y cómo para la vez siguiente. Había que ir hasta el pequeño almacén sin pintar de Jakeleg (Jakeleg lo tenía sin pintar porque así, cuando un sheriff que ya había ocupado antes el cargo pero que ahora trabajaba para una nueva administración reformista le avisaba de que iba a ser una vez más objeto de una redada, no le hacía falta estropear mucha pintura al sacar los clavos, dismantelar las distintas partes y acarrearlas otro quilómetro y medio hacia el interior, hasta que la reforma entraba en cuarto menguante y podía volver a un lugar conveniente junto a la carretera asfaltada y al alcance de los automóviles), apearse del coche, penetrar en donde los estantes sin pintar estaban abarrotados de anzuelos y plomos y sedales y tabaco y pilas para linternas y café y latas de alubias y cartuchos de escopeta y una hilera muy ordenada de licencias para bebidas alcohólicas del departamento de rentas públicas de los Estados Unidos clavadas con chinchetas en la pared y decir a Jakeleg, situado detrás del mostrador protegido con tela metálica, con las botas altas de caucho que llevaba en invierno y en verano, y una pistola en una de ellas, «Qué tal, Jake. ¿Qué es lo que tienes hoy?» Y él te lo explicaba: la misma única marca que le daba lo mismo que te gustara o no y el mismo precio único que le traía sin cuidado que te conviniera o no.

Y tan pronto como decías cuántas, el negro (con las botas altas de caucho que Jakeleg había usado el año anterior) salía o se agachaba o por lo menos desaparecía de la vista para reaparecer con las botellas e inmovilizarse con ellas hasta que le dabas a Jakeleg el dinero y te devolvía el cambio (si es que sobraba algo); a continuación Jakeleg abría una pequeña ventanilla en la tela metálica y empujaba las botellas hacia el otro lado, y luego regresabas a tu coche y eso era todo. Tío Gavin entró con Linda y lo más probable es que dijera «Qué tal, Jake. Te presento a la señora Kohl. No oye pero es perfectamente capaz de saborear y tragar». Y tal vez Linda dijo:

—¿Qué es lo que tiene? —y probablemente lo que tío Gavin le escribió en el bloc fue *Decir eso aquí es buscar pelea Este es un sitio donde lo tomas o lo dejas Sólo tienes que darle ocho dólares o dieciséis si quieres dos*. De manera que quizá la vez siguiente fuese sola. O quizá tío Gavin en persona entró en el banco y pasó a la habitacioncita de atrás y dijo: «Escúcheme usted, hijo de perra con sangre de horchata, ¿va usted a seguir ahí sentado y permitir que su única hija, que no podría ni siquiera oír la trompeta del Juicio Final, vaya sola en coche hasta el antro de contrabandistas de Jakeleg Wattman a comprar whisky?» O quizá fue una simple coincidencia: era miércoles por la tarde y él —el señor Snopes— no pudo decir: «Un momento, espera; ¿a dónde demonios vas? Éste no es el camino». Porque Linda no le oye y de hecho no sé cómo su padre le hablaba, porque no me lo imagino escribiendo nada excepto el símbolo del tanto por ciento o una fecha de vencimiento; quizá no tenían más que un mapa de carreteras del condado en el que el viejo Snopes señalaba con el dedo y que era un sistema que había funcionado hasta entonces. De manera que el padre de Linda se encontró no con un problema sino con tres: el automóvil conocido y reconocible del presidente del banco yendo hasta un antro de contrabandistas con él en su interior; permitir que todos los futuros hipotecados del condado de Yoknapatawpha se enterasen de cómo él se quedaba sentado en el coche y permitía que su hija única entrara en un notorio antro del antiguo lecho del río para comprar whisky, o hacerlo él en persona y con su mano de diácono baptista pagar dieciséis dólares de la sangre que era su propia vida.

Perdida. Gavin me contó cómo hacía ya más de un año que los dos comunistas finlandeses habían empezado a hacerle visitas nocturnas (invitados por ella, como es lógico) y pueden ustedes imaginarse la escena. Se verían en el salón. Tío Gavin contó que Linda había arreglado una salita de estar en el piso de arriba, pero esas reuniones se celebrarían en el salón, situado en diagonal, al otro lado del gran vestíbulo, de la habitación donde se suponía que el viejo Snopes pasaba todo el tiempo que no dedicaba al banco. El salón capitalista y aquellos tres: los dos trabajadores finlandeses emigrados y la hija del banquero, el que era incapaz de expresarse en inglés y la que era incapaz de oír ningún idioma, tratando de comunicarse por medio del tercero, que no había aprendido aún ortografía, para hablar de esperanzas, milenarismo y sueños: de la emancipación del ser humano de su tragedia, de la liberación definitiva del dolor, del hambre y de la injusticia de la condición humana.

Mientras dos puertas más allá, en la habitación donde, excepto comer y guardar el dinero en efectivo del banco, lo hacía todo con los pies apoyados en el pequeño saliente sin pintar clavado en la repisa de la chimenea estilo Adam y mascando sin parar lo que Ratliff llamaba su trocito de aire de Frenchman's Bend, estaba el capitalista en persona, propietario del salón, de la casa y hasta de la atmósfera misma en la que soñaban; el capitalista que había comenzado a vivir como nihilista, luego había pasado a anarquista y finalmente no sólo era conservador sino también reaccionario: un pilar, cimentado en la roca, de la filosofía que postula mantener las cosas tal como están.

Perdida. Poco después Linda inició la actividad que Jefferson denominó entrometerse en la vida de los negros. Sin que la invitaran y sin avisar, se presentó al parecer en los diferentes cursos de los centros de enseñanza primaria y secundaria para los negros; ella que, dense ustedes cuenta, no oía ni los truenos, de manera que todo lo que podía hacer era mirar: los rostros, expresiones, gestos de los alumnos y maestros, unos y otros fascinados ya, quizá alarmados, y en cualquier caso sorprendidos y preparados para esconderse, ante la repentina e inexplicable presencia de aquella mujer blanca que hablaba con la maestra con la voz como de graznido de pato de los sordos, ofreciéndole a continuación bloc y lápiz para responder. Hasta que en seguida, tan pronto como el alarmado mensajero consiguió encontrarlo, supongo, apareció el director —universitario, dijo tío Gavin, y además persona inteligente y dedicada—, y luego Linda y el director y la decana de los profesores se reunieron en el despacho del director, en donde es probable que no fuese tanto cuestión de los esfuerzos de la mujer blanca por explicarse como de que las dos personas de raza negra habían ya adivinado y tal vez entendido lo que se proponía aunque no estuvieran de acuerdo con ella. Porque ellos, los negros, cuando los problemas no proceden de las pasiones generadas por la escasez, la ignorancia y el miedo —juego, bebida—, sino de la simple humanidad, son personas cordiales y tiernas, un poco más que los blancos porque tienen que serlo; un poco más prudentes en sus tratos con los blancos de lo que estos últimos lo son con ellos, porque tienen que sobrevivir siendo minoría. Como si ya supieran que la ignorancia y la superstición que Linda tendría que combatir —la ignorancia y la superstición que se opondrían, que anularían su sueño y, si se obstinaba lo bastante para perseverar, también la destruirían a ella— no provendrían de la raza negra que se proponía ayudar sino de la blanca que ella representaba.

De manera que finalmente sucedió lo esperado, lo previsto por todo el mundo excepto, al parecer, por Linda, quizá debido a la sordera, al aislamiento, la soledad de no vivir encerrada con el sonido sino tan sólo rodeada de gestos. O quizá sí lo previo, pero, después de haber pasado una guerra, le tenía sin cuidado. En cualquier caso, se lanzó de cabeza adelante con su idea, que era establecer una especie de examen semanal competitivo, cuyos ganadores, estudiantes destacados de la semana en cada curso, acudirían la semana siguiente a algo parecido a una academia, creada por ella,

con profesores blancos; los detalles se concretarían más adelante pero de momento utilizarían su sala de estar en la casa paterna y de acuerdo con una especie de norma general los ganadores de cada semana serían reemplazados por los de la semana siguiente; ganadores de todos los cursos del centro docente, desde el jardín de infancia hasta los de más edad, ya que según la teoría de Linda si se era lo bastante mayor para aprender a los dieciocho, lo mismo sucedía a los ocho, cuando incluso aprender algo nuevo sería más fácil. Porque además de no oír las palabras, dense ustedes cuenta, tampoco oía los tonos, los matices de alarma, miedo y terror con que la voz negra tendría que decir Muchas gracias. Así que finalmente el director, el hombre inteligente y dedicado, con su rostro serenamente trágico, se encargó de ir a ver a tío Gavin a su despacho.

—Estaba esperando su visita —dijo tío Gavin—. Sé lo que quiere decirme.

—Gracias —respondió el director—. Porque en ese caso ya sabe usted que no funcionará. Que ni ustedes están preparados para ello ni lo estamos nosotros.

—No habrá muchas personas de su raza que estén de acuerdo con usted —dijo tío Gavin.

—Nadie —dijo el director—. Pero tampoco lo estuvo nadie cuando lo dijo el señor Washington.

—¿El señor Washington?

—Booker T. —dijo el director—. El señor Carver también.

—Ah —dijo tío Gavin—. Y, ¿qué dijeron exactamente?

—Que tenemos que conseguir primero que los blancos nos necesiten. En los viejos tiempos ustedes nos necesitaban, si no en su cultura al menos en su economía, para que les suministrásemos algodón, tabaco y añil. Pero era una necesidad falsa, mala y perniciosa en sí misma, y no podía durar. Tenía que desaparecer. De manera que ahora no nos necesitan ustedes. Ahora no hay un lugar para nosotros ni en su cultura ni en su economía. Las dos razas compramos los mismos automóviles a plazos que consumen la misma gasolina, y las mismas radios para escuchar la misma música y las mismas neveras para enfriar la misma cerveza, pero eso es todo. De manera que tenemos que hacernos un sitio propio en la cultura y también en la economía de los blancos. No se trata de que ustedes nos hagan un sitio para que dejemos de resultarles un engorro, como aquí en el Sur, o para conseguir votos con que ampliar sus márgenes políticos, como en el Norte, sino que *nosotros* tenemos que hacernos un sitio obligándolos a ustedes a necesitarnos; de que no puedan ustedes prescindir de nosotros porque nadie excepto nosotros puede ocupar ese sitio en su economía y en su cultura que sólo nosotros podemos llenar y por ello ese sitio tendrá que ser nuestro. De manera que no se limitarán ustedes a decirnos Por favor, sino que necesitarán decirnos Por favor, querrán decírnoslo. ¿Será tan amable de explicárselo a ella? Dígale que se lo agradecemos y que no lo olvidaremos. Pero que nos deje en paz. Que nos permita contar siempre con su amistad y con su ayuda cuando la necesitemos. Pero guárdense el patronazgo hasta que se lo pidamos.

—Esto no es patronazgo —dijo tío Gavin—. También eso lo sabe usted.

—Sí —dijo el director—. También lo sé. Lo siento. Me avergüenzo de que... — entonces añadió—: Dígale sólo que se lo agradecemos y nos acordaremos de ella, pero que nos deje tranquilos.

—¿Cómo puede usted decir eso a alguien dispuesto a correr tantos riesgos únicamente para que se haga justicia, para abolir la ignorancia?

—Lo sé —dijo el director—. Es difícil. Quizá todavía no podamos seguir adelante sin su ayuda durante algún tiempo, puesto que yo mismo se la estoy pidiendo ahora. Buenos días, señor fiscal —y se marchó sin añadir nada más.

Así que, ¿cómo se lo podía decir tío Gavin a Linda? O cualquier otra persona, blanca o negra. Porque el problema no era que no oyese, sino que no escuchaba siquiera la unánime solidaridad del No de la escuela para los negros: aquella, más que resistencia, inmovilidad general, como el instinto del animal de quedarse completamente quieto, sin respirar siquiera, sin pensar. Aunque quizá lo oyó, porque dio marcha atrás, sin detenerse tampoco, de la escuela al consejo mismo de educación: si no podía abolir la ignorancia de manera gradual, uno a uno, lo intentaría al por mayor colocando profesores blancos bien formados en las escuelas negras, sin pedir ayuda, ni siquiera a Gavin; de manera que empezó a perseguir al consejo de educación, y ellos retrocedieron hasta evaporarse simplemente; luego al consejo de supervisores del condado hasta llegar a su misma guarida sagrada, armada esta vez no con una insignificante lámina de marfil y un lápiz de oro, sino con un grueso bloc amarillo y lápices para todos. Evidentemente cometieron el error inicial de dejarla entrar.

Luego Gavin contó que la entrevista se había desarrollado más o menos de la siguiente manera:

El presidente, escribiendo: *Suponiendo por un momento, sólo con el fin de debatir las posibilidades, entiéndalo, que pusiéramos maestros blancos en las escuelas para negros, qué pasaría con los maestros negros, ¿o es que se propone jubilarlos pagándoles usted misma las pensiones?*

La voz de pato: «No exactamente. Los enviaré al Norte a escuelas para blancos donde los aceptarán y los adiestrarán como se hace con los profesores blancos».

El lápiz: *Todavía suponiendo, para continuar el debate, que retiremos a todos los profesores negros, ¿dónde va usted a encontrar profesores blancos que cubran las vacantes dejadas por negros en Mississippi, y cuánto tiempo cree usted que se les permitirá ocupar vacantes de negros en Mississippi?*

La voz de pato: «Los encontraré si ustedes los protegen».

El lápiz: *¿Protegerlos de quién, señora Kohl?* Aunque eso no tuvo necesidad de contestarlo. Porque ya había empezado: las palabras *compinche de los negros* garrapateadas con grandes letras en la acera delante de la mansión a la mañana siguiente, palabras que su padre tuvo que pisar sin detenerse, con su sombrero negro de banquero, su corbatita de lazo con automático y sin dejar de mascar su trozo de

aire de Frenchman's Bend. Seguro que lo vio. Gavin dijo que era imposible que alguien no lo viera, y que para mediodía una buena parte del resto de Jefferson se las había arreglado para tener que pasar por allí y echar una ojeada. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer él, un banquero, El banquero? ¿Escupir en el pañuelo, ponerse de rodillas e intentar borrarlo? Y más adelante salió Linda de camino hacia el palacio de justicia para importunar al resto de las autoridades del condado, escondidas ya detrás de sus puertas cerradas a cal y canto. Y es posible que, tal vez, Linda no lo viera en realidad. De todos modos, no fue ninguno de los dos, ni el cocinero ni el jardinero-chófer. Fue una vecina, que apareció con una escoba y por lo menos emborronó las palabras, con violencia, encolerizada, no para defender el sueño imposible de Linda ni siquiera por instintiva camaradería con otra mujer, sino porque vivía en la misma calle. Las palabras podrían haber sido las breves y rápidas palabras elementales relacionadas con el sexo o los excrementos, como sucedía de vez en cuando incluso en las aceras de aquella parte de la ciudad, y también ella hubiera pasado por encima sin mirarlas, puesto que detenerse habría sido equivalente a reconocer en público que una señora no ignoraba lo que querían decir. Pero nadie iba a escribir *compinche de los negros* ni tampoco *enemiga de los negros*, a sacar a relucir con provocadora tiza el antiguo miedo subterráneo, atávico y étnico, en la acera de la calle en la que ella (y su marido, por supuesto) habitaba y era propietaria de una casa.

Hasta que por fin el presidente de la junta de supervisores cruzó la plaza para entrar en el banco y en aquella habitación trasera en donde el viejo Snopes apoyaba los pies en la repisa de la chimenea cuando se sentaba entre ejecuciones de hipotecas, y reconozco que me hubiera gustado oírlo; el de fuera entrando y diciendo, más o menos: ¿No puede usted, por el amor de Dios, conseguir que su hija se quede en casa o, por lo menos, que no vaya al palacio de justicia? Sin duda llevado de la desesperación, porque, ¿qué era lo que imaginaba que iba a conseguir, tratándose de una mujer no sólo de treinta años e independiente y viuda, sino nada menos que de una excombatiente que había pasado de verdad —Ratliff diría activamente— su bautismo de fuego? Porque Linda no se dio por vencida; había llegado ya al punto en que la junta de supervisores no se atrevían a abrir la puerta mientras estaban reunidos, ni siquiera para volver a sus casas al mediodía y almorzar, de manera que se hacían traer bocadillos del café Dixie que introducían en la sala por la ventana de atrás. Hasta que de repente se te ocurría la posibilidad de que Linda se mostrara dócil y sumisa y le obedeciera, pero que era él, el viejo Snopes, quien no se atrevía a pedirle, y mucho menos a ordenarle, que lo dejara. No sabías por qué, naturalmente. Lo único que estaba a tu alcance era hacer suposiciones: sobre qué pagaré o hipoteca con la firma de Flem Snopes podía haberle presentado Linda, sacándolos del pasado que le había permitido conseguir la habitación trasera en el banco donde podría sentarse y ver cómo se iba haciendo cada vez más rico mediante el préstamo y la ejecución de los pagarés de otras personas.

Porque muy pronto se encontró con que casi siempre que salía de su casa por la

puerta principal tenía que caminar por encima de algo más que aquel simple *compinche de los negros* sin firmar. Una noche (eso sucedió mientras yo estaba en Europa) comenzó a arder de repente en el césped delante de la mansión una cruz rudimentaria empapada en gasolina hasta que apareció la policía y la apagaron, indignados y rabiosos, por supuesto, pero impotentes; y habrían seguido sintiéndose impotentes aunque no fuesen policías. Compréndanlo: si Linda hubiera vivido sola, o fuese la hija de un simple médico o abogado o incluso de un clérigo, habría sido distinto, y les habría estado bien empleado a los dos: a ella y a su padre. Pero se trataba en cambio no ya de la hija de *un* banquero sino la hija de *El* banquero, de manera que lo que la cruz llameante iluminó en realidad fue la idiotez y la memez de quienes formaban parte de la organización responsable de su colocación: si la defensa y protección de su pureza descansaba en las manos de quienes no reconocían —o lo que aún era peor, estaban incapacitados para hacerlo— el jardín de un banquero, la raza blanca se hallaba en un aprieto de todos los demonios.

Al mes siguiente llegó Munich. Luego el pacto entre Hitler y Stalin; y ya, cuando salía de su casa por la mañana con el sombrero negro de banquero, la corbata de lazo y el trocito de aire de Frenchman's Bend del que hablaba Ratliff, lo que el viejo Snopes tenía que atravesar no era anónimo e inconcreto, sino, en grandes letras garabateadas, tres palabras muy precisas que llenaban la acera delante de la casa en sus diferentes mutaciones y combinaciones:

KOHL

COMUNISTA JUDIO

JUDIO KOHL

COMUNISTA

COMUNISTA

KOHL

JUDIO

y él, el banquero, el conservador, el reaccionario que había hecho más que ninguna otra persona en Jefferson o en el condado de Yoknapatawpha para devolver los calendarios a 1900 por lo menos, tenía que cruzar por encima como si aquellas palabras no estuvieran allí o las hubieran escrito en otro idioma y época que no se podía esperar que él entendiera, con todo Jefferson contemplándolo, al menos por tercero interpuesto, para ver si alguna vez bajaba la guardia. Porque, ¿qué otra cosa podía hacer? Y es que ahora sabíamos que la suposición era correcta y de verdad *no se atrevía*, a pesar del historial de éxitos y de victorias a sus espaldas en el que figuraban dos muertes y no sólo el suicidio que había dejado a Linda sin madre: si Snopes hubiera sido otro hombre y no aquél cuya esposa tendría finalmente que pegarse un tiro, podría haber criado una hija cuyo Barton Kohl no fuese un escultor judío con la guerra de España en su horóscopo. Luego, al segundo siguiente, descubrías que estabas pensando exactamente lo contrario: que aquellas palabras escritas en la acera que Snopes se veía obligado a pisar todas las veces que salía de

casa eran tan poco portentos y amenazas de naufragio y desastre como tampoco sería un desastre irremediable, mientras no llegara a abolirse el dinero, cualquier préstamo sobre el que sus cálculos hubieran resultado erróneos. Descubrías que Snopes no estaba pensando en absoluto *Esta es mi cruz; voy a soportarla*, porque lo que pensaba en realidad era *Todo lo que tengo que hacer ahora es conseguir que la gente siga pensando que esto es una cruz y no una estratagema*.

Luego Polonia.

—Me voy a la guerra —dije, y Gavin respondió:

—Eres demasiado viejo. No cuentes con que te acepten para adiestrarte como aviador todavía —y yo pregunté:

—¿Todavía? —y él dijo:

—Termina un año más de derecho. No sabes qué sucederá para entonces, pero no será lo que estás viendo ahora.

De manera que volví a Cambridge, y Tío Gavin me comunicó que el F.B.I. estaba investigando a Linda con estas palabras: *Estoy asustado. No por ella. No por lo que puedan descubrir, ya que ella misma se lo contaría todo si se les ocurriera que lo más sencillo es presentarse y preguntárselo*. Y también me contó lo demás: cómo finalmente Linda había dejado de golpear la puerta cerrada a cal y canto detrás de la cual se atrincheraban la junta de supervisores y el consejo escolar conteniendo el aliento, y ahora sólo daba una clase para niños los domingos en una de las iglesias de los negros, y que en esa clase leía en voz alta, con su seco graznido sin inflexiones, no las historias bíblicas ortodoxas, pero sí por lo menos el folclore mesopotámico y los cuentos de hadas nórdicos que la religión cristiana ha incorporado a sus ritos estacionales, sana y salva ya, puesto que ni siquiera los clérigos de raza blanca podían hacer declaraciones públicas contra aquella paradoja. De manera que ya no había un *Judío Comunista Kohl* en la acera, ni un *compinche de los negros* (a uno le gustaría creer que por vergüenza) que Linda tuviera que atravesar a la fuerza para ser vista diariamente en la plaza: la novia de la quietud y del silencio avanzando inviolada en el aislamiento de la sordera, inmune, andando todavía como lo hacía cuando tenía catorce y quince y dieciséis años: exactamente como una pointer joven a punto de localizar e inmovilizar una pollada.

De manera que cuando volví a casa en Navidades hablé con Gavin:

—Dile que rompa el maldito carné del partido, si es que lo tiene. Vamos. Díselo. No puede ayudar a la gente. No se lo merecen. No quieren que se los ayude como tampoco quieren consejos o trabajo. Quieren *panem et circenses*, ambas cosas gratis. El ser humano hiede. ¿Cómo demonios es posible que todavía no se haya enterado después de pasar un año en una guerra que mató a su marido y a ella le reventó los tímpanos, y después de que, además de pagar ese precio, perdiera el bando por el que luchó? Sí, claro; ya sé, ya sé; tú y Ratliff me lo habéis dicho suficientes veces entre los dos; a Ratliff, si no se lo he oído una vez, se lo he oído cien: «Los seres humanos no son realmente malvados, tan sólo andan escasos de sentido común». Pero entonces

con mucha razón, porque eso hace que no haya la menor esperanza, eso hace que no merezca en absoluto la pena que nadie se angustie ni se esfuerce ni se tome molestias —luego me callé, porque Gavin me había puesto la mano en la cabeza. Ahora tenía ya que alzarla, pero me la puso exactamente igual que cuando era la mitad de alto y tenía sólo la tercera parte de los años que tengo ahora, con afecto y ternura y acariciándomela un poco, y hablando también serena y amablemente.

—¿Por qué no se lo dices tú? —sugirió. Porque es una buena persona, prudente además, excepto en las ocasiones en las que desbarra, en las que se vuelve momentáneamente loco y toma una dirección tan equivocada que incluso yo me doy cuenta de que se ha equivocado, y a continuación sigue adelante como si lo llevara el diablo, sin la más mínima desviación de lo que exige la lógica y la razón a partir de ese momento, hasta que todos acabamos hundidos hasta las orejas en problemas o situaciones embarazosas que incluso yo hubiera tenido el sentido común suficiente para evitar. Pero es una buena persona. Quizá he hecho mal a veces fiándome de él y siguiendo sus consejos, pero nunca me he equivocado queriéndolo.

—Lo siento —dije.

—No lo sientas —me respondió—. Basta con que lo recuerdes. Nunca pierdas el tiempo lamentando errores. Basta con que no los olvides.

Así que tuve que cazar otra vez a Ratliff. No: sólo me aproveché de él. Fue en la tradicional cena anual que, durante las Navidades, Ratliff preparaba en su casa y nos invitaba a compartir con él. Pero esta vez Gavin tuvo que ir a Jackson por un asunto del distrito relacionado con desagües, de manera que me presenté yo solo, y me senté en la immaculada cocinita de Ratliff con un ponche frío a base del whisky de maíz del señor Calvin Bookwright que al parecer Ratliff conseguía de él sin problemas, aunque ahora, que ya era viejo, tratándose de cualquier otro, el señor Cal podía vendértelo o regalártelo o echarte de su casa, sin que supieras nunca qué era lo que iba a hacer; saboreando el ponche frío tal como Ratliff lo preparaba —primero el azúcar disuelta en una pizca de agua, luego el whisky añadido mientras se seguía moviendo lentamente la cucharilla, luego agua de lluvia de la cisterna hasta llevar el vaso—, mientras el anfitrión, con un immaculado delantal blanco sobre una de sus descoloridas, pero muy limpias, camisas azules sin corbata que se hacía él mismo, preparaba la comida, cocinándola endemoniadamente bien, no sólo porque le gustara comer sino porque le gustaba cocinar, mezclar los ingredientes hasta conseguir la perfección total. Luego se quitó el delantal y comimos en la mesa de la cocina, con la botella de clarete que tío Gavin y yo le llevábamos siempre. Al llegar el momento del café y del whisky nos trasladamos (como siempre) a la immaculada habitacioncita a la que él llamaba su salón, con el armonio cuidadosamente encerado en un rincón y las sillas igualmente enceradas y la chimenea llena de papel verde acanalado en verano y en invierno una estufa de gas con apariencia de troncos encendidos, ahora que el progreso había llegado hasta nosotros, sumergiéndonos, y la mesa también encerada en el centro del cuarto en la que, en una percha debajo de un fanal, descansaba la

corbata de Allanovna: un fondo cálido, que no era del todo escarlata ni tampoco borgoña, salpicado de diminutos girasoles amarillos, cada uno de ellos con un diminuto centro azul casi exactamente del mismo color que el azul desteñido de sus camisas, la corbata que había traído de Nueva York aquella vez, hace tres o cuatro años, cuando él y Gavin fueron a la boda de Linda y a verla embarcarse camino de España, y que yo me hubiera cortado la lengua antes de decirle que probablemente había costado a quienquiera que la hubiese pagado (Gavin, supongo) alrededor de setenta y cinco dólares; hasta el día en que sin darme cuenta dije algo en ese sentido y Ratliff me contestó:

—Sé cuánto. Lo pagué yo. Fueron ciento cincuenta dólares.

—¿Cómo? —dije—. ¿Ciento cincuenta?

—Eran dos —dijo.

—Nunca he visto más que una —dije.

—Dudo que llegues a verla —me respondió—. La otra es un asunto privado —y junto a la corbata, la escultura que Barton Kohl le había dejado en herencia y que, si Gavin estaba todavía buscando la primera base, yo había fallado el tiro por completo, porque ni siquiera sabía lo que era, y no digamos nada de lo que estaba haciendo.

—Sólo falta aquel encendedor de oro que ella le regaló —dije—. La habitación Linda Snopes.

—No —dijo él—. La habitación Eula Varner. Tendría que haber más cosas, pero quizá baste con esto. Por lo menos es algo. Cuando una comunidad tiene la suerte de ser la comunidad que más o menos cada mil años tiene una Eula Varner que la elige para respirar en ella, lo menos que podemos hacer es que alguien organice algo; un..., monumento no es del todo la palabra que quiero.

—Santuario —dije.

—Eso es —me respondió—. Un santuario para señalarlo y recordarlo, para las personas que no tuvieron tanta suerte, que ya estaban condenadas a ser demasiado jóvenes... —dejó de hablar. Se quedó completamente inmóvil. Excepto que siempre habíamos pensado en él como alguien burlón, quizá reflexivo, pero no absorto. Entonces lo dije:

—Estabas equivocado. No lo van a hacer.

—¿El qué? —dijo—. ¿De qué hablas?

—No se va a casar con Gavin.

—Tienes razón —respondió—. Será peor que eso.

Esta vez fui yo quien dijo:

—¿Cómo? ¿Qué es lo que has dicho? —pero ya era otra vez él, amable, sereno, inescrutable.

—Aunque imagino que el abogado también será capaz de soportarlo —dijo.

DIEZ

Gavin Stevens

Hubiera podido sugerírsele, decirle que lo hiciera, y Linda lo hubiera hecho: romper el carné al instante, de prisa, apasionada y jubilosamente. Era como su madre en una cosa al menos: necesitaba, estaba condenada a tener necesidad de encontrar algo lo bastante competente, lo bastante fuerte (en su caso, en este caso, no lo bastante duro, aunque Kohl sí lo fuera, pero sucedió que estaba hecho simplemente de carne y hueso y no fue, por lo tanto, suficientemente duradero) para aceptar lo que ella tenía que dar; y al mismo tiempo condenada a fracasar en éste, su caso, no porque Barton le fallara sino porque también a él lo condenaba su horóscopo. De manera que si el partido comunista, que ya había demostrado ser inmune a las balas y por consiguiente inmortal, había sustituido a Kohl, para no volver a dejarla viuda, por supuesto que hubiera roto el carné con pasión y regocijo y también con alegría. Porque, ¿acaso el amor puede pedir un sacrificio más completo que la humildad, la abnegación, sobre todo si el ignorante mundo materialista, en su grosera e insensible necedad, califica esas virtudes de cobardía y de vergüenza? Siempre he tenido la vaga sensación de que al antiguo mártir cristiano le gustaban en realidad sus uros y su león, e incluso los amaba.

Le sugerí en cambio otra cosa. Ya estábamos en 1940. El nibelungo loco había destruido Polonia y había girado en redondo hacia el oeste, donde París, la eterna y espléndida cortesana del mundo civilizado, le había sido vendida como una puta cualquiera y sólo la firmeza de carácter de los ingleses le había hecho volver de nuevo hacia el este; un año más y el Frankenstein de Lenin sería nuestro aliado, aunque ya demasiado tarde para Linda; demasiado tarde también para nosotros, demasiado tarde para la paz de todo el mundo occidental durante los próximos cien años, pero, como decía ya en privado un rechoncho gigante inglés, a la fuerza ahorcan.

La cosa empezó en mi despacho. Era un hombre tranquilo, pulcro, casi neutro, de edad indefinida entre los veinticinco y los cincuenta como sucede con todos ellos, que después de mostrarme un instante el distintivo federal (se apellidaba Gihon), aceptó el asiento que le ofrecí, me dio las gracias y empezó a hablar tranquila e impersonalmente del motivo de su visita, dando la impresión, como todos ellos, de que transmitía un mensaje sin mucha importancia. Sin duda yo era el último, el ultimísimo de su lista: debía de haber hecho investigaciones exhaustivas sobre mí sin conocimiento mío, ya que desde hacía días y quizá meses había sometido a escrutinio y elucidado y tamizado todo lo que se podía saber acerca de Linda.

—Sabemos que todo lo que ha hecho, todo lo que ha tratado de hacer, se ha hecho

a plena luz, donde todo el mundo tenía oportunidad de oír hablar de ello, de enterarse...

—Creo que puede usted afirmararlo sin temor a equivocarse —dije.

—Sí —me respondió—, a plena luz. Inocentemente. Con la mejor de las intenciones, sólo que de manera no muy..., práctica. Nada, de hecho, que no esté bien que haga una señora, aunque un poco...

—Chiflada —le sugerí.

—Gracias. Y, sin embargo, ahí está el problema. Puedo decirle de manera confidencial que tiene el carné del partido comunista. Como es lógico, usted no estaba al corriente de eso.

Ahora fui yo quien lo dijo:

—Gracias.

—Y, comunista una vez..., tengo que reconocer que es como el viejo proverbio (sin hacer imputaciones, por supuesto, estoy seguro de que lo entiende usted), Puta una vez... Lo que cualquiera se da cuenta de que es falso después de reflexionar con calma. Pero ahí está el problema. No vivimos en un tiempo de calma y de reflexión; pedir o esperar, y menos aún dar por supuestas esas virtudes por parte del gobierno, y también de la opinión pública, enfrentados con lo que nos espera, probablemente más pronto de lo que imaginamos...

—Sí —dije—. ¿Qué quiere usted que yo haga? ¿Qué es lo que supone que puedo hacer?

—La señora..., tengo entendido, me han informado de que es usted su amigo más antiguo y que sigue siendo el más íntimo...

—Sin hacer imputaciones, por supuesto —dije. Pero él no dijo Gracias como le correspondía. No dijo nada, nada en absoluto. Siguió allí, mirándome desde detrás de las gafas, gris, con tan poco relieve como un camaleón, más aterrador que la huella en la playa de Robinson Crusoe, demasiado incoloro y neutro en aquel único y frágil símbolo para llevar el terrible manto que representaba—. Lo que usted quiere, deduzco, es que utilice mi influencia...

—... como ciudadano patriótico lo bastante inteligente para saber que también nosotros lucharemos en esta guerra dentro de cinco años... Pongo cinco años como límite máximo puesto que los alemanes sólo han tardado tres en volverse completamente locos y desafiarnos a intervenir..., aunque quizá no sepamos a quién tendremos exactamente como enemigo hasta que ya sea demasiado tarde...

—... para persuadirla de que les entregue ese carné discretamente y haga cualquier juramento solemne que estén ustedes autorizados a ofrecerle —dije—. ¿No acaba de decir usted mismo que Puta una vez (sin hacer imputaciones), puta siempre?

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo—. En este caso, no en el de las imputaciones.

—Entonces, ¿qué quiere usted de mí..., de ella?

Sacó una libretita y la abrió; tenía incluso los días de la semana y las horas:

—El señor y la señora Kohl estuvieron en España como miembros del ejército republicano comunista por espacio de seis meses y veintinueve días hasta que él murió en el frente; la señora Kohl siguió allí, trabajando como enfermera en el hospital después de ser herida, hasta que los republicanos la evacuaron a Francia...

—Lo que es del dominio público incluso aquí, en Jefferson.

Sí —dijo—. Antes de eso vivió por espacio de siete años en Nueva York como esposa de derecho común...

—... lo que, por supuesto, la condena no sólo en Jefferson, Mississippi, sino también en Washington —pero él ni siquiera había hecho una pausa.

—... de un conocido miembro inscrito del partido comunista, y estrecha colaboradora de otros conocidos miembros del partido comunista, lo que quizá no conste en los registros de Jefferson.

—Sí —dije—. ¿Y bien?

Cerró la libretita, se la guardó en la chaqueta y volvió a mirarme, frío, impersonal, como si el espacio entre nosotros fuese la lente de un microscopio.

—Eso quiere decir que conoció a personas, no sólo en España, sino también en los Estados Unidos, que, hasta el momento, no figuran siquiera en nuestros archivos..., miembros y agentes del partido comunista, personas importantes que no son tan notorias como escultores judíos y profesores de la universidad de Columbia y otros diletantes inteligentes por el estilo... —fue entonces cuando entendí por fin.

—Ya veo —dijo—. Le ofrece usted un trueque. Está dispuesto a cambiar su inmunidad por nombres. Su organización la blanqueará, convirtiéndola de enemiga en simple soplona. ¿Tiene usted un mandamiento judicial de algún tipo?

—No —dijo. Me puse en pie.

—En ese caso, muy buenos días, señor mío —pero él no se movió todavía.

—¿No va usted a sugerírselo?

—No tengo intención —dije.

—Su país está en peligro, quizá gravemente en peligro.

—No es la señora Kohl quien lo pone en peligro —dije. Entonces también él se levantó y recogió el sombrero, que había dejado sobre el escritorio.

—Espero que no tenga usted que lamentarlo, señor Stevens.

—Muy buenos días, señor mío —dije.

O, mejor dicho, lo escribí. Porque habían pasado tres años y Linda lo había intentado, se había esforzado de verdad por aprender a leer el movimiento de los labios. Pero no sé muy bien cuál era el problema. Quizá vivir fuera del sonido humano significa también vivir fuera del tiempo humano, y no había tenido tiempo para aprender, para molestarse en aprender. Pero debo decir de nuevo que no sé. Quizá no se necesiten siquiera tres años de libertad, de ausencia de contactos verbales para aprender que quizá todo el dilema de la condición humana procede de la incesante cháchara de la que el hombre vive rodeado, en la que está encerrado, aislado, de las consecuencias de su propia estupidez, las cuales —las consecuencias,

la simple tinta roja— podrían haberle permitido, a estas alturas, resolver el problema de su condición y aprender a funcionar y a tener éxito. De manera que lo escribí.

Vete de aquí Márchate

—¿Quieres decir que me mude? —preguntó ella—. ¿Que busque un sitio para mí? ¿Un apartamento o una casa?

Quiero decir irte de Jefferson escribí. Marcharte por completo y para siempre Dame ese maldito carné e irte de Jefferson

—Eso ya me lo dijiste una vez.

—No; no te lo he dicho —respondí. Se lo dije incluso de viva voz, escribiendo ya, planeando todo el párrafo que iba a necesitar: *Nunca hemos mencionado siquiera ni el carné ni el partido comunista. Tampoco lo mencionamos hace tres años, cuando por primera vez trataste de decirme que lo tenías y enseñármelo y no te lo permití, te paré los pies, me negué a escuchar: ¿no lo recuerdas? Pero ya estaba hablando otra vez:*

—Me refiero a cuando sólo tenía quince o dieciséis años y dijiste que me fuera de Jefferson.

De manera que no escribí el párrafo que ya tenía pensado, sino *Pero entonces no podías Ahora puedes Dame el carné y vete* Se quedó callada un momento, cierto tiempo. Ni siquiera tratábamos de usar las láminas de marfil en momentos de crisis como aquél. Era una joya, una fruslería, un adorno, una cosa femenina; algo casi inútil en realidad: delgadas láminas de marfil rematadas con oro y anilladas con más de lo mismo, cada lámina del tamaño aproximado de un naipe, de manera que en realidad casi no cabían más de tres palabras a la vez, como un anagrama, un acróstico infantil; digamos un rompecabezas o quizá una historia en episodios sacada de una cartilla para párvulos. Porque estábamos en la sala de estar del piso alto que ella misma había decorado, de pie junto a la repisa de la chimenea que había diseñado de la altura y profundidad exactas para que cupiera el bloc de cuartillas que utilizábamos cuando teníamos que hablar de algo sobre lo que no se podía cometer ninguna equivocación o algo sobre lo que merecía la pena hablar con absoluta claridad, como dinero, de forma que Linda pudiera leer las palabras a medida que mi mano las iba formando, como si habláramos, casi como si ella fuese capaz de oír.

—¿Ir a dónde? —preguntó—. ¿Dónde podría ir?

A cualquier sitio Nueva York Volver a Europa por supuesto pero en Nueva York estarán todavía algunas de las personas que tú y Barton conocisteis los amigos de tu misma edad. Se me quedó mirando. Cuando se le dilataban tanto las pupilas casi parecía que tuviera los ojos negros; y que era ciega, además.

—Tengo miedo —dijo.

Hablé; si se pronunciaban lentamente era capaz de leer palabras sueltas por el movimiento de los labios:

—¿Tú? ¿Asustada?

—Sí —me respondió—. No quiero ser una inútil. No estoy dispuesta a serlo. No

quiero depender de nadie.

Pensé muy de prisa, como en ese segundo que se tiene en una partida para subir la apuesta o verla o tirar las cartas, y cada fracción de ese segundo que pasa le quita parte de su valor a la carta que aún sigue tapada. Escribí con pulso firme mientras ella me miraba *En ese caso por qué estoy yo aquí* y aparté la mano para que pudiera leer lo que había escrito. Entonces dijo, con aquella voz seca y sin vida que Chick llama graznido de pato:

—Gavin —no me moví. Dijo de nuevo—: Gavin —seguí sin moverme. Entonces dijo—: De acuerdo. He mentido. No en lo que se refiere a depender. No quiero depender de nadie. Pero tengo que estar donde estés tú —ni siquiera añadió *Porque eres todo lo que tengo ahora*. Siguió sin moverse, nuestros ojos casi a la misma altura, mirándome desde o a través de algo: abismo u oscuridad; sin suplicar, ni preguntar y sin esperar siquiera; al cabo de un momento lo sabría; y de nuevo pronunció mi nombre con la voz que era como un graznido:

—Gavin.

Escribí de prisa, en estallidos, bandadas, grupos, como se los quiera llamar, de tres o cuatro palabras, para que pudiera leer mientras escribía *No pasa nada no Tengas miedo me Niego a casarme contigo 20 años demasiada Diferencia para que Funcione además No quiero*

—Gavin —dijo.

Volví a escribir, arrancando las cuartillas amarillas del bloc y dejándolas a un lado de la repisa *No me da la gana*

—Te quiero —dijo—. Incluso cuando tengo que decir una mentira, ya la has inventado tú por mi.

Escribí *Nada de mentiras nadie ha Mencionado a Bartón Kohl*

—Sí —dijo ella.

Escribí *No*.

—Pero puedes conmigo —dijo. Es cierto. Utilizó esa palabra brutal, pronunciándola con su voz de pato. Ése había sido nuestro problema desde que empezamos las lecciones de dicción: el tono, suavizar la voz que ella misma era incapaz de oír. «Es exactamente al revés», me dijo. «Cuando me dices que estoy susurrando, lo que siento dentro de la cabeza es algo parecido a un trueno. Pero cuando lo digo así, ni siquiera lo siento». Y esa vez era casi un grito. Que era lo que había pasado ahora, porque probablemente Linda creía que había bajado la voz, mientras yo aguardaba a que lo que me parecían las reverberaciones de un trueno se apagarán lentamente.

—Te estás ruborizando —dijo.

Escribí *Esa palabra*

—¿Qué palabra?

—Esa *que acabas de decir*

—Dime otra que pueda usar. Escríbela para que la vea y la recuerde.

Escribí *No hay otra esa es la correcta la única pero estoy chapado a la antigua y todavía me choca un poco No, lo que me choca es que la utilice una mujer y que a ella no le choque en absoluto hasta que se da cuenta de que a mí sí.* Luego escribí *tampoco eso es cierto lo que me choca es que toda esa pasión y emoción mágicas se puedan resumir y descartar con esa palabra tan escueta y desagradable.*

—De acuerdo —dijo ella—. No uses ninguna palabra entonces.

Escribí *Quieres decir que lo deseas*

—Claro que puedes —dijo—. En cualquier momento, ya lo sabes.

Escribí *No es eso lo que te he preguntado* Lo leyó. No se movió. Escribí *Mírame* Lo hizo, mirándome desde o a través de lo que fuera y que yo no tardaría más que un instante en reconocer.

—Sí —dijo.

Escribí *¿No acabo de decirte que nunca tienes que tener miedo?* y esta vez me vi obligado a torcer ligeramente el bloc para llamar su atención, hasta que me dijo, sin levantar los ojos:

—¿Entonces no hace falta que me marche?

Escribí *No* esta vez debajo de sus ojos; entonces levantó la vista, me miró, y supe desde o a través de qué miraba: la pérdida inconmensurable, el dolor que nada podía mitigar, la fidelidad, mientras la voz paciente y seca repetía «Gavin, Gavin, Gavin» al mismo tiempo que yo escribía *porque somos las dos únicas personas en todo el mundo que pueden quererse sin tener que* el final de la frase convertido en una especie de violenta rúbrica mientras ella me abrazaba, apretándose contra mí, con mucha fuerza, mientras la voz seca repetía mi nombre como en pequeñas explosiones:

—Gavin. Gavin. Te quiero. Te quiero —así que tuve que zafarme para alcanzar el bloc y escribir *Dame el carné*

Miró lo que había escrito, las manos detenidas en el momento de separarse de mis hombros.

—¿Carné? —dijo. Luego añadió—: Lo he perdido.

Lo supe al instante: un fogonazo, como de relámpago. Escribí *tu padre* aunque estaba ya exclamando en voz alta: «El muy hijo de perra», mientras me decía *Espera. ¡Espera! Tenía que hacerlo. Ponte en su lugar. Qué otra cosa podía hacer, que otra arma le quedaba para defender su misma existencia antes de que Linda se la destruyera: la posición por la que había sacrificado todo, mujer hogar amigos paz, para ganar el único premio cuya existencia conocía dado que era el único que entendía puesto que el mundo mismo tal como él lo entendía le aseguraba que era eso lo que quería dado que era lo único que merecía la pena.* Por supuesto: su única arma posible: apoderarse del carné, disponer de la amenaza de entregárselo al F.B.I. y parar a Linda antes de que lo destruyera. Mientras tanto, sin embargo, me decía a mí mismo todo el tiempo *No te engañes. Lo utilizará para destruirla. Es probable que fuese él mismo quien garrapateó Judío Comunista Kohl en su propia acera a*

medianoche para granjearse una reserva de comprensión por parte de Jefferson en espera del día en que se vea obligado a mandar a su hija única al manicomio. Escribí *Has registrado tu habitación cajones escritorio*

—Alguien lo hizo —me respondió—. Fue el año pasado. Pensé... —escribí *Fue tu padre*

—¿Tú crees? —sí, era exactamente aquel tono. Escribí *¿Es que no lo sabes?*

—¿Qué importancia tiene? Supongo que me enviarán otro. Pero eso tampoco importa. No he cambiado. No necesito tener una tarjetita impresa para demostrarlo.

Esta vez escribí muy despacio y cuidadosamente *No tienes que irte no voy a decírtelo más pero cuando vuelva a pedirte que te vayas te limitarás a creerme y te irás inmediatamente yo me encargaré de todo ¿lo harás?*

—Sí —dijo.

Escribí *Júralo*

—Sí —dijo—. Entonces te podrás casar —no hubiera podido escribir de todas formas; me había cogido las dos manos entre las suyas y las apretaba contra su pecho—. Tienes que hacerlo. Quiero que lo hagas. No debes perdértelo. No debe haber nadie que no lo disfrute una vez en la vida. Nadie. Nadie —me estaba mirando—. Esa palabra que no te gusta. Mi madre también te lo dijo una vez, ¿no es cierto? —no era siquiera una pregunta—. ¿Aceptaste?

Hice que me soltara las manos y escribí *Sabes que no* —¿Por qué no?

Escribí *Porque yo le daba pena Cuando se hacen cosas por alguien sin otro motivo que la pena es probable que lo que hagas no sea muy importante para ti*

—No te compadezco. Eso te consta. ¿No sabes que será importante para mí?

Escribí *Entonces quizá fue porque yo no era digno de ella y los dos lo sabíamos pero pensé que si no aceptaba tal vez ella pensara que podría haberlo sido y arranqué la cuartilla, la arrugué, me la guardé en el bolsillo y escribí Ahora me tengo que ir*

—No te vayas —dijo. Luego añadió—: Sí, vete. Ya estoy perfectamente. Ni siquiera tengo miedo.

Escribí *por qué tendrías que haberlo tenido alguna vez* y en la misma hoja *Mi sombrero* y Linda fue a buscarlo mientras yo me guardaba en el bolsillo el resto de las cuartillas usadas; luego cogí el sombrero y me dirigí hacia la puerta mientras la voz que era como un graznido decía «Gavin» hasta que me volví. «¿Cómo lo hemos dicho? ¿las dos únicas personas en todo el mundo que se quieren y no tienen que hacerlo? Te quiero, Gavin», con aquella voz, aquel tono que para ella era un susurro, un simple murmullo, pero para cualquiera lo bastante desgraciado para tener aún oídos era casi tan penetrante y ensordecedor como una vieja bocina de automóvil.

Y marcharme; salir lo más de prisa posible de su casa, de su mansión, de su palacio, hasta llegar también a su banco a toda velocidad, directamente hasta la habitacioncita del fondo y golpear, dar un codazo, provocar la caída de los pies apoyados contra la chimenea, la mano extendida ya: «Aceptaré ahora ese carné, si es

usted tan amable». Sólo que eso sería desperdiciar caprichosamente una oportunidad, sería en realidad un regalo; ¿por qué dejarle elegir el momento de entregar, de presentar al F.B.I. la prueba en favor suyo? ¿Por qué no golpear primero, echarle encima el F.B.I. antes de que pudiera, como diría Ratliff, revolverse?: mandarle aquel individuo apacible, neutro, gris, agitando en su dirección el distintivo y diciendo: «Sabemos de buena tinta, señor Snopes, que tiene usted en su poder un carné del partido comunista. ¿Desea hacer alguna declaración?»

Pero yo ignoraba dónde podía estar Gihon en aquel momento y, puesto que yo era su enemigo declarado, no me creería. De manera que el F.B.I., en cuanto representado por él, quedaba excluido; tendría que dirigirme directamente a esa vasta Omnipotencia llamada Gobierno; el chivatazo mismo debería ser irreprochable; surgir del entorno adecuado y atenerse estrictamente al lenguaje vulgar. Una tarjeta postal, sin duda, y la más barata. Pensé primero en dirigirla al Presidente de los Estados Unidos, pero con todo el correo del mismo estilo procedente de chiflados que el señor Roosevelt recibía ya probablemente, mi tarjeta se perdería en aquel diluvio. De manera que quedaban los militares. Pero si bien los militares nunca pierden ningún papel una vez que está escrito y firmado (cualquier otra cosa, sí; la abandonarán o la entregarán o la destruirán, pero un papel firmado nunca, aunque tengan que subvencionar y uniformar a un millar de personas para no hacer otra cosa que guardarlo); inevitablemente reaparecería algún día aunque tardase cien años, pero eso sería también demasiado tiempo. Momento en el que, de repente, oí cómo me preguntaba a mí mismo, ¿Qué tiene de malo tu primera idea de recurrir al F.B.I.? a lo que la única respuesta era, Nada. De manera que en seguida vi ya incluso la postal terminada. El autor surgido del pueblo estaba bien informado y sabía de la existencia de dos Hoover: uno que limpiaba alfombras y otro que había sido Presidente; y también que, según se decía, el jefe del F.B.I. se llamaba Hoover. De manera que ya lo veía:

Herbert Hoover Departamento del F.B.I.

luego hice una pausa, porque no podía ser Washington; este hombre del pueblo no solo estaba informado sino que además era coherente, así que pensé primero en Parchman, Mississippi, la penitenciaría del Estado, aunque probablemente el encargado del correo sería un recluso de confianza, posiblemente condenado a cadena perpetua, y cabía preguntarse qué valor tendría para él un periodo de tiempo que se computara por días, sobre todo en relación con un objeto postal; la respuesta era que también se perdería. A continuación se me ocurrió la solución: Jackson, la capital. Sería perfecto: no se trataba en realidad de una gran ciudad, de manera que los agentes del F.B.I. estarían lo bastante aburridos y ociosos como para recibir con los brazos abiertos semejante oportunidad; y además no estaba lejos. Así que pondría lo siguiente:

Herbert Hoover Departamento del FBI Jackson Miss

Si viene usted a Jefferson Miss con un mandamiento de registro para el banco y la

casa de Flem Snopes encontrara un carne del partido comunista

Un patriota

Después de lo cual se me pondrá la objeción de que «mandamiento de registro» está un poco fuera de lugar tratándose de un hombre del pueblo y que la manera de deletrear «encontrará» es ir un poco demasiado lejos. Pero yo la rechazo diciendo que este corresponsal sabe exactamente de lo que está hablando; que tanto una cosa como la otra son dos conceptos sobre los que nunca se equivocaría, prescindiendo de la manera que tenga de escribirlos: el primero por su constante inminencia en su futuro de todos los días (y, por lo que se le alcanza, también en el de ustedes) y el otro, o su sinónimo «encarcelará», por ser su constante asociado.

Si sólo me atreviera. ¿Se dan ustedes cuenta? incluso aunque entrase a robar en su caja o en la cámara acorazada del banco y encontrara el carné y borrarse el nombre de Linda cambiándolo por el suyo para superar el penetrante examen de los ojos de lince del F.B.I., ella misma sería la primera en saltar, ponerse en pie, negar, refutar, afirmar, jurar y reconocerlo como suyo; probablemente Linda se habría presentado ya ante Gihon o cualquier otro agente disponible y habría expuesto sus convicciones si se le hubiera ocurrido que podían estar interesados. Por lo cual a partir de entonces e incluso hasta después de que la más poderosa confabulación de locos cósmicos se hubiera finalmente agotado en la paz y en el olvido, Linda seguiría siendo acosada y hostigada y espiada día y noche, andando y comiendo y también mientras durmiera. De manera que finalmente tuve que volverme atrás, no basándome en su inocente convicción de que no tenía importancia, de que en realidad daba lo mismo, sino en mi propia convicción más cínica, o, si se quiere, más ajustada a derecho, de que era la única arma defensiva a disposición de Flem Snopes y de que no la utilizaría hasta que el miedo le forzase a hacerlo.

O quizá la esperanza. En cualquier caso así fue como siguieron las cosas hasta que de hecho la batalla de Inglaterra salvó a Linda; de lo contrario todo lo que se podía hacer era presentarse ante Flem y decirle «Quiero ese carné», lo que sería como acercarse a un desconocido y preguntarle ¿me ha robado usted la cartera? De manera que, durante algún tiempo, la batalla de Inglaterra salvó a Linda y lo salvó también a él. Me refiero a la información, a las historias que empezaban a llegarnos de los que luchaban en ella, que eran, prácticamente, un puñado de niños. Porque durante el resto de aquella primavera y el verano y el otoño de 1940, Linda estaba cada vez más intranquila. Sí, claro, seguía impartiendo sus clases dominicales a los negros, «entrometiéndose» como lo llamaba la ciudad, aunque hasta cierto punto perdonada ya, quizá por la fuerza de la costumbre y también porque nadie había descubierto aún la manera de evitarlo.

Así hasta junio, cuando Chick regresó de Cambridge. Momento en el que comprendí —descubrí— de repente dos cosas: que al parecer Chick era el único miembro de nuestra familia capaz de sintonizar con los intereses de la señora Kohl, y que Linda ya sabía incluso más nombres de pilotos de la R.A.F. y de los aparatos en

los que volaban que él: Malan y Aitken y Finucane y Spitfire y Beaufighter y Hurricane y Buerling y Deere y también extranjeros, como los americanos que no estaban dispuestos a esperar y los polacos y los franceses que se negaban a darse por vencidos: Daymond y Wzlewski y Clostermann; hasta que en septiembre llegamos a un acuerdo: Chick se avino a estudiar derecho un año más y nosotros aceptamos que lo hiciera en Oxford, en la universidad estatal, en lugar de volver a Cambridge. Lo que quizá fuese la razón: cuando mi sobrino se marchó Linda no tuvo ya a nadie con quien intercambiar nombres. De manera que no debería haberme sorprendido que se presentara en mi despacho. Aunque tampoco dijo Debo hacer algo para ayudar, tengo que hacer algo, no puedo seguir aquí sentada vegetando.

—Me marchó —fue lo que dijo—. He conseguido un empleo en una fábrica de California donde hacen aviones para Europa —y yo escribí muy de prisa *Espera*—. No hay ningún problema —continuó—. Ya está todo arreglado. Les escribí que no oigo, pero que sabía lo suficiente sobre motores de camión y mecanismos como para serles útil. Y me han dicho que vaya, que sólo tengo que llevar alguna referencia. Ya sabes: cartas diciendo que alguien me conoce lo bastante como para asegurarles que la susodicha es honesta, no se emborracha demasiado y nadie la ha pillado todavía robando. Eso es lo que tienes que hacer porque puedes firmar incluso Presidente de la Junta de Reclutamiento del condado de Yoknapatawpha de Mississippi —y yo todavía garrapateando *Espera*, o más bien no: no lo volví a escribir porque ya lo había hecho; tan sólo sujetándola con una mano y mostrándole el papel con la otra hasta que lo leyó y dejó de hablar o dejó de hablar el tiempo suficiente para leerlo o por lo menos se calló y pude escribir:

en esa fábrica como en todas hay un individuo de poder ilimitado encargado de la seguridad cuyo empleo es la única cosa sobre la tierra entre él y ser llamado y arranqué la cuartilla, escribiendo de nuevo, con su mano y su brazo por encima del hombro de manera que sentía su respiración y el aroma de su cabello contra mi mejilla a filas, situación que naturalmente procurará evitar con todas sus fuerzas mediante la localización, con aceptable periodicidad, de subversivos sobre los que pueda presentar pruebas de manera que más pronto o más tarde te localizaría y despediría recuerdas Boloxi y Ocean Springs en la costa de Mississippi estuviste allí y volví a arrancar la cuartilla sin detenerme

—Sí. Con mi madre y —pensé que iba a detenerse pero ni siquiera hizo una pausa — con Manfred. Lo recuerdo.

Escribí *Pascagoula es un astillero donde construyen barcos para transportar aviones cañones tanques si California te acepta ellos también ¿irás allí?*

—Sí —dijo. Y añadió—: Rusia —respiró hondo—. Pero también allí habrá encargados de la seguridad.

Escribí *sí pero está cerca y yo podría ir allí en poco tiempo e incluso si surgen problemas probablemente podría encontrarte otra cosa*

—Sí —dijo, respirando tranquila y pausadamente sobre mi hombro—. Cerca.

Podría venir a casa los fines de semana.

Escribí *quizá tengas que trabajar los fines de semana necesitan barcos*

—En ese caso podrías venir tú. La junta de reclutamiento está cerrada los fines de semana, ¿no es cierto?

Escribí *ya veremos*

—Pero estaremos juntos de cuando en cuando. Eso es lo que me daba miedo de California, la distancia. Pero Pascagoula está cerca. Por lo menos alguna vez de tarde en tarde.

Escribí *Por supuesto*

—Está bien —dijo—. Claro que iré.

Y así lo hizo, inmediatamente después del uno de enero de 1941. Yo conocía a un abogado de allí, de manera que le conseguí un apartamentito con su entrada particular en casa de una familia. Y al parecer estaba convencida de que, una vez libre de Jefferson, por lo menos a doce horas de distancia de las prohibiciones emanadas de Snopes o de mí, por separado o conjuntamente, nadie podía impedirle comprarse un cochecito y conducirlo sin que nadie la acompañara, hasta que amenacé con ir a contarle a la policía de Pascagoula que era sorda si me enteraba de que lo hacía.

De manera que abandonó la idea y mi amigo abogado consiguió que otras personas la llevaran y trajeran en coche del astillero, y en seguida empezó a trabajar en el control de herramientas, aunque casi inmediatamente escribió que estaba a punto de convencerlos para que la dejaran hacerse remachadora, puesto que la sordera sería una ventaja. En cualquier caso, podía ponerse nuevamente un mono, una vez más minúscula en aquel mundo masculino o más bien asexuado, ocupada, intentando arreglárselas con las letales monstruosidades mecánicas que son el aspecto más destacado de la guerra en la actualidad, y quizá incluso se sentía de nuevo en paz, si es que la paz es posible para alguien. En cualquier caso, al principio sus cartas decían *Cuando vengas haremos* y luego *Si vienes no te olvides* y después varias semanas y simplemente una postal diciendo *Te echo de menos* y nada más: la indigencia casi muda de las postales ilustradas que dicen *Ojalá estuviera aquí* o *Este es nuestro cuarto* que se envían los semianalfabetos, hasta la última comunicación, una carta de nuevo. Quiero decir que venía dentro de un sobre: *No tiene importancia. Lo comprendo. Me doy cuenta de que la junta de reclutamiento debe llevarte mucho tiempo. Pero ven cuando puedas porque tengo algo que pedirte.* Carta a la que contesté al instante, inmediatamente (estaba a punto de añadir, Porque no sé qué fue lo que pensé. Sólo que sé exactamente lo que pensé) *¿Pedirme o decirme?* de manera que ya sabía de antemano cuál sería su respuesta: *Sí. Pedirte.*

Así que (era otra vez verano) le telegrafíé una fecha y ella contestó *He reservado habitación iré a buscarte qué tren abrazos* y yo (que me había negado a dejarle tener uno) le respondí *Voy en coche te recogeré en el astillero martes salida del trabajo abrazos* y allí estuve. Linda salió con el turno del que formaba parte, con el mono, tendiéndome el cuadernito de láminas de marfil y el lápiz antes de besarme,

estrechándose contra mí con fuerza y diciendo «Cuéntamelo todo», hasta que pude soltarme para escribir, limitado de nuevo a las explosiones y bandadas de tres o cuatro palabras antes de tener que borrar:

Dime tú de qué se trata

—Vayamos a la playa —y yo:

¿No quieres ir primero a casa y cambiarte?

—No. Vayámonos a la playa —así lo hicimos. Estacioné el coche y me parece que mientras escribía *Ahora dímelo*, Linda ya se había apeado y me estaba esperando para quitarme el cuadernito y el lápiz y guardárselo en el bolsillo; luego cogió con las dos manos el brazo mío que tenía más cerca y anduvimos así, ella agarrada con las dos manos a mi brazo de manera que chocábamos y tropezábamos a cada momento, el sol poniéndose y nuestra sombra común alargándose por el borde del agua delante de nosotros y yo pensaba *No no, no puede ser eso* cuando ella dijo—: Espera —me soltó para hurgarse en el otro bolsillo del mono—. Tengo algo para ti. Casi lo olvido —era una concha; probablemente habíamos pisado un millón desde que dejamos el coche, doscientos metros más atrás, mientras yo todavía pensaba *No puede ser eso. No es posible*—. La encontré el primer día. Tenía miedo de que se me perdiera antes de que vinieras, pero todavía la tengo. ¿Te gusta?

—Es muy hermosa —dije.

—¿Cómo? —preguntó ella, tendiéndome de nuevo el cuadernito y el lápiz. Escribí

Fenomenal ahora Dime de qué se trata

—Sí —dijo. Se colgó de mí, apretándome de nuevo el brazo con las dos manos; echamos otra vez a andar y yo pensé *Por qué no, por qué no tendría que ser así, por qué no podría haber en algún lugar del mundo otro Barton Kohl o por lo menos un sustituto aceptable, algo que hacer, algo por lo menos un poco mejor que el desconsuelo*, pero de repente dijo—: Ahora —se detuvo y giramos para ver esa pausa momentánea del sol antes de su zambullida definitiva, las palmeras y los pinos inmovilizados por aquella explosión que ya se diluía en espera de que la brisa nocturna los agitase y zarandeara. En seguida pasó el momento. Había llegado el crepúsculo—. Ya está —dijo—. Todo en orden. Estábamos aquí. Lo hemos aprovechado. Utilizado. Me refiero a que la tierra haya hecho un camino tan largo desde su comienzo, y el sol un camino tan largo desde el comienzo del tiempo, para llegar a este día y minuto y segundo entre todos los días y minutos y segundos, sin nadie que lo utilice, sin dos personas que estén finalmente juntas después de todas las dificultades y la espera, pero ahora por fin están juntas y desesperadas a causa de la larga espera, corren incluso por la playa hacia el sitio, no lejano ya, donde finalmente estarán a solas y nadie en el mundo que lo sepa o le importe o se entrometa, y es como si el mundo mismo no existiera, tan sólo los dos, así que ahora el mundo, que ni siquiera estaba inventado, puede comenzar —y yo pensaba *Quizá sean la fidelidad y el aguante, que deben ser así al menos una vez en la vida, prescindiendo de quién*

sufra. Porque has oído hablar de amor y duelo y sufrimiento y fidelidad y aguante y has visto amor y duelo y quizá hayas visto incluso amor y duelo y sufrimiento pero no los cinco, o mejor cuatro, porque la fidelidad y el aguante de los que hablo son inseparables, están fundidos en uno, esto incluso mientras ella decía—, no me refiero sólo... —y dejó de hablar antes de que yo hubiera podido levantar la mano para taparle la boca, en el caso de que hubiera querido hacerlo, diciendo: —No te preocupes, no lo he olvidado; no voy a decirla más —me miró—. De manera que quizá ya sabes qué es lo que te voy a pedir.

—Sí —dije; eso era capaz de leerlo por el movimiento de los labios. Escribí *matrimonio*

—¿Cómo lo sabías?

Qué más da Escribí *Me alegre*

—Te quiero —dijo—. Vamos a cenar. Luego a casa y te lo contaré.

Escribí *A casa no primero a cambiarte.*

—No —dijo—. No necesito cambiarme para ir a donde vamos.

Tenía razón. Dada la vestimenta de las otras comensales, podría haber llevado cualquier cosa excepto una trompetilla y un taparrabos e incluso entonces habría sido probablemente la trompetilla lo que llamara la atención.

Era más un bar que un restaurante. Los sábados a medianoche (es posible que también cualquier otra noche, debido a la prosperidad de los astilleros) aquello sería una casa de locos, y estaría, como suele decirse, a todo trapo; para mí lo estaba ya, con la radio al máximo volumen. Aunque también es cierto que yo no me había quedado sordo. La comida, en cambio —el lenguado y las gambas—, era de primera y la camarera trajo vasos y hielo para el frasco de bolsillo con whisky que yo aporté; y con todo el alboroto su voz no resultaban tan peculiar. Porque la utilizaba, como con premeditación, acerca de cosas que sólo exigían de mí Sí y No, y habló por los codos sobre el astillero, su trabajo, los compañeros, dando casi la impresión de una chiquilla de vuelta a casa para pasar sus primeras vacaciones escolares, comiendo también muy de prisa, sin masticar lo suficiente, hasta que terminamos y dijo:

—Ya podemos irnos.

No había mencionado aún dónde me iba a alojar, ni tampoco sabía yo dónde estaba su casa. De manera que cuando regresamos al coche encendí la luz del salpicadero para que pudiera ver el cuadernito y escribí *Dónde.*

—Por ahí —dijo. Volvíamos al centro de la ciudad y seguí adelante hasta que dijo —: Tuerce aquí —y así lo hice; poco después añadió—: Ahí está —así que detuve el coche junto a la acera para usar el cuadernito.

Está qué

—El hotel —dijo—. Ahí mismo —escribí

Queremos hablar *No hay donde vives un cuarto tranquilo para estar solos*

—Los dos pasaremos aquí la noche. Está todo arreglado. He reservado habitaciones contiguas con sólo una pared de separación y he hecho que arrimen las

dos camas, de manera que después de hablar y de acostarnos, en cualquier momento durante la noche podré dar un golpe en la pared y tú lo oirás y si pongo la mano contra la pared sentiré tu respuesta... Ya sé: no golpearé muy fuerte para no molestar a nadie; no lo oirá nadie más que tú.

El hotel tenía aparcamiento propio. Saqué la maleta del coche y entramos. El propietario conocía a Linda; quizá a estas alturas todos los habitantes de la ciudad conocían a la joven sorda que trabajaba en el astillero o, al menos, habían oído hablar de ella. En cualquier caso nadie nos detuvo, él la llamó por su apellido, Linda me presentó, el propietario me dio las dos llaves y tampoco nos detuvo nadie, hasta que llegamos a la puerta de su cuarto y la abrimos; su neceser ya estaba dentro, había flores en un jarrón y ella dijo:

—Ahora me voy a bañar. Luego daré unos golpes en la pared —y yo dije:

—Sí —porque eso era capaz de leerlo en el movimiento de los labios y me fui a mi habitación; sí, ¿por qué tendría que haber fidelidad y también aguante sólo porque uno se lo imagina? Si la humanidad llegara a la altura de sus sueños, ¿qué sería de los sueños? Hasta que al cabo de un rato golpeó la pared y yo salí por una puerta, di cinco pasos, entré por otra y la cerré tras de mí. Linda estaba en la cama, apoyada contra las dos almohadas, con una chaqueta amplia o una bata, el pelo (evidentemente lo había llevado corto mientras conducía la ambulancia, pero ahora era de nuevo lo bastante largo para sujetarlo con una cinta del mismo color azul marino de sus ojos) cepillado o arreglado para dormir, el cuadernito de láminas de marfil y el lápiz en una mano que descansaba sobre el regazo mientras con la otra daba palmaditas sobre la cama para que me sentara a su lado.

—No te hará falta —dijo, alzando ligeramente el cuadernito y volviéndolo a bajar —, porque todo lo que vas a necesitar es decir Sí y eso lo entiendo. Además, como ya sabes de qué se trata, no será difícil hablar de ello. Y quizá si te digo que quiero que lo hagas por mí, te resultará incluso más fácil. De manera que te lo digo. Quiero que lo hagas por mí —cogí el cuadernito.

Claro que lo haré De qué se trata

—Te acuerdas cuando estábamos en la playa y finalmente se ocultó el sol y no había nada excepto el crepúsculo y los pinos y la arena y el mar y tú y yo he dicho que eso no debería despediciarse después de tanto esperar y tanta distancia recorrida, que debería haber dos personas en el mundo desesperadas y angustiadas la una por la otra, merecedores de no despediciarlo más, que de repente se apresurasen, corrieran hacia el lugar que por fin ya no estaba lejos, casi al lado ya, desaparecidas la desesperación y la angustia... —cuando de repente, mientras la contemplaba, bajo el peso de mi mirada, por así decirlo, los ojos se le llenaron de lágrimas que empezaron a correrle por las mejillas, aunque yo no la había visto llorar nunca y al parecer ella misma ni siquiera se daba cuenta. Escribí

No sigas

—¿A qué te refieres? —Y yo

estás llorando

—No es verdad —y yo
mírate la cara

Aunque sobre la mesilla estaba el habitual, el típico espejo de mano, y una caja de pañuelos de papel, saqué el mío del bolsillo y se lo ofrecí. Pero Linda se limitó a llevarse las manos a la cara, y con las palmas se secó las lágrimas como se hace con el sudor, incluso sacudiéndolas al final del movimiento como se hace con el sudor.

—No te asustes —dijo—. No voy a decir esa palabra. Porque ni siquiera estoy hablando de eso, que no es importante, como respirar no es importante siempre que no tengas que pensar en ello sino solamente hacerlo cuando es necesario. Sólo es importante cuando se convierte en un problema, una dificultad, como respirar sólo es importante cuando se convierte en el problema de si podrás volver a llenarte los pulmones. Es todo lo demás, las pequeñeces: la almohada que conserva la forma de la cabeza, la corbata que, simplemente colgando vacía de una columna de la cama, retiene la curva de la garganta que la llevaba puesta la noche anterior, incluso los zapatos vacíos en el suelo, con el derecho un poco vuelto como si sus pies aún siguieran dentro e incluso anduvieran de la manera que él andaba, levantando un pie un poco más que el otro, como los negros viejos dicen que anda un hombre orgulloso... —y yo.

no sigas no sigas estás llorando Otra vez

—No lo noto. No siendo nada en la cara desde aquel día, ni calor ni frío ni lluvia ni agua ni aire ni nada —esta vez cogió el pañuelo y lo usó pero cuando le ofrecí el espejo y empecé incluso a escribir *dónde tienes la polvera* ni siquiera lo cogió—. Tendré más cuidado a partir de ahora. De manera que eso es lo que quiero que tengas tú también. Te quiero. Si no hubiera sido por ti creo que no hubiera resistido tanto. Pero ahora estoy perfectamente. Por eso quiero que también tú tengas eso. Quiero que lo hagas por mí —y yo

Pero qué por ti Todavía no me lo has dicho

—Casarte —dijo—. Creí que lo sabías. ¿No me has dicho que sabías de qué se trataba? —y yo *Casarme yo Te refieres a mí*

—¿A quién pensabas que me refería? Has creído que yo... Gavin.

—No —dije.

—Lo he entendido. Has dicho No. Estás mintiendo. Creías que hablaba de mí.

—No —dije.

—¿Recuerdas aquella vez cuando te dije que todas las veces que creías que tenías que mentir por mi bien, podía estar segura de que mantendrías la mentira, por mucho que la realidad la desmintiera?

—Sí —dije.

—Entonces asunto concluido —dijo—. No; me refería a ti. Eso es lo que quiero que hagas por mí. Quiero que te cases. Quiero que también tengas eso. Porque entonces todo estará en orden. Siempre seguiremos juntos por muy lejos que

cualquiera de los dos esté o tenga que estar. ¿Cómo lo dijiste? ¿Las dos únicas personas en todo el mundo que pueden quererse no sólo sin tener que hacerlo sino que ni siquiera tenemos que no decir esa palabra que no te gusta oír? ¿Me lo prometes?

—Sí —dije.

—Ya sé que no bastará con que salgas mañana a la calle para encontrarla. Puede que te lleve un año o dos. Pero todo lo que tienes que hacer es dejar de oponer resistencia a la idea de casarte. En cuanto lo hagas desaparecerán los problemas porque lo demás caerá por su propio peso. ¿Lo harás?

—Lo juro —dije.

—Has dicho que lo juras, ¿no es cierto?

—Sí —dije.

—Entonces bésame —así lo hice, sus brazos muy apretados en torno a mi cuello; un momento y después ya no estaban—. Y mañana por la mañana temprano, te vuelves a casa —y yo, escribiendo

Pensaba quedarme todo el día

—No. Mañana. Temprano. Voy a poner la mano en la pared, y cuando estés en la cama da un golpe y si me despierto por la noche golpearé también y si estás despierto o todavía no te has marchado podrás responder y si no te oigo escíbeme desde Jefferson mañana o al otro. Porque ya estoy perfectamente. Buenas noches, Gavin.

—Buenas noches, Linda —dije.

—Eso también lo he entendido. Te quiero.

—Te quiero —dije.

—También he entendido eso, pero escríbelo en el cuadernito de todas formas y me servirá, ¿cómo se dice? de amuleto para empezar el día mañana.

—Sí —dije, extendiendo la mano para cogerlo.

ONCE

Charles Mallison

Esta vez iba de uniforme. De manera que ahora todo lo que necesito es decidir, descubrir, a qué «esta vez» me refiero o encontrar la vez para aquello de lo que quiero hablar. No fue la vez siguiente que vi a Linda, porque todavía estaba en Pascagoula, construyendo barcos, también para Rusia. Ni la vez siguiente que estuve en Jefferson, porque no hice más que pasar por casa camino del uniforme. Así que quizá me refiera a la siguiente vez que cacé a Ratliff. Aunque tal vez lo que de verdad quiero decir es que cuando volví a ver a mi tío Gavin después de su boda ya se había convertido en marido.

Porque estábamos en 1942 y Gavin se había casado con Melisandre Harriss (que fue Backus como dijo Thackeray); el cántaro había ido a la fuente una vez más de la cuenta, como dijo Ratliff, con tal de que, naturalmente, sea verdad que lo dijera. Un domingo por la mañana sucedió Pearl Harbour y desde Oxford le puse un telegrama a Gavin, podríamos decir que a vuelta de correo con el siguiente texto *Se acabó Me voy*. Puse un telegrama a Gavin porque de lo contrario hubiera tenido que hablar por teléfono con madre y si se trata de una conferencia madre cuesta dinero, de manera que si telegrafiaba a Gavin por cuarenta y dos centavos, la conferencia de madre figuraría en el recibo del teléfono de Jefferson.

Así que estuve en casa para presenciar en carne y hueso el primer inocente desmoronamiento de lo que él había decidido sin duda que eran sus inexpugnables baluartes; a tiempo de dar la cara con él, de ser padrino de su desastre. Sucedió así. No conseguí que me admitieran en los cursos oficiales de vuelo de la universidad, pero me dijeron que con un título universitario y más de una hora de vuelo, sobre todo en solitario, tendría prácticamente las mismas posibilidades de acceder directamente al adiestramiento militar y convertirse en oficial. Así que el fumigador profesional de cultivos agrícolas que tenía como base de operaciones aquel mismo aeródromo me aceptó como alumno, con un avión más grande incluso que los juguetitos de cincuenta caballos que se utilizaban en el curso oficial de la universidad, y del mismo tipo (según él afirmaba) de los utilizados para el adiestramiento básico en el ejército. De manera que cuando mandé el telegrama a tío Gavin había acumulado ya aproximadamente quince horas, tres de ellas en solitario, y cuando madre me llamó había hecho el equipaje y tenía el coche con el motor apuntando hacia Jefferson. Así que estuve allí para ver el principio del asunto, tanto si Gavin le daba categoría de amonestaciones como si no. Me refiero a la granja de caballos estilo Long Island, propiedad de la que fue señorita Melisandre Backus, después Harriss, que hacía las veces de hogar para sus dos hijos (ya habían crecido

para entonces; Gavin no se iba a encontrar en aquel matrimonio con hijastros sino con parientes políticos) cuando regresaban periódicamente de Europa hasta que los alemanes empezaron a hundir barcos americanos ante las costas de Irlanda. Así que después de aquello tenía que ser América del Sur, esta última vez acompañados por el oficial de caballería argentino saltador de obstáculos de quien el Harriss chiflado (porque no es que los dos hijos de tía Melisandre estuvieran como cabras: se trataba sólo del varón) creía que estaba tratando de casarse con el dinero del que su madre era aún fideicomisaria en lugar de simplemente con su hermana que sólo tenía una asignación como la suya. De manera que se propuso (el chiflado, por supuesto) asesinar al saltador de obstáculos argentino utilizando para ello el semental salvaje de Rafe McCallum, semental que consiguió comprar o del que se apoderó por medio de alguna triquiñuela o que, en cualquier caso, metió en el establo al que el inocente argentino se habría acercado a oscuras para abrir la puerta a lo que él (el inocente argentino) creía que iba a ser no sólo un caballo manso sino prácticamente ciego. Sólo que

Gavin escudriñó sus hojas de té o utilizó su sexto sentido o su varita mágica o lo que fuera que hacía en estos casos y localizó a Rafe a tiempo para que llegara antes a la puerta del establo e impidiera el paso a la presunta víctima.

Así que el argentino se salvó, y aquella noche el chiflado eligió entre la oficina de reclutamiento del ejército en Memphis o tío Gavin, y eligió el ejército, de manera que se puso a salvo, y por la tarde el argentino y la hermana del chiflado se casaron y se fueron de Jefferson, poniéndose también a salvo. Pero tío Gavin se quedó, y al día siguiente yo tenía que empezar los cursos teóricos previos, de manera que cuando volví a casa la vez siguiente iba de uniforme y Gavin no sólo era marido sino también padre de un hijastro que podría haber sido un asesino por procuración de la mejor calidad que pueda esperarse de no ser por el golpe de gracia de un entrometido de marca mayor (que es algo que no debería sucederle ni al peor de los infieles), y tenía una hijastra casada con un argentino saltador de obstáculos. (Por entonces también yo me había casado con un visor de bombardeo —no había conseguido llegar a piloto, pero por lo menos volaba en la parte delantera del avión— que me había sido asignado por un gobierno que no se fiaba de mí y que colocó espías para que vigilaran lo que hacía con él, y que antes de confiármelo me había adiestrado para que no me fiara de mis espías ni de nadie por lo que a él se refería, guardado en un estuche negro cerrado con llave y que llevaba sujeto con una cadena incluso cuando dormía, situación que producía por supuesto constantes molestias pero sobre todo permanentes sospechas recíprocas y mutua desconfianza y con el tiempo un odio mutuo que sin embargo se llega a soportar, lo que supone probablemente el mejor de todos los entrenamientos posibles para coronar con éxito un matrimonio).

De manera que la vez siguiente que fui a Jefferson llevaba el uniforme, y tuve tiempo suficiente para hacer una visita al terrateniente y a su esposa entre sus recientes pero ancestrales vallas blancas y establos con luz eléctrica y decir Que Dios

os bendiga hijos míos y luego echar una vez más el guante a Ratliff.

—Ya no se puede casar con ella —le dije—. Ahora tiene esposa.

Y la verdad es que tampoco había relacionado el adverbio *sobriamente* con Ratliff. Por lo menos no antes de aquello, no hasta aquella ocasión.

—Tienes razón —dijo—. Linda no se va a casar con él. Será peor que eso.

Flem

DOCE

Cuando la camioneta que lo llevaba y a la que se había subido en Clarksdale abandonó la carretera principal en una ciudad llamada Lake Cormorant, Mink tuvo que apearse y seguir a pie. Al parecer estaba todavía muy lejos de Memphis. Empezaba a darse cuenta de que aquello era lo más importante, en cierta manera lo más aterrador, que le había sucedido en treinta y ocho años: olvidarse de lo que eran las distancias, de lo lejos que un sitio podía estar de otro. Y ahora además tendría que comer. Porque no disponía de otro dinero que el billete de diez dólares recibido, junto con el mono nuevo, el sombrero y los zapatos, al salir de Parchman, más los tres dólares y ochenta y cinco centavos que aún le quedaban de los cuarenta dólares que le mandara su primo Flem —porque tuvo que ser Flem; después de que por fin se diera cuenta de que no iba a presentarse ni tampoco a enviar a alguien desde Frenchman's Bend para ayudarlo y dejara de llamar desde la ventana de la cárcel a los que pasaban para mandarle recado, nadie, excepto Flem y quizá el juez, sabía lo que le pasaba ni sentía el menor interés por enterarse de dónde se encontraba— dieciocho años atrás, inmediatamente antes de enviar a Montgomery Ward para que le convenciera de que intentase escapar vestido de mujer y con un gorro para el sol, gracias a lo cual consiguió que lo cogieran y lo condenaran a otros veinte años.

Era una limpia tiendecita abarrotada de género y cubierta de carteles, detrás de una estación de servicio junto a la carretera; un automóvil muy baqueteado y manchado de polvo y barro se hallaba estacionado al lado; en el interior sólo encontró al propietario y a un joven negro vestido con los restos de un uniforme del ejército. Mink pidió una barra de pan y de repente se acordó de las sardinas, de un sabor que se remontaba a casi cuarenta años atrás; se disponía, por una vez, a gastarse otros cinco centavos, cuando para asombro suyo y momentánea incredulidad —posiblemente acerca del estado de su oído— se enteró de que la latita plana y compacta que costaba cinco centavos en cualquier sitio en los tiempos anteriores a su ingreso en Parchman le iba a costar veinticinco, y todavía sin recuperarse de su incrédulo asombro, el propietario le puso otra latita delante, diciendo:

—Ésta sólo le costará once —dijo.

—¿Qué es? —preguntó Mink.

—Paté de almuerzo —dijo el propietario.

—¿Qué es paté de almuerzo? —dijo Mink.

—No pregunte —dijo el propietario—. Límitese a comerlo. ¿Qué otra cosa se puede comprar por once centavos?

Entonces vio en la pared opuesta un montón de cajas de refrescos de un metro de altura y le pasó algo terrible dentro de la boca y de la garganta: sintió saltar, correr un líquido muy ligero semejante al fuego o a innumerables mordiscos de hormigas hasta llegar al estómago; con algo semejante a un terror incrédulo, e incluso mientras se decía *¡No! Eso también costará veinticinco centavos por lo menos*, oyó el sonido de

su propia voz:

—Creo que también voy a querer una de esas.

—¿Una caja entera? —preguntó el propietario.

—¿No se puede comprar sólo una botella? —dijo Mink, contando de prisa mientras pensaba *Por lo menos son veinte botellas y me costarían los diez dólares. Quizá eso me salve*. Ni tampoco, cuando el propietario dejó ante él la botella abierta que sudaba fríamente, tuvo tiempo para decirse *Voy a cogerla y a llevármela a la boca antes de preguntar el precio porque de lo contrario quizá no me atreviera a tocarla* porque la mano había agarrado ya la botella, la había inclinado, hincándosela prácticamente en la boca, el primer trago de ardiente frialdad demasiado rápido para degustarlo hasta que pudo refrenar, dominar la urgencia y la pasión para poder saborear la bebida y decirse que, a pesar de los treinta y ocho años transcurridos, no había olvidado el sabor en absoluto, tan sólo lo agradable que era; acto seguido vació la botella en continuos sorbos medidos y sólo después se la retiró de la boca para oír con horror cómo su voz decía «Me tomaré otra», incluso mientras se gritaba a sí mismo *¡No sigas! ¡No sigas!*, quedándose después perfectamente tranquilo y dueño de sí mientras el propietario abría la segunda botella sudorosa; Mink la cogió también, cerró despacio los ojos y bebió sin pausa hasta vaciarla; luego separó con los dedos uno de los billetes en el bolsillo donde llevaba los tres billetes de dólar (el de diez estaba cuidadosamente doblado debajo de varias hojas de periódico y sujeto con un imperdible al bolsillo del peto del mono) y lo puso sobre el mostrador sin mirarlo ni mirar a nada mientras esperaba a que el propietario le pidiera un segundo billete o quizá dos: hasta que el otro dejó sesenta y ocho centavos en monedas sobre el mostrador y cogió el billete.

Porque las dos botellas vacías seguían aún sobre el mostrador perfectamente visibles; Mink pensó rápidamente *Si pudiera coger el cambio y salir antes de que se fije en ellas...*, pero aunque no fuese imposible, se trataba sin duda de una jugada arriesgada que no se atrevió a hacer porque no disponía de tiempo para correr riesgos: dos dólares, quizá, contra un grito, un salto por encima del mostrador para impedirle la huida hasta que llegara otro sheriff para hacerse cargo de él. De manera que dijo, sin tocar el cambio:

—No se ha cobrado usted los refrescos.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó el propietario, extendiendo a continuación las monedas sobre el mostrador—. Paté de almuerzo, onces; pan... —se detuvo y con la misma celeridad hizo de nuevo un montón con las monedas—. ¿De dónde ha dicho que viene?

—No lo he dicho —respondió Mink—. Iba por la carretera.

—Ha estado ausente mucho tiempo, ¿no es eso?

—Así es —dijo Mink.

—Le estoy muy agradecido —dijo el propietario—. Me había olvidado por completo de las dos coca-colas. Los condenados sindicatos han conseguido que

también la coca-cola suba de precio como todo lo demás. Se ha bebido dos, ¿no es eso? —se quedó con la moneda de medio dólar y empujó el resto hacia Mink—. La gente tendrá que hacer algo si quieren pararlos. Habrá que librarse de esos malditos demócratas si no queremos acabar en el asilo. ¿A dónde ha dicho que va? ¿Memphis?

—No lo he dicho —empezó a decir Mink, pero el otro ya estaba, o todavía estaba, hablando con el negro, ofreciéndole otra botella.

—Invita la casa. Coge tu coche y acércalo hasta el cruce; allí tendrá el doble de posibilidades de que lo recojan, quizá incluso alguien que pase por la otra carretera.

—No pensaba marcharme todavía —dijo el negro.

—Claro que sí —respondió el propietario—. Menos de un quilómetro. Tienes tiempo de sobra. No quiero verte por aquí hasta después. Todo arreglado —le dijo a Mink—. Seguro que allí encuentra alguien que lo lleve.

De manera que viajó en el coche destartado y manchado de barro; el negro lo miró un momento de reojo y luego apartó la vista.

—¿Por qué carretera ha venido? —dijo el negro.

Mink no respondió.

—Ha salido de Parchman, ¿no es eso?

Luego el coche se detuvo.

—Ya estamos en el cruce —dijo el negro—. Quizá encuentre alguien que lo lleve.

Mink se apeó.

—Muy agradecido —dijo.

—Ya pagó usted al dueño —dijo el negro.

Así que echó a andar de nuevo. Pero lo más importante era haber salido de la tienda; no tenía que volver a pararse en ninguna. Si las botellas fuesen a dólar, había un límite muy concreto más allá del cual la tentación, o al menos la falta de voluntad, no podía ya perjudicarlo. Pero a veinticinco centavos cada una, desde allí hasta Memphis y antes de que tuviera un revólver en la mano, no había un punto previsible a lo largo de los doce dólares que le quedaban donde fuese a encontrar la paz; ya antes incluso de que saliera de la tienda, se estaba diciendo *Sé hombre. Tienes que ser hombre, tienes demasiado que hacer, demasiado para arriesgarte* y aún sudaba un poco mientras caminaba de nuevo; no jadeaba: simplemente respiraba hondo como alguien que, por equivocación y sin saberlo, acaba de meterse en la guarida, ha caído en los brazos de Semíramis o de Mesalina, y ha vuelto a salir, todavía incrédulo, todavía pasmado de su propia temeridad y todavía asombrado de haber escapado con vida.

Y ahora estaba descubriendo algo más. Durante la mayor parte de sus veinte y pico años antes de Parchman, y durante los treinta y ocho siguientes, había andado únicamente sobre tierra blanda. Ahora caminaba sobre cemento; no sólo le molestaban los pies sino que le dolían los huesos y los músculos e incluso el cráneo, hasta que poco después encontró un charco de agua sucia entre unas tupidas hierbas sin sombra al final de una alcantarilla; allí se quitó los tiesos zapatos nuevos y se

sentó con los pies dentro del agua mientras se comía la lata de carne y el pan, pensando *Tengo que vigilarme. Quizá ni siquiera me atreva a entrar en el sitio donde las venden*, pensando, sin desesperación en realidad: todavía indomable *Lo más probable es que me cueste todo el billete de diez dólares, más quizá. Eso sólo me deja tres dólares y ochenta y cinco centavos y de esos me he gastado ya ochenta y dos* y se detuvo para sacarse del bolsillo el puñado de monedas, extendiéndolas cuidadosamente en el suelo a su lado; antes tenía tres billetes de dólar y ochenta y cinco centavos, de manera que contó lentamente los ochenta y cinco centavos: medio dólar, otra moneda de un cuarto de dólar y dos de cinco centavos y las dejó a un lado. Al dueño de la tienda le había dado uno de los billetes de dólar y había recibido la vuelta del pan, once centavos, y del paté de almuerzo, once centavos, lo que sumaba veintidós; luego el tendero había cogido el medio dólar de los refrescos, lo que hacía setenta y dos centavos, por lo que deberían quedarle veintiocho; y procedió a contar moneda a moneda lentamente una vez más y luego contó las monedas que ya había separado para asegurarse de que la suma estaba bien. Pero de todas maneras sólo le quedaban dieciocho centavos en lugar de veintiocho. En algún momento se había esfumado una moneda de diez. Pero el paté de almuerzo eran exactamente once centavos: lo recordaba porque había habido una especie de discusión acerca de eso. De manera que era el pan, tenía que ser el pan. *Subió diez centavos mientras yo estaba allí parado* pensó. *Y si el pan ha subido diez centavos mientras lo estaba mirando, quizá ni siquiera me vendan un revólver por los trece dólares que tengo. Necesito pararme en algún sitio y encontrar un empleo.*

En la carretera el tráfico era intenso, pero ahora todos los vehículos iban a gran velocidad: grandes automóviles, completamente nuevos, y los camiones tan grandes como vagones de ferrocarril; habían desaparecido las polvorientas camionetas que se hubieran ofrecido a llevarle: sólo quedaban los vehículos de los ricos y de los apresurados que ni siquiera se fijarían en un hombre vestido con mono que caminaba solo. O todavía peor; probablemente habrían alejado con su tamaño, su velocidad y su pintura brillante a cualquier otro que quizá se hubiera parado por él, dado que no querían que les estorbase en Memphis con su presencia. Aunque eso ya no tenía importancia. No estaba aún en condiciones de ver Memphis ni sabía tampoco cuándo iba a estarlo, mientras pensaba *De manera que quizá necesite diez dólares más antes incluso de llegar al sitio donde pueda comprar uno*. Pero, de todas formas antes de que eso se convirtiera en un problema concreto, en un obstáculo real, tendría que llegar a Memphis; y para entonces tenían que seguir intactos los trece dólares y tres centavos que aún le quedaban, prescindiendo de lo que le costara llegar allí. De manera que necesitaba conseguir más dinero de alguna forma, aunque sabiendo que no podía entrar en otra tienda junto a la carretera donde vendieran refrescos. *Así que tendré que pararme en algún sitio y pedir trabajo y lo cierto es que nunca he pedido trabajo a nadie en toda mi vida de manera que quizá no sepa siquiera cómo pensando Y eso hará que me retrase por lo menos un día, quizá incluso más* pensando

calmosamente pero todavía sin desesperarse *Soy demasiado viejo para esto. Una persona de sesenta y tres años no debería tener que ocuparse de una cosa como ésta pensando, pero sin desesperación, todavía indomable Pero a un hombre que ya ha tenido que esperar treinta y ocho años, un día o dos más, o incluso tres, no van a complicarle mucho las cosas.*

La mujer era robusta pero no gorda ni vieja, de aspecto un tanto severo, con un vestido informe y no demasiado limpio, y estaba en un pequeño jardín descuidado, arrancando tallos muertos de clemátide de un emparrado junto a una casita.

—¿Es usted un hombre de Dios? —le preguntó.

—¿Cómo dice? —respondió Mink.

—Parece un predicador.

—No, señora —dijo Mink—. He estado fuera.

—¿Qué sabe usted hacer?

—Sé hacer eso que está usted haciendo. Y también rastrillar el jardín.

—¿Qué más?

—He sido agricultor. Supongo que soy capaz de hacer más o menos cualquier cosa.

—Primero querrá usted comer algo —dijo ella—. De acuerdo. Todos somos criaturas de Dios. Termine de arrancar esas enredaderas. Luego coja el rastrillo que está junto a la puerta de la cocina. Y recuerde que lo estaré vigilando.

Quizá sí, desde detrás de las cortinas. Mink no habría sabido decirlo ni trató de averiguarlo. Aunque evidentemente sí lo vigilaba, porque cuando descargó por última vez el rastrillo lleno de hojas sobre el montón, ya había salido al minúsculo porche delantero, le dijo dónde estaba la carretilla, le dio tres cerillas de cocina y siguió vigilándolo mientras llevaba la hojarasca hasta el solar vecino y la prendía fuego.

—Deje la carretilla y el rastrillo donde estaban y venga a la cocina —le dijo. Mink así lo hizo, y se encontró con un fogón, un fregadero, una nevera, la mesa puesta y una silla, y sobre la mesa un plato de verduras mal cocidas aderezadas con trozos de cerdo de color plomizo, dos rebanadas de pan hecho a máquina en un platillo y un vaso de agua; Mink se quedó un rato inmóvil, las manos pegadas a los costados, contemplando la mesa.

—¿Es el orgullo lo que le impide comer? —dijo la mujer.

—No es eso —respondió Mink—. No tengo hambre. Necesito el dinero para seguir adelante. Me hace falta llegar a Memphis y luego volver a Mississippi.

—¿Quiere la comida o no la quiere? —dijo ella.

—Sí, señora —dijo Mink—. Muy agradecido —se sentó, mientras ella, después de mirarlo un momento abrió el refrigerador, sacó una lata abierta y la puso en la mesa delante de él. Dentro había la mitad de una pera en almíbar.

—Aquí tiene —dijo la mujer.

—Sí, señora —dijo Mink—. Muy agradecido —quizá aún seguía vigilándolo. Mink se comió lo que pudo (estaba frío) y había llevado ya el plato y el cuchillo y el

tenedor al fregadero para lavarlos cuando la mujer apareció de repente otra vez.

—Eso ya lo haré yo —dijo—. Usted siga seis quilómetros carretera adelante. Llegará a un buzón de correos que pone Hermano Goodyhay. ¿Sabe leer, verdad?

—Lo encontraré —dijo Mink.

—Dígale que lo manda Beth Holcomb.

Encontró el buzón. No le quedaba otro remedio. Pensó *Tengo que encontrarlo* con la idea de que lo leería simplemente porque tendría que hacerlo, tendría que descifrar el incomprensible jeroglífico; pensando mientras contemplaba la caja de metal con las palabras *Hermano J C Goodyhay*, cuyas letras no estaban hechas con plantilla sino pintadas a mano, no de manera desaliñada ni descuidada sino con impaciencia, con una especie de impaciencia salvaje; pensando ya antes, o por lo menos al mismo tiempo, que se daba cuenta de que, cerca, alguien le estaba gritando, *Tal vez he sabido leer todo el tiempo pero no me he dado cuenta hasta que he tenido que hacerlo*. De todas formas oyó la voz, y al mirar por encima del diminuto jardín increíblemente descuidado hasta otra casita de madera, vio en su minúsculo porche un hombre que agitaba un brazo y le gritaba «Es aquí. Entre»; un individuo flaco de movimientos rápidos, entre los treinta y los cuarenta, de fríos ojos llenos de agitación, con el prominente labio superior de un abogado o de un orador y con la pronunciada barbilla del tradicional puritano de las historietas.

—¡Demonios, usted es predicador! —le dijo.

—No —dijo Mink—. He estado fuera. Trato de llegar a...

—Está bien, está bien —le interrumpió el otro—. Dé la vuelta y me reuniré con usted —entrando rápidamente en la casa. Mink, por su parte, se dirigió hacia el jardín trasero, cuya desolación era quizá aún más pronunciada que la del delantero, dado que contenía otra casa que más parecía derrumbada que desmantelada: un revoltijo de vigas, viguetas, marcos de puertas y ventanas e incluso secciones de revestimiento todavía intactas, entre las que circulaba o más bien se limitaba a estar de pie un individuo aparentemente de la misma edad que él, aunque vestía una guerrera de campaña del tipo que sólo después de Pearl Harbor se había copiado del modelo británico, con el distintivo de una división que tampoco había existido antes, y que al aparecer Mink, y tan sólo unos segundos antes de que se abriera con violencia la puerta trasera de la casa y saliera el primer hombre con una sierra de arco en la mano, empezó a repartir hachazos con gran presteza entre el revoltijo de maderas que tenía alrededor; al ver la sierra, Mink advirtió también la presencia de un montoncito de pedazos de madera ya cortados.

—Está bien, está bien —dijo el primer hombre, entregándole la sierra—. Ponga a un lado los trozos en buen estado. No astille las tablas al sacar los clavos. Sierre los trozos inservibles, todos de la misma longitud. Dad se encarga de todo. Yo estaré en la casa —donde volvió a entrar, e incluso las puertas que apenas tocaba parecían cerrarse tras él con estrépito, como si las sorbiera al pasar.

—De manera que también te han cogido a ti, ¿eh, compadre? —dijo el individuo

con la guerrera de campaña, que debía de ser Dad.

Mink no respondió.

—¿Es ése el reverendo? —preguntó en cambio.

—Ése es Goodyhay —dijo el otro—. No le oído predicar todavía, pero incluso sin abrir la boca sería mejor predicador que cocinero. Aunque también es cierto que alguien tiene que achicharrar las galletas. Dicen que su mujer se escapó con un hijo de puta vendedor de patatas fritas antes incluso de que Goodyhay volviera del Pacífico. Ya lo hacían todas por entonces y, por lo que observo, no han cambiado de táctica, incluso sin una guerra a la que echarle la culpa. Pero, qué demonios, siempre digo que en la charca queda otra rana por cada una que salta fuera. De manera que también te han echado a ti el guante, ¿eh?

Esta vez Mink sí contestó:

—Tengo que llegar a Memphis y luego volver a Mississippi. Voy con retraso. Debo seguir viaje esta noche misma. ¿Cuánto pagan?

—Eso es lo que crees —dijo el otro—. Eso es lo que pensaba yo hace tres días: embólsate un dólar, poco más o menos, y sigue adelante. Porque esta vez estás construyendo una iglesia, compadre. Así que será mejor que no perdamos la esperanza de que ese desgraciado sepa predicar porque no nos van a pagar hasta que hagan la colecta del domingo.

—¿Domingo? —dijo Mink.

—Eso es —dijo el otro—. Estamos a jueves; cuenta.

—Domingo —dijo Mink—. Faltan tres días.

—Eso es —dijo el otro—. El domingo cae siempre tres días después del jueves por esta zona. Es una ley que tienen.

—¿Cuánto nos darán el domingo?

—Quizá llegue a un dólar en metálico; ahora estás trabajando para el Señor, no para las riquezas, hermano. Pero, de todas formas, saldrás comido y dormido...

—No puedo trabajar tantos días por sólo un dolar —dijo—. No tengo tiempo.

—Puede que sea más. Por lo que he oído decir tiene un aquél. Atrae a la gente. Parece que un día, cuando era sargento de infantería de marina, iba en una de esas lanchas de desembarco en el Pacífico y un avión de bombardeo japonés se lanzó en picado sobre ellos y todo el mundo trató de tirarse al agua antes de que cayera la bomba, excepto un hijo de mamá que se asustó o se engancho con algo, de manera que no podía saltar y el reverendo (aunque por entonces aún no se había hecho reverendo, todavía le faltaban unos minutos) volvió para tratar de desengancharlo, pero en ese momento la lancha saltó por las aires y se los llevó al fondo antes de que el reverendo consiguiera volver con el otro a la superficie. Aunque eso no es más que la versión oficial de cuando le dieron la medalla, ya que según el reverendo, o por lo menos su congregación... Por lo que he oído, los demás son casi todos excombatientes o sus mujeres o las otras gachís a las que dejaron preñadas sin casarse con ellas, la mayoría jóvenes, excepto unos pocos viejos que parecen arrastrados por

succión, por así decirlo; quizá las mamas y los papas de los soldados muertos, o gente como esa hermana Holcomb, la que te cazó carretera abajo, que probablemente nunca se deshelo lo bastante para tener un hijo de ningún tipo y que Dios tenga además piedad de su marido si es que alguna vez tuvo alguno, y que ni siquiera fue aspirada sino que paró ella misma el autobús porque parecía que el trayecto era gratis... —se calló. Luego añadió—: No; ya sé exactamente por qué vino: para oír algunas de las palabras que Goodyhay utiliza cuando hace eso que llama predicar. ¿Dónde estaba? Ah, sí: la lancha de desembarco. Según el reverendo, ya estaba a salvo y muerto y por fin en paz lejos del mundanal ruido en el fondo del Pacífico cuando de repente Jesús en persona estaba encima de él diciendo ¡A formar! y el reverendo lo hizo y Jesús dijo FIRMES, MEDIA VUELTA y le asignó este nuevo destino exactamente aquí, muy cerca de Memphis, Tennessee. Tiene un aquél, desde luego, porque ha reclutado los adeptos suficientes como para necesitar una iglesia donde reunirlos. ¿Qué fue lo que dijo cuando te vio?

—¿Cómo? —dijo Mink.

—¿Cuáles fueron sus primeras palabras cuando te vio?

—Dijo, «Demonios, usted es predicador».

—¿Ves lo que quiero decir? Hipnotiza a la gente y los pone a todos a recorrer el país en busca de edificios en cuyo porche delantero no haya nadie sentado para que los derriben cuando los encuentren y los traigan hasta aquí para despedazarlos como estamos haciendo. Pero les falta el maestro carpintero capaz de clavar unas cosas con otras hasta hacer una iglesia. Porque los maestros carpinteros pertenecen a sindicatos, y hacen tratos en dinero en efectivo por día y no fían, mientras que al reverendo le ha confiado su misión Jesucristo directamente, y Jesucristo no está interesado en dinero, por lo menos desde el ángulo de tener que darlo. Así que él y los puestos de avanzada a un lado y otro de la carretera, como el de esa hermana Holcomb que te ha echado el lazo, están cerniendo en busca de uno.

—¿Cerniendo? —dijo Mink.

—Haciendo la criba. Como la harina. Colando a la gente por este patio trasero hasta que aparezca alguien que sepa cómo levantar la iglesia cuando tengamos suficientes vigas y tablonos y marcos de ventanas almacenados. Así que quizá sea mejor que nos pongamos a ello. De hecho no lo he pillado nunca espionando desde detrás de una persiana, pero probablemente un exsargento de infantería de marina, aunque se haya convertido en ministro del Señor, no es hombre con el que se pueda bromea más de la cuenta.

—¿Quiere eso decir que no me puedo marchar?

—Claro que puedes. Tienes a tu disposición todo el campo de los alrededores. Pero no vas a conseseguir ni un céntimo hasta que hagan esa colecta el dodomingo. Sin olvidar un sitio donde dormir esta noche y lo que él llama cocinar si no eres demasiado exigente.

De hecho la casa carecía de persianas o de cortinas desde detrás de las cuales se

podiera espiar. En realidad, cuando Mink miró detenidamente a su alrededor por vez primera, comprobó que todo tenía el mismo aire de violenta transitoriedad que el confuso revoltijo de paredes y ventanas y puertas entre las que él y el otro individuo trabajaban: seguían de pie únicamente porque estaban clavadas unas con otras; de cuando en cuando, a medida que el montón de tablas recuperadas y el de leña para el fuego, categoría a la que su sierra iba reduciendo los fragmentos inservibles, crecían lentamente, Mink oía al predicador moviéndose dentro de la casa intacta, de manera que pensó *Si se ha metido dentro para componer el sermón, suena como si prepararse para predicar necesitara tanta actividad y rapidez de reflejos como poner los arreos a una mula*. Ya era casi la hora del crepúsculo; Mink estaba pensando *Esto será por lo menos medio dólar. Me lo han de dar. Tengo que seguir viaje. No puedo esperar hasta el domingo* cuando algo sacudió la puerta trasera que se abrió violentamente y el predicador dijo:

—Ya vale. La cena está lista. Pasad.

Mink entró detrás de Dad. Nadie dijo nada acerca de lavarse.

—Creía... —empezó. Pero ya era demasiado tarde. También estaba en una cocina no ya espartana sino la viva imagen de la desolación: algo así como un terreno público de acampada a un lado de la carretera, con lo que Mink llamaba otra cocina automática, puesto que nunca había visto una de gas o eléctrica hasta que entró en casa de la señora Holcomb, y Goodyhay vuelto hacia ella en violenta inmovilidad encerrada en un feroz ruido de fritura; Mink dijo de nuevo—: Creía... —mientras Goodyhay se volvía de espaldas al fogón con tres platos que contenían respectivamente un carbonizado trozo de algo que, sobre las superficies esmaltadas, parecía tan ajeno y solitario y tan poco apropiado para comer como una boñiga—. Yo ya he comido —dijo Mink—. Pensaba seguir camino.

—¿Cómo? —dijo Goodyhay.

—Incluso cuando llegue a Memphis apenas habré empezado todavía —dijo—. Tengo que marcharme esta noche.

—Así que quiere su dinero ahora —dijo Goodyhay, colocando los platos en la mesa donde ya se encontraba una tremenda botella de salsa de tomate, un plato de rebanadas de pan hecho a máquina, un azucarero y una lata de leche condensada con agujeros en la tapa—. Siéntese —dijo Goodyhay, regresando de nuevo junto al fogón, desde donde a Mink le llegaba el olor a café demasiado hervido, con la misma violenta impaciencia que impregnaba el acto de freir la hamburguesa y los montones de madera en el jardín y las letras en el buzón de correos; hasta que Goodyhay volvió con las tres tazas de café y dijo de nuevo—: Siéntese —Dad se había sentado ya—. He dicho que se siente —repitió Goodyhay—. Tendrá su dinero el domingo después de la colecta.

—No puedo esperar tanto.

—De acuerdo —dijo Goodyhay, arrojando salsa de tomate sobre su plato—. Coma primero. La cena la tiene pagada ya —también Mink se sentó; los otros dos ya

estaban comiendo. De hecho Goodyhay había terminado ya, y se levantó aprovechando el mismo movimiento con el que dejó el tenedor sobre la mesa y, todavía masticando, empujó hacia adentro una puerta abierta (de la que colgaba lo que Mink no reconoció como un casco de combate camuflado utilizado por los infantes de marina en las cabezas de playa y en las junglas del Pacífico porque estaba mirando la culata de una pistola automática que sobresalía de su cinto de lona por debajo del casco), y del refrigerador que había detrás sacó una lata de peras en almíbar, la llevó a la mesa y sirvió el contenido en los tres platos grasientos con exacta imparcialidad y salpicaduras de almíbar; Goodyhay volvió a terminar el primero; después, y por primera vez desde que Mink lo conocía, se quedó perfectamente inmóvil, casi como si se hubiera dormido, hasta que acabaron los otros dos. Luego dijo—: Hay que limpiar —precediéndolos hacia el fregadero con su plato, los cubiertos y la taza, lavándolos bajo el grifo; luego se hizo a un lado y vigiló mientras los otros dos seguían su ejemplo y secaban y ponían los utensilios en las estanterías como había hecho él. Después le dijo a Mink—: De acuerdo. ¿Se queda o se marcha?

—Tengo que quedarme —dijo Mink—. Necesito el dinero.

—Está bien —dijo Goodyhay—. Arrodillaos —haciéndolo él primero, seguido por los otros dos, sobre el suelo de la cocina bajo el resplandor duro y macilento de una sola bombilla sin pantalla de pocos vatios que colgaba del techo; Goodyhay de rodillas, pero eso era todo, la cabeza alta, sin cerrar siquiera los ojos de eremita, fríamente tormentosos—: Sálvanos, Jesucristo, pobres hijos de perra que somos —inmediatamente se levantó y dijo—: Ya está. Fuera luces. El camión llegará aquí a las siete.

La habitación era en realidad un cobertizo, y poco más grande que un trastero. Tenía una ventana pequeña, la puerta que comunicaba con la casa, la bombilla que colgaba del cable, un colchón muy delgado sobre el suelo con una lona alquitranada por encima pero sin almohadas ni sábanas, y nada más, Goodyhay sujetando la puerta para que entraran y cerrándola después. Estaban solos.

—Vamos —dijo Dad—. Inténtalo.

—¿Intentar qué? —pregunto Mink.

—La puerta. Cerrada con llave. Sí, claro, te puedes marchar en el momento que quieras; la ventana no está atrancada. Pero esa puerta lleva a la casa y al reverendo no le gustaría que ninguno de nosotros, candidatos a maestro carpintero, le saqueáramos la guarida como un gesto de adiós de camino hacia la calle. Ahora trabajas para el Señor, compadre, aunque quien manda el destacamento es un sargento de infantería de marina —bostezó—. Pero por lo menos tendrás tus dos dólares el domingo..., tres, si te cuenta hoy como un día entero. Y además le oirás predicar, lo que puede que valga incluso tres dólares. Ya sabes: una de esas ediciones especiales limitadas por las que piden precios por encima de los diez dólares porque nunca imprimieron más que dos o tres —guiñó un ojo a Mink—. Porque eso es lo que pasa. No durará mucho más

—volvió a hacer un guiño a Mink—. No se lo van a permitir.

—¿No me pagarán siquiera los dos dólares? —dijo Mink.

—No, no —dijo el otro—. Me refiero al resto de la gente por estos alrededores a los que no ha convertido aún y que no van a aguantar una cosa como ésta. El resto de la gente que ya han tenido que soportar la condenada guerra durante cuatro o cinco años y ahora lo que quieren es olvidarla. Que ya han pasado por cinco años de molestias y gastos para terminarla, y precisamente cuando están a punto de recobrar la tranquilidad, que me aspen si no aparece una banda de gorriones subvencionados por el gobierno, exreclutas hijos de perra comportándose como si lo que fuera que causó la guerra no sólo hubiera ocurrido de verdad, sino que aún siguiera adelante, y fuese a seguir así hasta que alguien hiciera algo para evitarlo. Una banda de gente que no paga impuestos en su mayor parte, que incluso podrían haber votado por Norman Thomas en lugar de Roosevelt, y no digamos nada de Truman, y que tratan de resucitar a Jesucristo a mitad de 1946. De manera que quizá valga los tres dólares oírlo simplemente al aire libre. Porque la próxima vez quizá tuvieras que escucharlo a través de los barrotes de una cárcel —bostezó de nuevo, prodigiosamente, y empezó a quitarse la guerrera—. Bien, no disponemos de un libro con el que distraernos aunque quisiéramos. De manera que no nos queda más remedio que irnos a la cama.

Cosa que hicieron acto seguido. La luz apagada, Mink respiraba tranquilamente, tumbado de espaldas, las manos cruzadas sobre el pecho. Pensó *Seguro que serán tres dólares. Seguro que hoy contará también pensando Y el domingo serán tres los días perdidos porque incluso aunque llegue a Memphis después de que nos paguen las tiendas donde puedo comprarlo seguirán cerradas hasta el lunes por la mañana pensando Pero supongo que puedo esperar tres días más un poco irónicamente ahora Probablemente porque no se me ocurre ninguna manera de impedirlo* y casi inmediatamente se quedó dormido, tranquilamente, a pierna suelta, porque ya era de día cuando quiso darse cuenta, tranquilamente tumbado durante unos momentos todavía antes de percatarse de que estaba solo. Después le pareció que aún había seguido allí, tranquilo y sereno, la mano todavía jugueteando distraídamente con el imperdible que encontró abierto sobre el pecho, casi durante un minuto más después de entender lo que le había pasado; luego incorporándose, levantándose, sin necesitar siquiera ver la ventana abierta y el estor balanceándose, la mano ya frenética sacando del bolsillo del mono las hojas de papel de periódico debajo de las cuales había estado sujeto el billete de diez dólares, su voz dejando escapar un gemido casi inaudible en lugar de la maldición que quería pronunciar, golpeando con los puños la puerta cerrada hasta que se abrió de golpe y apareció

Goodyhay en el umbral, lanzando también una ojeada a la ventana forzada.

—Así que el muy hijo de puta te ha robado —dijo Goodyhay.

—Eran diez dólares —dijo Mink—. Tengo que atraparlo. Déjeme salir.

—Espera —dijo Goodyhay, todavía tapando el hueco de la puerta—. Ya no puedes atraparlo.

—No tengo más remedio —dijo Mink—. Necesito esos diez dólares.

—¿Quieres decir que tienes que tener diez dólares para llegar a tu casa?

—¡Sí! —dijo Mink, maldiciendo por fin—. No puedo hacer nada sin ese dinero. Déjeme salir.

—¿Cuánto tiempo hace que faltas de casa? —dijo Goodyhay.

—Treinta y ocho años. Dígame qué camino cree que habrá tomado.

—Espera —dijo Goodyhay, todavía sin moverse—. De acuerdo —dijo—. Me ocupare de que tengas tus diez dólares el domingo. ¿Sabes cocinar?

—Sé freir huevos y carne —dijo Mink.

—Está bien. Tú preparas el desayuno y yo cargaré el camión. Vamos — Goodyhay le enseñó a encender el fogón y lo dejó solo; Mink llenó de agua la cafetera con los posos de la noche anterior, como era su costumbre inveterada hasta que el líquido resultante perdía por completo el sabor y también el color; luego cortó las lonchas de tocino y las rebozó con harina, como también tenía por costumbre; a continuación buscó los huevos para freírlos y se quedó unos momentos con la mano en la puerta mientras contemplaba, caviloso, la pesada pistola automática con su funda, colgada detrás del casco, pensando con calma *Si la tuviera un par de días no me harían falta diez dólares pensando Me han robado sin avisarme cuando yo iba de buena fe; por qué no basta eso para que yo pueda robar a mi vez. Sin contar con que necesito el dinero diez veces, cien veces, mil veces más desesperadamente que cualquier otro hombre* pensando tranquila, incluso serenamente ahora, *No. No he robado nunca. Nunca he llegado a eso ni voy a hacerlo jamás.*

Cuando salió hasta la puerta para avisar que el desayuno estaba listo, Goodyhay y otro individuo habían cargado el camión con secciones intactas de pared y tablas ya desmontadas; Mink hizo el viaje encima del cargamento, una vez más por la carretera que llevaba a Memphis; pensó *Quizá atraviesen incluso Memphis y si tuviera los diez dólares* pero después abandonó la idea, dejándose llevar, en movimiento, hasta que el camión torció por una carretera secundaria; ahora pasaban, entraban quizá, estaban ya dentro de una enorme propiedad, finca, plantación: interminables algodonales todavía blancos en espera de los recolectores; poco después se internaron por un camino dentro de una granja, atravesaron un campo y llegaron al brazo pantanoso de un río con abundancia de sauces y se reunieron con otro camión y otro cargamento de paredes desmanteladas y un grupo de tres o cuatro individuos todos, en cierta manera, curiosamente parecidos a Goodyhay y al chófer de su camión; él, Mink, no hubiera podido decir cómo ni por qué, y menos aún pensar sobre ello: tan sólo reparó, sin prestarle atención, en otra guerrera de combate, advirtiendo, sin prestarle tampoco mucha atención, un rectángulo hecho de cuerda tirante, entre estacas clavadas en el suelo, de las dimensiones de lo que quiera que fuese que se proponían construir; descargaron el camión, y Goodyhay dijo:

—Está bien. Tú y Albert volved a por otro cargamento.

De manera que esta vez Mink se sentó junto al conductor, de vuelta a la casa

parroquial o lo que fuera, donde Albert y él cargaron el camión y regresaron al brazo pantanoso del río, donde para entonces, con tanta gente trabajando —si cualquiera de los otros cuatro trabajaba la mitad de rápido y con la mitad del ahínco con que trabajaba Goodyhay— probablemente habrían levantado ya una pared. Pero se encontraron con que el otro camión, Goodyhay y el rectángulo de cuerda y las estacas habían desaparecido y sólo quedaban tres hombres tranquilamente sentados junto al montón de madera.

—¿Qué pasa? —dijo Albert.

—Ya ves —dijo uno de los otros—. Alguien ha cambiado de idea.

—¿Quién? —dijo Mink—. ¿Qué es lo que ha cambiado? Yo tengo que seguir. Voy con retraso.

—El dueño de este sitio —dijo Albert—. El que nos dio permiso para poner aquí la capilla.

Alguien le ayudó a cambiar de idea. Quizá el banco que tiene la hipoteca. O la Legión.

—¿Qué Legión? —preguntó Mink.

—La Legión Americana. No se han movido de 1918. ¿No has oído hablar de ellos?

—¿Y el reverendo Goodyhay? —preguntó Mink—. Tengo que seguir viaje.

—Está bien —dijo Albert—. Hasta la vista —de manera que se quedó. Eran ya las primeras horas de la tarde cuando regresó el otro camión, a buena velocidad, y Goodyhay se apeó todavía en marcha.

—Vamos allá —dijo—. A cargar.

Luego se encontraron de nuevo en la carretera de Memphis, apretando la marcha para no perder de vista a Goodyhay, tan de prisa como el resto de los vehículos entre los que transitaban, Mink pensando *Si tuviera los diez dólares, aunque tampoco esta vez hagamos todo el camino hasta Memphis*. No lo hicieron. Goodyhay abandonó la carretera principal y ellos se apresuraron de nuevo, yendo más de prisa de lo que querían, porque de lo contrario Goodyhay y el camión que iba delante los hubieran perdido; se internaron por una zona de desolación, en donde el exuberante delta había dado paso a colinas de arcilla áridas y erosionadas; hasta el final, hasta la desolación suprema, donde Goodyhay se detuvo: un vertedero, una mezcolanza de carrocerías oxidadas de automóviles y calderas y maquinaria para desmotar el algodón y cascotes de ladrillos y de cemento; de nuevo habían vuelto a clavar las estacas y el rectángulo de tensa cuerda entre ellas. Goodyhay, junto a su camión parado, agitando un brazo y gritando:

—Vale. Éste es el sitio. Vamos a ello.

De manera que por fin había otra vez trabajo de verdad. Pero ya era tarde; habían perdido casi toda la jornada y al día siguiente era sábado, tan sólo otra jornada completa. Pero Goodyhay ni siquiera le dejó hablar.

—¿No te he dicho que tendrás tus diez dólares el domingo? Manos a la obra

entonces.

Más tarde no le pidió ya que preparara la cena. Se limitó a abrir con un movimiento brusco el refrigerador, a sacar con la misma violencia el envoltorio manchado de sangre que contenía la carne picada de las hamburguesas y a salir de la cocina. Y Mink recordó sin saber cómo que en una ocasión había preparado una guarnición para la carne a base de maíz machacado, y encontró el maíz y el recipiente adecuado para cocerlo. Y aquella noche Goodyhay no cerró la puerta con llave; él, Mink, la abrió para comprobarlo y luego la cerró y se tumbó, de nuevo apaciblemente de espaldas, las manos cruzadas sobre el pecho como las de un cadáver, hasta que Goodyhay lo despertó para que friera el tocino y los huevos del desayuno. Ya había llegado el camión; esta vez contaban con una docena de hombres y pronto empezó a verse el aspecto que tendría la capilla (así la llamaban ellos); hasta que anocheció. Mink dijo:

—Esta noche no hace frío y además me puedo tumbar debajo de ese papel para techumbres y empezar en cuanto amanezca hasta que los demás...

—No trabajamos los domingos —dijo Goodyhay—. Vamos. Vamos. Después ya era domingo. Llovía: la llovizna continua de comienzos del otoño. Esta vez, en lugar de Albert, con el camión, fue a buscarlos un matrimonio con un automóvil muy usado y un poco abollado. Torcieron de nuevo en un cruce, no hacia una zona desolada esta vez, sino simplemente vacía, hasta llegar por fin a un edificio que era como una caja sin pintar que algo en algún sitio, algo anterior a los treinta y ocho años en el penal, hizo que Mink reconociera, recordara. Es *una escuela para negros* pensó, apeándose entre otros cinco o seis coches y camionetas con manchas y abolladuras y un grupo de gente que ya esperaba, unos cuantos de más edad, pero en general hombres y mujeres de la edad de Goodyhay o un poco más jóvenes; de nuevo sintió la identidad, la similitud entre ellos, incluso más allá de la ropa que vestían: guerreras, impermeables verdes del ejército, un gorro cuartelero en el que aún se distinguía el sitio de donde había desaparecido el distintivo de oficial; alguien dijo «Qué tal» a su lado. Era Albert y ahora él, Mink, reconoció a la señorita o señora Holcomb cuyo jardín había rastrillado y a continuación vio también a una negra corpulenta, pasada la juventud, que parecía demacrada y gruesa al mismo tiempo. Mink se detuvo, no del todo sorprendido, tan sólo atento.

—¿También admiten a negros? —dijo.

—Lo hacemos en este caso —dijo Albert. Goodyhay había entrado ya en la casa. Los demás se dirigieron lentamente hacia la puerta, amontonándose un poco—. A su hijo lo condecoraron, igual que si su madre fuese blanca, si bien es verdad que no pusieron el nombre en el mismo lado del monumento. ¿Ves a aquella mujer con el sombrero amarillo? —el sombrero estaba un poco sucio, pero todavía llamativo, y el abrigo había sido blanco en otro tiempo y también un tanto llamativo; el rostro entre medias podía no tener más de veinticinco años y probablemente hubo un tiempo en que no aparentaba más, ahora un poco chupado ya y no excesivamente maquillado—.

Es cierto —dijo Albert—. Todavía no ha perdido del todo el aire de puta pero tendrías que haberla visto la primavera pasada, cuando salió de la casa de la calle Catalpa. Su marido mandaba un pelotón de infantería en la época en que los japoneses nos estaban echando de Asia, cuando retrocedíamos todos mezclados —australianos, ingleses, franceses de Indochina—, sin tratar ya de conservar nada excepto una hilera de pozos de tirador al anochecer, quedándonos allí el tiempo suficiente para recoger a los rezagados y emprender otra vez la marcha al día siguiente, incluidos los de los pozos de tirador si es que para entonces quedaba alguno vivo. Su pelotón estaba de guardia aquella noche, él en uno de los pozos, y su sección escalonada, cuando el negro se acercó a gatas con la munición. Era novato, ¿comprendes? Me refiero al negro. Hasta entonces nunca había estado tan cerca de un japonés.

»Ya sabes lo que pasa: agazapado en una oscuridad tan negra como boca de lobo, sudando en un asqueroso agujero en la tierra con los ojos y los oídos tan en tensión que al cabo de un minuto se te van a salir de la cabeza como canicas, y por todas partes delante de ti las voces que cantan como grillos en un henar hasta que te das cuenta de que no son grillos porque muy pronto resulta que están cantando en inglés: “Malino. Esta noche tú molil. Malino. Esta noche tú molil.” Así que llega el negro con su saco de granadas de mano y cargadores para el Garand y el teniente le dice que baje al pozo y pone el dedo del negro en el gatillo del Garand y le dice que se quede allí mientras él vuelve a gatas a informar al puesto de mando o algo por el estilo.

»Ya sabes lo que pasa. Un hombre aguanta hasta cierto límite. Ni siquiera sabe cuándo va a ser pero de repente llega un momento y sabe que ya está, que no puede más; le parece tan mal como a ti pero ni lo ha pedido ni lo puede evitar. Ése es el problema; no lo sabes de antemano, no hay nada que te lo advierta, que te diga que estés preparado. Sobre todo en la guerra. Te hace pensar que criaturas tan poco resistentes como los hombres no tienen nada que hacer en una guerra, ¿verdad que sí? Que si se proponen seguir teniéndolas, deben inventar algo un poco más eficiente para pelear. En cualquier caso, cuando llega el día siguiente, cuando amanece, la primera de las cabezas cortadas con las que quizá la noche anterior compartiste una lata de comida de perros, cae en medio del grupo como si alguien estuviera encestando al baloncesto. Sólo que esta vez es la cabeza negra. ¿Por qué no? se trata de un negro criado en una plantación de Arkansas al que un hombre blanco, no sólo teniente sino que habla además como lo hacen en Arkansas, dice “Coge esta azada o este rifle y quédate aquí hasta que yo vuelva”. De manera que en cuanto conseguimos hacer retroceder a los japoneses lo bastante para organizamos y poder así pasar otro día esquivando los aviones que también nos disparan, el teniente da la vuelta por detrás del montón de cosas que ya no podemos seguir acarreado y estamos tratando de prender fuego y quemar... Es curioso lo que pasa con la jungla. Sudas todo el tiempo, incluso de noche, y siempre tienes sed porque, aunque parezca mentira, en la

jungla no hay agua, y cuando sales a un claro donde da el sol te salen ampollas antes de tener tiempo para abotonarte la camisa. Hasta que llegas a pensar que bastará con algo tan insignificante como que se te caiga la cantimplora o la bayoneta o el taco de una bota tropiece con una raíz, para que salte una chispa que haga arder todo el país. Pero trata de hacer fuego. Trata de quemar algo y verás lo que es bueno. En cualquier caso, el teniente dio la vuelta alrededor del montón para aislarse un poco y se metió el cañón de la pistola en la boca. Ya lo creo que sí; esa mujer tiene todo el derecho del mundo a entrar con los demás.»

Ahora ya estaban todos dentro, y el recuerdo de Mink volvió a remontarse a treinta y ocho años atrás: cómo el olor de los negros perdura mucho después de que se vacíen las habitaciones (el olor a pobreza y a temores secretos y a paciencia y aguante sin la suficiente esperanza para acabar con el olor); los presentes, Mink supuso que se llamarían a sí mismos una congregación, colocándose en los bancos sin respaldo, la mujer del sombrero amarillo en el de delante, la negra corpulenta sola en el de atrás, Goodyhay vuelto hacia ellos en el fondo de la sala detrás de una tabla montada sobre dos caballetes, en la que descansaban sus manos, sin crispación, pero cerradas formando puños, y así siguió hasta que todo el mundo guardó silencio.

—Está bien —dijo—. A cualquiera que crea que todo lo que tiene que hacer es sentarse sobre el trasero y esperar a que le venga la salvación como un chaparrón o algo parecido, no se le ha perdido nada aquí. Tenéis que ponerlos de pie y perseguirla hasta que podáis agarrarla y luego sujetarla, incluso luchando si es preciso. Y si no la encontráis, por amor de Dios, hacéosla vosotros. Haced una salvación que Él apruebe y luego ganados el derecho a agarrarla y a sujetarla y a luchar también si tenéis que hacerlo pero en cualquier caso no la dejéis escapar, pase lo que pase y caiga quien caiga —cuando una voz masculina le interrumpió:

—Cuéntanoslo otra vez, Joe. Vamos. Cuéntanoslo.

—¿El qué? —dijo Goodyhay.

—Cuéntalo otra vez —repetió quien le había interrumpido—. Vamos.

—Lo he intentado —dijo Goodyhay—. Todos me habéis oído. No lo sé contar.

—Sí que sabes —dijo el hombre; y ahora se oyeron además voces femeninas:

—Sí, Joe. Cuéntalo —y él, Mink, todavía contemplando las manos sobre el tablón, cerradas, pero no crispadas, los fríos ojos febriles de anacoreta (los ojos de un eremita del siglo V mirando sin ver hacia la entrada de su cueva mesopotámica), el cuerpo rígido en una inmovilidad semejante a la de un tremendo esfuerzo bajo un enorme peso.

—De acuerdo —dijo Goodyhay—. Estaba allí tumbado. Me encontraba bien; todo resultaba muy confuso y por tanto la situación era normal. Ya sabéis lo que pasa en el agua, cuando se pierde el peso por completo; estaba allí tumbado, con la luz que bajaba desde muy arriba como esas celosías cuando tiemblan y se estremecen lentamente movidas por la brisa pero sin hacer ningún ruido. Estaba allí tumbado mirando cómo me flotaban las manos sin tener siquiera que alzarlas, con la sombra de

las celosías parpadeando y temblando del otro lado, y los pies y también las piernas, sin peso ninguno, ningún sitio a donde hubiera que ir, ni marcha que realizar; no necesitaba siquiera respirar, ni estar dormido ni nada: tan sólo sentirme bien. Cuando resulta que Él estaba encima de mí, con el mismo aspecto que cualquier subteniente que acaba de salir de un pozo de tirador, quizá un poco más viejo, sólo que no llevaba casco: allí estaba, con la cabeza descubierta y la sombra de la celosía corriéndole de arriba abajo y fumando un cigarrillo.

»—A formar, soldado —dijo.

»—No puedo —dije. Porque sabía que mientras siguiera tumbado sin moverme estaría perfectamente. Pero que tan pronto como empezara a pensar en moverme, o lo intentara, descubriría que no podía. Pero, qué demonios, ¿para qué intentarlo? Me encontraba perfectamente. Estaba más que harto. Lo tenía todo resuelto y me disponía a descansar. Que allá arriba hicieran lo que les saliera de las p... con la j... guerra.

»—Ésa ha sido la primera —me dijo—. No tienes más que tres. Tú, el Mejor Soldado, decir que no puedes. En Chateau-Thierry y en Saint-Michel la compañía te hubiera llamado el Mejor Soldado. ¿También lo hacen en la infantería de marina en Guadalcanal?

»—Sí —dije.

»—Está bien —me respondió—. A formar —de manera que me puse firmes—. Descanso —me dijo—. ¿Ves?

—Creía que no podía —dije—. Me parecía que no iba a poder.

»—Claro —me dijo—. No queremos nada más de ti. Estamos hartos de gente que sabe que puede pero no hace nada, porque como saben que pueden no tienen que demostrarlo. Necesitamos gente que crea que no puede y luego lo haga. Los de la otra clase no nos necesitan ni nosotros los necesitamos a ellos. Te voy a decir más: ni siquiera los queremos en este grupo. No se los aceptará; no los queremos a nuestro servicio. Y si valen tan poco es que no valen nada. ¿Estás de acuerdo?

»—Sí, mi capitán —dije.

»—También puedes decir mi capitán allí arriba si quieres —me dijo—. Estamos en un país libre. A nadie le importa un rábano. ¿Te encuentras bien ya?

»—Sí, mi capitán —dije.

»—¡Fir... MES! —me dijo. Di el taconazo, barro o no barro—. ¡Media vuelta... AR! —dijo. Y os aseguro que no había visto una media vuelta mejor dada—. ¡De frente... AR! —y había salido ya cuando me dijo—: ¡Al... TO! —y me paré—. ¿Vas a dejarlo ahí tirado? —me preguntó. Y allí estaba, me había olvidado de él, plácidamente tumbado y tan ajeno a todo como queráis imaginaros: el cretino al que le había entrado el canguelo exactamente en el peor momento, como les pasa siempre, y que soltó el timón y trató de saltar y fue el causante de todo el follón; suerte para todos nosotros que no tenía una j... estrella en la hombrera, porque de lo contrario podría haber j... todo el destacamento y acabar con todos nosotros.

»—No puedo llevarlo también a él —dije.

»—Eso hacen dos veces —me dijo—. Te queda una. ¿Por qué no la usas ahora y acabas de una vez?

»—No puedo llevarlo también a él —dije.

»—Vale —me dijo—. Eso hacen tres y ya está terminado. No tendrás que volver a decir no puedo. Porque eres un caso especial; se te han concedido tres veces. Pero hoy llega de arriba una orden general diciendo que después de esto nadie tendrá más que una. Recógelo —así lo hice—. Rompan filas —me dijo. Y eso es todo. Ya os he dicho que no lo sé contar. Estuve allí, pero no lo sé contar —Mink los contemplaba a todos, ajeno, no sólo irreconciliado sino irreconciliable: no despreciativo, porque se limitaba a esperar, ni tampoco impaciente, porque incluso aunque estuviera ya en Memphis en aquel mismo instante, a las diez o a las once o a la hora que fuese de aquel domingo por la mañana, tendría aún que esperar casi veinticuatro horas antes de dar el paso siguiente. Se limitaba a contemplarlos: las dos parejas de mediana edad, marido y mujer, por supuesto, agricultores obviamente, sin duda arrendatarios venidos de la plantación de algodón hipotecada y propiedad del banco o del sindicato y de la que el hijo había sido llamado a filas hacía tres o cuatro o cinco años para hacer aquel sacrificio tan lejos del hogar, viejos, ajenos también, demasiado viejos para aquello, sin que los consolaran las escasas y estériles lágrimas que eran menos lágrimas que ampollas; ninguno de los blancos estaba mirando de hecho cuando la solitaria negra se levantó del banco de atrás y avanzó por el pasillo hacia donde la joven del sucio sombrero amarillo, semejante a una niña dominada por el dolor y la desolación, lo había aplastado con el codo doblado; los blancos colocados en el banco hicieron sitio a la negra para que se sentara junto a la joven blanca y le rodeara la cintura con el brazo; Goodyhay todavía en pie, los brazos apoyados en los puños que descansaban sobre la tabla, sin cerrar siquiera los fríos ojos febriles, diciendo exactamente lo que había dicho tres noches antes cuando los tres se arrodillaron en el suelo de la cocina—: Sálvanos, Señor, pobres desgraciados hijos de perra que no somos otra cosa —luego Goodyhay le estaba mirando—: Tú, sí —dijo—. Ponte de pie —Mink lo hizo—. Está tratando de volver a casa. No ha trabajado más que un día completo, pero necesita diez dólares para el viaje. Hace treinta y ocho años que falta de casa. Necesita nueve pavos más. ¿Quién le echa una mano?

—Yo mismo —dijo el hombre con el gorro de oficial—. Anoche gané treinta y cuatro dólares en una partida de dados. Puede quedarse con diez.

—He dicho nueve —dijo Goodyhay—. Le corresponde un dólar por su trabajo. Dale los diez y yo te daré a ti uno. Dice que primero tiene que ir a Memphis. ¿Hay alguien que vaya para allí esta noche?

—Yo voy —dijo otro.

—Está bien —dijo Goodyhay—. ¿Quiere alguien cantar?

Así fue como Mink vio de nuevo Memphis en excelentes, en las mejores condiciones para alguien que no había visto la ciudad desde hacía... Era capaz de

calcularlo. Tenía veinte años cuando se casó. Antes había arrancado, había exprimido del trabajo, por lo demás no remunerado que realizaba en la granja en arriendo del familiar que lo había recogido al quedarse huérfano, dinero suficiente para ir a los burdeles de Memphis. La última visita la hizo el año mismo de su boda. Tenía veintiséis cuando fue a Parchman. De veinte a veintiséis dólares faltaban seis dólares. Había pasado treinta y ocho años en Parchman. Seis dólares y treinta y ocho hacían cuarenta y cuatro dólares para volver a ver Memphis no sólo al cabo de cuarenta y cuatro años sino además en condiciones que no admitían comparación: de noche, la tierra oscura a los dos lados y por delante, salpicada al azar por las luces de neón que no había visto nunca, y a lo lejos el resplandor prodigioso, pegado a la tierra, de la ciudad misma, él, Mink, sentado en el borde del asiento como se sienta un niño, escudriñando la noche que tenía delante mientras el coche volaba, confundido con la doble carrera luminosa que lo empujaba, como por la aceleración de la gravedad o por un mecanismo de succión, hacia la ciudad lejana; de repente, a la derecha, vio cómo un tren se alejaba, arrastrando una larga hilera de ventanillas iluminadas, tan rápido y efímero como un sueño; se dio cuenta de que existía una convergencia como la de los radios de una gigantesca rueda oscura tumbada sobre su cubo, por los que se apresuraban, tan apretados y tan seguros de su trayectoria como hormigas, automóviles y otros vehículos cuyo nombre, según le explicaron, era autobuses, como si toda la tierra se apresurase, se lanzara, fuese absorbida, adornada con luces de brillantes y rubíes, por el resplandor de un cielo pegado a la tierra, camino de algún placer o alegría monstruosos, espantosos, inimaginables.

Las mismas carreteras convergentes estaban ya adornadas con luces esféricas tan grandes y a tanta altura como pavos salvajes durmiendo en los árboles.

—Avíseme cuando estemos cerca —le dijo al conductor.

—¿Cerca de qué? —pregunto el otro.

—Cerca de Memphis.

—Ya estamos en Memphis —dijo el conductor—. Hace más de un quilómetro que entramos en la ciudad —así que Mink se dio cuenta de que si aún estuviera andando, solo, sin nadie a quien preguntar o que se lo explicara, los problemas habrían empezado de verdad después de llegar a Memphis. Porque el Memphis que recordaba de cuarenta y cuatro años atrás no existía ya; pensó *He estado fuera demasiado tiempo; cuando hay que hacer algo como lo que tengo que hacer, y hay que hacerlo sin otros medios que los que tengo, sin contar con ciento veinte quilómetros más que recorrer, nadie puede permitirse estar ausente tanto tiempo como he tenido que estarlo yo*. En aquellos tiempos alguien le hubiera dejado montar en su carreta, que venía de Frenchman's Bend, o con otros dos o tres habría llegado a Jefferson en mulas de labranza, y un saco de maíz detrás de la silla prestada, y habrían dejado los animales en el solar detrás del hotel Comercial y le habrían pagado al negro de allí veinticinco centavos para que les diera de comer hasta que volvieran; luego habrían subido al tren en la estación, habrían hecho transbordo en Junction para

ir directamente al centro de Memphis, porque era allí donde estaba la estación.

Pero todo eso había cambiado. Cuatro días antes le dijeron que la mayor parte de los trenes había desaparecido, que no habría podido utilizarlos aun en el caso de que hubiera tenido dinero para gastarlo en trenes. Le dijeron que ahora se viajaba en autobús, pero en los cuatro días no había visto nada que tuviera aspecto de estación donde pudiera comprar el billete y subirse a uno. Y en cuanto al perímetro exterior de Memphis, desde donde, cuarenta y cuatro años atrás, cualquiera podía llegar andando al centro en menos de una hora, según el conductor hacía ya casi dos quilómetros que lo habían cruzado y sin embargo todo lo que él, Mink, alcanzaba a ver era aquel resplandor en el cielo. Aunque de hecho ya estaban en Memphis, seguía al parecer tan lejos de la meta que recordaba y buscaba como desde el almacén de Varner a Jefferson; de no ser por el automóvil que lo llevaba y el conductor que sabía de manera general dónde necesitaba ir, quizá habría tenido que gastarse en comida incluso los diez dólares deambulando por Memphis antes de llegar al sitio donde esperaba comprar el revólver.

Ahora el coche estaba totalmente incrustado en una masa de vehículos en movimiento con luces de colores que parpadeaban, brillaban y lanzaban destellos; de hecho todo lo que le rodeaba brillaba, lanzaba mil destellos de colores y estallaba en sonidos: de repente, una nidada de luces parpadeantes, rojas, verdes y blancas, cruzó por encima en la noche misma; Mink comprendió, sintió lo que era, pero le sobraba cautela para preguntar, diciéndose *No lo olvides. No lo olvides. No te perjudicará mientras nadie descubra que no lo sabes.*

Estaba ya en lo que sabía que era la ciudad. Durante unos instantes no fue más que una masa compacta y centelleante y más alta que las estrellas. Luego lo rodeó por completo; se agachó descendiendo desde lo alto, abatiendo sobre él, como una respiración, la inmensa masa y peso del cemento hasta que se quedó sin aliento, y tuvo que jadear en busca de aire. En seguida supo de qué se trataba. Es la falta de sueño, pensó. Lleva tanto tiempo sin dormir que se ha olvidado de cómo se duerme y ya no dispone del tiempo suficiente para detenerse y tratar de aprender de nuevo; el automóvil, incrustado en la masa rígida, arrastrándose para luego detenerse y volverse a arrastrar de acuerdo con los parpadeos y cambios de luces de colores como las antiguas de los ferrocarriles, hasta que por fin se hizo a un lado y pudo detenerse.

—La estación de autobuses —dijo el conductor—. Era donde querías venir, ¿no es eso?

—Sí, era aquí —dijo Mink.

—De aquí salen autobuses para todas partes. ¿Quieres que entre contigo y me informe sobre el tuyo?

—Muy agradecido —dijo Mink—. Me las arreglaré solo.

—Entonces hasta la vista —dijo el conductor.

—Muchísimas gracias —dijo Mink—. Hasta la vista.

No había duda de que aquello era por fin una estación de autobuses. Sólo que si

entraba, una de las nuevas leyes sobre las que había oído hablar en Parchman —leyes acerca de que una persona no podía serrar tablas ni clavar clavos a no ser que pagase a una asociación que se lo autorizase, como tampoco podía cultivar algodón en su propia tierra a no ser que el gobierno le autorizara— quizá dijera que tenía que subirse al primer autobús que saliera, prescindiendo de a dónde fuera. Así que le quedaba el resto de la noche, casi toda en realidad, porque ni siquiera era muy tarde. Pero no serían más que doce horas y durante ellas podía al menos convertirse en uno más entre los pálidos rostros anónimos que se apretaban a su alrededor, veloces e innumerables bajo el resplandor multicolor, apasionados, alegres e insomnes. Después sucedió algo. Sin aviso previo la ciudad giró, se arremolinó, vertiginosa, infinitamente diversa y mareante, y a continuación, con la misma brusquedad, frenó y se inmovilizó de nuevo, y Mink no sólo supo exactamente dónde estaba, sino cómo pasar aquellas doce horas. Tendría que cruzar la calle, permitiendo que la multitud lo rodeara y sumergiera mientras cambiaba la luz; una vez al otro lado podría zafarse y seguir adelante. Y allí estaba: el Parque Confederado lo llamaban: el espacio vacío, entrecruzado de senderos y macizos de flores exactamente tal como lo recordaba, con la hilera de bancos a lo largo del pretil por cuyos huecos se asomaban los viejos cañones de hierro de la guerra y más allá la sensación, el olor del río, donde cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco y cuarenta y seis años atrás, después de haber gastado la noche anterior en el burdel la mitad del dinero que tenía y de reservar la otra mitad para esa noche, con lo que ya no le quedaría nada excepto el billete de vuelta a Jefferson, venía a ver los barcos de vapor.

El muelle estaría lleno de embarcaciones con nombres como *Stacker Lee* y *Ozark Belle* y *Crescent Queen*, procedentes de sitios tan distantes entre sí como El Cairo y Nueva Orleans, para encontrarse y seguir su ruta mientras él, Mink, los contemplaba, el estruendo del muelle con los carretones tirados por caballos y mulas y los estibadores que canturreaban mientras las balas de algodón y la maquinaria embalada y el resto de los equipajes y cajas subían y bajaban por las planchas, y los bancos a lo largo del acantilado estaban llenos de otras personas que también los contemplaban. Pero ahora los bancos estaban vacíos e incluso, cuando se asomó al pretil entre los viejos cañones, tampoco había nada en el río excepto la vacía inmensidad, tan sólo el frío húmedo y oscuro que soplaba como una respiración sobre el vasto río, de manera que Mink se abotonó la chaqueta de algodón sobre la camisa; allí no había ruidos — tan sólo el constante murmullo insomne de la ciudad por debajo de donde él estaba—, ni movimiento alguno excepto el arrastrarse de automóviles empequeñecidos por la distancia sobre el puente río abajo, presurosos, atraídos también hacia el murmullo incesante de pasión y entusiasmo, hacia aquel remolino con el que él parecía haberse tropezado, sintiéndose perdido y después abandonado; traicionado por haber tenido que estar tanto tiempo alejado de él. Y también frío, incluso detrás de uno de los viejos cañones, oliendo también el hierro antiguo y frío, acurrucándose dentro de la ropa de mahón demasiado nueva para haber adquirido aún la forma de su propio

cuerpo y calentarlo así con su contacto; iba a hacer demasiado frío dentro de poco, aunque allí disfrutara de paz y tranquilidad para pasar el resto de las doce horas. Pero para entonces ya se había acordado del otro sitio, al que llamaban Court Square, donde estaría protegido del aire del río por los edificios mismos, muy altos, con tal de que esperase un poco más para dar tiempo a los que estuvieran allí sentados a empezar a sentir sueño y marcharse a casa.

De manera que cuando se dirigió de nuevo hacia el resplandor y el murmullo, el zumbido atronador del cemento, aunque todavía insomne, tenía ya un matiz de agotamiento, como humo o vapor de agua que se desvanece al subir, de manera que lo que quedaba estaba ya muy alto entre salientes y cornisas; los escasos automóviles que circulaban ahora, aunque todavía resplandecientes con luces de colores, parecían escapar, movidos por el terror, de una soledad a otra. Hacía menos frío allí. Y el paso del tiempo le dio la razón: no quedaba nadie excepto él; se tumbó en un banco que le pareció adecuado, doblando las rodillas hasta tocar la chaqueta de mahón abotonada, no más voluminoso que un niño o no menos desamparado, abandonado, cuando notó que algo duro le golpeaba las plantas de los pies; había pasado el tiempo y la noche misma se había quedado ya fría y vacía. Era un policía; Mink se dio cuenta en seguida incluso después de cuarenta y cuatro años de cambios y transformaciones.

—Al diablo con Mississippi —dijo el policía—. Vamos a ver, ¿dónde te alojas? ¿Quieres decirme que no tienes donde dormir? ¿Sabes dónde está la estación de ferrocarril? Vete hasta allí; encontrarás una cama por cincuenta centavos. Andando — Mink no se movió, con aspecto desamparado y sin duda alguna abandonado, pero tan poco capaz de inspirar lástima como un escorpión— Demonios, además estás sin blanca. Ten —era medio dólar—. Vamos. Desaparece. Voy a quedarme aquí hasta que te pierda de vista.

—Muy agradecido —dijo Mink. Medio dólar. Así que aquella era otra de las nuevas leyes que habían aprobado; y ahora que lo recordaba también había oído hablar de eso en Parchman; lo llamaban beneficencia pública o estado asistencial: el mismo gobierno que no permitía que cultivaras algodón en tus tierras cambiaba por completo de actitud y te daba un colchón o comestibles o incluso dinero en efectivo, sólo que primero tenías que jurar que carecías de propiedades e incluso demostrarlo dándole la casa o la tierra o incluso la carreta con la pareja de mulas a tu mujer o a tus hijos o a cualquier familiar con el que pudieras contar, del que pudieras fiarte, estar seguro. Y, ¿quién sabe? incluso aunque las armas de fuego de segunda mano hubieran subido como todo, quizá bastaran los cincuenta centavos más, sin tener que recurrir a un segundo policía.

Aunque encontró otro en la estación de ferrocarril. Eso al menos no había cambiado: la misma rotonda huecamente sonora que él había atravesado al apearse del tren de Jefferson en sus tres primeras visitas a Memphis: aquella inolvidable primera ocasión (ya lo había calculado: la última vez había sido cuarenta y cuatro años atrás y la primera vez había que añadir tres dólares, lo que daba cuarenta y siete

años) con el miserable puñado de amargos dólares arrancados a la tierra y el mentor y guía que le había hablado de las casas de Memphis que no tenían más que esa finalidad, repletas de blancas, disponibles todas, si se tenía el dinero necesario; mientras que sus experiencias hasta entonces habían sido furiosos episodios improvisados tan violentos como un vómito, sin otra preparación que desabrochar unos botones antes de agacharse hacia los polvorientos hierbajos del borde del camino o hacia el espacio entre dos hileras de plantas de algodón donde esperaba, tumbada, la chica negra sin lavar casi invisible. Pero diferente en Memphis: su guía y él llegaron a la calle donde la ciudad entera estaba tumbada para recibirlo como en un abrazo, como si tuviera brazos, el insignificante puñado de billetes en el bolsillo también ardiendo, billetes que había exprimido, que había arrancado al trabajo en serrerías itinerantes entre recolecciones, o de la implacable tierra arrendada mediante meses detrás de un arado, y de lo poco que le correspondía aún necesitaba, una y otra vez, pelear con su padre para que llegaran a sus manos unos pocos centavos. También la estación de ferrocarril estaba caliente y casi vacía, y esta vez el policía lo había despertado zarandeándolo antes de que él se diera cuenta siquiera de que se iba a dormir. Aunque éste no iba de uniforme. Pero Mink también conocía a los de su clase.

—Te he preguntado cuál es el tren que esperas —dijo el policía.

—No estoy esperando ningún tren —respondió Mink.

—Está bien —dijo el policía—. Entonces márchate de aquí. Vuelve a casa — luego, exactamente igual que el otro—: ¿No tienes dónde dormir? De acuerdo, pero no te quepa la menor duda de que sí tienes un sitio del que marcharte, tanto si te vas a la cama como si no. Ya está bien. Lárgate —y luego, al ver que Mink no se movía—: Te he dicho que desaparezcas. ¿Qué estás esperando?

—El medio dólar —dijo Mink.

—¿El qué? —dijo el policía—. El medio..., te voy a dar yo... —de manera que esta vez sí se movió, girando de prisa, esquivando ya, no mucho mayor que un chaval, y por lo tanto casi tan difícil de agarrar para un hombre del tamaño del policía en un sitio tan grande como aquél. Mink no corrió: se limitó a andar, aunque con la rapidez suficiente para que el policía no fuese del todo capaz de tocarlo, ni tuviera tampoco motivo para interpellarlo, cruzando la rotonda hasta la calle, sin mirar al policía que se paró en el umbral y le gritó—: Y que no vuelva yo a encontrarte por aquí.

Cada vez le resultaba más fácil orientarse. Había otra estación nada más bajar por una calle transversal, pero una vez allí volvería a sucederle lo mismo; era evidente que los policías del ferrocarril que llevaban ropa como la de todo el mundo no tenían que aplicar las leyes sobre beneficencia del estado asistencial. Además, la noche estaba ya a punto de acabarse; Mink lo sentía. De manera que se limitó a andar, sin alejarse mucho porque ya sabía dónde estaba; de vez en cuando, en las calles secundarias vacías y en los callejones, se detenía y se sentaba en un portal o detrás de

un montón de desechos o de cubos de basura y una vez más se despertaba antes de darse cuenta de que se había dormido. Luego volvía a andar, la ciudad tranquila y vacía —al menos aquella parte— incontrovertiblemente suya, pensando, con el antiguo asombro no menos auténtico y asombrado por ser casi tan viejo como él. *Un hombre puede conseguir cualquier cosa con tal de que siga andando.*

Luego se hizo de día, sin que por ello despertara la ciudad; la ciudad no había dormido nunca, por lo que no reanudaba su vida sino que la continuaba, devolviendo visibilidad a los rostros pálidos, macilentos e insomnes, que se apresuraban, apasionados y alegres, hacia los tremendos, los inimaginables placeres. Mink sabía exactamente dónde estaba; aquella acera podía haber mostrado sus huellas de cuarenta y cuatro años atrás; por primera vez desde que saliera por el portón de Parchman cinco mañanas antes, se sentía confiado, invulnerable e inmune. *Ahora podría incluso gastarme todo un dólar y tampoco eso me detendría* pensó, al penetrar en la sucia tiendecita con varios clientes negros. Otro negro parecía ser el encargado o, por lo menos, quien atendía a los clientes. Quizá era incluso el propietario; tal vez las nuevas leyes decían incluso que un negro podía ser dueño de una tienda, recordando al mismo tiempo algo sucedido treinta y ocho años antes.

—Un paquete de esas galletitas —dijo, porque estaba allí, sintiéndose seguro, inmune e invulnerable—. Supongo que también las habrán subido diez o quince centavos, ¿no es eso? —contemplando la cajita de cartón tan llena de colores como un vagón de circo y decorada con animales como si se tratara de heráldica.

—Diez centavos —dijo el negro.

—¿Diez centavos además de cuanto? —pregunto Mink.

—Son diez centavos —dijo el negro—. ¿Lo quiere o no lo quiere?

—Me llevo dos —dijo Mink. Reanudó la marcha, esta vez iluminado ya por la luz del sol, uno más entre la multitud apresurada, comiéndose las diminutas fieras con sabor a vainilla; ahora tenía tiempo de sobra porque no sólo se sentía seguro sino que sabía exactamente dónde estaba; le habría bastado volver la cabeza (cosa que no hizo) para ver la calle, la fachada misma de la casa (no lo sabía por supuesto y probablemente tampoco la hubiera reconocido, pero la menor de sus hijas era en aquel momento la madama del burdel) en la que había entrado con su mentor aquella noche, cuarenta y siete años atrás, donde les esperaban los resplandecientes brazos de mujeres no sólo semejantes por su forma a Helena y Eva y Lilith, no sólo dispuestas para el amor como Helena y Eva y Lilith, sino con la piel del mismo color blanco que la suya, y donde él no sólo había dicho No a todos los duros años salvajes de su vida dura y estéril, sino también a la muerte en el lecho de una profesional.

El escaparate no había cambiado: el mismo sucio cristal detrás de la misma reja de alambre y, dentro, los mismos banjos fatigados y los recargados relojes y las bandejas con joyas de vidrio.

—Quiero comprar un revólver —le dijo a uno de los dos individuos que estaban detrás del mostrador, de mejillas tan azuladas como las de los piratas.

—¿Tiene licencia?

—¿Licencia? —preguntó Mink—. Sólo quiero comprar un revólver. Me dijeron que aquí los vendían. Tengo el dinero.

—¿Quién le dijo que vendíamos armas de fuego? —preguntó el otro.

—Quizá no quiera comprar un revólver, sino sólo reclamarlo —dijo el segundo individuo.

—Ah —exclamó el primero—. Eso es diferente. ¿Qué clase de revólver quiere usted reclamar, abuelo?

—¿Cómo? —dijo Mink.

—¿Cuánto dinero tiene? —dijo su interlocutor. Mink sacó el fajo de papel de periódico del peto del mono, apartó el billete de diez dólares y lo desdobló—. ¿Es eso todo?

—Enséñeme el revólver —dijo Mink.

—No se puede comprar un revólver por diez dólares, abuelo —dijo su interlocutor—. Vamos. Siga buscando.

—Espera —dijo el segundo individuo—. Quizá pueda reclamar uno de mi colección privada —se agachó y metió la mano debajo del mostrador.

—Es una idea —dijo el primero—. Si se trata de tu colección privada no necesitará licencia —el segundo vendedor se incorporó, dejando un objeto sobre el mostrador. Mink lo contempló con calma.

—Parece una tortuga —dijo. Era cierto: de nariz chata y respingona, cañón corto, tambor voluminoso y oxidado, con su culata curva y su percutor plano reptilisco, parecía el fósil de alguna pequeña tortuga acuática antediluviana.

—No sabe lo que dice —intervino el primero—. Lo utilizan los detectives y es de calibre especial cuarenta y uno; la mejor protección que puede tener una persona. Es protección lo que usted quiere, ¿me equivoco? Porque si es más que eso, porque si lo que se propone es volver a Arkansas y empezar a robar y a disparar contra la gente, a la justicia no le va a gustar. Lo van a meter en la cárcel por eso incluso en Arkansas. Ni siquiera en Mississippi se puede hacer eso.

—Sí —dijo Mink—. Es protección lo que necesito —dejó el billete sobre el mostrador, cogió el revólver, lo abrió y miró por el cañón en dirección a la luz—. Está sucio por dentro —dijo.

—No me diga que no ve a través —le respondió el primer vendedor—. ¿Cree usted que una bala de calibre cuarenta y uno no va a pasar por cualquier agujero por donde entra la luz? —Mink bajó el revólver y se disponía a cerrarlo cuando se dio cuenta de que el billete había desaparecido.

—Espere —dijo.

—Claro, claro —dijo su interlocutor, depositándolo otra vez sobre el mostrador—. Deme el revólver. Ni siquiera podemos devolverle ése por sólo diez dólares.

—¿Cuánto hace falta?

—¿Cuánto tiene usted?

—Sólo tres dólares más. Tengo que volver a casa, en Jefferson.

—Claro que tiene que volver a casa —dijo el segundo—. Déjase en once. No somos ladrones.

—No está cargado —dijo Mink.

—Hay una tienda a la vuelta de la esquina en la calle Mayor donde puede comprar todos los cartuchos del cuarenta y uno que quiera a cuatro dólares la caja —dijo el primero.

—No tengo cuatro dólares —dijo Mink—. No me van a quedar más que dos. Y tengo que llegar...

—¿Para que necesita una caja entera, tratándose sólo de protección? —dijo el segundo—. Escuche. Voy a dejarle que se lleve un par de mi reserva personal por un dólar.

—Necesito por lo menos un cartucho para probar el revólver —dijo Mink—. A no ser que ustedes me lo garanticen.

—¿Le pedimos nosotros que nos garantice que no va a robar ni a matar a nadie? —dijo el primero.

—Está bien, está bien, tiene que probarlo —dijo el segundo—. Dale otro por... Se puede desprender de veinticinco centavos más, ¿no es cierto? Estos proyectiles del cuarenta y uno no son nada fáciles de conseguir.

—¿No podría ser diez centavos? —dijo Mink—. Todavía tengo que volver a casa.

—Está bien, está bien —dijo el segundo—. Dale el revólver y tres cartuchos por doce dólares y diez centavos. Tiene que volver a casa. Que Dios castigue a quien roba a un hombre que trata de volver a casa.

De manera que todo estaba arreglado; Mink salió de la tienda a la plena luminosidad soñolienta de principios de otoño, a la ciudad insomne y apasionada. Todo estaba en orden. Sólo tenía que llegar a Jefferson y ya no le quedaba mucho más de cien kilómetros.

TRECE

Cuando Charles Mallison regresó a casa en septiembre de 1945 había un nuevo Snopes en Jefferson. Habían derribado su avión («por supuesto», añadía siempre Charles al contarlo), pero no llegaron a estrellarse. Plexiglás era el piloto. Plex. Se llamaba en realidad Harold Baddrington, pero estaba tan obsesionado con el tema del celofán, al que él llamaba plexiglás, que alcanzaba el nivel de fobia; el simple hecho de ver o incluso la idea de un paquete nuevo de cigarrillos o de una camisa nueva o de un pañuelo, dado que se compraban ya recubiertos de una envoltura invisible e impenetrable, le provocaba una especie de virulento frenesí casi histérico, muy semejante al que Charles había visto que provocaba en algunas personas ajenas a las fuerzas armadas la idea de los alemanes o de los japoneses. Plex tenía un plan para ganar la guerra con celofán: en lugar de bombas, los B-17 y los B-24 y los Lancaster y Blenheims británicos dejarían caer cajetillas de cigarrillos y camisas nuevas y ropa interior vulcanizados en fábricas, y mientras los alemanes hacían cola esperando turno para usar la piqueta de romper hielo, se les podría bombardear en masa o incluso capturarlos con tropas de paracaidistas sin necesidad de un solo disparo.

Pero ellos ni siquiera tuvieron que saltar en paracaídas; Plex hizo un aterrizaje realmente magnífico con un solo motor. El problema fue que eligió la misma granja que una patrulla alemana había seleccionado por la mañana para practicar una recentísima innovación en los métodos de ocupación (o algo parecido), de manera que en menos que canta un gallo toda la tripulación estaba en el campo de prisioneros de Limbourg, que casi de inmediato resultó ser el lugar más peligroso en el que cualquiera de ellos había estado durante toda la contienda, porque se encontraba precisamente al lado de la estación ferroviaria de clasificación que la R.A.F. bombardeaba todos los miércoles por la noche desde una altura de diez o doce metros. Se pasaban la semana contemplando cómo el calendario se arrastraba inexorablemente hacia el miércoles, día en el que, con la exactitud de un reloj, comenzaba el estrépito de estallidos y ruidos sordos y el rugir de los motores y el aire se llenaba de reflectores y de proyectiles de ametralladora y del silbar de los fragmentos de las granadas antiaéreas, mientras todos los internos del campo se escondían debajo de los catres o de cualquier otra cosa que pudiera proporcionar un centímetro más de espesor, fuera lo que fuese, con el frenético deseo, la necesidad, el impulso de salir agitando los brazos y gritar al pandemonio en las alturas: «¡Eh, muchachos! ¡Por el amor de Dios tened compasión! ¡Somos nosotros! ¡Somos nosotros!» Si hubiera sido una película o un libro en lugar de una guerra, Charles estaba convencido de que se habrían escapado. Pero él no sabía de nadie ni había conocido nunca a nadie que de verdad se hubiera escapado de un auténtico campo de prisioneros, de manera que tuvieron que esperar a los procedimientos habituales de liberación antes de regresar a casa y descubrir que ya había otro Snopes en Jefferson.

Pero ellos (Jefferson), por lo menos, se defendían bien, ya que aquel mismo

verano, el de 1945, cuando adquirieron al nuevo Snopes, Ratliff eliminó a Clarence. No es que le pegara un tiro ni nada parecido: simplemente eliminó a Clarence como factor en lo que el tío Gavin de Charles también llamaba su constante miedo y aprensión a los Snopes o, dicho de otro modo, la necesidad de esquivar a los Snopes. Sucedió durante la campaña que terminó con la celebración de las elecciones primarias de agosto; aún faltaba un mes para que Charles volviera a casa y su tío Gavin tampoco estuvo presente en la comida campestre en la que pasó todo, y donde Clarence Snopes quedó eliminado de la carrera para el Congreso que, por tratarse de elecciones nacionales, no culminaría hasta el año siguiente. A eso es a lo que él, Charles, se refería al decir que había sido obra de Ratliff, porque estaba en el despacho cuando su tío Gavin localizó a Ralittff, se puso a ladrarle y dijo:

—Vamos a ver. ¿Qué fue exactamente lo que pasó aquel día?

El senador Clarence Egglestone Snopes, pronunciado «Cla'nce» por todos los americanos blancos y libres del condado de Yoknapatawpha cuyo derecho y deber era acudir a las urnas y poner una X cada vez que el viejo Will Varner les decía que lo hicieran; tan sólo senador Clarence Snopes durante los primeros años después de que el viejo Varner le ordenara o mandara —trasladara, en cualquier caso— a la cámara alta de la legislatura estatal en Jackson; poco después empezó a ganar peso (de adolescente y de joven había sido grande y voluminoso pero razonablemente resistente y activo de una manera extraña, hasta que el trabajo mental sedentario de ser uno de los padres y guardianes y mentores electos de los intereses parlamentarios del condado de Knapatawpha empezó a enrojecerle la nariz, marcarle las bolsas bajo los ojos y alargarle un poco el cinturón) y un caluroso día de julio a mediados de la década de 1920, cuando ningún otro varón de Jefferson, ni del condado de Yoknapatawpha si vamos a eso, menor de sesenta años llevaba chaqueta, Clarence apareció por la plaza con un traje blanco de lino y un nudo windsor en la corbata negra, e inmediatamente antes o inmediatamente después o quizá fuera el mismo simultáneo sobresalto o choque lo que les hizo advertirlo, todo el mundo se dio cuenta de que ahora se firmaba senador C.E. Snopes, y el tío Gavin de Charles dijo:

—¿De dónde ha salido la «E»? —y Ratliff dijo:

—Es posible que la recogiera junto con ese traje blanco de boda a su paso por Memphis al ir y venir de trabajar en Jackson. Ya que, ¿por qué no? ¿Acaso un senador elegido para la legislatura no disfruta de unos cuantos derechos exclusivamente suyos como cualquier otro votante ordinario que es un hombre libre?

Lo que Charles quería decir es que Clarence los tenía un poco desequilibrados a todos, como hace un boxeador profesional con su adversario antes de empezar a golpearlo de verdad. De manera que su emoción no fue más que simple docilidad cuando se enteraron de que su Cincinnati^[2] particular ya no era siquiera C. sino senador Egglestone Snopes; su tío Gavin se limitó a decir:

—¿Egglestone? ¿Por qué Egglestone? —y Ratliff se limitó a responder:

—¿Por qué no? —y hasta su tío Gavin se limitó a decir:

—Sí, ¿por qué no?

De manera que, en realidad, ni siquiera repararon en ello cuando un día reapareció la C., senador C. Egglestone Snopes ya, con una tripa prominente y las bolsas bajo los ojos y un labio inferior muy desarrollado por la elocuencia del foro. Porque Clarence pronunciaba discursos, en todas partes y en cualquier sitio, en mítines para promover la compra de bonos del Tesoro y en clubs de mujeres, aprovechando cualquier lugar u ocasión en que se contara con un público inmovilizado, porque Charles estaba aún en el campo alemán de prisioneros cuando su tío Gavin y Ratliff se dieron cuenta de que Clarence se disponía a presentarse como candidato para el Congreso en Washington y que el viejo Will Varner podría casi con toda seguridad lograr que lo eligieran; el mismo Clarence Snopes que había ido llegando sin prisa pero sin pausa cada vez más lejos y más alto desde que comenzara como alguacil del viejo Varner, nombrado de manera privada, en el distrito administrativo número dos, también propiedad privada de Varner, para pasar luego a supervisor del mismo distrito y ser elegido a continuación de entre todos los posibles candidatos, gracias a la amplia capacidad del viejo Varner para el chantaje, derivada de la práctica de la usura, como representante del condado en Jackson; y ahora, en 1945, apoyado por todos los Varner intercambiadores de votos en beneficio mutuo de todo el distrito congresual para obtener un puesto en la cámara de representantes del mismo Washington, donde, en las garras no de un Will Varner de barrio o de circunscripción, sino de un Will Varner de proyección nacional o incluso internacional, sus posibilidades serían ilimitadas, a no ser que alguien hiciera algo para evitarlo. Así estaban las cosas hasta aquel día de julio en la comida campestre anual en el molino de Varner, donde por costumbre y tradición iniciaban su campaña no sólo los candidatos locales para los cargos del condado y el estado, sino también los regionales y de distrito para los cargos nacionales, como Clarence, a pesar de que en su caso las elecciones no tendrían lugar hasta el año siguiente. Momento en el que Clarence no sólo no se presentó en el estrado de los oradores para anunciar su candidatura, sino que desapareció del recinto de la fiesta campestre antes de que se sirviera la comida. Y al día siguiente se corrió la voz por todo el condado de que Clarence no sólo había decidido no presentarse a las elecciones para el Congreso sino que iba a retirarse por completo de la vida pública cuando concluyera su actual periodo en el senado de Mississippi.

De manera que lo que en realidad quería saber el tío de Charles más que lo sucedido con Clarence era qué le había pasado al viejo Will Varner. Porque lo que hubiera eliminado a Clarence de la carrera para el Congreso tendría sobre todo consecuencias para el viejo Will; en realidad no habría necesitado ocuparse de Clarence. Porque en el fondo a nadie le preocupaba Clarence, de la misma manera que a nadie le importa un cartucho de dinamita hasta que alguien le pone una mecha, ya que perdido el favor de Varner el senador Snopes no era más que un montón de serrín y papel grasiento que ni siquiera ardía bien al prenderle fuego. Por supuesto

carecía de principios y de sentido moral, pero, sin una mano o una inteligencia que lo guiara y lo impulsara y lo absolviera, Clarence era la víctima de cualquiera, puesto que todo lo que poseía era su ciego instinto para el sadismo y para extralimitarse y, por sí mismo, sólo era realmente peligroso para alguien sobre quien tuviera ascendencia moral e intelectual, cosa que, de toda la población mundial sólo podía darse en el caso de otro Snopes, y de toda la población de los Snopes únicamente podía suceder con uno de ellos. En este caso se trataba de su hermano menor Doris: un voluminoso adolescente de diecisiete años que se parecía a Clarence no sólo por el tamaño y la forma sino también por la mentalidad infantil y los principios morales de un glotón, y que sólo se diferenciaba de su hermano mayor en que nadie lo había elegido aún para la legislatura del estado. A finales de la década de 1920 Byron Snopes, que saqueó el banco del coronel Sartoris y huyó a Texas, envió a Frenchman's Bend a portes debidos cuatro niños mitad Snopes y mitad apaches a los que Clarence, que pasaba el verano en casa entre dos periodos de sesiones de la legislatura, adoptó, sometiéndolos a una especie de esclavitud a base de bromas pesadas. Sólo que, por ser ya senador del estado, Clarence tenía que cuidar un poco su imagen pública, no porque le preocuparan sus electores sino porque incluso él sabía de sobra que no era nada conveniente correr riesgos en lo referente a los criterios del viejo Will Varner sobre amor propio. De manera que se limitaba a inventar las bromas y a utilizar a su hermano Doris para perpetrarlas, hasta que los cuatro inditos sorprendieron a Doris solo en tierra de nadie, lo capturaron, lo ataron a un poste en el bosque y habían encendido ya la hoguera cuando alguien oyó los alaridos y llegó a tiempo para salvarlo.

Pero Clarence estaba por entonces cerca de la treintena y ya era senador del estado; su carrera había empezado mucho antes, cuando sólo tenía dieciocho o diecinueve años, en el almacén de Varner, al convertirse en jefe de una pandilla de primos y pelotilleros sojuzgados (era grande y fuerte y Ratliff contaba que realmente le gustaba luchar, con tal de que la diferencia de tamaño se inclinara lo bastante a su favor) que peleaba y bebía y jugaba y apaleaba negros y aterrorizaba a mujeres y chicas jóvenes en Frenchman's Bend y sus alrededores hasta que (según el relato de Ratliff) el viejo Varner se irritó y exasperó lo suficiente como para apartarlo de la esfera pública ordenando al juez de paz local que lo nombrara su alguacil. A partir de ese momento la vida entera de Clarence, su existencia, su destino, parecieron por fin encontrarse a sí mismos como sucede con un cohete al primer contacto con el fuego.

Aunque su carrera no fue tan rápida, al menos al principio. O tal vez no fue tanto su carrera como su descubrimiento, su revelación. Al principio era casi como si no hiciera otra cosa que mirar a su alrededor, orientarse, enterarse de dónde estaba; y sólo después empezó a abarcar con una especie de asombrada incredulidad al panorama que se abría ante él. Simplemente asombrado antes de que comenzara el júbilo ante las ilimitadas perspectivas sobre las que nadie le había informado. Porque al principio se comportó incluso bien, aunque todo el mundo creía que, después de

ser un peligro público sin otro apoyo que la unanimidad de su antigua pandilla de ingobernables, seguiría sin duda siéndolo ahora que disponía como respaldo de la indiscutida majestad de la justicia, organizada de acuerdo con los deseos de Will Varner. Pero los engañó a todos al convertirse, en cambio, en el campeón y defensor de las costumbres cívicas y de la paz pública de Frenchman's Bend. Por supuesto los primeros negros que tuvieron algún tropiezo con él dentro del ámbito de sus nuevas competencias oficiales pagaron por ello. Pero ahora había algo impersonal incluso en sus sevicias a los negros. Con anterioridad a este nuevo avatar suyo, Clarence y su pandilla daban palizas a los negros por principio. No aplicándoles un correctivo en su calidad de negros con nombre y apellido ni tampoco, como decía el tío de Charles, en guerra con ellos como representantes de una raza que les era ajena debido a su distinta apariencia y por consiguiente enemigos *per se*, sino (y Gavin Stevens decía que Clarence y su pandilla no lo sabían porque no se atrevían a saber que era así) porque esa raza ajena les daba miedo. Les daba miedo no porque fuese negra sino porque ellos —el hombre blanco— había enseñado al negro cómo amenazar la economía blanca del despilfarro obligándole a aprender cómo hacer más con menos bienes de peor calidad si quería sobrevivir en la economía de los blancos: aprender a utilizar menos herramientas de peor calidad para trabajar y cultivar la tierra, y aprender también a estar contentos con menos lujo y a sobrevivir gracias a desperdiciar menos. Pero eso había dejado ya de ser así. Ahora, cuando Clarence maltrataba a un negro con la porra o con la culata del revólver que le correspondía llevar por su cargo, lo hacía casi con objetividad, como si no se relacionara ni con la piel negra del maltratado ni siquiera con su carne de ser humano, sino simplemente con su situación presente de vulnerabilidad legal como campo de pruebas o caja de resonancia donde comprobar de nuevo, quizá incluso asegurarse a sí mismo día a día, de hasta dónde llegaba exactamente su poder oficial y su inmunidad legal y también hasta qué punto seguía conservando la fuerza corporal a pesar del inevitable paso del tiempo.

Porque no siempre eran negros. De hecho una de las primeras víctimas de la nueva situación de Clarence fue su lugarteniente, el segundo jefe de su antigua pandilla; quizá se mostró aún más brutal en esta ocasión porque el otro intentó aprovecharse de su antigua relación y su pasado común; era como si Clarence hubiera añadido ahora personalmente una especie de incorruptibilidad e integridad a su antiguo instinto natural y a su capacidad para la violencia y el dolor corporal; como si hubiera tenido que apropiárselas —la incorruptibilidad y la integridad— pagando un precio tan elevado que tenía que defenderlas con su vida. En cualquier caso lo cierto era que había cambiado. Y, según dijo el tío de Charles, dado que, con anterioridad a su elevación a la gracia, todo el mundo había creído que Clarence era incapaz de cambiar, las mismas personas se convencieron inmediatamente de que la nueva situación sería a perpetuidad, para el resto de su vida. Siguieron creyéndolo aún después de que descubrieran —no se trataba de un rumor; Clarence en persona

presumió, fanfarroneó en la intimidad acerca de ello— que era miembro del Ku Klux Klan cuando esta organización apareció en el condado (nunca llegaron muy lejos ni duraron mucho; se creía que aún habrían durado mucho menos de no ser por Clarence), y lo aceptaron porque el Klan lo necesitaba o podía utilizarlo o, como dijo el tío de Charles, probablemente porque habría sido absolutamente imposible mantenerlo fuera, dado que existía una correspondencia perfecta entre las tendencias de la organización y las suyas propias. Aquello, anterior a su conversión en alguacil de Frenchman's Bend, fue su virginal advenimiento procedente de la vida privada, podríamos decir; su espaldarazo inicial de reconocimiento público, todavía comparativamente inofensivo, puesto que incluso el Ku Klux Klan tendría suficiente sentido común para no depender demasiado de Clarence, que siguió siendo nada más que un obediente miembro más, un tipo duro —lo que pocos años después la gente designaría como matón a sueldo—, hasta que llegó el día en que la irritación o la exasperación del viejo Will Varner lo elevó al rango de alguacil, con lo que antes de un año empezó a rumorearse que se había convertido en oficial del Klavern o como quiera que lo llamaran; y al cabo de dos años más ya era Dragón o Kleage, con lo que después de haber sido designado por el viejo Varner guardián de la paz pública, se había constituido a sí mismo en arbitro de su moralidad.

Que fue probablemente cuando de verdad captó por fin la amplitud y el esplendor de su destino ascendente; con asombro e incredulidad ante aquella extensión aparentemente sin límites y ¿quién sabe? quizá incluso humildad también por haber sido escogido, porque se le hubiera encontrado merecedor; ante aquel campo sin límites para su capacidad y sus talentos que le permitiría no sólo golpear, machacar a las personas hasta dejarlas insensibles y sumisas, sino también utilizarlas; no sólo gastar su inagotable abundancia como munición o consumirlos como gorrinos o corderos, sino utilizarlos, emplearlos como mulas o bueyes, sin perder nunca de vista el siguiente surco de mañana o del año próximo; utilizando no sólo su capacidad para poner una X donde y cuando Will Varner les ordenara que lo hicieran, sino su capacidad de pasión y de avaricia y también de alarma, como si Clarence hubiera estado en el negocio de la política toda su vida en lugar de unos pocos años como alguacil de pueblo. Y, como dijo el tío de Charles, haciéndolo todo gracias a un simple instinto infalible, sin preceptor ni ejemplo. Porque todo esto sucedía antes incluso de que Huey Long hubiera subido lo bastante para mostrar al Bilbo de Mississippi lo que un hombre con un poco de desfachatez y valentía y sin inhibiciones podía realmente conseguir.

De manera que cuando Clarence anunció su candidatura como senador del estado, los habitantes del condado supieron que no necesitaría más programa político que el nombre del tío Billy Varner. En realidad llegaron de inmediato a la conclusión de que su candidatura no era ni siquiera idea de Clarence sino del tío Billy; que la irritación de este último había alcanzado un punto en el que, sencillamente, Clarence tenía que desaparecer por completo de su vista. Pero se equivocaban. Clarence tenía un

programa. Que fue el momento en que algunos de ellos, unos pocos como el tío de Charles y Ratliff y algunos jóvenes más como Charles (por entonces sólo tenía ocho o diez años) que escuchaban a los primeros (o, como en el caso de Charles, no les quedaba más remedio que hacerlo), descubrieron que más les valía temerlo, temblar y andarse con cuidado. El programa era completamente suyo, y sólo su audacia amoral le permitió atreverse a proclamarlo, porque lo convertía en apóstata ante sus propios electores; el margen insignificante que le permitió ganar la elección desbordaba no sólo los límites de la autocracia de Will Varner, sino que procedía de personas que en cualquier otra situación habrían votado prácticamente por cualquier otro miembro de la raza humana, porque lo que hizo Clarence fue tomar partido públicamente contra el Ku Klux Klan. Había sido su jefe local hasta el día mismo en que anunció su candidatura o, por lo menos, eso creía el condado. Pero ahora se había convertido en su enemigo mortal, recorriendo la circunscripción sólo de manera secundaria como aspirante a un cargo público, ya que su principal tarea era destruir a un dragón, gracias a la cual ganó la elección por el insignificante margen de votos que procedía sobre todo del mismo Jefferson —enseñantes, jóvenes profesionales, mujeres—, los inocentes instruidos y liberales que creían que la honestidad y la bondad y la libertad personal prevalecerían simplemente porque ellos eran honestos y buenos; que hasta el momento en que Clarence se la ofreció, les faltaba unanimidad política y ni siquiera se molestaban en votar en todas las elecciones, hasta que, finalmente, lo que temían y aborrecían dio la impresión de haberles conseguido por fin un adalid. De manera que Clarence no fue a Jackson como candidato triunfante en la elección para un cargo político, sino como dedicado paladín de una causa, caminando (dijo el tío de Charles) por las salas de la legislatura rodeado de un aura que participaba a medias de la pureza del caballero sin tacha y de la escandalizada consternación de los de su propia especie de los que, al parecer, se había separado violentamente y a los que había decidido repudiar. Porque de hecho destruyó el Ku Klux Klan en el condado de Yoknapatawpha; así fue como lo expuso un veterano miembro de la organización: «Maldita sea, si no somos capaces de ganar a un puñado de maestros y editores y superintendentes de escuelas dominicales, ¿cómo demonios vamos a creernos que podemos ganar a la raza entera de negros, católicos y judíos?».

De manera que Clarence ya estaba dentro. Lo tenía en el bote, como diría la generación de Charles. Hasta que al cabo de dos años se celebrara otra elección, disponía de libertad para mirar a su alrededor y descubrir hacia dónde dar el paso siguiente, como el alpinista en su ascensión. Porque el tío de Charles dijo que era como una persona que trepa montañas. Aunque el alpinista no trepa únicamente para llegar a la cumbre: intentaría la ascensión aunque supiera que no iba a llegar nunca a lo alto. Trepa porque obtiene la paz en la soledad y por la satisfacción de saber que, en cada momento, sólo su arrojo, su voluntad y su valor se interponen entre él y la destrucción, mientras que Clarence no sabía siquiera que se tratara de una montaña porque no había nada desde donde caerse, a no ser que a uno lo empujaran; y

cualquiera que se creyera lo bastante fuerte o lo bastante rápido para desalojar a Clarence Snopes de cualquier sitio era muy dueño de intentarlo.

Así que, al principio, lo que el condado creyó que Clarence estaba haciendo era simplemente quedarse quieto mientras observaba y escuchaba para aprender las reglas de su nueva profesión. Y no sabían que lo que aprendía por el método autodidacta era cómo reconocer las oportunidades cuando se presentaban; que todavía era eso lo que estaba haciendo incluso después de que por fin empezara a hablar, a tomar la palabra en la Cámara, encarnando todavía al caballero sin tacha que había destruido el fanatismo y la intolerancia en el condado de Yoknapatawpha ante los ojos de los inocentes llenos de ilusiones cuyo insignificante margen de votos le había dado el triunfo, mucho después de que el resto del condado se diera cuenta de que Clarence predicaba el mismo odio a los negros y a los católicos y a los judíos que había sido el dogma de la organización que había destruido para llegar a donde estaba; cuando aparecieron los Camisas Plateadas, Clarence fue uno de los primeros que se incorporaron a ellos en Mississippi, y no, según dijo el tío Charles, por los principios que defendían, sino simplemente porque Clarence había decidido que con toda probabilidad durarían más que el Klan que él había destruido y sólo tenía una simple autonomía de condado. Porque para entonces su orientación era evidente: apuntarse a todo, a cualquier cosa, a cualquier organización formada por seres humanos, y a la que él pudiera obligar o controlar o forzar por medio de las emociones ligadas a la religión o al patriotismo o a la simple avaricia, al deseo de conseguir gangas políticas; Clarence había nacido dentro de la iglesia baptista de Frenchman's Bend; ahora estaba inscrito en Jackson, donde (después de dos reelecciones ya) enseñaba en una catequesis dominical; aquel mismo verano al condado le llegó la noticia de que estaba considerando la posibilidad de dimitir de su escaño en la legislatura el tiempo suficiente para servir durante un periodo militar en el ejército o en la marina con el fin de poder optar a que lo admitieran en la Legión Americana.

Clarence estaba dentro. Lo tenía en el bote. Había..., Charles iba a decir «dividido el condado», sólo que «dividido» implicaba equilibrio o por lo menos suspensión, aunque el lado menos pesado de la viga estuviera irrevocablemente en el aire. Por lo que se refiere a Clarence y el condado de Yoknapatawpha, el extremo menos pesado de esa viga no estaba en suspensión, sino más bien en una situación de destierro aéreo, haciendo únicamente los movimientos silenciosos de la vociferación en el vacío; Clarence se había tragado el condado entero como hacen las ballenas y los buhos y, también al igual que los buhos, había vomitado en aquella espaciosa e inofensiva cima el desecho de huesos y pelo que ya no necesitaba: el puñado de ilusos liberales, instruidos y mal pagados, condenados al fracaso, que lo habían llevado con sus votos al senado del estado porque creyeron que había destruido el Ku Klux Klan, más el otro puñado más pequeño de ilusos como el tío Charles y Ratliff, que habían votado a Clarence en aquella ocasión como al menor de dos males, puesto

que se había declarado en contra del Klan y, por consiguiente, todavía más condenados al fracaso, porque si bien los maestros de escuela y los profesores de música, y los otros inocentes que se aprendían de memoria los discursos del presidente Roosevelt podían siempre volver a creer que el honor y la justicia y la honestidad prevalecerían tan sólo porque ellos eran honorables y justos y honestos, el tío de Charles y Ratliff nunca lo habían creído ni lo creerían en el futuro.

Clarence no los destruyó. No eran lo bastante numerosos. En realidad eran tan pocos que año tras año seguía enviándoles las felicitaciones de Navidad fabricadas en serie que, según se decía, le proporcionaba la misma compañía para la que lograba todos los años el contrato de placas para las matrículas de los automóviles. Por su parte, el resto de los votantes del condado sólo esperaban a que Clarence les indicara dónde quería que pusieran la X y elegirlo para el cargo que quisiese, hasta alcanzar el puesto final que el condado (incluido durante algún tiempo el grupo de ilusos del que formaba parte el tío de Charles) creía que era su meta: gobernador del estado. Huey Long dominaba ya el horizonte de la ambición de todos los políticos de Mississippi; al condado le parecía lógico que los suyos también siguieran ese modelo; cuando Clarence se apropió del grito de guerra de Long «Que-paguen-los-ricos» como si él, Clarence, lo hubiera inventado, incluso el tío Gavin de Charles y Ratliff creyeron aún que los ojos de Clarence no miraban más allá de la mansión del gobernador. Porque, aunque en aquella época (1930-1935) Mississippi no disponía de ricos concretos a los que hacer pagar —no había industrias propiamente tales, ni petróleo ni gas—, la idea de quitar a los demás lo que poseían y que no merecían más que él, porque no eran más inteligentes ni trabajadores, sino tan sólo más afortunados, dio en el blanco del impulso electoral de todos los aparceros y arrendatarios no sólo del condado de Yoknapatawpha sino del resto de Mississippi; Clarence podía haber sido elegido gobernador de Mississippi con el sencillo programa de hacer pagar a los ricos de Luisiana o de Alabama o, si vamos a eso, de Maine o de Oregón.

De manera que su consternación (la del melancólico grupito de puristas a la vieja usanza del que formaban parte el tío de Charles y Ratliff) ante el rumor de que Clarence había considerado por un momento hacerse cargo de la Legión Americana en Mississippi no fue nada comparada con la que les produjo saber, hacía tres años (Charles no estaba presente; había abandonado el condado de Yoknapatawpha con el fin de iniciar su entrenamiento para los diez meses que pasaría en el campo alemán de prisioneros de guerra), que la facción política más poderosa del estado, la facción que con toda seguridad lograría el cargo de gobernador para su candidato, se había ofrecido a presentar a Clarence como vicegobernador y que este último había declinado la oferta. No dio ninguna razón pero para entonces ya no era necesario, porque el condado entero —no sólo el grupito del tío de Charles, sino todo el mundo— sabía cuál era y había sido todo el tiempo la meta, la ambición de Clarence: Washington, el Congreso. Cosa que sólo resultaba horrible en las catacumbas detrás de las jaulas de las fieras; para los demás era un triunfo y un motivo de júbilo: sobre

todo para los que ya habían hecho el camino, colgados de los faldones de Clarence, hasta el comedero de gorrinos de segunda división (comparativamente) sito en Jackson, y que ya veían el camino expedito hasta el otro, enorme e ilimitado, que se encontraba en Washington.

Y no sólo sorpresa y horror, sino además, temor y miedo del individuo que había utilizado el Ku Klux Klan mientras lo necesitaba y luego se había aprovechado de la inocencia de algunos votantes para deshacerse del Klan cuando ya no le hacía falta; del individuo que utilizaría la iglesia baptista mientras creyera que servía sus intereses personales; del individuo que había utilizado la W.P.A. y la N.R.A. y la A.A.A. y la C.C.C. y todos los demás organismos creados con la esperanza, o la ilusión, de que, en épocas de crisis y de pánico, la gente no sufriera o, si no quedaba otro remedio, sufriera al menos por igual; del individuo que aprobaba o condenaba de acuerdo con la dirección en que soplaban las brisas políticas, ya que a finales de la década de 1930 Clarence se volvió contra el partido que lo había apadrinado, haciendo resonar las salas en las que de vez en cuando, al menos, se habían escuchado las voces de estadistas y de personas humanitarias, con la suya propia, llena de intolerancia racial, religiosa y económica (en otro tiempo la viga maestra de su credo político había sido que pagaran los ricos; ahora hablaba sin cesar de la amenaza que representaban los sindicatos obreros) y sin nada ya que se interpusiera entre él y el Congreso excepto aquel puñado de inocentes todavía capaces de creer que el mal podía destruirse simplemente porque era el mal, y a los que Clarence tenía tan poco miedo que ni siquiera dejó de enviarles las felicitaciones de Navidad fabricadas en serie.

—Que no serán suficientes —dijo el tío de Charles—, como nunca lo han sido en este país, incluso aunque pudieran multiplicarse por diez mil, porque volvería a engañarlos.

—Quizá —dijo Ratliff. (Éste era el relato que Gavin hacía a su sobrino sobre lo sucedido, cuando Charles regresó a casa en septiembre después de que todo hubiese terminado y de que lo que fuera que lo logró hubiese acabado con Clarence, obligándole a retirar su candidatura en la comida anual del viejo Will Varner, celebrada en julio; la conversación entre el tío de Charles y Ratliff había tenido lugar en abril)—. Lo que usted necesita es que la gente joven vuelva por lo menos durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas entre el día de hoy y el diecisiete de agosto próximo. Es una vergüenza que quienes empezaron esta guerra y llamaron a filas a todos los votantes jóvenes no hayan tenido el sentido común suficiente para esperar un poco y conseguir que Clarence Snopes no vaya al Congreso, ¿no es cierto?

—¿*Usted* necesita? —dijo el tío de Charles—. ¿Qué quieres decir con *usted*?

—Me ha parecido oírle decir ahora mismo que los viejos como usted y como yo, en lo que a Clarence se refiere, no podemos hacer nada excepto cruzarnos de brazos y lamentarnos —dijo Ratliff.

—Es cierto que no podemos hacer nada más —dijo el tío de Charles—. Sí, claro,

somos bastantes. Fue la gente de tu generación y de la mía quien hizo lo que había que hacer para conseguir que las cosas estuvieran de la forma que están ahora. Pero ya es demasiado tarde para nosotros. Ya no podemos volver a hacerlo; quizá sólo sea miedo a dar la cara. O si no es miedo, vergüenza. No; no es que tengamos miedo, es que somos demasiado viejos. Llámalo simplemente cansancio, porque estamos demasiado cansados para tener miedo a perder. Aborrecer el mal no es suficiente. Tú, alguien, debe hacer algo. Aunque ahora tendrán que ser otros, e incluso aunque también los japoneses se rindieran antes de las primarias de agosto, seguiría sin haber el número necesario de votantes. Porque no lo vamos a conseguir nosotros.

—Quizá —dijo Ratliff. Y el tío de Charles tenía razón. Pero tal vez Ratliff también la tenía. Entre los primeros que anunciaron su candidatura para el Congreso en el mismo distrito que Clarence figuraba uno de los «otros» mencionados por Gavin, alguien del extremo opuesto del distrito, de la edad de Charles aproximadamente, aunque —palabras del mismo Charles— más valiente. Su candidatura se anunció incluso antes que la de Clarence. La elección para el Congreso no se celebraría hasta el año siguiente, 1946, de manera que había tiempo de sobra por delante. Pero también es cierto que Clarence actuaba siempre igual: esperaba a que el otro candidato o candidatos anunciaran cuál iba a ser su programa o se comprometieran o dieran alguna indicación. Y Clarence ya había enseñado al condado de Yoknapatawpha cuál era la razón: gracias a esperar y a ser el último, ni siquiera necesitaba inventar un programa, porque para entonces su principal oponente, el más peligroso, se lo había proporcionado ya. En esta ocasión Clarence también utilizó el programa de su adversario, su valor mismo como instrumento para derrotarlo.

Se llamaba Devries. El condado de Yoknapatawpha no había oído hablar de él antes de 1941. Pero sí a partir de entonces. En 1940 fue el número uno de su curso del Centro de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva en la universidad, se graduó como oficial en activo y a principios de 1942 ya estaba en Europa; en 1943, cuando lo destinaron de vuelta a los Estados Unidos para contribuir con su presencia a las campañas de promoción de la venta de bonos de guerra, era ya comandante (eso es Charles quien lo contaba) con los suficientes distintivos de condecoraciones como para hacerse una corbata, condecoraciones conseguidas mientras mandaba en combate infantería de color, dado que algún teórico de Estado Mayor destinado en la sección de personal, utilizando sin duda la premisa de que, por ser del Sur, «entendería» necesariamente a los negros, había decidido que mandara tropas de color; y (suposición de Charles) de hecho las había mandado bien por la misma razón: la de que, siendo del Sur, sabía que ningún blanco ha entendido nunca a los negros ni los entenderá jamás mientras el blanco obligue al negro a ser primero negro y sólo después hombre, dado que éste, el impenetrable muro divisor, era la única defensa y protección con que contaba el negro para sobrevivir. Cabe que no fuera capaz de vender bonos. De todas formas parece que no se lo tomó demasiado en

serio. Porque la historia cuenta que, casi antes de que su familia supiera que había vuelto, ya estaba otra vez camino del frente, y cuando regresó por segunda vez, en 1944, lo hizo como coronel y, además de haberle concedido casi todas las condecoraciones, tenía una pierna artificial; mientras iba camino de Washington para que le impusieran la última, la más importante de todas, se supo que había terminado su segundo periodo de servicio en el frente y debía ya volver a casa cuando el general le prendió la penúltima medalla. Pero lo que hizo en cambio fue dejar la condecoración en el baúl que tenía al pie de la cama, volver a ponerse el uniforme de campaña e incordiar a sus superiores hasta que le permitieron volver al frente por tercera vez; y una noche, después de dejar al resto del regimiento a cargo de su lugarteniente, fue arrastrándose en compañía de un sargento negro y de un enlace hasta donde lo que quedaba del otro batallón había sido atrapado por una barrera de fuego y mandó a los supervivientes a retaguardia con el enlace como guía, mientras el sargento y él rechazaban sin ayuda un ataque hasta que los otros estuvieron a salvo y luego, él, Devries, volvía con el sargento acuestas cuando también a él lo hirieron y esta vez un negro gigantesco que había sido peón en un algodonal de Arkansas salió arrastrándose, los recogió a los dos y los llevó hasta sus líneas. Y cuando Devries despertó de la anestesia con lo que le quedaba de la pierna, empezó a incordiar a todo el mundo hasta que le mandaron al peón y él, Devries, hizo que la enfermera sacara la medalla del baúl que tenía al pie de la cama, le dijo al peón «¡Levántame, cabronazo!» y se la prendió en el pecho.

Ése era el contrincante de Clarence para la elección al Congreso. Quiere decirse que incluso aunque el ejército no dispusiera de ninguna otra persona que los expertos considerasen capacitada para entender a los negros, Devries (es Charles quien habla) no habría conseguido convencer a sus superiores para que lo mandaran de nuevo al frente faltándole una pierna. De manera que ahora no le quedaba otra posibilidad que tratar de convencer a los civiles para que le enviaran a algún sitio y, al parecer, el único sitio que se le ocurrió fue el Congreso. Así que (siguen siendo palabras de Charles) tal vez se necesitaba un loco que había ido dos veces como voluntario a la misma guerra para tener la temeridad de desafiar a un representante de los intereses creados tan afincados como Clarence Snopes. Porque incluso aunque hubieran arreglado mejor las cosas, de manera más práctica (o bien que 1944 hubiera sucedido en 1943 o que se retrasaran un año las elecciones o que, de hecho, los japoneses se rindieran también en 1945 y todos los excombatientes del distrito estuvieran de vuelta a tiempo), seguiría sin haber gente suficiente y, en último análisis, Devries sólo contaría con los herederos de los mismos desorganizados ilusos políticos, todavía lo bastante inocentes para creer que la demagogia y el fanatismo y la intolerancia ni podían resistir ni resistirían simplemente porque eran fanatismo y demagogia e intolerancia, y a los que Clarence en persona ya había utilizado y desechado veinte y pico años atrás; así que el tío de Charles le dijo a Ratliff:

—Se equivocarán siempre. Creen que están luchando contra Clarence Snopes. No

es cierto. No se enfrentan con una persona ni tampoco con una situación: están dándose de cabezadas contra uno de los elementos fundamentales de nuestro carácter nacional: la premisa de que los políticos y los cargos de la política no son ni han sido nunca el método y el medio para que podamos goberarnos en paz y dignidad y honor y seguridad, sino el refugio nacional para los incompetentes que han fracasado en todas las demás ocupaciones y mediante el cual pueden ganarse la vida; personas a las que, en consecuencia, tenemos que alimentar y vestir y dar alojamiento utilizando para ello nuestro bolsillo y medios privados. La manera más segura de ser elegido para un cargo político en los Estados Unidos es haber procreado siete u ocho hijos y luego perder un brazo o una pierna de manera accidental en una serrería, si bien ambas cosas —el insensato optimismo necesario para engendrar siete u ocho hijos sin nada con que alimentarlos excepto una serrería y la increíble ineptitud necesaria para colocar un brazo o un pie al alcance de una sierra en movimiento— deberían haber eliminado ya a esa persona de cualquier posibilidad de disfrutar de la confianza pública. No conseguirán derrotarlo. Será elegido para el Congreso por la sencilla razón de que si no gana, no hay ninguna otra cosa que sepa hacer por la que alguien sobre la faz de la tierra esté dispuesto a pagarle un sueldo los sábados por la tarde; y el viejo Will Varner y el resto de la parentela de los Snopes y sus amistades no tienen la menor intención de alojar y alimentar a Clarence para el resto de su vida. Espera y verás.

Parecía como si el tío de Charles fuese a tener razón. Era mayo ya, casi el momento de que comenzara la temporada política, que prometía de nuevo estar animada al cabo de cuatro años, ahora que los alemanes se habían derrumbado. Si bien Clarence no había anunciado aún el programa de su candidatura. Todo el mundo sabía por qué, como es lógico. Lo que no conseguían averiguar todavía era cómo Clarence se proponía utilizar el historial militar de Devries para su programa, el de Clarence; cómo, exactamente, se proponía usar la gloria militar de Devries para derrotarlo con ella en la elección al Congreso. Y cuando por fin pudo empezar a verse por dónde iban los tiros, el condado de Yoknapatawpha —parte de él, al menos— descubrió algo más sobre el Clarence con el que habían convivido inocentemente durante veinte y pico años: lo realmente peligroso que resultaba por su capacidad para unificar la bajeza humana normal —podría, incluso, llamársela inofensiva— y llevarla a la vida pública. Porque en esta ocasión obligó a aquellos a quienes iba a representar a que acudieran a él y le suplicaran que fuese su adalid; y no sólo le suplicaron que fuese su defensor, sino que ellos mismos inventaron, o por lo menos definieron, la causa para la que lo necesitaban.

A Charles le contó su tío cómo de repente, un día de mayo o de principios de junio, todo el condado supo que Clarence no sólo no se presentaba a las elecciones al Congreso, sino que se retiraba de la vida pública; y ello sin hacer un anuncio oficial en público, sino susurrándolo de oveja a oveja entre los componentes del rebaño votante de Will Varner, rebaño que ya llevaba veinticinco años apoyando a Clarence

en las urnas; dulcemente, decía Gavin, incluso con un poco de tristeza, con una especie de suave asombro por tener que explicarlo:

—Me estoy haciendo viejo —dijo Clarence (pasaba de los cuarenta)—. Ya es hora de ceder el sitio. Sobre todo dado que tenemos a un joven tan valeroso como ese capitán Devries...

—Coronel Devries —le dijeron.

—Coronel Devries..., para representarlos a ustedes, para continuar el trabajo que he tratado de hacer sin otro fin que mejorar la situación de nuestra gente y de nuestro condado...

—¿Quiere eso decir que va a respaldarlo, que lo va a apoyar?

—Por supuesto —dijo Clarence—. Nosotros, los viejos, hemos hecho las cosas lo mejor que hemos podido, pero ahora nos llega el momento de retirarnos. Lo que ahora necesita el Congreso son jóvenes, necesita sobre todo a aquellos que han demostrado su valor en la guerra. Por supuesto el general Devries...

—Coronel Devries —le dijeron.

—El coronel Devries es quizá un poco más joven de lo que yo hubiera deseado. Pero el tiempo se encargará de arreglarlo. Por supuesto reconozco que con algunas de sus ideas no podré nunca estar de acuerdo y que otras muchas personas como yo, de Mississippi y del Sur, chapadas a la antigua, tampoco las aceptarán. Pero quizá somos ya demasiado viejos, estamos pasados de moda, y las cosas en las que creíamos y que defendimos y por las que sufrimos cuando fue necesario, ya no son verdad, ya no es eso lo que la gente quiere, y las nuevas ideas de ese joven son las más acertadas para el condado de Yoknapatawpha y Mississippi y el Sur...

Y, entonces, como es lógico, le preguntaron:

—¿Qué nuevas ideas?

Bastó con eso. Como es lógico, Clarence se las explicó: aquel hombre, el coronel Devries (desaparecido ya el problema de su graduación exacta), que había llegado a sentir tanto afecto por los negros después de mandarlos en el frente como para presentarse dos veces voluntario, y que incluso era posible que hubiera tenido que buscarse alguna recomendación (puesto que todo el mundo admitiría que había cumplido con creces su parte en la lucha por su país y por la democracia y que le correspondía —más aún: se había ganado el derecho— a que se le excusara a partir de aquel momento) para volver al frente con el fin de continuar su asociación con los negros, y que luego había arriesgado su vida para salvar a un negro y más tarde, a su vez, había sido salvado por otro, era un hombre valeroso (¿no lo había hecho constar y lo había afirmado su gobierno y su país con las medallas que le habían concedido, incluida la más prestigiosa de todas?) y honorable (aquella medalla también significaba honor; ¿no figuraba esa palabra en su misma denominación?), y ¿qué orientación podría tomar, se atrevería a tomar, una vez que fuese miembro de aquel Congreso que ya estaba aprobando leyes para acabar para siempre con las barreras normales y naturales (¿naturales? Dios mismo las había dispuesto y decretado) entre

el hombre blanco y el negro? Y de ahí en adelante. No hizo falta más; como dijo el tío de Charles, Clarence ya estaba elegido y ni el condado ni el distrito necesitarían siquiera gastar dinero para que los electores depositaran sus votos y hubiera después que contarlos; la Medalla de Honor que el gobierno había concedido a Devries por exponerse a la muerte en defensa de los principios sobre los que ese gobierno estaba fundado y por los que existía, había destruido para siempre sus posibilidades de servir en el Congreso que le había dado el espaldarazo.

—¿Lo estás viendo? —le dijo a Ratliff el tío de Charles—. No se le puede ganar.

—¿Quiere usted decir que no se le ocurre nada para evitarlo? —preguntó Ratliff.

—Ciertamente —dijo el tío de Charles—. Unirse a él.

—¿Unirse a él? —pregunto Ratliff.

—La más eficaz, la más antigua..., sí, claro, sin duda alguna la primera, la primerísima, en aquellos oscuros tiempos remotos en que dos hombres de las cavernas se aliaron contra un tercero, de todas las máximas políticas.

—Unirse, ¿a él? —dijo Ratliff.

—Está bien —dijo el tío de Charles—. Dime tú entonces lo que hay que hacer y me uniré a ti.

A Charles le dijo su tío que Ratliff estuvo un rato mirándolo y parpadeando.

—Tiene que haber algún medio más sencillo. Se trata de una proposición muy sencilla que debe tener una respuesta igualmente sencilla. Clarence quiere, sencillamente, que lo elijan para el Congreso y le tiene sin cuidado cómo; debe haber alguna manera sencilla de que la gente que sencillamente no quiere a Clarence en el Congreso le diga que No, sin que tampoco les importe cómo.

—De acuerdo. Encuéntrala. Cuenta conmigo —dijo el tío de Charles. Pero, evidentemente, tampoco era tan sencillo para Ratliff, aunque sí para Clarence. Su tío le dijo a Charles que después de aquello Clarence no necesitaba siquiera hacer campaña, molestarse en competir; que todo lo que necesitaba era permanecer en el estrado de los oradores durante la comida campestre en el molino de Varner el tiempo suficiente para asegurarse de que las personas que habían cumplido los veintiún años desde que Will Varner dijera por última vez a quién había que votar, supieran cómo reconocer la palabra Snopes en la papeleta. De hecho Devries podría haberse retirado ya, y a Charles le dijo su tío que había algunos que pensaban que debía hacerlo. Excepto que era impensable teniendo como tenía aquella medalla —cinco o seis—, por redaos y por valor, en el baúl del ático o donde quiera que las guardara. Devries vino incluso a Jefferson, a la circunscripción del mismo Clarence, y pronunció su discurso como si no pasara nada. Pero así era como estaban las cosas. Aún no había vuelto el número suficiente de excombatientes que supieran cuál era el valor de su medalla. Y si bien la elección misma no tendría lugar hasta el año siguiente, nadie podía saber aún que también los japoneses capitularían aquel año. Para los otros, los padres, los primos declarados inútiles, y otros parecidos a quienes los partidarios de Clarence habían enviado sus representantes, Devries era un compinche de los negros

a quien el gobierno yanqui había condecorado precisamente por serlo. De hecho, la historia, tal como se contaba ya, era que Devries había conseguido la medalla del Congreso eligiendo entre salvar a un muchacho blanco y a otro negro, y había preferido a este último, dejando morir al blanco. Aunque el tío de Charles dijo que no fue Clarence quien la inició: al menos en eso había que hacerle justicia. No porque Clarence sintiera escrúpulos, sino, sencillamente, porque no necesitaba ya de esa munición suplementaria, dado que llevaba el tiempo suficiente, no sólo en la política sino siendo un Snopes, para saber que sólo un imbécil pagaría dos dólares por un voto que puede comprar por cincuenta centavos.

Tuvo que resultar un poco triste saberse vencido de antemano por la misma medalla que le impedía retirarse. Y en realidad fue más que simplemente triste. Porque a Charles le explicó su tío cómo muy pronto incluso quienes nunca habían tenido una pierna artificial y, si todo iba bien, nunca la tendrían, empezaron a darse cuenta de lo que significaba poseer una, tener que vivir con una, y no digamos nada de estar de pie y caminar con ella. Devries no se quedaba dentro del automóvil en la plaza, ni tampoco se paraba en la carretera, dejando que el electorado, los votantes, fuesen quienes se acercaran al coche, le estrecharan la mano y permanecieran de pie mientras les hablaba, de acuerdo con el método inmemorial de Clarence para hacer campaña que tantos éxitos le había dado. En el caso de Devries era él quien caminaba, moviendo aquella excrecencia mecánica sin vida o apuntalándola para hablar durante una hora sobre el estrado, tratando de creer que lo hacía por los votos que era consciente de haber perdido ya, al mismo tiempo que procuraba evitar que, mientras lo hacía, apareciera en su rostro el clamor de su muñón excoriado y violentado. Hasta que a la larga el tío de Charles dijo que incluso quienes aún votarían por él temían mirarlo y tener que expulsar también de sus rostros el clamor de aquel muñón; hasta que empezaron a desear que todo terminara, que se consumara el desastre, preguntándose (dijo el tío de Charles) cómo podrían ponerle fin ellos mismos y liberar a Devries para que pudiera volver a su casa, deshacerse de la pierna artificial, hacerla pedazos, destruirla y vivir en paz como simple mutilado.

Se acercaba ya el día de la comida campestre del tío Billy Varner, donde por tradición todos los aspirantes a cargos políticos, tanto para el condado como estatales o nacionales, anunciaban su candidatura y, por consiguiente, también Clarence tendría que anunciar la suya oficialmente, con el tío de Charles diciendo que todavía se agarraban a esa débil esperanza: tal vez cuando Clarence anunciara que se presentaba a las elecciones, Devries decidiría que podía retirarse sin menoscabo para su dignidad.

Pero no tuvo que hacerlo. Terminada la comida, al congregarse los oradores en el estrado, Clarence no se encontraba entre ellos; poco después se corrió la voz de que se había marchado, y para la mañana siguiente todo el condado sabía que no sólo había retirado su candidatura para el Congreso, sino que abandonaba la vida pública. Y que esta vez iba en serio, porque no era Clarence sino el mismo Hill Varner en

persona quien había hecho correr la voz de que Clarence estaba acabado. Eso era en julio de 1945; un año después, cuando por fin se celebraron las elecciones para el Congreso, también los japoneses habían capitulado, y tanto Charles como la mayoría de los que sabían el verdadero significado de la medalla de Devries estaban de vuelta con sus votos. Pero sólo sirvieron para aumentar su ventaja; en realidad el coronel no necesitaba ya la medalla porque Ratliff había vencido a Clarence Snopes. En septiembre Charles volvió a casa y al día siguiente su tío cazó a Ratliff en la plaza, se lo llevó a su despacho y dijo:

—Está bien. Dinos qué pasó exactamente aquel día.

—¿Dónde qué día? —pregunto Ratliff.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando. En la comida campestre del tío Billy Varner, cuando Clarence Snopes retiró su candidatura para el Congreso.

—Ah, eso —dijo Ratliff—. Se podría decir que fue algo así como la mano de Dios, aunque ayudada un poco, claro está, por los hijos mellizos de la hermana del coronel Devries.

—Sí —dijo el tío de Charles—. Eso también: por qué Devries trajo a su hermana y a su familia nada menos que desde el condado de Cumberland para oírle anunciar su candidatura en una elección que todo el mundo sabía que tenía perdida de antemano.

—Ésa es la mano de Dios que acabo de mencionar —dijo Ratliff—. Porque de lo contrario, como es lógico, no podría haber oído hablar de un solitario bosquecillo de árboles de goma detrás del molino de agua del tío Billy Varner, ¿no les parece?

—Está bien, está bien —dijo el tío de Charles—. Bosquecillo. Mellizos. No des más la lata y cuéntanos lo que sucedió.

—Los mellizos eran mellizos y el bosquecillo era un bosquecillo para perros —dijo Ratliff—. Tanto usted como Chick saben, como es lógico, qué son unos mellizos y me disponía a decir que por supuesto también saben lo que es un bosquecillo para perros. Sólo que pensándolo mejor calculo que no lo saben, porque yo tampoco había oído hablar nunca de un bosquecillo para perros hasta que vi todos aquellos retoños de árboles de goma y fresnos y nogales americanos y robles de los pantanos justo por encima de la represa del molino de Varner, en un sitio muy conveniente para sus clientes, como sucede en los hoteles de las ciudades que tienen un gran tintero con tinta para estilográfica, que puede utilizar quien lo necesite, junto al salón donde se escriben las cartas...

—Un momento —dijo el tío de Charles—. Un bosquecillo para perros. Esto pasa de castaño oscuro. Yo tengo otras cosas que hacer, aunque a ti no te importe cultivar el ocio.

—Eso es lo que estoy tratando de decirles —prosiguió Ratliff—. Era un apeadero para perros. Una especie de oficina de correos para perros, se podría decir. Todos los perros del distrito dos lo utilizan por lo menos una vez al día, y todos los perros de la circunscripción electoral, y no sólo los del condado de Yoknapatawpha, han

levantado allí la pata al menos una vez en la vida para dejar su tarjeta de visita. Ya saben: aparecen dos perros al trote, olfatean un poco y el Número Uno dice, «Que me aspen si no es ese viejo sabueso rabricorto de Wyott's Crossing. ¿Qué supones que habrá venido a hacer tan lejos?» «No, no es él», dice el Número Dos. «Es el chucho aquel que Res Grier le dio a Solón Quick por la media jornada que trabajó cubriendo el techo de la iglesia, ¿no te acuerdas?» y el Número Uno dice, «No, ese chucho vino después. Este de aquí es el viejo sabueso de Wyott's Crossing. Pensaba que no se atrevería a volver por aquí después de lo que le hizo el airedale de Littlejohn.» Ya saben: ese tipo de cosas.

—Está bien —dijo el tío de Charles—. Sigue.

—Eso es todo —respondió Ratliff—. Era sólo lo que podría llamarse la comida campestre de presentación que el tío Billy Varner había organizado para políticos selectos debutantes y para todos los votantes y candidatos de sesenta quilómetros a la redonda propietarios de una camioneta o que consiguieron que los llevara de gorra una mula o una pareja si no había otra cosa a mano; los votos soberanos arremolinándose en torno al bosquecillo donde el senador Clarence Egglestone Snopes podía circular entre ellos hasta el momento en que se subiera al estrado y les dijera dónde tenían que poner la X. Ya saben: todo tranquilo y apacible y ordinario dentro del respeto a las leyes como de costumbre, hasta que, bajo cuerda, un anónimo hijo de su madre (no voy a decir sinvergüenza porque evidentemente tiene que haber sido el coronel Devries en persona, dado que nadie más habría sabido quienes eran los mellizos, y menos aún qué estaban haciendo allí tan lejos del condado de Cumberland; y menos aún aquellos dos mellizos concretos en el bosquecillo local para perros, todo al mismo tiempo, podríamos decir), quienquiera que fuese aquel individuo anónimo y sigiloso, sugirió a los dos chicos lo que podía pasar si dos personas de su tamaño desalojaban a los perros del bosquecillo el tiempo suficiente para cortar un puñado de ramitas muy por debajo del sitio al que apuntaban los perros y se acercaban por detrás al sitio donde el senador C. Egglestone estaba promoviendo su candidatura, y le frotaban suavemente las perneras del pantalón con las varitas húmedas; muy suavemente, para no molestarle. Con gran suavidad y naturalidad, para no molestar a nadie, porque, al parecer, ni Clarence ni nadie advirtieron siquiera a los seis u ocho primeros perros hasta que quizá Clarence notó que se le humedecían las perneras del pantalón o tal vez que se le enfriaban, y al volver la cabeza vio con un ojo la fila de espera de su destino político al mismo tiempo que buscaba con el otro el automóvil o camioneta más próximos con ventanillas cuyos cristales pudieran subirse, mientras aumentaba tras él el número de clientes sin asiento, alineados como los nudos en la cola de una cometa, hasta que entró en el automóvil cerrando la portezuela con violencia y subiendo el cristal, mientras los frustrados perros daban vueltas alrededor del coche como los caballitos o los cisnes de un tiovivo, excepto que los perros viajaban a tres patas, dado que estaban cargados, amartillados y apuntados, por así decirlo. Hasta que alguien localizó al propietario del vehículo y

consiguió las llaves y se llevó a Clarence a casa, dejando finalmente atrás al último perro al cabo de unos tres kilómetros, deteniéndose por fin en el jardín del exsenador, donde estaba a salvo, porque evidentemente los perros de los Snopes también habían ido a la comida campestre, mientras alguien entraba en la casa en busca de un par de pantalones secos para que el exsenador pudiera cambiarse en el automóvil. Efectivamente. Exsenador. Porque ni siquiera con los pantalones secos volvió a la comida campestre; probablemente se imaginó que incluso entonces el riesgo y la tensión serían excesivos. Me refiero a la tensión de tratar de seguir pensando en retirarse de unas elecciones y al mismo tiempo tener que mirar por encima del hombro por si algún perro recordaba su cara pese a que sus pantalones estuvieran recién lavados y no olieran a nada interesante.

—Demonios coronados —dijo el tío de Charles—. Es demasiado sencillo. No me lo creo.

—Supongo que se imaginó que convencer a la gente de que votara por él y estar todo el tiempo de pie sobre una sola pierna tratando de apartar a los perros a patadas con la otra era demasiado esperar, incluso tratándose de votantes de Mississippi —dijo Ratliff.

—Te estoy diciendo que no te creo —respondió el tío de Charles—. Una cosa así no bastaría para hacerle abandonar, incluso aunque todos los que estaban allí se enteraran de lo sucedido o lo vieran. ¿No me acabas de decir que lo metieron en un coche y se lo llevaron casi al instante? —el tío de Charles se interrumpió. Miró a Ratliff, que le devolvió la mirada, parpadeando apaciblemente—. A no ser que...

—Eso es —dijo Ratliff—. Ése fue el acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —dijo el tío de Charles.

—Probablemente intervino una vez más el mismo sinvergüenza anónimo de ideas rastreras —dijo Ratliff—. Pero en cualquier caso lo cierto es que alguien propuso que si el senador Snopes se retiraba de esta particular elección para el Congreso, las personas que habían visto en acción a los perros partidarios de Devries se olvidarían de ello, y los que no los habían visto nunca tendrían necesidad de saberlo.

—Pero eso tampoco le hubiera importado —dijo el tío de Charles—. ¿Detener o incluso obstaculizar a Clarence Snopes por el simple hecho de que unos cuantos perros levantaran la pata contra él? Cielo santo, Clarence habría terminado por conseguir que se contaran todas las placas de los perros del condado de Yoknapatawpha como votos en ausencia.

—Ah; está usted hablando de Clarence —dijo Ratliff—. Pensaba que se refería al tío Billy Varner.

—¿Al tío Billy Varner? —preguntó el tío de Charles.

—Eso es —dijo Ratliff—. Ese sinvergüenza tan ruin debe haber ido a hablar con tío Billy Varner en persona. Al menos fue él quien hizo saber aquella misma tarde que el senador Clarence Egglestone Snopes había retirado su candidatura para las elecciones al Congreso; al parecer tío Billy nunca le dio la noticia al exsenador. Sí,

claro, al tío Billy le dijeron lo mismo que usted acaba de decir: que, a la larga, una cosa así no haría el menor daño a Clarence; utilizaron incluso las mismas palabras que usted acerca de las tácticas electorales de los perros, aunque con más energía. Pero tío Billy dijo No; dijo que Clarence Snopes no volvería a ser candidato de nada en el distrito dos.

»—Pero ya no es candidato únicamente del distrito dos —le dijeron—. Ni tampoco de todo el condado de Yoknapatawpha. Es el candidato de la octava parte de todo el estado de Mississippi —y tío Billy respondió:

»—Al infierno con todos los octavos de Mississippi y también con el condado de Yoknapatawpha. No voy a consentir que ni al distrito dos ni a Frenchman's Bend los represente en ningún sitio alguien a quien un maldito hijo de perra no es capaz de distinguir de un poste.»

El tío de Charles estaba mirando a Ratliff. Llevaba ya un buen rato mirándolo.

—De manera que ese metomentodo anónimo del que estás hablando además de conocer a los sobrinos mellizos de Devries y el bosquecillo de los perros, conocía también al viejo Will Varner.

—Eso parece —dijo Ratliff.

—De manera que funcionó —dijo el tío de Charles.

—Eso parece —dijo Ratliff.

Charles y su tío miraron a Ratliff que parpadeó, pulcro y tranquilo, afable e inescrutable, con una de sus impecables camisas azules que se hacía él mismo y con las que nunca usaba corbata, aunque Charles sabía que tenía dos en casa por cada una de las cuales había pagado a Allanovna setenta y cinco dólares aquella vez que su tío y él fueron a Nueva York, hacía ya diez años, para ver casarse a Linda, y que Ratliff nunca se había puesto.

—Oh, Cincinato —dijo el tío de Charles.

—¿Cómo? —dijo Ratliff.

—Nada —dijo el tío de Charles—. Me estaba preguntando quién hablaría a esos mellizos del bosquecillo.

—Imagino que fue el coronel Devries en persona —respondió Ratliff—. Alguien a quien le han dado tantas medallas en la guerra, y que ha hecho tres años de prácticas con alemanes, italianos y japoneses, lo normal es que no le costara ningún trabajo planear también una pequeña estratagema política.

—No eran más que simples adoradores de la muerte y sádicos congénitos absueltos de antemano —dijo el tío de Charles—. Pero aquí había que luchar con un profesional de la política de distrito, nacido, criado y formado en los Estados Unidos.

—Quizá ninguno de ellos sea demasiado malo, con tal de mantener los ojos abiertos y utilizar lo que se tiene lo mejor que se pueda —dijo Ratliff. Luego añadió—: Bueno —y se puso en pie, enjuto y tranquilo, la imagen de la afabilidad y la inescrutabilidad, dirigiéndose ahora a Charles—: ¿Te acuerdas de aquel gran campo de avena por debajo del pasto del tío Billy, comandante? Dicen que estuvo lleno de

gansos todo el último invierno. ¿Por qué no vienes cuando se abra la veda y cazas unos cuantos? Creo que tío Billy no pondrá inconvenientes.

—Muchas gracias —dijo Charles.

—Trato hecho entonces —dijo Ratliff—. Buenos días, caballeros —un instante después ya se había marchado. Charles se quedó mirando a su tío, que sacó una cuartilla y comenzó a escribir sin prisa: tan sólo extraordinariamente preocupado, absorto.

—De manera que, principio de la cita —dijo Charles—, tendréis que ser vosotros, fin de la cita. Creo que era más o menos así, ¿no es cierto? ¿Aquel verano de 1937, cuando nosotros, los moralistas, teníamos incluso que intentar derrotar a Roosevelt en persona para poder acabar con Clarence Snopes?

—Hasta la vista, Charles —dijo su tío.

—Porque, principio de la cita, no seremos nosotros —dijo Charles—. Somos demasiado viejos, estamos demasiado cansados, no somos ya capaces de creer en nosotros mismos...

—Maldita sea —dijo su tío—. He dicho hasta la vista.

—Sí, señor —dijo Charles—. Dentro de un momento. Porque, principio de la cita, los Estados Unidos, América: el país más poderoso del mundo si podemos permitirnoslo, fin de la cita. Sólo que en lugar de «permitirnoslo» léase «con la ayuda de Dios». Porque ha sido Él quien os ha salvado esta vez, utilizando a V. K. Ratliff como su instrumento. Aunque la próxima vez quizá Ratliff se haya marchado para venderle a alguien una máquina de coser o una radio —es cierto: Ratliff vendía radios ya, con el aparato dentro de la casita en la parte de atrás de la camioneta donde llevaba la máquina de coser con la que hacía sus demostraciones; dos años más y la casita en miniatura tendría encima una antena de televisión— y tal vez Dios no esté en condiciones de darle un empujoncito a tiempo. Así que lo que necesitas es aprender a confiar en Dios sin depender de Él. De hecho nos hace falta arreglar las cosas para que El pueda descansar en nosotros durante una temporada. Entonces no tendrá que agotarse estando en todas partes al mismo tiempo —ahora su tío lo miró y Charles pensó de repente *Sí, claro; también mi padre me ha caído siempre bien, es cierto; pero mi padre sólo me hablaba, mientras que tío Gavin siempre me ha escuchado, por muy estúpido que lo que yo estuviera diciendo acabara por parecerme incluso a mí, escuchándome hasta que terminaba, y entonces me decía. «Bueno; no sé si funcionará o no pero sé una buena manera de descubrirlo. Vamos a intentarlo».* No inténtalo TÚ, sino VAMOS a intentarlo.

—Sí —dijo su tío—. Estoy de acuerdo contigo.

CATORCE

Si bien, para cuando Ratliff devolvió a Clarence a la vida privada en Frenchman's Bend, hacía ya casi dos años que había aparecido un nuevo Snopes en Jefferson. De manera que la ciudad se limitaba a mantener el equilibrio en lo que el tío de Charles llamaría la enfermedad o el dilema de los Snopes.

Este Snopes era una novedad total, soltero y de nombre Orestes, aunque todo el mundo lo llamaba Res. Sí, sí: Orestes. Ni siquiera el tío de Charles sabía cómo. A su sobrino le contó que, en 1943, la ciudad se había enterado de repente de que Flem Snopes era el propietario de lo que quedaba de la propiedad de los Compson, que no era mucho. La historia era que, hacia 1909, la familia Compson había vendido buena parte de sus tierras para hacer allí el campo de golf municipal porque necesitaba el dinero para enviar al hijo mayor, Quentin, a Harvard, donde éste se suicidó al final del primer curso; y hacía cosa de diez años el hijo pequeño, Benjy, el tonto, se había prendido fuego y también a la casa, quemándolo todo. Es decir, después de que Quentin se ahogara en Harvard y el matrimonio de Candance, la hermana, se fuese a pique y ella desapareciera, sin que nadie supiera dónde se había ido, y su hija, Quentin, de quien nadie sabía quién era el padre, se marchara una noche de casa bajando por el tubo del desagüe y se escapara con un circo, Jason, el otro hermano se libró finalmente de Benjy convenciendo a su madre para que lo llevara al manicomio, aunque no funcionó, porque según Jason, su madre gimió y lloró hasta que él, Jason, cedió y trajo otra vez a Benjy a casa, donde, como era de esperar, antes de que pasaran dos años, Benjy no sólo se prendió fuego sino que de paso destruyó la casa por completo.

De manera que Jason cobró el dinero del seguro, pidió un poco más prestado y sobre el solar vacío —en la calle principal que desembocaba en la plaza— construyó un nuevo chalé de ladrillo para él y para su madre. Pero el solar tenía una ubicación envidiable; Jefferson había empezado ya a rodearlo por todas partes; de hecho ya en 1929 el campo de golf se había trasladado al club de campo, y Jason Compson había vuelto a comprar el antiguo, lo que no tenía nada de sorprendente. Cuando aún estaba en segunda enseñanza Jason empezó a trabajar después de las clases y también los sábados en la ferretería del tío Ike McCaslin, que ya por entonces estaba a cargo de un tal Earl Triplett, a quien evidentemente el tío Ike había sacado de uno de los sitios —todo el mundo suponía que un puesto para cazar ciervos o uno de los lagos que se forman en el delta del Mississippi y en los que abunda la pesca— donde pasaba la mayor parte del tiempo. Razón por la cual a la ciudad no le costó trabajo dar por sentado que Triplett había desbancado hacía ya mucho tiempo al tío Ike del negocio aunque este último todavía holgazaneaba por la tienda cuando no estaba cazando o pescando y aunque, sin duda alguna, Triplett le vendiera la munición para el rifle y la escopeta y el aparejo de pesca a precio de costo. Como, más adelante, la ciudad dio

también por sentado que Jason hacía lo mismo cuando, a su vez, eliminó a Triplett, devolviéndolo a su puesto para cazar ciervos o a su sedal para pescar bagres o a su cubo con pececillos para cebo.

En cualquier caso, lo cierto es que, en la práctica, Jason Compson se convirtió en la Sociedad de Ferretería McCaslin. Así que nadie se sorprendió cuando se supo que Jason había recuperado la porción de la hacienda familiar que su padre sacrificara para enviar a su hermano mayor a Harvard, un centro de enseñanza que Jason despreciaba por la misma razón que despreciaba todas las universidades y escuelas superiores al considerarlas simples refugios para los ineptos y los tímidos. El tío de Charles dijo que lo que a él le sorprendió fue descubrir, cuando consultó el registro en el palacio de justicia, que si bien Jason había pagado aparentemente al contado por el antiguo campo de golf, no había cancelado en cambio la hipoteca, sobre la otra parte de la propiedad, que le había proporcionado el dinero para edificar el chalé nuevo, préstamo cuyos intereses llevaba pagando puntualmente al banco de Flem Snopes desde entonces y, al parecer, se proponía seguir pagando indefinidamente. Las cosas siguieron así hasta Pearl Harbor. De manera que casi podía creerse que Jason tenía un espía fiel y eficaz en la Dieta del Japón. Y luego, en la primavera de 1942, otro espía igualmente fiel y eficaz en el gobierno de los Estados Unidos; el tío de Charles dijo que oyendo a Jason cualquiera creería que no sólo poseía de antemano información totalmente segura sobre la instalación en Jefferson de un campo de aviación para entrenamiento, sino que contaba con la promesa igualmente segura de que se instalaría en el antiguo campo de golf; el tío de Charles explicó que, por aquel entonces, nadie, en Jefferson, tenía conocimientos sobre aeródromos o había pensado mucho acerca de ellos, y aceptaron sin inconveniente el razonamiento de Jason según el cual cualquier terreno lo suficientemente amplio para lanzar pelotas de golf lo era también para que aterrizaran aeroplanos.

O, por lo menos, le creyó la persona más indicada, en este caso, Flem Snopes, el presidente del banco que había concedido la hipoteca sobre la otra mitad de la propiedad de Jason. El tío de Charles dijo que tuvo que ser como una partida, mano a mano, de póquer descubierto en la que ambos jugadores enseñan un as al mostrar la carta tapada y deciden, de mutuo acuerdo, anular los otros dos ases, aunque, por supuesto, nadie averiguó lo que pasó realmente. Lo único que se supo fue lo que ya era de dominio público acerca de Jason Compson y de Flem Snopes; según el tío de Charles llegó sin duda un día en el que Flem, que sabía desde el principio que sus conocimientos sobre campos de aviación eran inferiores a los de Jason, atravesara por un instante de terror cuando se le ocurrió que quizá tampoco sabía tanto como creía acerca de dinero. De manera que Flem no podía arriesgarse a que Jason sacara otra carta y quizá elevara la apuesta; Flem tenía que acabar la mano.

O (dijo el tío de Charles) por lo menos eso fue lo que creyó Jason. Porque Jason agitaba simplemente aquel aeródromo imaginario alrededor de la plaza para asustar al señor Snopes y obligarlo a hacer el primer movimiento. Que fue evidentemente lo

que Snopes hizo: exigir el pago de la hipoteca de Jason. Todo amistoso y pacífico, por supuesto, que era lo que Jason esperaba, ya que Flem lo invitó a su despacho particular en la parte trasera del banco y le dijo: «Todo esto me resulta tan penoso como pueda resultarle a usted, señor Compson, pero creo que lo entenderá perfectamente. Dado que nuestro país está luchando por su vida y existencia mismas en los dos extremos del mundo, es el deber y también el privilegio de todo ciudadano contribuir con su pequeño óbolo a ese combate. De manera que nuestro consejo de administración considera que hasta el último céntimo de los recursos del banco debe emplearse en asuntos directamente relacionados con el esfuerzo bélico».

Que era exactamente lo que Jason quería: «Por supuesto, señor Snopes. Cualquier ciudadano patriótico ha de estar totalmente de acuerdo con usted. Especialmente si se tiene en cuenta que, aquí en Jefferson, existe una cuestión directamente relacionada con el esfuerzo bélico, como es ese campo de aviación para el que, según tengo entendido, ya está prácticamente autorizado el contrato, tan pronto como se resuelvan los problemas económicos relacionados con los terrenos». Y dando a continuación su precio por el antiguo campo de golf, suma de la que, naturalmente, se pagaría el importe de la hipoteca. O, si el señor Snopes y su consejo de administración así lo preferían, él, Jason, propondría una cantidad total por el conjunto de la propiedad de los Compson, incluida la hipoteca, dejando así que el consejo de administración del banco o alguna organización patriótica en representación de la misma ciudad realizara con el gobierno los tratos referentes al aeródromo; Jason se reservaba únicamente el derecho a esperar que, una vez terminado, el campo de aviación recibiera el nombre de aeródromo Compson como monumento no a él, Jason, sino al convencimiento de que su familia había ocupado un lugar en la historia de Jefferson del que por lo menos cabía no avergonzarse, dado que entre sus miembros figuraban un gobernador y un general de brigada, en el caso de que todo ello mereciera la pena de ser recordado. Porque, como dijo el tío de Charles, Jason también era astuto a su manera, lo bastante para imaginar que quien se había gastado tanto como Snopes para poner su nombre en un monumento de mármol sobre la tumba de una esposa infiel, quizá se gastara algún dinero más en tener un aeródromo que también llevara su nombre.

O por lo menos eso era lo que creía Jason. Porque en enero de 1943 Jefferson se enteró de que el señor Snopes —no el banco, sino Snopes, el ciudadano particular— era ya dueño de la propiedad de los Compson. Y fue entonces, dijo el tío de Charles, cuando, dejándose llevar por la sensación de triunfo, Jason dejó ver un poco su juego (aunque, a decir verdad, ¿quién podría culparle, dado que hasta entonces nadie, a excepción del sindicato italiano del mármol, había conseguido vender a Flem Snopes algo tan amorfo como prestigio? Y lo que los italianos le vendieron fue respetabilidad, que no era un lujo sino algo muy necesario), refiriéndose (eso fue lo que hizo Jason) a su antigua propiedad como el aeródromo Snopes, incluso (dijo el tío de Charles) acechando, tendiendo de vez en cuando emboscadas en la calle al

señor Snopes cuando había espectadores para preguntarle por la marcha del proyecto; insistiendo en ello incluso después de que quienes no sabían qué era en realidad un campo de aviación se habían dado cuenta ya de que el gobierno había elegido unas praderas más llanas hacia el este, cerca de Columbus, y las tierras perfectamente llanas del Delta hacia el oeste, cerca de Greenville, como los únicos terrenos aceptables para el aprendizaje de los aviadores. Porque entonces Jason empezó a compadecerse del señor Snopes a la inversa, lanzando largas diatribas públicas criticando la estupidez del gobierno, ya que de hecho el señor Snopes se había adelantado a su tiempo, pero añadiendo acto seguido que, inevitablemente, al prolongarse la guerra, cuando todos tuviéramos que apretarnos aún más el cinturón, la idea de Snopes de un campo de vuelo formado por colinas se reconocería como la única realmente práctica y se aclamaría en todo el mundo como el Plan Snopes de Aeropuertos, ya que, de acuerdo con ella, las pistas de quilómetro y medio podrían reducirse a la mitad, puesto que vaciando con máquinas excavadoras las colinas debajo de la pista, se podrían utilizar las dos superficies para cada despegue y aterrizaje, como una mosca sobre una carta sujeta por una ranura.

O quizá Jason procuraba darse ánimos, explicó el tío de Charles, y se decía No, aterrado, al darse cuenta empavorecido de que ya era demasiado tarde. Porque Jason era astuto a su manera, y había tenido que practicar la astucia con cierto éxito para llegar a donde había llegado sin la menor ayuda exterior y muy poco con lo que apostar. Ya que quizá nada más firmar el contrato y antes incluso de cobrar el talón, pudo ocurrírsele que Flem Snopes también había tenido que practicar la astucia con bastante éxito para llegar, como había llegado, a ser presidente de un banco, incluso con menos con que apostar que él, Jason, propietario de una casa y de algo de tierra alrededor, mientras que Flem sólo había contado con su esposa. Porque Jason pudo haber adivinado, mediante algún atisbo de presciencia que le hubiera sido concedida por el señor de ambos, el Diablo, que Flem Snopes ni quería ni se proponía tener un campo de vuelo en aquella propiedad. Que era únicamente Jason Compson quien había supuesto que el subproducto de las guerras que condenaba y obligaba a los bienes raíces a la producción y aumento continuo del número de aviones y tanques y cañones se prolongaría indefinidamente, eternamente, pero que Flem Snopes estaba mejor informado. Flem Snopes sabía que los aviones y los tanques y los cañones se autoconsumían en su propio nihilismo y obsolescencia inherente, y que el verdadero subproducto de las guerras que era autoperpetuante y automultiplicador, y que prevalecería y seguiría automultiplicándose perpetuamente, eran los hijos, la tasa de natalidad, el espacio en el que construir paredes para defender a los neonatos de las inclemencias meteorológicas y de las bajas temperaturas y para almacenar la porquería que iban acumulando.

Demasiado tarde. Porque Snopes ya era el propietario y todo lo que tenía que hacer era quedarse quieto y esperar a que la guerra llegara inevitablemente a su fin. Puesto que daba lo mismo que los Estados Unidos, Jefferson, la ganaran o la

perdieran; en cualquiera de los dos casos la población seguiría creciendo y el gobierno o alguien tendría que alojarla, y las casas tendrían que edificarse encima de algo o en algún sitio: una parcela con una extensión en ambas direcciones de unos cuatrocientos metros, con la excepción de un trocito en un rincón, propiedad de un viejo excéntrico llamado Meadowfill, de quien Flem se ocuparía en diez o quince minutos tan pronto como llegara el momento, y que incluso antes de Pearl Harbour ya había empezado a ser evitado y rodeado y encerrado por la ciudad. De manera que lo que Jason hizo a continuación no sorprendió a nadie; el tío de Charles dijo que lo único sorprendente fue que Jason lo eligiera a él, Gavin Stevens, y tratase de sobornarlo para que o bien encontrara algún fallo en el título de propiedad que había cedido al señor Snopes o, en el caso de que él, Stevens, no pudiera encontrar ninguno, lo inventara. El tío de Charles dijo que Jason se respondió a sí mismo:

—Caramba, ¿no se dice que es usted el abogado mejor preparado de esta zona? ¿No sólo Harvard sino también ese sitio de Alemania?

—Es decir, que si Harvard no encuentra alguna triquiñuela para quitarle la propiedad a Flem Snopes, Heidelberg debería estar en condiciones de hacerlo —dijo el tío de Charles—. Váyase de aquí, Jason.

—Entiendo —dijo Jason—. Ahora que ya ha dado el braguetazo puede permitirse el lujo de ser virtuoso, ¿no es cierto?

—Le he dicho que se vaya —dijo el tío de Charles.

—Está bien, está bien —dijo Jason—. Creo que podré encontrar un abogado en algún sitio que no guarde en el banco de Flem Snopes el dinero suficiente para tenerle miedo.

Sólo que Jason Compson no debería haber necesitado que nadie le dijera que Flem Snopes no hubiera comprado un título de propiedad con un vicio de forma o cualquier otro defecto que permitiera anularlo. Pero Jason siguió intentándolo; a Charles se lo contó su tío: cómo Jason se dedicó a buscar algún medio, cualquier medio, de invalidar o por lo menos hacer mella en el título de propiedad de Snopes, con una especie de indignación fríamente ardorosa e infatigable, como la de un evangelista al descubrir que otro predicador se le ha adelantado a escondidas y ha convertido al cliente o al paciente con el que había trabajado todo el verano, o un mentiroso o un ladrón que ha sido engañado o robado por otro mentiroso u otro ladrón. Pero fracasó todas las veces: el título que concedía a Snopes en su totalidad la antigua propiedad de los Compson resistió todos los embates, de manera que hasta Jason acabó finalmente por renunciar a la lucha; y aquella misma semana Wat Snopes en persona, el carpintero que veinte años antes transformara la vieja casa de Manfred De Spain en la mansión de antes de la guerra de Secesión que Flem quería, reapareció y convirtió la cochera de los Compson (separada de la casa principal, por lo que Benjy no consiguió quemarla) en una pequeña residencia de dos pisos, y un mes después el nuevo Snopes de Jefferson, Orestes, estaba viviendo en ella. Y no sólo como agente de Flem Snopes para combatir todas las maquinaciones que Jason

podiera organizar o inventar aún, porque cuando llegó el verano Res había vallado los terrenos adyacentes convirtiéndolos en parcelas y se dedicaba a la compraventa de ganado vacuno de mala calidad y también de gorrinos. Para entonces estaba también metido en una especie de guerra de guerrillas con el viejo Meadowfill, cuyo huerto acababa donde empezaba la cerca de la cochiguera de Res Snopes.

Ya antes de la guerra el viejo Meadowfill se había hecho famoso en Jefferson: era tan agarrado que había logrado ser económicamente solvente e incluso retirarse gracias a los ahorros conseguidos en una serrería. Siguió trabajando en la serrería y comerciando con madera durante más o menos un año después de comprar su rincón de la propiedad de los Compson y de construir su casita sin agua corriente ni electricidad; luego vendió el negocio y se retiró a su casa con la esclava gris que tenía por mujer y con su hija única; y allí, dada la evidencia universalmente admitida de que cualquiera que se retira de una serrería todavía vivo y con todas sus extremidades intactas es imposible que posea un dólar de más para prestárselo a nadie o para que alguien le venda algo a cambio, pudo consagrar todo su tiempo a conseguir el puesto de honor entre todos los cascarrabias de Jefferson y también, probablemente, de todo el condado de Yoknapatawpha.

Charles se acordaba de su hija: una chica recatada, silenciosa y tímida a la que nadie se había molestado nunca en mirar dos veces hasta que de repente, en 1942, se graduó no sólo con el número uno de su curso en el instituto, sino con las mejores notas jamás obtenidas por alguien en aquel centro, por lo que le correspondió además una beca de quinientos dólares ofrecida por el presidente del banco de Jefferson (no el banco de Snopes, sino el otro) en recuerdo de su hijo único, piloto de la marina muerto en una de las primeras batallas del Pacífico. La hija de Meadowfill rechazó la beca. Fue a ver al señor Holland y le explicó que ya había aceptado un puesto en la compañía de teléfonos y no necesitaría la beca, pero que, en cambio, quería pedir al banco un préstamo de quinientos dólares ofreciendo como garantía su futuro salario y, ante la insistencia de su interlocutor, confesó finalmente que quería el dinero para poner un cuarto de baño en su casa; una vez a la semana, los sábados por la noche, en invierno y en verano, la madre calentaba agua en el fogón de la cocina y llenaba una tina de hierro galvanizado colocada en el centro de la cocina, donde, sin cambiar el agua, se bañaban los tres por turno: el padre, luego la hija y finalmente la madre; con lo que el señor Holland decidió entrar en acción e hizo que se instalara el cuarto de baño a pesar de la furiosa indignación del viejo Meadowfill (que no tenía el menor deseo de que se inmiscuyeran en los asuntos de su casa gentes de fuera y desconocidos, pero si no quedaba más remedio prefería el dinero en efectivo) y dio a Essie un empleo vitalicio en su banco.

Con lo que, ahora que su única hija no sólo tenía el porvenir asegurado sino que de hecho aportaba su contribución al presupuesto familiar, el viejo Meadowfill se elevó a unas cimas de extravagancia con las que ni él mismo había soñado. Hasta entonces había hecho la compra en persona, yendo a la ciudad todas las mañanas con

un saco de pienso vacío, para regatear, en las sucias tiendecitas de calles a trasmano y de callejones cuya clientela estaba formada en su mayor parte por negros, sobre el precio de restos de alimentos ya pasados y estropeados que incluso los negros hubieran despreciado. Luego el resto del día lo pasaba no exactamente al acecho, pero sí a la espera, escondido, para gritar y maldecir a los perros vagabundos que cruzaban su propiedad sin vallar, y a los chiquillos que tenían como deporte hacer incursiones contra los pocos y míseros frutales descuidados a los que Meadowfill llamaba su huerto. En esta nueva etapa de su vida renunció además a salir de casa. Esperó exactamente un año, quizá para asegurarse de que Essie tenía un empleo vitalicio. Luego, a la mañana siguiente del fallecimiento de una anciana vecina parálitica, se presentó para comprarle a la familia la silla de ruedas que la buena señora había utilizado durante años, sin esperar siquiera a que el cortejo fúnebre abandonara la casa camino del cementerio, y volvió a su hogar empujando la silla por la calle y haciendo con ello su última aparición en público. A partir de entonces se retiró a la silla de ruedas, si bien al principio la retirada no fue completa. Aunque el tío de Charles contó que ya era Essie quien hacía la compra, todavía se podía ver a Meadowfill en el patio, gruñendo y maldiciendo a los chiquillos o tirando piedras (tenía siempre un montoncito a mano, ordenadas como las balas de cañón en los monumentos a los caídos) a los perros vagabundos. Pero nunca volvió a salir de su propiedad y muy poco después dio la impresión de recluirse definitivamente en la silla de ruedas, sentándose, como si se tratara de una mecedora, tras la ventana que daba al trozo de huerto en el que ya no trabajaba nunca y a los esmirriados frutales a los que, por tacañería o pura maldad, nunca había fumigado ni cuidado lo bastante para que produjeran una cosecha comestible y menos aún vendible.

Luego Flem Snopes permitió que Jason Compson se engañara tratando de engañarle con la venta de sus posesiones ancestrales, y Res Snopes preparó una pocilga que lindaba con el huerto del viejo Meadowfill, haciendo de él un hombre nuevo. Porque las incursiones de los chiquillos no tenían otra consecuencia que la rotura de alguna rama de vez en cuando, y los perros no habrían hecho otra cosa que escarbar en los arriates si el viejo Meadowfill los hubiera tenido. Pero un cerdo que hozara podía ensuciar y estropear y hacer estéril la tierra misma. De manera que Meadowfill tenía ya una razón para seguir vivo. Abandonó incluso momentáneamente la silla de ruedas, que hubiera sido un obstáculo, dado que se pasaba todo el día, mientras Res y el negro al que había contratado ponían la alambrada en el límite de su propiedad, viendo cómo hacían los agujeros y colocaban y apisonaban los postes, para a continuación agarrarlos con ambas manos y zarandearlos y probarlos, al borde de la apoplejía, bastante enfadado para entonces y gritando a Snopes y a su ayudante mientras tendían los alambres:

—¡Más tenso! ¡Más tenso! Demonios coronados, ¿qué se figura usted que está haciendo? ¿Colgar una hamaca? —hasta que Snopes, un individuo flaco y larguirucho, con una nube en un ojo sardónico, le decía:

—Escuche, señor Meadowfill, no tiene usted que preocuparse en absoluto. Antes de permitir que un anciano caballero tan cascado e inválido como usted tenga que trepar esta cerca, estoy dispuesto a colocar postigos de corredera lo bastante altos para que pueda incluso pasar por debajo cuando no le apetezca abrirlos —con Meadowfill perdida casi el habla, diciendo:

—Si uno de esos gorrinos..., si uno solo de esos condenados gorrinos... —y Snopes:

—En ese caso todo lo que tiene usted que hacer es capturarlo y encerrarlo en la cocina o en la alcoba o en cualquier otro sitio que le resulte conveniente, y la ley hará que le pague un dólar de indemnización. De hecho quizá sea incluso un trabajo fácil y rentable para un anciano caballero retirado e inválido... —para entonces Meadowfill se hallaba en un estado tal que Snopes se volvía hacia la cocina, desde cuya ventana o puerta su gris mujer estaba ya para entonces vigilando o, al menos, rondaba por los alrededores, y decía—: Quizá sea mejor que venga y se lo lleve de aquí.

Cosa que la señora Meadowfill se apresuraba a hacer, aunque la escena se repitiera al día siguiente. Pero la alambrada se terminó por fin. O por lo menos Snopes no estaba ya donde Meadowfill pudiera insultarlo: sólo los cerdos hozando y revolcándose junto a la nueva cerca que sí les cerraba el paso, al menos de momento. Pero sólo de momento; únicamente hasta que la oscuridad impedía ver el huerto por la noche. De manera que ahora Meadowfill tenía un motivo para seguir vivo, algo por lo que levantarse por las mañanas tan pronto como el cielo empezaba a clarear, salir corriendo y llegar hasta la ventana para ver si quizá la oscuridad misma le había traicionado, por cuanto no hubiera podido ver un gorrino en el huerto aunque hubiera sido capaz de pasarse en vela y vigilando las veinticuatro horas del día; tenía un motivo para instalarse en la silla y trasladarse hasta la ventana y ver su huerto al menos todavía intacto, todavía a salvo un día más. Y después escatimaba incluso el tiempo que tenía que pasar comiendo, sentado a la mesa, puesto que durante ese intervalo el huerto quedaba desprotegido, aunque lo que quería decir, en realidad, era que él no lo vigilaba. Porque, como explicó el tío de Charles, a Meadowfill no le preocupaba en absoluto lo que fuera a hacer cuando mirase por la ventana y viera de verdad a un cerdo en su propiedad; y es que aquel viejo canalla, como el mismo Charles recordaba, se había enemistado ya con todos sus vecinos antes de condenarse a la invalidez y a la silla de ruedas, de manera que ni uno solo hubiera alzado un dedo para ayudarlo a expulsar al cerdo o hacerle cualquier otro favor, excepto quizá esconder su cuerpo en el caso hipotético de que la esclava gris que tenía por mujer hiciera lo que tendría que haber hecho años atrás: asesinarlo cualquier noche. Meadowfill no había pensado en lo que haría con el gorrino. No lo necesitaba. Era feliz, quizá por primera vez en su vida, dijo el tío de Charles: porque se es feliz cuando la propia vida está llena, y una vida está llena cuando se está tan ocupado viviendo momento a momento que no se tiene tiempo ni para recordar el ayer ni para temer el mañana. Situación que, por supuesto, no podía durar, dijo el tío de Charles.

Porque con el tiempo Meadowfill llegaría a un punto en que si al mirar una mañana por la ventana no veía a un cerdo en su huerto, moriría simplemente de esperanza insoportablemente diferida; y si una mañana veía uno, también moriría sin duda, porque ya no le quedaría nada.

Lo salvó la bomba atómica. Charles quería decir con eso que finalmente también los japoneses capitularon y los soldados pudieron volver a casa desde todas las procedencias, a reunirse con las mujeres con las que ya habían empezado a casarse antes de que se apagara el eco de la primera bomba caída sobre Pearl Harbor, y con las que habían seguido casándose desde entonces siempre que conseguían dos días de permiso; volver a casa para presidir familias ya en expansión o para casarse con el resto de las mujeres todavía disponibles, las treinta monedas en manos ya del plan de préstamos del gobierno para la vivienda (como el tío de Charles lo describía: «el héroe que hace un año llevaba a todo correr granadas de mano y cargadores Garand a los pozos de tirador de la primera línea, traslada ahora a toda velocidad cestos de pañales manchados por las calles traseras y los callejones de los bloques de viviendas de la Dirección General de Excombatientes»), mientras a Jason Compson le consumía una angustia que, en su opinión, no sólo no se merecía ningún ser humano, sino que nadie podía soportar. Porque cuando Charles volvió a casa en septiembre de 1945, el perdido patrimonio de Jason había sido parcelado ya para edificar cajas de cerillas idénticas donde alojar a los excombatientes; antes de que pasara una semana Ratliff se presentó en el despacho del fiscal para informar a Charles y a su tío del nombre oficial de la urbanización: Monte Eula. No la vieja mofa escarnecedora y triunfal de Jason: Aeródromo Snopes o Trampolín para Derribos Snopes, sino Monte Eula, Nido Conyugal de Eula. Y Charles no sabía si el viejo Flem Snopes le había puesto él mismo aquel nombre o no, pero nunca olvidaría la expresión de su tío mientras Ratliff se lo contaba. Pero incluso sin eso, él, Charles, hubiera preferido creer de todas formas que realmente no se le había ocurrido a Flem Snopes sino a su maestro de obras, y (suponía la ciudad) socio, Wat Snopes, quizá porque Charles aún quería creer que había algunas cosas, por lo menos una cosa, que incluso Flem Snopes no estaba dispuesto a hacer, aunque la verdadera razón fuese que al mismo Flem nunca se le hubiera ocurrido llamarlo nada porque le daba lo mismo que tuviera un nombre o dejara de tenerlo. Para Navidades Monte Eula estaba ya punteado de conejeras de brillantes colores e inmaculadamente nuevas, tan idénticas (y más o menos tan permanentes) como cuadrados de pan de jengibre o bollos de té, con el exinfante o exmarino o exinfante de marina, con su distintivo de honroso licenciamiento, empujando el cochecito con una mano y llevando al segundo (o tercer) niño de corta edad en el otro brazo y esperando para entrar en su nuevo domicilio casi antes de que el último pintor de brocha gorda pudiera recoger sus utensilios. Y para el Año Nuevo ya se había aprobado y medido una nueva carretera que atravesaría de un extremo a otro la urbanización del señor Snopes, incluido el rincón propiedad del viejo Meadowfill, con lo cual se abrían para el antiguo

propietario de la serrería unas perspectivas de emociones y diversión al lado de las cuales las simples depredaciones de un marrano habrían sido un asunto tan insignificante como la entrada en su huerto de una rana o de un ave migratoria. Porque, además, una de las grandes compañías petrolíferas quería comprar la esquina donde se unían la parcela de Meadowfill y la antigua propiedad de los Compson (ahora de Snopes) —es decir, una franja del huerto de Meadowfill, con la franja contigua de la pocilga de Res Snopes— para construir allí una gasolinera.

Y es que el viejo Meadowfill ni siquiera poseía los cuatro metros de la franja de su tierra que la compañía petrolífera quería comprarle. En realidad, como la ciudad sabía perfectamente, no le correspondía por derecho ni un decímetro. Al principio del segundo periodo presidencial de Roosevelt, Meadowfill había sido, naturalmente, de los primeros en solicitar ayuda estatal, enterándose, con incrédulo y enfurecido asombro, que el picajoso y burocrático gobierno federal se negaba por completo y de forma categórica a admitir que fuese al mismo tiempo pobre de solemnidad y propietario. De manera que acudió a Gavin, escogiéndolo entre los abogados de Jefferson por la sencilla razón de que él, Meadowfill, sabía que en cinco minutos habría conseguido enfurecer tanto a Stevens que éste, con toda probabilidad, se negaría a aceptar honorario alguno por redactar la escritura para ceder todas sus propiedades a su hija de nueve años (esto sucedía en 1934). Sólo se equivocó en el cálculo del tiempo, porque Stevens no tardó más que dos minutos en alcanzar el punto de ebullición que lo llevó hasta el archivo del registrador de la propiedad, donde descubrió que la escritura que el padre de Jason Compson había extendido en favor de Meadowfill decía lo siguiente «Sur del camino conocido como camino de las Fuentes de la Libertad, de allí al este a lo largo del camino mencionado...» El camino de las Fuentes de la Libertad era, en la época en que Meadowfill compró su rincón, una zanja producida por la erosión y cubierta de maleza de tres metros de profundidad en la que sólo había un sendero: una situación geográfica tan medible e ineludible como el Gran Cañón, dado que esto sucedía antes de que excavadoras y dragadoras no sólo alterasen sino borrarán la geografía. Lo cual suponía cuatro metros menos en relación con el límite que Mohataha, la matriarca de los Chickasaw, había acordado con Quentin Compson en 1821, y el tío de Charles dijo que su primer impulso, acorde con la ética, fue decirle al viejo Meadowfill cómo en realidad poseía cuatro metros más de lo que creía, con tal de que se ocupara de ello antes de que lo hiciera otro. Pero si él, Stevens, le explicaba la situación, estaría éticamente obligado a aceptar diez dólares de Meadowfill por haber buscado la escritura, así que decidió permitir que una ética anulase la otra y que prevaleciera la simple justicia.

Tal era la situación cuando se decidió el trazado de la nueva carretera siguiendo la antigua línea Chickasaw de demarcación, y Meadowfill descubrió que su propiedad sólo se extendía hasta la zanja, por lo que le faltaban cuatro metros para llegar hasta la línea de demarcación. Pero rabia es un término demasiado suave para describir su estado de ánimo cuando la compañía petrolífera le propuso comprarle su parte del

rincón y descubrió entonces que si bien su enemigo mortal, el criador de cerdos Snopes, poseía los cuatro metros sin un título de propiedad realmente válido, sin su consentimiento la compañía petrolífera no le compraría a él, Meadowfill, parte alguna de su tierra. También esto, como es lógico, provocó su ira, que ya había sido su compañera constante desde hacía un año. Pero ahora la acompañaba un sentimiento de triunfo. Más aún: de reivindicación, de venganza. Venganza contra los Compson que le habían entregado un título de propiedad falso, aunque él lo comprara de buena fe. Venganza, contra la comunidad que le había acosado con chiquillos y perros vagabundos, al impedir la creación de una nueva industria que pagaba impuestos (y, si estaba en su mano, detener incluso la construcción de la nueva carretera). Venganza contra el individuo que por espacio de un año le había echado a perder el sueño y también la digestión con la amenaza constante de su pocilga. Porque Meadowfill simplemente se negó a vender parte alguna de su propiedad, sin atender a razones, lo que, dado que se hallaba delante de la de Snopes, si se exceptúa la franja de cuatro metros, impediría tan eficazmente como una barrera de peaje, que la compañía petrolífera construyera su gasolinera, y el resultado fue que la compañía se negó a adquirir la propiedad de Snopes.

Por supuesto, como la ciudad sabía, Snopes (Charles se refería, claro está, a Res Snopes) había sondeado ya a Essie Meadowfill, a cuyo nombre estaba la escritura, quien le contestó, como la ciudad también sabía: «Tendrá usted que ver a papá». Porque Snopes se enfrentaba con un obstáculo realmente insuperable: su granja porcina le impedía ya para siempre tratar con el viejo Meadowfill en persona, tener con él, aunque fuese momentáneamente, cualquier tipo de contacto civilizado. De hecho eran dos las desventajas insuperables: la otra era la idea, la ilusión, el sueño de que con dinero se podía convencer a un hombre que durante años ya se había acostumbrado hasta tal punto a no tener ni desear un dólar de más, que la idea de mil dólares no le suponía siquiera una tentación. De manera que Snopes se equivocó de medio a medio. Pero no por ello dejó de intentarlo. (Es cierto. Un forastero podría haberse preguntado qué hacía Flem Snopes durante todo aquel tiempo, puesto que era el propietario de la tierra. Pero los habitantes de la ciudad no eran forasteros.) Res fue a ver al encargado de compras de la compañía petrolífera y le dijo: «Explíqueme que si firma el contrato de venta le daré el diez por ciento de lo que ustedes me paguen por los cuatro metros». Luego dijo: «Está bien. Quince por ciento. La mitad». Luego dijo: «De acuerdo. ¿Cuánto pide?» Luego dijo y, según el hombre de la compañía petrolífera, las palabras amabilidad, afabilidad, deseo de complacer no bastan para describir su tono de voz: «De acuerdo. Un buen ciudadano no puede poner obstáculos al progreso, aunque le cueste dinero. Dígame que si firma puede quedarse con los cuatro metros».

Esa vez, al parecer, Meadowfill ni siquiera se molestó en decir No, sentado en su silla de ruedas ante la ventana y el terreno contiguo cuyo propietario no podía vender por causa suya. Así que, en cierta manera, Snopes contaba hasta cierto punto con la

simpatía local cuando dio el siguiente paso, cosa que hizo poco antes de que a Essie Meadowfill le sucediera algo que puso de manifiesto cómo, en el fondo al menos, era todo menos tímida; y aunque recatada pudiera seguir siendo un adjetivo adecuado para ella, el otro no era silenciosa sino decidida.

Una mañana, cuando Meadowfill se trasladó con su silla desde la mesa del desayuno a la ventana y miró hacia el exterior, vio lo que llevaba más de un año esperando ver: un gorrino suelto, hozando entre los inservibles melocotones debajo de sus inútiles y descuidados árboles; y mientras aún llamaba con bramidos a la señora Meadowfill, Snopes en persona cruzó el huerto con una mazorca y un lazo hecho con una cuerda, sujetó al cerdo por una pata y, arrastrándolo y guiándolo a medias, lo sacó de allí y se perdió de vista, mientras el viejo Meadowfill, con medio cuerpo fuera de la ventana, seguía lanzándoles maldiciones a los dos hasta un buen rato después de que hubieran desaparecido.

A la mañana siguiente Meadowfill ya estaba sentado junto a la ventana cuando vio venir al cerdo trotando por el camino y entrar en el huerto; todavía estaba asomado a la ventana bramando y maldiciendo cuando su gris esposa salió de la casa, ciñéndose un chal a la cabeza y, apresurándose camino adelante, llamó a la puerta de Snopes, cerrada a cal y canto, hasta que los alaridos de Meadowfill, que no habían cesado un solo momento, la obligaron a regresar a casa. Para entonces ya estaban allí la mayoría de los vecinos, esperando acontecimientos: mientras el anciano seguía lanzando maldiciones desde la silla de ruedas junto a la ventana, y su mujer se esforzaba por expulsar al cerdo, apareció Snopes en persona (saliendo de donde todo el mundo sabía ya que estaba escondido vigilando), inocente, pidiendo disculpas y asombrado, con su mazorca y su cuerda con un nudo, con las que procedió a capturar al cerdo y a llevárselo.

La vez siguiente Meadowfill ya tenía el rifle; un arma muy antigua y baquetada, de un solo cañón y de calibre 22. En realidad parecía de segunda mano por el simple hecho de estar en posesión del anciano, aunque nadie supo nunca cuándo había abandonado la silla de ruedas y la ventana (y especialmente al cerdo) el tiempo suficiente para dar con el chaval propietario del rifle y regatear o intimidarlo hasta conseguirlo; porque la ciudad no se lo imaginaba, de muchacho, tan entusiasta y orgulloso propietario de un arma de calibre 22 y de un solo cañón, como para conservarla tantos años como recuerdo de aquellos tiempos de ingenuidad e inocencia. Aunque lo cierto era que tenía el rifle, cartuchos incluidos: no cargados con bala, sino con diminutos perdigones, como los usados por los naturalistas, y que no servían ni para matar al gorrino, ni tampoco, a aquella distancia, para hacerle mucho daño. De hecho el tío de Charles dijo que Meadowfill ni siquiera se proponía poner en fuga al cerdo: quería sencillamente disparar contra él todos los días igual que otras personas juegan al croquet o al bingo.

El viejo abandonaba a toda velocidad la mesa después del desayuno, se instalaba en su puesto de tiro con ruedas junto a la ventana, y esperaba a que apareciera el

cerdo. Luego se incorporaba (tenía que abandonar la silla para hacerlo) y muy despacio y en silencio alzaba la ventana de guillotina y el mosquitero (mantenía bien engrasada las ranuras de ambos para manejarlos con celeridad y sin ruido, y les había puesto tiradores en la parte de abajo para poder levantarlas con un solo movimiento), disparaba, el cerdo sufría una especie de convulsión y daba un salto, pero muy pronto, olvidado de lo sucedido, se calmaba y recibía el disparo siguiente, hasta que por fin sus torpes procesos mentales relacionaban la picadura con el ruido del disparo, y después de otro impacto se volvía a su casa para no volver a aparecer hasta la mañana siguiente. Aunque a la larga relacionó incluso los melocotones caídos con la general hostilidad y no regresó durante toda una semana; luego surgió en el barrio la leyenda de que Meadowfill había llegado a un acuerdo con el chico que repartía los periódicos de Memphis y de Jackson (él, personalmente, no compraba ninguno, ya que no estaba interesado en noticias que costaran un dólar al mes) para que buscara por los cubos de basura de la vecindad y, por la noche, cebara el huerto.

La ciudad empezó entonces a preguntarse más que nunca qué era exactamente lo que Snopes se proponía. Se esperaba, lógicamente, que no siguiera soltando al cerdo después de que el viejo Meadowfill disparase contra él por primera vez. O incluso que lo vendiera, puesto que ésa era su profesión u oficio, aunque lo más probable era que nadie quisiera pagar el precio normal del mercado por un gorrino con catorce o quince perdigonadas del número diez en el cuerpo. Hasta que por fin el tío de Charles dijo que los habitantes de Jefferson adivinaron su intención: Snopes tenía la esperanza de que algún día, por error o por confusión o quizá simplemente movido por la rabia, perdido por completo el freno de la moral o del miedo a las consecuencias a causa de su vicio, como un borracho o un jugador, Meadowfill metiera una bala en el rifle; y en ese caso Snopes no sólo lo demandaría por matar al cerdo, sino que recurriría a la ordenanza municipal que prohibía el uso de armas de fuego dentro de los límites de la ciudad, y mediante las dos cosas chantajearía de algún modo a Meadowfill para que él, Snopes, pudiera vender su parcela a la compañía petrolífera. Pero fue entonces cuando a Essie Meadowfill le pasó lo que le pasó.

Era un cabo de infantería de marina. La ciudad no supo nunca cómo ni dónde se las había arreglado para conocerlo, porque Essie nunca había estado en ningún sitio, si se exceptúan algunas raras expediciones a Memphis para pasar el día, como, por lo menos una vez al año, hacía todo el mundo del norte de Mississippi. Nunca había faltado un solo día del banco excepto durante las vacaciones de verano que, por lo que a todo el mundo se le alcanzaba, tenía que dedicar a llevar su parte del peso impuesto por la aparición de la silla de ruedas. Pero el hecho es que conoció a su cabo, quizá mediante una correspondencia con fines matrimoniales a través de una agencia. Y un buen día, aún con los paquetes de la compra, lo estaba esperando en la estación cuando llegó el autobús de Memphis. El cabo, a quien Jefferson no había visto nunca, procedió a acompañarla calle adelante, llevándole la bolsa de la compra:

los vecinos también advirtieron que Essie se había retrasado mucho (de ordinario ponían el reloj en hora cuando pasaba ella). Y la ciudad se dio cuenta de que «tímida» no era un calificativo adecuado aunque se le hubiera aplicado durante años, puesto que, evidentemente, ninguna chica a la que cuadrara el adjetivo «tímida» habría podido florecer tanto, redondearse y dulcificarse y conseguir un aspecto tan juvenil en el breve espacio de tiempo transcurrido desde la llegada del autobús. Y que «recatada» tampoco encajaba mucho; Essie iba a necesitar una gran dosis de osadía, tanto si su infante de marina lo sabía como si no, para entrar en casa con él, acercarse a la silla de ruedas (expuestos como estaban a que estallara contra ellos una rabia tal que, a su lado, los insultos a los chiquillos y las piedras arrojadas contra los perros o incluso las perdigonadas contra el cerdo de Snopes eran simples reflejos histéricos, puesto que esta nueva transgresión amenazaba el sistema mismo de esclavitud gracias al cual Meadowfill sobrevivía), y decir: «Papá, éste es McKinley Smith. Vamos a casarnos». Y luego, cinco minutos después, salir de nuevo con él, y allí, en medio de la calle, a la vista de quien quisiera mirar, darle un beso; quizá no fuera la primera vez que lo hacía pero sí probablemente la primera vez que besaba a alguien sin preocuparle (mejor, sin importarle) si era pecado o no. Y evidentemente también McKinley estaba dotado de cierta osadía: ya que tratándose del hijo de un agricultor arrendatario del este de Texas, que probablemente apenas había oído hablar de Mississippi hasta que, como fuera y donde fuera, conoció a Essie, una vez que comprendió cómo, en razón de la silla de ruedas y de la madre de color gris, no era posible que Essie cortara del todo con su familia para casarse con él, lo lógico sería que se hubiera sacudido el polvo de los pies y hubiera vuelto a Texas en el autobús siguiente.

O quizá lo que tenían era una única osadía en común, dado que también parecían compartir todo lo demás. Estaban sin duda marcados por el destino, tanto si habían nacido con mala estrella como si no. Porque actuaban incluso de la misma manera. Quedó claro de inmediato que McKinley había decidido quemar sus naves. Dado que desde hacía ya algún tiempo (todo esto sucedía en enero de 1946; Charles ya estaba de vuelta y presencié el resto de la historia) los Estados Unidos rebosaban de excombatientes que habían regresado a las aulas, tanto si tenían aptitudes como si no o incluso prescindiendo de que quisieran estudiar, lo normal hubiera sido que también él se incorporase al centro de formación profesional que acababa de añadirse a la Academia de Jefferson, y donde, a cargo del gobierno, hubiera podido coger de la mano a Essie al menos una vez al día mientras esperaban a que el viejo Meadowfill se muriera de pura mezquindad. Pero el infante de marina de Essie rechazó, tan inmediata y tan decididamente como su novia y por la misma razón, la educación superior que se le ofrecía. McKinley lo explicó así: «He sido soldado dos años. Lo único que he aprendido durante ese tiempo ha sido que sólo se está a salvo en un agujero personal, a ser posible con una tapa de hierro para poder cerrarlo por arriba. Voy a hacerme un agujero. Sólo que ya no soy soldado y puedo elegir el sitio donde

quiero hacerlo, e incluso conseguir que sea cómodo. Así que voy a construirme una casa».

Compró una pequeña parcela. En Monte Eula, por supuesto. Y, también por supuesto, la eligió Essie, no lejos de donde había vivido la mayor parte de su vida; de hecho, una vez que empezaron a alzarse las paredes, Meadowfill (no le quedaba otro remedio a no ser que renunciara al cerdo y se volviera a la cama) podía contemplar desde su sitio junto a la ventana los progresos diarios de la casa, tabla a tabla: recordatorio y advertencia constante de que no tenía que cometer la equivocación de morirse. Lo que al menos era una razón válida para acomodarse junto a la ventana en la silla de ruedas, puesto que ya no tenía al cerdo. El animal se había cansado, al menos por el momento. O Snopes había abandonado, también por el momento. El gorrino había hecho su última incursión más o menos el mismo día que Essie llevó a casa a su infante de marina para aquella primera entrevista, y no había vuelto a vérselo por el huerto desde entonces. Snopes seguía siendo su dueño, al igual que de otros muchos (por el olor que traía el aire de aquella dirección), y —puesto que ése era su negocio— podía haberlo reemplazado cuando decidiera que había llegado de nuevo la ocasión que esperaba. Pero, al menos de momento, había desistido, y procedió a reparar la cerca o (como creían los vecinos) simplemente renunció a dejar abierto el portón los días que consideraba estratégicos. De manera que la única ocupación del viejo Meadowfill era vigilar la marcha del futuro hogar de su hija.

McKinley construyó la casa él mismo, haciendo personalmente todo el trabajo más pesado, con la ayuda de un carpintero que le marcaba dónde tenía que serrar las tablas, mientras el enfurecido anciano seguía agazapado en su silla de ruedas detrás de la ventana, sin disponer siquiera del cerdo para desahogar su rabia. Era lógico, además de que ya se había convertido en costumbre, que Meadowfill conservara a mano el rifle cargado. No tenía manera de saber que la ausencia del cerdo fuera a prolongarse; y ahora la ciudad empezó a preguntarse cuánto tiempo pasaría, cuánto tiempo resistiría sin disparar contra uno de los dos: McKinley o el carpintero. Aunque muy pronto la única víctima posible fue el carpintero (a no ser que Meadowfill se dedicara a la caza nocturna), porque un día —había llegado ya la primavera— McKinley adquirió también una mula y la ciudad se enteró de que había alquilado un campito a tres kilómetros del casco urbano para cultivar algodón. A la casa le faltaba muy poco para estar terminada, y sólo quedaban los trabajos de ebanistería y acabado que debía hacer un carpintero experto, de manera que McKinley se marchaba con la mula al amanecer y no regresaba hasta que caía la noche. Momento en que el viejo Meadowfill tocó probablemente el límite absoluto de rabia e impotencia: antes quizá hubiera sido posible acosar a McKinley o asustarlo y conseguir que vendiera su parcela y su casa sin terminar, posiblemente incluso con un margen de beneficio; pero nadie en su sano juicio compraría una cosecha de algodón que ni siquiera había brotado aún. Nada podía ayudarle ya excepto la muerte: la suya o la de McKinley.

Entonces volvió el cerdo. Simplemente reapareció; probablemente una mañana

Meadowfill, después de desayunar, se trasladó con su silla de ruedas hasta la ventana, creyéndose condenado a un día más de estática indignación, y se encontró en cambio con que allí estaba de nuevo el cerdo, hozando en busca de los fantasmas de los melocotones del año anterior exactamente igual que si nunca se hubiera ido. Quizá fuera eso en realidad lo que Meadowfill quería creer en aquel momento: que el gorrino no se había marchado nunca y que, por lo tanto, lo que había sucedido desde entonces colmándole de indignación había sido sólo un sueño, y que el mismo sueño se desvanecería con el siguiente cartucho que disparase. Lo que hizo inmediatamente; estaba claro que todo aquel tiempo había tenido a mano el rifle cargado; algunos de los vecinos dijeron que habían oído el rencoroso estampido juvenil mientras aún estaban en la cama.

A mediodía el eco del disparo se había extendido por el resto de la ciudad, aunque el tío de Charles fue uno de los pocos que de hecho sintieron las reverberaciones. Se disponía a salir de su despacho para ir a almorzar a casa cuando oyó pasos en la escalera. Acto seguido entró Res Snopes, ya con el billete de cinco dólares en la mano. Procedió a dejarlo sobre la mesa y dijo:

—Buenos días, abogado. No le molestaré mucho tiempo. Sólo necesito un pequeño asesoramiento, por valor de unos cinco dólares aproximadamente —Stevens no tocó el billete todavía: después de mirarlo alzó los ojos hacia su propietario de quien no se sabía que hubiera pagado nunca cinco dólares por algo que no supiera de antemano que podía vender, por lo menos, con un beneficio de veinticinco centavos—. Se trata de ese cerdo mío contra el que el viejo caballero, el señor Meadowfill, gusta de disparar con postas para pájaros.

—He oído hablar de ello —dijo Stevens—. Exactamente, ¿qué es lo que quiere por sus cinco dólares? —el mismo tío de Charles lo contó: Snopes del otro lado del escritorio, pero no confidencial, tan sólo cortés e inescrutable—. ¿Que le diga lo que ya sabe? ¿Que si usted lo demanda por herir a su cerdo, el señor Meadowfill recurrirá a la ley que prohíbe que el ganado ande suelto dentro de los límites del municipio? ¿Que le diga lo que ya sabe desde hace más de un año, cuando Meadowfill disparó el primer cartucho? Una de dos: arregle la cerca o deshágase del cerdo.

—Cuesta mucho alimentar a un cerdo —dijo Snopes—. En cuanto a deshacerme de él, el viejo caballero le ha acertado tantas veces que tengo muchas dudas de que alguien quiera comprarlo.

—Cómaselo entonces —dijo Stevens.

—¿Un gorrino entero para un hombre solo? Sin contar con que ya son casi dos años de perdigones para pájaros lo que lleva dentro.

—En ese caso regáleselo a alguien —dijo Stevens, dándose cuenta demasiado tarde de que habría hecho mejor callándose.

—Entonces es eso lo que me aconseja como abogado —dijo Snopes—. Regalar el cerdo. Muy agradecido —dijo, dándose ya la vuelta.

—Un momento —dijo Stevens—. Espere —tendiéndole el billete.

—He venido aquí en busca del asesoramiento de un abogado —dijo Snopes—. Usted me lo ha dado: regalar el cerdo. Tengo que pagarle sus honorarios. Si cinco dólares no bastan, dígalos —un momento después ya se había ido. Stevens empezó a pensar a toda velocidad, pero no *¿Por qué me ha elegido a mí?* puesto que eso era obvio: él había redactado la cesión a favor de Essie de la propiedad objeto del conflicto; era la única persona de Jefferson, ajena a la familia Meadowfill, con quien el viejo cascarrabias había tenido algo parecido a una relación civilizada desde hacía casi veinte años. Ni tampoco *¿Qué necesidad tenía Snopes de notificar a un extraño, abogado o no, que se proponía regalar el cerdo?* Ni siquiera *¿Por qué me hizo decir esas palabras, para convertirlas así formalmente en asesoramiento profesional, susceptible del pago de honorarios?* Lo que Stevens se preguntó fue *¿Cómo, por el hecho de regalar ese cerdo, va a obligar al viejo Meadowfill a vender la parcela?*

El tío de Charles siempre decía que, en realidad, no le interesaban ni la verdad ni la justicia; que todo lo que quería era saber, averiguar, tanto si la respuesta era asunto suyo como si no; y que eran válidos todos los medios para ese fin, con tal de no dejar testigos hostiles ni pruebas acusadoras. Charles no se lo creía; algunos de sus métodos no sólo eran demasiado arduos, sino que requerían un tiempo excesivo; y hay cosas que sencillamente no se hacen, ni siquiera para averiguar algo. Pero su tío decía que Charles se equivocaba: que la curiosidad es otra de las amantes cuyos esclavos aceptan cualquier sacrificio.

En este caso el problema era que Stevens no sabía qué era lo que estaba buscando. Disponía de dos métodos —la investigación y la observación— y de tres pistas —Snopes, el cerdo y Meadowfill— para descubrir lo que quizá no fuese capaz de reconocer a tiempo cuando lo encontrara. No podía utilizar la investigación, porque el único que tal vez supiera la respuesta —Snopes— había dicho ya todo lo que estaba dispuesto a revelar. Y no podía utilizar la observación del cerdo porque también se movía, al igual que Snopes. Quedaba únicamente Meadowfill, inmovilizado en su silla de ruedas. Así que a la mañana siguiente recogió a Charles, y al amanecer estaban ya agazapados en su automóvil estacionado en un sitio desde donde veían la casa y el huerto del viejo Meadowfill y el sendero que llevaba hasta la casa de Snopes y, como tercer punto de referencia, la casita nueva que McKinley Smith estaba a punto de terminar. Pasaron dos horas. Vieron marcharse a McKinley con su mula camino del algodonal. Luego Snopes en persona salió de su casa y se dirigió hacia la ciudad y más concretamente hacia la plaza. Muy pronto llegó también el momento de que saliera Essie camino del banco. Y finalmente no quedó más que el viejo Meadowfill al acecho detrás de la ventana. Sólo faltaba el cerdo.

—Si es eso lo que estamos esperando —dijo Charles.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo su tío.

—Me refiero a distraer el tiempo suficiente para escabullimos a los ojos que probablemente llevan dos horas vigilándonos.

—Tampoco yo quería venir —dijo Stevens—. Pero tenía que hacerlo o devolver

los cinco dólares.

Y a la mañana siguiente sucedió lo mismo. Pero ya era demasiado tarde para dejarlo; los dos habían invertido ya demasiado, sin contar los cinco dólares de Snopes: dos días de levantarse antes del alba, permanecer durante dos horas sentados en el coche estacionado sin tomar siquiera una taza de café, esperando algo que tampoco estaban seguros de reconocer cuando lo vieran. Fue la tercera mañana: McKinley y su mula se habían marchado a la hora prevista, y todo era tan normal y tan como siempre que ninguno de los dos echó de menos a Snopes hasta que Essie Meadowfill salió camino del banco. Para Charles fue como uno de esos sobresaltos, una de esas conmociones cuando uno se despierta sin saber hasta entonces que se había dormido; su tío había salido ya del coche y empezaba a correr cuando vieron al cerdo. Es decir, era el cerdo y estaba haciendo exactamente lo que esperaban que hiciera: dirigirse hacia el huerto de Meadowfill con aquel trote porcino suyo, decidido y saltarín. Sólo que cuando lo vieron aparecer no estaba donde debería. Iba hacia donde ellos esperaban que fuese, pero no procedía del lugar habitual. No venía de la casa de Snopes sino de la dirección en que se hallaba la de McKinley Smith. El tío de Charles corría ya, posiblemente en razón de lo que Ratliff llamaba su instinto o su tendencia a estar donde algo iba a suceder, aunque no siempre llegara exactamente a tiempo, y cruzó a toda prisa —Charles también, por supuesto— la calle y el patinillo para entrar en la casa antes de que el viejo Meadowfill viera al cerdo por la ventana y disparase.

No llamaron a la puerta; los dos entraron corriendo y Stevens eligió por simple sentido de la orientación la puerta tras de la cual tendría que estar Meadowfill para poder utilizar aquella ventana concreta, y allí lo encontró, inclinado hacia adelante en la silla de ruedas: ya había alzado la ventana de guillotina y, mientras con una mano empuñaba a medias el pequeño rifle, con la otra se disponía a levantar de un tirón el mosquitero. Pero aún seguía sentado en la silla, contemplando el cerdo. La ciudad se había acostumbrado a ver mezquindad y deseo de venganza y cólera en su rostro; todo eso era normal. Pero en este caso su expresión era únicamente de refocilación. Ni siquiera volvió la cabeza cuando entraron Charles y su tío; tan sólo dijo: «Pasen, pasen; tienen entrada de tribuna». Y también empezaron a oír sus maldiciones: no las palabrotas normales que se dicen al aire libre, sino las obscenidades de carácter íntimo que se murmuran de puertas adentro y que, pensó Charles, si el viejo había utilizado alguna vez, sus cabellos grises deberían haberle hecho olvidar.

Después empezó a levantarse, y entonces Charles lo vio también: un bulto poco más largo que un ladrillo, envuelto en un trozo de tela de arpillera, atado a una horquilla del melocotonero más cercano a la casa —unos seis metros— de manera que apuntara a la ventana; su tío exclamó «¡Espere! ¡No lo levante!», extendiendo incluso las manos hacia el mosquitero, pero ya era tarde; el viejo Meadowfill, de pie, dejó el rifle junto a la ventana y con las dos manos tiró de la manilla, alzándolo. Inmediatamente se oyó el seco estampido, no muy violento, del cartucho de calibre

22 desde el melocotonero; el tío de Charles dijo que estaba mirando el mosquitero en movimiento cuando la tela metálica se deshilachó y desapareció ante aquella explosión en miniatura; el mismo Charles tuvo la impresión de oír el silbido de los perdigones hasta chocar con el vientre y el pecho de Meadowfill mientras el anciano saltaba y se desplomaba a medias en la silla de ruedas, que salió proyectada hacia atrás, dejándolo tendido en el suelo cuan largo era; allí permaneció inmóvil unos momento con gesto de incrédula indignación: no de dolor, ni de sufrimiento ni de miedo, tan sólo de indignación, echando ya mano del rifle mientras se incorporaba.

—¡Alguien ha disparado contra mí! —dijo.

—Así es —dijo el tío de Charles, quitándole el rifle—. Ha sido ese cerdo. ¿No cree que tiene motivos? Haga el favor de estarse quieto tumbado hasta que veamos lo que le ha pasado.

—¿Ese cerdo? ¡Y un cuerno! —dijo el viejo Meadowfill—. ¡Ha sido ese irreproducible irreproducible irreproducible de McKinley Smith!

No estaba herido: tan sólo escocido, con algunas ampollas, ya que los perdigones, que habían tenido que penetrar no sólo los pantalones y la camisa sino la gruesa ropa interior de invierno, apenas le había atravesado la piel. Pero tan furioso como un gato dentro de un saco, bramando y maldiciendo y todavía tratando de quitarle el rifle al tío de Charles (para entonces la señora Meadowfill estaba ya en el cuarto, el chal ceñido a la cabeza como si una telepatía fatalista y sin esperanza le comunicara el instante en que el cerdo cruzaba los desprotegidos límites de su propiedad, como esos ojos eléctricos que abren las puertas) hasta que por fin al anciano se le agotaron por completo las fuerzas y llegó a un estado que, tratándose de él, podría considerarse de racionalidad. Luego explicó lo que había pasado: dos días antes Snopes le dijo a Essie que había dado el cerdo a McKinley como regalo por la inauguración de la casa o tal vez incluso —Snopes tenía la esperanza— regalo de boda para dentro de muy poco.

—Espere un momento —dijo el tío de Charles—. ¿Essie dijo que el señor Snopes había dado el cerdo a su novio, o que el señor Snopes le contó que se lo había dado?

—¿Cómo? —dijo Meadowfill—. ¿Qué? —y acto seguido empezó de nuevo a maldecir.

—Estese quieto —dijo el tío de Charles—. Lleva usted más de un año disparando contra ese cerdo sin herirlo, así que supongo que será usted capaz de soportar una perdigonada. Pero vamos a llamar a un médico para que su mujer se quede tranquila.

El tío de Charles recogió además el arma, una excelente trampa explosiva de fabricación casera: la escopeta de un solo tiro de calibre 22, a la que se habían serrado el cañón y la culata y sujetado a una tabla, todo ello envuelto en el trozo de arpillerá y atado a la horquilla del árbol, y también un trozo de sedal negro, fuerte aunque no muy grueso, que iba desde el gatillo, por medio de una serie de armellas, hasta el marco del mosquitero, y la boca apuntando al centro de la ventana a unos treinta centímetros por encima del alféizar.

—Si no se hubiera puesto en pie antes de levantar el mosquitero, la descarga le

hubiera dado directamente en la cara —dijo Charles.

—¿Y qué? —dijo el tío de Charles—. ¿Crees que eso le importaba al que montó la trampa? Tanto si simplemente lo asustaba y enfurecía lo bastante para que fuera en busca de Smith con ese rifle —esta vez el rifle sin recortar tenía una bala de verdad; esta vez el viejo Meadowfill se proponía hacer daño cuando disparase—, obligando a McKinley a matarlo en defensa propia, como si el disparo lo dejaba ciego o acababa directamente con él en su silla de ruedas, el problema estaba resuelto. Con el padre muerto y el novio en la cárcel por haberlo asesinado, ya sólo hacía falta entenderse con Essie.

—Un plan bastante ingenioso —dijo Charles.

—Más que eso. Abominable. Todo el mundo habría creído que sólo a un excombatiente del Pacífico se le hubiera ocurrido montar una trampa explosiva, por mucho que Smith lo negara.

—Sigue pareciéndome ingenioso —dijo Charles—. Incluso Smith estará de acuerdo.

—Sí —dijo su tío—. Por eso quería que vinieras. Tú también has hecho la guerra. Quizá me haga falta un intérprete para hablar con él.

—Yo no era más que comandante —dijo Charles—. Nunca he tenido graduación suficiente para llamarle la atención a un sargento, y menos aún si era de infantería de marina.

—Smith sólo era cabo —dijo su tío.

—Pero infante de marina, de todas formas —dijo Charles.

Pero no fueron directamente a ver a Smith; estaría aún en su parcela, cultivando el algodón, de todas formas. Y, se dijo Charles, si él fuera Snopes tampoco habría estado en su casa. Pero cuando llamaron les abrió la puerta el dueño en persona; tenía puesto un delantal y llevaba una sartén en la mano, con un huevo frito dentro, incluso. En su rostro, en cambio, no había absolutamente nada.

—Caballeros —dijo—. Pasen.

—No, gracias —dijo el tío de Charles—. Vamos a quedarnos muy poco. Esto es suyo, según creo —había una mesa; Stevens colocó encima el bulto envuelto en arpillera, lo agitó por un extremo y el rifle mutilado resbaló sobre la madera. Pero aún seguía sin haber nada en absoluto ni en el rostro ni en la voz de Snopes:

—Eso es algo que ustedes, los abogados, calificarían de discutible, ¿no es cierto?

—No en los tiempos que corren —dijo el tío de Charles—. Todo el mundo ha oído hablar ya de huellas dactilares, igual que han oído hablar de trampas explosivas.

—Entiendo —dijo Snopes—. Supongo que no se trata de un regalo.

—Efectivamente —dijo Stevens—. Se lo estoy vendiendo. Por una escritura de propiedad para Essie Meadowfill de la franja de su terreno que la compañía petrolífera quiere comprar, más los cuatro metros que el señor Meadowfill creía que eran suyos —y ahora, efectivamente, Snopes no se movió, paralizado con el huevo que se le enfriaba en la sartén—. Siendo así —prosiguió Stevens—, iré a ver si

McKinley Smith quiere comprarla.

Snopes estuvo unos momentos mirando al tío de Charles. Era listo; eso había que reconocérselo, pensó Charles.

—Supongo que sí —dijo—. Probablemente es lo que yo haría.

—Eso es lo que he pensado —dijo Stevens.

—Supongo que tendré que ir a ver al primo Flem —dijo Snopes.

—Creo que no —dijo el tío de Charles—. Ya he estado yo en el banco.

—Supongo que yo habría hecho lo mismo —dijo Snopes—. ¿A qué hora estará usted en su despacho?

Charles y su tío podían haberse entrevistado con Smith al atardecer. Pero antes del mediodía se hallaban ya junto a la cerca, viendo cómo McKinley y la mula se acercaban por el largo surco negro de tierra removida, estela inmóvil de la hoja curva del arado. Finalmente el excombatiente se detuvo del otro lado de la cerca, desnudo de cintura para arriba, con su mono y sus botas de campaña. El tío de Charles le tendió la escritura.

—Tenga —dijo.

Smith la leyó.

—Esto es de Essie.

—Entonces cácese con ella —dijo Stevens—. Después podrá vender la parcela y comprarse una granja. ¿No es eso lo que quiere? ¿No tiene una camisa o un jersey a mano? Póngaselo y vuelva conmigo en el coche; el comandante se encargará de la mula.

—No —dijo Smith, guardándose la escritura en el bolsillo, casi con violencia, mientras se volvía hacia la mula—. La llevaré yo. Iré primero a casa. No tengo intención de casarme con nadie sin una corbata y un buen afeitado.

Luego también tuvieron que esperar a que el ministro baptista se lavara las manos y se pusiera la chaqueta y la corbata; la señora Meadowfill llevaba el primer sombrero que nadie le había visto nunca; se parecía mucho al primer sombrero jamás hecho.

—Pero papá... —dijo Essie.

—Ah —respondió el tío de Charles—. Te refieres a la silla de ruedas. Ahora es mía. Ha servido para pagar mis honorarios como abogado. Os la daré a ti y a McKinley como regalo de bautizo tan pronto como hagáis méritos.

Dos días después, en el despacho.

—¿Te das cuenta? —dijo el tío de Charles—. Es inútil. Incluso cuando te libras de un Snopes, resulta que ya tienes otro detrás antes de darte la vuelta.

—Así es —dijo Ratliff con tono filosófico—. Tan pronto como se mira, se ve al instante que se trata de otro Snopes.

QUINCE

Linda Kohl ya estaba en casa cuando Charles regresó. También ella había vuelto de su guerra: el astillero de Pascagoula donde por fin se salió con la suya, convirtiéndose en remachadora; y muy buena, según le explicó a Charles su tío. Al menos eso era lo que se notaba en sus manos y en sus uñas, que no estaban mordidas, roídas, sino sólo gastadas. Y ahora tenía un estupendo ramalazo blanco en el pelo, verdaderamente espléndido y espectacular, que le recorría la parte alta de la cabeza, casi como un penacho. Un penacho caído; en realidad era posible que fuera eso, pensó Charles: un penacho caído, pegado a la cabeza, en lugar de elevarse primero hacia arriba y luego hacia atrás y hacia fuera; estaban ya en el otoño de 1945 y a aquel caballero andante del sexo femenino se le habían acabado los torneos y los dragones; la guerra misma los había matado, gastándolos, haciéndolos obsoletos.

De hecho Charles pensaba en cómo todos los caballeros andantes reformadores liberales de los Estados Unidos se iban a quedar sin trabajo, porque incluso los minúsculos lugares hasta entonces perdidos, como el condado de Yoknapatawpha de Mississippi, habían sido fertilizados hasta rebosar no sólo gracias a las treinta monedas de los excombatientes, sino a los dos o tres o cuatro dólares a la hora que los otros remachadores y albañiles y maquinistas como Linda Kohl Snopes (quería decir Linda Snopes Kohl) se habían visto obligados a recibir tan de prisa que no habían tenido tiempo para gastarlos. Hasta los dos finlandeses comunistas, incluido el que aún seguía sin hablar inglés, se habían enriquecido durante la guerra, convirtiéndose en capitalistas y jugando al alza en la bolsa simplemente porque no habían adquirido un sitio lo bastante grande para dejar tanto dinero cada vez que se daban la vuelta. Y por lo que a los negros se refiere, ya tenían en Jefferson un instituto más nuevo y mejor que el de los blancos. Más un automóvil comprado a plazos y, en todas las cabañas sin luz eléctrica ni agua corriente ni mosquiteros en las ventanas, una radio y un frigorífico lleno de latas de cerveza, cuya entrada habían pagado con las treinta monedas que, por lo menos, no hacían distinciones entre colores de piel. Más las nuevas leyes de la revolución social que no sólo habían abolido el hambre y la desigualdad y la injusticia, sino que se esforzaban además por sustituirlas por una vocación o profesión automultiplicadora que no necesitaba en absoluto de aprendizaje: la producción de hijos. Así que ya no había nada en Jefferson contra lo que Linda pudiera arremeter. Pensándolo bien, ya no tenía nada contra lo que arremeter en ningún sitio, dado que los rusos les habían arreglado las cuentas a los alemanes y tampoco ellos la necesitaban. Y, a decir verdad, ya nada tenía que hacer en Jefferson, ahora que el tío de Charles, si es que alguna vez lo había querido para ella, se había casado. Porque quizá Ratliff tenía razón y fuera lo que fuese lo que en algún momento había querido de él, no era convertirse en su esposa. De manera que casi resultaba inevitable preguntarse por qué seguía en Jefferson, sin nada que hacer durante todo el día excepto esperar, pasar el tiempo de algún modo, hasta que llegara

la noche y el sueño, en aquel mausoleo colonial esnopésiano con aquel viejo desalmado, tan necesitado de una hija o de cualquier otra persona como de una corbata de lazo de repuesto o de otro sombrero. De manera que quizá esta vez tuviera razón todo el mundo y Linda no fuera a quedarse mucho más tiempo en Jefferson, después de todo.

Pero allí estaba aún, con las uñas, según el tío de Charles, no desgastadas por el trabajo sino limadas para tenerlas de nuevo limpias (y aunque el tío de Charles no lo añadiera, femeninas), sin nuevos barcos que remachar, y aquel penacho blanco realmente espectacular pegado a la cabeza, perdida ya toda su gallardía y muertos todos los dragones. Sólo que ni siquiera le había bastado trabajar como si fuera un herrero. Lo que Charles quería decir es que no parecía mayor. No; tampoco; no era sólo que no pareciese más vieja. A Charles le había pasado algo durante los tres años y pico comprendidos entre diciembre de 1941 y abril de 1945 o, por lo menos, eso esperaba él o por lo menos lo que le había parecido sufrir y aguantar alcanzaba el nivel suficiente como para enriquecer su desarrollo espiritual y moral, tanto si le servía de algo a la raza humana como si no; y si todo ello le había purificado el alma, tenía también que notarse en su exterior, o por lo menos Charles esperaba que así fuese. Pero Linda no había cambiado en absoluto, ni siquiera a causa del mechón blanco que, al parecer, otras mujeres conseguían artificialmente. Cuando él finalmente... Sí, claro: por fin. Por qué no reconocer que había pasado la mayor parte de los tres primeros días después del regreso a casa con la esperanza al menos de que no se le notara que deambulaba por la plaza por si daba la casualidad de que Linda la cruzaba o pasaba por allí. Había ciudades más grandes que Jefferson en las que no había ninguna chica —mujer— que nada más verla ocho años antes al bajarse de un avión estuvieras ya pensando en el aspecto que tendría sin ropa, excepto que la chica era demasiado mayor para ti y no encajaba con tu tipo, solo que exactamente al revés, tú eras demasiado joven para ella y no encajabas en su tipo, y por lo tanto sólo tu tío, y luego habías pasado incluso parte de los diez meses transcurridos en el barracón de prisioneros nazi preguntándote si habría llegado a quitarle la ropa antes de casarse con tía Melisandre o quizá incluso después, y si no lo había hecho, qué era lo que pasaba, por qué no había funcionado. Porque su tío no se lo iba a contar nunca tanto si la respuesta era afirmativa como negativa, pero quizá después de tres años y pico Charles pudiera saberlo mirándola, porque quizá una mujer no podía ocultar una cosa así a otro hombre que era..., llamémoslo *simpático*. Sólo que cuando finalmente la vio por la calle al tercer día no notó nada en absoluto, ya que Linda no había cambiado si se exceptúa el mechón blanco que no contaba de todas formas; era la misma que aquel día, ocho años antes, cuando su tío y él fueron en coche hasta el aeropuerto de Memphis para recogerla, le había parecido, nada más verla, un poco demasiado alta y un poco demasiado delgada para su gusto, de manera que en aquel mismo segundo se estaba diciendo ya *Bien; ésta es una que no tendrá que quitarse la ropa por causa mía* y que casi incluso antes de poder formular la frase, algo distinto

estaba diciendo en su interior *De acuerdo, compadre, ¿qué te lleva a creer que estuviera dispuesta a hacerlo?* y había tenido razón: no ella para él, sino más bien él para ella: otras muchas cosas podían sucederle aún en la vida (esperaba), pero quitar aquella falda concreta no iba a ser una de ellas, incluso aunque las demasiado altas y demasiado delgadas sorprendieran a veces cuando se quedaban sin ropa. Y mejor así; evidentemente su alma o lo que fuera había mejorado algo en aquellos tres años y pico; en cualquier caso sabía ya que si hubiera sido su destino quitar aquella falda, a lo que le hubiera sucedido se le podrían dar distintos nombres, probablemente se le deberían dar, pero ninguno de ellos sería sorpresa.

Sin nuevos barcos que remachar ya y, lo que era peor, sin que hicieran ya falta más barcos que remachar. De manera que no sólo él, Charles, sino con el tiempo toda la ciudad acabaría, antes o después, viéndola —u oyéndoselo contar a los que la habían visto— andar, avanzar a grandes zancadas, la mayor parte del tiempo vestida con lo que suponían que era la misma ropa de color caqui de excedentes del ejército que probablemente se ponía para remachar barcos, por las calles a trasmano y los callejones de la ciudad o las carreteras y senderos y caminos rurales e incluso por los campos y los bosques en un radio de cuatro o cinco kilómetros en torno a Jefferson, sola, más con aire decidido que de prisa, caminando como para combatir el insomnio o quizá incluso la resaca por haber bebido más de la cuenta.

—Quizá sea eso —dijo Charles. Su tío levantó de nuevo la vista, con expresión levemente impaciente, del expediente que estudiaba.

—¿Cómo? —dijo.

—Dijiste que quizá padezca de insomnio. Pero puede que ande para quitarse la resaca.

—Ah —dijo su tío—. Puede —y volvió a su expediente. Charles se lo quedó mirando.

—¿Por qué no vas a caminar con ella? —dijo.

Esta vez su tío levantó la vista.

—¿Por qué no vas tú? Los dos sois excombatientes; podríais hablar de guerra.

—No me oiría. No me daría tiempo a escribir en el cuadernito mientras caminábamos.

—A eso me refiero —dijo su tío—. Mi experiencia ha sido que de lo último de lo que quieren hablar dos excombatientes menores de cincuenta años es de la guerra. Y vosotros dos ni siquiera podéis.

—Ah —dijo Charles. Su tío siguió leyendo el expediente—. Quizá tengas razón —dijo. Su tío siguió con el expediente—. ¿Te parecería mal que tratara de acostarme con ella? —su tío no se movió. Luego cerró el expediente y se recostó en el sillón.

—Por supuesto que no —dijo.

—Eso quiere decir que no crees que lo consiga —dijo Charles.

—Sé que no lo conseguirás —dijo su tío. Y añadió en seguida—: no te preocupes; no es culpa tuya. Sólo la desesperación, si lo prefieres. No es culpa de nadie.

—Así que tú sabes por qué —dijo Charles.

—Sí —dijo su tío.

—Pero no me lo vas a decir.

—Quiero que lo averigües por ti mismo. Quizá no vuelvas a tener otra oportunidad. Has leído libros acerca de ese tema, y has visto cuadros y oído música que también se ocupan de ello, tanto en Harvard como en Heidelberg. Pero no te atreverás a creerlo hasta que lo veas cara a cara, porque temes equivocarte y no lo soportarías, ni serías feliz después. Aunque en realidad lo que no puedes soportar es la duda.

—No he ido nunca a Heidelberg —dijo Charles—. Sólo he estado en Harvard y en un barracón nazi.

—De acuerdo —dijo su tío—. El instituto y la Academia de Jefferson en ese caso. Para entonces, de todas formas, él, Charles, sabía ya la respuesta y así lo dijo.

—Ah, ya entiendo; aunque ahora están enterados de eso hasta los niños pequeños. Es frígida.

—Bueno; ése es un término freudiano tan bueno como cualquier otro para proteger la castidad o la discreción —dijo su tío—. Vamos, lárgate. Estoy ocupado. Tu madre me ha invitado a almorzar, así que te veré a mediodía.

De manera que era más que eso, y su tío no se lo iba a decir. Y había utilizado también la palabra «discreción» para defender algo que no había dicho. Aunque, por lo menos, Charles sabía lo que era, dado que conocía a su tío lo suficiente para saber que la discreción no era una referencia a Linda sino a él. Si Charles no hubiera pasado por el ejército no habría esperado a contar con el permiso de su tío: no se hubiera molestado siquiera en solicitarlo; probablemente habría esperado a Linda, durante uno de sus paseos, en un lugar convenientemente aislado del bosque, partiendo de la inocente suposición de quienes nunca han estado en una guerra de que la señora Kohl, después de superar una, llevaba días preguntándose qué demonios pasaba con Jefferson y por qué él, o cualquier otro varón bien parecido, había malgastado ya tanto tiempo. Y es que Charles sabía ya que los jóvenes se lanzaban a la guerra con tanto entusiasmo porque estaban convencidos de que era una inacabable oportunidad, aprobada de antemano, para el saqueo y el pillaje; había aprendido que la tragedia de la guerra era que no se sacaba nada en limpio de ella y se dejaba en cambio algo valioso; que se iba a la guerra con cosas con las que, de no ser por esa misma guerra, hubiera sido posible vivir en paz, sin tener nunca que saber que se llevaban dentro.

De manera que no sería él. También él había luchado en la guerra, aunque hubiera regresado sin heridas con que probarlo. Si era necesario recurrir a la violencia corporal para aprender algo cuya existencia, según su tío, ignoraba, no lo descubriría nunca; tendría que ser uno más, entre los muchos habitantes de Jefferson convencidos de que Linda caminaba para curarse de una resaca y estar así preparada para la siguiente, dado que existían pruebas, o por lo menos un síntoma, que consistía en que

una vez por semana, los miércoles o los jueves por la tarde (también la ciudad ponía en hora los relojes o comprobaba el día de la semana gracias a ello) Linda, al volante del coche de su padre, lo esperaba a la puerta del banco cuando llegaba el momento de cerrarlo y los dos iban juntos a lo que Jakeleg Wattman denominaba eufemísticamente su campamento de pesca en Wyott's Crossing y recogían su ración de whisky ilegal para la semana. No su coche, sino el de su padre. Cuando era evidente que Linda podía disponer de un ejército de automóviles gracias al fideicomiso, administrado por su tío Gavin, que le había dejado su abuelo, el viejo Will Varner enriquecido a costa de Frenchman's Bend, o quizá Varner y su padre conjuntamente como parte o quizá como resultado de aquel viejo alboroto y escándalo de veinte años atrás cuando su madre se suicidó y su supuesto amante cedió al padre de Linda tanto el banco como su hogar ancestral, y eso sin mencionar que el escultor con el que se casó más adelante era un judío de Nueva York y, en consecuencia (toda la ciudad estaba convencida), rico. Y conduciéndolo además, llevando el coche y a su padre, a pesar de estar sorda como una tapia y a pesar de que podía permitirse contratar a alguien que se sentara a su lado y no hiciera otra cosa que escuchar. Pero no lo hacía. Evidentemente prefería andar, sudar con esfuerzo el insomnio o la resaca o cualquiera que fuese el desesperado precio que pagaba por el celibato; a no ser que, por supuesto, durante los últimos ocho años el abogado Gavin Stevens hubiese sido capaz de actuar con más astucia y habilidad de lo que todo el mundo creía; si bien también él tenía ya esposa.

Y su ración: no la de su padre. Porque la ciudad, el condado, también estaban enterados de eso: Snopes no bebía nunca, no probaba el alcohol, aunque tampoco permitiera que su hija hiciera sola la excursión semanal. Algunos se daban por satisfechos con la simple explicación de que Wattman, como todo el mundo por aquel entonces, ganaba tanto dinero que no le quedaba más remedio que dejar algo en algún sitio, y Snopes, siendo banquero, esperaba que fuese su banco, y por eso visitaba a Jakeleg todas las semanas exactamente igual que se proponía visitar y de hecho visitaba a cualquier otro comerciante o agricultor o desmotador de algodón que formara parte de la lista de buenos clientes del banco. Pero había otros, entre ellos su tío Gavin y el viejo y especial compañero de su tío, el viajante de máquinas de coser y filósofo rural, bucólico y popular y émulo además de Cincinato, V. K. Ratliff, que iban un poco más lejos: se trataba de respetabilidad, de preocupación por las apariencias; durante esa tarde semanal Snopes no sólo era banquero, sino ciudadano destacado y padre; y aunque su hija única, viuda por añadidura, anduviera cerca de los cuarenta y hubiese pasado los cuatro años de la guerra trabajando como un hombre en un astillero militar donde a mujeres que ni siquiera eran viudas les habían sucedido cosas nada propias de la condición de soltera, él no estaba dispuesto a dejarle hacer sola un viaje de veintitantos kilómetros hasta la guarida de un contrabandista de licores para comprar una botella de whisky.

O una caja de botellas; puesto que si era resaca lo que se curaba caminando,

necesitaría, o por lo menos tendría que tener a mano, una botella todos los días. De manera que muy pronto hasta la ciudad comprendería que no se trataba de resaca, dado que las personas que pueden permitirse una resaca nueva todos los días no quieren librarse de ella, eliminarla paseando, aunque tengan tiempo para hacerlo. Lo que sólo dejaba como posibles razones los celos y la rabia; lo que Linda trataba de superar, o por lo menos contener, caminando siete u ocho quilómetros todos los días, era la rabia insomne y llena de frustración contra su tío Gavin por haberla dejado plantada, cuando estaba remachando barcos con el fin de salvar la democracia, para casarse con Melisandre Harriss, que fue Backus, como diría Thackeray, pensando (Charles) que podía darse con un canto en los dientes por no haber sido él quien desnudara a Linda, si lo que había debajo —con tal de que, por supuesto, su tío le hubiera quitado la ropa— había empujado a Gavin Stevens a casarse con una viuda que tenía dos hijos crecidos, la chica también casada ya, de manera que su tío podía haberse convertido en abuelo antes incluso de llegar a contrayente.

Luego Charles comprobó que, al parecer, tampoco los celos y la furiosa frustración incapaz de perdonar eran la explicación adecuada. Las Navidades llegaron y se fueron y pasó el resto del invierno, hasta la primavera. Su tío, además de ser terrateniente, se comportaba como tal. Sin botas ni pantalones de montar, es cierto, y aunque, incluso en Mississippi, un terrateniente pudiera no dejar de parecerlo a pesar de la llavecita de Fi Beta Kappa colgada del cuello, no era ése su caso, puesto que la melena prematuramente blanca resultaba más propia de un concertista de piano o de un representante de Cadillac en Hollywood. Pero por lo menos se comportaba como terrateniente, y una vez al mes y en ocasiones con frecuencia, presidía la mesa en Rose Hill con Melisandre, la nueva tía de Charles, al otro lado, y Linda y Charles uno frente al otro, y hacía de intérprete para Linda con el cuadernito de láminas de marfil. O, más bien, se interpretaba a sí mismo en inglés audible para Charles y su nueva tía. Porque Linda seguía hablando tan poco como siempre: se limitaba a estar allí sentada, con su mechón blanco que parecía un penacho aplastado en lo alto de la cabeza, y a comer como un hombre; Charles no quería decir comiendo de manera vulgar, sino abundantemente, con buen apetito, y con aire de ser..., sí, por qué no decirlo, ésa era exactamente la palabra: feliz. De ser feliz, de estar satisfecha, como cuando has logrado algo, producido, creado, hecho algo: como cuando te has tomado algunas —tal vez muchas— molestias y realizado gastos, has dado la cara quizá en contra de lo que te dictaba el sentido común; y, efectivamente, que te aspen si no ha funcionado, exactamente como tú pensabas, quizá mejor incluso de lo que te habías atrevido a esperar que lo hiciese. Algo que habías querido para ti pero llegaste tarde, de manera que empezaste a pensar que no existía, que era imposible, hasta que hiciste uno tú mismo, quizá cuando era demasiado tarde para que lo desearas ya, pero, por lo menos, habías demostrado que era posible.

Y después también en el salón, con café y licores para las señoras y oportó y un puro para Charles, aunque su tío no hubiera renunciado a las pipas de mazorca que

sólo costaban cinco centavos. Todavía feliz, satisfecha; y otra cosa que Charles había sentido, reconocido: aire de propietaria. Como si Linda en persona hubiera inventado todo aquello: su tío Gavin, su tía Melisandre, Rose Hill —la antigua y en otro tiempo pequeña y sencilla casa de madera que el anciano señor Backus, con su Horacio y su Catulo y su whisky con mucha agua no reconocería ya excepto por su localización topográfica, metamorfoseada por el dinero del gángster de Nueva Orleans igual que el viejo Snopes había tratado de hacer sin conseguirlo con la casa de Manfred De Spain gracias a su dinero de gángster del condado de Yoknapatawpha, ya que aquí los dólares se habían empleado acertadamente, de manera que en lugar de verse, simplemente se sentían, se respiraban, como la tibieza o la buena temperatura; y rodeándola, encerrándola, la sensación de quilómetros de cercas de paneles blancos que protegían los pastizales peinados y almohazados y los establos con calefacción y luz eléctrica y los cuartos donde se guardaban los arreos y las habitaciones de los mozos de cuadra y la casa del administrador, todo en unanimidad coral en la oscuridad circundante—, y luego lo hubiera inventado a él, Charles, para que contemplara al menos su creación, tanto si aprobaba lo que Linda había hecho como si no.

Después llegaba el momento de decir Gracias y Buenas noches y de regresar a la ciudad atravesando la oscuridad de abril o mayo y acompañar a Linda a su casa, al palacio de los sueños de su padre en Frenchman's Bend, estacionar el automóvil junto a la acera, instante en el que Linda decía todas las veces con la áspera voz de pato (él, Charles, pensando también todas las veces *Lo que quizá no sonara tan mal a oscuras y en un susurro después de que por fin le hubieras quitado la ropa pensando Si, por supuesto, hubieras sido tú*): «Sube a tomar una copa». Sin suficiente luz en el automóvil para leer la lámina de marfil en el caso de que se la hubiera ofrecido. Porque Charles siempre hacía lo mismo: sonreír, esperaba que lo suficientemente alto, y decir que no con la cabeza —a veces ayudaba el claro de luna—, mientras Linda abría ya la portezuela por su lado, de manera que Charles tenía que apresurarse para dar a tiempo la vuelta al coche. Aunque por mucha prisa que se diera, ella subía ya por el camino hacia el pórtico: quizás había dejado el Sur demasiado joven y demasiado tiempo atrás para haber adquirido el hábito-ritual característico de la mujer sureña ante la incansable constancia de su acompañante, o tal vez el simple hecho de remachar barcos le había liberado los músculos de la antigua previsión inconsciente. Fuera como fuese, lo cierto es que Charles tenía que alcanzarla, correr para ponerse a su lado ya a mitad de camino, momento en que Linda disminuía la velocidad, se detenía casi, para volverse a mirarle, sobresaltada, no alarmada; tan sólo sobresaltada; haciendo simplemente lo que en Hollywood recibe el nombre de un *double-take*, ya que no estaba aún tan lejos de su herencia sureña como para no recordar que él, Charles, no podía arriesgarse a que algún transeúnte casual contara a Gavin que su sobrino permitía que la dama a la que acompañaba a casa tuviera que recorrer, camino de la puerta de su hogar, por lo menos diez metros sola.

De manera que a la casa llegaban ya el uno al lado de la otra: al vasto telar — oscuro, de fabricación casera, decorado con columnas— del sueño, pesadilla, monstruosa esperanza o aterrada propiciación, fuera lo que fuese tanto en el presente como en el pasado; el frío mausoleo en el que el viejo Snopes al menos había inmolado tanto dinero suyo sin conseguir a cambio ni la gracia ni el calor de hogar; Linda se detenía de nuevo para decir «Sube a tomar una copa», exactamente como si no se lo hubiera dicho ya diez metros antes en el coche, Charles de nuevo sin otro recurso que la sonrisa y el movimiento negativo de cabeza, como si también él acabara de descubrir en aquel momento su capacidad para hacerlo. Luego ella le ofrecía la mano, dura y firme como la de un hombre, dado que, después de todo, era la de alguien que remachaba barcos o, al menos, que los había remachado. Después él abría la puerta, Linda se inmovilizaba por un momento a mitad del movimiento de entrar, recortada contra la débil luz que surgía de las profundidades del vestíbulo, y finalmente la puerta volvía a cerrarse.

Sí, claro; se le podría dar distintos nombres, pero sorpresa no sería uno de ellos; Charles pensaba en su tío, pobre infeliz, si es que realmente le había quitado la ropa, una vez quizá. Lo que le llevó a pensar que tal vez había pasado de verdad en una sola ocasión, y que su tío no había sido capaz de aguantarlo, de soportarlo, y había echado a correr para volver atrás aquellos dieciocho o veinte años hasta llegar a Melisandre Harriss (que fue Backus), y ponerse a salvo. De manera que si la palabra no era sorpresa, quizá no tuviera tampoco que ser sufrimiento: tan sólo alivio. Un poco de terror, quizá, al haber escapado por los pelos, pero sobre todo alivio por haber podido escapar, cualesquiera que fueran las condiciones o los términos. Porque él, Charles, era demasiado joven por entonces. No sabía si se acordaba o no de la madre de Linda como era evidente que su tío y Ratliff la recordaban. Pero había tenido que escucharlos a los dos con la frecuencia y la extensión suficientes para saber que, sin el menor género de duda, estaba al tanto de todo lo que ellos recordaban, especialmente Ratliff, a quien casi oía decir de nuevo: «Tuvimos suerte. No sólo convivimos con Helena de Argos aquí mismo en Jefferson, cosa que no sucede en la mayoría de las ciudades, sino que incluso sabíamos quién era, y luego tuvimos también nuestro Paris, para salvarnos a los argivos arrasando Troya a cambio. Lo que hay que desear no es poseer a Helena, sino tan sólo el derecho y el privilegio de contemplarla. Lo peor que puede suceder es que se fije en ti lo bastante para pararse y volver la vista».

Así que, suponiendo que lo que fuera que hizo a Helena se pudiera transmitir o por lo menos heredar, la palabra no sería en absoluto sufrimiento sino sencillo y quizá asombrado alivio; y tal vez la suerte y el destino de su tío era simplemente la maldición de tener menos fuego y calor que Paris y Manfred De Spain; simplemente haberse asustado aquella primera y única vez (si su tío realmente le había quitado la ropa aquella primera vez) y haber huido mientras aún le quedaba vida. Ya saben: la araña macho lo bastante sabia a causa de la edad o lo bastante cautelosa en razón de

la experiencia o tal vez lo bastante rápida, por pura timidez, para asustarse, para sentir, para prever esa exploración inicial tierna y acariciadora de la proboscis o del tubo de succión, o de lo que sea que su moza utiliza para chuparle toda la sangre cuando él cree que lo único que está arriesgando es su semen; y salta, sale disparado, perdiendo por supuesto el semen y la mayor parte de las entrañas también en lo que creyó al principio que no era más que un apacible orgasmo, pero por lo menos conservando el cascarón, la ropa, la vida. O la uva, pongamos por caso, una uva madura, un poco pasada de sol y sin mucho zumo, pero por lo menos todavía suficientemente intacta aunque sólo sea un pellejo sin savia después del chorro de eyaculación del beso nínfico, y reteniendo por lo menos la aplastada apariencia de una uva. Sólo que para entonces había que acordarse de lo que Ratliff dijo en aquella ocasión: «No; no se va a casar con él. Será peor que eso», y preguntarse qué podían querer Helena o su heredera con aquel cascarón vacío o pellejo aplastado y, por lo tanto, ¿qué demonios podía haber querido decir Ratliff? O, en todo caso, ¿qué creía que quería decir? O, por lo menos, ¿qué le daba miedo de haber querido decir o de haber dicho?

Hasta que por fin se le ocurrió hacer lo lógico y razonable que a cualquier otro se le hubiera ocurrido antes de nada: preguntar al mismo Ratliff lo que quería decir o creía que quería decir o tenía miedo de querer decir. Y así lo hizo. Era verano ya, junio; no sólo había crecido el algodón de McKinley Smith, sino que Essie estaba embarazada. Toda la ciudad lo sabía; la futura madre lo había anunciado públicamente en el banco una mañana tan pronto como se abrieron las puertas y los primeros clientes se colocaron en fila junto a las ventanillas; en menos de dos meses McKinley y ella se habían ganado la silla de ruedas del viejo Meadowfill.

—Porque lo que tiene no es bastante —dijo Ratliff.

—¿Bastante para qué? —preguntó Charles.

—Bastante para tenerla ocupada y satisfecha. Sin barcos que remachar y ahora, además, sin gente de color hasta nueva orden. Vivimos en paz y prosperidad; las mismas paz y prosperidad a causa de las cuales los viejos como tu tío y yo nos pasamos cuatro años enteros renunciando al azúcar y a la carne y a los cigarrillos, las tres cosas juntas, para que vosotros, los jóvenes, estuvierais contentos mientras las ganabais. Tanta prosperidad que hasta los zapateros remendones y los hojalateros comunistas oprimidos y los niños negros pueden permitirse prescindir de Linda. Quiero decir que quizá si ella se lo hubiera preguntado al principio, habría descubierto que tampoco antes era verdad que la necesitaran, pero no se lo podían decir en simples dólares y centavos. Ahora ya pueden —parpadeó mirando a Charles—. Se le ha acabado la injusticia.

—No sabía que pudiera pasar eso —dijo Charles.

—Pues ha pasado —dijo Ratliff—. De manera que necesitará pensar algo, aunque tenga que inventarlo.

—De acuerdo —dijo Charles—. Supongamos que lo hace. Si ha sido lo bastante

dura para aguantar las cosas que hemos estado imaginando por estos alrededores, sin duda soportará cualquier cosa que se le ocurra a ella misma.

—No es Linda quien me preocupa —dijo Ratliff—. Está perfectamente sana, pero es peligrosa. Estoy pensando en tu tío.

—¿Qué problema tiene mi tío? —dijo Charles.

—Cuando finalmente a Linda se le ocurra algo y se lo diga, lo más probable será que lo haga —dijo Ratliff.

DIECISÉIS

Coincidieron aquella mañana en la oficina de correos, como, sin proponérselo, les sucedía con frecuencia a la hora del reparto matutino. Linda, como de costumbre, con la ropa que se ponía para pasear durante horas por el campo de los alrededores de Jefferson: los gruesos zapatos ingleses de buena calidad, arañados y rozados pero cuidadosamente embetunados todas las mañanas, y medias o calcetines de lana bajo los gastados pantalones de franela o de la falda o, a veces, de lo que parecía un mono de color caqui bajo un grueso chaquetón de hombre lleno de manchas; esto en otoño, invierno y primavera; en verano se pasaba al algodón: vestido o falda o pantalones; y la cabeza, con su penacho blanco, siempre descubierta por muy mal tiempo que hiciera. Después iban a la cafetería de Holston House a tomar café, pero esta vez Stevens se apoderó del cuadernito de láminas de marfil con cantos de oro que le había regalado ocho años antes y escribió:

Una cita En el despacho. Para verme

—¿No se debe pedir una cita para ver a un abogado? —preguntó ella.

La siguiente frase de Stevens sería: «Así que esta vez me necesitas en calidad de abogado». Y si los dos hubieran podido utilizar la palabra, lo habría dicho, dado que a la edad de cincuenta y pico hablar no supone esfuerzo. Pero escribir sigue siéndolo a cualquier edad, de manera que hasta un abogado vacila ante lo obvio si tiene que utilizar una pluma o un lápiz. Así que escribió *Esta noche después de cenar En tu casa*

—No —dijo ella.

Stevens escribió *Por qué*

—Tu mujer tendría celos. No quiero hacer daño a Milly.

Su frase siguiente habría sido: «¿Melisandre celosa? ¿De ti y de mí? ¿Después de todo este tiempo?» Lo que, por supuesto, era demasiado largo para escribirlo en una lámina de marfil de seis centímetros de largo por cuatro de ancho. Así que ya había empezado a escribir *Tonterías* cuando se detuvo y lo borró con el pulgar. Porque Linda lo estaba mirando y él la entendió. Escribió *Quieres que esté celosa*

—Es tu mujer —dijo—. Te quiere. Tendría que sentir celos —Stevens no había borrado aún la última frase; sólo tenía que colocársela delante de la cara hasta que Linda volviera a mirarla—. Sí —dijo ella—. Estar celoso es parte del amor. Quiero que también lo tengas. Quiero que lo tengas todo. Quiero que seas feliz.

—Soy feliz —dijo él. Cogió uno de los sobres sin abrir que acababa de sacar de su apartado de correos y escribió por detrás *Soy feliz He disfrutado del privilegio de entrometerme impunemente en los asuntos de otras personas sin hacer realmente ningún daño, por el hecho de pertenecer a una profesión cuyos acólitos han sido absueltos a priori por defender la justicia antes que la verdad Se me ha negado la oportunidad de destruir lo que amaba tocándolo Me puedes decir aquí y ahora de qué se trata o tengo que ir esta noche a tu casa después de cenar*

—De acuerdo —dijo ella—. Después de cenar, entonces.

Al principio el dinero de su mujer era un problema. En realidad, de no haber sido por la gran histeria de la guerra, la histeria menor de tanto dinero repentino podría haber sido grave. Incluso cuatro años después Melisandre todavía trataba de convertirlo en un problema: en aquellas cálidas noches de verano el criado negro y una de las doncellas servían la cena en una terraza embaldosada debajo de un emparrado de glicinas en el jardín trasero, y cada vez que tenían huéspedes, incluso de nuevo el mismo huésped o huéspedes, Melisandre decía, «Estaríamos más frescos en el comedor» (después de la reforma, el comedor de la nueva casa no llegaba del todo a ser tan grande como una cancha de baloncesto) «y además no habría bichos. Pero a Gavin le pone nervioso el comedor».

Momento en que él decía, igual que siempre, incluso una vez más ante el mismo invitado o invitados: «Maldita sea, Milly; no hay nada que me ponga nervioso: ya era así de nacimiento».

Ahora estaban en el jardín de atrás tomando sandwiches y té helado.

—¿Por qué no la invitaste aquí? —dijo Melisandre. Stevens se limitó a seguir masticando, de manera que ella dijo—: pero claro está que lo hiciste —él siguió masticando y ella dijo—: así que debe de ser algo importante —luego añadió—: pero no puede ser muy importante, porque de lo contrario no habría esperado; te lo hubiera dicho allí mismo en correos —luego dijo—: ¿qué supones que es? —y él se limpió la boca, dejó la servilleta al tiempo que se ponía en pie, dio la vuelta alrededor de la mesa, se inclinó y le dio un beso.

—Te quiero —le dijo—. Sí. No. No lo sé. No me esperes levantada.

El regalo de boda de Melisandre había sido un Cadillac de dos plazas; eso fue durante el primer año de la guerra, y sólo Dios sabía dónde había conseguido Melisandre un Cadillac nuevo descapotable o lo que había pagado por él.

—A no ser que de verdad no lo quieras —le dijo.

—Sí que lo quiero —dijo Stevens—. Siempre he querido un Cadillac descapotable..., con tal de que pueda hacer con él exactamente lo que me apetezca.

—Claro que puedes —dijo ella—. Es tuyo.

Así que Stevens volvió con el coche a la ciudad, llegó a un acuerdo con un garaje para que se lo guardara por diez dólares al mes, retiró la batería, la radio, la rueda de repuesto y los neumáticos y los vendió; luego llevó las llaves y la factura al banco de Snopes e hipotecó el coche por el préstamo más elevado que estuvieron dispuestos a hacerle. Para entonces el progreso, el renacimiento industrial y el rejuvenecimiento habían llegado incluso a los bancos rurales de Mississippi, de manera que la entidad presidida por Snopes tenía ya un cajero profesional, o vicepresidente ejecutivo, importado de Memphis seis meses antes, para dotarla de la Nueva Fisonomía, consistente en lograr que los bancos rurales se acomodaran al criterio según el cual se aceptaba, se podía aceptar, el automóvil como parte integrante e irrenunciable no sólo de la cultura sino también de la economía, mientras que, como Stevens sabía muy

bien, Snopes, por su cuenta, no prestaría un centavo al mismo Dios por un automóvil. Así que Stevens podría haber conseguido el préstamo del vicepresidente con su simple garantía, no sólo por la razón anterior, sino porque el vicepresidente era forastero y Stevens miembro de una de las tres familias más antiguas del condado y no se hubiera atrevido a decirle No. Pero Stevens no lo hizo así; tenía que ser, por así decirlo, responsabilidad personal de Snopes. El abogado acechó al banquero, le tendió una emboscada y consiguió abordarlo en público, en el vestíbulo del banco, no sólo con el personal al completo, sino con el añadido de los clientes del momento, para explicarle con todo detalle cómo no se proponía vender el regalo de boda de su mujer sino simplemente convertirlo en bonos de guerra hasta el final de la contienda. De manera que el préstamo se hizo, Stevens entregó las llaves y se redactó el documento hipotecario que Stevens, naturalmente, no tenía la menor intención de cancelar, más los diez dólares mensuales de almacenaje que se irían acumulando hasta el momento en que Snopes se diera cuenta de que su banco poseía un Cadillac sin estrenar, aunque pasado de moda, y que estaba completo si se exceptuaban los neumáticos y la batería.

Aunque incluso tratándose del cupé que ya tenía seis años y del que, por así decirlo, había salido para casarse, el criado de Rose Hill siempre llegaba a tiempo para abrirle la portezuela antes de sentarse al volante, ponerlo en marcha y recorrer la larga avenida, en cuya inmediata proximidad trepaban los rosales por las cercas de paneles blancos tras las cuales se alineaban en otro tiempo, en mimada ociosidad, los caballos millonarios de pura sangre, desaparecidos ya, puesto que no había nadie en la finca para montarlos a no ser que se le pagara por hacerlo; Stevens, por su parte, aborrecía a los caballos aún más que a los perros, concediendo al caballo un primer puesto absoluto en el orden de aborrecimiento porque si bien ambos eran parásitos, el perro tenía al menos la virtud de ser además un adulador; el can, por lo menos, hacía fiestas, lo que mantenía a su dueño saludablemente avergonzado de la raza humana. Pero la verdadera razón era que si bien ni el caballo ni el perro nunca olvidaban nada, el perro al menos perdonaba, cosa que no hacía el caballo; y Stevens tenía el convencimiento de que lo que el mundo necesitaba sobre todo era que se le perdonara más: que si se poseía la facultad activa y la sensibilidad para perdonar pronto, no tenía ya importancia que se llegara o no a aprender o incluso a recordar algo.

Porque tampoco él tenía la menor idea de lo que Linda quería; y *es que las mujeres son maravillosas pensó: ya que en realidad no importa lo que quieren ni incluso si saben qué es lo que creen que quieren*. Pero siempre quedaba el recurso al silencio. Linda tendría que organizar, relacionar, decírselo ella misma, en lugar de obligarle a que le extrajera lo que fuera que quería que supiera mediante las infinitesimales excavaciones legales que de ordinario exigen los testigos; Stevens sólo tendría que escribir en la lámina de marfil *Al menos no me obligues a poner por escrito todas las preguntas que quieres que te haga y cuando se presente una háztela tú misma y sigue adelante a partir de ahí*. Antes de detener el automóvil la vio ya en

el pórtico con su vestido blanco, entre dos de las columnas que eran demasiado grandes para la casa, para la calle, para la misma Jefferson; la luz sería más suave y probablemente haría menos calor y en cualquier caso sería más agradable sentarse allí. Pero estaba el silencio; pensó que debería haber una ley obligando a todo el mundo a llevar una linterna en el coche, o quizá podía pedirle a Linda mediante el cuadernito de láminas de marfil que sacara una linterna para que pudiera leer la primera frase; sólo que no podría leer la petición de la linterna hasta que estuvieran dentro.

Linda lo besó, como hacía siempre a no ser que se encontraran en la calle, casi tan alta como él; *Por supuesto pensó Stevens tendrá que ser arriba, en su sala de estar y con la puerta cerrada probablemente; tratándose de algo lo bastante urgente para exigir una cita especial* mientras la seguía por el vestíbulo al fondo del cual se hallaba la puerta de la habitación que ocupaba su padre (el abogado creía que de todo Jefferson sólo Ratliff y él sabían la verdad), según lo quería la leyenda local, sin leer ni mascar tabaco: tan sólo con los pies apoyados en un pequeño saliente de madera sin pintar que su pariente y carpintero de Frenchman's Bend clavó a la altura adecuada en la chimenea de estilo Adam; escaleras arriba hasta, como era lógico, la sala de estar de Linda, la repisa de cuya chimenea tenía la altura exacta para estar de pie delante mientras él utilizaba el bloc tamaño cuartilla y el lápiz que eran los principales accesorios de la habitación, dado que Linda sólo lo llevaba allí cuando necesitaban más espacio del que proporcionaban las superficies de marfil de cuatro por seis centímetros. Aunque esta vez Stevens ni siquiera había cogido el lápiz cuando ella dijo las ocho o nueve palabras que lo inmovilizaron durante casi la mitad de otros tantos segundos. Finalmente repitió una de aquellas palabras.

—¿Mink? —dijo—. ¿Mink? —pensó rápidamente *Cielos, no; esto no pensando muy de prisa Mil novecientos... ocho. Veinte años entonces más otros veinte después. Saldría dentro de dos años de todas formas. Lo habíamos olvidado. O tal vez no.* Tampoco tuvo que escribir *Explícamelo*, porque Linda lo estaba haciendo ya; de no ser por la decisión de guardar silencio podría preguntarle, le hubiera preguntado qué demonios, qué extraña coincidencia (no había empezado aún a pensar en el azar, la suerte, el destino) le había hecho acordarse de un hombre al que no había visto nunca y cuyo nombre sólo podía haber oído mencionar en conexión con un cobarde y salvaje asesinato. Pero eso ya no tenía importancia, y fue entonces cuando Stevens empezó a pensar en la suerte y en el destino.

Acompañada por el criado para que escuchara por ella, se había trasladado el día anterior a Frenchman's Bend en el coche de su padre y había hablado con Jody, el hermano de su madre; y ahora la tenía delante, junto a la repisa con el bloc todavía immaculado, contándoselo:

—Primero sólo lo condenaron a veinte años, hasta mil novecientos veintiocho, y hubiera salido entonces de la cárcel. Pero en mil novecientos veintitrés trató de escapar. Disfrazado de mujer con un vestido de percal y un gorro de los que sirven

para protegerse del sol. Me pregunto cómo consiguió un vestido de percal y un gorro en la cárcel.

De no ser por el silencio podría haber utilizado la dulzura. Pero todo lo que tenía era el bloc. Porque sabía la respuesta ya, y escribió *Qué te ha contado Jody*

—Que fue mi..., otro primo, Montgomery Ward, el que exhibía las transparencias obscenas hasta que lo mandaron a Parchman, también en mil novecientos veintitrés, ¿lo recuerdas? —sí, claro que lo recordaba: cómo él y el sheriff de entonces, el viejo Hub Hampton, muerto ya, sabían que Flem Snopes en persona colocó el whisky ilegal en el estudio de su pariente e hizo que lo condenaran a dos años en Parchman, y cómo sin embargo Flem no sólo tuvo dos entrevistas privadas con él mientras estaba en la cárcel esperando el juicio, sino que depositó el dinero de su fianza, de manera que pudiera tomarse un permiso de dos días de la cárcel y también de Jefferson antes de volver a que le impusieran la sentencia y lo llevaran a Parchman para cumplir la condena, después de lo cual Jefferson ni lo vio ni volvió a oír hablar de él hasta hacía ocho o diez años, cuando se supo que estaba en Los Angeles, ocupado en alguna tarea muy lucrativa, asociada o relacionada con la industria cinematográfica o, al menos, colonizada por ella. *Así que por eso Montgomery Ward tenía que ir a Parchman y sólo allí pensó en lugar de a Atlanta o a Leavenworth que es a donde lo hubieran mandado las postales obscenas.* Sí, claro que se acordaba de aquel juicio, igual que del anterior: de la sala del tribunal, con el diminuto loco asesino, flaco y mal alimentado, que, cuando el Juez en persona se inclinó para comunicarle que tenía el derecho constitucional de declararse culpable o inocente, le contestó «No me moleste ahora, ¿no ve que estoy ocupado?» y luego se volvió hacia la sala abarrotada para gritar «¡Flem! ¡Flem Snopes! ¿No hay aquí nadie que vaya a decirle a Flem Snopes...» Sí, claro; él, Stevens, sabía ahora por qué Montgomery Ward había tenido que ir a Parchman: Flem Snopes se compró veinte años de vida colocando como prueba falsa aquellos cinco galones de whisky.

Quieres que lo saque escribí.

—Sí —dijo ella—. ¿Qué es lo que hay que hacer?

Saldrá dentro de dos años por qué no esperar hasta entonces escribí *No ha conocido otra cosa que esa jaula durante treinta y ocho años No vivirá ni un mes en libertad como un viejo león o tigre Dale por lo menos dos años más*

—Dos años de vida no tienen importancia —dijo ella—. Dos años de cárcel sí la tienen.

Ya había movido el lápiz de nuevo cuando se detuvo y prefirió hablar; más tarde le dijo a Ratliff por qué.

—Ya sé por qué —dijo Ratliff—. Quería tener la conciencia tranquila. Tal vez Linda había aprendido a leer el movimiento de los labios y aunque no fuera así, al menos quedaría constancia en el registro de usted.

—No —dijo Stevens—. Fue porque no sólo soy un defensor de la fatalidad y del destino, sino que además los admiro; y quiero también ser uno de sus instrumentos,

por modesto que sea mi papel.

De manera que no lo escribió sino que lo dijo:

—¿No sabes qué es lo que va a hacer Mink en el momento en que vuelva a Jefferson o a cualquier otro sitio donde esté tu padre?

—Dilo más despacio y deja que lo intente otra vez —respondió ella.

Te quiero escribió Stevens pensando muy de prisa *SÍ digo No encontrará a otro, a cualquier otro, quizá algún picapleitos que la exprimirá por sacarlo de la cárcel y luego seguirá chupándole la sangre por lo que esa serpiente de cascabel en miniatura hará en el momento en que quede libre y siguió escribiendo podemos sacarlo llevará unas semanas una petición de gracia que redactaré para ti familiar suya el juez y el sheriff de entonces el juez Long y el viejo Hub Hampton han muerto pero Little Hub nos servirá aunque no vuelva a ser sheriff hasta las próximas elecciones Yo mismo se la llevaré al gobernador*

Ratliff también pensó. Al día siguiente tenía la petición encima del escritorio y a Ratliff delante con la pluma en la mano.

—Vamos —dijo Stevens—. Firma. También voy a ocuparme de eso. Qué piensas que soy, ¿un asesino?

—Todavía no, en cualquier caso —dijo Ratliff—. ¿Cómo se va a ocupar?

—La señora Kohl se encarga de ello —dijo Stevens.

—Creía que me había dicho usted que nunca le mencionó en voz alta donde pudiera oírlo lo que Mink hará en cuanto vuelva a estar dentro del mismo perímetro urbano que Flem —dijo Ratliff.

—No me ha hecho falta —dijo Stevens—. Linda y yo hemos estado de acuerdo en que no hay ninguna necesidad de que vuelva aquí después de cuarenta años, con su mujer muerta y las dos hijas Dios sabe dónde; que para él, de hecho, sería mejor que no volviera. De manera que Linda pone el dinero. Quería que fuesen mil dólares, pero le dije que tanto dinero de una vez acabaría con él sin duda alguna. Así que voy a entregar doscientos cincuenta al alcaide, para que se los dé un minuto antes de que abran la puerta y lo dejen salir, con el acuerdo de que se habrá comprometido a cruzar la frontera del estado de Mississippi antes de la puesta del sol, y que otros doscientos cincuenta se le enviarán cada tres meses a la dirección que indique, con tal de que no vuelva nunca a entrar en Mississippi mientras viva.

—Entiendo —dijo Ratliff—. Se queda sin dinero a no ser que se comprometa a no ponerle a Flem los ojos encima mientras viva.

—Eso es —dijo Stevens.

—Supongamos que el dinero no basta —dijo Ratliff—. Supongamos que no quiere doscientos cincuenta dólares de Flem Snopes.

—Recuerda —dijo Stevens— que va a tener que pensar en los treinta y ocho años de cárcel ya cumplidos, frente a los dos años más todavía pendientes. Cambiará a Flem Snopes por esos dos años, con una gratificación añadida de mil dólares anuales para el resto de sus días. Firma.

—No me meta prisa —replicó Ratliff—. Destino y fatalidad. Me dijo usted que estaba orgulloso de ser su criado, ¿no es cierto?

—¿Y eso qué importa? —dijo Stevens—. Firma.

—¿No le parece que debería incluir también un poquito de suerte?

—Firma —dijo Stevens.

—¿Se lo ha dicho a Flem?

—Todavía no me lo ha preguntado —dijo Stevens.

—¿Y cuando lo haga? —dijo Ratliff.

—Firma —dijo Stevens.

—Ya lo he hecho —dijo Ratliff. Dejó la pluma sobre el escritorio—. Tiene usted razón. Nunca hemos tenido la posibilidad de dejar de hacerlo. Si usted hubiera dicho No, Linda habría conseguido otro abogado que no le dijera No y que además no inventaría la jugada de los doscientos cincuenta dólares. Y entonces Flem Snopes no tendría la menor probabilidad.

Ninguno de los restantes documentos necesarios presentó la menor dificultad. El juez que dictó la sentencia había muerto ya, por supuesto, al igual que el sheriff titular de entonces, el viejo Hub Hampton. Pero su hijo, al que se conocía por Little Hub, había heredado no sólo la alternancia cada cuatro años en el cargo de sheriff que tenía su padre, sino también la capacidad de su progenitor para mantener unas relaciones políticas muy cordiales con el otro sheriff, Ephraim Bishop. De manera que Stevens contó con la firma de los dos; además el presidente del jurado de acusación de la época era un robusto octogenario (todavía de mente ágil) que, cuando no se dedicaba a cazar y a pescar con el tío Ike McCaslin, otro octogenario, seguía llevando un pequeño molino de maíz que funcionaba con electricidad; y otras firmas selectas que Stevens incorporó a la petición de gracia de manera tan sencilla y tan implacable como la de Ratliff. Aunque lo que él consideraba como su carta más importante era un condiscípulo de Harvard, un simple aficionado en materia de política estatal que no había ocupado aún ningún cargo, pero que durante años había sido una especie de asesor de los gobernadores en cuestiones relacionadas con la administración de la justicia por la sencilla razón de que todas las facciones del estado sabían que no sólo era un leal ciudadano de Mississippi sino demasiado rico ya como para buscar con ello un provecho material.

De manera que Stevens no tendría —no se proponía tener, de hecho— más que buenas noticias que comunicar a su cliente una vez que en la capital del estado se recibieran los documentos; después transcurrió el resto del verano y llegó el otoño, septiembre, cuando todo Mississippi (incluidos gobernadores y cuerpos legislativos y comisiones de indulto) se ponía de nuevo corbata y chaqueta y reanudaba sus ocupaciones. Stevens creía que casi podría elegir el día y la hora de la excarcelación, decidiéndose por los últimos días de septiembre y explicando el por qué a su cliente por escrito en el papel amarillo de su despacho, plausible, elocuente, convincente puesto que él mismo estaba convencido. Septiembre, punto culminante de la

temporada de recogida del algodón y mes en el que no sólo habría trabajo, y trabajo que a Mink le resultaba familiar, sino, entre todos los trabajos posibles, uno con el que tenía fuertes vínculos sentimentales, y que después de treinta y ocho años de verse obligado a realizarlo bajo el apremio de rifles cargados, ahora se lo pagarían de acuerdo con el rendimiento obtenido. Esto en contraposición a ponerlo en libertad en el mes de junio que ya había quedado atrás, con la perspectiva de medio verano de ociosidad más la fuerza de gravitación hacia el lugar en el que había nacido; sin explicar a Linda sus razones de por qué aquel hombre no más voluminoso que un niño, que sin duda estaba loco desde primer momento, y que sin duda no habría mejorado después de treinta y ocho años en el penal, no debía regresar a Jefferson; ocultando también eso tras la racional locuacidad del lápiz que volaba sobre el papel rayado, hasta que, de repente, al alzar la vista (Linda por supuesto no había oído nada) Ratliff estaba junto a la puerta del despacho, mirándolos, cortés, afable, inescrutable y además, en esta ocasión, ligeramente serio y pensativo. Tan ligeramente que de hecho Linda no lo advirtió, al menos no antes de que Stevens, tocándole el brazo o dándole un leve codazo mientras se ponía en pie (aunque eso no era necesario porque ella había sentido ya la nueva presencia para entonces), dijera:

—Qué tal, V. K. Pasa. ¿Es ya la hora?

—Eso parece —dijo Ratliff—. Buenos días, Linda.

—Qué tal, V. K. —respondió ella con su voz de sorda pero casi exactamente con la misma entonación de Stevens, aunque no podía haberle oído desde su vuelta, y ni siquiera el mismo Ratliff recordaba cuándo podía haberle oído antes. Luego Stevens sacó el mechero de oro con la inscripción G L S aunque L no era una de sus iniciales y le encendió el cigarrillo a Linda; después Ratliff y él sacaron del armario situado encima del lavabo los tres vasos de cristal grueso, el azucarero, la única cuchara y un limón en rodajas, y Ratliff extrajo de algún bolsillo un frasco plano de whisky de maíz que todavía, en pequeñas cantidades, el anciano señor Bookwright fabricaba y envejecía todos los años y que compartía de cuando en cuando con las escasas personas lo bastante diplomáticas como para conservar su irascible y frágil amistad. A continuación se sentaron los tres, Linda con su cigarrillo y Stevens con su pipa de mazorca, y saborearon los ponches, el abogado sin dejar de hablar y de garrapatear de vez en cuando en el bloc para que su cliente respondiera, hasta que Lindaapuró el vaso, se puso en pie, dijo hasta la vista y se marchó. Entonces Ratliff dijo:

—Así que todavía no se lo ha dicho usted a Flem —Stevens fumaba—. Aunque ya, por supuesto, no necesita hacerlo, dado que más o menos todo el condado está enterado de que Linda, la prima o la sobrina, o lo que quiera que sea, de Mink, lo está sacando de la cárcel —Stevens seguía fumando. Ratliff cogió uno de los vasos donde habían tomado el ponche—. ¿Quiere otro?

—No, muchas gracias —dijo Stevens.

—Así que no es que se haya quedado sin voz —dijo Ratliff—. Sólo que quizá allí, en la cámara acorazada del banco donde tendría que estar contando su dinero, no

oiga lo que está pasando. Excepto quizá debido a esa excursión que tendrá que hacer al mundo exterior —Stevens seguía fumando—. Para cruzar la calle hasta el despacho del sheriff —Stevens seguía fumando—. ¿Está seguro de que no quiere otro ponche?

—De acuerdo —dijo Stevens—. ¿Por qué?

—Esto es lo que le estoy preguntando. A cualquiera se le hubiera ocurrido que lo primero que habría hecho Flem sería ir a ver al sheriff para recordarle las últimas palabras de Mink antes de que el juez Long lo invitara a Parchman. Pero sucede que no lo ha hecho. Quizá porque Linda le ha contado lo de los doscientos cincuenta dólares y hasta Flem Snopes puede agarrarse a un clavo ardiendo cuando no hay otra cosa en perspectiva. Porque, naturalmente, Flem puede ir y escribir directamente en la lámina ésa de marfil, en el momento en que pongas en libertad a esa condenada víbora de agua, volverá aquí sin parar en ningún sitio y te pagará con intereses por la tumba de tu mamá y por todo lo demás que esos metomentodo de Jefferson probablemente te han convencido ya de que ha sido culpa mía; como es lógico no quiere arriesgarse a ponerle una idea así en la cabeza, no sea que Linda eche mano de ti, se vaya a Parchman, lo saque esta noche de la cárcel y lo tenga en Jefferson mañana por la mañana a la hora del desayuno, si piensa que dejando las cosas como están le quedan aún tres semanas, en las que podría suceder cualquier cosa: se pueden morir Linda o Mink o el Gobernador y el comité de indultos o el mismo Parchman puede saltar por los aires. ¿Cuándo dijo usted que sería?

—¿Qué sería el qué? —preguntó Stevens.

—Cuando van a ponerlo en libertad.

—Ah. Un poco después del veinte. Probablemente el veintiséis.

—El veintiséis —dijo Ratliff—. ¿E irá usted antes?

—La semana que viene —dijo Stevens—. Para entregar el dinero y hablar en persona con el alcaide. Para decirle que no le den el dinero hasta que prometa salir de Mississippi antes de la puesta de sol y no volver nunca.

—En ese caso —dijo Ratliff— todo está en orden. Sobre todo si yo... —se detuvo.

—¿Si tú qué? —preguntó Stevens.

—Nada —dijo Ratliff—. Fatalidad y destino y suerte y esperanza y todos nosotros mezclados en ello; nosotros y Linda y Flem y ese condenado gato montes medio muerto de hambre allí en Parchman, todos mezclados en la misma suerte y destino y fatalidad y esperanza de tal manera que ninguno de nosotros está en condiciones de decir dónde acaba y dónde empieza. Sobre todo la esperanza. Quiero decir que creía que lo único que tenía la gente era esperanza, pero ahora estoy empezando a pensar que eso es todo lo que necesita cualquiera: únicamente esperanza. Ese pobre hijo de perra ahí, en la cámara acorazada del banco, contando su dinero porque es el único lugar de la tierra donde Mink Snopes no puede echarle mano, y mientras no tenga más remedio que estar allí más vale que cuente dinero

para estar haciendo algo, para tener algo que hacer. Y me pregunto si quizá no le devolverá a Linda sus doscientos cincuenta dólares sin cobrarle siquiera interés por los dos años de indulto. Y también me pregunto cuánto, del resto del dinero que hay en esa cámara, pagaría por hacer que le añadieran otros veinte años. O quizá sólo diez más. O incluso uno.

Diez días después Stevens se hallaba en el despacho del alcaide en la penitenciaría del estado. Tenía consigo el dinero: veinticinco billetes de diez dólares, completamente nuevos.

—¿No quiere explicárselo usted? —preguntó el alcaide.

—No —dijo Stevens—. Hágalo usted. Da lo mismo quién sea. Se trata simplemente de darle a elegir: aceptar el indulto y los doscientos cincuenta dólares y salir de Mississippi lo más de prisa que pueda, más otros doscientos cincuenta dólares cada tres meses durante el resto de su vida si no vuelve a cruzar la frontera del estado, o quedarse aquí en Parchman otros dos años y pudrirse e irse al infierno.

—Eso debería dar resultado —dijo el alcaide—. Desde luego lo daría si se tratara de mí. ¿Cuál es la razón de que el dueño de esos doscientos cincuenta dólares esté tan empeñado en que no vuelva a casa?

—Que no tiene nada a lo que volver —dijo Stevens hablando de prisa—. La familia deshecha y desperdigada; su mujer muerta hace veinticinco o treinta años y en cuanto a las hijas nadie sabe qué ha sido de ellas. Incluso la casa alquilada en la que vivía, o bien se vino abajo o quizá alguien la encontró, hizo leña con ella, y se la llevó para quemarla.

—Es curioso —dijo el alcaide—. Casi todo el mundo en Mississippi tiene por lo menos un primo. De hecho es difícil no tenerlo.

—Sí, claro, parientes lejanos —dijo Stevens—. Sí, es cierto; parece que existió el típico clan rural, numeroso y muy desperdigado.

—Así que uno de esos numerosos parientes desperdigados tiene tan pocas ganas de que vuelva a casa como para pagar doscientos cincuenta dólares por ello.

—Mink está loco —dijo Stevens—. A alguien aquí se le ha tenido que ocurrir la idea durante los últimos treinta y ocho años y se lo habrá apuntado a usted, aunque usted no se hubiera dado cuenta.

—Aquí todos estamos locos —dijo el alcaide—. También los presos. Quizá sea el clima. Yo que usted no me preocuparía. Todos hacen esas amenazas en su momento: terribles amenazas contra el juez o el abogado de la acusación o contra un testigo que dijo en público algo que cualquier persona decente se hubiera callado; terribles amenazas: he comprobado que los hombres se vuelven especialmente vociferantes y amenazadores cuando están esposados a un policía. Pero a veces incluso un año es ya mucho tiempo. Y Snopes ha pasado aquí treinta y ocho. De manera que no se le concederá el indulto si no acepta el dinero. ¿Cómo sabe que si acepta el dinero no los engañará acto seguido?

—También yo me he fijado en algunas cosas acerca de la gente —dijo Stevens—.

Una de ellas es que una mala persona trabajará y se sacrificará diez veces más para que se le reconozca por lo menos una virtud, por espartana que sea, de lo que está dispuesto a hacerlo un hombre íntegro para evitar el vicio más abyecto que le proporcione placer. Mink Snopes trató de matar a su abogado cuando éste sugirió alegar que estaba loco. Se dará cuenta de que la única cosa cuerda que puede hacer es aceptar el dinero y el indulto, ya que si rechazara el indulto por causa del dinero, dentro de dos años no sólo no tendría los dos mil dólares, sino que podría incluso haber muerto. O, lo que podría ser infinitamente peor, podría estar vivo y en libertad por fin, aunque pobre y Fle... —se detuvo de repente.

—¿Sí? —dijo el alcaide—. ¿Quién es Fleh, que quizá haya muerto dentro de dos años y por lo tanto quedaría fuera de su alcance para siempre? ¿El dueño de los doscientos cincuenta dólares? Es igual —dijo—. Estoy de acuerdo con usted. Una vez que acepte el dinero, todo saldrá a pedir de boca, como suele decirse. ¿Es eso lo que quiere?

—Efectivamente —dijo Stevens—. Si surgiera cualquier dificultad, llámeme a Jefferson a cobro revertido.

—Le telefonaré de todas formas —dijo el alcaide—. Por lo mucho que usted se esfuerza no tengo más remedio que pensar que se trata de algo grave.

—No —dijo Stevens—. Sólo si no acepta el dinero.

—Quiere decir el indulto, ¿no es eso?

—¿Es que hay alguna diferencia? —dijo Stevens.

Así que cuando a media tarde del día veintiséis cogió el teléfono y la voz de la centralita dijo «Parchman, Mississippi, llamada para el señor Gavin Stevens. Adelante, Parchman» y la voz muy lejana dijo «Oiga. ¿Abogado?» Stevens pensó muy de prisa *De manera que soy un cobarde, después de todo. Cuando suceda dentro de dos años, por lo menos no me llegarán las salpicaduras. Al menos ahora se lo puedo decir a Linda porque esto servirá para probarlo antes de empezar a hablar:*

—Así que no ha querido aceptar el dinero.

—Entonces lo sabe ya —dijo la voz de Ratliff.

—... ¿Cómo? —dijo Stevens al cabo de menos de un segundo—. ¿Oiga?

—Soy yo —dijo Ratliff—. V. K. Estoy en Parchman. Así que ya le han telefoneado.

—¿Telefonarme para qué? —dijo Stevens—. ¿Es que sigue ahí? ¿No ha querido marcharse?

—No; se ha ido. Salió a eso de las ocho esta mañana. Un camión que iba hacia el norte...

—Pero acabas de decir que no aceptó el dinero.

—Eso es lo que estoy tratando de explicarle. Finalmente localizamos el dinero hace cosa de quince minutos. Todavía está aquí. Mink...

—Un momento —dijo Stevens—. Has dicho las ocho de la mañana. ¿En qué dirección?

—Un negro lo vio junto a la carretera hasta que lo recogió un camión de ganado que iba en dirección norte, hacia Tutwiler. Desde allí ha podido seguir hasta Clarksdale y Memphis. O puede haber ido de Tutwiler a Batesville y Memphis por ese otro camino. Sólo que cualquiera que quiera ir de Parchman a Jefferson también podría ir por Batesville, a no ser que quisiera pasar por Chicago o Nueva Orleans por el gusto del viaje. De lo contrario es posible que no le falte mucho para llegar a Jefferson. Yo salgo ahora mismo para allá, pero quizá sea mejor que usted...

—De acuerdo —dijo Stevens.

—Pero a Linda todavía no —dijo Ratliff—. No hace falta decirle todavía que probablemente acaba de matar al marido de su mamá...

Pero Stevens no oyó esto último, porque ya había colgado el teléfono; ni siquiera llevaba el sombrero cuando llegó a la plaza y después a la calle siguiente: en una dirección el banco donde estaría Snopes y en la otra el palacio de justicia donde estaría el sheriff, aunque en realidad daba lo mismo a cuál de los dos fuese a ver primero, mientras pensaba *Así que es cierto que soy un cobarde, a pesar de tanta palabrería sobre el destino y la fatalidad que ni siquiera Ratliff se creyó.*

—¿Quiere usted decir —le interrumpió el sheriff— que no obstante los treinta y ocho años en Parchman, en el momento en que lo ponga en libertad tratará de hacer algo que lo devolverá al sitio de donde ha salido si es que esta vez no lo ahorcan antes? Eso es absurdo. Incluso un tipo como dicen que él era tiene que haber adquirido el suficiente sentido común en treinta y ocho años.

—Ja —dijo Stevens sin la menor hilaridad—. Lo ha expresado usted con gran exactitud. Es probable que todavía usara usted pañales en 1908. No estaba en la sala del tribunal aquel día; no le vio la cara ni le oyó; yo sí.

—Está bien —dijo el sheriff—. ¿Qué es lo que quiere que haga?

—Detenerlo. ¿Cómo los llaman? ¿Controles en las carreteras? No le permitan entrar siquiera en el condado de Yoknapatawpha.

—¿Y el motivo?

—Usted límitese a cazarlo. Yo le iré proporcionando motivos a medida que los necesite. Si hace falta lo retendremos por obtener dinero de manera fraudulenta.

—Yo creía que no había aceptado el dinero.

—Todavía no sé qué es lo que ha pasado con el dinero. Pero ya se me ocurrirá alguna manera de utilizarlo, al menos para retenerlo algún tiempo.

—Supongo que sí —dijo el sheriff—. Supongo que podrá hacerlo. Será mejor llegarnos hasta el banco y ver al señor Snopes; quizá se nos ocurra algo a los tres. O quizá la señora Kohl. También tendrá usted que decírselo a ella, supongo.

Con lo cual Stevens repitió casi palabra por palabra lo que Ratliff había dicho por teléfono después de que él colgara: «¿Decirle a una mujer que, al parecer, acaba de asesinar a su padre a las ocho en punto de la mañana?»

—Está bien, está bien —dijo el Sheriff—. ¿Quiere que vaya al banco con usted?

—No —dijo Stevens—. Aún no, de todos modos.

—Sigo pensando que se ha inventado usted un monstruo —dijo el sheriff—. Si Mink pasa por aquí, será para irse a Frenchman's Bend. Luego no habrá más que echarle el guante la primera vez que lo veamos por la ciudad y tener una charla con él.

—¿Verlo? ¡No me haga reír! —dijo Stevens—. Eso es precisamente lo que estoy tratando de decirle: que no se le ve. Ésa fue la equivocación de Jack Houston hace treinta y ocho años: no lo vio hasta que salió de detrás de aquellos matorrales con el rifle en la mano..., si es que salió antes de disparar, cosa que dudo.

Cruzó otra vez la plaza rápidamente, y estaba pensando *Sí, realmente soy un cobarde, después de todo* cuando la cantidad o entidad con la que llevaba hablando o a la que, más bien, llevaba escuchando, gran parte de su vida (su esqueleto, quizás, sobreviviría al resto de su persona durante algunos meses o años, y que sin duda se pasaría todo ese tiempo haciéndole reflexiones morales que él no estaría en condiciones de rebatirle) le respondió de inmediato *¿Es que alguna vez te ha dicho alguien que no lo eras?* Y él a continuación *Pero no soy cobarde: soy una persona humanitaria.* Luego el otro *Ni siquiera eres original; esa palabra se utiliza de ordinario como eufemismo para la otra.*

El banco estaría cerrado ya. Pero cuando antes había cruzado la plaza camino del despacho del sheriff, el coche con Linda al volante no se hallaba delante, y eso quería decir que no era el día de la excursión semanal para comprar whisky. Las persianas estaban echadas, pero después de zarandear un rato el pomo de la puerta lateral, uno de los contables se asomó, lo reconoció y le dejó entrar; pasó entre el fragor de las máquinas registradoras que recapitulaban las operaciones del día —las máquinas mismas indiferentes e incluso despreocupadas ante las cifras astronómicas que ellas reducían a la banalidad de un simple repiqueteo—, llamó a la puerta en la que el coronel Sartoris había hecho poner a mano cuarenta años antes la palabra PRIVADO y entró.

Snopes no estaba sentado ante el escritorio sino de espaldas a él, vuelto hacia el vacío y frío hogar de la chimenea, los pies en alto, cruzados y apoyados en las mismas muescas de tacones que ya iniciara en otro tiempo el coronel Sartoris. No estaba leyendo ni haciendo nada especial: tan sólo allí sentado, con el sombrero puesto y moviendo suavemente, pero sin descanso, la mandíbula inferior, como si estuviera mascando algo, aunque, como la ciudad también sabía, no era cierto; ni siquiera bajó los pies cuando Stevens se acercó al escritorio (una mesa cubierta de papeles distribuidos con cierto esmero, casi ordenados) y dijo prácticamente sin pararse a respirar:

—Mink salió de Parchman esta mañana a las ocho. No sé si usted lo sabe o no, pero habíamos preparado..., preparé, más bien, algún dinero que se le iba a entregar al abandonar el penal, con la condición de que al aceptarlo se comprometiera a salir de Mississippi sin volver a Jefferson y a no cruzar nunca la frontera del estado. No se ha llevado el dinero; no sé todavía cómo lo ha hecho, puesto que no se le iba a

conceder el indulto hasta que lo aceptara. Un camión que pasaba por la carretera lo recogió y ha desaparecido. El camión se dirigía hacia el norte.

—¿Cuánto era? —preguntó Snopes.

—¿Cómo? —dijo Stevens.

—El dinero —dijo Snopes.

—Doscientos cincuenta dólares —dijo Stevens.

—Muy agradecido —dijo Snopes.

—Cielo santo —dijo Stevens—. ¿Le explico que un individuo ha salido de Pachman a las ocho de la mañana, camino de Jefferson para asesinarle, y todo lo que dice es Muy agradecido?

El otro no se movió, si se exceptúa el leve movimiento de mascar; Stevens pensó, hirviendo de indignación contenida, *Si por lo menos escupiera de vez en cuando.*

—En ese caso todo lo que tenía eran los diez dólares que les dan cuando los ponen en libertad —dijo Snopes.

—Sí —dijo Stevens—. Según nuestra..., según mi información. Pero creo que sí —o incluso aunque no hiciera más que fingir que escupe de vez en cuando pensó.

—Supongamos que un hombre creyera tener motivos para guardarle rencor —dijo Snopes—. Un individuo que tuviera ya sesenta y tres años y de los cuales hubiera pasado treinta y ocho en la cárcel y que incluso antes de eso no fuese ya gran cosa, no abultara mucho más que un chico de doce años...

Y tuvo que utilizar una escopeta desde detrás de unos matorrales incluso entonces pensó Stevens. Sí, claro; sé exactamente lo que quiere usted decir: demasiado canijo y endeble incluso entonces, incluso sin treinta y ocho años en la cárcel, para intentarlo con una simple navaja o una cachiporra. Y tampoco puede ir a Frenchman's Bend, el único sitio en todo el mundo donde alguien podría acordarse de él lo bastante como para prestarle un arma de fuego, porque si bien en Frenchman's Bend nadie desviaría un cañón que apuntara a Flem Snopes, tampoco prestaría a Mink su rifle para apuntarle. De manera que tendrá que comprar un arma por diez dólares o robarla, y en cualquiera de los dos casos cabe que no corra usted peligro: la pistola de diez dólares no funcionará y si recurre al otro procedimiento puede que algún policía lo salve a usted en estricto cumplimiento de la ley. Por supuesto. Norte pensó muy de prisa. Camino de Memphis. No tenía opción. No sabía de ningún otro sitio donde comprar una pistola por diez dólares. Y, dado que sólo tenía los diez dólares, no le quedaría más remedio que hacer autostop, primero hasta

Memphis, con tal de que llegara allí antes de que cerraran las casas de empeño, y luego de vuelta a Jefferson. Lo que no tendría lugar hasta el día siguiente, ya que cualquier otra cosa añadiría al simple destino y fatalidad un componente exagerado de esperanza y coincidencia que incluso el innato optimismo de Ratliff se negaría a aceptar.

—Sí —dijo—. Yo también lo creo. Tienes usted por lo menos hasta mañana por

la noche —siguió pensando muy de prisa *Y ahora vamos a ello. Cómo convencerle de que no le diga nada a Linda sin que llegue a saber que ha sido eso lo que ha aceptado, lo que ha prometido, ni que he sido yo quien le ha dado la idea. De manera que se oyó decir de repente—: ¿Se lo va usted a contar a Linda?*

—¿Por qué? —dijo Snopes.

—Claro —dijo Stevens. Y también se oyó decir—: Muchas gracias —luego, muy de repente esta vez—: Soy yo el responsable, aunque es probable que no hubiera podido impedirlo. Acabo de hablar con Eef Bishop. ¿Qué más quiere usted que haga? —*si por lo menos escupiera una vez pensó.*

—Nada —dijo Snopes.

—¿Cómo? —dijo Stevens.

—Lo que ha oído —dijo Snopes—. Le estoy muy agradecido.

Sabía al menos dónde empezar, pero no cómo hacerlo. Aunque llamara —si es que lo hacía— a la policía de Memphis, ¿qué les diría, qué podía decir a unas fuerzas de policía a ciento cincuenta kilómetros de distancia, que nunca habían oído hablar de Mink y Flem Snopes, ni tampoco de Jack Houston, que llevaba cuarenta años muerto, cuando él, Stevens, apenas había conseguido interesar al sheriff local quien, por lo menos, estaba enterado de lo que pasara a principios de siglo? ¿Cómo explicarles lo que él estaba seguro de que Mink buscaba en Memphis, aparte de convencerlos de que estaba ya en Memphis o de que llegaría allí muy pronto? E incluso aunque consiguiera despertar hasta ese punto su interés, ¿cómo describir a quien se suponía que tenían que buscar, cuando su víctima de cuarenta años atrás se hizo asesinar sobre todo porque el asesino era el tipo de persona en quien nadie, ni siquiera su víctima, reparaba lo bastante como para prestar atención a lo que estaba haciendo o a lo que se proponía hacer?

A excepción de Ratliff. De todo el condado de Yoknapatawpha sólo Ratliff reconocería a Mink a primera vista. Pese a ser una persona que no había frecuentado ningún centro docente, que no había viajado, ni tampoco hasta cierto punto, leído, Ratliff tenía una escalofriante capacidad para almacenar conocimientos o información sobre la zona, así como para relacionarse con todo el mundo y estar a la altura de cualquier crisis local. Stevens terminó reconociendo la razón por la que estaba esperando, remoloneando, perdiendo en realidad el tiempo: el regreso de Ratliff en su camioneta desde Parchman, para que, sin detenerse siquiera, sin parar el motor, continuara a toda prisa camino de Memphis, señalar a Mink a la policía de Memphis y salvar al primo, al pariente, a lo que quiera que Flem Snopes fuese de Mink, de su merecido destino; sabiendo —Stevens— todo el tiempo que lo que deseaba en realidad de Ratliff era averiguar no sólo cómo Mink había atravesado el portón de Parchman sin el dinero al que su marcha estaba supeditada, sino cómo lo había hecho de manera tal que, al parecer, sólo la absolutamente imprevisible e injustificada presencia de Ratliff en un lugar y momento en los que carecía de motivo alguno para presentarse, había permitido descubrirlo.

No eran aún las tres cuando Ratliff había telefoneado; serían casi las nueve para cuando llegara a Jefferson. No es que la camioneta no pudiera cubrir la distancia en menos tiempo, sino que ningún vehículo propiedad de Ratliff (con tal de que él se hallara dentro y estuviera consciente, y no digamos nada si la conducía) iba a cubrirla más de prisa. Además, en algún momento, no mucho tiempo después de las seis, se detendría para cenar en el diminuto y triste villorrio con desmotadora, igual a otros muchos, que le quedara más a mano, o (en los tiempos actuales) en la misma carretera, entrando cuidadosamente y estacionando la camioneta con toda precisión delante de uno más de los cafés Dixie o Mac's o Lorraine's, para cenar, a solas, con el mayor decoro y sin prisa, la carne un poco demasiado fibrosa para masticarla con facilidad y demasiado cocida para que supiera a nada, las patatas fritas estereotipadas y el pan que, como una servilleta de papel, en lugar de masticarse se mascullaba, la lechuga y los tomates cortados a máquina y precongelados semejantes (si se exceptúa el color que permanecía intacto) a algo exhumado de las tundras por los paleontólogos, la tarta precongelada y de fabricación industrial y lo que las camareras llamarían café: todos ellos alimentos perfectamente puros e insípidos si se exceptúa que estarían convenientemente rociados de salsa de tomate también hecha a máquina.

Stevens podía, y quizá debía, haber tenido tiempo de sobra para volver a Rose Hill y cenar decentemente, pero, en lugar de hacerlo, telefoneó a su mujer.

—Salgo para allá: podemos cenar juntos en Holston House —dijo ella.

—No cariño. Tengo que ver a Ratliff en cuanto llegue de Parchman.

—Está bien. Creo que iré de todas formas y cenaré con Maggie (la hermana de Stevens) y quizá vayamos al cine. Te veré mañana. ¿Puedo ir a la ciudad de todas formas, no es cierto, si prometo no dejarme ver por la calle?

—¿Ves cómo no me ayudas? ¿Cómo resistirme a la confraternización si no me llevas la contraria?

—Entonces te veré mañana —dijo ella—. Buenas noches.

De manera que cenaron en Holston House; Stevens no se sentía capaz de enfrentarse aquella noche con su hermana, su cuñado y su sobrino Charles. Holston House se aferraba todavía a los viejos modos, no de manera desesperada, pero tampoco con gallardía: tan sólo con una actitud fría e inflexiblemente indómita por parte de las dos hermanas solteras (una de ellas, la más joven, había estado casada una vez, pero hacía tanto tiempo y tan brevemente que ya no contaba) que eran sus propietarias y gerentes, últimas descendientes del Alexander Holston que fuera uno de los tres primeros colonizadores del condado de Yoknapatawpha, y constructor de la primitiva casa de troncos, devorada hacía ya mucho tiempo por los edificios modernos, y que había intervenido —fue de hecho el catalizador— en que a la ciudad se le diera el nombre de Jefferson hacía ya más de un siglo; las dos hermanas todavía llamaban al comedor simplemente el comedor y (nadie sabía cómo) todavía conservaban camareros negros, quienes, en algunos casos, traspasaban de padre a hijos la antigüedad al servicio del hotel; los clientes aún consumían el menú único

que se les ofrecía en dos únicas mesas muy largas, cada una de ellas presidida por una de las hermanas; no se admitía a ningún caballero sin chaqueta y corbata, ni ninguna señora con la cabeza cubierta (había un tocador con una doncella para ese fin) aunque se presentara con el billete para el tren en la mano.

Pero sí es cierto que su hermana recogió a su mujer a tiempo para llegar al cine. De manera que ya estaba de vuelta en su despacho cuando oyó los pasos de Ratliff en la escalera y dijo:

—Está bien. ¿Qué ha sucedido? —pero en seguida añadió—: No. Un momento. ¿Qué estabas haciendo en Parchman?

—Soy un..., ¿cómo lo llama usted? optimista —dijo Ratliff—. Y como cualquier buen optimista no espero que pase lo peor. Pero como cualquier optimista merecedor del pan que come, me gusta hacer comprobaciones lo antes posible, por si acaso hubiera sucedido. Sobre todo cuando cabe que la diferencia entre lo mejor y lo peor haga todo el camino hasta Jefferson. Me ha costado algún trabajo además. Eran más o menos las diez de la mañana; para entonces hacía ya un par de horas cumplidas que Mink se había marchado, y los funcionarios se han impacientado un poco conmigo. Habían hecho su parte del trabajo, lo habían aceptado y lo habían guardado durante treinta y ocho años, todo normal y como es debido, que es lo que dijo el que habló conmigo, y estaban convencidos de que se habían ganado el derecho a librarse de él. Ya sabe: su indulto recién estrenado y los doscientos cincuenta dólares completamente nuevos muy guardados y abotonados y seguros y a salvo en el mono recién estrenado y el jersey y el portón cerrándose tras él de nuevo tal como dijo también el funcionario que hablaba conmigo y la página oficial sobre Mink Snopes retirada del libro mayor con la anotación oficial Pagado en su totalidad y destruida nada menos que dos horas antes, cuando hete aquí que aparece este forastero entrometido que ni siquiera es abogado diciendo Sí, sí, todo eso está muy bien, pero vamos a asegurarnos de que tenía encima el dinero cuando se fue.

»El alcaide en persona le había hecho entrega del dinero: a solas con Mink, con la mesa preparada para él; el indulto a un lado y los doscientos cincuenta dólares, más dinero del que Mink había visto nunca junto en toda su vida, al otro; y el alcaide en persona explicándole que no podía elegir: para aceptar el indulto tenía que quedarse con el dinero, y que una vez que se quedara con el dinero había dado su palabra y prometido y jurado sobre la biblia que se dirigiría al sitio más cercano que quedara fuera del estado y que nunca volvería a cruzar la frontera en lo que le quedara de vida. “¿Es eso lo que tengo que hacer para salir?” dijo Mink. “¿Coger el dinero?” “Eso es” dijo el alcaide, y Mink extendió la mano y cogió el dinero y el alcaide en persona le ayudó a guardarse el indulto y el dinero en un bolsillo del jersey y luego le estrechó la mano y vino el preso de confianza para acompañarlo hasta donde el encargado de las llaves estaba esperando para abrir el portón que llevaba a la libertad...

—Un momento —dijo Stevens—. El preso de confianza.

—¿Verdad que sí? —dijo Ratliff, dando su aprobación complacido, casi orgulloso—. Así de fácil. Probablemente ésa es la razón de que no se les ocurriera a ninguno, sobre todo dado que en una institución penitenciaria merecedora de cierto prestigio por estar bien dirigida no se supone que exista alguien tan excéntrico y tan antisocial como para que se comporte como si el libre albedrío tuviera algún punto de contacto con doscientos cincuenta dólares en carne y hueso que se le dan gratis a cambio de nada, sin tener siquiera que dar las gracias por ellos. Eso es lo que también dije yo: «Ese preso de confianza. Mink salió de aquí camino de la puerta con los doscientos cincuenta dólares. Vamos a comprobar si aún seguía teniéndolos cuando salió». De manera que dije lo mismo que usted: «Ese preso de confianza».

»—También condenado a cadena perpetua —dijo el alcaide—. Mató a su mujer con un martillo, luego se convirtió y supo en la cárcel que se había salvado, antes incluso de que lo juzgaran; tiene uno de los mejores historiales que se recuerdan; actúa incluso como predicador laico.

»—Pues si Mink hubiera tenido la lista completa de sus huéspedes para elegir y el tiempo para hacerlo, no habría encontrado una persona más idónea —dije yo—. Así que, al parecer, tengo ya que empezar a compadecerme de este hombre marcado por el fuego del espíritu, aunque la impaciencia no le permitiera pensar en una mejor respuesta al enigma de la vida conyugal que un buen martillo. Es decir, supongo que todavía tienen ustedes algunos métodos privados para interrogar a la gente poco dispuesta a la conversación, ¿no es cierto?

»Ésa es la razón de que tardara en llamarle: ha hecho falta un poco de tiempo, porque tengo que reconocer que no se le notaba nada. Y es que la gente es curiosa. No, no es curiosa: tan sólo patética. Allí estaba ese individuo, condenado a cadena perpetua y que incluso aunque se hubiera descubierto que había sido una equivocación o alguien dejara incluso la puerta de la cárcel abierta, no se atrevería a marcharse porque el padre de la chica tiene jurado que lo matará si cruza la verja de Parchman. ¿Qué demonios podía hacer con doscientos cincuenta dólares, incluso aunque hubiera soñado que podía darle resultado esta manera de conseguirlos?»

—Pero, ¿cómo, maldita sea? —dijo Stevens—. ¿Cómo?

—Pues de la única manera que Mink podía hacerlo, que es probablemente la razón de que a nadie se le ocurriera preverlo. Durante el trayecto desde el despacho del alcaide hasta la salida de la cárcel le dijo al preso de confianza que necesitaba ir un momento al servicio; cuando estuvieron dentro le dio al otro los doscientos cincuenta dólares y le pidió que se los devolviera al alcaide en la primera ocasión que le resultara conveniente, pero cuanto más tarde mejor, después de que él hubiera abandonado la cárcel y se hubiera perdido de vista; sólo tenía que decir que había cambiado de opinión y que no los necesitaba ya. De manera que ésa era la situación del preso de confianza: conceder a Mink una o dos horas más, al cabo de las cuales se habría ido, probablemente para siempre, sin que nadie supiera a dónde ni le importase. Porque da lo mismo dónde esté alguien: en el momento en que un hombre

se cree de verdad que nunca más en la vida necesitará doscientos cincuenta dólares, es que ya estaba muerto desde antes, aunque sólo lo haya descubierto en ese instante. Y eso es todo. No...

—Yo sí —dijo Stevens—. Me lo ha dicho Flem. Está en Memphis. Es demasiado pequeño y frágil y viejo para usar una navaja o un palo, de manera que tendrá que ir al sitio más cercano donde tenga esperanzas de conseguir un arma por diez dólares.

—Así que se lo ha contado a Flem. ¿Qué dijo?

—Dijo Muy agradecido —respondió Stevens. Al cabo de un momento añadió—: He dicho que cuando le dije a Flem que Mink había salido de Parchman esta mañana a las ocho y que se dirigía hacia aquí para matarlo, me contestó Muy agradecido.

—Ya le he oído —dijo Ratliff—. ¿Qué habría hecho usted? Sin duda mostrarse tan cortés como Flem Snopes, ¿no es cierto? De manera que quizá todo esté en orden, después de todo. Por supuesto ya ha hablado usted con Memphis.

—¿Para decirles qué? —preguntó Stevens—. ¿Cómo describir a un policía de Memphis una persona a la que yo mismo no reconocería, y no digamos nada sobre que esté de verdad en Memphis tratando de hacer lo que yo supongo que está tratando de hacer, por la sencilla razón de que tampoco yo sé qué hacer a continuación?

—¿Qué pasa con Memphis? —dijo Ratliff.

—No te entiendo —dijo Stevens—. ¿Qué es lo que pasa?

—Yo creía que hacía falta un lugar mucho más pequeño que Memphis para que no hubiera algún compañero suyo de Harvard.

—Que me aspen si no tienes razón —dijo Stevens. Pidió la conferencia al instante y poco después estaba hablando con él: el condiscípulo, el Cincinato aficionado a la política en su plantación no lejos de Jackson, que ya había desempeñado un papel destacado en la obtención del indulto, por lo que Stevens sólo tuvo que explicarle la crisis, no la situación.

—No estás seguro de que haya ido a Memphis, claro está —dijo su amigo.

—Es cierto —dijo Stevens—. Pero dado que es un caso urgente y estamos obligados a tratar de averiguar dónde se encuentra, se nos debe permitir al menos una suposición hecha de buena fe.

—De acuerdo —dijo el amigo—. Conozco al alcalde y al jefe superior de policía de Memphis. Todo lo que quieres, todo lo que se puede hacer en realidad, es comprobar si alguien ha tratado de comprar un arma de fuego o un revólver por diez dólares desde aproximadamente el mediodía de hoy. ¿No es eso?

—Eso es —dijo Stevens—. Y pídeles que hagan el favor de telefonarme aquí a cobro revertido cuando..., si es que lo averiguan.

—Te llamaré yo mismo —respondió su amigo—. Se puede decir que tengo también una pequeña participación en lo que pueda sucederle a tu amigo.

—Cuando me designes así hablando con Flem Snopes, haz el favor de sonreír —dijo Stevens.

Estaban a jueves; el viernes la centralita lo localizaría sin problema estuviera

donde estuviese por los alrededores de la plaza. De todos modos no le faltaba trabajo en el despacho y procuró serenarse. Cuando finalmente lo consiguió y puso manos a la obra, apareció Ratliff con una bolsa de papel cuidadosamente cerrada y dijo «Buenos días», sin que Stevens levantara la vista, escribiendo sin parar en el bloc amarillo, muy concentrado en el trabajo, incluso con Ratliff de pie, mirando un momento lo que hacía por encima del hombro. Luego Ratliff cogió una de las sillas más allá del escritorio que estaba pegada a la pared, pero después de sentarse se alzó a medias y colocó cuidadosamente el paquetito sobre el archivador que tenía al lado y volvió a sentarse, sin que Stevens dejara de escribir, aunque hiciera pausas de cuando en cuando para leer algo en el libro situado junto a su mano izquierda; poco después Ratliff extendió el brazo y cogió el periódico de Memphis que estaba sobre el escritorio, lo abrió, hizo un ligero ruido al pasar la página, ruido que repitió al cabo de un rato al pasar la siguiente, momento en que Stevens dijo:

—Maldita sea, vete de aquí o piensa en otra cosa. Me estás poniendo nervioso.

—No tengo nada que hacer hoy por la mañana —dijo Ratliff—. Si necesita salir, me puedo quedar aquí y contestar cuando llamen por teléfono.

—Tengo trabajo de sobra si dejas de llenar el condenado aire con... —abandonó el lápiz, dando un golpe con él sobre la mesa—. Es evidente que todavía no ha llegado a Memphis o por lo menos es evidente que no ha tratado de comprar el arma, porque de lo contrario nos habríamos enterado, que es todo lo que queremos: saberlo cuanto antes. ¿Crees que cualquier casa de empeño acreditada o tienda de artículos deportivos que valore su licencia le va a vender un arma de fuego después de que la policía...?

—Si yo me llamase Mink Snopes creo que no iría a ningún establecimiento que pudiera perder su licencia para vender armas de fuego o revólveres.

—¿A dónde irías entonces?

—En Frenchman's Bend decían que Mink era muy juerguista de joven, dentro de sus posibilidades, claro está, que no eran muchas. Pero hizo dos o tres excursiones a Memphis con los jóvenes de su época: los Quick y Tull y Turpin y otros parecidos; así que es posible que conozca Memphis lo bastante como para saber dónde empezar a buscar el tipo de sitios sin licencia de los que la policía no se ocupa cada vez que aparece un revólver en un lugar donde no debe o no aparece donde debe.

—¿Crees que la policía de Memphis sabe menos de su ciudad que un condenado loco con tendencias asesinas, que además se ha pasado cuarenta años encerrado en una penitenciaría? La policía de Memphis, que tiene un historial mil veces mejor que una docena, qué digo, un centenar de ciudades que podría nombrar ahora mismo...

—Está bien, está bien —dijo Ratliff.

—¡Cielo santo! Dios no puede estar tan ocupado como para que un loco homicida que no tiene más que diez dólares en el mundo pueda hacer ciento cincuenta kilómetros de autostop, comprar un arma de fuego por diez dólares, hacer otros ciento cincuenta kilómetros de autostop y matar a alguien.

—¿No dependerá quizá de contra quién quiera Dios que se dispare esta vez? —dijo Ratliff—. ¿Ha ido usted a ver al sheriff esta mañana?

—No —dijo Stevens.

—Yo sí. Flem tampoco ha ido a verle y no ha salido de la ciudad. Eso también lo he comprobado. De manera que quizá sea la buena señal que queremos: Flem no está preocupado. ¿Supone usted que se lo ha contado a Linda?

—No —dijo Stevens.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo.

—¿Flem se lo dijo? ¿Se lo dijo por las buenas o fue usted quien se lo preguntó?

—Se lo pregunté —respondió Stevens—. Dije, «¿Se lo va a contar a Linda?»

—¿Y qué respondió?

—Dijo, «¿Por qué?»

—Ah —dijo Ratliff.

Luego era ya mediodía. Lo que Ratliff guardaba en aquel paquete tan bien hecho era un sandwich, cuidadosamente preparado.

—Usted váyase a casa a almorzar —dijo—. Yo me quedaré aquí para contestar el teléfono.

—¿No acabas de decir que si el mismo Flem no parece preocupado, no hay motivo para que lo estemos nosotros?

—No me voy a preocupar —dijo Ratliff—. No voy a hacer más que sentarme y ver si suena el teléfono.

Aunque Stevens había vuelto ya al despacho cuando sonó el teléfono a primera hora de la tarde.

—Nada —dijo la voz de su compañero de estudios—. No ha pisado ninguna de las casas de empeño ni ninguno de los sitios a donde podría ir una persona a comprar un arma de fuego o un revólver de cualquier tipo, sobre todo por diez dólares. Quizá no haya llegado todavía a Memphis, aunque ya han pasado más de veinticuatro horas.

—Cabe dentro de lo posible —dijo Stevens.

—Quizá no haya tenido nunca intención de ir a Memphis.

—Está bien, está bien —dijo Stevens—. Te parece que le escriba una carta de agradecimiento al jefe de policía o...

—Sí, claro. Pero déjale que primero se la gane. Está de acuerdo en que además de no suponer un trabajo excesivo, será incluso una buena idea seguir utilizando la lista de establecimientos durante dos o tres días más, por si acaso. Le he dado las gracias en tu nombre. Fui incluso un poco más lejos y le dije que si alguna vez coincidís en el mismo distrito electoral y él decidiera presentarse para un cargo en lugar de seguir ocupando el que ya tiene... —Stevens colgó el teléfono, se volvió de nuevo hacia Ratliff sin verlo en realidad y dijo:

—Tal vez no aparezca.

—¿Cómo? —dijo Ratliff—. ¿Qué ha dicho? —Stevens se lo contó, repitiendo lo

más importante—. Supongo que es todo lo que podemos hacer —dijo Ratliff.

—Sí —dijo Stevens, *Mañana tendremos la prueba pensó. Pero esperaré aún un día más. Quizá hasta el lunes.*

Aunque no esperó tanto. Los sábados su despacho tenía siempre mucho movimiento, pero no provocado por los asuntos del condado por cuya resolución se le pagaba un sueldo, sino por las continuas visitas de cortesía que le hacían los habitantes del condado que lo habían elegido para el cargo. Ratliff, que también los conocía a todos, igual de bien o incluso mejor, pasaba inadvertido en su silla junto a la pared, desde donde podía contestar al teléfono sin tener siquiera que levantarse; se había vuelto a traer un sandwich casero, meticulosamente preparado.

—Vete a casa y almuerza decentemente —le dijo Stevens cuando dieron las doce —, o vente a casa conmigo. Hoy no va a sonar el teléfono.

—Supongo que sabrá usted por qué —dijo Ratliff.

—Sí. Te lo contaré el lunes. No: mañana. El domingo será un día adecuado. Te lo contaré mañana.

—Así que todo está en orden. Todo resuelto y terminado ya. Tanto si Flem lo sabe como si no, ya puede dormir tranquilo de ahora en adelante.

—No me lo preguntes todavía —dijo Stevens—. Es como un hilo; es sólo verdad hasta que se..., hasta que algo lo rompe.

—Entonces tenía usted razón desde el principio. No hacía falta contárselo a Linda.

—Nunca ha hecho falta —dijo Stevens—, ni nunca hará falta.

—Es lo que acabo de decir —replicó Ratliff—. Que ahora no hace falta contárselo.

—Y lo que yo acabo de decir es que nunca ha hecho falta ni nunca hubiera hecho falta, sucediera lo que sucediese.

—¿Ni siquiera como una cuestión moral? —preguntó Ratliff.

—Al infierno con la cuestión y al infierno con la moral —dijo Stevens—. No hay cuestión que valga; se trata de un hecho: el hecho de que ni tú ni nadie con dos dedos de frente le va a decir que su acto de compasión y de simple generosidad ha asesinado al hombre al que se considera su padre, tanto si lo es como si no, y tanto si es un canalla como si no.

—Está bien, está bien —dijo Ratliff—. En cuanto a ese hilo que acaba usted de mencionar. Tal vez otro buen sistema de evitar que se rompa antes de tiempo es que haya alguien a mano para oír el teléfono cuando no suene esta tarde a las tres.

De manera que los dos estaban en el despacho a las tres en punto. Luego dieron las cuatro.

—Supongo que nos podemos ir ya —dijo Ratliff.

—Sí —respondió Stevens.

—Pero de todas formas no me lo va a contar ahora —dijo Ratliff.

—Mañana —dijo Stevens—. Habremos recibido la llamada para entonces.

—De manera que el hilo en cuestión tiene dentro un hilo telefónico después de todo.

—Adiós —dijo Stevens—. Te veré mañana.

La centralita sabría también dónde encontrarlo el domingo a cualquier hora y de hecho hasta casi las dos y media seguía creyendo que iba a pasar todo el día en Rose Hill. Otras veces había atravesado por periodos parecidos de inquietud y dificultades e incertidumbre, aunque hubiera vivido casi toda su existencia como soltero; recordaba una o dos de aquellas crisis en las que el sufrimiento y la inquietud se debían al hecho de que era soltero, es decir, que las circunstancias, los condicionamientos, exigían la prolongación de su soltería, pese a sus esfuerzos por renunciar a ella. Pero en aquellos tiempos contaba con algo en lo que refugiarse: poción de olvido, alivio momentáneo: el proyecto que se había propuesto llevar a cabo cuando estaba en Harvard de traducir el Antiguo Testamento al griego clásico de su primera traducción; después de lo cual aprendería hebreo y conseguiría de verdad la pureza; la noche anterior había pensado *Sí, claro, tengo eso para mañana; lo había olvidado*. Pero por la mañana comprendió que ya no bastaría, que nunca sería suficiente. Se refería por supuesto al esfuerzo: no sólo la capacidad de concentración sino de creer en ello; era demasiado mayor ya y la verdadera tragedia del paso de los años es que ningún dolor es ya lo bastante terrible para exigir, para justificar, ningún sacrificio.

De manera que ni siquiera eran aún las dos y media cuando, sin apenas sorprenderse, se encontró poniendo en marcha el coche; y tampoco se sorprendió cuando, al entrar en la plaza vacía de los domingos por la tarde, vio a Ratliff esperando al pie de las escaleras que llevaban al despacho. Luego, ya dentro del edificio ninguno de los dos hizo el menor esfuerzo por disimular mientras las manecillas del reloj se arrastraban hacia las tres.

—¿Qué es lo que ha hecho que fijemos exactamente las tres en punto como hora límite en este asunto? —preguntó Ratliff.

—¿Qué más da? —dijo Stevens.

—Es cierto —respondió Ratliff—. Lo más importante es no dar tirones ni alterar de ninguna manera el hilo.

Luego el reloj del palacio de justicia conmovió con sus tres densas campanadas la somnolencia dominical y por primera vez Stevens se dio cuenta de con qué absoluta certeza había sabido, más que esperado, que el teléfono no sonaría antes de aquella hora. Después, en el mismo segundo, instante, supo por qué no había sonado; el hecho de que no hubiera sonado era una prueba más segura del mensaje que tenía que transmitir que si lo hubiese hecho.

—Ya está —dijo—. Mink ha muerto.

—¿Qué? —dijo Ratliff.

—Ignoro dónde, pero da lo mismo. Porque deberíamos haber sabido desde el principio que tres horas de libertad acabarían con él, y no digamos nada de tres días

—hablaba deprisa, pero sin farfullar—: ¿No lo entiendes? un animalillo extraño y frágil, sin familia, sin lazos, que para empezar no ha pertenecido nunca en realidad a la raza humana, y menos aún se ha integrado en ella, y que luego ha estado encerrado en una jaula treinta y ocho años, y ahora, a los sesenta y tres, se le pone de repente en libertad, se le arroja, se le expulsa y deja de estar a salvo y seguro, se le pone en libertad como a una krait o a una fer-de-lance que son veloces y mortalmente peligrosas con tal de que estén dentro de la inmunidad tropical de su caja de cristal, creada y mantenida por el hombre, pero que no sobrevivirían la primera hora si se las pusiera en libertad, si se las arrojara, sujetas con un bieldo o con unas tenazas de mango muy largo, en la calle de una ciudad.

—Un momento —dijo Ratliff—. Espere.

Pero Stevens ni siquiera hizo una pausa.

—Es cierto que no sabemos todavía dónde lo han encontrado ni cómo ni quién lo ha identificado porque no le importa a nadie; cabe incluso que nadie se haya dado cuenta todavía. Porque está en libertad. Ahora puede morir incluso donde quiera. Durante treinta y ocho años y hasta el jueves por la mañana no podía tener un divieso ni un padraastro sin que alguien lo anotara cinco minutos después. Pero ahora es libre. A nadie le importa cuándo o dónde o cómo muere con tal de que los pies de alguien no se tropiecen con sus despojos. De manera que ya podemos irnos a casa, hasta que telefonee alguien y Flem y tú podáis ir a identificarlo.

—Sí —dijo Ratliff—. Bueno...

—Déjalo ya —dijo Stevens—. Ven a casa conmigo y tómate un trago.

—Quizá podríamos ir primero y poner a Flem al día —dijo Ratliff—. Quizá también él quiera tomarse un trago entonces.

—No soy realmente un hombre malvado —dijo Stevens—. No le habría prestado un arma a Mink para matar a Flem; puede que ni siquiera hubiese vuelto la cabeza mientras Mink utilizaba la suya. Pero tampoco voy a levantar un dedo para impedir que Flem pase un día o dos más esperando que Mink lo intente en cualquier momento.

Ni siquiera le contó al sheriff que estaba convencido de la muerte de Mink. Fue en cambio el sheriff quien se lo dijo a él; lo encontró en su despacho del palacio de justicia y le contó su teoría, y de Ratliff, acerca del primer objetivo de Mink y el motivo para ello, y también que la policía de Memphis seguiría controlando diariamente los sitios donde Mink podía tratar de comprar un arma.

—Así que, evidentemente, no está en Memphis —dijo el sheriff—. ¿Cuántos días han pasado ya?

—Salió el jueves.

—Y no está en Frenchman's Bend.

—¿Cómo lo sabe?

—Fui ayer en coche y estuve informándome un poco.

—De manera que, al final, me ha creído usted —dijo Stevens.

—El condado me paga la gasolina —dijo el Sheriff—. Y ayer era un día muy agradable para darse un paseo por el campo. Así que ya ha tenido cuatro días para recorrer ciento cincuenta quilómetros. No parece que esté en Memphis y yo sé que no está en Frenchman's Bend. Y, según usted, el señor Snopes sabe que tampoco está en Jefferson. Quizá haya muerto —con lo que ahora que otro había enunciado aquella posibilidad, ahora que otro lo había dicho en voz alta, Stevens se dio cuenta de que en ningún momento lo había creído, y siguió oyendo sin escuchar mientras el sheriff proseguía—: Una serpiente de cascabel diminuta, de la que dicen que nunca tuvo amigos para empezar y que en el pueblo nadie sabe qué fue de su mujer ni de sus dos hijas, ni siquiera cuándo desaparecieron. Pasar encerrado treinta y ocho años y luego soltarlo de repente como se hace con los gatos por la noche, sin ningún sitio a donde ir y nadie que quisiera realmente verlo libre. Quizá no haya podido resistir la libertad. Tal vez lo ha matado la libertad. Sé de casos en que ha pasado.

—Sí —dijo Stevens—; probablemente tiene usted razón —pensando para sus adentros *No lo detendremos. No podemos detenerlo, aunque nos uniésemos todos, la policía de Memphis y todos los demás. Quizá hasta una serpiente de cascabel con el destino de su parte no necesita siquiera suerte, y mucho menos amigos*—. Pero todavía no nos consta. No podemos darlo por seguro.

—Lo sé —dijo el sheriff—. Ayer nombré ayudantes míos a dos clientes del almacén de Varner que aseguraron acordarse de él y ser capaces de reconocerlo. Y puedo hacer que sigan y que vigilen al señor Snopes cuando va y vuelve del banco. Pero, maldita sea, ¿vigilar esperando a quién, a qué, cuándo, dónde? No puedo meter a un hombre en su casa si él no me lo pide, ¿no es cierto? Su hija. La señora Kohl. Quizás ella pudiera hacer algo. ¿Sigue usted sin querer que lo sepa?

—Tiene usted que darme su palabra —dijo Stevens.

—De acuerdo —dijo el sheriff—. Supongo que su camarada de Jackson le informará en el momento mismo en que la policía de Memphis se entere de algo, ¿no es eso?

—Sí —dijo Stevens. Aunque la llamada no se recibió hasta el miércoles. Ratliff le había llamado el martes, poco después de las diez de la noche, para darle la noticia, y camino de su despacho aquella mañana pasó por delante del banco, cuyas persianas no se alzarían ya aquel día, y mientras estaba junto a su escritorio con el teléfono en la mano, vio, a través de la ventana que tenía delante, los melancólicos adornos de color negro, blanco y violeta hechos de tul y cintas y céreos asfódelos colgados de la puerta principal.

—Encontró un revólver de diez dólares —dijo la voz de su condiscípulo—. El lunes a primera hora de la mañana. No era en realidad una casa de empeño propiamente tal, de manera que estuvieron a punto de pasarla por alto. Pero con un poquito de..., persuasión, el propietario se acordó de la venta. Pero dijo que no había que preocuparse, que el revólver sólo teóricamente era un revólver todavía y que para hacerlo funcionar se necesitaría bastante más alimento que los tres proyectiles que le

dieron al comprador.

—Ja —dijo Stevens sin la menor hilaridad—. Dile de mi parte al propietario que menosprecia su fuerza. El revólver estuvo aquí anoche y funcionó.

DIECISIETE

Cuando el lunes por la mañana Mink llegó a Memphis Junction poco antes de las once, lo hizo en la cabina de otro camión de ganado que se dirigía hacia el este, camino de Alabama, pero aunque hubiera torcido hacia el sur, pasando en ese caso por Jefferson, se hubiera apeado allí de todas formas. Y si el camión o su conductor hubieran sido del condado de Yoknapatawpha o de Jefferson, no se habría subido.

Hasta que salió de la tienda con el revólver en el bolsillo todo le había parecido sencillo; no había tenido más que un problema: conseguir el arma; después de eso la geografía era ya el único obstáculo entre él y el momento en que se acercaría al hombre que había visto cómo lo mandaban al penal sin levantar un dedo, que no había tenido siquiera la decencia y el valor de responder con un No al grito de la sangre, le diría, «Mírame, Flem», y lo mataría.

Pero ahora iba a tener que hacer lo que él llamaba «algunos cálculos». Le parecía que se enfrentaba con obstáculos de naturaleza tan diversa que los hacía casi insuperables. Estaba ya a menos de cincuenta kilómetros de Jefferson, lo que le situaba en casa, entre la gente de las colinas del norte de Mississippi, aunque tuviera que atravesar todavía un insignificante límite de condado; le parecía que, de ahora en adelante, cualquiera, todos los que se encontraran con él o lo vieran, incluso sin necesidad de reconocer o recordar ni su rostro ni su nombre, sabrían inmediatamente quién era, hacia dónde se dirigía y qué era lo que se proponía. Pensándolo mejor —en una iluminación inmediata, casi simultánea con la primera idea— se dio cuenta de que eso era materialmente imposible, pero que, sin embargo, no estaba dispuesto a correr el riesgo; porque los treinta y ocho años de encierro en Parchman habían atrofiado, destruido, alguna cualidad suya que lo más probable era que se hubiera agudizado en las personas que no habían estado encerradas, y esas personas lo reconocerían, sabrían quién era, lo adivinarían sin que él se enterase siquiera de que había ocurrido. *He estado fuera demasiado tiempo pensó. Es como si tuviera que aprender a hablar de nuevo.*

No quería decir hablar sino pensar. Mientras caminase por la carretera (ahora alquitrana, nivelada, con un nuevo trazado que se ajustaba a las necesidades del transporte motorizado, por la que los automóviles corrían a gran velocidad, y que Mink recordaba como sinuoso camino de tierra, donde las carretas y filosóficas mulas o, en el mejor de los casos, algún caballo de silla, seguían las arbitrarias e imprevisibles curvas, sería imposible ocultar su aspecto: cambiar su rostro, su expresión, modificar su ropa, que resultaba familiar en la zona, o su manera de andar; sopesó durante un desesperado y extraño momento, para rechazarla acto seguido, la idea de caminar de espaldas, por lo menos cada vez que oyera aproximarse un coche o un camión, para dar la impresión de que iba en la dirección contraria. De manera que tendría que cambiar de manera de pensar, de la misma forma que se puede cambiar el color de la bombilla dentro de la linterna aunque no sea posible cambiar la

linterna; mientras avanzaba tendría que obligarse, sin flaquear ni desviarse un solo instante, a *pensar* como si fuera otra persona que nunca hubiese oído en toda su vida ni el apellido Snopes ni el nombre de Jefferson, e ignorase incluso que si seguía adelante por aquella carretera se tropezaría con la ciudad; tenía que pensar como alguien cuyo destino y meta se situaba ciento cincuenta o doscientos kilómetros más adelante y ya había llegado en espíritu aunque su cuerpo, sus piernas que lo trasladaban, siguieran aún pisando aquel segmento concreto de carretera.

Tenía también que encontrar a alguien con quien hablar sin despertar sospechas, con el fin no tanto de conseguir información como de comprobar la que ya tenía. Hasta salir de Parchman, hasta recobrar por fin la libertad que le ponía prácticamente al alcance de la mano la meta por la que había soportado con paciencia aquellos treinta y ocho años, creía haber almacenado, extrayéndolos del goteo de información, ni mucho menos diario y no siempre anual, pero sí al menos de década en década, que llegaba a traspasar los muros de Parchman, todos los conocimientos que iba a necesitar: cómo y dónde vivía su primo, cómo empleaba el tiempo, sus costumbres, a qué hora iba y volvía y a dónde y desde dónde; incluso quién vivía con él en la casa o atendía a sus necesidades. Pero ahora que casi había llegado el momento, quizá no bastara. Podían ser incluso completamente falsos, estar equivocados; *El problema es haber vivido lejos tanto tiempo como he tenido que vivir pensó de nuevo; tener que vivir en el sitio en que he vivido como si hubiera pasado aquellos treinta y ocho años no sólo fuera del mundo sino fuera de la existencia misma, de manera que incluso los hechos, cuando finalmente lo alcanzaran, hubieran cesado de ser verdad para poder penetrar donde él estaba; y, por estar dentro de los muros de Parchman, la información recibida fuese per se hostil y traicionera o desastrosa para él si es que trataba de utilizarla, depender de ella, darle su confianza.*

En tercer lugar se hallaba el revólver. La carretera, ahora entre paredes de árboles, estaba vacía, sin ruido de tráfico, ni casas ni seres humanos a la vista; Mink sacó el revólver y lo contempló de nuevo con algo muy semejante a la desesperación. No le había parecido gran cosa por la mañana en la tienda, pero aquí, en la paz y el soleado silencio rural de la tarde, no parecía siquiera una cosa reconocible; en todo caso, más que nunca, la tortuga fósil de su primera impresión. Sin embargo tendría que probarla, gastar uno de los tres cartuchos para saber si realmente dispararía y, durante un momento, un segundo, algo agitó levemente su memoria. *Tiene que disparar pensó. Tiene que hacerlo. No puede ser de otra manera. El Viejo Patrón castiga; no se dedica a gastar bromas.*

Además tenía hambre. No había comido nada desde las galletitas que comprara al amanecer. Le quedaba un poco de dinero y ya había pasado junto a dos gasolineras con tienda de comestibles incorporada. Pero ahora estaba en casa; no se atrevía a parar en una y que lo vieran comprando el queso y las galletas saladas que aún podía permitirse. Lo que le hizo pensar además en la noche. Al sol le quedaban menos de tres horas de recorrido por el cielo; era imposible llegar a Jefferson aquella tarde, de

manera que tendría que esperar a la noche del siguiente día; salió de la carretera principal en el cruce con un camino de tierra, de manera casi instintiva, puesto que no recordaba cuándo había empezado a fijarse en los restos de pelusa de algodón enganchados en las malas hierbas y en las zarzas a la orilla del camino, procedentes de las carretas que pasaban por allí en dirección a las desmotadoras, ya que aquel tipo de camino le resultaba familiar desde los días lejanos de su libertad como arrendatario: un camino que utilizaban los negros; un camino marcado por las rodadas de muchos carros y señalado con pelusas de algodón, y sin embargo con firme de tierra, ni siquiera grava, porque las personas que vivían junto a él y que lo utilizaban no tenían ni la fuerza de los votos para exigirlo ni el dinero para convencer al supervisor local de que hiciera algo más que limpiarlo y nivelarlo dos veces al año.

De manera que encontró no sólo lo que estaba buscando sino lo que había deseado: una cabaña sin pintar y deteriorada por el tiempo, de dos habitaciones y un corredor techado entre ambas, rodeada y reforzada por una desvencijada mezcolanza, también sin pintar y deteriorada por el tiempo, de cercas y dependencias —establos, pesebres, graneros— sobre una elevación del terreno por encima de un algodonal plantado en el antiguo lecho de un arroyo y donde se divisaba ya a toda la familia de negros, y quizá también a algún vecino, más o menos a la misma altura todos, arrastrando los largos sacos manchados mientras subían por las hileras paralelas: el padre, la madre, cinco hijos desde los cinco o seis años hasta los doce, y cuatro muchachas y chicos jóvenes que eran probablemente los vecinos devolviendo un favor, mientras él, Mink, esperaba al final de la hilera hasta que el padre, que debía de ser el jefe, llegara a su altura.

—¿Qué tal? —dijo Mink—. Quizá pueda usted usar otro par de brazos.

—¿Quiere recoger algodón? —preguntó el negro.

—¿Qué es lo que paga?

—Setenta y cinco centavos.

—Le ayudaré un rato —dijo Mink.

El negro se volvió hacia la chica de unos doce años que avanzaba a su lado.

—Pásale tu saco y vete a casa a empezar la cena.

Mink recogió el saco. Todo le resultaba familiar. Se había pasado la vida recogiendo algodón en aquella época del año. La única diferencia era que durante los últimos treinta y ocho había tras él, al final de la hilera, un rifle y un látigo como promesa en el caso de que aflojara el ritmo, mientras que aquí estaba otra vez el dinero que señalaba la balanza como recompensa por ir más de prisa. Y, tal como había previsto, su patrono apareció muy pronto en la hilera vecina. —No vive usted por aquí cerca —dijo el negro.

—Así es —respondió Mink—. Estoy de paso. Voy hacia el Delta, donde vive mi hija.

—¿En qué sitio? —dijo el negro—. Estuve un año cosechando en el Delta.

Lo importante no era que debería haberse imaginado le pregunta y haber tratado

de evitarla si hubiera sabido cómo hacerlo, sino más bien que la pregunta se convertía en indiferente si recordaba que era otra persona y no quien era en realidad. No dudó; se atrevió incluso a ampliar la información:

—Doddsville —dijo—. No lejos de Parchman —supo también cuál habría sido la pregunta siguiente, la que el negro no iba a hacerle, contestándola también—: He pasado más de un año en un hospital de Memphis. El médico me dijo que andar me haría bien. Por eso voy caminando en lugar de tomar el tren.

—¿El hospital para excombatientes? —preguntó el negro.

—¿Cómo? —dijo Mink.

—¿El hospital federal para excombatientes?

—Eso es —dijo Mink—. El gobierno ha cuidado de mí durante más de un año. Anochecía ya. Hacía un rato que la mujer había entrado en la casa.

—¿Quiere pesarlo ahora? —dijo el negro.

—No tengo prisa —respondió Mink—. Trabajaré también mañana por la mañana, aunque me marcharé a mediodía. Si su mujer me da algo de cenar y me pone un jergón en algún sitio, descuéntemelo del peso.

—No cobro a nadie por comer en mi casa —dijo el negro.

El comedor era una mesa cubierta con un hule, sobre la que descansaba una lámpara de queroseno, en la misma habitación con techo de una sola vertiente donde ahora agonizaba lentamente la cocina que quemaba leña. Mink comió a solas —la familia había desaparecido y la casa misma podría estar desierta— el plato de tocino frito, maíz de lata y tomates guisados juntos, los descoloridos bollos blandos, apenas cocidos, y la taza de café, servida ya, que le esperaba cuando el dueño lo llamó para que entrara a cenar. Cuando hubo terminado regresó a la habitación delantera, donde unos rescoldos de leña ardían en la chimenea para combatir el primer frío de la noche otoñal; la mujer y la hija mayor se levantaron inmediatamente y volvieron a la cocina para preparar la cena de la familia. Mink se colocó delante del fuego y extendió las piernas; a su edad, aquella noche sentiría ya el frío. Luego inició la conversación, como al azar, con observaciones dictadas por la cortesía, sin apresuramiento; al principio, durante un rato, cualquiera habría pensado que distraídamente:

—Supongo que lleva usted el algodón a desmotar y que lo vende en Jefferson. Conocí en otro tiempo a algunas personas de allí. El banquero. Se llama De Spain, si no recuerdo mal. Hace mucho años, claro está.

—A ése no lo recuerdo —dijo el negro—. Ahora el banquero más importante de Jefferson es el señor Snopes.

—Ah, sí; he oído hablar de él. Un banquero muy importante, con mucho dinero. Vive en la casa más grande de la ciudad con un cocinero y otro criado que les sirve a la mesa a él y esa hija suya que quiere hacer creer que se ha quedado sorda.

—Es sorda. Estuvo en la guerra. Un cañón le rompió los tímpanos.

—Eso dice ella —el negro no respondió. Estaba sentado en la única mecedora de la habitación, y posiblemente de la casa, aunque sin balancearse. Las palabras de su

interlocutor provocaron en él algo más que la simple quietud: una inmovilidad que era casi como si estuviera conteniendo el aliento. Mink se hallaba de espaldas al fuego, de espaldas a la luz, de manera que no se le veía la cara; su voz, de todas formas, no cambió de entonación—: Una mujer en una guerra. Debe de haberlos engañado a todos a conciencia. He conocido a otras así. Tienen muchas pretensiones y todo el mundo es demasiado educado para llamarlas mentirosas. Lo más probable es que oiga tan bien como usted y como yo.

El negro respondió de inmediato, con tono muy firme:

—Miente quien le haya dicho que la señorita Snopes se ríe de la gente. Hay personas en otros sitios, además de Jefferson, que saben la verdad acerca de ella, tanto si la noticia ha llegado hasta ese hospital de excombatientes donde dice que ha estado, como si no. Si yo fuera usted, creo que no lo discutiría. O por lo menos me enteraría antes de con quién lo discutía.

—Claro, claro —dijo Mink—. Ustedes, la gente de Jefferson, deben de saberlo. ¿Me está diciendo que no oye nada? ¿Que si alguien se acerca por detrás, pongamos por caso, en una habitación, no se entera?

—Sí —dijo el negro. La chica de doce años había aparecido en la puerta de la cocina—. Se ha quedado sorda. No hay nada que discutir. El Señor la puso a prueba, como pone a prueba a mucha gente mejor que usted y mejor que yo. No se preocupe por eso.

—Claro, claro —dijo Mink—. Me ha convencido. Creo que su cena ya está lista.

El negro se puso en pie.

—¿Qué va a hacer esta noche? —preguntó—. No tengo sitio en casa.

—No lo necesito —respondió Mink—. El médico dijo que me convenía el aire libre. Si tiene una manta de sobra, dormiré en la camioneta del algodón y estaré listo para volver al trabajo mañana por la mañana a primera hora.

El algodón que llenaba a medias el fondo de la camioneta estaba cubierto con una lona alquitranada, de manera que ni siquiera necesitó la manta. Se instaló allí muy cómodamente. Y sobre todo no estaba en contacto con el suelo. Porque ése era el peligro, algo contra lo que había que estar vigilante: una vez que te tumbabas sobre el suelo, la tierra empezaba de inmediato a tirar de ti. Desde el momento mismo en que se viene al mundo saliendo del vientre materno, el poder y la atracción de la tierra empiezan a trabajar; si no hubiera otras mujeres de la familia, o vecinas, o incluso alguien contratado para sujetar al recién nacido, para tenerlo en brazos, para evitar que la tierra lo tocara, nadie llegaría a vivir ni una hora. Y uno mismo también lo sabe. Tan pronto como puedes moverte, alzas la cabeza, aunque eso sea todo, tratando de romper la atracción, procurando erguirte sobre las sillas y otros sitios parecidos, incluso cuando aún no puedes sostenerte en pie, alejarte de la tierra, salvarte. Luego ya te sostienes y das uno o dos pasos, pero incluso entonces, durante esos primeros años, te pasas la mitad del tiempo en el suelo, mientras la vieja tierra que espera pacientemente te dice: «No pasa nada, no ha sido más que una caída, no te has hecho

daño, no te asustes». Más tarde ya eres adulto, un hombre fuerte, estás en la plenitud de tus facultades; de vez en cuando te arriesgas deliberadamente a tumbarte sobre la tierra cuando cazas en el bosque; estás demasiado lejos de casa para volver, de manera que puedes arriesgarte incluso a dormir toda la noche sobre la tierra. Por supuesto tratarás de encontrar algo, cualquier cosa —un tablón o unas tablas, un tronco, incluso ramas de arbustos— que se interponga entre tu sueño, tu indefensión y la vieja tierra paciente que puede permitirse el lujo de esperar porque te atrapará algún día, sólo que no tiene ningún sentido que te dé un quilómetro porque tú te hayas atrevido un centímetro. Y tú lo sabes; cuando eres joven y fuerte te arriesgarás una noche, pero no dos seguidas. Porque, incluso, si sales al campo al mediodía y te sientas bajo un árbol o junto a un seto y almuerzas y luego te tumbas y descabezas un sueñecillo, cuando te despiertas durante un minuto no sabes siquiera dónde estás, por la excelente razón de que no estás del todo allí; incluso en ese breve rato en que no estabas vigilando, la vieja tierra paciente que espera sin prisa su ocasión te ha cogido suavemente una primera vez, sólo que tú has conseguido despertarte a tiempo. De manera que, si no le hubiera quedado más remedio, Mink se habría arriesgado a dormir en el suelo esta última noche. Pero no había tenido que hacerlo. Era como si el Viejo Patrón en persona hubiera dicho: «No te voy a ayudar en lo más mínimo, pero tampoco te lo voy a impedir».

Luego llegó el alba, el nuevo día. Mink desayunó a solas; cuando salió el sol ya estaban de nuevo en el algodonal; durante estos benditos días de recolección entre el rocío del verano y la primera escarcha del otoño, el algodón estaba libre de humedad y se podía recoger tan pronto como había luz para verlo; hasta mediodía.

—Ya está —le dijo al negro—. Eso le ayudará un poco. Ahora tiene una bala bien pesada para la desmotadora de Jefferson, así que lo acompañaré carretera adelante dado que por una vez tengo alguien que me lleve.

Por fin estaba muy cerca: en la inmediata proximidad de Jefferson. Le había llevado treinta y ocho años y había dado un largo rodeo, bajando primero al Delta y subiendo después, pero ya estaba muy cerca, aunque aquella carretera fuese una manera distinta de entrar en la ciudad, distinta de la antigua, desde el almacén de Varner, que todavía recordaba. Los nuevos números sobre placas de hierro a lo largo de la carretera también eran muy distintos de los mojones pintados a mano de su recuerdo, y aunque Mink leía cifras sin dificultad, algunos números, la mayoría de los nuevos, no podían marcar las distancias porque no disminuían. Pero aun en el caso de que lo hubieran hecho, habría tenido que asegurarse:

—Creo que esta carretera pasa por Jefferson, ¿no es cierto?

—Sí —dijo el negro—. Allí puede tomar la bifurcación para el Delta.

—Eso es lo que haré. ¿Cuánto falta para la ciudad?

—Doce kilómetros —dijo el negro. Pero Mink era capaz de calcular distancias, aunque no hubiera mojones, once, luego diez, luego nueve, luego ocho, el sol apenas más allá de la una de la tarde; luego seis kilómetros, una larga colina con el cauce de

un arroyo al final de la bajada.

—Qué contrariedad; permita que me apee aquí. No he hecho aún mis necesidades —el negro disminuyó la velocidad hasta pararse junto al puente—. No se preocupe —dijo Mink—. Después seguiré a pie. En realidad no me gustaría nada que el médico ése me viera apearne de un vehículo, aunque sea una camioneta de algodón; lo más probable es que no parase hasta sacarme otro dólar.

—Le esperaré —dijo el negro.

—No, no —respondió Mink—. A usted le conviene que le desmoten el algodón en seguida para volver a casa antes de que anochezca. No tiene tiempo que perder —se bajó de la cabina y dijo, utilizando la inmemorial fórmula del campo para dar las gracias—: ¿Cuánto le debo?

Y el negro le dio la respuesta establecida:

—No me debe nada. También yo venía en esta dirección.

—Muy agradecido —dijo Mink—. Pero no le diga nada al médico ése si es que alguna vez se tropieza con él. Espero que nos veamos algún día en el Delta.

Luego la camioneta se alejó. La carretera estaba vacía cuando Mink la abandonó. Bastaría con internarse lo bastante para que no lo vieran desde allí. Sólo que, si fuera posible, nadie tendría que oír siquiera el ruido del disparo.

Ignoraba por qué; no hubiera sabido decir que, privado de toda intimidad por espacio de treinta y ocho años, ahora quería, se proponía saborear hasta la más pequeña partícula que su recién adquirida libertad le permitiera; por otra parte aún le quedaban cinco o seis horas hasta el anochecer, y probablemente el mismo número de kilómetros, y ya había seguido por espacio de medio quilómetro, o quizá un poco más, el cauce del arroyo entre la espesa vegetación que lo rodeaba, compuesta de brezos, falsos cipreses y sauces, cuando de repente se detuvo en seco con una especie de asombrada emoción, rayana en el júbilo. Ante él, atravesando el arroyo, se alzaba un puentecillo para el ferrocarril. Ahora no sólo sabía ya cómo llegar a Jefferson sin el riesgo constante de tropezarse con personas que, debido a su antigua afinidad con el condado de Yoknapatawpha, sabrían de inmediato quién era y lo que se proponía hacer, sino que además tendría algo para pasar el tiempo hasta que se hiciera de noche y pudiera seguir adelante.

Era como si no hubiera visto una línea de ferrocarril en treinta y ocho años. Sin embargo había una que recorría todo un lado de las alambradas de Parchman y, hasta donde se remontaban sus recuerdos, había visto circular trenes por ella todos los días. Además, de cuando en cuando, equipos de presos, vigilados por sus guardianes armados de rifles, realizaban duros trabajos de construcción o de reparación de obras públicas en el Delta, cerca de líneas de ferrocarril en las que también veía trenes. Pero incluso sin las alambradas, la perspectiva era siempre la de la prisión; Mink miraba a los trenes, los veía como cosas radicalmente ajenas, huidizas, que existían en libertad y eran por tanto objetos irreales, quimeras, apariciones, carentes de pasado o de futuro, que no iban siquiera a ningún sitio, puesto que su punto de destino no existía

para él: se movían un segundo, un instante, y luego no estaban ya en ningún sitio; no habían existido. Pero ahora sería diferente. Podía verlos, él mismo libre, mientras pasaban velozmente también en libertad, los dos relacionados, en cierto modo incluso mutuamente dependientes: el tren alejándose entre el humo, el ruido y el movimiento y él contemplándolo y recordando unos momentos, hacía treinta y ocho o cuarenta años, inmediatamente antes de ir a Parchman, también en aquel caso relacionados, ligados con alguna crisis de sus asuntos personales de la que ya se había olvidado; aunque en realidad era eso lo que sucedía con todos los momentos de su vida, que estaban relacionados, que participaban de alguna crisis por los constantes ultrajes e injusticias que siempre le obligaban a dejarlo todo para enfrentarse con ellos, para resolverlos, faltándole siempre los instrumentos y el equipo adecuado, sin tiempo siquiera disponible debido al trabajo incesante que le exigía alimentarse él y alimentar a su familia; aquella había sido una de esas ocasiones, o quizá fue sencillamente el deseo de ver el tren lo que le hizo recorrer los treinta y tantos kilómetros desde Frenchman's Bend. El caso era que tenía que pasar la noche en la ciudad, fuera cual fuese el motivo, y había bajado a la estación para ver entrar el tren de pasajeros con destino a Nueva Orleans: la locomotora que resoplaba, los vagones con las luces encendidas y, en cada uno de ellos, un insolente mozo negro que se daba muchos aires, un coche restorán en el que la gente cenaba, atendida por otros negros, antes de regresar a los vagones en los que había camas de verdad; el tren detenido un momento para reanudar en seguida la marcha: un alargado trozo hermético de otro mundo, que se deslizaba sobre la tierra a oscuras para que los pobres en mono como él lo contemplaran gratis un momento, sin que el tren, y no digamos nada de las personas que iban dentro, supieran siquiera que alguien como Mink estaba allí.

Pero con tanto derecho a estar allí y a contemplarlo como cualquiera, aunque llevara mono en lugar de piedras preciosas; y con la misma libertad ahora, hasta que recordó algo más que había sabido en Parchman durante los largos y tediosos años en que se preparaba para la libertad: la información, los datos triviales que había tenido que acumular dado que cuando llegara el momento, cuando viniera la libertad, quizá no supiera, hasta que fuese demasiado tarde, las lagunas que habían quedado sin cubrir: que ningún tren de pasajeros había pasado por Jefferson desde 1935; que el ferrocarril construido por el viejo coronel Sartoris (no el banquero al que también llamaban coronel, sino su padre, el verdadero coronel, que había mandado a todos los jóvenes de la zona en la guerra civil por la abolición de la esclavitud), que, según los viejos que hasta él, Mink, había conocido y todavía recordaba, fue lo más importante jamás sucedido en el condado de Yoknapatawpha, y que tenía que haber unido Jefferson y el condado con el golfo de México en una dirección y con los Grandes Lagos en la otra, no era ya más que un ramal en decadencia en el que crecían las malas hierbas y por el que únicamente circulaban, y no a diario, dos trenes locales de mercancías.

En cuyo caso la vía férrea, la servidumbre de paso, sería, más que nunca, el

camino hasta la ciudad por el que no sería violada su soledad, producto de la libertad que le había costado treinta y ocho años recobrar, de manera que giró en redondo y volvió sobre sus pasos un centenar de metros antes de pararse; allí no había nada: tan sólo la tupida espesura envuelta en el silencio de una tarde de septiembre. Mink sacó el revólver. *Sí que parece una tortuga* pensó, creyendo, al principio, que se lo estaba tomando a broma, con buen humor, hasta que se dio cuenta de que era desesperación, porque ahora sabía ya que no iba a disparar, que era imposible que lo hiciera, de manera que cuando, después de girar el tambor para colocar el primero de los tres cartuchos bajo el percutor, de amartillar el arma, de apuntar a la base de un falso ciprés a metro y medio de distancia y de apretar el gatillo, sólo oyó un débil chasquido hueco, su único sentimiento fue de tranquila confirmación de sus previsiones, casi de superioridad, por haber tenido razón, por hallarse en la envidiable situación de poder comentar *Ya te lo decía yo*, sin darse cuenta siquiera de que volvía a amartillar, porque esta vez no sabía dónde apuntaba el arma cuando saltó y rugió, con un estampido de increíble violencia debido a lo corto del cañón; sólo entonces, casi demasiado tarde, saltando en una frenética convulsión para retener la mano antes de que, de manera puramente refleja, amartillara, apretara el gatillo y cayera el percutor sobre el último cartucho. Pero se detuvo a tiempo, apartando por completo del revólver el pulgar y el índice hasta que la mano izquierda se lo quitó a la derecha, que un segundo más tarde podría haberle dejado con un arma vacía e inútil después de tanta distancia, preparación y tiempo. *Quizá el último tampoco funcione* pensó. *No, señor. Tendrá que funcionar. No le queda más remedio. No tengo que preocuparme. El Viejo Patrón castiga; no se dedica a gastar bromas.*

Y ahora (eran apenas las dos según el sol y faltaban por lo menos cuatro horas hasta el ocaso) podía incluso arriesgarse, tan cerca ya del final, a utilizar el suelo una última vez, sobre todo porque tenía en su haber la noche anterior pasada en la camioneta del algodón. De manera que avanzó de nuevo, por debajo y más allá del puentecillo del ferrocarril, por si acaso alguien había oído el disparo y se presentaba a echar una ojeada, encontró un lugar adecuado detrás de un tronco y se tumbó. Inmediatamente empezó a sentir cómo se iniciaba el lento, discreto, indeciso palpar de la vieja tierra, siempre esperando sin impaciencia ni prisa, que se decía, hablando consigo misma, «Vaya, vaya, que me aspen si no hay aquí uno que está ya tumbado delante de mi puerta, por así decirlo». Pero no tenía importancia; podía correr el riesgo durante unas horas.

Fue casi como si dispusiera de un reloj despertador; abrió los ojos exactamente a tiempo para ver, por un claro entre las hojas que tenía encima, apagarse, desaparecer del cénit los últimos resplandores del sol: le quedaba la luz justa para hacer de nuevo el camino entre la espesura hasta la vía férrea y subirse a ella. Una vez allí era mayor la claridad, y aún pudo ver durante el último quilómetro hasta la ciudad, antes de que la luz se extinguiera por completo, y sólo quedase la oscuridad, salpicada al azar por la escasa iluminación de los alrededores de Jefferson hasta llegar al comienzo, a la

primera callejuela silenciosa de las afueras bajo los rígidos brazos extendidos de la señal de cruce y un farol solitario donde el chico negro montado en la bicicleta tuvo tiempo de sobra para verlo en medio de la calzada y frenar hasta detenerse.

—¿Qué tal, hijo? ¿Qué tengo que hacer para ir desde aquí a donde queda el señor Flem Snopes? —preguntó Mink, utilizando la vieja expresión de los negros del campo en lugar de «vive».

Para entonces, y más exactamente desde el jueves, entre las nueve y media o las diez de la noche y el amanecer del día siguiente, Flem Snopes contaba con un guardaespaldas, sin que, con la excepción de la mujer del interesado, lo supiera ningún blanco de Jefferson, incluido el mismo Snopes. El guardaespaldas se llamaba Luther Biglin, campesino, entrenador profesional de perros y cazador y hortelano que se dedicaba a vender la caza y los productos de su huerta hasta que la elección del último sheriff cambió su vida. Su mujer no sólo era la sobrina del marido de la hermana de la esposa del sheriff Ephraim Bishop, sino que la madre de Biglin era hermana del cacique que gobernaba con mano de hierro uno de los distritos del condado (como el viejo Will Varner mandaba en el suyo de Frenchman's Bend) que había elegido sheriff a Bishop. De manera que Biglin era en la actualidad carcelero bajo el mando de Bishop, pero con una diferencia muy clara en relación con la tendencia habitual en la práctica del nepotismo, ya que, si de ordinario los poseedores de tales cargos secundarios no aportaban nada al puesto que ocupaban, dado que en realidad no lo habían querido sino que lo aceptaban simplemente debido a las presiones familiares para evitar que ocupara el cargo algún miembro de la facción política opuesta, Biglin había aportado al suyo el tipo de devoción y fidelidad apasionadas y entusiastas al poder y a la pureza e integridad de la posición de su pariente político como, pongamos por caso, el cabo asistente de Murat debió de sentir hacia la simbología del bastón de mariscal del hombre al que servía.

Además de honorable (incluso como cazador comercial de venados, patos y codornices, actividad en la que incumplía las leyes, pero nunca su palabra), Biglin era valiente. A raíz de Pearl Harbor, aunque contaba con el hermano de su madre, que probablemente hubiera querido y podido encontrar o inventar la forma de que no lo llamaran a filas, se presentó voluntario a la infantería de marina, descubriendo, para asombro suyo, que según los criterios militares carecía prácticamente de visión con el ojo derecho, cosa que él no había advertido nunca. Aficionado a la radio y sin interés por la lectura, para cazar (por ser zurdo disparaba apoyando el arma en el hombro izquierdo y era uno de los mejores cazadores del condado de aves en vuelo, aunque de manera exuberante y manirrota; en el curso de dos de sus tres vidas profesionales previas había gastado más cartuchos que ninguna otra persona del condado, y a la edad de treinta había acabado ya con dos juegos de cañones para su escopeta) ese defecto le había supuesto en realidad una ventaja, ya que nunca había tenido que aprender a mantener los dos ojos abiertos y ver el extremo del arma y el blanco en el mismo instante, ni a cerrar a medias el derecho para eliminar el paralaje. De manera

que cuando se enteró (no por curiosidad sino por simple consanguineidad burocrática) de que Mink Snopes estaba por fin en libertad, supo —antes incluso que el sheriff, porque él, Biglin, lo creyó inmediatamente— que las antiguas amenazas contra Flem Snopes, aunque se remontaran a cuarenta años atrás, no se debían ignorar, ni muchos menos descartar, como su patrón y superior parecía inclinado a hacer.

De manera que su propósito, intención, seguía siendo básicamente defender y preservar la pureza de la misión de su pariente político, que era mantener la paz y proteger la vida y el bienestar humano, misión en la que él participaba de manera modesta. Pero había algo más, aunque sólo su mujer lo supiera. Ni siquiera el sheriff estaba al corriente de su plan, de su campaña; sólo se lo contó a su mujer: «Puede que no sea nada, como dice el primo Eef: sólo otra de las pesadillas del abogado Stevens. Pero supón que el primo Eef se equivoca y que el abogado tiene razón; supón...» Se lo imaginaba con pelos y señales: la última fracción de segundo, el señor Snopes indefenso en la cama, sin salvación posible, un último grito desesperado pidiendo una ayuda que sabía ausente, la navaja (hacha, martillo, estaca puntiaguda, lo que quiera que el asesino, empujado por el deseo de venganza, se propusiera utilizar) descendiendo ya, cuando él, Biglin, entraría, irrumpiría, pistola en una mano y revólver en la otra: un solo disparo, el asesino desplomándose sobre su presunta víctima, la expresión de esperanza y triunfo demoníacos cediendo el paso a la de asombro... «claro que sí, ¡el señor Snopes nos hará ricos! ¡Tendrá que hacerlo! ¡No le quedará más remedio!»

Dado que el señor Snopes tampoco debía saberlo (el sheriff le había explicado que en los Estados Unidos no se puede dar protección a un hombre libre a no ser que la pida o, al menos, la acepte voluntariamente), no le era posible montar la guardia dentro del mismo dormitorio, que es donde debería estar, sino que tenía que ocupar, fuera de la casa, la mejor posición que encontrase o se preparara cerca de una ventana por la que pudiera entrar a toda velocidad o, por lo menos, por la que pudiese mirar para apuntar hacia el interior. Lo que significaba, por supuesto, velar toda la noche. Biglin era un buen carcelero, concienzudo, que tenía limpia la cárcel y a los internos bien alimentados y atendidos; y que se encargaba además de hacer recados para el sheriff. Así que el único rato del que disponía para dormir durante las veinticuatro horas del día era el tiempo comprendido entre la cena y el momento en que, de manera imperativa ya, se instalaba en su puesto de guardia cerca de la ventana del dormitorio de Snopes. De manera que todas las noches se acostaba nada más cenar, su mujer se iba al cine, y a la vuelta, de ordinario hacia las nueve y media, lo despertaba. Entonces, armado con la linterna, el revólver, un bocadillo, una silla plegable y un jersey para combatir el relente de las noches de finales de septiembre, cada vez más frescas, permanecía inmóvil y en silencio pegado al seto, frente a la ventana donde, como sabía todo Jefferson, Snopes pasaba sus horas de ocio, hasta que por fin se apagaba la luz; para entonces hacía ya tiempo que se habían marchado

los dos criados negros. A continuación cruzaba el césped sin hacer ruido, abría la silla plegable bajo la ventana y se sentaba, permaneciendo en una inmovilidad tal, que los perros vagabundos que merodeaban sin descanso por todo Jefferson durante las horas de oscuridad, casi se daban de bruces con él antes de sentir, oler, como quiera que lo hicieran, que no estaba dormido, momento en que, con un único movimiento, se encogían, giraban en silencio y huían a toda velocidad; hasta las primeras luces del alba, cuando plegaba la silla, se aseguraba de que llevaba en el bolsillo la arrugada envoltura del bocadillo y regresaba a su casa; aunque para el domingo por la noche, si Snopes no hubiese estado dormido y su hija no fuese sorda como una tapia, de cuando en cuando habrían oído sus ronquidos, hasta que, claro está, el perro vagabundo que cruzara el césped en ese momento sintiera, oliera —como quiera que lo hiciese— que estaba dormido y que era inofensivo, tocándolo incluso con el hocico frío.

Mink no sabía todo esto. Pero probablemente apenas habrían cambiado las cosas aunque lo hubiera sabido. Habría pensado que todo ello —Biglin, el hecho de que Snopes tuviera alguien que lo protegiese— era un síntoma más de la infinita capacidad para la invención mezquina por parte de las fuerzas hostiles que siempre le habían amargado la vida. De manera que incluso aunque hubiera sabido que Biglin ya estaba situado bajo la ventana de la habitación que ocupaba su primo (no se había apresurado, sino todo lo contrario: una vez que el chico negro de la bicicleta le indicó el camino, pensó *Voy incluso un poco adelantado. Será mejor que cenem primero, y dar tiempo a los dos negros para que se quiten de en medio.*) no se hubiera comportado de manera distinta; no se habría escondido ni se hubiera puesto al acecho: simplemente invisible, silencioso y tan irrevocablemente extraño como un coyote o un lobo pequeño sin agacharse ni buscar la protección del seto como hacía Biglin cuando llegaba, sino acuclillándose sencillamente contra él —por su condición de campesino era capaz de hacerlo durante horas sin cansarse— mientras examinaba la casa, cuya forma y colocación conocía ya gracias al lento goteo infinitesimal de hechos e información que llegaba hasta Parchman en boca de extraños y que Mink había tenido que acumular y asimilar ocultando a sus interlocutores la importancia de lo que les preguntaba; contemplando de hecho el vasto edificio blanco encolumnado con un sentimiento que se parecía al orgullo porque alguien llamado Snopes fuese su propietario; con completa y absoluta falta de envidia; en otra ocasión, mañana mismo, aunque él nunca hubiera soñado ni tampoco hubiese querido que lo recibieran en él, le habría dicho con orgullo a un desconocido: «Mi primo vive aquí. Es el dueño».

La casa tenía exactamente el aspecto que esperaba. En la parte de atrás estaban las ventanas iluminadas de la habitación que hacía esquina, donde se hallaría su primo (sin duda habrían terminado ya de cenar; les había dado tiempo más que de sobra) con los pies apoyados en el pequeño saliente de madera que, según había oído en Parchman, otro pariente suyo, Wat Snopes, al que Mink no conocía por ser mucho

más joven, había clavado en el marco de la chimenea con ese fin. Además había luces en las ventanas de la habitación situada en frente, algo que no esperaba, puesto que también estaba al corriente del cuarto especial que la hija sorda se había arreglado en el piso superior. Pero arriba no había ninguna luz, lo que evidentemente quería decir que la hija seguía abajo. Y aunque las luces de la cocina indicaban que los dos criados negros tampoco se habían marchado, el impulso fue tan intenso que ya había empezado a levantarse sin esperar más, para llegarse hasta la ventana y ver si era necesario empezar ya, a pesar de que había tenido treinta y ocho años para practicar la paciencia y debiera haber alcanzado la perfección. Porque si esperaba demasiado, podría encontrar a su primo en la cama, incluso tal vez dormido, lo que resultaría intolerable y no debía suceder de ninguna de las maneras: no podía faltarle el momento, incluso aunque no durase más que un segundo, en que él dijera «Mírame, Flem», y su primo tuviera que hacerlo. Pero se contuvo —había tenido treinta y ocho años para aprender a esperar— y se agachó, volviendo a ponerse en cuclillas, con lo que notó menos el duro bulto del revolver que ahora llevaba en el peto del mono; la habitación de la hija estaría al otro lado de la casa, y no podría ver las ventanas iluminadas, dada su posición, y en cuanto a las luces en la otra habitación no significaban nada, ya que tratándose de alguien con tanto dinero como su primo Flem, con una gran casa tan elegante como aquella, podía tenerlas encendidas sin que nadie las utilizara.

Luego se apagaron las de la cocina; en seguida oyó al hombre y a la mujer de raza negra que seguían hablando mientras se acercaban (ni siquiera contuvo la respiración), pasaban a menos de tres metros de donde él se hallaba y atravesaban el portón del seto, con las voces alejándose lentamente calle arriba hasta desaparecer por completo. Entonces Mink se incorporó, en silencio, sin prisa, no de manera furtiva ni sigilosa: tan sólo pequeño, tan sólo incoloro, quizá sencillamente demasiado pequeño para llamar la atención; cruzó el césped hasta la ventana y (tuvo que ponerse de puntillas), al mirar dentro, vio a su primo sentado en un sillón giratorio, como el de un banco o un despacho, con los pies apoyados en la chimenea y el sombrero puesto, como él, Mink, sabía de antemano que estaría sentado, y un aspecto no muy distinto al que recordaba, a pesar de no haberlo visto desde hacía cuarenta años; algo cambiado, como es lógico: el sombrero negro de terrateniente del que había oído hablar en Parchman, si bien la corbatita de lazo podía haber sido la misma que llevaba puesta cuarenta años antes tras el mostrador del almacén de Varner; la camisa era una camisa blanca de ciudad; los pantalones, también pantalones oscuros de ciudad; y los zapatos, zapatos de ciudad con brillo, en lugar de los zapatones de los campesinos. Pero no diferente, en realidad: no leía; no hacía más que estar allí sentado con los pies en alto y el sombrero puesto, mientras movía la mandíbula levemente y sin cesar, como si mascara algo.

Para asegurarse tendría que dar la vuelta alrededor de la casa hasta que viera las luces encendidas del piso de arriba, y ya había empezado a hacerlo cuando se le

ocurrió que no le costaba ningún trabajo mirar en la otra habitación iluminada puesto que estaba muy cerca, de manera que avanzó, no menos silencioso que una sombra y sin mucha más sustancia, a lo largo de la pared hasta que se puso de nuevo de puntillas y miró, por la ventana siguiente, a la habitación de al lado. Vio a Linda inmediatamente y supo quién era en el acto: estaba sentada, leyendo bajo una lámpara, en el centro de una habitación con las paredes cubiertas casi hasta el techo con más libros de los que él sabía que existieran; llevaba gafas de concha, y reconoció también el mechón blanco del que había oído hablar en Parchman. Durante un segundo lo dominaron de nuevo la antigua cólera e indignación impotentes que casi acabaron con él, que casi lo destruyeron en esta ocasión; la rabia y la indignación que sintió cuando, durante los dos o tres primeros años después de enterarse de que Linda había vuelto a Jefferson, al parecer para siempre, y que vivía en la misma casa que Flem, pensaba *Supongamos que no esté sorda; supongamos que ha engañado a todo el mundo por cualquier maldad suya particular que se propone hacer*, ya que esto —la verdad sobre si era sorda o simplemente fingía serlo— era una jugada a cara o cruz para la que no sólo tendría que depender de otro, sino depender de algo tan frágil y poco de fiar como rumores de segunda o de tercera mano. Como último recurso había mentido, había llegado con estratagemas hasta el médico de la cárcel, pero siempre con el mismo problema: sin atreverse a preguntar lo que quería saber, tenía que saber, averiguar, enterarse: si incluso los sordos totales sentían —podían sentir— la vibración del aire cuando el ruido era lo bastante fuerte o se producía lo bastante cerca. «Como un...» dijo Mink antes de darse cuenta. Pero ya era demasiado tarde; el médico terminó la frase por él: «Eso es. Un disparo. Pero aunque consiguieras hacernos creer que te has quedado sordo, ¿es que piensas que eso te va a sacar de la cárcel?» «Es verdad», dijo Mink. «No necesitaría oír el látigo: me bastaría con sentirlo».

Pero el plan funcionaría; había que contar con la habitación que la hija se había arreglado en el piso de arriba, ya que toda la información sobre Jefferson que llegaba lentamente a los oídos de Mink en Parchman —había que creer a veces a la gente, tenía que creerlos, no quedaba otro remedio— le explicaba cómo su primo pasaba todo el tiempo en el piso bajo, en otra habitación situada en diagonal al otro lado de la casa, casa que, según decían, era incluso más grande que la cárcel. ¡Y ahora mirar por la ventana y encontrarla, no en el piso de arriba y en el otro extremo, que era donde tendría que haber estado, sino allí mismo, en el cuarto de al lado! En cuyo caso todo lo demás que había creído y con lo que había contado hasta aquel momento eran probablemente mentiras y estupideces; ni siquiera hacía falta que hubiera una puerta abierta entre las dos habitaciones para que la hija sintiese lo que el médico de la cárcel había llamado la vibración del aire porque no era cierto que estuviera sorda. Todo había sido mentiras; y pensó calmamente *aunque tuviera tiempo para utilizar dos antes de que alguien llegue a toda prisa de la calle no me queda más que una bala. Tengo que encontrar una estaca puntiaguda o un trozo de hierro en algún*

sitio... así de cerca, al borde ya de la ruina y de la destrucción cuando consiguió detenerse y no caer al abismo, murmurando, susurrándose, «Espera un momento, espera. ¿No te he dicho una y otra vez que el Viejo Patrón no gasta bromas, sino que castiga? Claro que está sorda: ¿no te lo ha dicho todo el mundo de un lado y otro de Mississippi durante diez años ya? No me refiero al maldito médico de Parchman ni a todos los demás condenados reincidentes hijos de perra que eran todo lo que tenías a mano para tratar de enterarte de lo que te hacía falta saber, sino el negro de ayer por la noche, que casi se puso insolente y estuvo a punto de llamar mentiroso a un blanco delante de sus narices, a la menor sugerencia de que quizá la hija de Flem estuviera engañando a todo el mundo. Los negros, que saben todas las cosas de los blancos que los blancos no quieren que se sepan, y más tratándose de alguien de la que aseguran que es una compinche de los negros y, si eso fuera poco, comunista por añadidura; seguro que todos los negros del condado de Yoknapatawpha y probablemente de Memphis y también de Chicago están enterados de si es sorda o no o de cualquier otra cosa acerca de ella. Claro que está sorda, y sentada de espaldas a la puerta por donde tienes que pasar; y seguro que habrá una puerta trasera que todo lo que tendrás que hacer será encontrarla y salir» y siguió adelante, sin prisa: no de manera furtiva, tan sólo amparado en su pequeñez, ligero de pies e invisible, hasta que dio la vuelta a la casa y llegó a los escalones del porche, por los que subió, avanzando entre las altas columnas como cualquier otro invitado, visitante, proveedor; luego abrió sin ruido la puerta de tela metálica, cruzó en silencio el vestíbulo, pasó por delante de la puerta abierta de la habitación donde estaba sentada la mujer, sin mirar siquiera de reojo en aquella dirección, continuó hasta la siguiente y sacó el revólver del peto del mono; luego, pensando precipitadamente, de manera un tanto caótica, casi como en diminutos jadeos *No tengo más que una bala, así que tendrá que ser en la cara, en la cabeza; no me puedo arriesgar a tirar al cuerpo con sólo una bala*, entró en la habitación donde estaba su primo y avanzó muy de prisa hacia él. No tuvo necesidad de decir «Mírame, Flem» porque su primo lo estaba haciendo ya, girando la cabeza por encima del hombro. Por lo demás no se había movido; tan sólo las mandíbulas dejaron de masticar a mitad de camino. Luego sí se movió, inclinándose ligeramente hacia adelante, y había empezado a bajar los pies que tenía apoyados en el reborde, con el sillón iniciando el giro, cuando Mink se detuvo a metro y medio de distancia, alzó con ambas manos el revólver con forma de sapo y color de hierro oxidado, lo amartilló e inmovilizó pensando *Tiene que darle en la cara: no tengo que sino tiene que* y apretó el gatillo y sintió más que oyó el absurdo chasquido hueco, casi distraído incluso. Su primo, ya con los pies en el suelo y el sillón casi vuelto para tenerlo de frente, parecía completamente inmóvil e incluso indiferente, contemplando también las diminutas manos, sucias y temblorosas, de Mink, como si fueran las de un mapache amaestrado, mientras una de ellas levantaba lo suficiente el percutor para que la otra girara el tambor hacia atrás una muesca, de manera que el cartucho se situara de nuevo bajo el percutor; aquel algo tan débil que surgía del pasado le dio un

ligero codazo, le hurgó otra vez levemente: no se trataba de una advertencia, ni siquiera tampoco de una repetición: tan sólo de algo débil y familiar y todavía poco importante ya que, fuera lo que fuese, ni siquiera antes había tenido la fuerza suficiente para cambiar nada ni había sido tampoco lo bastante notable como para recordarlo; en el mismo segundo Mink lo había descartado. *Todo está en orden* pensó *Esta vez disparará: el Viejo Patrón no gasta bromas* y volvió a amartillar el arma y a inmovilizarla con las dos manos, sin que su primo se moviera en absoluto, aunque ahora hacía otra vez un leve movimiento de mascar, como si también él estuviera contemplando el reflejo opaco de la luz sobre el percutor cuando finalmente se movió.

El revólver hizo un ruido tremendo, aunque Mink dejó de oírlo en aquel mismo instante. El cuerpo de su primo dio un curioso respingo convulsivo, contenido a medias, que un momento después derribaría también el sillón giratorio; a Mink le pareció que el estampido del revólver no era nada, pero que cuando el sillón terminara de caer y se estrellase contra el suelo, el ruido despertaría a todo Jefferson. Giró en redondo; hubo un momento sin embargo en que trató de decir, de gritar: «¡Párate! ¡Párate! ¡Tienes que asegurarte de que ha muerto o de lo contrario lo habrás echado todo a perder!» pero no pudo, ni tampoco recordó cuándo había reparado en la otra puerta, más allá del sillón, pero allí estaba; daba lo mismo a dónde llevara con tal de que fuese hacia adelante y no hacia atrás. Corrió hacia ella, tiró del picaporte y siguió tirando de él y agitándolo incluso después de comprender que la puerta estaba cerrada con llave, sin dejar de zarandearlo, completamente ciego ya, incluso después de oír la voz a sus espaldas; luego giró otra vez en redondo y vio a la mujer en la puerta que daba al vestíbulo; por un momento pensó *De manera que nunca ha dejado de oír* antes de comprender la verdad: no necesitaba oír; el mismo poder que la había colocado allí para sorprenderlo, podía hacer que un dedo de la hija de Flem dirigido hacia él lo hiciera saltar en pedazos, lo aniquilara, lo desintegrara en el sitio. Y como tampoco tenía tiempo para amartillar y apuntar de nuevo el revólver aunque hubiera dispuesto de otro proyectil, mientras giraba arrojó, le tiró el revólver, incapaz siquiera de seguir los acontecimientos porque en el mismo segundo le pareció que la mujer tenía ya el revólver en la mano, y que se lo estaba ofreciendo, diciéndole con la voz como de graznido de pato que usan los sordos:

—Tenga. Recójalo. Esa puerta es un armario. Tendrá que volver por aquí para salir de la casa.

DIECIOCHO

—Para el coche —Ratliff hizo lo que Stevens le decía. Conducía él, aunque el coche era el de Stevens. Había salido de la carretera principal en el cruce (el almacén de Varner, la desmotadora, la herrería, la iglesia y, más o menos, la docena de casas y otros edificios, todo a oscuras ya, aunque no hubieran dado las diez, que componían el villorrio) y ya habían atravesado y dejado atrás el resto de la fértil tierra llana del valle sobre la que el viejo Varner (octogenario ya, el pelo decididamente gris, doce años viudo hasta casarse dos años atrás con una joven de veinticinco a la que por entonces se creía prometida, o al menos cortejada, por su nieto) tenía derechos de retención e hipotecas, cuando no la poseía directamente; y ahora se acercaban ya a las colinas: un distrito de pequeñas granjas, de tierras en situación precaria, entre pliegues erosionados semejantes a papeles arrugados. De la carretera había desaparecido ya la grava y muy pronto cesaría incluso de ser transitable para cualquier vehículo; a la luz fija de los faros (Ratliff había detenido el coche) el camino parecía otro barranco erosionado que trepararetorciéndose por la quebrada elevación, coronada de mezquinos pinos desgüeñados y robles achaparrados sin valor. El sol había cruzado el ecuador y estaba ya en Libra; y con la detención del movimiento y el ronroneo del motor al ralentí, se tenía una sensación de otoño después del lento lloviznar del domingo y del luminoso frescor engañoso que había durado casi todo el lunes; la dentada muralla de pinos y robles achaparrados era una protección insuficiente contra el invierno y la lluvia y el frío, por debajo de la cual los campos exhaustos, cubiertos de zumaque, sasafrás y caquis, se habían vuelto ya de color escarlata, los caquis cargados de frutos y esperando sólo la escarcha y los ladridos de los perros de caza persiguiendo a las zarigüeyas—. ¿Qué te hace pensar que estará allí, aun contando con que logremos llegar? —dijo Stevens.

—¿En qué otro sitio podría estar? —dijo Ratliff— ¿Es que tiene algún otro sitio donde ir? ¿De regreso a Parchman, después de los problemas que ha tenido recientemente y de lo que le ha costado salir? ¿A qué otro sitio puede ir excepto a casa?

—Ya no le queda ni siquiera la casa —dijo Stevens—. Cuándo fue..., hace tres años..., el día que vinimos hasta aquí en busca de aquel muchacho..., ¿cómo se llamaba?

—Turpin —dijo Ratliff.

—... que no se presentó a filas y vinimos aquí a buscarlo. Ya no quedaba nada de la casa excepto el cascarón. Parte del techo y los restos de las paredes por encima de la altura conveniente para arrancar tablas que sirvieran como leña. Esta carretera también estaba mejor entonces.

—Sí —dijo Ratliff—. La gente la mantuvo nivelada y limpia mientras duró la leña.

—De manera que ya no queda ni el cascarón.

—Hay un sótano debajo —dijo Ratliff.

—¿Un agujero en el suelo? —preguntó Stevens—. ¿Cómo la guarida de un animal?

—Está cansado —dijo Ratliff—. Lo estaría aunque no tuviera sesenta y tres o sesenta y cuatro años. Ha estado bajo presión durante treinta y ocho, y no digamos nada de los últimos (¿estamos a jueves, no es eso?) siete días. Y ahora se le ha acabado la presión que lo empujaba. Suponga usted que hubiera pasado treinta y ocho años esperando hacer algo y, como no puede ser menos, llega el día en que por fin lo hace. Tampoco a usted le quedarían muchas energías. De manera que lo que ahora quiere es estar tumbado a oscuras y en silencio durante un buen rato.

—Tendría que haber pensado en eso el jueves pasado —dijo Stevens—. Ahora ya es demasiado tarde.

—¿No es ésa exactamente la razón de que estemos aquí? —preguntó Ratliff.

—De acuerdo —dijo Stevens—. Sigue adelante —pero Ratliff, en cambio, cortó el encendido del motor. Ahora sí que podían advertir, sentir, el cambio de la estación y el año. Quedaban algunas aves, pero la noche ya no estaba llena de la clamorosa cacofonía monótona de los insectos del verano. Sólo se oía a los grillos en los espesos setos y en los rastrojos de los campos de heno ya segados, donde a mediodía brotarían los saltamontes cenicientos, frenéticos e imprevisibles, camino de ningún sitio. Y ahora Stevens supo lo que se le avecinaba, lo que Ratliff iba a elegir como tema de conversación.

—¿Cree usted de verdad que Linda no sabía lo que esa condenada serpiente de cascabel en miniatura iba a hacer en el momento en que lo pusieran en libertad? —dijo Ratliff.

—Claro que no —respondió Stevens de prisa, demasiado de prisa, demasiado tarde—. Sigue adelante.

Pero Ratliff no se movió. Stevens se fijó en que no había apartado la mano de la llave del contacto para que Stevens no pudiera poner el motor en marcha.

—Supongo que se detendrá en Memphis esta noche —dijo Ratliff—. Con ese automóvil nuevo tan lujoso y todo lo demás.

Stevens lo recordaba demasiado bien. El problema era olvidarlo. Se lo había dicho ella misma —o por lo menos eso creía él entonces— por la mañana, después de darle la información necesaria para redactar la escritura: cómo tampoco iba a quedarse con el automóvil de su supuesto padre y había encargado uno nuevo en Memphis, que le sería entregado a tiempo para que pudiera marcharse inmediatamente después del funeral; Stevens podía llevarle la escritura para que la firmase cuando se despidieran, o lo que lo dos —ella y él— hicieran a modo de despedida.

Había sido un funeral muy importante: un destacado banquero y financiero que no sólo había muerto en la flor de la vida (financiera por lo menos) de una herida de bala, sino de una herida de bala que no era la correcta, puesto que un banquero

corriente muerto de un disparo en su dormitorio a las nueve de la noche tendría que haberse despedido poco antes de un inspector bancario estatal o federal (quizá de los dos). El difunto no contaba con otros lazos: ni fraternos, ni cívicos, ni militares: tan sólo las finanzas; tampoco pertenecía a un determinado sector de la economía: ni al algodón, ni al ganado, ni a otros que hubieran servido de fundamento y hubieran hecho prosperar al condado de Yoknapataupha y al estado de Mississippi, sino exclusivamente al Dinero. Era absolutamente cierto que había sido miembro de una iglesia de Jefferson, como ponía de manifiesto el aspecto exterior, materialmente ampliado, del edificio, pero incluso eso no había significado una sumisión, ni una aspiración, ni tampoco realmente una alianza ni una amnistía, sino simplemente un armisticio momentáneo entre dos idiomas irreconciliables.

Y sin embargo no sólo había acudido la ciudad sino el condado. Stevens, miembro también del reparto, se había colocado, a petición de la (*sic*) hija, en primera fila y a su lado debido a su insistencia: él y Linda y su tío Jody, un hombre que se estaba quedando calvo y que había añadido otros treinta quilos de papada y tripa al largo esqueleto de su padre; y sí, Wallstreet Panic Snopes, que no sólo no se había comportado nunca como un Snopes, sino que tampoco había tenido nunca su aspecto: alto y moreno, con la excepción de unos ojos increíblemente azules, que le daban un aire juvenil y afectuoso; Wall empezó de recadero en una pequeña tienda de ultramarinos mientras tanto él como su hermano pequeño, Almirante Dewey, superaban la segunda enseñanza, y había pasado de ahí a crear en Jefferson un almacén al pormayor de productos alimenticios que abastecía a todo el condado; y ahora, trasladado con su familia a Memphis, era propietario de una cadena de almacenes de alimentación al pormayor que cubría la mitad de Mississippi y Tennessee y llegaba hasta Arkansas; todos los presentes vueltos hacia el hoyo discretamente camuflado junto a la otra tumba sobre la que, en lugar de su marido (que se había limitado a encargarla y a pagar las facturas), Stevens en persona había levantado la escandalosa mentira de mármol necesaria para que Linda alcanzara su libertad diecinueve años antes. Como sería también él quien levantaría la mentira que exigiera esta otra tumba; los dos —Linda y él— también habían hablado de eso por la mañana.

—No. Nada —dijo ella.

Si —escribió él.

—No —dijo ella. Stevens se limitó a alzar la lámina de marfil para colocar la palabra frente a Linda; no podía haber escrito *Es por tu bien* y no hubiera sido necesario—. Tienes razón —dijo ella—. Tendrás también que encargarte de ésta.

Tendremos escribió Stevens.

—No —dijo ella—. Lo harás tú. Siempre lo has hecho por mí y lo seguirás haciendo. Ahora sé que en realidad nunca he tenido a nadie más que a ti.

Mientras el ministro baptista oficiaba el funeral con rapidez y fácil elocuencia, Gavin estuvo contemplando los rostros, rostros ciudadanos y rostros campesinos; los

que representaban a la ciudad porque la ciudad debía estar representada en aquellas exequias; los que se representaban únicamente a sí mismos porque algún día estarían donde ahora yacía Flem, tan carentes de amigos y tan muertos y tan solos; los rostros anónimos esperanzados y desconfiados que le debían dinero a él o a su banco y que, como tanta gente, esperaban, eran incluso capaces de creer que, una vez muerto el banquero, la deuda podría, existía quizá la posibilidad remota de que se perdiera u olvidara o incluso, simplemente, de que nadie la reclamara, de que nadie exigiese su pago. Luego, de repente, vio algo distinto. No había muchos: sólo reconoció a tres, también rostros campesinos, que no se diferenciaban de los otros rostros campesinos desconfiados que procuraban pasar inadvertidos en la retaguardia del grupo; hasta que, de repente, saltaron, se destacaron entre los demás, y supo quiénes eran. Eran Snopes; nunca los había visto antes pero resultaban inconfundibles: no eran en absoluto extraños: sencillamente idénticos, no tanto por la expresión como por la postura, la actitud; Stevens pensó muy de prisa, en algo semejante a ese segundo de pánico absoluto en que uno se despierta sobresaltado *Son como lobos que han venido a contemplar la trampa en la que otro lobo más grande, el cabecilla, el lobo jefe, al que Ratliff calificaría del primero de la manada, ha muerto; por si todavía quedaba enganchada en ella un jirón o un resto de piel.*

Luego la sensación pasó. No podía seguir mirando hacia atrás y muy pronto el ministro había acabado y el empresario de pompas fúnebres dio la señal para que los elegidos, los públicamente desconsolados, se marcharan; y cuando volvió a mirar, pudo mirar de nuevo, los rostros habían desaparecido. A Linda la dejó allí. Es decir, su tío iba a llevarla a casa, donde para entonces el nuevo automóvil que, según ella le había explicado, pidiera a Memphis por teléfono después de decidir la tarde anterior volver sola a Nueva York tan pronto como terminara el funeral, estaría esperándola; probablemente lista ya para irse, con el equipaje en el coche nuevo, cuando llegara él con la escritura que tenía que firmar.

Así que Stevens volvió a su despacho y la recogió: una escritura de donación (con el habitual pago simbólico de un dólar) con la que se devolvía la casa y el terreno a los De Spain. Lo había hecho todo ella sola, sin informarle siquiera de los trámites y menos aún de sus intenciones. Linda no había conseguido localizar a Manfred, a quien Snopes había arrebatado la casa junto con el banco y el resto de su buen nombre y dignidad en Jefferson, pero sí a lo que quedaba de su familia, la hermana del viejo comandante De Spain, padre de Manfred, y su hija única; una anciana inválida que vivía en Los Angeles con su hija soltera de sesenta años de edad, directora ya jubilada de un instituto en una zona residencial de Los Angeles; Linda las había buscado y localizado en persona sin consultar nunca con Stevens, su abogado; un verdadero escándalo, cuando el samaritano, el filántropo, el benefactor, empieza no sólo a encontrar sino a inventar sus propias generosidades, y no sólo sin recurrir, sino incluso ignorando abogados y secretarios y asesores de relaciones públicas; escandaloso, antisocial de hecho, quitarle el pan a tantas bocas.

Para los documentos sólo se necesitaba su firma; no había transcurrido aún un cuarto de hora cuando Stevens redujo la velocidad del coche y lo detuvo junto a la acera delante de la casa, sin reparar siquiera en el grupito —hombres, chicos, un negro o dos— que tenía delante, excepto para decir «El comité local dando su aprobación al automóvil nuevo»; luego estacionó el suyo, se apeó con la cartera en la mano y ya se había vuelto, deslizando simplemente la vista por el grupo puesto que estaba allí, cuando se dijo de prisa, con voz muy débil, sin reconocer todavía la sorpresa «Es un

Jaguar inglés sin estrenar» y seguía andando ya, cuando de repente fue como si una escalera por la que estás subiendo se convirtiera bruscamente en una correa sin fin por la que caminas, subes, gastas energía y movimiento, pero no progresas; y de manera tan abrupta y repentina que de hecho quedas reducido a tu propia emanación, porque el impulso ha llevado tu corporeidad todo un paso por delante de ti; *No hay sitio alguno en el mundo pensó desde donde se pueda hacer llegar a Jefferson, Mississippi, un Jaguar nuevo, aun disponiendo desde ayer al mediodía, y no digamos nada si se ha pedido anoche pensando, ya con desesperación ¡No! ¡No! ¡Sí que es posible! Pueden haber tenido uno, encontrar uno anoche o esta mañana en Memphis..., este universo desvinculado que no tiene más que la coincidencia para evitar que se desmorone* y caminó de prisa e hizo una pausa junto al automóvil, pensando *De manera que desde el jueves sabía que iba a marcharse; aunque hasta el martes por la noche no supo exactamente qué día.* Un Jaguar absolutamente nuevo, impoluto, y el vendedor o la persona que venía a entregarlo, un hombre bastante joven y de buen aspecto, se hallaba a su lado, y en aquel momento el criado negro salió por la puerta principal con parte del equipaje de Linda.

—Buenas tardes —dijo Stevens—. Un coche estupendo. Todavía sin estrenar, ¿no es cierto?

—Efectivamente —dijo el otro—. Ni siquiera había tocado aún el suelo hasta que la señora Kohl telefoneó ayer pidiéndolo.

—Fue una suerte que tuvieran ustedes uno disponible —dijo Stevens.

—No, no; lo recibimos el día diez. Cuando la señora Kohl lo encargó en julio nos dijo que se lo guardáramos, y que ya nos avisaría cuándo lo necesitase. Imagino que..., la muerte de su padre ha cambiado un poco sus planes.

—Es lo que suele suceder en esos casos —dijo Stevens—. Lo encargó en julio.

—Así es. Tengo entendido que todavía no han capturado a ese individuo.

—Todavía no —dijo Stevens—. Un coche estupendo. Me gustaría poder comprarme uno —y siguió adelante, por la puerta abierta y hacia arriba por una escalera que reconocía sus pies, hasta la sala de estar que también le reconocía. Linda se le quedó mirando mientras se acercaba, vestida para el viaje con un conjunto de mono y chaqueta, recién lavado y planchado, de color caqui desteñido, y el rostro y la boca muy maquillados como protección contra el aire en el coche en movimiento; sobre una silla descansaban el chaquetón de hombre lleno de manchas, el bolso y

unos guantes gruesos, así como un pañuelo para la cabeza. Por lo menos no te he mentado, dijo. Podía haberlo escondido en el garaje hasta que te marcharas, pero no lo he hecho. Aunque no con palabras; lo que dijo fue:

—Bésame, Gavin —dando el último paso hacia él y abrazándolo, con fuerza y sin apresurarse; luego buscó su boca, también con firmeza y pausadamente, y la abrió, Stevens abrazándola, una mano descendiendo por la espalda mientras los abultamientos gemelos y la hendidura que marcaban el comienzo de las nalgas se alzaban bajo la áspera tela caqui, como ya había sucedido antes de cuando en cuando, la mano sin limitación de libertad; libertad que nunca le había sido negada, que nunca le sería negada, la fidelidad nunca amenazada y siempre segura como si nunca hubiera sucedido nada en absoluto entre la mano y la carne femenina que se alzaba y se dividía, él tocándola simplemente, aprendiendo y sabiendo no con desesperación ni dolor, sino tan sólo con un poco de pena, sosteniendo sencillamente las nalgas de Linda como se abarca el inocente trasero sin caderas de una niña. Pero ahora no, no en este momento. Lo de ahora era terror; *¿Cómo era la frase exactamente?* pensó aterrado. *El hombre «cuyo irresistible atractivo consistía en que por el simple hecho de estar en presencia de una mujer la convencía totalmente de que era capaz de hacer cualquier sacrificio por ella». Aunque era exactamente lo contrario, totalmente al revés; un pobre imbécil que no sólo no sabía dónde estaba la primera base, sino que ni siquiera se había enterado de que estaba jugando al béisbol. No necesitas tentarlas porque para entonces hace ya mucho tiempo que te han seleccionado, eligiéndote simplemente porque gracias al simple acto de ser seleccionado te sientes de inmediato no sólo dispuesto y listo sino apasionadamente deseoso de sacrificararte por ellas tan pronto como a los dos se os ocurra un motivo suficientemente bueno y noble. Ahora pensó se va a dar cuenta de que no se puede fiar de mí y de que sólo tenía la esperanza de que fuera así, de manera que recurrirá al golpe de caderas y a agarrarme por los hombros para arrastrarme en la caída hacia atrás incluso sin cama pero se equivocó por completo. Por qué pensó tendría que perder el tiempo confiando en mí cuando ha sabido durante toda su vida que lo único que tiene que hacer es depender de mí.* Linda se limitó a seguir abrazándolo y besándolo hasta que el mismo Stevens se movió para soltarse. Luego ella se separó también y se quedó mirándolo con aquellos ojos suyos de color azul marino, que no eran ni reservados, ni tiernos, ni quizá incluso amables.

—Te has manchado la boca —le dijo—. Tienes que ir al cuarto de baño. Y estás en lo cierto añadió—. Siempre lo estás en lo que se refiere a ti y a mí —no eran reservados: resueltos, sí, pero no reservados; algún día quizá se acordara de que en realidad tampoco habían sido nunca tiernos—. Te quiero —dijo—. No has recibido mucho, ¿no es cierto? No; eso es mentira. No has recibido nada. Nada en absoluto.

Stevens sabía perfectamente de qué estaba hablando: su madre primero y luego ella; de cómo él había ofrecido dos veces su devoción y no había obtenido a cambio más que el privilegio de vivir obsesionado, embrujado, idiotizado, si se prefiere;

Ratliff sin duda habría dicho idiotizado. Y Linda sabía que él lo sabía; ésa era (quizá) su maldición: los dos sabían de inmediato todas y cada una de las cosas que los afectaban a ambos. No era su honestidad, ni tampoco que Linda creyera que había estado enamorada de él toda la vida, el motivo de que le hubiera dejado descubrir el Jaguar nuevo y lo que ello implicaba en cuanto a las circunstancias de la muerte de su padre putativo. Lo había hecho porque sabía que no podría ocultarle el hecho de que había encargado el coche en Nueva York o en Londres, o de donde quiera que lo hubieran enviado, en el momento mismo en que estuvo segura de que Stevens iba a conseguir el indulto para Mink.

En todas las prendas Linda tenía bolsillos donde cabían exactamente el cuadernito de láminas de marfil y el lápiz especial con su clip. Stevens los conocía todos, también en el mono, de manera que extendió el brazo y lo sacó. Podía haber escrito *Lo tengo todo. Has tenido confianza en mí. En lugar de mentirme has preferido dejarme descubrir que has asesinado a tu padre putativo.* Podía, quizá debería haber escrito *Lo tengo todo. ¿No acabo de convertirme en instigador de un asesinato?* Escribió, en cambio *Lo hemos tenido todo.*

—No —dijo ella.

Si —escribió Stevens.

—No —dijo ella.

Esta vez Stevens escribió SI con letras lo bastante grandes para cubrir el resto de la lámina y luego lo borró con la palma de la mano y escribió *Lleva a alguien contigo para que oiga. Vas a matarte.*

Linda lo miró apenas, cualquiera hubiera pensado que, desde luego, ni mucho menos el tiempo suficiente para leerlo; luego se le quedó mirando de nuevo, con los ojos de color azul marino que daba lo mismo que fueran amables o tiernos o verdaderamente sinceros o no. Se le había corrido el lápiz de labios por detrás de la sonrisa casi imperceptible, ella misma —la sonrisa— como una suave mancha, como un somnoliento borrón.

—Te quiero —dijo—. Nunca he querido a nadie más que a ti.

No escribió él.

Sí —dijo ella.

Él escribió *No* de nuevo e incluso mientras ella decía «sí» escribió *No No No No* hasta que hubo llenado por completo la lámina; luego lo borró y puso *Escritura*. Y, de pie uno al lado del otro ante la repisa de la chimenea donde resolvían todos los asuntos de Linda que exigían comunicación verbal entre los dos, Stevens abrió el documento, le ofreció la pluma estilográfica para que firmara, ella lo hizo, y estaba ya guardándolo en la cartera cuando Linda volvió a hablar:

—Esto también —era un sobre alargado: Stevens lo había visto ya sobre la repisa. Al cogerlo notó el grueso fajo de billetes a través del papel, demasiados billetes; mil dólares lo destruirían en cuestión de semanas, tal vez días, con la misma certeza que si se tratara de balas. La noche anterior había sentido la tentación de decírselo: «Mil

dólares también lo matarán a él. ¿Estarás satisfecha entonces?» aunque la noche anterior no sabía aún cuánta verdad encerraban aquellas palabras. Pero se contuvo. Ya se ocuparía de eso en persona cuando llegara el momento—. ¿Sabes dónde encontrarlo?

Ratliff lo sabe escribió, lo borró y escribió de nuevo *Voy dos minutos al baño Tu boca también* y esperó mientras ella lo leía y luego Linda permaneció quieta, inmóvil, un momento más, con la cabeza inclinada como si Stevens hubiera escrito en jeroglíficos.

—Ah —dijo; luego añadió—: Sí, ya es hora —dio la vuelta, fue hacia la puerta, se detuvo, giró a medias y sólo entonces lo miró: ni sonrisa casi imperceptible ni nada; tan sólo los ojos que incluso a aquella distancia no eran completamente negros. Y un instante después ya se había ido.

Ya tenía la cartera en la mano. El sombrero estaba sobre la mesa. Guardó el sobre en el bolsillo y se frotó la boca con el pañuelo; luego recogió el sombrero y siguió adelante, escaleras abajo, mojando el pañuelo con saliva para frotarse los labios. Encontraría un espejo en el vestíbulo, pero tendría que conformarse con aquello hasta que llegara a su despacho; habría, mejor dicho había, una puerta trasera, pero el criado estaba por allí en algún sitio y quizá también el cocinero. Además no había ninguna ley que prohibiera pasar por el jardín delantero para salir por la puerta lateral al callejón, desde donde podría llegar a la calle sin tener siquiera que volver a mirar el coche nuevo. Hasta que Ratliff, situado por casualidad o coincidencia cerca del pie de las escaleras que llevaban a su despacho, dijo:

—¿Dónde está su coche? Da lo mismo. Iré a recogerlo. Mientras tanto será mejor que use un poco de agua cuando llegue arriba.

Stevens lo hizo así, guardó bajo llave en un cajón el pañuelo manchado y se sentó tras el escritorio. Al cabo de un rato oyó los pies de Ratliff en la escalera, aunque lo único que hizo fue sacudir la puerta también cerrada con llave; otra ocasión en la que podría haberse consagrado a su sueño juvenil de restaurar el Antiguo Testamento a su pureza primitiva. Pero ya era demasiado viejo. Evidentemente hace falta más que la simple angustia para estar absolutamente angustiado. Al cabo de otro rato sonó el teléfono.

—Linda se ha marchado —dijo Ratliff—. Tengo su coche de usted. ¿Quiere venir y cenar conmigo?

—No —dijo Stevens.

—¿Quiere que llame a su esposa y le diga que es eso lo que va a hacer?

—Maldita sea, te he dicho que no —dijo; luego añadió—: te lo agradezco mucho.

—Le recogeré pongamos que a las ocho —dijo Ratliff.

Estaba esperándolo junto a la acera; el coche —su coche— se puso en movimiento en cuanto cerró la portezuela.

—No soy de fiar —dijo.

—Supongo que no —dijo Ratliff—. Ya ha terminado todo; ahora sólo falta que

nos acostumbremos.

—Lo que quiero decir es que no estás seguro conmigo. Nadie lo está a mi alrededor. Soy peligroso. ¿No te das cuenta de que acabo de cometer un asesinato?

—Ah, eso —dijo Ratliff—. Hace algún tiempo decidí que lo único que lo haría inofensivo sería que alguien se casara con usted. No dio resultado, pero por lo menos ahora está usted perfectamente. Como acaba de decir, ha cometido por fin un asesinato. Ya no se le puede ocurrir a nadie algo peor —estaban en la carretera principal, con la ciudad a sus espaldas y podían acelerar un poco la marcha durante los treinta kilómetros hasta el almacén de Varner—. ¿Sabe quién me da pena de verdad en todo este asunto? Se lo voy a decir: Luther Biglin. Usted no ha oído hablar de eso y probablemente nadie se hubiera enterado si no hubiera salido hoy de algún modo a la luz gracias a lo que podría llamarse una entrevista privada o absolución entre Luther y Eef Bishop. Parece que desde el jueves pasado hasta el martes, Luther estuvo todas las noches haciendo guardia junto a la ventana, de pie o sentado, desde que la señora Biglin volvía del cine y lo despertaba, hasta que se hacía de día. Ya lo entiende usted: después de pasarse todo el día cuidando de la cárcel y de los presos, además de no alejarse del despacho del sheriff por si acaso Eef lo necesitaba, tenía que descansar en algún momento y el único rato libre era después de cenar hasta que la señora Biglin, que hacía las veces de reloj despertador, volvía del cine, lo que suponía aproximadamente desde las siete hasta más o menos las nueve y media o las diez, según la longitud de la película, y luego el resto de la noche Luther se lo pasaba de pie o sentado en una silla plegable muy cerca de la ventana de Flem, no por la recompensa ni siquiera por la gloria, puesto que sólo lo sabía la señora Biglin, sino simplemente por fidelidad al juramento de Eef Bishop de defender y proteger la vida humana en Jefferson incluso aunque la vida humana fuera la de Flem Snopes. Sin embargo, del total de veinticuatro horas entre las que Mink podría haber elegido, tuvo que elegir, para entrar en donde estaba Flem, con esa cosa que quien quiera que se la vendió le dijo que era un revólver, una entre las siete y las nueve y media, como si hubiera actuado casi por puro y simple despecho..., algo que, como diría el otro, no debería sucederle ni a un perro.

—Sigue conduciendo —dijo Stevens—. Acelera un poco.

—Sí —dijo Ratliff—. De manera que en eso ha quedado todo. Todo el saqueo y la ejecución de hipotecas y el pillaje y el robo, haciéndolo suavemente bajo cuerda cuando podía, pero honestamente por las bravas cuando no tenía otro remedio, con unos pocos de nosotros tratando de ponerle la zancadilla y quitándonos de en medio cuando podíamos, pero también recibiendo más de un pisotón cuando no lo hacíamos a tiempo. Y ahora todo lo que queda es una anciana señora inválida y su hija soltera, maestra retirada, que hubieran vivido para siempre felices en la dorada California disfrutando del sol, y que ahora tienen que hacer todo el camino de vuelta a ese enorme elefante blanco de casa en Mississippi, donde probablemente la señorita Allison tendrá que volver a trabajar y quizá se pase el día atareada y falta de tiempo,

porque ¿cómo se puede permitir que simples amigos y conocidos, sin contar con los extraños, digan que una señora nacida y criada en Mississippi se ha negado a aceptar toda una casa no sólo regalada y de balde y sin pagar un céntimo, sino que además era activamente suya de todas formas para empezar, sin tener que dar siquiera las gracias a nadie por recuperarla? De manera que quizá incluso se pueda sacar de todo ello alguna conclusión moral, si se sabe dónde mirar exactamente.

—No hay que sacar conclusiones morales —dijo Stevens—. La gente se limita a hacer las cosas lo mejor que puede.

—Los pobres desgraciados hijos de perra.

—Los pobres desgraciados hijos de perra —dijo Stevens—. No te pares. Acelera un poco.

Así que a eso de las diez se encontró al lado de Ratliff, en el coche a oscuras, en una carretera de montaña que ya había dejado de ser una carretera y que pronto dejaría incluso de ser transitable, cuando Ratliff dijo:

—¿De manera que usted cree de verdad que Linda no sabía lo que Mink iba a hacer cuando saliera de la cárcel?

—Sí, eso es lo que te he dicho —respondió Stevens—. Sigue adelante.

—Tenemos tiempo —dijo Ratliff—. Mink no se va a ir a ningún sitio. Déjeme hablarle de esa cosa que utilizó como si fuera un revólver y que se le cayó o tiró mientras corría por el jardín de atrás. Eef Bishop me dejó que le echara una ojeada. El tipo aquel de Memphis tenía razón. Ni siquiera parecía un revólver. Parecía una vieja, viejísima tortuga cubierta de barro. Tenía un casquillo vacío y un cartucho aún sin disparar. El detonante del casquillo estaba bien agujereado, pero tanto en ése como en el del cartucho completo había una pequeña muesca justo por fuera del detonante, las dos exactamente iguales e incluso en el mismo sitio, de manera que cuando Eef sacó el cartucho, giró un poco el casquillo vacío, lo puso otra vez bajo del percutor, amartilló el revólver, apretó el gatillo y volvimos a abrir el tambor, había otra de esas pequeñas muescas por fuera del detonante, como si ese percutor antediluviano unas veces diera en el detonante y otras no. De manera que parece como si Mink o bien utilizó antes los dos proyectiles para hacer pruebas y, a pesar de que los dos le fallaran, entró sin embargo en la casa para matar a Flem con la esperanza de que uno de ellos funcionara a la segunda, lo que no parece razonable, o bien se paró delante de Flem y quizá apretó dos veces el gatillo y luego giró el tambor hacia atrás para intentarlo de nuevo, dado que era todo lo que podía hacer en aquel momento, y esta vez el revólver disparó uno de los dos. En ese caso, ¿qué motivo imagina usted que pudo tener Flem para seguir allí sentado en el sillón, dejando que Mink apretara el gatillo varias veces hasta que consiguiera disparar una de las balas y matarlo?

—No lo sé —dijo Stevens bruscamente—. ¡Sigue adelante!

—Quizá también él estaba harto —dijo Ratliff—. Como Eula. Quizá eran dos. El pobre desgraciado hijo de perra.

—Era impotente —dijo Stevens.

—¿Qué? —dijo Ratliff.

—Impotente. Cuando se iba a la cama con una mujer todo lo que podía hacer era dormir. ¡Sí! —dijo Stevens—. ¡Los pobres desgraciados hijos de perra que causan todo el sufrimiento y toda la angustia que tienen que causar! ¡Sigue adelante!

—Pero supongamos que fuera más que eso —dijo Ratliff—. Usted se crió en una ciudad, así que lo más probable es que no haya oído hablar nunca de Me das permiso. Era un juego. Escogías a otro chico más o menos de tu mismo tamaño y te acercabas a él con una caña o quizá con una vara fina o una manzana verde y dura o incluso con una piedra, dependiendo de lo mucho que uno quisiera arriesgarse, y le decías «Me das permiso», y si él respondía que sí, tenía que estarse quieto y tú le dabas un golpe con la caña o con la vara, lo más fuerte que podías, o te alejabas unos pasos y le tirabas la manzana verde o la piedra. Luego eras tú el que te quedabas quieto y él cogía la misma caña o vara o manzana o piedra, u otra igual, y te daba un golpe o te la tiraba. Ésa era la regla. Así que suponga...

—¡Sigue adelante! —dijo Stevens.

—... que Flem hubiera tenido su oportunidad, con todas las de la ley, como dice la regla, de manera que no le quedara otro remedio que seguir allí sentado, puesto que lo más probable es que hubiera descubierto hacía años, cuando por fin Linda se presentó otra vez aquí, aunque viniera de luchar con los comunistas, que ya había perdido...

—¡Cállate! —dijo Stevens—. ¡No lo digas!

—... y que ahora le tocaba a ella, de manera que supongamos...

—¡No! —dijo Stevens—. ¡No! —pero Ratliff no sólo estaba más cerca de la llave de contacto, sino que tenía la mano encima, tapándola.

—... que Linda siempre había sabido lo que iba a suceder cuando Mink saliera, que no sólo lo sabía ella sino que también lo sabía Flem...

—¡No estoy dispuesto a creerlo! —dijo Stevens—. ¡No, señor! No me da la gana —añadió—. ¿No te das cuenta de que no puedo?

—Lo que plantea también otro problema —dijo Ratliff—. Linda tenía además que tomar una decisión, y una vez que la tomase sería definitiva e imposible de cambiar. Si hubiera esperado dos años más, ni Dios mismo podría haber retenido a Mink en Parchman sin matarlo, y se habría evitado no sólo las molestias y la preocupación sino también la responsabilidad moral, aunque usted diga que no hay moral. Pero no lo hizo. Y entonces uno se pregunta la razón. Porque quizá, si no hubiera nadie en el cielo, no sería el cielo, y si no reconocieras a los de allí como gente que has conocido, no habría nadie que quisiera ir. Y podría ser que algún día su mamá le dijera: «¿Por qué no me vengaste a mí y al amor que encontré al fin, en lugar de no hacer nada con la falsa esperanza de que todo se arreglara por casualidad? ¿Es que nunca has querido a nadie lo bastante como para aprender lo que es el amor? Tenga —dijo. Se sacó del bolsillo el pañuelo inmaculadamente limpio, e impecablemente lavado y planchado que, como todos los otros, según la ciudad, no

sólo se lavaba él mismo sino que también les cosía el dobladillo, y se lo puso en la mano a Stevens, incapaz de ver en aquel momento; luego giró la llave para poner en marcha el motor y encendió los faros—: Me parece que ya estamos más o menos en el sitio —dijo.

Ahora la carretera no era siquiera un par de rodadas, sino una cuchillada en la tierra, llena de zarzas, siempre cuesta arriba.

—Iré delante —dijo Ratliff—. Usted creció en una ciudad. Yo no vi nunca una bombilla hasta después de empezar a utilizar una navaja de barbero —luego añadió—: Ahí está —la línea inclinada de un tejado, uno de cuyos extremos se había derrumbado por completo (Stevens no lo reconoció como una casa; simplemente estuvo de acuerdo en que podía haberlo sido en otro tiempo), y por encima del cual se alzaba un falso cedro deteriorado y nudoso. Casi dio un traspiés al cruzar lo que había sido una cerca, la valla de un jardín desaparecido bajo la abundancia de rosales trepadores que se habían hecho silvestres mucho tiempo atrás—. Camine detrás de mí —dijo Ratliff—. Tenían un aljibe. Creo que sé dónde está. Debería haber traído una linterna.

Y luego, por una pendiente desmoronada, y atravesando lo que habían sido los viejos cimientos, bostezó a sus pies un orificio, una abertura negra y también desmoronada, que era como si la casa misma en ruinas los contemplara con la boca abierta. Ratliff se había parado.

—Usted no ha visto el revólver —dijo en voz baja—. Yo sí. No parecía un revólver de diez dólares. Parecía formar parte de un lote de dos por nueve dólares y medio. Quizá aún conserve el otro —mientras Stevens, sin detenerse, lo apartó para seguir adelante, y tanteó con el pie hasta encontrar lo que había sido un escalón; luego, sacándose del bolsillo el encendedor de oro con sus iniciales, lo encendió y, alumbrándose con el débil resplandor vacilante, continuó descendiendo, con Ratliff detrás, que le decía—: Por supuesto. Ahora ya es libre. No tendrá nunca que volver a matar —y siguió adelante, entrando en el viejo sótano, la cueva, la madriguera donde sobre un tosco estrado preparado por él mismo, se hallaba el hombre que buscaban, medio en cuclillas, medio arrodillado, mirándolos y parpadeando como un niño al que se interrumpe mientras reza al pie de la cama; no sorprendido mientras reza: interrumpido, arrodillado con el mono nuevo que ya estaba manchado y embarrado, las manos recogidas a medias sobre el regazo, parpadeando ante el diminuto resplandor que sostenía Stevens.

—¿Qué tal? —dijo.

—No puede usted seguir aquí —dijo Stevens—. Si nosotros sabemos dónde está, ¿no comprende que también se le ocurrirá al sheriff antes de mañana por la mañana?

—No me voy a quedar —dijo—. Sólo me he parado para descansar. Tengo pensado seguir adelante en seguida. ¿Quiénes son ustedes?

—Eso no importa —dijo Stevens. Sacó el sobre con el dinero—. Tenga —dijo. Eran otra vez doscientos cincuenta dólares, parte, indudablemente, de los mil que

había contenido el sobre. Stevens no se había molestado siquiera en buscar una explicación racional a su decisión sobre la cantidad. El hombre arrodillado contempló el dinero en silencio.

—Ese dinero lo dejé en Parchman. Ya me había librado de él antes de salir por la puerta. ¿Quiere decir que también un hijo de perra lo robó?

—No es el mismo dinero —dijo Stevens—. El otro lo recuperaron. Éste es otro diferente que le manda ella.

—¿Quiere decir que para quedármelo no tengo que prometerle nada a nadie?

—Eso es —dijo Stevens—. Cójalo.

Mink así lo hizo.

—Muchas gracias —dijo—. Aquella vez me dijeron que recibiría otros doscientos cincuenta al cabo de tres meses si salía de Mississippi sin pararme y no volvía nunca. Supongo que eso ya no valdrá.

—Sigue en vigor —dijo Stevens—. Dentro de tres meses dígame dónde está y se lo mandaré.

—Muchas gracias —dijo Mink—. Envíelo a M. C. Snopes.

—¿Cómo? —dijo Stevens.

—A M. C. Snopes. Ése es mi nombre de pila: M. C.

—Vamos —dijo Ratliff, casi bruscamente—; salgamos de aquí —cogiéndolo del brazo incluso antes de que Stevens se diera la vuelta y quitándole el mechero encendido y sosteniéndolo mientras Stevens encontraba de nuevo los escalones de tierra medio borrados, para subir una vez más y salir al aire libre, a la noche, a la oscuridad sin luna, a los campos erosionados y agotados bajo el primer tímido soplo del otoño, en espera del invierno. Por encima, celestiales y jerarquizadas, las constelaciones giraban a través de los pastos zodiacales: Escorpión y la Osa y Libra; más allá del frío Orion y de Géminis, los ángeles caídos y sin hogar se lamentaban a coro. Delicado y tierno como una mujer,

Ratliff abrió la portezuela del coche para que entrara Stevens.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—Ya te he dicho que sí, maldita sea —replicó Stevens.

Ratliff cerró la portezuela, dio la vuelta alrededor del coche, abrió la suya, se montó, giró la llave en el contacto, encendió los faros y puso la primera velocidad; dos hombres ya mayores, cercanos a los sesenta.

—No sé si ya tiene una hija escondida en algún sitio, o si todavía no ha encontrado la oportunidad. Pero cuando lo consiga, espero de verdad, en honor de los tiempos de antaño, que no se le ocurra traerla a Jefferson. Ya ha tenido usted que sobrevivir a dos Eulas Varner y no creo que pudiera soportar una tercera.

Cuando los dos desconocidos se llevaron la luz y desaparecieron, Mink no se tumbó de nuevo. Estaba descansado ya, y en cualquier instante llegaría el momento de seguir adelante. De manera que continuó arrodillado sobre el tosco estrado de tablas viejas que había reunido para defenderse de la tierra en caso de que se quedara

dormido. Afortunadamente el individuo que le había robado los diez dólares el jueves por la noche no se había llevado también el imperdible, de manera que dobló el dinero lo más que pudo, se lo guardó en el bolsillo del peto y lo prendió. Esta vez no tendría problemas; abultaba tanto que incluso dormido no le quedaría más remedio que notar si alguien le hurgaba.

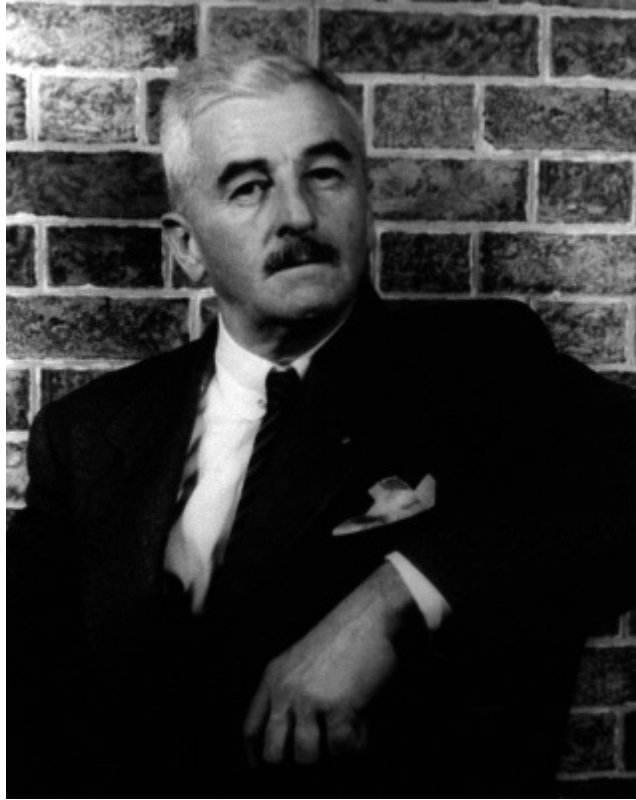
Luego llegó el momento de seguir adelante. Se alegró de ello en cierta manera; descansando un hombre puede cansarse, agotarse, igual que haciendo cualquier otra cosa. Fuera estaba oscuro, fresco y agradable para andar, y todo vacío si se exceptuaba la vieja tierra. Pero, a decir verdad, a un hombre no le hacía falta seguir todo el tiempo pensando en la tierra después de sesenta y tres años. De hecho la tierra misma no dejaba a nadie olvidar que estaba allí esperando, tirando suavemente y sin prisa a cada paso, diciendo Vamos, tumbate; no te voy a hacer daño. Sólo tienes que tumbarte. *Ahora soy libre pensó. Puedo andar en cualquier dirección que se me ocurra.* De manera que se dirigiría hacia el oeste. Cuando la gente recogía sus pertenencias y se mudaba a un nuevo país, se dirigía hacia el oeste, como si el Viejo Patrón en persona lo hubiera puesto en la sangre misma y en la naturaleza que a cada uno le daba su padre en el preciso momento de soltarlo en el vientre de su madre.

Porque ya era libre. Un poco más adelante, cuando se acercara el alba, en el momento en que le apeteciera, podría tumbarse. De manera que cuando tuvo ganas, así lo hizo, colocándose él mismo los brazos y las piernas y la espalda, sintiendo ya el primer tirón, muy débil y muy suave, como si la condenada tierra estuviera tratando de hacerle creer que en realidad no se daba cuenta de lo que estaba haciendo. Aunque en aquel momento localizó las estrellas adecuadas: no se había puesto bien, porque un hombre tiene que estar vuelto hacia el este para tumbarse; andar hacia el oeste, pero, cuando te tumbas, tienes que hacerlo de cara al este. De manera que se movió, cambió ligeramente de sitio, hasta hallarse en la posición correcta; y ahora era libre, podía permitirse correr el riesgo; para mostrar lo mucho que estaba dispuesto a arriesgarse, cerraría incluso los ojos, le daría todas las oportunidades que quería; con lo cual, fingiendo creer que estaba realmente dormido, la tierra empezó a trabajar cada vez un poco más, todavía con calma, por supuesto, para no molestarle: tan sólo un poco más, yendo en aumento. Porque un hombre tenía que pasarse no sólo toda la vida, sino también todo el tiempo de la humanidad defendiéndose de ella; incluso antiguamente, cuando dicen que el hombre vivía en cuevas, se preparaba un montón de tierra para estar un poco por encima del suelo mientras dormía, hasta que inventó suelos de madera para protegerse y finalmente también camas, levantando las casas piso a piso hasta que se tumbaba a treinta o incluso a trescientos metros en el aire para estar a salvo de la tierra.

Pero se podía arriesgar, incluso le apetecía darle una buena oportunidad para que le demostrara, para que le probara lo que podía hacer si se lo proponía. Y, de hecho, tan pronto como lo pensó, le pareció que sentía ya cómo el Mink Snopes que se había pasado una parte tan grande de su vida teniendo que preocuparse y que sufrir

innecesariamente, empezaba a deslizarse, a rezumar, a fluir con la facilidad del sueño; casi podía verlo, siguiendo todos los tallos de hierba y raíces diminutas, los agujeritos que hacían las lombrices, cada vez a mayor profundidad dentro del suelo, lleno de la gente que había tenido problemas pero que ahora eran libres ya, de manera que únicamente el suelo y la tierra tenían que preocuparse y sufrir y angustiarse con las pasiones y las esperanzas y los miedos, la justicia y la injusticia y los pesares, dejando a las personas muy tranquilas ya, todos mezclados y confundidos y cómodos y tranquilos de manera que nadie supiera incluso ni a nadie le importase ya siquiera quién era quién, él mismo entre los demás, igual a cualquiera, bueno como cualquiera, valiente como cualquiera, imposible de separar, anónimo con todos ellos: los hermosos, los espléndidos, los orgullosos y los valientes, siguiendo hasta la cumbre misma entre los fantasmas y sueños resplandecientes que son las piedras miliars de la larga historia de los seres humanos: Helena y los obispos, los reyes y los ángeles apátridas, los desdeñosos y malditos serafines.

Charlottesville, Virginia 9 de marzo de 1959



WILLIAM FAULKNER (Oxford, EE. UU, 1897 - Oxford, EE. UU. 1962). Escritor estadounidense, es considerado como uno de los más grandes autores del siglo xx, galardonado en 1949 con el Premio Nobel de Literatura y considerado como uno de los padres de la novela contemporánea.

Nacido en el Sur de los Estados Unidos, Faulkner no llegó a acabar los estudios y luchó en la I Guerra Mundial como piloto de la RAF. Como veterano tuvo la oportunidad de entrar en la universidad pero al poco tiempo decidió dedicarse por completo a la literatura.

Tras cambiar habitualmente de trabajo, Faulkner publicó su antología de cuentos *La paga de los soldados* (1926) tras encontrar cierta estabilidad económica como periodista en Nueva Orleans. Poco después comenzaría a publicar sus primeras novelas en las que reflejó ese Sur que tan bien conocía, *El ruido y la furia* (1929) es la más conocida de este periodo. Luego llegarían obras tan famosas como *Luz de agosto* (1932), *¡Absalón, Absalón!* (1936) o *El villorrio* (1940).

Santuario (1931) fue, a la larga, su novela más vendida y la que le permitió dedicarse a la escritura de guiones para Hollywood. Sus cuentos más conocidos de esta época pueden leerse en *¡Desciende, Moisés!* escrito en 1942.

Como guionista, habría que destacar su trabajo en *Vivamos hoy* (1933), *Gunga Din* (1939) o *El sueño eterno* (1946).

En el apartado de premios, Faulkner tuvo un reconocimiento tardío aunque

generalizado. Además del ya nombrado *Nobel de Literatura* también recibió el *Pulitzer* en 1955 y el *National Book Award*, éste entregado ya de manera póstuma por la edición de sus *Cuentos Completos*.

Notas

[1] Young's Men Chistian Association (Asociación de Jovenes Cristianos). La Y.M.C.A. tuvo una intervención humanitaria en la Primera Guerra Mundial, proporcionando, entre otros servicios, distracciones para los combatientes norteamericanos. <<

[2] Cónsul romano (c. 519 a. J.C.), célebre por la sencillez y austeridad de sus costumbres. <<